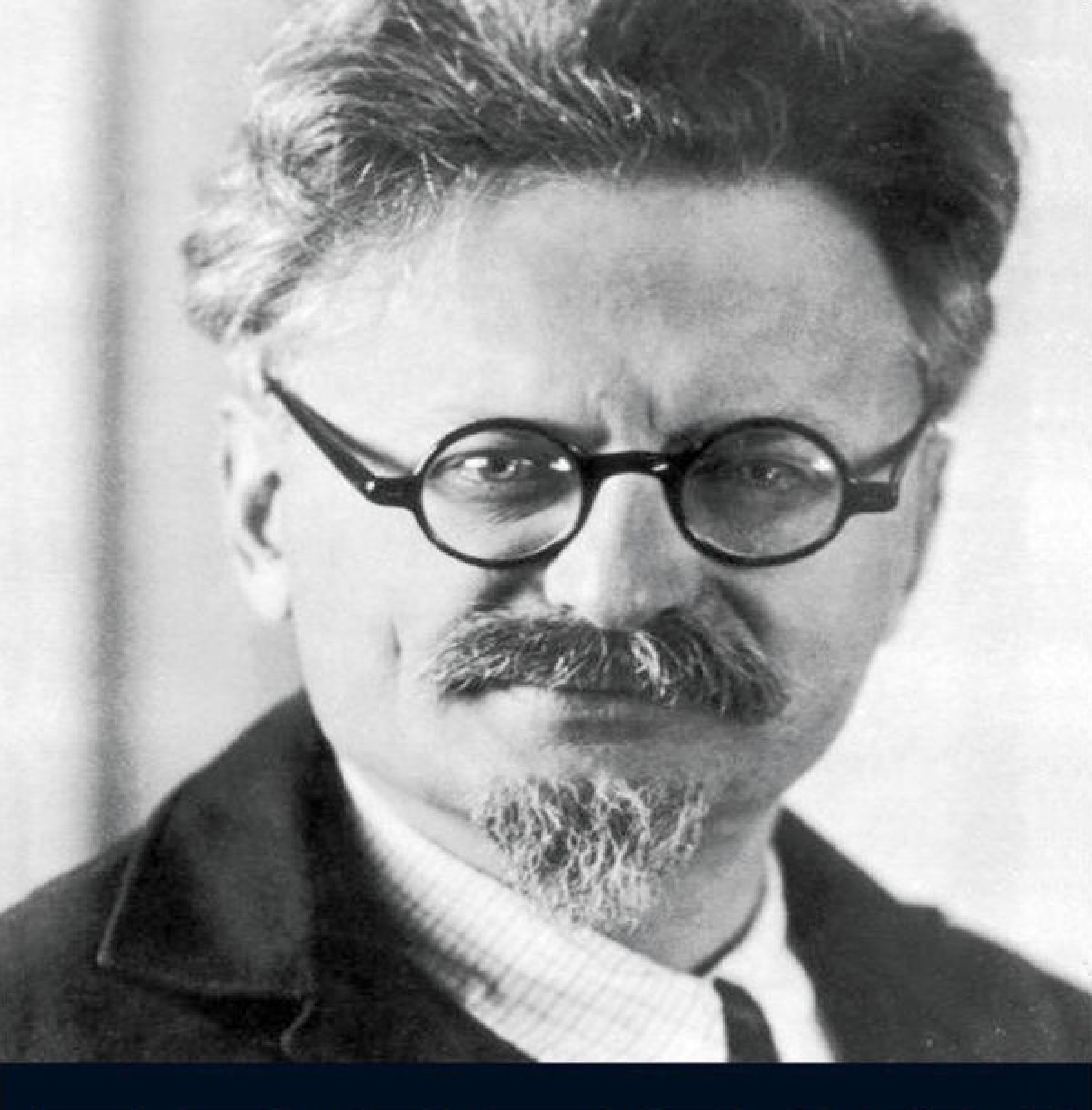


TROTSKY

ROBERT SERVICE

Al ser asesinado se convirtió en un mártir político y, a partir de ahí, muchos autores que de otro modo lo hubieran tratado con escepticismo le otorgaron el beneficio de la duda. También había algo más: Trotsky les había proporcionado argumentos para desacreditar la reputación de Stalin y sus secuaces, y, para algunos escritores, lo más sencillo es adoptar como propias ideas ajenas sin reflexión mediante. El caso es que Trotsky se equivocó en muchos aspectos cruciales… Revolucionario, teórico, escritor de gran calado, mujeriego, icono de la revolución, judío antisemita, filósofo de la vida cotidiana… Robert Service ha investigado en los archivos para brindarnos una versión novedosa de la vida de Trotsky que arroja mucha luz sobre el personaje y rebate la imagen que se tenía de esta figura esencial del siglo XX.



Robert Service

Trotsky

Una biografía

ePub r1.0
Titivillus 05.07.15

Título original: *Trotsky: A Biography*
Robert Service, 2009
Traducción: Francesc Reyes

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

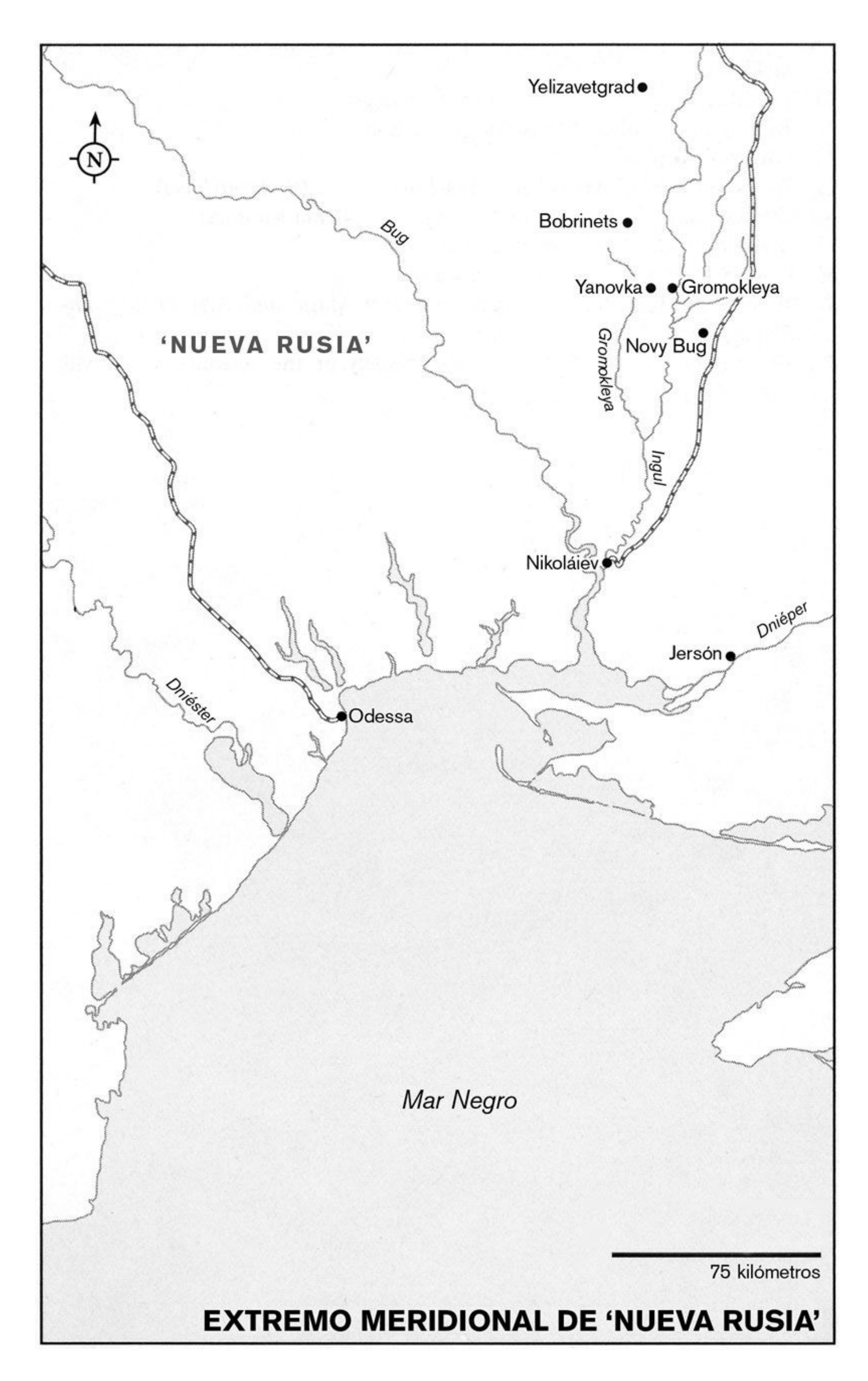


Nota del editor digital

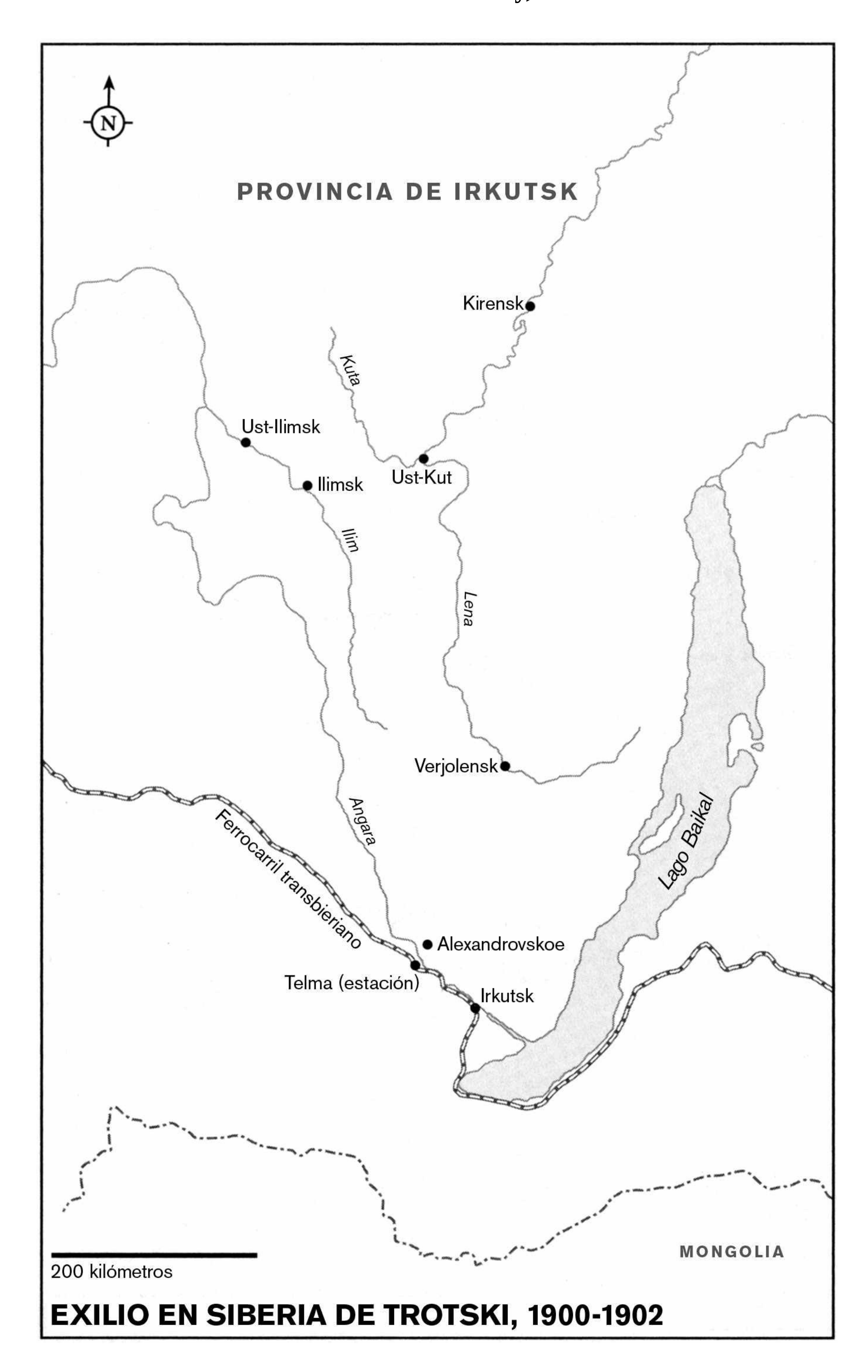
Para esta edición, extraje todas las fotografías incluidas en la edición inglesa —ya que en la edición digital española brillan por su ausencia— y las añadí —con sus respectivos pies de foto traducidos por mí— a la sección *Fotos*.

Mapas

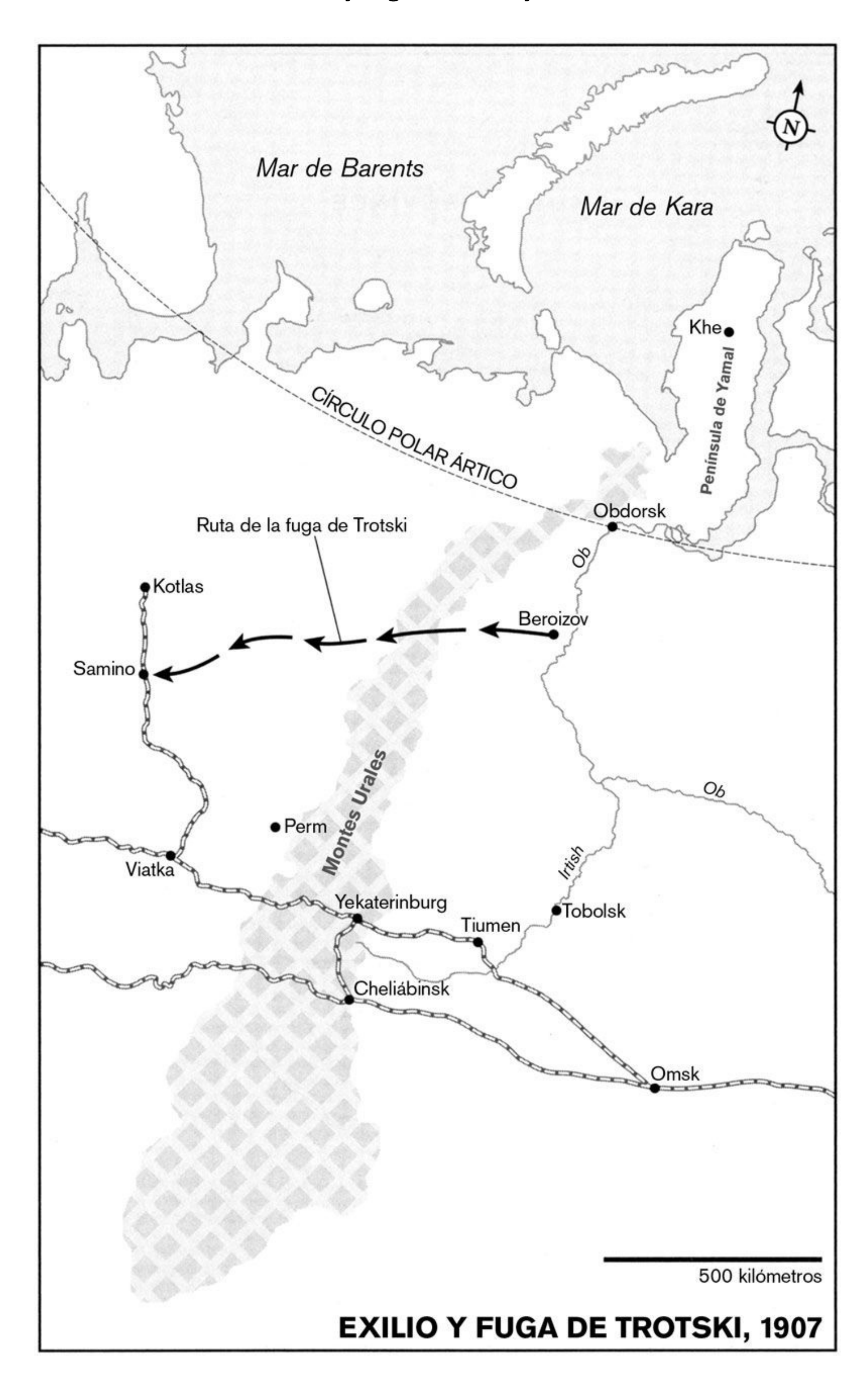
Extremo meridional de Nueva Rusia



Exilio en Siberia de Trotsky, 1900-1902



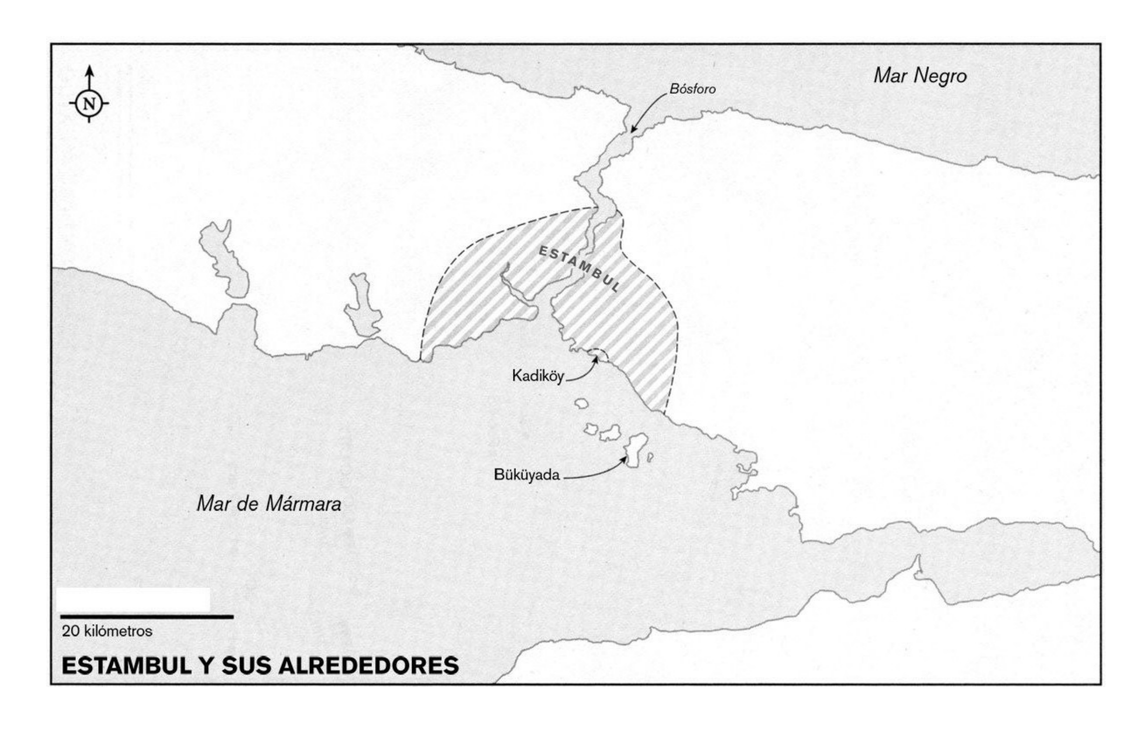
Exilio y fuga de Trotsky, 1907



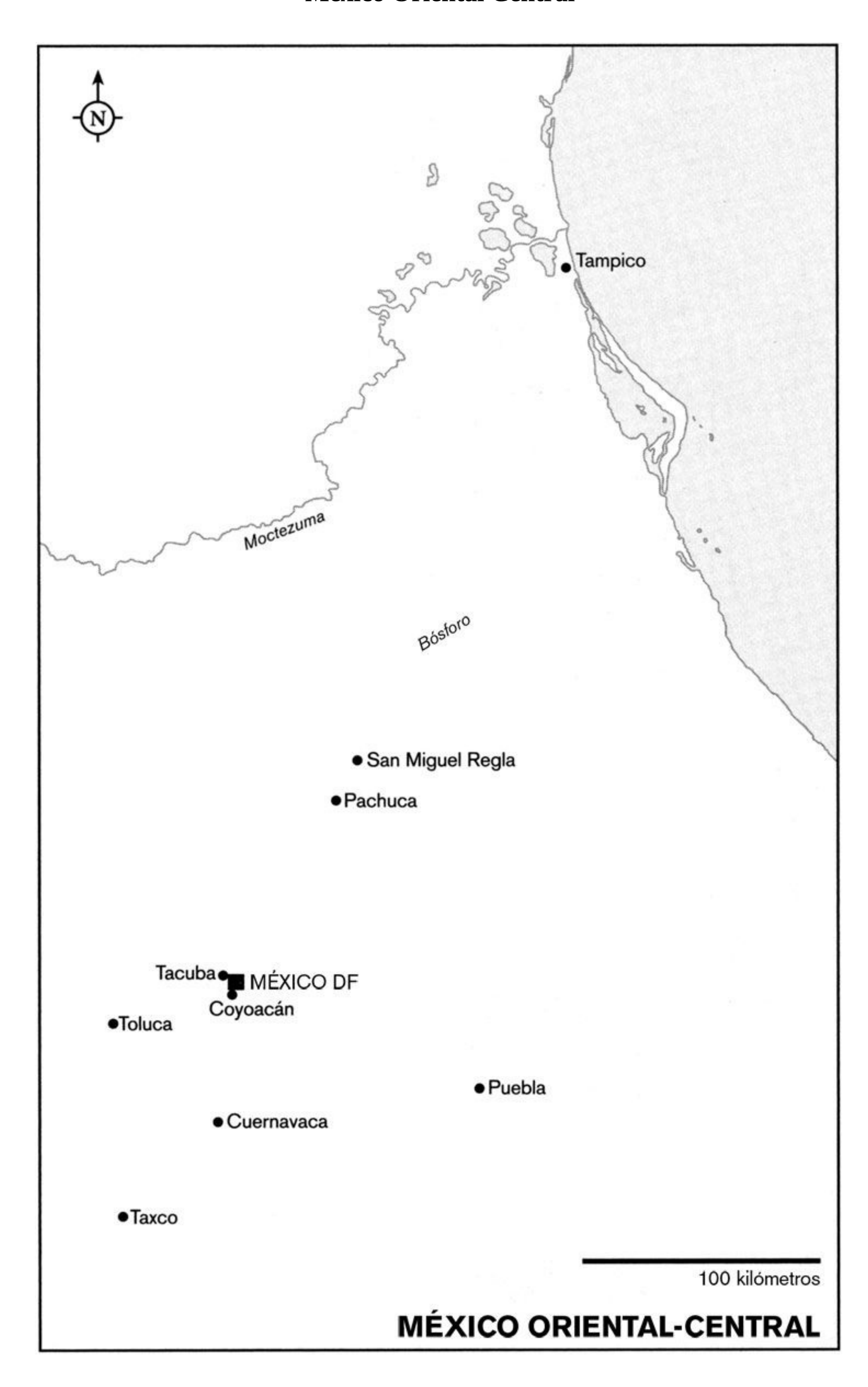
La Unión Soviética, 1924-1936



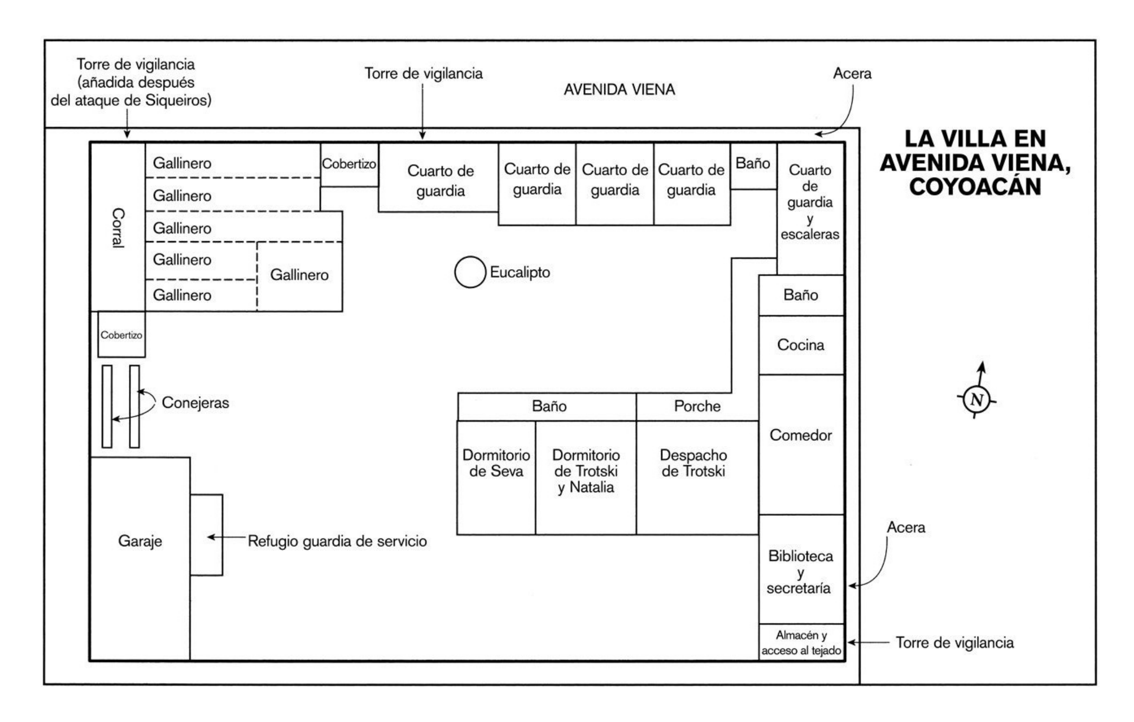
Estambul y sus alrededores



México Oriental Central



La villa en Avenida Viena, Coyoacán



Prefacio

Éste es el tercer libro de una trilogía dedicada a los líderes del primer Estado soviético. La Institución Hoover ha jugado un papel muy importante en la investigación: vaya desde aquí mi agradecimiento a su director, John Raisian; al director adjunto Richard Sousa y al miembro del Consejo de Supervisores Tad Taube, lo mismo que a la Fundación Sarah Scaife, porque con suma amabilidad y eficacia me brindaron la oportunidad de llevar a cabo el trabajo en Stanford. Deborah Ventura y Celeste Szeto fueron también una gran ayuda. Elena Danielson, Linda Bernard, Carol Leadenham, Lora Soroka, David Jacobs, Ron Bulatoff, Zbigniew Stanczyk, Lyalya Khataritonova, Dale Reed y Anatol Shmelev me prestaron también una colaboración indispensable para la consulta en los archivos. Fueron mucho más allá de lo que sus responsabilidades exigían, y a menudo me advirtieron de materiales cuya existencia desconocía. Las conversaciones que sostuvimos sobre los centenares de cajas en colecciones diversas me fueron de gran utilidad.

Los nuevos materiales empleados en este libro incluyen carpetas de la Colección Trotsky, la Colección Boris Nicolaevsky, la Colección Bertram Wolfe, los diversos registros del Politburó y del Comité Central en la década de 1920, los papeles depositados por los asistentes y los seguidores de Trotsky y las actas internas de la naciente Cuarta Internacional. La joya de los Archivos Hoover es el primer borrador de la autobiografía de Trotsky, que dispone de mucha información que él decidió excluir de la versión impresa. También son de importancia las cartas dirigidas a Trotsky y las contestadas por él, así como las versiones no publicadas de sus obras y la correspondencia y los recuerdos de su mujer Natalia y de otros miembros de su familia a través de generaciones diversas. Los archivos de la Institución Hoover, además, poseen valiosísimas informaciones sobre Trotsky procedentes de la oficina parisina de la Ojranka de la Rusia Imperial, de los archivos de Néstor Lakoba y de los de Dmitri Volkogonov. La mayor parte de este material se utiliza por primera vez en esta biografía. Le estoy muy agradecido al personal de la biblioteca de la Institución Hoover por la diligencia que han demostrado a la hora de facilitarme libros, artículos y diarios contemporáneos que de otro modo resultaría dificilísimo

encontrar.

Otros archivos con material sobre Trotsky que se consultaron para la confección de este libro son los de Amsterdam, Harvard y Moscú. Amsterdam y Harvard eran minas de las que ya se extraían materiales desde hace tiempo, pero las vetas de Moscú sólo se abrieron a los investigadores a partir de 1991. No sólo proporcionan información de importancia el archivo personal de Trotsky y las actas centrales del partido que se encuentran en el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (antes conocido como Archivo Central del Partido), sino también los papeles del Archivo Ruso Estatal de Historia Militar y el Archivo Central del Servicio Federal de Seguridad. La Biblioteca Houghton, en la Universidad de Harvard, también dispone en sus archivos de cartas que se han reconsiderado, y le doy las gracias a Jennie Rathbun por obtener las que le había pedido. La SSEES-UCL londinense también conserva primeras ediciones de las obras de Trotsky que pude consultar. Mi esposa Adele Biagi visitó los Archivos Nacionales de Kiev en busca de documentación sobre Trotsky y descubrió diversos informes policiales muy interesantes.

En el curso de mi investigación me beneficié del intercambio de opiniones con Robert Conquest, cuyos amplios conocimientos sobre todos los vericuetos de la vida de Trotsky me proporcionaron muchas pistas con las que trabajar. También fue un placer contrastar impresiones con Paul Gregory, Arnold Beichman, Michael Bernshtam, Norman Naimark y Amir Weiner en Hoover y en Stanford, y con Yuri Slezkine en Berkeley. El grupo de trabajo anual con los archivos soviéticos se ha convertido en un remarcable foro anual en el que se discuten los temas relacionados con el pasado de la URSS. En Oxford me he beneficiado durante años del trabajo conjunto con Katia Andreiev en los cursos que hemos impartido. En el Centro de Estudios Rusos y Euroasiáticos y su biblioteca todo han sido facilidades, y estoy en deuda con Richard Ramage, nuestro administrador, por su provisión de libros incluso en plena reorganización de los fondos bibliotecarios. El seminario de los lunes que se organiza en dicho centro, y que lleva impartiéndose más de cincuenta años, ha sido una fuente fecunda de ideas para este libro, incluso cuando los temas no tenían nada que ver con Trotsky.

Debo expresar mi gratitud a Elena Danielson por detallarme sus conversaciones con Ella Wolfe, gran amiga de Frida Kahlo; a Anita Burdman Feferman, que conocía a Jean van Heijenoort y escribió sobre él; a Robin Jacoby, cuyos conocimientos psiquiátricos y psicológicos me ayudaron a comprender la

personalidad de Trotsky; a Tanya Okunskaya, que facilitó cartas procedentes de los archivos del partido en Turkmenistán; y al difunto Brian Pearce, quien durante años compartió toda una vida dedicada a las reflexiones sobre Trotsky y el trotskismo. Olga Kerziouk y Elena Katz ofrecieron sus bien fundados juicios sobre el acento y la dicción de Trotsky después de escuchar en la red sus discursos en ruso. Gabriel Gorodetsky compartió conmigo las páginas del diario de Iván Maiski en las que se menciona a Trotsky. Bob Davies, el difunto John Klier, Keith Sidwell, Faith Wigzeil, Mijail Zilikov y Andréi Zorin ofrecieron consejo sobre cuestiones particulares. Le doy las gracias a Robert Harris por prestarme su mapa prerrevolucionario de Odessa y a Harun Yilmaz por obtener y traducir material histórico turco.

Harry Shukman y Ian Thatcher dedicaron gran parte de su tiempo a repasar el manuscrito. Los intereses históricos de Harry conciernen a temas cruciales de esta biografía, y le agradezco su habilidad para descartar los muchos aspectos superficiales que encontró en los capítulos del borrador. Ian ha dedicado su carrera a escribir sobre Trotsky: aprecio la generosidad que demostró al revisar el primer borrador y brindarme sus consejos. He de decir que uno y otro mostraron una gran disposición al permitir que volviera a importunarles con más detalles.

Simon Sebag Montefiore y Paul Gregory leyeron gran parte del borrador y me ayudaron a afinar sus argumentos. Tanto Simon como Paul disponen con gran sencillez de su erudición y les estoy profundamente agradecido por sus consejos. Hugo Service se encargó de revisar la introducción. Adele, por encima de todo, repasó el libro por dos veces, me ayudó a solventar errores y me aconsejó en todo momento. Le agradezco de todo corazón sus reflexiones y su paciencia: hemos hablado sin parar de los problemas de la vida de Trotsky y, como siempre, con ella es con quien más estoy en deuda.

David Godwin, mi agente literario, y Georgina Morley, mi editora en Macmillan, se han mostrado tan activos y alentadores como siempre. Peter James, por su parte, hizo un trabajo excelente en la revisión de pruebas de este libro con su mezcla habitual de empatía consultiva y perspicacia. Ha sido un gran placer trabajar con los tres.

Este libro es la primera biografía extensa sobre Trotsky escrita por un no ruso y no trotskista. El mismo Trotsky escribió un conjunto de vívidas memorias en 1930, diez años antes de morir. Isaac Deutscher, emigrante polaco y seguidor suyo, completó una trilogía de acentos literarios entre 1954 y 1963, mientras que

Pierre Broué, trotskista francés, redactó un único volumen sobre el tema en 1989. Trotsky y Deutscher escribían con brío, y no pretendo igualarles en lo que se refiere al estilo. Pero sí sostengo que Trotsky se mostraba selectivo y evasivo, con cierta tendencia al autobombo, del mismo modo que Deutscher y Broué omitieron formular las preguntas más incómodas: Broué era un idólatra; Deutscher, incluso si pensaba que el régimen soviético podría rectificar después de Stalin y construir un orden comunista internacional, le había hecho un altar a Trotsky. Trotsky y Deutscher escribieron libros que fueron muy influyentes mucho más allá del perímetro de la extrema izquierda política, y demasiado a menudo se han considerado sus opiniones como la última palabra, a pesar de ser cuestionables. Así lo pretendían ellos. Pero la historia de la Revolución Rusa merece más rigor e investigación, y esta biografía va encaminada en esa dirección.

Sería tedioso para todos que mis desacuerdos con la línea «oficial» sobre Trotsky lastraran los capítulos del libro. Ya hace más de treinta años las investigaciones para mi tesis doctoral sobre el primer período revolucionario me llevaron a la conclusión de que el diagnóstico de Trotsky de las causas de su derrota por parte de Stalin era autocomplaciente y falaz. Diversos trabajos sobre Trotsky le someten a un escrutinio más escéptico. Alexander Rabinowitch y James White han contribuido en gran medida a dilucidar sus tácticas durante la toma de poder de octubre. Francesco Benvenuti, Evan Mawdsley y Geoff Swain han ofrecido valiosas reflexiones sobre su papel de liderazgo en el Ejército Rojo. En lo referente a sus ideas económicas durante la NEP, Richard Day, Bob Davies y John Channon han cuestionado los viejos clichés. Alexander Pantsov, por su parte, ha ofrecido un nuevo análisis sobre su política referente a China en la década de 1920. Los estudios de Ian Thatcher sobre su actividad como político y escritor revolucionario antes de la Revolución de Octubre son fundamentales. En Rusia han aparecido dos amplias biografías, escritas por Nikolái Vasetski y Dmitri Volkogonov. Aunque no se ofrece en ellas una interpretación original, sí han contribuido a incrementar la información documental disponible.

En otros tiempos, Trotsky había sido un tema de conversación frecuente, por lo menos fuera de la URSS. Eso ya pasó. Sin embargo, sus ideas y su vida deben estudiarse para iluminar los pasados cien años de la historia de Rusia y del mundo. Dedico este libro a la memoria de la difunta Janet Service. Procedente de las lindes escocesas, conoció a nuestro padre en el Edimburgo de la guerra antes de mudarse a Inglaterra y pasar el resto de sus días en las Midlands.

Durante la mayor parte de su vida laboral fue una incansable enfermera de niños discapacitados. Cocinera superlativa, de lo más habilidosa a la hora de hacer punto, era asimismo capaz de ocuparse de cualquier tipo de chapuza doméstica con maestría. Fue una madre excepcional para mi hermano Rod y para mí, y una abuela maravillosa para sus seis nietos.

Robert Service

Marzo de 2009

Nota sobre los usos

Las fechas se ofrecen según el calendario en uso oficial en el país en que Trotsky vivía en el momento. Las autoridades rusas utilizaron el calendario juliano hasta enero de 1918, fecha en que cambiaron al gregoriano. En la transliteración del ruso he empleado una versión simplificada del sistema de la Biblioteca del Congreso de EE UU, con la salvedad de las notas finales, que se ofrecen según el sistema completo. La traducción de la mayoría de citas es mía: los traductores de Trotsky cometían errores frecuentes, y en cualquier caso no era tarea fácil, pues él se empeñaba en tomar las riendas incluso cuando —como sucedía con el inglés— tenía un conocimiento pobre de la lengua de llegada.

Introducción

Surcó el firmamento político como un cometa resplandeciente. De 1917 en adelante, captó la atención del mundo. Fue, qué duda cabe, el orador más brillante de la Revolución Rusa. Dirigió el Comité Militar Revolucionario que llevó a cabo el derrocamiento del gobierno provisional en octubre. Hizo más que nadie por fundar el Ejército Rojo. Pertenecía al Politburó y tuvo gran influencia en su estrategia política, económica y militar. Fue una figura principal durante los primeros años de la Internacional Comunista. El mundo entero atribuía a su colaboración con Lenin el impacto de la Revolución de Octubre y, sin embargo, Lenin y él tuvieron sus más y sus menos. Antes de 1917, Trotsky había sido un enemigo del bolchevismo, y muchos bolcheviques no se lo perdonaron jamás: cuando Lenin cayó en 1922 mortalmente enfermo, el resto del Politburó temió que Trotsky se erigiera como su único sucesor. Las luchas entre las facciones que se sucedieron resultaron desastrosas para él: le deportaron de la URSS en 1929. Se le dio asilo político en Turquía, Francia, Noruega y México. Mientras, su análisis de lo que había fallado en el Estado soviético seguía teniendo una gran influencia en el exterior. Las organizaciones trotskistas surgían allí donde las condiciones políticas lo permitían. Stalin lo culpó de traicionar la Revolución de Octubre y lanzó acusaciones contra él en los juicios espectáculo de poder de 1936 a 1938. Ordenó a las agencias de inteligencia soviéticas que lo asesinaran. Lo lograron, en 1940.

Vivió la vida con una intensidad dramática y tuvo el mundo como escenario. La Revolución de Octubre cambió el curso de la historia, y Trotsky jugó un papel prominente. Las políticas de izquierda se vieron afectadas en todos los países: los socialistas tuvieron que decidir entre apoyar u oponerse a lo que los bolcheviques estaban iniciando en Rusia. Los enemigos del socialismo no lo tuvieron más fácil: los gobiernos se las vieron y se las desearon para contrarrestar a la Internacional Comunista, y los partidos fascistas de extrema derecha entraron en acción para prevenir que el marxismo revolucionario consiguiera extenderse.

Trotsky se sentía orgulloso de los logros obtenidos durante sus años en el poder. Se esforzaba en justificar las medidas revolucionarias del gobierno

soviético, así como también la violencia empleada. Nada más ser nombrado comisario del pueblo se puso a redactar documentos y memorias que describían la actividad de los bolcheviques bajo la mejor luz posible. Sus trabajos se distribuyeron por todos los rincones de la URSS. Se traducían al instante y se vendían fuera del país en ediciones populares. Durante varios años fue un escritor de éxito, nadie dudaba de lo soberbio de su prosa y la brillantez de su análisis. Cuando le expulsaron de la Unión Soviética, sus abundantes escritos se convirtieron en el único medio para ganarse el sustento y mantener a su familia. Los socialistas anticomunistas y el gran número de comentaristas influyentes que detestaban el régimen de Stalin le tomaban muy en serio. Las explicaciones de Trotsky sobre lo que había ocurrido desde la caída de la monarquía de los Románov en febrero de 1917 calaron e influyeron en los historiadores occidentales. Los libros de Trotsky seguían reimprimiéndose. Su autobiografía tenía mucha prédica entre los lectores, ávidos de una descripción general de la Revolución de Octubre y sus consecuencias. Sus panfletos políticos eran muy apreciados por los comunistas críticos con el Kremlin.

Los trotskistas tuvieron algún peso —menor— en los asuntos políticos, aunque tras su muerte el movimiento hizo aguas. Con los disturbios estudiantiles de Europa y Norteamérica hubo un breve resurgimiento de sus ideas, pero aquello apenas duró un año. En la URSS siguió vilipendiado hasta que Gorbachov ordenó su rehabilitación política póstuma, en 1988. Entretanto, los trotskistas de Occidente continuaban lastimeros, formando grupos que a menudo defendían ideas que le hubieran alarmado.

El recuento de la vida y milagros de Trotsky ha dejado una huella profunda entre los eruditos occidentales. Según él, Stalin no tenía talento: era ignorante, mediocre y burócrata. En teoría, Trotsky perdió la lucha por la sucesión de Lenin porque el equilibrio de fuerzas sociales en el país había acabado por inclinarse a favor de la burocracia, y el estrato administrativo soviético había abrazado a Stalin y rechazado a Trotsky. De este modo, la Revolución de Octubre habría estado condenada al fracaso desde el principio, salvo de haber podido romper su aislamiento y vincularse con estados comunistas en Alemania y en otros lugares. En teoría, el cauto Stalin había traicionado a la causa revolucionaria internacional al morir Lenin. Trotsky aseguraba que las condiciones en la URSS habrían sido radicalmente distintas, de haber obtenido el poder él y los suyos. Que ellos, por lo menos, habrían luchado por la democratización de la política soviética y mantenido a raya la amenaza contrarrevolucionaria, la injusticia

indiscriminada y el terror. Que los trabajadores se hubieran puesto de su lado, de no haberse visto coaccionados por la acción opresiva de la policía.

La elegancia de su prosa no explica del todo su influencia en el pensamiento histórico posterior. Al ser asesinado se convirtió en un mártir político y, a partir de ahí, muchos autores que de otro modo lo hubieran tratado con escepticismo le otorgaron el beneficio de la duda. También había algo más: Trotsky les había proporcionado argumentos para desacreditar la reputación de Stalin y sus secuaces, y, para algunos escritores, lo más sencillo es adoptar como propias ideas ajenas sin reflexión mediante.

El caso es que Trotsky se equivocó en muchos aspectos cruciales. Por ejemplo, Stalin no era ningún mediocre, sino un hombre excepcionalmente dotado y con un gran talento para el liderazgo. La estrategia de Trotsky para lograr el avance del comunismo tenía muy poco que ofrecer a la hora de prevenir la creación de un régimen opresor. Sus ideas y prácticas proporcionaron diversas piedras fundacionales para la erección del edificio estalinista en sus vertientes política, económica e incluso cultural. Lo cierto es que Stalin, Trotsky y Lenin coincidían en muchas cosas y discrepaban en pocas. Y la acusación de que Stalin era un archiburócrata no deja de resultar paradójica viniendo de quien, como él, había disfrutado de una autoridad administrativa sin límites en sus años de mayor influencia. Ni siquiera se sostiene la afirmación de Trotsky de que Stalin no movió un dedo a la hora de ayudar a los comunistas extranjeros que pretendían hacerse con el poder en sus respectivos países. Además, en el caso de que el comunismo hubiese triunfado en Alemania, Francia o España en los años de entreguerras sus abanderados difícilmente habrían podido retener el poder… e incluso, si Trotsky hubiese sido el líder en lugar de Stalin, los riesgos de un baño de sangre en Europa se habrían incrementado de forma drástica. Trotsky se enorgullecía de su habilidad para juzgar los asuntos soviéticos e internacionales con realismo. Pero se engañaba. Sus ideas preconcebidas le impedían entender la dinámica de la geopolítica contemporánea. (Esto no quiere decir que Stalin no fallara a lo grande en sus predicciones). Lo cierto es que, gobernara quien gobernara la URSS, tenía la necesidad de recurrir a métodos autoritarios para conservar el poder comunista.

Sin embargo, no se pueden negar sus cualidades excepcionales como orador, organizador y líder. Habría podido coronar una gran carrera como periodista o como ensayista, si la política no se hubiese convertido en su principal preocupación. También poseía una innegable sensibilidad para la literatura,

aunque era tal vez inconstante en este sentido: le daba igual escribir sobre asuntos cotidianos que sobre el progreso cultural o acerca de los temas marxistas más propios de su época. Su compromiso y entusiasmo en asuntos revolucionarios no conocían límites, e impulsaban a sus colaboradores a realizar proezas y sacrificios. En su cabeza, más que en la de cualquier otro dirigente bolchevique, se mantenía fresca la visión de un mundo futuro en el que cada hombre y cada mujer tendrían la oportunidad de realizarse, mientras servían a un bien común. Así lo proclamaba, apasionado, hasta el día en que murió.

Sin embargo, el recuento que hizo de su vida contenía muchas distorsiones, y éstas han emborronado nuestra comprensión de la historia comunista soviética. Exageraba su importancia personal. Antes de 1917 sus ideas no eran tan originales, ni tenían tanto alcance como creía. Su contribución al ascenso bolchevique al poder fue sustancial, sí, pero no tan importante como creía. Aunque entre 1918 y 1919 proporcionó una autoridad unificadora al Ejército Rojo, también provocó problemas innecesarios y cometió errores que podrían haberse evitado. En los años siguientes se mostró imprevisible y escurridizo. Le faltaba finura en lo táctico. Era arrogante, e incluso en tiempos de adversidades personales, durante las décadas de 1920 y 1930, deslumbraba a sus seguidores, pero no lograba convencerles y animarles de veras. Egocéntrico, suponía que sus opiniones le iban a garantizar la victoria, por el mero hecho haber sido expresadas con vehemencia. Era mejor administrador que político. Stalin le ganó la mano. Trotsky no cayó derrotado por el funcionariado: fue vencido. Le vencieron un hombre y una camarilla que poseían una comprensión superior de la vida pública soviética. La oratoria exquisita y los panfletos bien redactados no bastaban. Trotsky se había quedado anquilosado, enamorado de su propia imagen, la que se había labrado en el año de la Revolución. Y eso no le resultó beneficioso en los años posteriores.

A Trotsky se le tiene por alguien con cualidades muy distintas a las de Stalin. Cierto es que éste cometió monstruosidades que tan sólo unos cuantos dictadores del siglo XX han logrado emular, pero Trotsky tampoco era ningún ángel. Durante la guerra civil apenas se molestó en ocultar su gusto por la dictadura y el terror. Pisoteó los derechos civiles de millones de personas, obreros industriales incluidos. Su autocomplacencia no tenía límites. Como marido trató pésimamente a su primera mujer. Ignoró las necesidades de sus hijos, en especial cuando había intereses políticos de por medio. Esto tuvo consecuencias

catastróficas incluso para los que entre ellos se mantuvieron al margen de la vida pública soviética… Y a su hijo Lev, que le siguió en el exilio, colaborar con su padre probablemente le costó la vida.

Aun así, Trotsky tenía muchas, muchas virtudes. Es un personaje fascinante. De nada sirve pretender que se le puede reducir a un tamaño normal y mostrarlo tal cual, como uno más. De modo que el reto es éste: ¿cómo hacer para valorarlo en su justa medida? Podía desarmarnos con su franqueza, pero luego se guardaba varios ases en la manga en su autobiografía o a la hora de editar y seleccionar documentos. El propósito de este libro es desenterrar lo que hay de oculto en su vida. El carácter y la trayectoria de Trotsky no carecen de complejidad. Como ocurre con todos los líderes de la Revolución de Octubre, la evidencia se muestra inicialmente en las obras —sus libros, artículos y discursos— que publicó en vida. Trotsky sintió que algunas de ellas le resultaban molestas a medida que cambiaban sus intereses políticos. Pero incluso si examinamos todas estas obras, la investigación no puede detenerse aquí, porque tratan sólo de sus grandes objetivos, sin esclarecer en todo caso sus propósitos personales o sectarios en un momento dado. Como político en activo no siempre podía permitirse explicar lo que andaba tramando. De modo que las cartas, los telegramas y otros mensajes ofrecen una vía de entrada más a su pensamiento. Incluso entonces, el mensaje implícito podía resultar a menudo un objeto demasiado trabajado. Para entender cuáles eran sus planes es preciso sumergirse en los borradores de cuanto escribió. Las supresiones y correcciones evidencian lo que no deseaba que se supiera. Esto resulta particularmente cierto en su autobiografía.

De todos modos, tampoco debemos permitir que lo que nos legó por escrito pase por ser su historia al completo. A veces, una vida se reconstruye mejor a partir de residuos que supondríamos triviales que cuando nos basamos en las grandes manifestaciones públicas de cualquier personaje: el estilo de vida, el sueldo, el alojamiento, las relaciones familiares, los gestos y las opiniones corrientes y diarias sobre el resto de la humanidad. En el caso de Trotsky, lo trivial abunda poco en su autobiografía, pero hay mucha información disponible en las cartas, las notas que escribía y lo que sus asociados —desde esposas e hijos hasta traductores y relaciones esporádicas— recordaban de él. Como ocurre con Lenin y Stalin, aquello sobre lo que Trotsky guardaba silencio será tan elocuente como lo que se ofrecía a explicar o a escribir. Sus opiniones nunca expresadas formaban parte intrínseca de la amalgama que fue su vida.

Odiaba tirar nada a la basura. Atiborraba sus archivadores con billetes de

tren picados, pasaportes caducados, fragmentos no publicados de memorias y fotografías de los alojamientos que alquilaba. En una ocasión, reprendió a su sufrido traductor Max Eastman por estrujar la carta de una mujer de Ohio, Estados Unidos, a pesar de que no tenía intención alguna de contestarla[1]. Por tanto el material de este tipo abunda. Para mí fue un placer desenrollar su manuscrito original de la historia de la Revolución Rusa que tan pacientemente él, Trotsky, había encolado, página a página, en rollos de la medida de un capítulo. Los arqueólogos que desenterraron los papiros de los desiertos egipcios debieron de experimentar el mismo hormigueo… y eso que Trotsky no era ningún antiguo sacerdote o comerciante, sino un revolucionario del siglo XX que disponía de papel recién salido de la fábrica y de su propio mecanógrafo. El contacto con esta excentricidad —un manuscrito enrollado— me ayudó a intuir, por decirlo de alguna manera, su manera de vivir y de trabajar. Las películas de sus discursos prueban que, como sus contemporáneos atestiguaban, era un orador soberbio. Las cartas de amor a sus dos esposas nos ofrecen muestras de su naturaleza apasionada. Asimismo, los borradores de sus escritos, sobre todo su deslumbrante autobiografía, muestran a un escritor eficaz, elocuente y escrupuloso: por lo general, cuando corregía un texto lo hacía sólo con el objeto de prevenir repercusiones de índole política o social, no por cuestiones estilísticas.

Tenía, por otra parte, una caligrafía diáfana. La bonita libretita de direcciones que mantenía en su exilio interno soviético en Alma Atá en 1928 confirma lo cuidadoso y bien organizado que era. En verdad tenía poco de conspirador, pero de cuando en cuando intentaba corregir este defecto, como demuestra la copia del diario publicado de Alexandr Blok en el que utilizaba la tinta simpática para anotar instrucciones destinadas a sus seguidores. Y luego está el libro de marxismo y filosofía de su antiguo seguidor Sidney Hook: las exclamaciones que garabateó en sus márgenes son testimonio de sus airadas pretensiones de superioridad moral y de autocomplacencia intelectual. Igualmente destacables son los centenares de cartas que envió a los trotskistas de docenas de países, haciendo uso de una sorprendente alternancia de seudónimos (Viejo, Quid, Onken, Tío Leon, Vidal y Lund): se necesita una memoria bien adiestrada para mantener una gama tan amplia de identidades. Todo ello delata que Trotsky fue alguien fuera de lo común, tanto en los grandes como en los pequeños asuntos.

Fue, como todos, alguien irrepetible. Trotsky no podría volver a surgir entre

nosotros por una razón obvia, y es que el mundo ha cambiado demasiado. Un cometa político de semejante brillo tendría una trayectoria y un núcleo diferentes. No olvidemos la época y el entorno en que vivió: nació en una generación conocida por su radicalismo revolucionario en el Imperio ruso y ascendió hasta posiciones prominentes en el seno de un partido que tomó el poder en octubre de 1917, y que proclamó su intención de volver al mundo del revés. A excepción de Lenin, Trotsky hizo más que nadie para construir el Estado soviético en los primeros cinco años de su existencia. Y eso que no poseía facultades sobrehumanas. Él y sus camaradas se beneficiaron de vivir en un tiempo turbulento marcado por profundos trastornos sociales: eso es todo, de otro modo jamás habrían sido capaces de alcanzar y consolidar su hegemonía en Rusia. Y una vez ganada la guerra civil siguieron enfrentándose a enormes dificultades: la administración y la economía eran caóticas; la hostilidad al comunismo, generalizada; el mismo partido comunista no era un juguete en manos de la autoridad central… había que manejarlo con muchísimo tacto. Durante un tiempo, al comienzo de la década de 1920, Trotsky se comportó como si las limitaciones no existieran para los comunistas, siempre y cuando demostraran la fuerza de voluntad, la unidad y la disposición suficientes para usar la violencia sin ningún reparo. Poco a poco empezó a vislumbrar que esto era utópico, pero nunca abandonó del todo ese iluso programa que se había impuesto a sí mismo y al partido. Vivía para ejemplificar un sueño, y ese sueño era la personificación de la pesadilla de mucha gente.

Ese sueño fue paulatinamente formándose a lo largo de su vida. Nadie —o casi nadie— que le hubiera conocido de adolescente habría sospechado cuán extraordinaria iba a ser su vida, aunque algunos detalles incipientes ya afloraron en aquellos primeros años. De modo que tendremos que empezar por el principio.

Primera Parte

1879-1913

1

La familia Bronstein

Liev Davídovich Trotsky nació el 26 de octubre de 1879 en el seno de una familia campesina de Yanovka, provincia de Jersón, en la región que se conocía como Nueva Rusia y que ahora se extiende al sur de Ucrania. Acabó sus días en Coyoacán, México, casi sesenta y un años después. La suya fue una vida extraordinaria. Hasta pasados los cuarenta no fue una figura pública, a partir de la Revolución de Octubre se convirtió en alguien de renombre internacional. Durante una década ocupó un puesto en la cúspide de la política soviética. Después, la suerte cambió, y tras un exilio en Siberia fue deportado. Pero se mantuvo en el primer plano de la actualidad internacional hasta que un agente de la policía de seguridad de Stalin lo asesinó en 1940.

Trotsky fue Leiba Bronstein hasta los veintitrés años, cuando adoptó su tan conocido pseudónimo. El personaje real resulta más esquivo de lo que generalmente ha venido reconociéndose. Habló de una «escuela de falsificación estalinista», y denunció una campaña de difamación que Stalin habría emprendido contra él[1]. Pero, aunque sus obras autobiográficas pocas veces mienten, en sus escritos abundaban los errores graves. Era un revolucionario activo, y nada de lo que afirmaba en público dejaba de tener un propósito práctico e inmediato. Se echaba a reír si alguien llevaba la contraria en algo[2]. Al narrar su vida escogió y deformó los episodios narrados para que se adaptaran a sus intereses políticos. Sus juicios sobre sus adversarios eran por definición injustos, aunque esto no era un proceso del todo consciente. Trotsky optó por una ideología determinada desde muy joven y, aunque sus análisis y pronósticos evolucionaron, en ningún caso cambiaron de forma radical: al ver el mundo a través del prisma de ciertas ideas básicas no se permitía contemplar otras opciones. Estaba hecho de una sola pieza: se negaba a separar al hombre privado del líder público. Esto inevitablemente condiciona lo que escribió en su autobiografía. Varias generaciones de lectores aceptaron sin más su versión de los hechos, pero la realidad era otra, pues siempre eliminaba o distorsionaba todo

aquello que pudiera ensombrecer la imagen que deseaba brindar de sí.

Como marxista se avergonzaba de la riqueza de sus padres, y nunca reconoció abiertamente sus cualidades y logros, que fueron extraordinarios. Más aún: el recuento publicado de su infancia, incluido en su autobiografía, tiende a omitir aquellos pasajes en los que puede mostrarse tímido o mimado. Por otra parte, aunque no reniega abiertamente de sus orígenes judíos, procuró que escasearan las referencias a este hecho. Mediante el examen de los borradores y pruebas podemos percibir detalles de su educación que durante mucho tiempo han permanecido ocultos. Así, por ejemplo, había afirmado públicamente que su padre era un agricultor próspero y competente. Esto es decir muy poco: David Bronstein, casado con Aneta, era el agricultor más dinámico en kilómetros a la redonda en sus tierras de la provincia de Jersón. El trabajo duro y la determinación le habían llevado a un bienestar en lo económico del que tenía que estar orgulloso.

Yanovka se halla en el extremo de una colonia campesina judía conocida como Gromokleya, en el distrito de Yelizabetgrado, en Jersón. La granja se situaba a unos tres kilómetros del pueblo más cercano[3]. El suelo de Nueva Rusia era muy fértil. La provincia de Jersón se encuentra junto a la costa del mar Negro y cerca del entonces floreciente puerto de Odessa, gracias al cual los barcos mercantes llevaban hacia el Mediterráneo las exportaciones rusas y ucranianas. Después de vencer y expulsar a las fuerzas turcas en 1792, la emperatriz Catalina la Grande se había dedicado a asegurar las fronteras. Odessa había captado su atención, y se hizo próspera bajo el gobierno de Armand Emmanuel du Plessis, duque de Richelieu, en los inicios del siglo XIX. (En aquel tiempo los franceses eran bienvenidos en el Imperio siempre que su pericia fuera excepcional). Tal desarrollo hizo que durante años, tras la ocupación militar rusa, las demás ciudades poco habitadas de Nueva Rusia, como Nikoláiev, quedaran eclipsadas, y las áreas rurales del interior escasamente pobladas. Las autoridades de San Petersburgo comprendían que la amenaza de un contraataque otomano no podía descartarse. Así que el nieto de Catalina, el emperador Alejandro I, decidió repoblar las tierras de Nueva Rusia ofreciéndoselas a colonos. Se hicieron llamamientos a veteranos del ejército, a alemanes y a judíos del Imperio ruso para que ocuparan el territorio virgen de las estepas ucranianas. Miles de familias emigraron hacia el sur. Nueva Rusia se convirtió en un polo de atracción para aquellos que querían sacar provecho de las oportunidades, y la producción

de cereales aumentó.

El gobierno imperial no apreciaba a sus judíos. Millones de ellos se habían visto arrojados al Imperio como consecuencia de las tres particiones de Polonia impuestas por Viena, Berlín y San Petersburgo entre 1772 y 1795. Los sucesivos emperadores temían que éstos «contaminaran» el corazón de Rusia con su religión, su sagacidad en los negocios y su habilidad en la educación. Los rusos vertebraban demográfica y espiritualmente el Imperio y sus sensibilidades debían tenerse en cuenta. Pero los judíos tenían que vivir en algún sitio si no se iba a deportarlos, y el gobierno nunca soñó en la posibilidad de expulsarlos, como se habían hecho en España en 1492. Los mismos judíos deseaban quedarse: el éxodo masivo a Estados Unidos no empezó hasta finales del siglo XIX y el movimiento sionista para una patria judía en Palestina todavía tenía que iniciarse. La Zona de Asentamiento fue la solución que la emperatriz encontró en 1791. Extendiéndose desde el mar Báltico hasta el mar Negro, cubría una vasta región. Su propósito era cerrar el paso a los judíos para que no habitaran ciudades, pueblos y aldeas rusos a menos que fueran muy ricos… E incluso si así era a veces resultaba difícil obtener los permisos de residencia necesarios. La mayoría de súbditos judíos de los zares siguieron viviendo en la mitad norte de esa zona en la que habían fijado su hogar desde hacía siglos.

Sus *shtetls* eran villorrios o aldeas en los que reinaba la pobreza. Sus habitantes conservaban las costumbres de sus antepasados: se mantenían las tradiciones de la caridad, el apoyo mutuo y la escolarización. Estudiaban la Torá y sus niños adquirían un nivel de alfabetización y de conocimientos aritméticos muy superior al de polacos, rusos y ucranianos, pues desde tiempos inmemoriales incluso los judíos más pobres ahorraban para que sus retoños pudieran estudiar los libros sagrados. Se observaban las normas *kosher* en la alimentación y el calendario religioso tradicional. Se reverenciaba a rabinos y solistas del coro y se apreciaba la erudición. En muchos *shtetls* se vivía cierta efervescencia religiosa, y el judaísmo en su variedad jasídica era el más popular. Sus sectas discutían entre ellas lo mismo que con otros creyentes judíos. Casi todos sus adeptos mantenían un estricto código de indumentaria. Los hombres con sus caftanes negros y sus largos rizos en los costados eran fácilmente reconocibles, frente a sus vecinos eslavos. Hombres y mujeres rezaban por separado. El jasidismo espera de sus seguidores varones y adultos que acudan varias veces al día a la casa de oración. Estos judíos, a menos que fueran unos de

los pocos emprendedores de éxito que podían darse entre ellos, mantenían la distancia con los gentiles. Los tribunales religiosos judíos se encargaban de los crímenes y de los conflictos civiles. Una vez que se pagaban los impuestos anuales, el contacto con la administración imperial era mínimo.

No sólo el jasidismo desconcertaba a las autoridades: los judíos de los *shtetls* del norte se concentraban en ocupaciones como la manufactura de zapatos, la sastrería y otras actividades artesanales. La competencia económica entre ellos era feroz. Como muchos rusos y ucranianos, por otra parte, sus familias eran numerosas, los matrimonios tenían hijos hasta que las mujeres perdían la capacidad de quedarse embarazadas. La pobreza marcaba la vida de la mayoría de *shtetls* del norte. El gobierno llegó a la conclusión de que si tenían que integrarse en la sociedad general iba a resultar necesario hacer algo para reformar sus condiciones espirituales y materiales[4].

Así, el emperador Alejandro I llevo a la práctica un plan para las colonias agrícolas judías. Se les reservaron las tierras desiertas de las provincias de Jersón y de Yekaterinoslav, cerca del mar Negro. Se publicaron proclamas, y Bronstein —abuelo de Trotsky— fue de los primeros en desplazarse desde la provincia de Poltava a una de las colonias. Muchos judíos viajaban hacia el sur para mejorar su situación, con una nueva vida como granjeros[5]. Esto estaba impulsado por el gobierno: se esperaba que esa comunidad de judíos empobrecidos y descontentos se convirtiera en gente productiva, capaz de integrarse en el Imperio. Se ofrecía, sin cargo alguno, tierras vírgenes a aquellos que se comprometieran a cultivarlas. Más de 65 000 colonos judíos vivían en la Ucrania septentrional, central y meridional a mediados del siglo XIX, y sólo en la provincia de Jersón había veintidós colonias judías[6].

Gromekleya fue la última colonia agrícola israelita en ser fundada allí. Los Bronstein se encontraban entre los resueltos judíos que decidieron romper los lazos económicos con el *shtetl* y dedicarse a la agricultura[7].

Se promulgaron restricciones legales para estas colonias, y los inspectores del gobierno viajaban regularmente para comprobar su cumplimiento. (El hombre que informaba sobre Gromokleya se alojaba en la casa de Abram, el tío de Trotsky.)[8] Los funcionarios expresaron desde el principio sus dudas de que los artesanos urbanos judíos pudieran vérselas con el trabajo manual de una granja[9]. De hecho, los colonos parecían darles la razón, pues nada más llegar intentaron vender las tierras. Se estableció una prohibición para dichas prácticas

(lo que no evitó que la gente simplemente abandonara sus colonias)[10]. Muchos administradores reconocían la dureza de las condiciones físicas requeridas para llevar la empresa a buen puerto. No todos los asentamientos estaban cerca de un río, y eso era responsabilidad de las autoridades imperiales más que de los judíos recién llegados. Otro factor incómodo era la prohibición de poner tiendas o tenderetes[11]. La idea de los ministros era que los colonos tenían que dedicarse exclusivamente a la agricultura. Inicialmente se les impidió contratar a trabajadores cristianos, incluso durante la cosecha, para impedir que los campesinos ucranianos quedaran bajo su dominio económico. Fuera como fuese, las colonias tenían que quedar separadas. Los colonos judíos tenían prohibido vender sus casas y sus campos a los gentiles, así como tampoco se les permitía adquirir propiedades agrícolas de gentiles. La desconfianza permeaba leyes y decretos[12].

No se intentó convertirlos al cristianismo, se entendía que permanecerían fieles a sus creencias, y se les animó a construir sinagogas[13]. Se esperaba, no obstante, que su judaísmo adquiriera un carácter más «progresista» y moderno, y que con la mejora sus condiciones de vida abandonaran el jasidismo. A partir de 1840 se les proporcionó ayuda oficial para establecer escuelas en lengua rusa, pero por lo general sin éxito: casi todos los colonos judíos siguieron educando a sus hijos en yiddish[14]. El gobierno de San Petersburgo estaba perplejo, y sus ministros se preguntaron cuál sería la mejor forma de intervenir en las escuelas establecidas por los colonos. Así, propugnaron que en dichas escuelas se enseñara el ruso en lugar del alemán como segunda lengua, pero durante un tiempo los judíos se resistieron a semejante intrusión, pues el yiddish tenía indudables vínculos con el alemán, y en las escuelas de los *shtetls* del norte, de enseñarse alguna lengua extranjera, solía optarse por el alemán[15]. Sólo después de muchas maniobras persuasivas las colonias empezaron a aceptar a los profesores y la lengua rusos[16].

El respeto por las costumbres judías reinaba en las colonias, allí no deseaban cambiar su manera de vivir ni de rezar. La administración imperial de Nueva Rusia no tardó en informar de que los colonos invitaban a los rabinos y matarifes jasídicos del norte para que se reunieran con ellos[17]. Lo cierto es que muchas características del comportamiento judío resultaban chocantes para los cristianos. Por ejemplo, muy rara vez se emborrachaban los colonos en las tabernas. La criminalidad era casi inexistente, y los administradores destacaban

que «la vergüenza del castigo tiene un efecto más poderoso que el propio castigo»[18]. (Ya es algo más dudoso que tanta sobriedad se mantenía en los hogares durante la *succoth* y otras festividades religiosas, pero las autoridades civiles no podían saberlo). En Nueva Rusia no había existido hasta ese momento «ni rastro» de actividad jasídica, los recién llegados habían hecho posible ese cambio[19]. Cuando un estudioso rabínico hablaba sobre cuestiones sociales sus palabras tenían la fuerza de las órdenes: la frontera entre fe y vida diaria era muy difusa. Las autoridades imperiales consideraban que esto era un profundo «fanatismo». ¿Cómo era posible, se preguntaban, que esos judíos dieran la prevalencia al calendario de su fe por encima del trabajo y de los beneficios? «Malgastaban» su dinero en carne kosher. Todas las semanas «perdían» todo el tiempo que va desde la puesta de sol del viernes hasta el momento en que se veía la primera estrella vespertina en el sábado sin hacer ningún trabajo en los campos… De hecho lo más habitual era que no lo reemprendieran hasta el domingo por la mañana[20]. Las familias judías ahorraban para gastárselo todo en la boda de las hijas. Cuando moría un familiar todos se sentaban en el suelo durante una semana y velaban al difunto. ¿Qué rutinas eran ésas para alguien que realmente quisiera dedicarse con éxito a la agricultura?

Muy pronto, las auditorías anuales advirtieron de que el producto obtenido por las comunidades de colonos quedaba muy por debajo de las previsiones oficiales. Según sus conclusiones, sólo una quinta parte de los colonos había gestionado su granja con éxito. Otra quinta parte se las arreglaba, pero el resto no eran más que fracasos en toda regla. Un especialista lo enunció con claridad: «El propósito caritativo del gobierno —hacer campesinos de los judíos— no se ha cumplido.»[21] La pobreza los había seguido desde el *shtetl* polaco o lituano a las colonias agrícolas de Jersón y de las provincias limítrofes.

Esto cambió un poco a mejor cuando se ajustaron las políticas oficiales[22]. Los ministros de San Petersburgo acabaron por aceptar que las colonias agrícolas judías tenían que trabajar con menos restricciones. En 1857 se les permitió por fin contratar a cristianos para los trabajos estacionales[23]. Gromokleya, por otra parte, empezó su andadura en el período en que el emperador Alejandro II efectuaba reformas generales en el orden imperial. En 1861 promulgó un edicto de emancipación que otorgaba libertad personal a los campesinos que estaban en deuda con la aristocracia terrateniente. Allí donde el suelo fuera fértil, se les concedía una pequeña parcela. Allá donde no lo fuera tanto, el terreno concedido

era mucho mayor. En ambos casos tenían que pagar a cuenta de un crédito estatal por la adquisición de sus nuevas propiedades. Las condiciones especiales de las colonias agrícolas judías no se ignoraron mientras sucedía esa transformación en las condiciones rurales. En 1863 se levantó la prohibición de colonos dedicados a oficios no agrícolas[24]. A finales de esa década se levantó también la prohibición de emplear de forma permanente a cristianos, y se permitió arrendar tierras adicionales a los gentiles. Las colonias dejaron de mantenerse en cuarentena respecto al resto del sector: se informaba de que los granjeros judíos de más éxito llevaban una «existencia económica próspera», y los inspectores preveían que iban a constituir «un núcleo sano de agricultores de verdad» cuando se levantaran las restricciones sobre las actividades en las colonias judías[25].

La mejora, en un principio lenta, parecía perfilarse en el horizonte. Los Bronstein se contaban entre las familias que reforzaban el optimismo oficial. La extensión media de las propiedades cuando las colonias se habían establecido rondaba las 44 hectáreas[26]. El procedimiento normal consistía en que el cabeza de familia reclamara la titularidad de un área continua, sin las presiones para entremezclar franjas de tierra habituales entre los campesinos de la Rusia central y del sureste[27]. Cuando se relajaron las regulaciones sobre el arrendamiento de tierras, hombres como David Bronstein aprovecharon la oportunidad para incrementar el terreno que poseían o arrendaban. A mediados de siglo, ocho familias de las colonias agrícolas judías de la provincia de Jersón habían reunido el dinero necesario y los conocimientos para instalar molinos, y los Bronstein no tardarían en subirse al carro[28]. La técnica moderna llegaba a las tierras de Nueva Rusia.

El entorno económico general favorecía a los Bronstein y a los que eran como ellos. Los mercados mundiales tenían hambre de cereales rusos y ucranianos. Se construían ferrocarriles desde el norte a Odessa y Jersón. Los puertos de la gran red fluvial de la orilla norte del mar Negro se expandían. Los trenes y los barcos de vapor llevaban trigo y centeno a Odessa. El cultivo de cereales en Nueva Rusia empezó a prosperar. Las técnicas de cultivo casi tuvieron que improvisarse, pues en las estepas del sur el suelo y el clima eran diferentes del resto del Imperio ruso, y aunque el terreno era fértil, surgieron problemas que no habían podido preverse. La lluvia. Las variedades habituales de trigo, que allí no daban buen resultado. A diferencia de los germánicos, los

colonos judíos que llegaron a las provincias de Jersón y de Yekaterinoslav tenían una casi nula experiencia a la hora de arar, sembrar y cosechar. Las autoridades no les brindaron asesoramiento técnico y tuvieron que aprender el oficio sobre la marcha. En los años buenos pudieron seguir adelante simplemente porque aquel territorio no se había cultivado nunca. (Como no poseían ninguna formación ecológica, no se preocuparon de la recuperación de la fertilidad del suelo, lo que llevó a que en el siglo XX muchas estepas se convirtieran en terrenos semidesérticos). El trabajo era agotador, pero los resultados inmediatos compensaban a los más decididos.

Nueva Rusia era una región conocida por su variedad étnica y religiosa, y la economía de la provincia de Jersón reflejaba esta mezcla. Gromokleya se encontraba junto a una colonia agrícola germánica de lo más próspero. En cuanto se liberalizaron las primeras restricciones en las colonias de judíos, éstos interactuaron con polacos alemanes, y en líneas generales la coexistencia era pacífica. Los pogromos y disturbios antijudíos no eran inusuales en el Imperio ruso entre 1881 y 1883. Como es natural, esto fue una fuente de agitación entre los judíos de toda Nueva Rusia, en especial en lugares conflictivos como Odessa, pero los de las zonas rurales no eran tan conscientes del problema y mantenían la esperanza de que la situación mejoraría.

David y Aneta Bronstein encajaron, en este medio tan amplio, mejor que muchos otros colonos judíos. Eran una excepción entre los miembros de la colonia de Gromokleya por su actitud despreocupada frente a la observancia religiosa. Yanovka quedaba demasiado lejos de la sinagoga del pueblo como para acudir a ella a diario. Trotsky les recordaba practicando un judaísmo discreto y con reservas respecto a toda observancia religiosa. En su adolescencia, por otra parte, Leiba les oiría hablar supuestamente como ateos empedernidos. Aunque eran del medio campesino, Aneta procedía de Odessa y tenía allí parientes a quienes les iba muy bien. Los vínculos familiares implicaban que la pareja disponía de una ventana sobre un mundo más amplio que la granja y el pueblo. Entre sus familiares destacaba el dueño de una fábrica, y Aneta tenía también sobrinos y sobrinas que prosperarían en la expansión económica de finales del siglo XIX. Los Bronstein de Yanovka pertenecían a una familia muy numerosa que se las arreglaba muy bien en la incipiente economía de Nueva Rusia. Los padres de David habían vivido antes en un *shtetl* de la provincia de Poltava, mientras que él y su esposa habían adoptado un modo de vida en el que

el hecho de ser judío no tenía una presencia constante.

La apartada vida en el medio rural limitaba el contacto de la pareja con la modernidad. Aneta se había criado sin que nadie prestara demasiada atención a su educación. Podía leer, pero con dificultades; sin embargo, aunque había nacido en el pueblo, David no sabía leer ni escribir. De hecho, era un judío poco convencional, pues carecía de los estudios más rudimentarios. Esto restringía el acceso de los Bronstein a la cultura del Imperio ruso, aunque la vida en la granja les satisfacía. Su creciente prosperidad era motivo de admiración para toda la colonia. A pesar de la distancia geográfica, a David le gustaba viajar a Nikoláiev para ocuparse de sus negocios, del mismo modo que los familiares de Aneta en Odessa les hacían visitas a Yanovka durante el verano.

De un modo imperceptible, los Bronstein se estaban convirtiendo en menos «judíos» que sus vecinos de Gromokleya. En casa, si tenemos que atenernos a lo que explica Trotsky, David Bronstein «hablaba una mezcla agramatical de ruso y ucraniano, con preponderancia del ucraniano»[29]. Se trataba de la lengua vernácula local, a la que por lo general se trataba como «jerga». Había un motivo práctico para que los Bronstein prescindieran del yiddish: sus trabajadores y sirvientes eran ucranianos que no hablaban más que esa «jerga» local, y, como vivían en una granja en la provincia de Jersón, lo más lógico es que ellos también utilizaran el ucraniano. La similitud del yiddish con las lenguas germánicas facilitaba la comunicación con los hacendados alemanes, lo mismo que con los amigos y parientes de la colonia. La gente de la zona —polacos, rusos, ucranianos, alemanes, judíos y griegos— estaba acostumbrada a entenderse a pesar de las diferencias idiomáticas. David y Aneta tenían la particularidad de darle una preferencia clara al ucraniano sobre las demás lenguas. Era un signo de su apertura al mundo más allá del círculo familiar y la comunidad próxima.

Mientras que la mayoría de las familias en Gromokleya trabajaron la tierra durante generaciones, ninguno de sus hijos permaneció en la granja al llegar a la edad adulta. Sus padres les ofrecieron la mejor educación disponible. De hecho, David y Aneta eran un matrimonio que bien podría haber contribuido a la creación de una Rusia muy diferente de la que emergió de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, de las revoluciones y de la guerra civil: como súbditos del emperador, estaban a favor de la tolerancia, el progreso material y la meritocracia. Nueva Rusia, como nombre, tenía un significado social y territorial

a un tiempo. La vieja Rusia daba paso a una sociedad, a una economía y a una cultura que abolían las actitudes y las prácticas tradicionales, y en el hogar de los Bronstein en Yanovka estos cambios se vivían con entusiasmo.

2
Primera educación

Los Bronstein tuvieron ocho hijos. Sólo la mitad de ellos sobrevivió: los demás murieron de niños por culpa de la escarlatina o la difteria, y Trotsky lo recordaba así: «Fui el quinto en nacer. No se puede decir que mi venida al mundo fuera un feliz acontecimiento familiar. La vida era una ocupación constante y trabajo duro, y los niños algo inevitable para las familias acomodadas, pero no una necesidad.»[1] Como es habitual, exagera la dureza de las condiciones en Yanovka, pero sí que está justificada para demostrar que en aquel momento su familia no disfrutaba todavía de todas las comodidades de la civilización contemporánea. Leiba Bronstein fue el tercero de los que sobrevivieron, junto con un hermano y dos hermanas. Rara vez les menciona en su autobiografía, excepto cuando describe incidentes que les concernían expresamente. Se llamaban Alexandr, Elisheba, a la que más tarde se conoció como Yelizaveta, y Golda, que posteriormente se haría llamar Olga[2]. Alexandr había nacido en 1870 y Elisheba en 1875. Después venía Leiba, seguido por Golda, que nació en 1883. Los dos mayores, Alexandr y Yelizaveta, solían ir juntos, y Leiba y Olga jugaban juntos, pero como les separaba un intervalo de cuatro años era siempre él quien llevaba la iniciativa.

La granja Yanovka tomaba su nombre de su anterior propietario, un tal coronel Yanovski, cuyos meritorios servicios durante el reinado de Alejandro II le habían hecho merecedor de mil acres (404 hectáreas) en la provincia de Jersón. Yanovski había hecho la carrera militar y su experiencia como agricultor era nula, de modo que puso la granja en venta. David Bronstein pensó que era una buena oportunidad comercial y que quizá le permitiría alejarse un poco de la colonia de Gromokleya, con sus restricciones sociales y religiosas. En un primer momento se ofreció a adquirir una parcela de más de cien hectáreas. La familia Yanovski no se hizo de rogar: le arrendaron a Bronstein otras 160 hectáreas antes de mudarse al norte, a la provincia de Poltava. Los rusos Yanovski volvían precisamente a la misma región del Imperio de la que habían emigrado los

Bronstein. Una vez o dos veces al año, la viuda del coronel pasaba personalmente para cobrar la renta y para inspeccionar la propiedad. Nunca tuvo motivos de queja sobre la gestión de sus arrendatarios. David Bronstein cultivaba trigo para los activos mercados exportadores de la región. Disponía de caballos para el arado y para desplazarse a Yelizavetgrad y otras poblaciones cercanas. Tenía también ganado, bovino, ovino, cerdos —a los que, a pesar de su condición de judío, no tenía aversión—, y les dejaba merodear por las cercanías de la casa… a menudo incluso a penetrar en el jardín sin que nadie les dijera nada.

Leiba era un chico guapo y bien proporcionado, con ojos azules como los de su padre. (En los años posteriores algunas de las personas a las que iba conociendo, como el mismo periodista estadounidense John Reed, los describían equivocadamente como de color marrón oscuro. Probablemente dieran por supuesto, por prejuicio, que no había judíos de ojos azules; esto fue motivo de alguna irritación para Trotsky.)[3] Sus padres advirtieron su inteligencia enseguida. David era bronco, y Aneta exigente. Esperaban mucho de sus hijos e hijas, y se enfadaban cuando no cumplían las expectativas que depositaban en ellos, pero Leiba solía ganarse sus alabanzas.

Los recuerdos de las reprimendas que recibió se le quedaron grabados. Una de estas ocasiones es importante, pues fue la primera vez que experimentó uno de los desvanecimientos que le atormentarían durante toda la vida. Cuando era un niño de dos o tres años acompañó a su madre a la cercana población de Bobrinets, en una visita a una de las amigas de su madre, que tenía una hija de la misma edad que Leiba. Aneta Bronstein y su amiga dejaron juntos a los niños y se pusieron a conversar animadamente. (Para los adultos era una broma recurrente llamar novios a los dos pequeños). La niña salió de la habitación un instante, en el que, Leiba, que hasta ese momento había estado de pie junto a una cómoda, sufrió un desvanecimiento. Cuando despertó comprobó que había dejado un charco en el suelo. Entró su madre y le reprochó el gesto: «¿No te da vergüenza?». Su amiga se mostró más conciliadora. «No importa, no importa. Los niños estaban jugando, eso es todo.»[4] Aneta también sufría desvanecimientos, y Leiba heredó de ella esa tendencia. Generalmente buscaba protección en la niñera, Masha. En alguna ocasión recordó cómo ésta se subía a los ciruelos en busca de fruta para hacer mermelada, mientras él le seguía los pasos preocupado por si fuera a caerse, aun a pesar de que Masha se reía. Al ver

la escena, la madre sonrió, pero ordenó bajar a su hijo de inmediato[5]. En la granja todo el mundo sabía que sus padres no querían que Leiba corriera el menor peligro. Pero a él le gustaba montar a caballo. Alguna vez se había caído, pero él guardaba silencio para que así «no me prohibieran montar a caballo»[6].

A menudo se metía en líos:

> Grisha [nombre que Trotsky emplea para sí mismo en el primer borrador de su autobiografía] les tenía miedo a las víboras y a las tarántulas, como todo el mundo en su familia. A pesar de ser un niño de campo y de jugar con otros niños, nunca pudo distinguir entre víboras y culebras, de manera que siempre se asustaba al ver reptar a cualquier bicho[7].

Cuando tenía tres o cuatro años se había encontrado con una víbora en el jardín mientras jugaba con su niñera. Ella la había confundido con una caja de rapé y la había atizado con un palo. Se estremeció al comprobar su error y tomó en brazos a Leiba para, acto seguido, salir corriendo de allí. A éste las serpientes le darían miedo toda la vida[8]. Con las tarántulas se las veía mejor, no obstante: unos cuantos años más tarde correría por la granja en compañía del joven Víktor Gertopanov, cazándolas con un cordel encerado, que introducían en sus nidos[9].

A medida que fue creciendo, Leiba trató a la mayoría de terratenientes de los alrededores de Yanovka, y los recordaría como personajes excéntricos, como los de los cuentos y novelas de Nikolái Gógol (quien también procedía de Ucrania). Los Bronstein le arrendaron a una noble llamada Triliskaya un terreno cerca de Yelizavetgrado. En una ocasión había viajado hasta Yanovka para renegociar la renta, y había llegado con su acompañante, a quien Leiba había visto hacer anillos de humo con el cigarrillo. Aprendió a cuidarse de hablar mal de esta aristócrata, por si ella llegaba a enterarse y se vengaba[10]. Luego estaba Fedosya Dembovska, una viuda polaca que no permaneció viuda por mucho tiempo. Se casó con Casimir, su administrador. Éste, rechoncho y jovial, se empeñaba en explicarle a Leiba el mismo chiste, el único que sabía, una y otra vez. Les traía generosos regalos —panales de sus propias abejas— cuando les visitaba en Yanovka[11]. Otro terrateniente al que recordaba era Iván Dorn, un alemán gordo con un carro pintado en colores chillones[12]. Los más ricos de todos eran los hermanos Feldzer. Poseían miles de hectáreas, y vivían en una mansión, suntuosa como un palacio: eran tan famosos en la provincia de Jersón como los

Rockefeller en el mundo entero. (De todos modos, sus riquezas mermaban poco a poco, pues su fraudulento administrador presentaba pérdidas regulares en sus cuentas anuales). En una ocasión, Iván Feldzer salió a cazar zorros junto con dos compañeros y un par de perros por Yanovka. Los perros saciaron su sed en el pozo de los Bronstein, mientras los trabajadores de la granja juraban que no había zorros en las cercanías. David Bronstein se puso furioso al ver sus cultivos pisoteados y ordenó llevar a los cazadores a un bote de remos para dejarlos que se las arreglaran en alcanzar la otra orilla del río[13].

También hay que hablar de los Gertopanov, que pasaron de ser dueños de todo un distrito a hipotecar todas sus propiedades. Aún les quedaban centenares de hectáreas, pero se habían convertido en granjeros desesperados, que necesitaban de un arrendatario para poder pagar al banco cada mes. David Bronstein aceptó ayudarles. A partir de entonces Timofei Gertopanov y su mujer se presentaban en Yanovka con regalos como tabaco y azúcar. La señora Gertopanov hablaba incesantemente de su juventud perdida y de sus pianos. En una reversión total, los Bronstein, de menos estatus, tomaron como aprendiz a uno de los hijos, Víktor Gertopanov[14]. Resulta fácil imaginar cómo los Bronstein sacudían la cabeza al ver las rarezas de sus irresponsables vecinos. Trotsky escribió sobre el tema como lo habría hecho un Antón Chéjov socialista: «Aquellas familias hacendadas de la provincia de Jersón estaban abocadas a la perdición.»[15]

David Bronstein no era el único judío de la zona a quien le habían ido bien las cosas. A cinco kilómetros de Yanovka se encontraba la finca de Moisei Morgunovski (así se hacía llamar, al estilo ruso). Los Morgunovski habían aprendido francés, y el cabeza de familia tocaba el piano, aunque mejor con la diestra que con la zurda. Por desgracia, cuando era un recluta en el ejército imperial, David, su hijo mayor, había intentado suicidarse pegándose un tiro en la cabeza: los judíos solían pasarlo mal en las fuerzas armadas. El joven David tuvo que llevar la cabeza vendada durante el resto de su vida. Pero sus problemas no se acabaron aquí: las autoridades le acusaron de insubordinación militar, y sólo cedieron después de que su padre pagara una fuerte multa[16]. Leiba y su hermano mayor, Alexandr, pasaban tiempo con ellos. Los Morgunovski, a diferencia de los Bronstein, no dejaban a los animales pacer en el jardín, pues allí guardaban los pavos reales. Vivían con gran lujo. Más tarde, la familia pasaría tiempos difíciles y la granja empezó a deteriorarse. Murió el

último pavo, las vallas se derrumbaron y las vacas se comieron las flores. Moisei Morgunovski tuvo que cambiar su elegante faetón por el carro de labriego, que conducía en sus visitas a Yanovka. Los hijos vivían más como campesinos que como terratenientes. Y así, los Bronstein se convirtieron en los judíos más ricos de los alrededores[17].

En la colonia alemana el ambiente social imperante era otro. A los chicos se les enviaba a la ciudad, y las chicas trabajaban en los campos. Las granjas de los alemanes solían ser de obra vista, con tejados metálicos rojos y verdes. Se dedicaban a la cría de caballos de raza[18]. Una de las familias, los Falt-Feins, era muy conocida por la cría de variedades locales de oveja merina, y Trotsky no olvidó nunca los balidos de sus vastos rebaños[19]. En general los más ricos en la provincia de Jersón solían ser los colonos alemanes.

A Trotsky le gustaba mostrar a su familia como una panda de labriegos ignorantes; existen varias anécdotas que lo prueban. Durante algunos años David y Aneta habían vivido en la cabaña de adobe levantada por el coronel Yanovski. Como era analfabeto, David no era capaz de mantener registros escritos y solicitaba la ayuda de sus hijos, como cuando se lo ordenaba al joven Leiba:

> «¡Venga, pues, escribe esto! Recibí 30 000 rublos del administrador del mercante. Le envié 660 a la viuda del coronel y le di 400 a Dembovski. Apunta que le di 100 rublos a Feodosia Antónovna cuando estuve en Yelizavetgrado en primavera». De esta manera se llevaban las cuentas. Así y todo, poco a poco, con obstinación, mi padre siguió medrando[20].

Cuando pudo, David sustituyó la cabaña de los Yanovski por una casa de ladrillo con jardín y campo de cróquet, sin reparar en gastos. Se construyó su propio molino para molerse el grano y recortar pagos a intermediarios. Viajaba a Yelizavetgrado y a Nikoláiev para vender la cosecha y comprar materiales y equipo. Dejó el carro para la granja y se compró un faetón muy caro y dos excelentes sementales. Arrendó varios miles de hectáreas a diversos hacendados que estaban encantados de hacer noche en casa de los Bronstein si tenían que hacer algún viaje largo.

Yanovka fue el universo de Leiba hasta que empezó a ir a la escuela, a la edad de seis años. La colonia Goomokleya no disponía de una de las muchas escuelas subvencionadas en las que se enseñaba ruso[21]. En lugar de eso

contaban con el tradicional cheder judío, en el que el yiddish era la lengua de enseñanza. El único maestro era el señor Shuler, que visitó a la madre de Leiba para fijar sus honorarios.

> El maestro me saludó con esa afabilidad que emplean todos los maestros para saludar a su futuro alumno en presencia de sus padres. Mi madre completó los detalles del trato en mi presencia: por tantos rublos y por tantos sacos de harina el maestro se comprometía a instruirme en su escuela de la colonia en estas materias: Ruso, Aritmética y el Antiguo Testamento en el hebreo original[22].

Los reparos del futuro escolar Leiba se despejaron en cuanto tuvo ante sí a ese hombre que intentaba caer en gracia ante los Bronstein. De hecho, Shuler era tan tímido que su mujer no vacilaba en arrojarle bolsas de harina a la cara mientras estaba enseñando en clase.

Los padres de Leiba decidieron que el chico no podía caminar todos los días los tres kilómetros que les separaban del pueblo. En lugar de eso se quedaría a vivir en el mismo pueblo con su tía Rakhil. El acuerdo con ella concluyó sin que fuera necesario que el dinero cambiara de manos: David proporcionaría a su hermana una provisión de harina de trigo, harina de centeno, alforfón y mijo. Los Bronstein pagaron al maestro en rublos y harina, pues así se hacían los negocios en el campo. Shuler había aceptado enseñarle ruso a Leiba[23], pero las futuras dificultades de éste con el vocabulario quizá se expliquen por el desconocimiento que el propio maestro tenía de la lengua rusa[24]. El hebreo era otra cosa. Shuler nunca habría podido disponer de alumnos sin dominar esta lengua. En cuanto a Leiba, debía mejorar su yiddish si quería entender las lecciones o trabar amistad con el resto de chicos. Al final, sólo permaneció en la escuela unos cuantos meses, y luego afirmaría que su falta de conocimientos lingüísticos le había impedido hacer amigos[25]. A partir de entonces guardaría una permanente gratitud hacia Shuler, porque en el corto espacio de tiempo que pasó en su compañía adquirió los rudimentos necesarios para leer y escribir.

Trotsky mostraba una marcada preferencia por su padre. Así lo expresaba: «Mi padre era sin duda superior a mi madre, tanto intelectualmente como por carácter. Era más profundo, más reservado, más delicado. Tenía un buen ojo excepcional no sólo para las cosas, sino también para la gente.»[26] Y también

era decididamente frugal. Leiba recordaba cómo había rechazado la posibilidad de reparar los agujeros del sofá:

> El agujero más pequeño estaba cerca de la silla en la que Iván Vasílevich [Greben] se sentaba, y el mayor en donde me sentaba yo, cerca de mi padre. «Habría que tapizar este sofá con tela nueva», solía decir Iván Vasilevich. «Eso tendríamos que haberlo hecho hace ya mucho —respondía mi madre—. No le hemos cambiado la tela desde el año en que mataron al zar [1881].» «¿Sabes lo que ocurre?, —intervenía entonces mi padre—. Cuando vas a esa maldita ciudad y recorres todas esas calles, los cocheros siempre quieren quitarte el dinero de las manos; así que estás todo el tiempo pensando en cómo volver lo más pronto posible a la granja… y te olvidas de todo lo que sea comprar.»[27]

La totalidad del negocio se planteaba para evitar el gasto:

> Mis padres generalmente compraban muy poco, sobre todo en los primeros tiempos —y los dos sabían cómo ahorrar sus cópecs—, pero mi padre nunca cometió un error en lo que compraba. Tenía buen olfato para la calidad en todo, ya fuera la ropa, un sombrero, zapatos, caballos o maquinaria. «No me gusta el dinero —me diría más tarde, para justificar su tacañería—, pero tampoco me gusta no tener ni una moneda. Necesitar dinero y no tenerlo en absoluto es malo.»[28]

Leiba odiaba la manera que tenía su padre de imponer la disciplina entre sus trabajadores. Un día que volvía de un partido de cróquet, se topó con un labriego chaparro y esquelético, que le rogaba a su padre que le devolviera una vaca que se le había extraviado por los campos. David estaba furioso por lo sucedido. Le había requisado el animal, gritando: «Tu vaca sólo habrá comido lo equivalente a diez cópecs de grano, pero los desperfectos valen diez rublos». Leiba estaba sorprendido:

> El labriego repetía lo mismo una y otra vez, y se podía percibir el odio en sus súplicas. La escena se me quedó muy dentro. La euforia de la partida de cróquet, la paliza que les había dado a mis hermanas, se esfumó para

> dar paso a una profunda desesperación. Me fui de allí y corrí a mi habitación, me tiré sobre la cama y me eché a llorar a moco tendido, a pesar de ser ya un alumno de segundo grado en la escuela. Mi padre cruzó el recibidor hasta el comedor, seguido por el pequeño labriego, que no dejaba de susurrar y se quedó en el umbral. Podía oír sus voces. Al final el hombrecillo se fue. Madre llegó desde el molino. Reconocí su voz al punto, y oí el ruido de los platos al poner la mesa, y luego la voz de mi madre llamándome a comer. Pero yo no respondí, y seguí llorando[29].

Ella le consoló e intentó averiguar qué le ocurría. Leiba no quería hablar. Los padres susurraron entre ellos. Su madre dijo: «¿Estás triste por el labriego? Escucha, le hemos devuelto la vaca y no le hemos hecho pagar ninguna multa.»[30] Leiba fingió que los problemas de aquel hombre no eran la causa de su llanto, pero en la casa todo el mundo sabía cuál era la verdad.

Su primo Moshe Shpentser, sobrino de Aneta, era algo mayor que él, pero simpatizaba con el chico. En una de sus visitas a Odessa, Shpentser había comentado en voz alta al ver a un capataz azotar a un pastor por su tardanza en preparar los caballos: «¡Qué vergüenza!»[31] Shpentser animaba a Leiba a pensar críticamente sobre su entorno. Así, el pequeño se azoraba por la pobreza de algunos de los peones. Los Bronstein empleaban a un tipo corto de luces, Ignatka, como ayudante del pastor. La madre de Ignatka estaba en la miseria, y en la granja le debían… ¡un rublo! Por aquel único rublo, una cantidad irrisoria, había caminado cinco kilómetros cubierta con harapos, pero cuando llegó a la granja no había nadie que pudiera darle ese dinero. De modo que se quedó recostada contra un muro, demasiado cohibida para sentarse. Tuvo que esperar hasta el atardecer antes de que el rublo llegara a sus manos[32].

Trotsky también describió la manera en que dispensaba la justicia en Yanovka durante su infancia. Cuando un cochero le robó una yegua, David Bronstein no vaciló en enviar a Alexandr, el hermano mayor de Leiba, para localizarle y arreglar cuentas. Tras dos días de búsqueda no obtuvo resultados. Alexandr volvió sin haber dado con el culpable[33]. En esa ocasión habría recibido todo el apoyo popular si no se hubiese limitado a entregar al ladrón a las autoridades: muchos aseguraban las leyes de la propiedad sin recurrir a la policía ni a los tribunales. En las aldeas la idea que se tenía de la justicia era de lo más

tosca. En Gromokleya, entre la colonia agrícola, vivía un tipo muy alto con fama de ser un ladrón de caballos. (Algo al parecer muy habitual en la zona). A su hija no se la tenía en mucha mayor consideración, de modo que cuando la mujer del sombrerero sospechó que la chica se entendía con su marido acudió a sus amigos de la colonia. Trotsky lo recordaba: «Un día, al volver de la escuela vi a una multitud que gritaba, chillaba y escupía mientras arrastraban a aquella joven calle abajo». Y resultaba que el inspector del gobierno pasaba por casualidad por allí, de visita, aunque no quiso intervenir: se permitía a los aldeanos que se tomaran la justicia por su mano[34].

Cuando creció, a Leiba le dieron más libertad. Le gustaba deambular por el taller de la granja. Ésos eran los dominios del remarcable Iván Greben, el mecánico de su padre. Era un hombre para todo y maestro en muchas cosas:

> Era una persona de gran talento y de buena apariencia, con un bigote oscuro y barba al estilo francés. Sus conocimientos técnicos eran universales. Lo mismo reparaba motores a vapor que calderas, torneaba bolas de metal o de madera, fundía rodamientos de latón, hacía muelles para los carros, componía relojes, afinaba pianos, tapizaba muebles o fabricaba todas las piezas de una bicicleta, a excepción de los neumáticos. Así aprendí a ir en bicicleta cuando estaba entre el preparatorio y los primeros años. Unos colonos alemanes vecinos nuestros traían a veces sembradoras y agarbilladoras para que las reparara en el taller, y le invitaban a acompañarles cuando se trataba de comprar una trilladora o un motor de vapor. La gente preguntaba a mi padre sobre agricultura, y sobre tecnología a quien consultaban era a Iván Vasilevich[35].

Greben era el empleado más valorado de la granja, y cuando le llamaron a filas David Bronstein pagó un soborno que aseguraba su exención del servicio militar[36]. El molino requería a menudo de sus habilidades. Greben disponía de un ayudante mecánico llamado Foma. También había un segundo molinero: era un antiguo soldado de caballería llamado Filipp. Y luego estaban los dos aprendices, Senya Gertopanov y David Chernujovski. (Con el tiempo Greben se enfadaría con el joven Gertopanov y le despediría.)[37]

A diferencia de la mayor parte de jóvenes de la colonia, la vida que llevaba

no estaba marcada por el contacto asiduo con otros judíos. En efecto, los Bronstein se fueron adaptando cada vez más al calendario cristiano. Los peones eran cristianos, y Aneta les preparaba *kut'ya* —un plato tradicional de trigo y bayas— y lo ofrecía por Navidad, y en Pascua pintaba huevos y cocinaba *kulichi* —pasteles de almendra y azafrán— para ellos[38]. Y naturalmente la amistad de Leiba con Iván Greben, el mecánico de la granja, ayudó a que acabara dominando el dialecto ruso-ucraniano. A Leiba le gustaba visitar el taller y aprender la técnica. Greben y los jóvenes trabajadores le acogieron bajo su protección. «En muchos aspectos puede decirse que era el aprendiz de esos aprendices.»[39]

Greben era estricto con Leiba[40]. Trotsky lo recordaba como la personificación de las virtudes del hombre trabajador. Aquel porte, aquella firmeza eran importantes para él, y Trotsky recordaba su presencia física:

> Al fumar parecía que mirara a lo lejos, quizá porque consideraba algo, o porque recordaba algo, o porque simplemente se relajaba. En momentos como ése yo solía acercarme con sigilo, y le enroscaba el tupido bigote castaño rojizo entre mis dedos, o examinaba sus manos, manos grandes y sólidas, manos de maestro artesano. Estaban cubiertas de manchas negras: eran las pequeñísimas esquirlas que le habían penetrado cuando labraba piedras de molino. Sus dedos eran tenaces como raíces, pero sin ser del todo duros; hacia las yemas se ensanchaban y eran muy ágiles: de hecho, podía volver el pulgar hacia atrás formando un arco. Cada uno de los dedos tenía conciencia propia, y actuaba y vivía por sí mismo; juntos formaban una colectividad de trabajo excepcional. Por muy niño que yo fuera entonces, podía ver y sentir que esa mano no era como las demás al tomar un martillo o unos alicates. Una profunda cicatriz le corría por la base del pulgar izquierdo. Iván Vasilevich se había cortado con un hacha el día en que nací, y el pulgar le había quedado colgando, únicamente asido a la mano por la piel. Dio la casualidad de que mi padre estuviera allí, y vio que el joven mecánico apoyaba la mano sobre el tablero presto a cercenarse del todo el dedo. «¡Alto! —le gritó mi padre—. ¡Tu dedo se curará, volverá a crecer!». «¿Ah, sí? ¿Volverá a crecer, dice usted?», preguntó el mecánico, haciendo a un lado el hacha. Y así fue: el dedo volvió a desarrollarse y podía moverlo correctamente, sólo que no podía arquearlo hacia atrás tanto como el de la mano derecha[41].

No sólo se trata de una prosa excelente, sino que también demuestra hasta qué punto el respeto por los trabajadores era una de las aptitudes sociales más precozmente desarrolladas por Trotsky.

El recuerdo de Greben quizás explique la sempiterna admiración de Trotsky hacia los técnicos.

> Iván Vasilevich construyó una escopeta a partir de un viejo rifle Berdan y probó su puntería: cada uno intentaba darle a una vela desde una distancia de varios pasos. No todo el mundo lo conseguía. Mi padre llegó por casualidad. Cuando levantó el arma para apuntar, le temblaron las manos, y de algún modo se le vio falto de confianza, a juzgar por la manera de sujetarla. Pero hizo que la vela saltara al primer intento. Tenía buen ojo, y eso era algo que Iván Vasilevich tenía muy claro. Nunca hubo el menor altercado entre ambos, aunque mi padre empleaba un tono autoritario para hablar con los demás trabajadores, y solía reprenderles a menudo[42].

Trotsky también recordaba cómo Greben había instalado un sofisticado palomar bajo el tejado de la casa de las máquinas y se trajeron montones de ejemplares desde la finca de los Dembovski para completar la empresa. Leiba estaba excitadísimo con el palomar, y subía diez veces al día para suministrar grano y agua a sus habitantes. Por desgracia muy pronto sólo quedaron tres parejas de palomas. Las demás habían huido[43]. Fue una de las escasas ocasiones en que algo le fue rematadamente mal. De otro modo, sus primeros años transcurrieron en el sosiego, pues se sentía protegido y satisfecho.

3

La escuela

David Bronstein tenía muy claro que sus hijos no iban a crecer con las carencias que él había sufrido de niño. Nunca había sido un judío devoto, de modo que no le importaba que fueran a una escuela cristiana si eso iba a ayudarles a encontrar una carrera profesional. De modo que cuando a Leiba le llegó el turno de empezar la secundaria, David escogió la Realschule de San Pablo, en la calle Uspenski de Odessa. (Habría preferido que acudiera a la *gimnazia*, la escuela subvencionada, que era la mejor institución educativa de la ciudad, pero Leiba fue víctima del sistema de cuotas que se aplicó a los judíos a partir de 1887. A las autoridades les preocupaba que hubiera un gran número de jóvenes judíos con un nivel de estudios alto, no sólo por prejuicios religiosos, sino por miedo a que los rusos y la población en general se sintieran molestos por la pérdida de plazas en las escuelas favorecidas). De modo que San Pablo era la mejor alternativa, además de la más segura. Todo se dispuso para que Leiba, pagando un alquiler, se fuera a vivir con su primo Moshe Shpentser y su esposa Fanni[1].

El día de la partida fue un acontecimiento en Yanovka. Para Leiba, recorrer los más de 300 kilómetros hasta Odessa con sólo nueve años fue como surcar océanos desconocidos. David Bronstein ordenó que se preparara el coche y los caballos. Hubo abrazos y besos cuando se despidió de su madre y sus hermanas. Se cargaron las maletas y luego, por fin, Leiba subió al carro con su padre. El sastre de la colonia le había equipado elegantemente para la Realschule. El baúl contenía grandes porciones de mantequilla y frascos de mermelada para entregar a los Shpentser. Leiba seguía llorando cuando el coche empezó a avanzar por los ásperos caminos de la estepa hasta que llegaron a la carretera que había de llevarles a la estación ferroviaria más cercana, en Novi Bug. Desde allí fueron en tren a Nikoláiev, a orillas del río Bug, y allí subieron a bordo del vapor *Potemkin*[2]. Leiba absorbía todas las nuevas visiones y sonidos: el penetrante silbido del barco, la actividad frenética de los marineros en cubierta y por fin la

vasta llanura del mar Negro, cuando el barco viró hacia el oeste y empezó su deriva hacia Odessa. Al desembarcar tomaron un coche a la calle Pokrovski, en donde vivían los Shpentser. Moshe y Fanni cuidarían de él durante los cinco años siguientes, mientras se prolongara su estancia en la Realschule.

La comunidad alemana de la ciudad había fundado esa escuela, que estaba vinculada a la iglesia luterana. En el momento en que Leiba accedió a ella los alumnos alemanes de Odessa y alrededores constituían sólo entre un tercio y la mitad de los matriculados. Efectivamente, la reputación del equipo docente se acrecentaba sin cesar, y chicos de diversas nacionalidades y religiones solicitaban la admisión en el centro[3]. Leiba estaba contento de unirse a ellos, pero también sentía cierta aprensión. Una gran ciudad, una gran escuela y grandes ambiciones paternas. Era una situación nueva. Iba a tener que adaptarse a otros usos, otra disciplina y profesores y alumnos que no siempre le tratarían con amabilidad. Tenía que mejorar su ruso. Y aprender una nueva lengua: aunque su yiddish no era muy fluido, su similitud lingüística con el alemán debió de resultarle una buena ayuda. Poco a poco fue aprendiendo a hablar ruso casi sin acento. En las grabaciones de su voz posteriores a la Revolución de Octubre se detectan rastros de la pronunciación propia de Odessa. Es presumible que la influencia del acento de Nueva Rusia fuera más patente en los primeros años, así como también sería de esperar un matiz específicamente judío en su dicción, puesto que vivía con Moshe y Fanni Shpentser y procedía de una familia de judíos. Pero su gramática fue siempre el ruso imperial estándar de los libros de texto de su tiempo[4].

Pronto encontró quien le ayudara. Como recién llegado estaba asignado a una clase preparatoria en la que un muchacho alemán —de quien sólo se sabe que se llamaba Carlson— que repetía curso tomó a Trotsky bajo su protección y le enseñó las reglas de supervivencia[5]. (A Leiba no le habían aceptado en el primer curso porque en la prueba preliminar había sacado una puntuación de tres sobre cinco en ruso, y un cuatro en aritmética. Su escolarización en la aldea había sido pobre). Carlson no era un alumno sobresaliente, pero sí un compañero alegre para un Leiba falto de ánimos. Cuando caminaba por la calle Uspenski junto con otros chicos de camino a San Pablo y vestido con su espléndido uniforme, un tarambana le escupió en la chaqueta. Leiba, asustado, quiso limpiarse la mancha, pero los alumnos veteranos empezaron a gritarle, pues nada más empezar las clases ya había roto una de las normas: los Shpentser no sabían

que los alumnos del curso preparatorio no tenían derecho a vestir el uniforme completo. El inspector de la escuela le dijo que procurara quitarse la insignia, el galón y la hebilla del cinturón; y los botones, con un águila estampada, tenían que sustituirse por otros corrientes de hueso[6]. Como vemos, su introducción en la vida académica no fue plácida: el caso es que Leiba se sintió humillado, y lo único que le permitió hacer llevadera aquella situación fue el compañerismo de Carlson.

Esa mañana no hubo clases y Leiba asistió con el resto de alumnos al oficio religioso de inicio de curso. En la capilla escuchó por primera vez música de órgano, que le impresionó, por mucho que no pudiera entender ni una palabra de lo que se decía. El sacerdote era el pastor Binneman, quien, a diferencia de los sacerdotes ortodoxos, no llevaba barba. Carlson le dijo que el pastor era un «hombre muy inteligente, el hombre más inteligente de Odessa». Leiba dio por hecho que así era.

Carlson era perezoso, pero Leiba obtuvo elogios al día siguiente por copiar la lección de la pizarra y le otorgaron dos cincos, la nota más alta. Repitió la gesta en la lección de alemán, y volvió a obtener un cinco[7]. Una vez que aprendía algo rara vez lo olvidaba. Se inclinaba sobre todo hacia las ciencias, y le gustaban las matemáticas. De hecho, ninguna asignatura parecía confundirle, y raro era el día que volvía a la calle Pokrovski sin haber obtenido la máxima calificación en algún examen.

La vida en Odessa fue feliz. Moshe era un hombre despierto, interesado en las ideas y bueno para con los niños. A una etapa temprana había tenido problemas con las autoridades, y como resultado se le había prohibido el acceso a la educación universitaria. Las ofensas en que había incurrido siguen siendo un misterio, pero los judíos con una mente independiente eran muy susceptibles de disgustar a la élite gobernante. A Moshe le llevó un tiempo recuperarse de este contratiempo y se pasaba el día traduciendo tragedias griegas. También estudiaba el pasado: su historiador favorito era Friedrich Christoph Schlosser[8]. Sin duda la historia mundial de Schlosser, traducida al ruso, era la fuente que Moshe empleaba para compilar estadísticas y cuadros visuales por su cuenta sobre el desarrollo de la humanidad desde sus orígenes al presente[9]. Se había casado con Fanni, la directora de la escuela estatal judía para chicas de Odessa, cuyo salario mantuvo a la pareja a flote en los primeros tiempos del matrimonio[10]. La afición de Moshe de confeccionar tablas y calendarios le resultó de ayuda en

sus esfuerzos por introducir un sistema racional de registro de datos. Pero Moshe necesitaba labrarse su propio futuro, y consiguió ganar algún dinero como periodista en prácticas. Cuando eso no resultó, lo intentó con la producción de artículos de escritorio[11]. Al final obtuvo algún éxito, y el volumen de su negocio había crecido en el momento de la llegada de Leiba.

Shpentser iba a convertirse en uno de los principales editores del sur del Imperio ruso. Pero todo eso pertenecía al futuro. En los años en que Leiba residió en la calle Pokrovski el primo Moshe seguía buscando su camino. Tenía una prensa en casa, de modo que pasaba gran parte del tiempo en el piso. Leiba casi nunca estaba solo cuando volvía de la escuela.

El apartamento era muy modesto. La madre de Moshe, una anciana, vivía con ellos, y habían instalado una cortina en el comedor para darle alguna intimidad[12]. Allí tenía la cama. Lo normal para Leiba hubiera sido llamarla «abuelita» o de un modo similar, pero el chico tenía cierto sentido de corrección genealógica, y como Moshe era primo carnal suyo llamaba a la anciana «tita[13]». También era una manera de identificarse a sí mismo como miembro de pleno derecho del hogar de los Shpentser. También a él se le adjudicó un espacio en el comedor en el que tenía su cama y un par de estantes. Moshe le ayudaba con los deberes (como Trotsky recordaba, «le gustaba hacer de maestro»[14]). Era justo lo que Leiba necesitaba para desarrollar su potencial.

Moshe y Fanni se dedicaron a borrar los hábitos rurales del chico. Tenía que ponerse la ropa de cama a las nueve en punto y ya no podía irse a dormir cuando le viniera en gana. (Esta regla se liberalizó con el tiempo, y le permitían quedarse despierto hasta las once de la noche). Los Shpentser también pulieron sus maneras:

> A cada momento me insistían para que siempre diera los buenos días, mantuviera limpias manos y uñas, no me llevara el cuchillo a la boca, fuera puntual, diera las gracias a los sirvientes por su trabajo y no hablara mal de la gente a sus espaldas[15].

A la insistencia de los Bronstein sobre el trabajo duro y la fiabilidad se añadían los requerimientos de los Shpentser sobre urbanidad y cortesía. Era una combinación que no iba a descuidar nunca: en 1923 escribiría todo un opúsculo —*Problemas de la vida diaria*— en el que expresaba de modo evangélico la

urgente necesidad de introducir cambios en la cultura popular rusa[16].

Para él, como es natural, Fanni y Moshe eran más tíos que primos. Tenían una hija pequeña, Vera, que sólo tenía tres semanas en el momento en que Leiba llegó a Odessa. (De mayor se convirtió en la famosa poeta Vera Inber). Leiba se encargaba a veces de ella. Los Shpentser pensaban que así podría evitar el peligro de estudiar demasiado. Aunque en alguna ocasión la había zarandeado con demasiada energía, la pequeña Vera le gustaba[17]. Era un sobrino modelo, y Fanni lo recordaba así:

> Nunca se mostró grosero, ni nunca le vi enfadado. El mayor problema que tuve con él estribaba en lo muy escrupuloso que era con la ropa. Recuerdo que un día se había puesto un traje nuevo, y fuimos a pasear. Mientras caminaba no dejaba de limpiarse el traje. «Si sigues haciendo esto todo el mundo sabrá que llevas un traje nuevo», le dije. Pero no sirvió de nada. Todo tenía que estar en perfectas condiciones[18].

Un único incidente estropeó este paisaje idílico cuando Leiba robó diversos libros valiosos de la colección de Moshe y los vendió para comprar dulces. La experiencia le había disgustado incluso antes de que los Shpentser repararan en lo que había sucedido, y nunca pudo explicar qué le había llevado a comportarse así. Los Shpentser le perdonaron y todos consideraron el incidente agua pasada[19].

Moshe y su imprenta iniciaron a Leiba en una fascinación por el mundo editorial que se prolongaría durante toda su vida. «Me familiaricé con los tipos móviles, la paginación y la compaginación, la maqueta, la impresión, la encuadernación… Corregir galeradas se convirtió en mi pasatiempo favorito. Mi amor por la página acabada de imprimir tiene sus orígenes en esos lejanos años de escuela.»[20] Leiba era un ratón de biblioteca. A sus profesores a menudo les hablaba de libros desconocidos, y Fanni y Moshe apreciaban su exagerada curiosidad. Como ocurre con los mejores pedagogos, intuían que estaban ayudando a educar a alguien con un potencial mayor que el de ellos mismos.

Leiba se convirtió en el confidente de Dasha, la sirvienta de los Shpentser. Hablaban después de la cena, y Dasha le ponía al corriente de sus amoríos. Pronto ocupó su lugar Sonia, de Zhitomir. Leiba usaba su tiempo libre para enseñarle a leer y escribir. Contrataron a un ama de cría para la pequeña Vera.

También procedía de Zhitomir y la había recomendado Sonia. Ambas estaban divorciadas. Leiba escribía cartas en su nombre a los exmaridos, solicitándoles dinero. El ama de cría se había encontrado tan falta de recursos que había tenido que entregar a su hijo. Leiba, que ya se ejercitaba en la prosa con singular maestría, escribió acerca del hijo que había perdido: «Nuestro pequeño es la única estrella en el oscuro firmamento de mi vida». Se lo leyó en voz alta, la mar de orgulloso. La mujer apreció sus esfuerzos, pero pensó que no había acabado de entender sus apuros emocionales:

> Así tuve ocasión de contemplar la complejidad de las relaciones humanas. En la comida Fanni Solomónovna me dijo con una extraña sonrisa:
> —¿El señor escritor no querrá un poco más de sopa?
> —¿Qué? —pregunté alarmado.
> —Oh, nada, nada. Pero le has escrito una carta a la nodriza, de manera que eres un escritor. ¿Cómo decías? «Una estrella en el oscuro firmamento…», ¿no? ¡Pues eso es de escritor! —Y como ya era incapaz de mantener ese tono, se echó a reír.

El tío Moshe le tranquilizó y le recomendó que en un futuro dejara que esas mujeres escribieran sus propias cartas[21].

Ésa fue una lección sobre el poder de las palabras que Leiba no olvidaría nunca. Había escrito algo que sabía que era exagerado, pero los demás se habían sentido impresionados. Aunque le atraían más las matemáticas y las ciencias que la literatura, sus preferencias no tardarían en establecerse, y vivir durante la secundaria en el hogar de un editor reforzó esa tendencia. Moshe se lo llevaba a pasear después de la escuela. En una determinada ocasión hablaba con Leiba sobre el argumento de *Fausto*, la ópera de Gounod, y eso le causó cierto embarazo, pues se vio obligado a explicarle que Gretchen tenía un hijo fuera del vínculo del matrimonio. También le habló sobre otros compositores. Leiba estaba fascinado, y le preguntó si las melodías sólo había que encontrarlas o bien primero había que inventarlas. Fanni y Moshe compraban y leían las últimas novedades de literatura rusa. Leiba les oía hablar del asunto. Cuando se prohibió la representación de la obra de Tolstói *El poder de las tinieblas* compraron una copia del texto. Pensaron que la escena en la que estrangulan a un niño no era

conveniente para Leiba, pero él la leyó mientras se encontraban fuera. Con la aprobación del matrimonio se entusiasmó con Charles Dickens. Los Shpentser le abrieron una ventana a la alta cultura, estaría en deuda con ellos por la manera tan sensible que tuvieron de tratarle. Recordaba a Fanni con mayor calidez que a sus propios padres[22]. «Era —diría recordándoles— una buena familia intelectual. Les debo mucho.»[23]

El pastor Binneman ejercía su influencia en San Pablo, y cuando murió se permitió a los niños presentar sus respetos ante el ataúd abierto. La experiencia sorprendió a Leiba. Probablemente vivía algo así por primera vez, pues los judíos, a diferencia de los cristianos del Imperio ruso, no exponían los cadáveres a la vista del público antes de los funerales. Leiba aprendía así las costumbres de los gentiles, y se acostumbró a la idea de que diferentes pueblos observaban costumbres y prácticas propias. Por otra parte, el ruso se fue convirtiendo en su medio de expresión instintivo. Al mismo tiempo aprendía principios universales de análisis en geometría y física. El mundo de Yanovka iba quedando en el pasado, y cuando regresó durante las vacaciones empezó a ver aquella granja con ojos de extranjero.

Shvannebaj, cuñado de Binneman, fue reemplazado poco después del funeral de éste por Nikolái Kaminski, que era el inspector que había recriminado a Leiba en su primer día de escuela. El nombramiento de Kaminski se produjo en un contexto de rusificación de las escuelas propiciado por el gobierno. Shvannebaj, de ascendencia alemana, cedía su lugar a un eslavo. Kaminski era un físico y aterrorizaba a los alumnos con su voz de falsete. Según Leiba, la calma exterior que reflejaba ocultaba en cambio una constante irritación. Como luego explicaría, era en el trato de «neutralidad armada». Pero incluso así también sabía demostrar entusiasmo. Tenía algo de inventor, y se complacía en demostrar la ley de Boyle con un aparato de su creación. En tales ocasiones se desataba la hilaridad de los alumnos, y también cierta insubordinación silenciosa[24].

Luego estaban Yurchenko y Zlotchanski, que enseñaban matemáticas. Yurchenko era un tosco odessano al que resultaba fácil sobornar para obtener mejores notas. Zlotchanski no era mucho más refinado —solía expectorar y escupir— y fuera de horas de clase se le conocía como gran bebedor. A Leiba le fue bien con ambos.

Las lecciones de historia las impartía un tal Liubimov. No era una lumbrera, y para informarse sobre el pasado imperial Leiba prefirió buscar entre los libros

de tío Moshe. (Luego resultó que Liubimov tenía problemas mentales y acabó ahorcándose). El profesor de Geografía, Zhúkovski, infundía terror en alumnos de todas las edades. Leiba le compararía más tarde con una «máquina trituradora de carne». La lengua alemana, que seguía siendo una materia curricular fundamental, se confiaba al señor Struve: amable y elocuente, Struve se mostraba desconsolado a poco que alguien obtuviera notas bajas en las pruebas académicas, y ningún otro profesor cosechó tanto afecto cuando Trotsky le recordó al escribir sus memorias[25].

Después de Kaminski el nuevo inspector fue Antón Krzhizhanovski, que enseñaba Literatura Rusa. Enseguida reconoció el talento en Leiba y leía las redacciones del muchacho a la clase. Leiba echó a andar una revista escolar, llamada *Realista*[26]. (¿Sería descabellado sugerir que ya se las tenía con las ideas recibidas sobre la autoridad irracional?). Las revistas de este tipo por lo general estaban prohibidas en las escuelas imperiales, pero Krzhizhanovski apoyó el proyecto. Leiba se ocupó de las tareas editoriales. También escribió algunos versos para el primer número. El tema era una gota de agua cayendo al océano, y le servía como alegoría de la revista, que era una mínima parte del «océano del conocimiento». A Krzhizhanovski el poema le gustó, pero criticó la métrica descuidada. (En su autobiografía Trotsky aceptaba que como poeta no había destacado nunca. Siempre que la crítica proviniera de él mismo, no le importaba mostrarse como alguien no del todo sobresaliente.)[27] Sea como sea, lo que parece claro es que la atmósfera pedagógica de San Pablo no era tan autoritaria ni impedía el ejercicio de la imaginación.

Trotsky no podía aceptarlo así.

No recordaba absolutamente nada negativo de los alumnos (y eso que al final de su período allí no era un miembro cualquiera del grupo, sino un líder), pero retrataba a toda su clase como víctimas de la malicia y de la estupidez de quienes les enseñaban. Si los chicos eran el proletariado, los profesores eran la burguesía. Sin embargo, resulta dudoso que sus compañeros no le dieran problemas: Odessa era una ciudad multicultural en la que convivían diversas creencias, y la tolerancia mutua era mayor allí que en la mayoría de centros importantes del Imperio ruso, pero aun así, a los judíos solía esperarles un buen número de situaciones desagradables. Los colegios no se libraban de pullas antisemíticas. Trotsky restaba importancia a las repercusiones derivadas de ser judío en un sitio como San Pablo, pero ese silencio no puede tomarse como prueba de que nadie

le tocara un pelo.

Le gustaba dar la impresión de que estaba integrado y compartía con los demás alumnos todas las actividades escolares. No fue así. En San Pablo, como en el resto de escuelas imperiales, se tenía que enseñar religión, y Leiba Bronstein entró como judío y no se convirtió al cristianismo. Tuvo, por tanto, que continuar con sus deberes espirituales bajo la guía del rabino que enseñaba a los alumnos judíos, y David Bronstein pagó esos servicios. El rabino en cuestión no pudo aclarar si la Torá era gran literatura o bien escritura sagrada, y Leiba concluiría más tarde que en realidad tenía algo de agnóstico[28]. Los chicos judíos de San Pablo, ya se ha dicho, se distinguían de los cristianos y más de uno hizo constar que los profesores a menudo se metían con ellos durante las clases. Por lo general se trataba de burlas. Yuli Mártov, por ejemplo, a quien entonces se conocía como Tserderbaum y que luego se convertiría en el compañero de Trotsky en el periódico *Iskrá*, explicaba que en clase de geografía se le preguntó por el nombre de la capital de Rusia antes de San Petersburgo. Él respondió que Moscú. El maestro también quiso saber entonces cuál había sido la capital antes de Moscú, y Mártov respondió correctamente que Kiev. La clase prorrumpió en carcajadas cuando el profesor comentó que había esperado que la respuesta de Mártov fuera Berdichev. No había que recordarle a ninguno de los alumnos que ésta era una ciudad con mayoría judía situada en la Zona de Asentamiento. Los únicos judíos que se salvaban de chanzas similares eran los que iban a escuelas religiosas judías.

Esto no quiere decir que Trotsky se sintiera agraviado por cómo le habían tratado. Incluso en la Realschule mostraba esa gran confianza en sí mismo que ya no le abandonaría nunca. Se veía asociado con el racionalismo y el progreso. Lo más probable es que despreciara a matones y graciosillos como gente de pocas luces. Lo que es más, nunca fue persona que alimentara rencillas. Como político iba a resultar extremadamente lento a la hora de demostrar rencor[29]. Aunque el desprecio era otra cosa: Trotsky desarrollaría una capacidad magistral para indicar, como quien no quiere la cosa o con sofisticadas artimañas, hasta qué punto despreciaba a ciertos individuos.

De todos modos, sin embargo, sus progresos en el San Pablo se vieron interrumpidos, de improviso, por un incidente que tuvo que ver con un profesor, el de francés, un suizo llamado Gustave Burnand. Los chicos estaban convencidos de que les odiaba a todos. Se decía de él que se había batido en

duelo en varias ocasiones. Se daba por supuesto que ése era el porqué de una profunda cicatriz que le corría por la frente. Burnand tenía problemas de digestión y constantemente iba tomando pastillas contra la dispepsia. Los alemanes no eran sus alumnos preferidos, precisamente. En especial uno llamado Vakker, al que había asignado una calificación muy baja. A juicio de la clase esto era una injusticia flagrante, así que un buen día decidieron ofrecerle «un concierto» a Burnand y se pusieron a aullar cuando dejaba el aula. El profesor volvió con el director, acompañados por el encargado de la disciplina de la clase, y localizaron a los que en principio eran los culpables. En este grupo no se incluyó a Trotsky, a quien se le permitió volver a casa con normalidad el día del incidente. Al día siguiente, sin embargo, Trotsky se encontró con que sus compañeros de clase le habían señalado injustamente ante las autoridades, acusándole de ser el instigador de la rebelión, cuando en realidad su participación en los hechos había sido muy posterior. Se convocó un consejo escolar. Kaminski quería que no quedaran dudas sobre su poder de decisión. Llamó a Leiba a su despacho y le solicitó ver a sus padres. Leiba le explicó que vivían lejos, y Kaminski le indicó entonces que en su lugar acudieran sus tutores.

La decisión se les comunicó a ellos: Leiba Bronstein quedaría expulsado del San Pablo durante un corto período.

Leiba temía que lo peor cayera sobre él al volver a Yanovka. Su padre tenía expuestos los informes laudatorios de la escuela que había cosechado hasta entonces. Sentía que Leiba era en cierto sentido un prodigio. Su hijo mayor, Alexandr, lo hacía lo suficientemente bien como para estudiar medicina. Pero Alexandr nunca había destacado.

Leiba era diferente: no sólo demostraba ser un adolescente con buenas cualidades, sino que además tenía la ambición de aprovechar al máximo su talento. Los Shpentser le consolaron lo mejor que supieron. Les parecía evidente que se había hecho una injusticia. Moshe dijo, con cierta solemnidad: «Y bien, muchacho, ¿qué vas a hacer ahora con tu vida?». Leiba entendió que volvía a ser una de sus bromas habituales, y con la normalidad empezó a tranquilizarse[30]. A Fanni se le ocurrió que podían escribir a la hermana de Leiba para que pusiera en antecedentes a David[31]. De hecho, David Bronstein aceptó las noticias con estoicismo. Quizás incluso admirara la actitud de su hijo, el rechazo a convertirse en un niño mimado del maestro. (Él mismo no había llegado a convertirse en un próspero granjero sin hacerse valer). Leiba estuvo orgulloso de

él por haberse comportado en cierto modo como un «líder de la caballería» (*konovod*[32]). La cuestión es que tras su expulsión Leiba volvió a la escuela, cursó el tercer grado y continuó hasta que acabó el sexto. San Pablo solía dejar marchar a sus alumnos en este punto, y los Bronstein, contentos sin duda de que Leiba hubiese evitado más problemas, le matricularon en la Realschule de Nikoláiev para que completara su enseñanza secundaria.

4

El joven revolucionario

La seguridad en sí mismo que mostraba Leiba Bronstein no tuvo una dimensión política hasta que se trasladó a Nikoláiev en otoño de 1895, semanas antes de cumplir los dieciséis años. Construida en la confluencia de los ríos Bug e Ingul, la ciudad tenía en común con Odessa su reciente construcción. El príncipe Potemkin, favorito de Catalina la Grande, había establecido su primera administración y había trazado los planos de los edificios originales. No era una de las grandes y famosas ciudades del Imperio, pero su posición estratégica para la defensa ante los turcos implicaba que las autoridades tuvieran muy en cuenta su amplia guarnición militar. A ochenta kilómetros al sur se encontraba el mar Negro. En las postrimerías del siglo XIX el comercio del grano experimentaba un gran auge. Los campesinos traían sus productos desde muy lejos para aprovecharse de la subida de los precios. Los comerciantes enviaban cargamentos de trigo a través del mar Negro para su consumo en Europa. La mayor parte de los habitantes de Nikoláiev eran rusos y ucranianos, pero la ciudad también alojaba a otras comunidades étnicas, como demostraba la existencia de una sinagoga y una iglesia luterana.

Disponía de dos grandes astilleros y también de una estación de tren con sus talleres de reparación. Nikoláiev tenía el número de residentes suficiente como para contar con un acantonamiento de *dachas* (casas de veraneo) en sus estribaciones occidentales. Contaba con observatorio, biblioteca y un amplio bulevar central. Pero nunca podría pretender emular el *glamour* y la agitación de Odessa, y las autoridades pensaban que era una ciudad lo bastante tranquila y apartada como para fijar allí la residencia de alborotadores políticos después de que pasaran el consabido período de deportación en Siberia. Esta característica iba a tener un impacto decisivo en el desarrollo personal del joven Leiba.

Se encontró alojamiento para Leiba antes de que empezara el séptimo curso en la Realschule de Nikoláiev. Su comportamiento era discreto, pues había resuelto acabar la secundaria lo mejor posible para poder seguir estudiando más

tarde. Pero confiaba sobre todo en los conocimientos que ya había adquirido:

> Cada vez era más frecuente que faltara a clase. En una ocasión me visitó el inspector para indagar por la causa de mi ausencia. Me sentí extremadamente humillado. Pero el inspector se mostró muy cortés y se fue convencido de que en la familia con la que vivía prevalecía el orden, lo mismo que en mi habitación. Bajo el colchón ocultaba varios panfletos políticos ilegales[1].

Aun así era el primero de su clase.

Los panfletos los obtenía en correrías extraescolares. Como ya no estaba bajo la tutela afectuosa aunque firme de los Shpentser, iba por su cuenta. Pronto conocería a un intelectual checo de casi treinta años, Franz Shvigovski. Leiba había conocido a su hermano pequeño, Sviatosfro, en la Realschule de Nikoláiev. Ambos hermanos propugnaban ideas revolucionarias y tenían una actitud tolerante hacia el marxismo, incluso si lo criticaban como doctrina tal vez corta de miras. Se reunían para hablar en el jardín de la pequeña casa y negocio horticultor de Franz. Entre los habituales había antiguos exiliados, como Osipovich y Shargorodski. Les inquietaban los grandes temas de la política contemporánea. Los miembros del círculo compartían libros y periódicos[2]. Con dieciocho años, Leiba era el más joven. Sus días de escuela siempre le habían resultado una rutina fácil y en esos momentos se reservaba tiempo para aprender sobre los asuntos públicos. Devoraba los libros del círculo con la intensidad que le era habitual. El amplio foco cultural de los Shpentser se estrechaba para concentrarse en las preocupaciones sobre el futuro político y económico de Rusia y de su Imperio.

Esas exploraciones intelectuales contrastaban agradablemente con las limitaciones del ambiente que respiraba en la familia Bronstein. Su padre quería que se formara como ingeniero, insistía en esto cuando le visitaba. (David no destacaba por ser diplomático, ni Leiba por su humildad. De tal palo, tal astilla). Antes de dejar Odessa, el mismo Leiba había pensado en la posibilidad de matricularse en la Facultad de Matemáticas, en la Universidad de Nueva Rusia. Pero David no le veía futuro a ese proyecto y quería que su hijo optara por una formación práctica. Las broncas entre ellos eran constantes, y la hermana mayor, Elisheba, se preocupaba cada vez que se los topaba como el perro y gato[3].

Peor aún era la posibilidad de que el joven Leiba no escogiera ninguna de las dos opciones y dedicara su vida a la causa revolucionaria. A juzgar por lo que había visto en sus viajes a Nikoláiev, David podía intuir que había que tener en cuenta dicha posibilidad. La tentación estaría presente siempre que perteneciera al grupo de Shvigovski. El atractivo de las ideas radicales fue muy fuerte entre los jóvenes rusos en las tres décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial: la credibilidad del emperador y su gobierno era escasísima, ante los cambios económicos y sociales que tenían que producirse, y muchos jóvenes veían en el orden político imperial un freno para el progreso que anhelaban. Miles de ellos se adscribían a grupos como el del jardín de Shvigovski y experimentaban con la política radical. Leiba, por su condición de judío, tenía un motivo adicional para detestar el *statu quo* público. Además, ya se veía como un hombre hecho y derecho, como alguien que tomaba las decisiones por sí mismo y que consideraba a sus padres como un mero recurso financiero para poder llevar a cabo sus objetivos. Para colmo, eso de prolongar su educación formal empezó a resultarle un lastre.

David visitaba a Leiba con frecuencia, siempre con el propósito de apartarle de lo que consideraba una senda peligrosa. Leiba sabía que se jugaba su propio futuro y que aquello era algo arriesgado, lo sabía de sobra.

Su padre pertenecía a la clase media y tenía propiedades. Shvigovski y sus jóvenes amigos no disponían de dinero, pero eran educados y activos, y Leiba sentía afinidad con ellos. No tenía reparo ninguno en vivir a expensas de su padre mientras despreciaba sus esperanzas y valores. El hijo, por añadidura, era tan tozudo como el padre. Nadie le iba a decir lo que tenía que hacer, y antes que someterse a la voluntad paterna prefería dejar su confortable vivienda y pasar a residir en la casa de Shvigovski.

Su padre le parecía una figura lamentable. Golda, la hermana menor de Leiba, le siguió en la órbita de simpatizantes revolucionarios después de que él la presentara como alguien «que prometía»[4]. El hijo mayor, Alexandr, quizás hubiera sido una decepción en los estudios, pero por lo menos continuó sus estudios hasta convertirse en médico. La hija mayor, Elisheba, se casó con uno. Pero parecía que la pareja de los menores iba a ser una fuente constante de problemas. David les había educado de manera que no tuvieran que pasar por el trabajo agotador que él había tenido que desempeñar, y se encontraba con que en las escuelas urbanas la gente se veía expuesta a ideas desestabilizadoras que él ni

siquiera sabía que existieran. De hecho, cuando se las explicaron, no le gustaban nada de nada.

El nuevo estilo de vida indujo a Leiba a remodelar su identidad. Al enviarle a la Realschule, sus padres se habían asegurado de que aprendería el ruso correctamente. Pero eso no significa que quisieran que dejase de considerarse judío: es de lo más improbable que algo así se les pasara por la cabeza. David Bronstein seguía siendo judío, por mucho que no se le pudiera considerar en absoluto un judío devoto. Pero Leiba había estado en contacto con una cultura que socavaba el impulso incluso de adoptar de boquilla la fe y las tradiciones de los antepasados. Los textos empleados para su educación eran en ruso. Sus influencias políticas y literarias eran rusas. Es cierto que diversos amigos de Nikoláiev —Ilya Sokolovski, Alexandra Sokolovskaya y Grigori Ziv— eran judíos; pero no hablaban, leían ni escribían en yiddish. Más aún, sus nombres eran rusos, y les gustaba que se les llamara por diminutivos de lo más rusos: Ilya como Ilyusha, Alexandra como Sasha, Shura o Surochka, y Grigori como Grisha. Leiba quería ser como ellos, así que decidió que se le conociera como Liev[5]. Se pronunciaba como «Liova», y era el diminutivo ruso de Lev. Semánticamente no tenía nada que ver con el nombre yiddish Leiba, pero se trataba de un nombre de pila corriente, y resultaba práctico que resultara algo parecido. Sus horizontes mentales se ampliaban a los confines del vasto Imperio ruso.

La comuna vivía una existencia precaria. Aunque disponía de un empleado y de un aprendiz, Franz Shvigovski tenía que seguir trabajando su huerta. Los Sokolovski, Ilya y Alexandra, procedían de una familia de mediana posición y de ingresos moderados. Grigori Ziv era un estudiante de medicina en Kiev que se había mudado allí en pleno curso universitario. Las condiciones comunales nunca fueron lujosas, pero así era como todos ellos querían vivir.

Liev tenía el puntillo de estudiar los libros que se había perdido durante su época escolar. Entre ellos estaba *Un sistema de lógica* de John Stuart Mill. También leyó libros básicos como *Psicología* de Tefling, *Historia de la cultura* de Lippert e *Historia de la filosofía* de Kareev, obras habituales en los anaqueles de los intelectuales rusos[6]. Los miembros del pequeño círculo de Shvigovski no eran demasiado originales en sus lecturas. Querían poner en un solo saco política, economía, filosofía y sociología. Una vez habían digerido esos libros, y sólo entonces, se sintieron capaces de pronunciarse sobre las particularidades de

las condiciones de la Rusia imperial. Y no sólo leían ensayo: como todos sus contemporáneos, estos intelectuales se nutrían también de la literatura creativa. Liev se sentía atraído por escritores con relevancia pública: sus favoritos eran Nikolái Nekrasov y Mijaíl Saltikov-Shchedrin[7]. Nekrasov escribía una poesía en la que se vilipendiaban las injusticias de la Rusia contemporánea y en la que se rendía homenaje a los que se alzaban contra sus opresores; Saltikov-Shchedrin, en cambio, era un súbdito fiel de los Románov, pero ponía en evidencia la corrupción y la ignorancia en las ciudades provincianas de Rusia: ninguno de los dos prestaba demasiada atención a los poderosos y los ricos. Las lecturas de Liev indicaban hasta qué punto se iba apartando de las aspiraciones que sus padres tenían para él.

De todo el grupo de amigos, sólo una persona, Alexandra Sokolovskaya, había leído *El capital* de Marx. Había llegado tras su curso de enfermería en Odessa en verano de 1896, es decir, cerca de un año después de que Liev entrara en la Realschule. El grupo sólo disponía de una copia manuscrita y apenas legible del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels[8]. Grigori Ziv empezó a considerarse un marxista[9], pero Liev se resistía al marxismo. Tendía, como muchos contemporáneos radicales, a criticar lo que no le gustaba de Marx y Engels y a descartar todo lo demás. Seguía siendo un espíritu libre. Más tarde argüiría que su antimarxismo tenía raíces «más psicológicas que lógicas» y que había sentido «una inclinación a proteger mi personalidad en lo posible»[10]. No se tomaba la molestia de estudiar los textos marxistas, sino que adquirió sus conocimientos por medio de artículos en la prensa mensual. Por lo visto, sentía antipatía por el absoluto determinismo económico del marxismo ruso de la época. En vez de eso, prefería a Nikolái Mijailovski, que escribió artículos antimarxistas para *Russkoe bogatstvo* («Riqueza rusa»[11]).

El marxismo se convirtió en la tendencia dominante en la década de 1890 entre la intelectualidad revolucionaria del Imperio ruso y, aunque ciudades como Nikoláiev habían quedado al margen de estas tendencias, los libros de Karl Marx y Friedrich Engels llevaban tiempo circulando por Rusia. El primer volumen de *El capital* de Marx se tradujo al ruso por primera vez en 1872; los censores permitieron su publicación, pues creyeron que se trataba de una obra económica sobre el desarrollo industrial que no podría resultar demasiado dañina en un país preindustrial. A muchos socialistas rusos les gustaba porque anunciaba una degradación social inevitable si no se tomaban medidas que impidieran la

propagación del capitalismo. Se les conocía como los *narodniki*, tomando su nombre de la palabra empleada para referirse al pueblo (*narod*). El suyo era un movimiento heterogéneo, sólo unido por la idea de que una sociedad socialista futura se basaría en las tradiciones igualitarias y de autogobierno del campesinado ruso. Veían en la comuna de la aldea rural un modelo para la organización social de todo el país. Las tradiciones campesinas parecían aunar un mismo espíritu de justicia, bienestar y cooperación. Para los narodniks, la práctica de redistribuir la tenencia de tierras según las necesidades materiales de los hogares era puro socialismo en estado embrionario.

Creían que el desarrollo capitalista no era una fase inevitable y que Rusia podía «saltar» del feudalismo al socialismo: los horrores de la explotación en las fábricas de Londres, París, Berlín y Milán no tenían por qué repetirse en Rusia. Los narodniks discrepaban en el modo de entender la revolución: algunos querían desplazarse al campo y aprender de los campesinos, al tiempo que fomentaban la insurrección contra el orden político y social; otros formaban partidos clandestinos, y entre ellos varios propugnaban el derrocamiento de la monarquía mediante actos de terrorismo. La policía política —la Ojankra— perseguía a los militantes sin distinguir entre sus prioridades estratégicas. Pero tan pronto como se disolvía una organización, otra tomaba el relevo. El terrorismo se extendía y en 1881 un grupo había conseguido asesinar a Alejandro II. Pero en lugar de ser el detonante para un levantamiento popular, el asesinato se consideró un ultraje y Alejandro III, el siguiente emperador, reprimió toda actividad revolucionaria. Los mismos narodniks pasaron un tiempo replanteándose su estrategia. La actividad terrorista no se abandonó del todo. En 1887 tuvo lugar un gran proceso contra los miembros de una conspiración abortada, en la que estaba implicado el hermano mayor de Lenin, Alexandr. Otros partidarios de las ideas narodniks se dedicaron a investigar y a escribir sobre las condiciones económicas de Rusia y las repercusiones sociales que conllevaban. Poco a poco, muchos militantes se preguntaron si no resultaría más práctico hacer que la propaganda fluyera más entre la clase obrera que entre el campesinado[12].

Los primeros marxistas del Imperio ruso eran antiguos narodniks, con Gueorgi Plejánov a la cabeza. Desde los primeros años de la década de 1880 él y su grupo, Emancipación del Trabajo, habían vivido como refugiados políticos en Suiza. Su pensamiento se basaba en un argumento muy simple: el capitalismo

había penetrado en la economía Imperial hasta un punto decisivo durante los años anteriores y Rusia tomaba el camino de la transformación que encabezaban Gran Bretaña, Francia y Alemania. La construcción del ferrocarril haría encajar todas las piezas del Imperio. Se había instalado una eficiente red de telégrafos. En San Petersburgo y Moscú se establecían enormes fábricas de avanzada tecnología. La producción de las minas ucranianas se había multiplicado. El trigo de la Rusia meridional y de Ucrania se exportaba a los mercados mundiales. La industria lechera de Siberia occidental producía mantequilla y yogur para su exportación a Europa central. Estos cambios, según Plejánov, representaban una transformación económica incipiente. Él y su grupo Emancipación del Trabajo alegaban que todas las estrategias narodnik eran una pérdida de tiempo. El capitalismo no podía evitarse, pues ya era una presencia dominante de la economía del Imperio ruso. En este sentido, uno de los partidarios de Plejánov, Vladímir Uliánov (quien más tarde saldría a la luz pública como Lenin), fue muy incisivo en una serie de artículos, que culminaron en su *El desarrollo del capitalismo en Rusia*: en 1899 sostenía que las condiciones económicas rusas ya casi no se diferenciaban de las de Gran Bretaña y Alemania.

En el círculo de Shvigovski en Nikoláiev se debatían estos temas. Entre Liev y Alexandra se sucedían las disputas, pues él la veía como una marxista «contumaz». En una ocasión, ella con un vestido azul oscuro y sin dejar acariciarse la cintura mientras hablaba en una de sus frecuentes disputas —Liev no olvidaría nunca ese detalle— él le había dicho: «El marxismo es una doctrina limitada que anula la personalidad». Era una aserción convencional entre los narodniks. Nikolái Mijailovski, uno de los escritores narodnik más influyentes, sostenía que Marx, al enfatizar el aspecto económico del comportamiento en la sociedad, había desarrollado una teoría que desestimaba los aspectos individuales que nos distinguen a unos de otros. Los narodniks insistían en que los revolucionarios tenían que disponer de un carácter equilibrado para oponerse al aplastamiento de las individualidades bajo las ruedas del tractor fugitivo de la historia. Alexandra se enfrentó a él: «¡No, no se trata de eso!»[13] Aquello desembocó en una bronca. Los demás sospechaban que él quería molestarla a toda costa. Si ésa era su intención, lo consiguió. Ella le dijo a Grisha Ziv: «¡Nunca, nunca le daré la mano a ese muchacho!». Y, sin embargo, la química sexual era explosiva, se atraían mutuamente y esto se expresaba en su rivalidad.

Los modales de aquel «muchacho» eran tan rebeldes que alguien dijo: «O se convertirá en un gran héroe o en un gran sinvergüenza: será una de las dos cosas, pero en cualquier caso ascenderá a lo grande, eso seguro.»[14]

Otro de sus rasgos era la voluntad de dominar. Como cualquier otro joven de su generación, no le gustaba dar la razón a las mujeres. Y eso que no faltaban revolucionarias sin pelos en la lengua, y Liev las apreciaría más adelante: Vera Zasúlich, Rosa Luxemburg, Angelica Balabanova y Larisa Reissner. Alexandra no estaba dispuesta a ceder a la convención de atender a la sabiduría masculina: cuando Liev atacaba, ella respondía.

Liev se preparó como si de una campaña militar se tratara. Por ejemplo, leyó *El arte de la controversia*, de Schopenhauer, con el propósito de mejorar sus habilidades para la discusión[15]. Schopenhauer hablaba del deseo de vencer por medios lícitos o ilícitos y citaba a Maquiavelo: para Schopenhauer, cualquier discusión era «esgrima política». Recomendaba cuestionar las razones del oponente hasta los límites deseados y más allá, y luego hacerlas pedazos. Poner en ridículo a las personas era de lo más eficiente, pues, si se les podía pinchar hasta hacerles rabiar, perderían con toda seguridad el hilo de su argumento. La confusión de la terminología era otra herramienta efectiva. Si había público, el objetivo tenía que ser atraerlo hacia el propio bando, haciéndole reír: en este sentido, las distracciones enfáticas y las falsas muestras de modestia también podían ser de ayuda. Algunos sentimientos saldrían malparados, es cierto, pero el buen polemista sabía cómo mantener la cabeza fría, y la victoria —la victoria aplastante— era el único objetivo que merecía la pena, no había por qué avergonzarse de mostrar un temperamento «despótico». Schopenhauer aconsejaba que «en su relación con los demás, un hombre de gran talento siempre debe hacer entender que sus mayores dones son tan elevados que quedan lejos de ser entendidos por el vulgo». Schopenhauer seguía diciendo que las ideas de la «gente normal y corriente» no valían para nada, invocaba el reconocimiento del genio individual y no veía nada malo en ser un misántropo[16].

Schopenhauer no pertenecía al canon del pensamiento revolucionario ruso, y por tanto Liev Bronstein no reconocía su influencia. Sin embargo, quizás encontrara gran parte de lo que necesitaba para los asuntos políticos y personales en *El arte de la controversia*. Ziv reparó en que insistía en herir a sus oponentes.

> Tan pronto como abría la boca, no sólo A. Sokolovskaya, sino todos los presentes, se quedaban de piedra: todo demostraba que su única intención era escupir sobre A. Sokolovskaya, herirla en la medida de lo posible, castigarla por el delito de ser marxista[17].

Liev era un matón intelectual, joven, inteligente y muy consciente de su brillantez. Conservaría esta conciencia para siempre, aunque poco a poco aprendió a que no se le viera el plumero.

Otra de sus peculiaridades también afloró entonces: su aversión al sentimentalismo, que llevaba al extremo. Fue algo que impresionó al resto del grupo cuando Alexandra Sokolovskaya recibió noticias de que uno de sus mejores amigos había sido arrestado en San Petersburgo. Alexandra se sumió en una profunda depresión y tardó mucho tiempo en recuperarse. Liev no podía entender tanta sensibilidad, y le decía a Grisha Ziv que en su propio caso nunca «experimentaría un sentimiento de desazón» si arrestaran a Ziv… Y eso que ambos eran amigos en esos días[18]. Ziv concluía diciendo:

> Sin duda quería a sus amigos, y les quería de verdad; pero su amor era semejante al que siente el campesino por su caballo, que le ayuda a reafirmar su individualidad campesina. De todo corazón le acariciará, le cuidará y pasará gustoso privaciones y peligros por él; podrá incluso sentirse unido al caballo. Pero tan pronto como éste deja de ser de ayuda para el trabajo, y sin dudarlo ni un segundo ni remordimiento alguno, lo enviará al matarife[19].

Liev miraba a sus camaradas revolucionarios del mismo modo que el campesino mira a su caballo, y ninguno de ellos deseaba como él que el grupo hiciera algo práctico.

De las conversaciones surgió la decisión de organizar una búsqueda de posibles seguidores. Los miembros decidieron formar una sociedad y llamarla Rassadnik[20], lo que, traducido al pie de la letra, significa «semillero», y era un recordatorio de que primero se habían encontrado ya fuera en el ámbito de la Realschule o en el jardín de la casita de Franz Shvigovski. Contribuían en las finanzas para permitir que todo siguiera rodando, y el mismo Liev no andaba corto de fondos. También procuraban reunir dinero de los simpatizantes: era un

procedimiento normal en ese tiempo, pues no eran pocos los ciudadanos ricos que o bien estaban en contra del orden político imperial o bien querían defenderse para que no se les asociara con éste en ninguna situación revolucionaria futura[21]. Liev escribió un artículo para un periódico narodnik de Odessa y fue a ver al editor sin embargo, éste no recomendó su publicación[22]. Pero Liev siguió decidido a escribir y publicar. También tomó parte en la campaña contra la decisión de la biblioteca pública de Nikoláiev de subir sus tarifas de cinco a seis rublos por año. Esto llevó a la victoria de los «demócratas» que llegaron al consejo directivo de la biblioteca en sustitución de las viejas figuras adineradas y poderosas[23]. Entonces no lo sabían, pero ya se les sometía a vigilancia. La Ojranka había puesto a uno de los trabajadores de Shvigovski, un tal Tjorzhevski, como informador. Tenían los días contados desde el mismo instante en que empezaron a hacerse un nombre en la ciudad[24].

Les enardecía el descontento entre los trabajadores de los astilleros de la ciudad, que protestaban por sus sueldos y por las condiciones de trabajo. Aunque Liev, por su parte, sabía salir victorioso de cualquier discusión con una floritura, empezó a cuestionarse sus propias ideas. El punto de vista de Alexandra fue ganándose su favor y el de los demás, que empezaron a aceptar que aquella agitación tan vital de los obreros era irreprimible. Los marxistas proclamaban que el liberalismo nunca triunfaría en Rusia. Liev estaba de acuerdo. En 1898 retomaría aquellas ideas: «Nos las arreglaremos sin revoluciones liberales. No las necesitamos. Seguiremos nuestro propio camino…»[25]

Liev estaba en contacto con grupos que operaban en Odessa y en Yekaterinoslav. Adoptó el pseudónimo Lvov y animaba a sus camaradas para que se unieran al movimiento obrero bajo el nombre de Unión de Trabajadores del Sur de Rusia[26]. Los astilleros tenían en nómina a muchos trabajadores cualificados, y muchos estibadores estaban bien pagados y tenían un buen nivel de educación. Las condiciones de trabajo no eran las peores de Europa: ya habían conseguido la jornada de ocho horas. Pero su descontento se concretaba en las condiciones generales de opresión e injusticia entre los trabajadores, y Liev comprendió también que esto era a su vez una extensión de sus creencias religiosas. Muchos de ellos eran cristianos baptistas o evangélicos de otras clases. Las tradiciones de la Iglesia ortodoxa no tenían atractivo para ellos. El círculo Shvigovski pretendía convertir esta orientación en un compromiso revolucionario. Organizaron un círculo de estudios de veinte trabajadores al que

llamaron «universidad», y Liev dio brevemente clases de sociología[27]. No tenían mucha idea de cómo evitar que les detectaran. Estaban tan orgullosos de su actividad que los amigos del círculo Shvigovski se hicieron una fotografía colectiva… que la policía utilizaría una vez los había detenido. Pero durante un tiempo Liev y los demás estuvieron encantados con sus progresos en la actividad proselitista[28].

La dedicación de Liev era tal que reprendió a Grisha Ziv por haber vuelto brevemente a la universidad para completar sus estudios médicos[29]. Las ambiciones del grupo se hacían cada vez mayores. El Primero de Mayo comportó para Liev la oportunidad de ofrecer su primer discurso. Lo pronunció en los bosques de las afueras de la ciudad. Según él mismo afirmaba, se había puesto nervioso en esa ocasión. No lo recordaba así Grisha Ziv, pues según explicaba su compañero había presumido de que los obreros le tomaran por el gran orador alemán Ferdinand Lassalle[30]. En el momento presente resulta difícil saber quién estaba más cerca de la verdad. Lo que es seguro es que el mayor empeño del grupo se ponía en el material impreso:

> Pronto empezamos a producir nuestras propias publicaciones. Ése fue el inicio de mi trabajo literario, que casi coincidió con el principio de mi actividad revolucionaria. Redactaba proclamas y artículos y luego escribía a mano, separando cada una de las letras, para el hectógrafo [un pequeño y rudimentario duplicador de gelatina]. En ese tiempo no sabíamos ni lo que eran las máquinas de escribir. Componía las letras con el mayor de los cuidados, y consideraba una cuestión de honor que incluso un trabajador menos instruido pudiera entender cualquier proclama de nuestro hectógrafo sin problemas. Cada página requería por lo menos un par de horas de trabajo[31].

Por todo el Imperio había extensiones similares de activismo marxista. El círculo de Nikoláiev iba aprendiendo sobre la marcha cómo propagar la palabra política.

Lo consiguió sin ayuda. Se estrecharon los vínculos con los compañeros marxistas de Odessa. Se compararon experiencias y se intercambiaron publicaciones. Odessa era un punto central de entrada para la prensa revolucionaria. Los de Nikoláiev estaban ansiosos por participar. Se consideraba

que Plejánov y su grupo de Ginebra eran los fundadores del marxismo en Rusia, y sus ideas tenían gran repercusión. En ocasiones Liev iba a Odessa para recoger maletas llenas de panfletos y diarios impresos en otros lugares. El círculo de Nikoláiev parecía hacer incesantes progresos en su actividad clandestina.

El final, que llegó en enero de 1898, fue de improviso: al llegar a la nueva casa de Shvigovski en el campo, Liev dio por supuesto que estaba en lugar seguro. Desenvolvió el paquete de impresos e inició su lectura para distribuirlos. Maria Sokolovskaya, hermana menor de Alexandra, apareció de pronto. Habían detenido a uno de sus hermanos en Nikoláiev. Por lo visto la Ojranka conocía al dedillo toda la estructura organizativa, y Maria estaba segura de que un agente la había seguido hasta la casa de Shvigovski. Al principio, ni éste ni Liev se la tomaron en serio. Sin embargo, Maria insistió, tanto que al final los tres sacaron los papeles al jardín y los enterraron en un hoyo profundo en medio de una huerta de repollos. Al rato, Shvigovski decidió que todo aquello de un agente secreto era un mero producto de la imaginación de Maria Sokolovskaya, desenterró los papeles y los dejó en un barril de agua junto a la entrada de la casa[32]. Al día siguiente quedaría en evidencia la temeridad de los tres amigos: el agente había estado allí todo el rato, y sólo esperaba refuerzos para poder ir a la casa a detenerles. En mitad de la redada, Shvigovski se las agenció para susurrar a su ama de llaves que destruyera los papeles (la policía no había reparado en ellos) cuando se fuera todo el mundo. La totalidad del grupo cayó y se les envió a la prisión de Nikoláiev.

5

Amor y cárcel

Cuando después de pasar por sucesivas puertas de hierro llegó por fin a su celda en Nikoláiev, Bronstein se puso contento al comprobar lo espaciosa que era: tenía peores expectativas de las autoridades imperiales. Pero su pesimismo inicial se confirmaría más tarde, cuando vio que la estancia carecía de cualquier mobiliario. No había cama. Y no estaba solo. Alguien con abrigo y sombrero estaba sentado en una esquina. Bronstein dio por hecho que aquel hombre no era un revolucionario, pues iba mal vestido: seguía pensando que la gente que se convertía en marxista cuidaba de su apariencia. Pero Misha Yavich era tan «político» como obrero. Compartieron celda durante tres semanas. Nunca pudieron cargar la estufa como era debido, y el agujero de vigilancia en la puerta filtraba una corriente helada procedente del exterior, de modo que hacía demasiado frío como para quitarse la ropa y limpiarla. Sólo se les permitía usar el colchón por la noche, y lo colocaban junto al fuego cuando intentaban dormir. Siguiendo el ejemplo de Misha, Bronstein estableció contacto con los reclusos no políticos, a los que pagó por agua caliente y comida extra. Lo que no pudo adquirir fue un lápiz, porque los asesinos y ladrones ni querían ni necesitaban material de escritura. Sin embargo, para Bronstein la vida que no puede comunicarse no merecía llamarse vida[1].

Se sintió aliviado cuando le trasladaron a Jersón, a unos cien kilómetros, en un coche correo, vigilado por dos gendarmes. Viajó esperanzado, pero la experiencia resultó en una cruel decepción, pues a su llegada le confinaron a una celda en solitario, y así estuvo dos meses y medio. La nueva prisión era más cálida, pero el aire era infecto. No se le proporcionó jabón ni mudas. Los piojos estaban por todas partes. No disponía ni de un triste libro, y seguía sin material de escritura. Para mantener la cabeza despierta componía mentalmente poemas revolucionarios, aunque más tarde admitió que eran bastante malos[2]. Tanto aislamiento le minó la moral[3].

En mayo de 1898 llegó la orden de trasladar a los revolucionaros de

Nikoláiev desde Jersón a Odessa. En esa fecha todos, incluso Alexandra, estaban presos. Se llevaron a Bronstein con un tal Gurevich; Ilyusha partió al día siguiente[4]. Reunieron a todo el grupo en Odessa antes de tomar una decisión firme sobre ellos. Allí se encontraron con una prisión de nuevo tipo, y Trotsky la recordaría casi con admiración, pues se había diseñado según las normas más exigentes de la tecnología americana. El edificio tenía cuatro pisos. Los pasillos y escaleras eran metálicos. Había cuatro galerías principales, cada una con cien celdas, y lo recordaría así:

> Ladrillo y metal, metal y ladrillo. Los pasos, golpes y movimientos se perciben claramente en todo el edificio. Las literas están fijadas en la pared: se guardan de día y se bajan de noche. Puedes oír perfectamente cuándo se baja o se sube la litera del vecino de celda. Los guardias de prisión se hacen señales unos a otros haciendo sonar una llave contra los barrotes. Oyes este sonido durante todo el día. Suenan los pasos en la escalera metálica con tanta claridad como los pasos cerca de ti, o encima o debajo de ti. A tu alrededor se suceden los ruidos y sonidos del ladrillo, el cemento y el metal[5].

«Y al mismo tiempo —añadiría Trotsky— sigues estando completamente aislado». La prisión de Odessa no era ningún campamento de vacaciones. Se aislaba a cada uno de los revolucionarios de Nikoláiev en celdas separadas del bloque reservado a los presos políticos. Los vigilaban policías, en lugar de funcionarios[6].

Los internos instruidos se comunicaban golpeteando en la pared según el alfabeto de los presos[7]. Las ventanas se abrían para ventilar en los días de buen tiempo. Cuando así ocurría se hacía posible para los camaradas subirse a los taburetes y conversar a través de las rejas. Esto estaba prohibido, pero la administración aplicaba sus propias normas con cierta laxitud. Por motivos de seguridad, cada preso tenía un pseudónimo. Bronstein se hacía llamar Mai, mayo en ruso, porque era el mes en que había llegado a la prisión. Tuvo la suerte de que le asignaran la celda 179, pues era una vez y media mayor que las normales. Pronto dejó de golpetear, porque pensaba que le aportaba poco consuelo y le ponía nervioso[8]. También tuvo algún problema con los policías, que no eran deliberadamente duros, pero que hablaban durante toda la noche como si

estuvieran sentados en un club. En noviembre de 1898 le hablaba a Alexandra de su insomnio en una carta. Aunque luego se contiene[9]: «Es una estupidez que yo me queje de todo esto, como si tus circunstancias fueran mejores, pero estoy de tan mal humor que quiero seguir diciéndotelo para que sientas pena por mí».

Quería dárselas de revolucionario atractivo y joven. Liev Bronstein era un chico guapo con ese brillo que da la ambición y que muchas mujeres encuentran irresistible. La atracción era mutua: después de burlarse de ella, después de provocarla, se había enamorado. Alexandra respondía al estereotipo de revolucionaria rusa: entregada, resuelta, altruista. Sabía que ella apreciaba sus dotes. Le escribía sin timidez. La llamaba Shura o Sasha, y compartía con ella sus emociones; en un largo mensaje que le envió dejaba correr sus pensamientos: «Shura —escribía—, me siento mal… Hacía mucho que no me encontraba en tan malas condiciones como hoy.»[10] También le confesó su tristeza a un revolucionario llamado Grinshtein; pero siguió escribiéndole a Alexandra: «¿Sabes qué, Sasha? Estoy muy unido a la vida. He pasado por minutos (incluso por horas, o días, o meses) en los que el suicidio parece la salida más decente. Pero de algún modo nunca he tenido el coraje suficiente. Será por cobardía, no lo sé, pero algo me faltaba.»[11] Quizá reconociera que ése era un descenso a los lugares comunes. Con la intención de buscar un tono más exaltado, comentaba: «Sin duda el amor por la vida y el miedo a la muerte no son más que el resultado […] de la selección natural.»[12]

Estos sentimientos delatan cierta pompa e inmadurez; era un joven egocéntrico que inconscientemente intentaba inducir a Alexandra a hacer algo más que amarle: quería que ella le entendiera y le cuidara y se compadeciera de su sufrimiento. Nunca fue suicida: su comentario estaba destinado a despertar en ella un deseo de protección. Sabía que se había mostrado altivo e insensible ante ella. ¿Qué podía ser mejor que reconocerse glacial en apariencia y decir que «derramaba lágrimas» por este motivo[13]?

No intentaba engañarla. Lo que ocurría es que no sabía expresarse de otro modo. En su egocentrismo era incapaz de preguntarle qué sentía ella. La convertía en una caja de resonancia para sus propios pensamientos. Naturalmente, hubiera sido más fácil hablarlo, pero no podían. Esto escribió él:

> Tengo la sensación de que no voy a poder llegar a ti en este momento. Mijailovski dice en un artículo sobre Lassalle que uno puede ser más

franco con la mujer que ama que consigo mismo; tal vez sea cierto, pero tal franqueza es posible sólo en una conversación personal, y no siempre, sino tan sólo en momentos especiales y excepcionales[14].

Mijailovski era un revolucionario narodnik ruso, y Lassalle un revolucionario marxista alemán. Bronstein los tenía en cuenta en relación a su desarrollo personal. En su discusión relegaba la política a los aspectos laterales. Tenía en mente la revolución, pero necesitaba —y eso le decía a su confidente y amante— encontrar la manera de convertirse en un revolucionario y permanecer fiel a sí mismo.

Los pensamientos suicidas no eran nuevos para él pero, lo mismo que en verano de 1897, tan pronto como se apercibía de tales impulsos los alejaba de su mente[15]. Había leído a los grandes poetas rusos de principios del siglo XIX, como Pushkin y Lermontov, y sin duda amaba su melancolía romántica, del mismo modo que ellos a su vez habían amado a Byron y Goethe[16]. Pero ni Pushkin ni Lermontov eran dados a hacerse daño físico. A pesar de su aparente seguridad en sí mismo, Liev era joven y psicológicamente nervioso, y hasta el momento de su detención había vivido en un entorno amigo. En Odessa le habían cuidado los Shpentser; en Nikoláiev, en su transformación como militante revolucionario, había pertenecido a una comuna de camaradas amigables y colaboradores. La cárcel era diferente. Su rutina diaria le privaba de los pilares psicológicos que necesitaba. Le sorprendían los efectos. No estaba soñando en un estado de desesperación ficticio, sino que los exageraba. Entonces, y más adelante volvería a hacerlo, tendía a las imágenes extremas y a expresiones sorprendentes. No era ninguna invención. Fluía de la personalidad de alguien que no podía sentirse vivo si no se comunicaba con los demás. Tratándose de él, confinarlo en la soledad era uno de los peores castigos posibles.

Escribir a Alexandra era una de las maneras que encontró para superarlo. Acabaría dependiendo de ella[17]. El suyo era el tira y afloja de quien no ha aprendido a disfrazar sus propios sentimientos, o a examinarse como es debido: un hombre joven convencido de que su vida interior —sus pensamientos, sus miedos, sus aspiraciones— era única y especial. Y como se creía una persona extraordinaria, no le importó compartir sus pareceres con la mujer en quien confiaba.

A pesar de las dificultades empezó a escribir su primera obra sólida, y esto le

ayudó a recuperar la moral. Iba a ser un estudio sobre los francmasones. Le dijo a Alexandra: «Serás mi primera lectora y mi primer crítico». No iba a emular a Plejánov y su *Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia* en el ámbito filosófico, ni a Lenin y su *Desarrollo del capitalismo en Rusia* en la exposición del presente y futuro del país: ellos también eran ávidos polemistas, sí, pero sus escritos tenían una intención casi académica. Bronstein, en cambio, no deseaba hacer investigación «científica[18]»: escribía para conseguir un efecto político inmediato, y le apasionaba hacerlo con elegancia. La intención literaria le distinguía, incluso en esta etapa temprana, de otros marxistas rusos: era un estilista, no podía soportar una frase mal construida, tal era su talento, tal su atractivo. Esto iba a acarrearle una debilidad perjudicial, pues dichas aptitudes le granjearían enemigos innecesarios.

Años después seguiría estando orgulloso de aquel estudio. Por lo visto comparaba a los masones de la historia con los *narodniki* contemporáneos[19]. Se cree que Bronstein buscaba sacar a la luz la faceta mística y ceremonial de los francmasones, a los que describía como un círculo de intelectuales que anhelaban subvertir el *statu quo* político. Quería sugerir que los narodniks buscaban algo parecido. Acabó la obra, pero nunca la presentó a un editor. Acabaría perdiéndola en Suiza: su ama de llaves la utilizó para encender la estufa[20].

La estancia en la cárcel de Odessa confirmaría la observancia marxista del joven Lev, tal como recordaría en un temprano borrador autobiográfico: «[La] influencia decisiva en mi caso fueron dos estudios de Antonio Labriola sobre la concepción materialista de la historia. Sólo después de este libro pasé a Beltov, al *Capital*.»[21] Labriola era un marxista italiano de la primera hornada que quería desarrollar un esquema filosófico para una comprensión de las sociedades en el proceso de industrialización. Beltov era el pseudónimo de Gueorgi Plejánov, el padre fundador del marxismo en Rusia y escritor de filosofía y economía. Tanto Labriola como Plejánov seguían a Marx en la insistencia de que era necesario basar cualquier análisis político de un país en sus condiciones económicas. *El capital*, no hace falta decirlo, constituía el núcleo de las doctrinas marxistas sobre el desarrollo de una economía capitalista. Todos los detenidos en Nikoláiev utilizaron su tiempo en prisión para convertirse en marxistas mejor informados. La preparación intelectual era básica si pretendían que se les considerara auténticos seguidores de Marx y de Engels en el Imperio

ruso.

En noviembre de 1898 se produjo la visita de la madre de Lev, procedente de Yanovka, a la cárcel. El horror que sentía al ver a su hijo encarcelado es comprensible. Era su hijo adorado, un estudiante brillante. Sabía lo que quería decirle: tenía que abandonar esos compromisos revolucionarios antes de que fuera demasiado tarde. ¿De qué iba a vivir? La respuesta que obtuvo no podía consolarla: la buena gente ya le ayudaría. Y ella replicó: «¿Significa eso que vas a vivir de la limosna?». La discusión subió de inmediato de tono. De hecho discutieron así dos veces, porque su madre hizo una pausa entre intentos sucesivos para salvar a su hijo de su locura[22]. Era algo del todo inusual. Hasta entonces había sido su padre quien le dictaba la ley, pero quizá David Bronstein reconocía que su mujer podía superarle en las artes de la persuasión. Fuera como fuera, la discusión concluyó con una «escena horrible», como Liev la describió en esos días, con él diciéndole a su madre que ya no quería ninguna ayuda, ni de ella ni de su padre[23].

David y Aneta Bronstein comprendieron por fin que Liev —su Leiba— había tomado una decisión y que si le hacían frente podían perderlo para siempre. Pero había un tema en el que no quisieron comprometerse. Su hijo les había expresado el deseo de casarse con Alexandra, y era demasiado joven como para hacerlo sin permiso paterno. Entre las razones que llevaron al padre y a la madre a no otorgar ese permiso destacaba el desequilibrio entre los bienes de cada familia. Los Bronstein no querían ver que sus propiedades caían en manos de alguien menos próspero que ellos. Probablemente sospecharan que ésa era en realidad la intención de Alexandra. No querían arriesgarse. Su hijo hacía gala de un comportamiento inaceptable en todos los sentidos. Lo menos que podían hacer era frustrar un matrimonio prematuro.

Liev comparaba esta reacción con la carta del padre de Alexandra en la que éste le deseaba lo mejor. Esas palabras le emocionaron. Le dijo a Alexandra que su padre era «una persona muy buena» que le había asegurado que no estaba en absoluto ofendido por la intransigencia de los Bronstein. El señor Sokolovski veía incluso un aspecto positivo en la ruptura entre Liev y sus padres: los autoproclamados novios ya no iban a tener que preocuparse por la delicada cuestión de la «desigualdad material»[24]. Un desdén total por las actitudes sociales favorecidas desde Yanovka inundó a Liev por dentro, y permaneció con él por el resto de su vida. En el diario que mantuvo en Francia en 1935 afirmaba:

«No existe criatura más desagradable que un pequeñoburgués dedicado a la acumulación primaria.»[25] Nadie encajaba mejor en la descripción de un acumulador de este tipo que David Bronstein, quien había levantado una granja importante con el sudor de su frente y la astucia de sus negocios. Liev abandonaba las comodidades que podía permitirse por la situación económica —que tantos trabajos había costado— de sus padres, y así se sentía mejor. Sin embargo, no podía acceder a la boda que deseaba. En ese sentido, David y Aneta Bronstein podían sentir una pequeña satisfacción.

Entretanto, Liev y Alexandra languidecían en la misma cárcel. Si no era capaz de casarse con ella, lo mejor para Lev, incluso si quedaba lejos de cualquier ideal, era que le colocaran en una celda cercana a la suya. Su petición fue rechazada. La única lógica para ese cambio era facilitar la comunicación, y las autoridades pretendían exactamente lo contrario. De cualquier modo, además, en la cárcel se establecía una separación estricta de hombres y mujeres. En consecuencia, Liev cifraba su única esperanza en que ella pasara de algún modo cerca de su celda. «Si bajaras por las escaleras al salir al paseo y dijeras algo, seguro que lo oiría.»[26] De otro modo tenían que resignarse a dejarlo todo exactamente como estaba. Todavía no se les había comunicado la naturaleza de su castigo, pero sabían que, casi con total certeza, les iban a desterrar a Siberia. Pero ¿por cuánto tiempo? Él y Alexandra, reivindicaba, se habían ganado su «hora de felicidad». Más tarde ya vivirían como «dioses del Olimpo». Se convenció a sí mismo de que habían sufrido mucho en sus vidas. Se infundía ánimos: «¿No se te pasa por la cabeza que cuando volvamos del exilio tendremos la posibilidad de actuar dentro de la legalidad?»[27]

De hecho pasó casi un año antes de que conocieran su destino. En noviembre de 1898 el grupo de Nikoláiev supo que iban a tener que cumplir un período de exilio administrativo. Trotsky fue condenado a cuatro años[28]. Rápidamente les transportaron en tren desde Odessa a la prisión de tránsito en Moscú y les mantuvieron en la Torre Pugachov. Parecía que la historia quería vincular al grupo con el personaje: Pugachov había conducido una gran revuelta popular contra Catalina la Grande en 1773-1774 y había desplazado a sus fuerzas, mal instruidas, pero poderosas, desde el sur del Imperio. Tras su derrota en las afueras de Moscú, le encerraron en la torre que llevaría su nombre antes de su ejecución en la Plaza Roja. Pero la suerte que esperaba a los de Nikoláiev no iba a ser tan severa. El gobernador de la prisión era un tal Metsger, un ruso de

ascendencia alemana. Metsger exigía el respeto de todos los reclusos y les ordenó que se descubrieran en su presencia. Cuando Trotsky rehusó obedecer, Metsger perdió la paciencia y le gritó. Trotsky no cedió: «No soy su soldado. Haga el favor de dejar de gritarme». Sus compañeros reclusos mostraron su solidaridad. Sonó un silbato y les llevaron a celdas de castigo sin ventana y con camastros desprovistos de colchón. Un día después les devolvían a la Torre Pugachov[29].

Como sucedería con otros episodios de audacia en su vida, Trotsky no incluyó esta información en sus memorias publicadas. Los admirados escritores tenían que sacárselo con tirabuzón. Le gustaba ser el centro de todas las miradas cuando estaba en público, pero no presumir: prefería que ese trabajo lo hicieran otros. Vehemente, vanidoso, no había que esperar mucho para descubrir hasta qué punto se tenía a sí mismo en gran estima.

La cooperación pacífica con Metsger se reinició en los meses en que el grupo de Nikoláiev estuvo aguardando antes de que los deportaran a Siberia. Pasaban el tiempo leyendo y escribiendo, y mantenían conversaciones en los ratos de ejercicio diario. Bronstein volvió a insistir en su intento de casarse con Alexandra. Estaban enamorados. Tenían la bendición del padre de Alexandra, y David Bronstein estaba demasiado lejos como para poder poner ninguna objeción. El incentivo para acelerar el proceso era que las autoridades imperiales no dividían a las parejas casadas en el exilio siberiano[30]. Se obtuvo el permiso para que la boda tuviera lugar en la prisión de tránsito de Moscú. Como Liev y Alexandra eran de familias judías y en esa época no existía el matrimonio civil, se buscó a un rabino para que llevara a cabo la ceremonia[31]. No debió de ser difícil encontrar a diez judíos revolucionarios como testigos para que los procedimientos tuvieran validez religiosa y legal[32]. La kipá tradicional se colocó sobre las cabezas de los prometidos. Se pronunciaron las oraciones preceptivas. Se intercambiaron los anillos. La sumisión formal a la fe de sus antepasados era un pequeño precio a pagar para que Liev y Alexandra se convirtieran en marido y mujer. Era la última vez que cualquiera de los dos suscribía un compromiso así.

Eran revolucionarios que tenían que pensar en lo que iban a hacer a continuación. No sabían gran cosa de las condiciones que les esperaban allá, y su grupo de Nikoláiev no había tenido contactos con organizaciones marxistas de otros lugares del Imperio ruso. Aunque habían leído material introducido desde

los círculos de *émigrés* aun les había quedado pendiente el anunciar su existencia a los líderes marxistas de otros lugares. Una vez en Moscú ya se codeaban con militantes que sabían más sobre las doctrinas marxistas y la actividad en ciudades mayores que Nikoláiev. Hablaban y hablaban con todos los compañeros revolucionarios con los que se encontraban. Dejaban de ser provincianos y se preparaban para participar en los asuntos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

6

Exilio siberiano

Al grupo de convictos de Nikólaiev todavía no le habían informado exactamente de dónde iban a pasar el período de exilio, pero en primer lugar, en verano de 1900, se llevaron a los judíos que había entre ellos a la Siberia oriental. En esos tiempos solían enviar a los rusos a la Rusia septentrional para así separarlos de los prisioneros de nacionalidades que se consideraban «de influencia perjudicial»[1]. Tras dejar atrás Moscú, los Bronstein viajaron durante más de dos mil kilómetros en tren hasta llegar a la vía del Transiberiano en Cheliábinsk. Tres mil kilómetros más y cinco días y medio de viaje en dirección a Irkutsk. En la estación de Telma, a sesenta kilómetros de la gran ciudad siberiana, hicieron bajar del vagón a los prisioneros y se los llevaron a ocho kilómetros al norte, al otro lado del gran río Angara, al poblado de Alexandrovskoe[2].

Allá se encontraba la prisión más grande de la región. El Ministerio del Interior había escogido este emplazamiento rural precisamente porque estaba lo bastante lejos de Irkutsk como para hacerle difícil a un convicto huir y subirse a un tren en dirección a la Rusia central[3]. (El mismo Telma era una población pequeña y estrechamente vigilada por la policía). La prisión central de trabajo de Alexandrovskoe alojaba a 1300 internos, y los dormitorios estaban repletos. Pero el gobernador hacía cuanto podía para mejorar las condiciones… y un visitante británico había dicho de él que parecía más bien un director de orquesta alemán que un carcelero. La dieta incluía carne y sopa. Las disposiciones sanitarias parecían satisfactorias. Los hombres que cumplían toda su sentencia en la prisión recibían una formación obligatoria en carpintería, en sastrería o en la reparación de relojes. El objetivo era evitar que cayeran en la tentación de volver al crimen una vez cumplida la condena. Los presos recibían una pequeña paga por el trabajo realizado y podían gastársela en el economato del centro o enviarla a sus familias. Sin embargo, era un lugar con sus propias indignidades y rigores. La ropa era de una única talla, de manera que los reclusos más bajos arrastraban los

pantalones por el suelo. A los asesinos, que cargaban con cadenas, se les solía enviar a trabajos forzados en la isla de Sajalín, así que tenían que recorrer centenares de kilómetros con la escolta hasta llegar a la costa del Pacífico[4].

A Bronstein y sus camaradas, por el hecho de ser prisioneros políticos, les mantenían apartados de los criminales comunes. Habían llegado con mucho tiempo antes del invierno y sus tormentas de nieve. Mientras esperaban dispusieron de un acceso a libros y periódicos idéntico al de la prisión de tránsito de Moscú[5]. Liev y Alexandra, como esposos, tenían derecho a permanecer juntos, y ella se quedó embarazada por primera vez. Luego llegaron las noticias de que iban a enviar a todo el grupo de Nikoláiev más al norte. Se les habían designado diversas aldeas aisladas, y los Bronstein oyeron que ellos iban a ir a Ust-Kut. Ese nombre no les decía nada. Toda la Siberia septentrional seguía siendo un misterio, y lo poco que sabían sobre el clima y el régimen del exilio venía de sus conversaciones con los compañeros prisioneros.

Ust-Kut era un poblado pequeñísimo en el distrito de Kirensk de la provincia de Irkutsk que se encontraba a cincuenta y siete grados de latitud norte. Otros reclusos de la prisión de Alexandrovskoe tuvieron una suerte todavía peor y les enviaron a lugares que estaban dentro del círculo polar ártico. Toda la región era absolutamente gélida en invierno y de un calor insoportable en verano. Los dos supieron esto antes de que el pequeño grupo y sus guardias salieran hacia su destino a 650 kilómetros río arriba en el norte de Irkutsk. Así recordaba Trotsky ese viaje:

> Descendíamos por el río Lena. La corriente llevaba lentamente diversas barcazas de convictos junto con su convoy de soldados. Las noches eran frías, y los pesados abrigos con los que nos cubríamos se cubrían de escarcha por la mañana. Por el camino, en aldeas predeterminadas, hacían que bajaran a la orilla uno o dos convictos. Tardamos unas tres semanas, si la memoria no me falla, antes de llegar a la aldea de Ust-Kut. Allí me bajaron a mí junto con una de las mujeres exiliadas, una colaboradora cercana de Nikoláiev[6].

En esta última frase se refiere a su mujer embarazada, Alexandra. Es posible que quisiera evitar herir sus sentimientos en el momento en que escribía. Pero así y todo, ¡qué circunspección más engañosa!

Una pequeña «colonia» revolucionaria saludó a los recién casados en Ust-Kut. Entre ellos estaba un zapatero polaco llamado Miksha en cuya casa los Bronstein encontraron acomodo. Miksha era un cocinero hábil y un gran bebedor. Liev y Alexandra intimaron con él a pesar de su querencia por la botella. (Ellos, naturalmente, se tenían el uno al otro, mientras que él estaba solo). Fiel a sus preceptos igualitarios, Liev hacía su parte de labores domésticas. Sus tareas incluían cortar leña para el fuego, barrer el suelo y lavar los platos. Sólo después de haber hecho todo esto podía sacar los libros: traía consigo un buen montón de obras de Marx, y también otras publicaciones socialistas, así como algunos clásicos literarios extranjeros.

Las normas del exilio permitían visitas a los alrededores siempre que se obtuviera un permiso previo. De este modo pudo Bronstein viajar a Ilimsk, a unos ciento cincuenta kilómetros, en donde podía encontrar más productos y servicios. Iba allá frecuentemente, y conoció a Vasili Ulrij, que pasaba el tiempo traduciendo documentos del alemán y que celebraba a Marx como un brillante registrador de las penalidades del capitalismo más que como un abogado del socialismo revolucionario. Aun así, Bronstein, que seguía buscándose a sí mismo en su vida y en sus ideas, se lo pasaba bien en sus encuentros. Estaba sediento de conversaciones abiertas e inteligentes. Ulrij, de todos modos, no era el único personaje local de interés. Bronstein también estableció contacto con Alexandr Vinokurov en Ust-Ilimsk. Era un auxiliar médico, además de una persona con un bagaje importante de experiencia sobre las condiciones populares en el Imperio. Otro interlocutor habitual era Dmitri Kalinikov, un médico que trataba de llegar a todos los revolucionarios exiliados, fueran viejos o nuevos[7]. Bronstein seguía refinando lo que él llamaba su visión del mundo, y su conocimiento de Marx y Engels seguía necesitando mucho trabajo duro[8]. Le resultaba muy práctico contrastar sus pensamientos con residentes locales bien informados, y nunca olvidaría a Ulrij ni a los demás camaradas con los que coincidió en Siberia (incluso si no escribió nada sobre ellos en la biografía que publicó).

Las condiciones para los revolucionarios exiliados no eran tan duras como lo iban a ser en la década de 1930, bajo el orden soviético. Grisha Ziv, compañero detenido, lo recordaba así:

[Bronstein] disponía de mucho tiempo libre y de energía que buscaba una

> salida, pero de nada en qué gastarla. De modo que tomaba parte activa en todos los juegos y distracciones con las que el exilio intentaba acortar el paso del tiempo. Su pasión por el cróquet era remarcable, quizás en parte porque el carácter de ese juego, más que ningún otro, daba una libertad especial a la expresión de su astucia natural, a la riqueza de su imaginación y de sus recursos. Y en estas ocasiones, lo mismo que en cualquier otro sitio o asunto en el que surgiera la oportunidad de mostrar su individualidad, Bronstein se mostraba orgánicamente incapaz de tolerar a los rivales a su altura; y ganarle una partida de cróquet era la manera infalible de convertirlo en el peor de tus enemigos[9].

Lástima que no dispongamos de fuentes que nos indiquen quién allanaba la tierra y disponía la pista en Siberia para que Bronstein satisficiera su desconcertante competitividad.

Sea como fuere, los detenidos no quedaban en una situación de indigencia. A menudo eran las únicas personas con formación en el vecindario, y se las arreglaban bien con poco. El Estado les entregaba un estipendio mensual de treinta y cinco rublos, lo que era suficiente para subsistir. También se les permitía buscar algún empleo con el que ganar dinero. Algunos hacían de profesores. Otros trabajaban en bibliotecas, enfermerías o incluso oficinas de la administración local. Los mismos empresarios siberianos se mostraban a menudo interesados en contratarlos. Cada vez eran más los exiliados que no procedían de familias de clase media, y los obreros militantes como Miksha el Polaco podían ejercitar sus oficios en Siberia o cuando menos adaptar sus habilidades a los requerimientos económicos locales. También podían hacerse algo de dinero subalquilando las habitaciones en las casas en que vivían. Ust-Kut tampoco se quedaba al margen de las visitas. Todos los convictos a los que se enviaba Lena arriba se detenían allí aunque sólo fuera para hacer una pausa en el largo trayecto[10]. Liev y Alexandra aprovechaban la oportunidad que se les brindaba de hablar con los transeúntes. Se intercambiaban noticias y consejos, y se reforzaba la moral. La política era un tema de conversación constante, y los revolucionarios se llevaban consigo las discusiones a los lugares de detención.

Aun así, un espíritu comunal prevalecía en la vida diaria. Los convictos contaban con la ayuda de los demás en los episodios de mala salud, en las inquietudes y en las dificultades materiales. La peor de las ofensas era siempre pedir alguna ayuda a la policía. En alguna ocasión se había llevado al informador

ante un tribunal de camaradas y lo habían matado con la primera arma que habían encontrado. Liev Bronstein encajaba bien en este medio. Incluso parece que se comedió un tanto en su gran desparpajo, aunque no fuera más que temporalmente. Una de sus últimas oponentes políticas, Eva Broido, dice de él en sus memorias que le sorprendió como «un hombre en verdad modesto»[11].

Como otros exiliados, buscaba oportunidades para algún trabajo pagado. Aprovechando su formación en matemáticas se ganó un empleo con un comerciante que necesitaba a un contable. Bronstein ganaba treinta rublos al mes por sus servicios, con lo que doblaba sus ingresos regulares[12]. Pero la cosa acabó mal cuando el patrón le despidió. Bronstein no quiso defenderse:

> Resultaba relativamente fácil obtener permiso del gobernador de Irkutsk para desplazarse a otro lugar. Alexandra Lvovna y yo nos fuimos [265 kilómetros] al este, junto al río Ilim, en donde teníamos amigos. Allí trabajé durante un corto espacio de tiempo como oficinista para un comerciante millonario. Sus depósitos de pieles, lo mismo que las tiendas y bares que poseía, se extendían por un terreno tan extenso como Bélgica y Holanda juntas. Era un señor comerciante y poderoso. Se refería a los varios miles de tunguses bajo su dominio como «mis pequeños tunguses». Ni siquiera sabía escribir su nombre, y tenía que marcarlo con una cruz. Vivía de una manera miserable y mezquina durante todo el año y luego se gastaba decenas de miles de rublos en la feria de Nizhni Novgorod. Estuve a su servicio durante un mes y medio. Y entonces un día registré una libra de minio como «un pud» [cuarenta libras], y envié esta abultada factura a una tienda distante. Eso destrozó mi reputación, de manera que me despidió[13].

Bronstein le había llevado los libros a su propio padre, de manera que ese lapsus parecía ajeno a su carácter.

Quizá no ponía el suficiente interés en su trabajo. El comerciante pertenecía a la burguesía y era un enemigo del socialismo. ¿Por qué iba Bronstein a interesarse por poner orden en los libros de un millonario? Posiblemente el trabajo rutinario de una oficina también le privaba de un tiempo que de otro modo podría dedicar a escribir. Dejó escrito que el trabajo «le deprimía» y que sus artículos para el *Vostochnoe obozrenite* («Revista oriental») de Irkusk le ofrecían una fuente de ingresos más conveniente. (Borró este comentario antes

de su publicación.)[14] El contacto de Bronstein con la gente de la ciudad se había hecho mayor desde su llegada a Siberia, y sus primeros esfuerzos literarios obtuvieron un reconocimiento inmediato como extraordinarios. No tardó en escribir de forma regular bajo el seudónimo de Antid Oto. Solía acabar los artículos por la tarde, después de llevar a cabo las tareas domésticas que se habían hecho indispensables tras el nacimiento del primer bebé de los Bronstein, su hija Zinaida (o Zina), el 14 de marzo de 1901.

Vostochnoe obozrenie era un diario editado por un liberal de Irkutsk llamado M. Popov que buscaba a nuevas promesas para su redacción. Popov sabía hasta qué punto podía presionar a los censores para que no cerraran su publicación. De todos modos, las autoridades mantenían una vigilancia más estricta sobre la prensa en San Petersburgo y Moscú que en las regiones de la periferia del Imperio. En Georgia, por ejemplo, la censura se mostraba particularmente displicente con los escritos revolucionarios, y aunque la Siberia oriental era un territorio habitado por miles de enemigos convictos del orden imperial, Irkutsk también tenía la reputación de ser un lugar en el que el pensamiento crítico podía airearse con cierta impunidad. La cuestión era que el Ministerio del Interior no ponía objeciones a que los exiliados escribieran en la prensa legal. Pocos tenían el talento suficiente como para poderse ganar la vida ejerciendo el periodismo. La mayoría prefería publicar en la prensa política clandestina y usar el abstruso léxico de sus camaradas. Con Trotsky era diferente. Le gustaba atraer a los lectores de fuera del ambiente revolucionario, y trabajar su prosa. Joven como era, la ridiculización y el sarcasmo se le daban bien. Producía imágenes que lograban que la gente viese el entorno diario con una mirada fresca. Popov aprovechó la ocasión y «Antid Oto» tuvo un éxito inmediato en las páginas de *Vostochnoe obozrenie*.

El ingeniero Moshe Novomeiski no era ningún admirador de Trotsky como hombre o como político, pero reconocía la excelencia de su periodismo: «Esos artículos atraían la atención enseguida. Realmente transformaban la apariencia del papel. Recuerdo que todos esperábamos la salida de un nuevo número de *Obozrenie* y volvíamos la página para mirar si había algo de "Antid Oto", el pseudónimo de Bronstein…»[15] Sus esbozos sobre las aldeas, a menudo encabezados por un «La vida rural cotidiana». («*Obyknovennoe derevenskoe*»), obtenían un gran éxito. Criticaba el consumo masivo de alcohol y la ineficacia administrativa en la región e invocaba una mejora cultural en las condiciones del

campesinado. Propugnaba la extensión de la red de escuelas populares. Exigía un marco legal apropiado. Censuraba el caos del sistema postal imperial (lo que era un asunto muy importante para un revolucionario a varios miles de kilómetros de la familia y de los camaradas). Uno de sus remedios era la subida de sueldo para los carteros[16]. En cuanto cogió el ritmo como columnista incluso escribió sobre el sistema carcelario en Siberia. No hace falta decir que estaba a favor de su reforma[17].

Popov le enviaba toda clase de libros para que los reseñara, y Bronstein desarrolló un ligero tono irónico a medida que su confianza aumentaba. Al tiempo que desaprobaba a John Ruskin por «sus confusiones reaccionario-románticas», reconocía que las máquinas de la sociedad industrial tenían su lado oscuro. Los marxistas no se mostraban muy dispuestos a admitir este tipo de comentarios, pero Bronstein añadía que prefería el placer de montar «un caballo de verdad»[18]. En su condición de hijo de un próspero terrateniente, en esta etapa de su carrera no ocultaba sus sentimientos, ni sus recuerdos.

La independencia de pensamiento era para él una cuestión de orgullo. La hostilidad al «individualismo», otra. Cuando Popov le envió una colección de los dramas de Henrik Ibsen, sorprendió al editor entregándole un artículo en el que se hacía evidente que el autor noruego se le había indigestado. En opinión de Bronstein, la preocupación de Ibsen por el destino de los individuos era un flagrante error[19]. Con esto insinuaba —sólo insinuaba— su compromiso marxista de buscar siempre soluciones colectivas a los males de la sociedad. Sí que reconoció, en cambio, a Ibsen como un gigante cultural. Diversos escritores rusos contemporáneos a él no merecieron una opinión similar. Le disgustaba el filósofo exmarxista Nikolái Berdiáyev por su postulación de criterios de verdad absoluta. No podía soportar a Konstantín Balmont ni a su escuela de literatura «decadente[20]». Gleb Uspenski le merecía un mayor respeto, pues había expuesto los aspectos más desagradables de la vida del campesino. (Junto al artículo sobre Uspenski, sin embargo, el mismo Trotsky criticaba que los editores utilizaran material frívolo en sus calendarios ilustrados.)[21] En otro artículo sobre la vida rural siberiana Trotsky detallaba los hábitos rudos del campesinado local. La necesidad más urgente era la mejora cultural, y para que esto ocurriera tenía que darse tanto la transformación de las condiciones materiales como la introducción de un marco legal apropiado[22].

Con discreción iba introduciendo comentarios de política de partido en sus

artículos. Se mofaba de Piotr Struve, otro antiguo marxista, por sostener que la subida de salarios para la clase obrera tenía que ser la mayor prioridad pública. Para los que permanecían atentos a los debates en el seno del marxismo contemporáneo las implicaciones estaban claras: Bronstein propugnaba más rublos para los carteros, pero nunca había pensado que esa reivindicación pudiera resolver los problemas básicos de la sociedad. La transformación política —una revolución socialista— era en última instancia esencial[23]. No por eso dejaba de alabar a figuras punteras de otras partes del movimiento revolucionario. Citaba a Nikolái Mijailovski, un coloso intelectual para los narodniks, con entusiasmo cuando precisaba que la «clase dirigente» siempre tendría opiniones diferentes a las del «proletariado[24]». También rendía tributo a Alexander Herzen, que había iniciado el aprecio por las tradiciones colectivistas del campesinado luego recogido por Mijailovski. Pero rechazaba la reverencia irreflexiva. En el caso de Herzen no debía darse ningún «culto al individuo»: Bronstein insistía en que todo el mundo y todo tenía que estar sujeto a un reexamen constante[25]. A sus lectores no les quedaba ninguna duda de que el orden social existente no podía durar mucho. Vivían en una época «claramente transicional»[26].

Resultaba fácil descifrar este artículo como una llamada a la acción revolucionaria contra el orden imperial. En las colonias, no es necesario recordarlo, las oportunidades de debate eran mucho más abiertas. Las disputas entre socialistas agrarios veteranos y neófitos marxistas estaban a la orden del día. A cada bando le correspondían sus propias divisiones internas. Algunos marxistas tendían hacia un conjunto de ideas moderado y no violento que en esos años propugnaban Eduard Bernstein en Alemania y Piotr Struve en Rusia —hasta que abandonó el socialismo por el liberalismo—. Otros se inclinaban por la revolución. Sólo uno de los exiliados contemporáneos era conocido fuera de Siberia. Se trataba del escritor polaco Jan Machajski, que argüía que la *intelligentsia* radical, si se le daba la más mínima oportunidad, intentaría dominar a los trabajadores en cuyo nombre harían la revolución. Los terroristas-narodniks mantenían buenas relaciones con él y optaron por interpretar que sus ideas eran aplicables sólo a los marxistas, y no a ellos. Los marxistas, en cambio, se ofendieron muchísimo[27].

Bronstein era lo suficientemente abierto como para querer verse con Machajski, exiliado en Vilyusk, a más de mil quinientos kilómetros hacia el

noreste. Ambos coincidieron en Irkutsk, y Bronstein acudió a una reunión en la que el pensador estaba reprendiendo a uno de los partidarios de Struve. Las argumentaciones tenían escaso efecto en Machajski, que hacía como quien oye llover. Trotsky intervino, pero sin demasiado convencimiento. Nunca dejó establecido lo que dijo, excepto para destacar que los dos interlocutores unieron sus esfuerzos momentáneamente para atacarle a él[28]. Otros personajes a los que Bronstein conocería adquirirían relevancia con el curso de los años. Entre ellos figuraba otro polaco, Félix Dzerzhinski, que se sentaría junto al fuego una noche con otros camaradas y recitaría un poema que había escrito. Dzerzhinski estaba condenado a trabajos forzados en Nolinsk y Kagorodsk; en diciembre de 1917, en la víspera de la Revolución de Octubre, se convertiría en el fundador de la policía de seguridad de Lenin. Otra figura destacada era Nikolái Sujanov. En el exilio siberiano éste propugnaba que el campesinado tenía que figurar en el núcleo de la estrategia revolucionaria. Posteriormente se convertiría en un socialista-revolucionario y luego en menchevique. Mientras que Dzerzhinski y Trotsky se hicieron bolcheviques en 1917, Sujanov dedicó todo su talento político a contrarrestar al partido bolchevique, y en años posteriores se convertiría en el gran competidor de Trotsky como analista de la Rusia revolucionaria[29].

Las mismas colonias del exilio comprendían una mezcla étnica y social muy amplia. Los polacos y los judíos proporcionaban un número desproporcionado de revolucionarios. Al tiempo que se intensificaba el movimiento obrero, las gentes de clase obrera que llegaban a Siberia oriental eran sobre todo polacos o judíos, pues las autoridades preferían enviar a los trabajadores rusos a la Rusia septentrional (la cual, se creía, era menos severa)[30].

Bronstein y su grupo no podían acercarse a las fábricas, y de todos modos en Siberia no abundaban. Tampoco tenían acceso a las imprentas. La comunicación con Rusia tenía que ser circunspecta y conspiradora… y las entregas postales tardaban semanas en llegarles. Aun así, Bronstein no sentía que estuviera perdiendo el tiempo, o al menos no enteramente, puesto que se formaba a sí mismo en los clásicos del marxismo. Así le describiría la experiencia a Lenin en 1902:

> Le expliqué que en la prisión de transferencia de Moscú habíamos estudiado colectivamente su libro, *El desarrollo del capitalismo en*

> *Rusia*, y cómo en el exilio habíamos trabajado en *El capital* de Marx, pero que nos habíamos detenido en el segundo volumen. También habíamos estudiado atentamente la controversia entre Bernstein y Kautski, utilizando las fuentes originales. Entre nosotros no había seguidores de Bernstein. En el campo de la filosofía, estábamos impresionados por el libro de Bogdánov, que combinaba el marxismo con la teoría de la cognición avanzada por Mach y Avenarius. En ese tiempo Lenin también pensaba que las teorías de Bogdánov eran correctas. «No soy filósofo —dijo con inquietud—, pero Plejánov denuncia la filosofía de Bogdánov como una variante disimulada de idealismo.»[31]

No hay motivo para dudar de esta explicación: reconoce su necesidad de seguir aprendiendo, e indica hasta qué punto se tomaba en serio su marxismo, leyendo los textos en alemán y también en ruso. Del mismo modo, demuestra que los miembros del grupo habían abarcado todo el espectro de las obras marxistas: economía, política y filosofía. Para Trotsky, Siberia era la universidad revolucionaria y libre de la taiga, esa inhóspita zona de coníferas que cubría el extremo más alejado del Imperio ruso.

No tardó en producir proclamas y panfletos para las «organizaciones democráticas» que se extendieron por las ciudades atravesadas por la vía del Transiberiano, como recordaría después: «Tras un intervalo de tres años, volvía a unirme a las filas de la lucha activa.»[32] Para los Bronstein fue un período frenético en todos los sentidos. En 1902 Alexandra dio a luz a su segundo hijo. Era otra niña, a la que llamaron Nina. Los encargos para *Vostochnoe obozrenie* no se detenían. El contacto con los grupos marxistas se hacía cada vez más estrecho. Parecía como si Liev y Alexandra pudieran vislumbrar el término de su sentencia compartida.

Pero entonces sucedió algo que cambió el curso de la vida y la carrera de Liev:

> En verano de 1902, recibí vía Irkutsk un paquete de libros en cuyas tapas iban ocultas las últimas publicaciones del extranjero, impresas en papel muy bueno. Supimos que fuera habían fundado un diario marxista, *Iskrá* [«la chispa»] que tenía como objeto crear una organización centralizada de revolucionarios profesionales vinculados por la férrea disciplina de la

> acción. En el paquete venía también el libro de Lenin, *¿Qué hacer?*, publicado en Ginebra, que se dedicaba íntegramente al mismo asunto. Mis ensayos manuscritos, los artículos para el diario y las proclamas para la Unión Siberiana me parecieron de inmediato cosas pequeñas y provincianas frente a la tarea nueva y tremenda que se alzaba ante nosotros. Tenía que buscar otro campo de actividad. Tenía que escapar del exilio[33].

Allí vio la oportunidad de incorporarse al liderazgo de una organización marxista, y sintió el impulso de hacerlo. Si quería acción en el escenario más amplio necesitaba cambiar de lugar por un tiempo. Sabía que tenía talento como escritor: todo el mundo se lo decía. Nunca le había faltado confianza ni motivación, pero sí un foco estratégico. El panfleto de Lenin llenaba ese vacío.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia parecía establecer por fin una base sólida. En su I Congreso, que tuvo lugar en Minsk en marzo de 1898, se habían obtenido muy pocos resultados, aparte de la detención de casi todos sus participantes. Las doctrinas de Marx y Engels, lo mismo que la estrategia para el marxismo en Rusia, siguieron debatiéndose en la base. Prevalecía una gran diversidad de opiniones. La mayoría de militantes deseaba una revolución inmediata, y pensaba que el compromiso político era lo prioritario. Un pequeño grupo de intelectuales «revisionistas» manifestó su discrepancia, lo que provocó la ira de los revolucionarios. Lenin y su grupo Iskrá tenían la determinación de arrancar de cuajo el revisionismo. Trotsky quería unirse a ellos.

Después afirmaría que Alexandra había aprobado de todo corazón su partida. Cuesta creerlo. Bronstein planeaba abandonarla en las lejanías de Siberia. Ella no tenía a nadie que la cuidara, y en cambio tenía que atender a dos pequeñas criaturas completamente a solas, con el invierno cerniéndose sobre ellas. Acababa de convertirse en padre de dos hijas y decidía salir corriendo. Pocos revolucionarios dejaban tras de sí un lío semejante. Aunque actuaba según el código revolucionario de comportamiento, eso no podía negarlo nadie: la «causa» lo era todo para los revolucionarios. Las responsabilidades matrimoniales y paternas tenían su importancia, pero nunca hasta el punto de impedir a los jóvenes militantes hacer lo que les indicaba su conciencia política. En teoría todos estaban a favor de la igualdad de sexos. Pero las mujeres tenían que evitar tener hijos si querían mantener su libertad como militantes. Cuando

sus maridos se metían en problemas con las autoridades se esperaba de las mujeres que supieran cómo responder al naufragio emocional. En cualquier caso, para Alexandra quedaba muy claro en ese instante, si es que no lo había estado antes, que su marido era una personalidad de lo más prometedora. El *Vostochnoe obozrenie* lo había reconocido haciendo de él su columnista. Todo el mundo le tenía en gran estima.

Incluso si Alexandra dio su consentimiento, Liev mostró poca apreciación del sacrificio que le pedía. «La vida —diría, como si fuera algo que caía por su propio peso— nos separó.»[34] En realidad había optado por separarse de sus responsabilidades matrimoniales y paternas. Cualquier mujer que viviera con él tenía que aceptar que siempre haría lo que le viniera en gana. Seguro que rompió el corazón de Alexandra, aunque ella no tuviera motivos para sospechar que la familia no volvería a reunirse un día. Cuando le escribía ella continuó acabando sus cartas con palabras de cariño: «Te beso tierna, muy tiernamente.»[35] La relación amorosa, por lo menos en lo que a ella respectaba, no había concluido. Pero la actitud de él, ésa sí que estaba a punto de cambiar.

7

Iskrá

Con el cambio de siglo se produjo en Siberia una «epidemia de fugas», y los revolucionarios tuvieron que establecer un sistema de turnos para hace frente a tantos voluntarios[1]. Así recordaba Trotsky el escenario. Unas técnicas de eficacia probada aseguraban el éxito de la huida. Había que pagar dinero a los campesinos por su ayuda, o por lo menos para que permanecieran callados. A continuación empezaba el largo viaje por etapas y en barca, carro y —si la nieve todavía no se había fundido— trineo. Los barqueros y cocheros se pasaban a los huidos de uno a otro, y cada vez había que pagar una cantidad. A los policías también era posible sobornarlos: podía ser una táctica arriesgada, pero muchas veces se prestaban a ello, pues sus salarios eran bajísimos. Una falsa identidad era esencial, y los partidos revolucionarios se hicieron expertos en procurarse o en producir pasaportes internos en blanco. Bronstein enseguida adquirió uno, y como apellido inscribió «Trotsky[2]». Este hecho se ha prestado a especulaciones. Algunos sugirieron que se refería a una población polaca en la que habían vivido sus antepasados antes de ir hacia el sur, hacia Ucrania. Otros insinuaban que Bronstein se había acordado de un supervisor de la cárcel de Nikoláiev y que se había apropiado de su apellido. Así lo tenía entendido Grisha Ziv, pero cuando se lo había mencionado a Ilya Sokolovski, que había estado con Bronstein en esos días, se había echado a reír y le había dicho que su amigo simplemente se había hecho con un pasaporte de un habitante de Irkutsk llamado Trotsky[3].

Para aquel entonces él y su familia ya vivían, con permiso, en Verjolensk, que tenía una colonia revolucionaria más grande que Ust-Kut. La policía registró como fecha de su desaparición el 21 de agosto de 1902[4]. Trotsky y una mujer marxista, a la que él recordaba sólo como «E. G.», partieron de Verjolensk en un carro de heno conducido por un simpático campesino. Sin duda tuvieron que pagar la cantidad fijada. El terreno era desigual por lo que el paso era lento, sin sobrepasar nunca los dieciséis kilómetros por hora. La compañera de Trotsky

encontró el viaje muy incómodo, y tenía que procurar ahogar sus gemidos por miedo a que los descubrieran. Al llegar a Irkutsk, Trotsky se separó de ella. Los amigos en la ciudad habían llevado a cabo otras gestiones y le habían procurado un billete para la línea del Transiberiano. También adquirió una maleta con «camisas almidonadas, una corbata y otros atributos de la civilización» y subió a su vagón sin interferencias de los agentes de policía. Llevaba una copia de la *Ilíada* de Homero en los exámetros rusos de Nikolái Gnedich. El largo viaje desde Siberia pasó sin incidentes. En cada parada había mujeres que vendían pollo asado, cerdo, leche y pan. Era algo muy distinto a las condiciones miserables de Ust-Kut. El tren traía la prosperidad económica a las ciudades a lo largo de la vía recién construida y al interior, en donde la agricultura se expandía rápidamente. Trotsky lo observó así, y le impresionó. Rusia y su Imperio vivían un proceso de formidable transformación.

Si echaba en falta a su mujer y a sus hijas, eso no es algo, en cualquier caso, que mencione en sus memorias. Se había embarcado en una aventura. Disfrutaba de su familia cuado estaba con ella, pero la causa revolucionaria y sus excitaciones tenían para él un mayor significado. El viaje desde Siberia le dejó emocionalmente más libre de lo que había estado en todo el tiempo pasado desde Nikoláiev.

Estos días de relajación acabaron cuando se apeó en Samará. El grupo Iskrá había escogido la ciudad como uno de sus centros de organización y de distribución en Rusia. Trotsky contactó con su líder, Gleb Krzhizhanovski, que le llamaba Pero («la Pluma»), colmo tributo a su éxito como periodista en Siberia. Krzhizhanovski le pidió que visitara a los contactos en Poltava, Jarkov y Kiev antes de salir del país para entablar conocimiento con la redacción. No tenía en gran concepto los esfuerzos de los iskraístas de provincias. Cuando llegó el momento de su viaje al extranjero se encontró con que habían puesto a un niño de escuela a planificar los cruces de frontera. La edad no era el único inconveniente: el otro era que simpatizaba con los socialistas-revolucionarios, y no con los marxistas rusos. Bajo el liderazgo de Víktor Chernov, los socialistas-revolucionarios volvían a adoptar la idea *narodnik* de que la mejor oportunidad para transformar Rusia estaba en trabajar entre los campesinos. La paciencia de Trotsky no mejoró en la frontera con Austria, en donde se le puso bajo la protección de contrabandistas profesionales que inventaron «tarifas y normas» a su antojo a cambio de sus servicios[5]. Pero aunque los fondos se esfumaran, la

confianza permanecía alta. Al llegar a Viena en un domingo, le pareció de lo más normal pedirle a sus contactos socialistas que le llevaran a ver a Victor Adler. Ellos le explicaron que a Adler, líder del partido socialdemócrata austriaco, no le gustaba que le importunaran en su día de descanso. Pero Trotsky organizó entonces tal escándalo que consintieron en llevarle a la casa de Adler, y a éste le dio tan buena impresión que conversó durante largo rato con él.

Viena no era más que un alto en el camino. Trotsky no tardó en subir a otro tren en la West-Bahnhof en dirección a Suiza. Bajó en Ginebra, eligió un carro de caballos e indicó al cochero que lo llevara a los aposentos del miembro del consejo de redacción de *Iskrá*, Pavel Axelrod. Se había quedado sin fondos y ya era tarde por la noche cuando por fin llegó al distrito de la «colonia rusa». En el piso de Axelrod las luces estaban apagadas, de manera que Trotsky aporreó la puerta, hizo que se levantara y le preguntó: «¿Es usted Pavel Borisovich Axelrod?». Como la respuesta fuera positiva, anunció: «Vengo directamente desde la estación. Por favor, páguele al cochero. No tengo dinero. Pasaré la noche aquí». Axelrod le preguntó con delicadeza quién era, y después de establecer la identidad de Trotsky pagó el dinero y le dejó entrar[6].

A Trotsky le llevó muy poco tiempo entender que el dinamismo del grupo Iskrá no estaba en Ginebra con Gueorgi Plejánov y Pavel Axelrod, sino en Londres con sus más jóvenes colegas de redacción, Vladímir Lenin y Yuli Mártov. En cualquier caso, sentía que no había conseguido el aprecio de Plejánov, el padre fundador del marxismo ruso. Lenin era un militante de Simbirsk con mucha confianza que había empezado a labrarse un nombre por sus escritos económicos y políticos. Mártov, un militante judío criado en Odessa, era su asociado brillante y enérgico. El paso lógico era desplazarse a Gran Bretaña, adonde Trotsky llegó en octubre de 1902. Cuando bajó del tren muy de mañana en Victoria Station llevaba en el bolsillo la dirección de Lenin en Bloomsbury. Los Lenin todavía estaban acostados cuando él llegó a la puerta. (Esta vez Trotsky llevaba dinero en la cartera para pagar al cochero). Los iskraístas de Suiza le habían dicho que llamara con tres toques en la puerta: era el código para evitar las visitas de indeseables. Lenin no estaba demasiado contento de ver su sueño interrumpido. Su mujer fue a ver quién era. Así lo recuerda Trotsky:

> Nadezhda Konstantinovna abrió la puerta. Quizá la hubiera despertado

con mis golpes. Todavía era pronto, y cualquiera más acostumbrado a las maneras civilizadas de comportarse se habría sentado un rato por los alrededores de la estación durante una hora o dos, en lugar de llamar a una puerta desconocida a una hora tan intempestiva. Pero yo seguía excitado con mi huida de Verjolensk[7].

Tres décadas después seguía orgulloso de su bravuconada.

Lenin sabía de Trotsky por la carta de Gleb Krzhizhanovski y le saludó con estas palabras: «¡Ah, ha llegado la Pluma!»[8] Trotsky se lanzó a un recuento de sus experiencias, y no hizo demasiados cumplidos con los iskraístas en Rusia[9]. Le entregó una lista de direcciones y de lugares de contacto mientras le explicaba cuáles ya no eran funcionales. El sistema de comunicaciones del periódico *Iskrá*, comentó, «estaba en condiciones de extrema debilidad»[10]. Era el informe de un hombre que conocía su valor para el partido y que no sentía ningún miedo a cantarle las verdades a sus mayores. Lenin apreciaba esta franqueza. *Iskrá* no sólo adquiría a un escritor vívido y fluido, sino también a un organizador práctico. Trotsky se estableció en una colonia de amables amigos entre los cuales los más cercanos eran Yuli Mártov y Vera Zasúlich[11]. Lenin le hizo de guía por el centro de Londres, y le comentó al pasar junto al Parlamento: «Ahí está su famoso Westminster». También consiguió que pudiera acceder al British Museum para que completara sus estudios marxistas[12]. Quizá se tratara de una maniobra ilícita: en realidad Lenin había adquirido un carnet de lector con un nombre falso.

Para Trotsky el gran asunto fue el discurso que dio en Whitechapel, en donde sus oponentes fueron los anarquistas Nikolái Chaikovski y Varlam Cherkezov. Comprobaba así sus recursos frente a oponentes de mucha enjundia y mayores que él. El público lo formaban *émigrés* del Imperio ruso. Muchos eran judíos, y se utilizaba el ruso como lengua[13]. Para Trotsky fue un triunfo, y sentía como si caminara por el aire en su vuelta del evento.

Aquella actuación había convencido al grupo londinense del *Iskrá* de que debían asignarle la tarea de ofrecer un discurso contra los socialistas-revolucionarios en París. Llegó a la capital francesa en noviembre de 1902 y se presentó por su cuenta en la casa de una antigua componente del grupo Iskrá, una tal Yekaterina Alexandrova. Ésta le pidió a una joven militante llamada Natalia Sedova que le encontrara un lugar para vivir a aquel chico. Natalia le

informó de que en su propia casa había una habitación disponible, aunque sólo fuera algo mejor que una celda de la cárcel. Eso no le importó a Alexandrova, que esperaba que Trotsky se concentrara en su próximo discurso[14]. Alexandrova se inquietaba por si Trotsky era serio en sus preparaciones. Cuando Sedova mencionó que le había oído silbar en su habitación, la veterana le ordenó que le dijera que tenía que trabajar duro y dejara de hacer ruidos. Alexandrova se preocupaba en vano: Trotsky lo hacía todo con mucha facilidad y podía escribir lo que fuera con envidiable rapidez. Más aún: el discurso tuvo un gran éxito, y Trotsky volvió a emocionar al público[15]. Al bajar del escenario, fue a sentarse con Sedova. Cuando ella le preguntó cuál era su nombre real él escurrió el bulto con consideraciones sobre la seguridad[16]. Pero en todos los demás aspectos era comunicativo en extremo. Salieron juntos en los días posteriores, con Natalia mostrándole las vistas de París[17]. Juntos también fueron a oír a los líderes socialistas franceses, como Jean Jaurès y Jules Guesde. En materias artísticas ella apreciaba su buen gusto. A Trotsky le gustaban las pinturas de Murillo: ella había traído de Múnich un álbum de fotografías de ellas. Ambos leían las novelas de Octave Mirbeau, y hablaban del escritor ruso Leonid Andreiev[18].

Trotsky había conocido a la mujer que sería su compañera durante todo el resto de su vida. A ella le desconcertaba que su primera pregunta sobre la gente fuera siempre: «¿Y cuál es su actitud frente a la revolución?». Todavía no había aceptado que tal intensidad política fuera normal, pero estaba loca por él. Admiraba «su cortesía, su refinamiento, lo diferente que era a todos los demás»[19]. Él, por su parte, supuso que ella también poseía su misma e intensa confianza y la propuso para un papel en una producción de *Los bajos fondos* de Máxim Gorki. Trotsky ya lo había dispuesto todo para ir a *Iskrá*, pero ella rechazó de plano la idea. Ni tenía tanta seguridad ni quería «hacerle el papel»[20]. Él pronto la apreciaría por esa independencia, y quedaría cautivado por una personalidad tan diferente a la suya y al mismo tiempo tan cultivada y comprometida. Físicamente era una mujer pequeña, medía sólo un metro cincuenta, pálida de cara y sencilla vistiendo, pero incluso observadores poco proclives admitían que tenía «buen gusto»; y una amiga estaba impresionada por su figura «exquisitamente proporcionada»[21]. Se movía graciosamente, y Trotsky nunca olvidaría lo maravillosamente que había caminado por un embarcadero situado junto a un puente: a pesar de que iba con tacones altos lo recorrió para ir a hablar con dos niños asomados al extremo de la plataforma[22].

La mujer y las hijas que había dejado en Siberia se iban haciendo cada vez menos importantes. Pero incluso Natalia tuvo que admitir sus prioridades políticas, y no tardó mucho en salir para Londres a reunirse con Lenin. Los dos hombres convinieron en que Trotsky tenía que volver a Rusia para recabar apoyos para *Iskrá*, con la vista puesta en dominar el próximo congreso del Partido. Mártov, que escribía desde París, le hizo esta confesión a Lenin el 29 de noviembre de 1902:

> No sé si insistir en su inmediata partida. Por un lado nos es muy útil aquí; por otro, necesita estar por aquí durante un mínimo de tres o cuatro meses para finalizar con su educación, en especial en su entendimiento de la teoría, en la que tiene muchas lagunas; y en tercer lugar temo que cuanto más tiempo pase aquí más le atraerán las obligaciones literarias y menos ganas tendrá de volver a Rusia[23].

Todo el mundo reconocía el talento de Trotsky, pero seguía sin ser un artículo acabado como revolucionario, y siempre se corría el riesgo de que no lograra convertirse en el tipo de líder que los iskraístas establecidos deseaban. Él era un hombre librado a sí mismo. Los editores de *Iskrá* iban con pies de plomo en las decisiones que le concernían.

Se decidió que era demasiado valioso como para enviarlo a Rusia. En lugar de eso se le pidió que visitara las colonias marxistas de Europa para hacer campaña por las ideas de *Iskrá* con vistas a la celebración del II Congreso del partido. Visitó Bruselas, Lieja, Heidelberg y otras muchas ciudades alemanas y suizas[24]. De la redacción recibía un sueldo y se le pagaban los gastos, y su padre también le enviaba algún giro, pues había acabado por aceptar que su hijo quisiera concentrarse en una carrera política[25].

Tenía éxito por todas partes. Escribió mucho en sus viajes, permaneciendo fiel a los temas políticos y dejando a un lado su inclinación hacia la crítica literaria o los debates filosóficos. En sus artículos para *Iskrá* se mofaba de Piotr Struve, Nikolái Berdiáyev y otros exmarxistas. Criticaba al cuerpo de inspectores de las fábricas y a los sindicatos legales de Rusia; señalaba las dificultades que la burocracia planteaba para los estudiantes, los finlandeses y grupos sociales diversos. Tanto en sus discursos como en los artículos lanzaba andanadas contra los socialistas-revolucionarios, que habían emergido como

principales rivales revolucionarios del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Aunque Trotsky no tenía gran cosa que decir en las disputas internas del partido, apoyaba el principio de *Iskrá* según el cual no convenía arrastrarse tras la opinión de la clase trabajadora. El deber de los marxistas, subrayaba, era el de averiguar qué había que hacer y el de ganarse al «proletariado» para su causa[26].

Una alianza política tomaba forma. Cuando Lenin estaba de visita en París se compró un par de zapatos que le hacían daño, de manera que se los dio a Trotsky, a quien según parecía le iban bien. Pero cuando él y Natalia Sedova acompañaron a Lenin a la Opéra Comique Trotsky se dio cuenta de que le apretaban. Lenin, que tenía un sentido del humor un tanto sádico, se reía cuando veía que Trotsky volvía a casa dolorido[27]; pero eso no interrumpió su cooperación política. Haciéndose eco de lo que Lenin decía en *¿Qué hacer?*, Trotsky propugnaba un partido centralizado, disciplinado y clandestino para Rusia. También estaba a favor del uso del terror en momentos de sublevación revolucionaria: de hecho, Lenin le hizo preguntas al respecto y se dio cuenta de que tenían la misma idea básica. El líder era Lenin, pero el talento de Trotsky era mayor en ciertas áreas, y Lenin ansiaba utilizarlo.

Trotsky también deseaba que los demás admiraran sus esfuerzos. El 13 de febrero de 1903 envió una carta a su mujer Alexandra en Verjolensk sobre la vida tan ajetreada que llevaba:

> ¿Por qué no me habéis escrito ni tú ni Iliusha? ¿Qué números de *Iskrá* os han llegado? Me gustaría que los leyerais todos. Envié el número 32 (el último) a la dirección de Iliusha hace una semana. ¿Tenéis el *Zaria* [«Aurora», la publicación hermana de *Iskrá*]? Intentaré enviarte los artículos principales. En el número 32 no hay ninguno mío. Estaba fuera pronunciando discursos[28].

Más que el bienestar de su familia, lo que ocupaba su pensamiento era *Iskrá* y su causa. Escribió la carta con tinta simpática, pero la Ojranka le había marcado como un hombre al que había que vigilar con mucha atención, y la naturaleza poco profesional de las precauciones que Trotsky tomaba les facilitaba las cosas. Casos como los de Trotsky abundaban entre los principales *émigrés* políticos: la mayoría subestimaba la profundidad de la penetración y de la manipulación policial en sus actividades. También alertaba a Alexandra sobre

el Bund judío. Ésta era una amplia organización marxista basada en la Zona de Asentamiento de la que sus antepasados habían huido. Los bundistas querían entrar en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en condiciones especiales que les garantizaran el derecho a reclutar a judíos sin referirse a las demás instituciones del partido en la región y a hablar y escribir en yiddish con libertad. Trotsky veía en esto un despreciable nacionalismo que sólo podía satisfacer a los sionistas, y le exigía a su mujer que llevara a cabo una «agitación enérgica» entre los bundistas del exilio siberiano para hacer que abandonaran sus demandas[29].

No fue ésta la única presión que ejerció sobre ella. Alexandra había cuestionado la importancia que él atribuía a la oratoria en las condiciones políticas rusas. Trotsky replicó:

> No estoy completamente de acuerdo con tus pensamientos sobre el arte del orador. Dices que no crees que sea de demasiada utilidad. Obviamente, tienes en la cabeza la elocuencia parlamentaria. Pero los sucesos de Rostov, en donde Bragin habló frente a una multitud de 20 000 o 30 000 personas, lo mismo que otros sucesos semejantes, se van a hacer más y más frecuentes. Es precisamente en este período revolucionario cuando necesitamos a oradores en la calle, «demagogos[30]».

Trotsky tenía la intención de aplicar sus aptitudes recién descubiertas como conferenciante *émigré* a la acción política directa en Rusia. No quería dejar de escribir, sino que simplemente le parecía una idea atractiva tener la oportunidad de probarse como agitador marxista lo antes posible. Sabía que su talento era especial, y quería desarrollarlo.

La insistencia de Trotsky en encontrar su propio camino para ser un líder revolucionario hizo que las dudas que Plejánov tenía sobre él aumentaran. Lenin se puso del lado de su protegido y se inició una disputa. Según Plejánov, Trotsky armaba mucho ruido en sus artículos, pero éstos estaban faltos de contenido[31]. Lenin, en cambio, lo quería como séptimo miembro del consejo de redacción. Reconocía los puntos flacos del joven, sobre todo por lo que respectaba al estilo ampuloso, pero manifestó que estaba trabajando para eliminarlos[32]. Plejánov siguió oponiéndose:

Trotsky le disgustaba, como el afectado sabía muy bien. La vieja figura se

oponía a una nueva, una que todavía se encontraba en la primera fase de crecimiento. (Se contaba que Zasúlich había exclamado: «¡Ese joven es un genio!», y que Plejánov había respondido: «¡Eso es algo que no le puedo perdonar a Trotsky!»[33]) Más aún: Plejánov miraba a Trotsky como si fuera la marioneta de Lenin. Si se le aceptaba en el consejo de redacción de *Iskrá* como miembro con derecho a voto equivaldría a darle dos votos a Lenin. Y éste se aseguraría una permanente y fiable mayoría en los debates. A pesar de su amistad con Trotsky, Zasúlich se puso del lado de Plejánov. Axelrod se abstuvo de desafiar a Plejánov. Ni Lenin ni Mártov podían creer que se obstaculizara a Trotsky con argumentos tan triviales[34].

Plejánov volvía loco al mismo Lenin. Éste pudo vengarse cuando Plejánov confeccionó el borrador del programa del partido para que lo examinara el consejo de la redacción. Lenin encontró gracioso que se le olvidara mencionar la necesidad de una «dictadura del proletariado» una vez se hubiera derrocado al capitalismo. También encontró defectos de lógica y estilo y solicitó que se enmendaran[35].

El II Congreso del partido, que se inició en Bruselas el 17 de julio de 1903, constituyó en realidad la asamblea fundacional del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Todos los grupos marxistas coincidían en la necesidad de una organización política combinada, y el equipo de *Iskrá* y sus hábiles agentes pusieron de acuerdo a las delegaciones para establecer un aparato central adecuado y un programa de partido. Lenin era el espíritu protagonista entre bastidores, y distaba mucho de ser imparcial en sus preparativos. Siempre que era posible daba instrucciones a los partidarios del grupo Iskrá. Organizó un congreso de personalidades que iban a darle la mayoría a él y a sus amigos, y entre estos amigos estaba Trotsky, que había visitado las «colonias» marxistas rusas convocando a apoyar a los iskraístas. Viajaba con un pasaporte falso, con nombre de un búlgaro llamado Samo-kliev, y su última parada antes de desplazarse al congreso era Ginebra. Él y su compañero Dmitri Uliánov (el hermano de Lenin) tuvieron una aventura en su trayecto hacia Bruselas. Su pretensión era subir al tren en Nion, un pequeño pueblo en las afueras de la ciudad, para así despistar a los agentes de policía que pudiera haber. Como precaución extra esperaron en el lado de las vías que no tocaba, pero al final no consiguieron llegar a tiempo a la puerta del vagón, con lo que el jefe de tren tuvo que detenerlo. Dicho jefe opinó que «era la primera vez que veía a

tipos tan estúpidos» y les exigió que pagaran una multa de cincuenta francos suizos por hacer parar el tren. Los rusos, que no tenían cincuenta francos, fingieron que no hablaban francés y al final les dejaron proseguir viaje.

El Ministerio del Interior ruso había alertado al gobierno belga de la celebración del congreso. Bruselas bullía de delegados clandestinos y de agentes secretos. Los trámites del congreso se hicieron amargos desde el principio. Se consumieron días en recusaciones y alegatos a los mandatos de algunos delegados. Luego intervino la policía belga. Se tomó la decisión de trasladar el congreso a Londres, en donde se había localizado un lugar para celebrarlo en el English Club, en Charlotte Street, Bloomsbury.

El punto principal del orden del día era la discusión del programa del partido. Plejánov y Lenin tomaron la iniciativa argumentando a favor de la aceptación del borrador del grupo Iskrá, y lo consiguieron. Trotsky apareció entre las fuerzas que lo apoyaron y su grupo arrasó con todo. El debate sólo se torció cuando se trataron las cuestiones organizativas. Una de las delegaciones más numerosas era la del Bund judío, con cinco miembros. Los bundistas querían asegurar a toda costa un trato especial por su entrada en el partido. Con sus fuerzas centradas en la Zona de Asentamiento, el Bund disponía de más miembros que cualquier otra organización marxista en el Imperio ruso. Exigía una autonomía excepcional en su territorio. A los iskraístas esto les parecía asemejarse demasiado al nacionalismo, y pusieron serias objeciones. Cuando una estrecha mayoría derrotó al Bund, todos los miembros de su delegación abandonaron la sala. Esto tuvo el efecto de reforzar el dominio del grupo de Iskrá durante todo el resto del congreso. Plejánov, Lenin y Mártov estaban encantados. El borrador de su programa había pasado. La estructura de partido que proponían se había aprobado. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia parecía salir unificado y reforzado de ese congreso.

De pronto los iskraístas se enzarzaron también en una disputa entre ellos mismos cuando Lenin y Mártov debatían la definición de un miembro del partido en el borrador de las reglas. Ambos apoyaban los principios del centralismo, la disciplina y la clandestinidad. Pero Lenin estipulaba que nadie podía unirse al partido sin haberse comprometido a trabajar activamente en él. Mártov lo veía como algo peligroso. La fórmula de Lenin, decía, crearía un partido de revolucionarios a tiempo completo, cuando lo que se requería era una organización que atrajera a miles de miembros de la clase obrera. Mártov pensaba que Lenin tendía hacia un autoritarismo inapropiado para un partido

marxista. Los seguidores de Lenin se llamaban a sí mismos «los duros», y se referían a los de Mártov como «los blandos».

Plejánov se sentía inclinado a apoyar a Lenin, incluso si decía en privado que en él veía algo de Robespierre[36]. La votación iba a ser muy reñida. Trotsky se sentía atraído a apoyar a Mártov. Lenin fue a hablar con él junto con Piotr Krasíkov para hacerle cambiar de opinión. Krasíkov no se contuvo al expresar sus críticas personales sobre los demás redactores de *Iskrá*. Incluso Lenin torció el gesto ante aquellos comentarios. Trotsky no quiso cambiar de opinión. Las tensiones entre los iskraístas empezaban a hacerse intolerables, de modo que se celebró una reunión aparte, fuera del congreso. El amigo de Trotsky Lev Deich le propuso como presidente: «Propongo que elijamos a nuestro benjamín». Creía de verdad que ambos bandos confiarían en Trotsky. La atmósfera estaba muy cargada, y Lenin salió de allí furioso y dando un portazo. Pero no cejó en su empeño de persuadir a Trotsky de alinearse con «los duros». Esta vez envió a su hermano menor Dmitri junto con Rozalia Zemliachka. Sin resultado. Trotsky había tomado su decisión: Lenin estaba en el lado equivocado, y había que oponerse a él[37]. Había escogido el bando vencedor. Los votos se inclinaron por veintiocho a veintitrés a favor de Mártov. El problema para él fue que en las votaciones para los organismos centrales del partido —el Comité Central y el consejo de redacción de *Iskrá*— quienes obtuvieron una posición dominante fueron Plejánov y Lenin.

Peor aún: una vez concluido el congreso, ni Lenin ni Mártov pensaron que su disputa hubiera acabado. Lenin resaltaría las diferencias refiriéndose a su grupo como «los mayoritarios» (o *bol'sheviki*) y al de Mártov como «los minoritarios» (o *men'sheviki*) en referencia a las recientes votaciones. Se comportaba como si sólo él tuviese derecho a hablar en nombre del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tal comportamiento podía llevar a una profunda escisión, y Trotsky se sentía deprimido[38]. Escribió a Natalia Sedova sobre el congreso. No había estado presente porque, a pesar de su inexperiencia, le habían encargado que fuera a San Petersburgo con la misión de expandir las ideas de *Iskrá* entre los trabajadores industriales. Se lo pasaba en grande empleando las técnicas del disfraz para una misión como ésa[39]. Pero de cualquier modo, ella entendía lo mal que se sentía su amigo por lo ocurrido en Londres. Para Trotsky, lo mismo que para todos los marxistas en Rusia, sólo existía una clase obrera y tenía que haber un único partido obrero unificado. Hacía a su antiguo patrón responsable

del intento de sabotear el sueño común.

8

Rompedor de ataduras

Los meses posteriores al II Congreso fueron muy tensos para sus protagonistas. Plejánov enseguida se arrepintió de haber apoyado a Lenin y se puso del lado de Mártov, con lo que el equilibrio en el liderazgo del partido se inclinaba a favor de los mencheviques. Entretanto, Trotsky estaba en pleno trabajo de redacción de su *Informe de la delegación siberiana*[1]. No era un trabajo que luego quisiera propagar, pues contenía invectivas contra los bolcheviques. Lenin y sus compañeros reaccionaron con orgullo, pero Trotsky rechazó sus acusaciones de injusticia, señalando que su informe estaba basado en citas de la doctrina y de la política bolcheviques[2]. Mártov sopesó la posibilidad de que entrara a formar parte del equipo de *Iskrá*[3]. En este período Trotsky, distante de Lenin, se acercaba cada vez más a Axelrod. Plejánov, sin embargo, puso dificultades planteando que permanecería con los mencheviques sólo si se mantenía a Trotsky fuera del consejo de redacción de *Iskrá*. Mártov accedió a la demanda, pero siguió aceptando los artículos de Trotsky para su publicación[4]. La esperanza era que Trotsky se contentara así con ese compromiso. Los mencheviques querían seguir beneficiándose de la brillantez de sus ataques a los bolcheviques. Un menchevique, M. S. Makadzyub, comentó que «nadie hacía comentarios tan agudos sobre Lenin»[5].

Luego Makadzyub repararía en «el orgullo y la felicidad en la cara [de Trotsky] y sintió que merecía estar tan contento.»[6] Durante un tiempo pareció que Trotsky había aceptado la situación entre los mencheviques, incluso cuando se organizó una petición en París para que Mártov se posicionara frente a Plejánov e incorporara a Trotsky en el consejo de redacción[7]. Sin embargo, no intentó ganarse la simpatía de los demás por el tratamiento que sufría a manos de Plejánov. Piotr Garvi lo recordaba así:

De algún modo siempre sabía cómo administrar el «pathos de la

> distancia» que líderes de mucho mayor calibre que Trotsky, como Axeldrod, Zasúlich o Mártov no establecían en su relación con los camaradas. El brillo frío de sus ojos desde detrás de sus anteojos; el timbre frío de su voz; la fría rectitud y agudeza de su oratoria, pues «hablaba como escribía», no a la manera ordinaria de una conversación, sino con fórmulas y pronunciamientos; y al final el exagerado cuidado de su apariencia externa, de la manera de vestir y de los gestos: todo esto tenía el efecto de intimidar a la gente e incluso de hacer que le rehuyeran[8].

Trotsky sabía que se había convertido en uno de los líderes reconocidos del partido[9].

La guerra entre Rusia y Japón estalló en febrero de 1904, y él se convirtió enseguida en un incómodo compañero para Mártov cuando provocó una controversia sobre el asunto en el seno de los marxistas. Nicolás II pensaba que sus fuerzas eran invencibles tanto en tierra como en mar. Se envió a la flota del mar Negro al otro lado del mundo para darle una paliza a un país de «orientales», al tiempo que el tren Transiberiano transportaba a tropas hacia el Lejano Oriente. Trotsky declaró que la guerra japonesa dañaba al interés nacional general, y no le molestaba que los compañeros marxistas le dijeran que debería concentrarse en los perjuicios que sufría la clase obrera. Para escándalo de muchos mencheviques, reclamó una «autocrítica marxista en lugar de la autocomplacencia “ortodoxa”»[10]. Trotsky saltaba enseguida en cuanto se trataba de las devociones del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. También arremetía contra los que llamaban a la insurrección pensando en la «dictadura revolucionaria», y en este caso tenía a los bolcheviques en el punto de mira. Arremetía contra las dos fracciones internas del partido, incluso con desprecio cuando urgía a su reunificación[11].

La guerra con Japón, según creía, había adelantado las perspectivas de revolución en Rusia. Su primer impulso fue volver y dirigir la agitación clandestina. Primero dejó Suiza y se desplazó a Karlsruhe, en donde volvió a operar bajo el alias de Lvov. Fiódor Dan escribió a Axelrod desde Ginebra implorándole que escribiera a Trotsky y «calmara sus fantasías». Los mencheviques querían que Trotsky cumpliera con el compromiso de escribir artículos para ellos[12]. De hecho, el mismo Trotsky había cambiado de opinión

sobre correr hacia Rusia: nunca sería alguien que dejara a los demás pensar por él. En lugar de eso permaneció en Europa central, en donde continuó creando controversias entre la dirección del partido. Siempre tenía que escribir lo que se le pasaba por la cabeza. Plejánov no se esforzó en superar la antipatía que sentía por él y pedía que se le mantuviera fuera del consejo de redacción. Amenazaba con dimitir si los demás miembros rechazaban su propuesta[13]. Mártov y Axelrod esperaban que Trotsky se diera cuenta de lo difícil que era la situación para ellos y evitara armar un escándalo. Apenas había confirmado su importancia en el partido y su estatus empezaba ya a peligrar. De cualquier modo estaba harto de los mencheviques, y exigía más estrategia revolucionaria de la que adoptaban. De modo que escribió una carta abierta para expresar sus preocupaciones[14]. Los reparos mencheviques a lidiar con su talento práctico hicieron que el conflicto no fuera a más[15].

En verano de 1904 Trotsky se mudó a Múnich[16]. Odiaba todas las peleas que se organizaban en torno a las fracciones y entabló amistad con un activo marxista *émigré* radicado en la capital bávara. Se trataba de Alexander Helphand, a quien se solía conocer por su pseudónimo Parvus. Era doce años mayor que Trotsky y había pasado algunos años de exilio en la provincia de Arkangelsk antes de encontrar refugio en Alemania y doctorarse en Filosofía. Enseguida se adscribió al Partido Socialdemócrata de Alemania y ayudó a montar el ataque contra los intentos de Eduard Bernstein para apartar el marxismo de las doctrinas revolucionarias y atraerlo hacia las del cambio político pacífico. Parvus se convirtió en un famoso «antirrevisionista». Aunque su interés por Rusia no había decaído, descartaba la idea de unirse a bolcheviques o mencheviques. Su estrategia política era única en el marxismo ruso. No tenía tiempo para las clases medias: según su idea, sólo los trabajadores serían capaces de conducir la lucha revolucionaria contra la monarquía de los Románov[17]. En realidad, Parvus reivindicaba que un «gobierno obrero» tendría que establecerse tan pronto como fuera derrocado Nicolás II. Trotsky pensó que todo eso era muy atractivo, y Parvus se convirtió en su mentor intelectual, como la Ojranka constató con cierto desazón[18]. Si Trotsky estaba inmerso en las disputas internas del menchevismo, ayudaba a dividir el partido e inadvertidamente trabajaba para la policía. La Ojranka tenía un gran interés en fomentar las fracciones. En cambio, si Trotsky se aliaba con Parvus pasaba a concentrarse en cómo llevar adelante una revolución violenta contra el poder

imperial.

Como deseaba la independencia política de *Iskrá*, decidió emprender su propia operación editora. Decidió sondear a su padre para que le ayudara con la financiación. Era un asunto delicado, y Trotsky hablaba de invitarle «para ponerle al corriente del esquema». Iba a hacer falta recuperar la confianza entre ellos. Trotsky pensaba en pedirle cuatro o cinco mil dólares del campo que pensaba heredar en el futuro. Había una gran diferencia con lo ocurrido seis años antes, cuando había roto con él, como si renunciara al apoyo paterno para siempre. Trotsky envió una carta para comprobar el estado de ánimo en Yanovka. Por desgracia, de momento no contamos con evidencias que nos indiquen cuál fue la reacción de David Bronstein, pero sí sabemos, como hemos visto, que su hijo recibía de vez en cuando su dinero desde que había partido de Siberia[19].

Trotsky trató el tema de la organización del partido en un panfleto titulado *Nuestras tareas políticas*, publicado en ruso por la prensa del partido en Ginebra. Firmó como «N. Trotsky» y dedicaba la obra a su «querido maestro Pavel Borisovich Axelrod». Éste era el único signo de modestia: los escritos de Axelrod tuvieron escasa influencia sobre el contenido. Trotsky se refería a sí mismo y a sus amigos como «representantes de “la minoría”». Sin embargo, se identificaba de alguna manera como un menchevique (lo que pronto se convertiría en un problema)[20]. No se preocupaba de discutir con los compañeros mencheviques, y no se hacía referencia a Mártov. También se hacía difícil encontrar menciones a cualquier bolchevique. La única gran excepción era Lenin: Trotsky se proponía probar que la influencia del líder bolchevique estaba disminuyendo y que su posición se iba haciendo «desesperada». El prefacio llevaba la fecha del 24 de agosto de 1904[21]. Esto era importante, porque Trotsky trataba de dar a entender que la «atmósfera de pesadilla» reinante desde hacía un año en el partido había llegado a su fin. La socialdemocracia rusa resurgía al tiempo que los camaradas abandonaban sus continuas contiendas. Y, sin embargo, Trotsky contradecía esta confianza sugiriendo que las ideas y la actividad de Lenin seguían siendo un peligroso estorbo. La autocracia de los Románov intentaba encontrar una salida a sus problemas con la guerra de Japón. La situación política rusa era inestable. De este modo, en lugar de debatir cuestiones de organización interna, el partido debería estar estudiando «la ciencia de los levantamientos»[22].

Lenin, según Trotsky, había olvidado la necesidad que tenían los marxistas de promover «la actividad independiente del proletariado». Una concentración obsesiva en el centralismo y en la disciplina era dañina. Trotsky, dejando a un lado su admiración inicial por *¿Qué hacer?*, sugería que Lenin estaba demasiado preocupado por el papel del diario. Creer que podía alcanzarse una estructura jerárquica perfecta era una necedad. Alexander Parvus había objetado con razón que los objetivos socialistas no se alcanzarían nunca si los marxistas sólo dedicaban su atención a eliminar a los elementos subversivos. El leninismo era poco práctico, ni más ni menos: el auténtico énfasis había que ponerlo en las amplias iniciativas revolucionarias. Las huelgas y las manifestaciones tenían que fomentarse sin ceñirse a ningún aprioriosmo[23].

Trotsky ponía un ejemplo claro: «Un régimen de cuarteles no puede ser el régimen de nuestro partido, de la misma manera que la fábrica no puede ser su modelo.»[24] Lenin había actuado como si todo el partido fuera sólo «la agencia técnica adjunta a un periódico»[25]. Eso no podía funcionar. Un exceso de preocupación por los intelectuales revolucionarios le había conducido a ese desastre. Cuando afirmaba que era en cierto modo un nuevo jacobino demostraba una mala interpretación de la historia de la Revolución francesa. Maximilien Robespierre había incurrido en todos los errores antes de conseguir poder optar a una visión política sana, tal como evidenciaba en esta declaración suya: «Sólo conozco dos partidos, el de los buenos y el de los malos ciudadanos». Para Trotsky esto constituía una prueba de intolerancia absurda, y veía los mismos rasgos en «Maximilien Lenin». Trotsky sugería que si Karl Marx hubiera vivido en la Francia de Robespierre, le habrían separado la cabeza de los hombros en la guillotina[26]. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia necesitaba evitar cualquier sospecha de jacobinismo. Ciertamente, no tenía que implicarse en sembrar el «terror teórico» en la intelectualidad[27]. En esencia tendría que dedicarse a ayudar en la preparación de los trabajadores de manera que pudieran establecer su propia dictadura. Ésa era en verdad la labor de los marxistas de todo el mundo.

Lo que Lenin proponía era «sustitucionismo político». Con los bolcheviques no iba a haber dictadura del proletariado, sino «dictadura sobre el proletariado». El partido suplantaría por sí mismo a los obreros, la dirección central al partido, y el líder a la dirección central. En lugar del «socialismo proletario» los seguidores de Lenin implantarían un mero jacobinismo. Los panfletos de los

grupos bolcheviques de Ufa, Perm y de los Urales medios le servían de prueba en sus afirmaciones, y recalcaba la reacción de Lenin: «Permanece en silencio.»[28] Lenin con su «fetichismo organizativo» conduciría a una falta de confianza en la clase obrera. Los marxistas buscarían en otro lugar para realizar sus aspiraciones. Unos iban a convertirse en meros reformistas, y otros se inclinarían por el anarquismo[29].

Esta brillante exposición era profética en muchos sentidos. La Revolución de Octubre iba a poner a los bolcheviques en el poder, y al poco de formar gobierno dejaron de prestar oídos a la opinión general después de que millones de trabajadores se volvieran contra ellos. El «proletariado» nunca tuvo la oportunidad de decidir siquiera el tamaño de sus raciones de comida, y mucho menos quién iba a gobernar. Pero en 1904 Trotsky no quería hacer ese tipo de «profecía». Su denuncia se refería a los acontecimientos de esos días, no al futuro distante. Sobreestimaba la capacidad del partido para erradicar la proliferación de fracciones. Al ridiculizar al líder bolchevique como dictador potencial, entrecomillaba la palabra para recalcar que no se trataba de una posibilidad realista. En los siguientes doce años los bolcheviques desbarataron repetidamente los esfuerzos para unificar el partido, excepto cuando, durante un breve espacio de tiempo, pudiera convenir a sus intereses de fracción. Trotsky aprendería poco a poco que las teorías y prácticas bolcheviques tenían fuerza por ellas mismas. Incluso sin el liderazgo de Lenin, entre los bolcheviques abundaban los irreconciliables que podían causar escisiones, y en verdad los problemas habrían podido empeorar de no haber insistido Lenin en las ventajas que tenía su alianza con los mencheviques por razones tácticas. Pero Trotsky mantenía su optimismo. Continuó creyendo que las escisiones en el partido quedarían descartadas por la misma presión de los acontecimientos revolucionarios.

De cualquier modo, Trotsky se ganó con sus ataques a Lenin la admiración de los adversarios del bolchevismo. Mártov le ofreció un papel más relevante en *Iskrá* como escritor y editor y le prometió un cargo como responsable en la edición de panfletos del partido. También propuso preparar una «periódico popular» bajo la dirección editorial de Trotsky[30]. La respuesta de Trotsky fue cautelosa, y consintió sólo en un modesto nivel de cooperación con la dirección menchevique. Sabía que no podría aceptar una carga como ésa. Odiaba ser impuntual en la entrega de sus trabajos, y no podía tolerar el caos, como también

le ocurría a Mártov.

El varapalo al bolchevismo era considerable, pero los mencheviques no salían indemnes. Para él era un artículo de fe que el «proletariado» tenía que dirigir la lucha revolucionaria y que nunca podría confiarse en la «burguesía» como aliada. Los mencheviques, en cambio, querían evitar las ofensas a la clase media: esperaban que los liberales participaran de forma activa en una campaña conjunta contra la autocracia. Trotsky menospreciaba a los industriales, banqueros y granjeros como apoyos para el *statu quo*. Puestos ante el dilema de escoger entre la revolución popular y sus propios intereses financieros al final siempre se inclinarían por apoyar a la dinastía de los Románov. Los liberales se iban implicando contra la monarquía, y al año siguiente formarían el Partido Democrático Constitucional (o kadetes). Trotsky predijo que siempre cederían a la presión gubernamental. El «proletariado» tendría que arreglárselas solo. Para transformar la sociedad tenía que dirigir con particular empeño a cada uno de los grupos sociales. Ninguna otra clase podía hacerlo. Los trabajadores serían la salvación de Rusia, y luego la del resto del mundo. Trotsky se hizo famoso por cómo denigraba a los liberales rusos. Los mencheviques querían ganárselos, pero Trotsky les provocaba. Repudiaba cualquier alianza táctica con los kadetes. Para Trotsky eran la escoria de la vida pública. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se haría un favor a sí mismo si repudiaba los compromisos con ellos.

Trotsky emergía como un portavoz de los marxistas posicionados entre las dos fracciones, tal como se había dado en el II Congreso del partido[31]. Pero aunque la gente reconocía su derecho a expresar sus creencias, a menudo se le criticaba el comportamiento personal. Daba la impresión de ser arrogante e insensible. Alexandr Bogdánov, colíder de la fracción bolchevique *émigré*, escribió a Nadezhna Krupskaya, la mujer de Lenin, sobre un encuentro que había tenido con él: «Trotsky vino a verme. No me gusta en absoluto: es de lo menos amigable.»[32] Lo que da más peso a la afirmación de Bogdánov es que no se trataba en absoluto de una persona crítica con los demás camaradas. Mártov pinchaba a Trotsky llamándole diletante. Trotsky respondía que Mártov siempre cambiaba de opinión, a menudo bajo la presión de su cuñado Fiódor Dan, al que también se conocía como «pequeño Lenin» de los mencheviques. La disputa se hizo más agria cuando Mártov impidió la publicación de los artículos de Trotsky. Parecía evidente que éste era el precio (o el «tributo», tal como lo veía Trotsky) exigido por Plejanov a cambio de su propia cooperación en *Iskrá*. Trotsky acusó

entonces a Mártov de ser un director de redacción cobarde y falso[33]. Toda la carrera de Trotsky estaba en la balanza. Se había peleado con Lenin, y luego había hecho lo mismo con Mártov y con Dan. Y aunque podía mantenerse a flote por su amistad con Parvus, su nuevo mentor no era alguien que garantizara una existencia tranquila.

Natalia Sedova, que volvía de Rusia en octubre de 1904, contribuyó a la calma de Trotsky. Se las arregló para estar esperándola a pie de tren en Berlín. Y entre sus primeras palabras, la expresión del deseo de «no volver a separarnos jamás». Eran dos enamorados. Pasaron un mes en la capital alemana, en donde la presentó a los dirigentes socialdemócratas alemanes con los que había entablado relación, como Karl Kautsky, Clara Zetkin, Rosa Luxemburg y August Bebel. Se trasladaron a Ginebra como pareja para siempre[34].

El matrimonio con Alexandra Bronstein se había acabado. En sus memorias Trotsky alega que «apenas podía mantener una correspondencia con ella desde el extranjero»[35]. Eso era inventarse una excusa. El hecho era que intercambió cartas con Alexandra, pero que la había dejado por otra. De entonces en adelante Natalia fue su mujer —su segunda mujer— en todos los aspectos, menos en los legales. Alexandra lo aceptó lo mejor que pudo. Aceptaba que él hubiera encontrado una pareja permanente con quien deseaba vivir. Ella se había ocupado de las niñas desde que él se había ido de Siberia. En cuanto cumplió la condena en el exilio rehusó seguir con ese trato. Ella y Trotsky llegaron a un acuerdo según el cual la hija pequeña, Nina, se quedaría con ella, mientras que la mayor, Zina, se desplazaría a la provincia de Jersón para que la criara la hermana de Trotsky, Yelizaveta. Zina se adentraría así en un ambiente «intelectual, burgués-provinciano», según la descripción algo desafortunada de Natalia. Yelizaveta estaba casada con Naum Meilman, quien era médico además de músico aficionado. En el matrimonio también se albergaba cierta hostilidad hacia el orden zarista, pero no eran activos en este sentido[36]. (Por mucho que esto no impidiera a la policía hacer un registro de su casa en Jersón en 1906.)[37]

Natalia también provenía de Ucrania, y siempre retuvo más «acento del sur», como decía la gente de la capital rusa, que el propio Trotsky[38]. Su familia había poseído una granja en Yasinovka, en la provincia de Poltava, y su padre, de estirpe cosaca, era director de una fábrica propiedad de la familia. Natalia tenía tres hermanos y dos hermanas[39]. Había vivido en la granja sólo en su primera infancia, pero el paisaje campestre de Yasinovka no le había abandonado nunca:

sus altos álamos piramidales, que recordaría a la vista de las torres perforadoras de petróleo en Bakú; los sauces de sus riberas, cubiertos de un polvo amarillo-verdoso, y el zumbar de miles de abejas; sus tiernas rosas, sus encendidas lilas[40]. Natalia había nacido en el seno de esa pequeña nobleza. Eran amigos con la familia del famoso poeta antizarista Taras Chevchenko[41]. Al final los Sedov venderían sus fincas, como muchos hicieron tras el Edicto de Emancipación de 1861 que liberaba a los campesinos de vínculos personales con los terratenientes, y se mudaron a la ciudad más cercana, Rommy en su caso, en donde nació Natalia el 5 de abril de 1882. Los Sedov llevaban una vida apacible. Pero el padre murió de un ataque al corazón cuando ella no tenía más que siete años, y la traumatizada madre murió unos cuantos meses después. A Natalia la criaron su abuela y una tía.

Sus familiares la enviaron interna a Jarkov para la enseñanza secundaria. Los profesores eran progresistas para la norma imperante en aquellos tiempos, y uno de ellos habló del movimiento revolucionario con ella[42]. No tardaría en hacer colectas a favor de los prisioneros políticos y en leer obras prohibidas. Una de las mismas tías de Natalia había sido revolucionaria y le habían condenado a pasar un período de exilio en Siberia. (Natalia supo por ella de la existencia de Lev Deich, el famoso evasor y revolucionario que luego se convertiría en amigo de la familia de Natalia y Trotsky)[43]. Sacaba buenas notas, aunque según la dirección de la escuela considerara que su comportamiento era frívolo. En cuanto cumplió dieciséis años le complació dejar a un lado el uniforme y matricularse en los «cursos superiores para mujeres» en Moscú. Le encantaba visitar los teatros, los museos y las salas de concierto[44]. Luego viajó a Suiza, en donde se unió a los grupos marxistas de Ginebra y le entregaron material clandestino para que lo pasara a Poltava. No se hizo a la vida suiza, que le recordaba demasiado a la del internado. París sí se adaptaba a sus gustos, en donde se introdujo en el círculo de *Iskrá*. Siempre con el apoyo monetario de su abuela, estudió tanto en la Sorbona como en la Escuela Rusa de Altos Estudios Sociales. Y fue en París en donde conoció a Trotsky y su vida se vio arrastrada a la vorágine de la carrera de éste[45].

Se acercaba el invierno de 1904-1905, y las novedades que ella traía de su viaje a Rusia eran prometedoras desde el punto de vista político. La militancia en las fábricas se incrementaba, y en varias provincias se palpaba la agitación entre el campesinado. Los liberales se lanzaban a una campaña contra el gobierno. En

los campos polacos se desafiaba a San Petersburgo. La guerra con Japón iba mal para los rusos, y se cuestionaba la competencia militar y política. La guarnición rusa de Port Arthur estaba sitiada. Serias amenazas empezaron a asediar el trono de Nicolás II y su dinastía.

En diciembre de 1904 apareció en el *Sotsial-demokrat* («Socialdemócrata») publicado en Ginebra un artículo de Trotsky. Escribía sobre las manifestaciones callejeras en Varsovia y Radom y sobre la huelga general en Bakú. Predecía una campaña de «venganza bestial» por parte del gobierno del Imperio y sospechaba que podían convertir a los judíos en chivos expiatorios. Era de esperar un resurgir del «remedio Kishiniov». (Kishiniov era el lugar en donde se habían dado las peores atrocidades contra los judíos en abril de 1903). Las noticias de Extremo Oriente eran siempre desastrosas, y Trotsky sentía que la situación podía acabar escapando del control de las autoridades. Le preocupaba que los revolucionarios pudieran verse tentados a negociar con el gobierno. Eso sería como «firmar la sentencia de muerte del pueblo ruso que ya había ofrecido tantas víctimas en la lucha por la libertad»[46]. Al mismo tiempo advertía también contra las frases abstractas que «llamaran a la insurrección»; implícitamente incluso criticaba la preocupación de Lenin por la «dictadura revolucionaria». Su artículo era una sinopsis de informes periodísticos. Olvidaba uno de los fenómenos más peligrosos para la estabilidad de Rusia. Era el sindicato industrial dirigido por un sacerdote de la Iglesia ortodoxa, el padre Gueorgi Gapon, y estaba basado en San Petersburgo. Sus miembros eran pacíficos, y gozaba de reconocimiento legal. Sin embargo, iba a organizar algo sin precedentes: una procesión al Palacio de Invierno el 9 de enero de 1905 con objeto de presentarle una petición a Nicolás II para que promulgara los derechos civiles universales. Gapon estaba a punto de activar una erupción revolucionaria.

A pesar de haber subestimado la importancia de Gapon, Trotsky estaba en mejor disposición que sus compañeros de la estructura directiva del partido para obtener ventaja de los acontecimientos que siguieron. Sus intuiciones le hacían apropiado para papeles que iban a ganar importancia. Podía escribir y hablar con fluidez. Era osado como nadie, confiaba en sí mismo y planeaba convertirse en un orador para la revolución. Al mismo tiempo, como colega resultaba pesado. Le gustaba reventar las ataduras de la disciplina de partido. Amaba la compañía de quienes apreciaban su vivacidad intelectual. Salvaguardaba como un tesoro su independencia personal. Era rápido e impredecible. Trotsky ya era Trotsky.

9

El año 1905

Los disturbios convulsionaron el Imperio ruso el 9 de enero de 1905 después de que las tropas en el exterior del Palacio de Invierno de San Petersburgo dispararan sobre la procesión desarmada de obreros y de sus familias con sus mejores ropas de domingo. Aquella masacre de centenares de inocentes fue motivo de indignación popular. En la capital se organizaron huelgas, a las que pronto siguieron otras en fábricas y minas de todo el país. Se despertó la preocupación sobre la obediencia de los soldados cuya misión era garantizar el orden. La vulnerabilidad del orden político imperial se veía reforzada por los reveses en la guerra contra Japón, que habían ido repitiéndose desde el año anterior. Hasta entonces, tanto liberales como conservadores se habían mostrado suspicaces con los trabajadores rebeldes. Pero los sucesos de aquel domingo sangriento cambiaron esta tendencia, y se pidió a Nicolás II que garantizara unas reformas fundamentales.

Trotsky había pasado en blanco la noche del 9 al 10 de enero a bordo de un tren que se dirigía a Ginebra y tras un viaje dedicado a los discursos en otras ciudades suizas. Llegó tan pronto por la mañana que el chico de los periódicos sólo tenía la prensa del día anterior, y por tanto el artículo sobre Rusia sólo se refería a la manifestación de San Petersburgo en futuro. Trotsky asumió que no había tenido lugar. Sólo descubrió la verdad al acudir a la oficina de *Iskrá* en la ciudad. Para entonces la colonia revolucionaria rusa en Ginebra ya sabía del domingo sangriento y de la reacción popular. Apenas podían creerlo: eso que tanto habían ansiado, eso que habían predicho durante tantos años parecía estar sucediendo al fin: la monarquía y sus partidarios se batían en una retirada política. Los *émigrés* siempre recordarían lo que estaban haciendo cuando las noticias llegaron a Suiza. La reacción de Trotsky fue la más dramática de todas. La novedades llegaron en el transcurso de una reunión del consejo de redacción de *Iskrá*, y el efecto en él fue instantáneo: tuvo uno de sus desvanecimientos[1]. Esta afección hereditaria, según él creía, era más susceptible de darle problemas

cuando se sentía enfermo o cansado. En sus arremetidas contra el zarismo, contra el bolchevismo y el capitalismo mundial, había vivido con gran acaloramiento. Tanta pasión quizá fuera excesiva.

En Rusia amanecía una nueva era. Revolucionarios de todas clases —socialistas-revolucionarios, mencheviques y bolcheviques— se reunieron en el distrito ginebrino de la rue Carouge. Pensaban que tal vez podrían volver a casa pronto. Pocos lo hicieron. Sus nombres constaban en las listas de la policía. Las autoridades se las ingeniaron para controlar como pudieron el tumulto de San Petersburgo, pero sabían muy bien que el desorden podía repetirse en cualquier momento. Las brasas del domingo sangriento no se habían apagado.

Nicolás II reconocía el poder de la indignación popular. El gobierno imperial vivía bajo la amenaza. La guerra contra Japón era un desastre. Las fuerzas armadas rusas se habían visto forzadas a retroceder a Mukden, y Port Arthur había sido tomado por el ejército y la armada japoneses una semana antes de aquel infausto domingo. Los éxitos militares eran cruciales para el prestigio de los Románov. Todos los segmentos sociales habían reaccionado con furia al tratamiento brutal de la protesta del 9 de enero. Se hicieron esfuerzos oficiales para consultar a los trabajadores de la capital sobre sus agravios, pero la masacre había dejado una marca profunda en la conciencia de todos. Las áreas urbanas se agitaban. Proliferaban las huelgas. Los sindicatos, y también los ilegales, se hicieron más fuertes. En mayo de 1905 se eligió un sóviet, o consejo, de trabajadores en Ivanovo-Voznesensk que enseguida hizo demandas a los dueños de la fábrica textil local y que afirmó su influencia en los alrededores. Hasta el momento el campesinado seguía en calma, pero los terratenientes vivían con la preocupación de que los problemas pudieran transmitirse a los campos. La actividad antigubernamental se intensificaba en Finlandia, en Georgia y en las tierras polacas controladas desde San Petersburgo. Grupos clandestinos de todas clases reunían a nuevos militantes, publicaban periódicos y panfletos y explicaban sus planes de cambio político. Hasta los liberales moderados llamaban a la acción[2].

Trotsky sentía desde hacía tiempo que disponía de un potencial personal para la política de masas, tal y como le había indicado dos años antes a su mujer Alexandra. Mostraba una gran imprudencia ante los riesgos que entrañaba volver de incógnito. En las listas de la policía se disponía su arresto inmediato, y la prominencia que tenía en las políticas de emigración no hacía más que aumentar

el riesgo, pero a él no le importaba. Mientras casi todo el resto de líderes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se demoraba, Trotsky dispuso su viaje. No comentó su decisión con nadie: no era su estilo. Pero quizá se preguntó por qué tan pocas figuras prominentes seguían su ejemplo. El autosacrificio estaba en la tradición revolucionaria rusa. La seguridad individual tenía que subordinarse a la causa. La Rusia imperial se desmoronaba. Trotsky sentía que tenía que unir los esfuerzos de los obreros en huelga para enfrentarse a la monarquía, a los generales, a los policías y patronos. El hecho de que fuera un dirigente del partido no hacía las cosas diferentes. El compromiso revolucionario implícito en su manera de pensar implicaba inevitablemente riesgos. El aislamiento en Suiza, Francia o Gran Bretaña ya no era una opción tolerable. El deber revolucionario le llamaba a la acción.

Él y Natalia pusieron rumbo a Viena, en donde Victor Adler, el dirigente marxista austriaco, ayudaba a los *émigrés* a obtener dinero y pasaportes. El aspecto llamativo de Trotsky era un problema, así que Adler arregló una cita con el peluquero para cambiar su aspecto. Natalia se adelantó entonces hacia Ucrania para buscar un sitio en el que vivir. Era la manera más fácil de cruzar la frontera sin tener que sufrir demasiado por posibles arrestos. Una vez que encontró un lugar en Kiev, Trotsky la siguió, con la identidad adoptada del cabo retirado Arbuzov. A todas éstas sólo corría el mes de febrero. Trotsky y su compañera querían hacer un buen papel en la política revolucionaria[3].

Alrededor de un mes más tarde se mudaron a San Petersburgo, en donde Natalia actuó como propagandista en círculos de trabajadores empleados en la gran fábrica de tuberías de la isla de Vasilevski[4]. Tenía que ser más precavida incluso que cuando actuaba por su cuenta. Tal como habían acordado ambos, la seguridad de Trotsky era primordial: él era un líder del partido, y ella sólo una militante de base. Trotsky operaba por aquel entonces bajo un nuevo pseudónimo, Piotr Petrovich. Cualquier error por parte de Natalia podía llevar a la policía tras sus pasos, y no les habría costado demasiado averiguar su identidad real. Cuidadosa como era con sus técnicas «conspirativas», todo fue bien hasta mayo. Natalia aguardaba para celebrar una reunión de revolucionarios en los bosques de los alrededores de la ciudad cuando llegaron las autoridades, alertadas por un informante. Ella y otros fueron detenidos, pero por suerte para Trotsky no se reveló el vínculo que les unía. La condenaron a seis meses en la casa de detención preventiva[5]. Según explica, la trataron bastante bien, e

incluso se podía permitir un baño diario. Se puso a limpiar su propia celda con la ayuda de una reclusa por causas comunes. Siempre se mostró escrupulosa a la hora de mantener la limpieza a su alrededor[6]. La liberaron antes de que cumpliera la sentencia con la condición de que permaneciera en Tver, a unos ciento cincuenta kilómetros al noreste de la capital en línea recta, bajo supervisión policial constante.

Por razones de seguridad Trotsky no podía verla. Estaban deteniendo a muchos de sus camaradas y la Ojranka intensificaba su actividad. Como sentía el peligro, a mediados de verano se fue y vivió de incógnito en la ciudad finlandesa de Rauha. Finlandia disfrutaba de un cierto grado de autonomía respecto a San Petersburgo, y su policía se había hecho famosa por resistirse a localizar a revolucionarios huidos[7].

Trotsky fue de los primeros en presentar una estrategia clara. *Iskrá*, en su número del 3 de marzo de 1905, publicaba una «carta política» escrita por él en la que se llamaba a «un levantamiento de todo el pueblo» que llevaría a la formación de un gobierno provisional y luego a una asamblea constituyente[8]. Quince días después lo detallaría mejor. La revolución no podía ser algo que simplemente se desatara, sino que requería de organización y planificación. Los mencheviques, establecía, se equivocaban al rechazar las ideas de Parvus sobre el «gobierno obrero». Parvus negaba que el sufragio universal fuera un fin en sí mismo, puesto que la clase media siempre iba a encontrar la manera de manipular el sistema electoral. La libertad no había que mendigarla: había que ganarla. La burocracia y el funcionariado tenían que eliminarse[9]. Lo que se necesitaba, de hecho, no era sólo la sublevación que buscaban los bolcheviques, sino el compromiso a una lucha para «hacer la revolución permanente»[10]. Trotsky retomaba la última versión de la estrategia de Parvus, recalcando que el Comité Central tenía que ordenar a cada uno de sus comités locales que establecieran un «órgano militar». Los hechos turbulentos estaban impulsando al proletariado a una posición de «hegemonía» y el partido tenía que estar preparado para sacar el máximo rendimiento de la situación.

Reconocía que el «gobierno obrero» proyectado estaría falto de la «base social propia de una democracia jacobina independiente». Con esto parece indicar que los jacobinos de la Revolución francesa fueron capaces de convocar el apoyo de amplias capas de las clases bajas de todo el país. La clase obrera de Rusia, en cambio, todavía era demasiado pequeña para semejante propósito.

Muy bien, concluía Trotsky, los marxistas de Rusia tenían que luchar por establecer una dictadura de la élite revolucionaria, y sería una dictadura dirigida por el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia[11].

Trotsky no decía gran cosa sobre el terror. ¿Qué habría pasado si su «gobierno obrero» hubiese existido en realidad? Décadas después recordaría cuál era su actitud básica: «Nosotros también éramos partidarios del terror, pero del terror de masas realizado por la clase revolucionaria.»[12] Al exponer sus argumentos no se distrae con exégesis de Marx y Engels. Mientras que Lenin nombraba a los fundadores del marxismo a los cuatro vientos, Trotsky se concentraba en sus propios argumentos intrínsecos. Insistía en que los marxistas podían sacar lecciones del pasado, en especial de la Revolución francesa. Torcía el gesto cuando se sugería que Parvus y él propagaban ideas que no tenían nada que ver con la socialdemocracia europea. Recalcaba que el Partido Socialdemócrata de Alemania aspiraba a «la conquista del poder del Estado por el proletariado» y a una «dictadura de clase». A ojos de Trotsky, no tenía que caerse en el fetichismo de la utilización única de métodos legales. Y el pueblo tampoco podía esperar que el período de transformación revolucionaria fuera breve. Ante el partido se extendía toda una época de construcción del socialismo. Los marxistas de Rusia tenían que comprometerse a la «cualidad de permanente de la revolución»[13].

Los bolcheviques mantuvieron su propio congreso por separado entre abril y mayo en Londres para optar por una estrategia. La dirección menchevique siempre estaba en consultas sobre la política a seguir. De hecho, la fracción bolchevique, a instancias de Lenin, se desplazaba hacia una opción estratégica cercana a la posición de Parvus-Trotsky. Lenin reivindicaba un proceso revolucionario en dos etapas. La primera tendría el propósito de introducir la democracia electoral y el desarrollo económico capitalista, tal como Plejánov lo había proyectado siempre. Pero Lenin sostenía que esto sólo podía ocurrir si se establecía «una dictadura provisional democrática del proletariado y del campesinado». No confiaba en las clases medias para que participaran en modo alguno en el liderazgo político de Rusia. Muchos ya notaron en esos días lo cerca que esta teoría estaba del trotskismo. Las diferencias sólo pueden dilucidarse con un microscopio ideológico. Mientras que Trotsky pedía una transformación revolucionaria de una única etapa, Lenin reclamaba dos… Y en este sentido podía insistir en que permanecía fiel a la ortodoxia marxista rusa.

Otra diferencia radicaba en el papel del campesinado. Trotsky mencionaba que la reforma agraria iba a ser esencial para la efectividad del «gobierno obrero». Lenin quería una mayor influencia de los campesinos y proponía que los partidos con apoyo electoral de éstos se incluyeran en la coalición de gobierno.

Durante el largo verano de 1905 aumentaron las dificultades para la monarquía de los Románov. Los conflictos industriales eran frecuentes. Los disturbios en las fuerzas armadas se sucedían. Las provincias se hacían casi ingobernables en Polonia, Georgia y el norte del Cáucaso. A principios de octubre se iba a iniciar una huelga general. Los trabajadores de las fábricas y los intelectuales radicales de San Petersburgo eligieron un organismo que iba a darse a conocer como Consejo (o Sóviet) de Diputados de los Trabajadores. Sus funciones se ampliaron enseguida mucho más allá, desde la negociación de sueldos hasta aspiraciones básicas de autogobierno popular. El 17 de octubre, aconsejado por el conde Witte, quien como ministro de Finanzas en la década de 1890 había instigado el rápido crecimiento industrial del Imperio, Nicolás II cedió y promulgó un manifiesto en el que se garantizaba un abanico de libertades cívicas y en el que también se prometía la celebración de elecciones parlamentarias para una Duma estatal.

Esta concesión alegró a los revolucionarios, pero también les horrorizó. Se sucedían las evidencias de que amplios sectores de la opinión pública deseaban otorgar el beneficio de la duda al emperador. Trotsky estaba entre los que creían que el derrocamiento de la monarquía y la revolución tenían que seguir siendo el objetivo:

> El 18 de octubre, un día después de la publicación del manifiesto, varios miles de personas permanecían frente a la Universidad de San Petersburgo, excitadas por la lucha y embriagadas por la alegría de su primera victoria. Desde el balcón les grité que una media victoria era poco fiable, que el enemigo era irreconciliable, que el camino estaba sembrado de trampas; rompí el manifiesto en pedazos y los lancé al viento[14].

Desde el punto de vista de Trotsky, lo peor que podía pasar era que los trabajadores renunciaran a sus demandas políticas de derrocamiento de la dinastía. Durante un tiempo residió en Finlandia. Al final permitieron que

Natalia volviera a San Petersburgo, y allí estableció contacto con él. Viajó hacia el norte para encontrare con él y pasar un par de días en Vyborg, a tan sólo cien kilómetros de la capital rusa[15]. Entretanto el fervor revolucionario se intensificaba. Trotsky decidió arriesgarse y emprender abiertamente la actividad política volviendo a San Petersburgo. A Natalia le hubiera gustado hacer lo mismo, pero su salud no era muy buena en esos días[16]. Trotsky quería consagrar sus esfuerzos al Sóviet de Petersburgo, en donde operó bajo el nombre de Yanovski.

El presidente electo del Sóviet era el abogado Gueorgi Nosar-Jrustaliov. No pertenecía a ningún partido y estaba encantado con su cargo. Con su cabello repeinado y su cuello alto, estaba lejos de parecer un elemento subversivo y peligroso[17]. Permaneció en su puesto hasta que le detuvieron el 26 de octubre. Los críticos de Trotsky le observaban de cerca y le consideraban demasiado ansioso para ocupar el cargo que Jrustaliov había dejado vacante[18]. De hecho, él mismo exageraría después sobre la gran influencia que ejercía. La cooperación entre mencheviques y bolcheviques en el Sóviet no fue tan mala como pretendía Trotsky, y parecería que sólo cabía atribuir a su iniciativa personal unas cuantas decisiones[19]. Sin embargo, los críticos —la mayoría de ellos adscritos a fracciones del Partido Obrero Socialdemócrata— solían reconocer que estuvo a la altura de las exigencias. Todos ellos habían hablado interminablemente de «política de masas», pero Trotsky había sido el único que había actuado. Se había consagrado como orador. Sin apenas esfuerzo era capaz de conmover a quienes le escuchaban. No tenía ninguna dificultad en estimular a la gente. Era valiente. En lugar de esconderse, retó a las autoridades a que se atrevieran a cerrar el Sóviet. Ningún dirigente de su partido se lanzó al peligro como lo hizo Trotsky. Si le acusaban de ambicionar la popularidad se molestaba, y era normal: ¿cómo pensaban si no que podían hacerse las revoluciones?

Otros *émigrés* revolucionarios tuvieron prisa por volver a Rusia en cuanto leyeron el manifiesto de octubre. Su contenido implicaba que por fin quedaba garantizada su seguridad personal. Y así volvieron Lenin, Mártov y Chernov. Alguna de las precauciones habituales seguía haciéndose necesaria, de modo que los «emigrantes» viajaron con pasaportes falsos. Ponían cuidado al escoger los lugares en que pasar la noche, y en elegir a quienes pudieran saberlo. El destino común era San Petersburgo. Lenin, con los dientes apretados, reconocía que su colega merecía estar dirigiendo el Sóviet: «Bueno, Trotsky se lo ha ganado con

su trabajo constante y brillante.»[20] Prácticamente todos los que habían asistido a las grandes reuniones en la capital coincidían en estos sentimientos. Resultaba obvio que la suerte política del Imperio iba a decidirse en la capital. Allí se fundaban nuevos diarios, y todos los grupos revolucionarios utilizaban abiertamente las imprentas. Los partidos instalaron puestos públicos. En las librerías se alineaban las obras subversivas. Se celebraban reuniones en los lugares en que la dinastía y sus partidarios habían cometido abusos y actos violentos. Entre los marxistas y otros rebeldes se sentía que el momento de la lucha definitiva con la monarquía de los Románov estaba al alcance de la mano.

Román Gul, miembro del Sóviet de San Petersburgo, era una excepción en sus apreciaciones:

> En su manera de hablar, Trotsky y Lenin eran polos opuestos. Lenin se movía por toda la plataforma. Trotsky permanecía quieto. Lenin no ofrecía ninguna de las flores de la elocuencia. Trotsky las arrojaba sobre el público. Lenin no se escuchaba a sí mismo. Trotsky no sólo se escuchaba, sino que, además, era seguro que se admiraba a sí mismo[21].

También recalcaba el cuidado que ponía Trotsky en su apariencia, hasta en la escrupulosa elección de la corbata. A los ojos de Gul era la personificación de la vanidad. Pero ni siquiera Gul podía negar que Trotsky como político público eclipsaba a Lenin.

Con la vuelta de ambos a San Petersburgo, la vida de Trotsky se estabilizó con la compañía de Natalia. Alquilaron una habitación en la capital bajo los nombres de señor y señora Vikentev. El dueño de la casa era un especulador en acciones y bonos cuyos negocios se deterioraban en la tormenta que sacudía el mercado de valores de San Petersburgo desde hacía varios meses. Se había alterado muchísimo al ver que los revolucionarios, lejos de contentarse con influir en los obreros de las fábricas, intentaban atraerse incluso a los conserjes. El fin de la civilización tal y como él la entendía parecía inminente. Por casualidad sus ojos habían caído sobre un artículo de Trotsky. Sin saber que estaba hablando con su autor en ese mismo momento, gritó: «¡Si me encuentro con el ladrón que lo ha escrito, lo mato con esto!», y sacándose una pistola del bolsillo disparó al aire[22]. Por razones obvias los «Vikentev» guardaban silencio acerca de sus opiniones políticas: no tenían tiempo de buscar otro alojamiento.

Tenían una vida social muy limitada incluso cuando salían del apartamento. Mientras existió el Sóviet de San Petersburgo la política fue la actividad que lo absorbía todo. También había siempre artículos que escribir para los diarios y asambleas de trabajadores a las que dirigirse. El apartamento alquilado era para ellos únicamente un lugar en el que comer y dormir.

Trotsky salía cada día hacia las oficinas de la redacción del diario para el que estuviera escribiendo en ese momento:

> En el Sóviet actuaba bajo el nombre de Yanovski, por la aldea en la que nací. En la prensa escribía como Trotsky. Trabajaba para tres diarios. Junto con Parvus encabezaba la pequeña *Russkaya Gazeta* («Gaceta Rusa») con el propósito de convertirla en un órgano de masas. En unos cuantos días su circulación aumentó de unos treinta mil a cien mil ejemplares. Un mes después habíamos llegado a los quinientos mil. Pero nuestros recursos técnicos eran insuficientes para mantener ese crecimiento. Si al final pudimos librarnos de esa obligación fue sólo gracias a una batida del gobierno. El 13 de noviembre establecimos un gran órgano político con los mencheviques, *Nachalo* («El Comienzo»). La circulación de ese periódico crecía no de día en día, sino de hora en hora. El *Novaya Zhizn* («Nueva Vida»), de los bolcheviques, sin Lenin era más bien gris. *Nachalo*, en cambio, tuvo un éxito enorme[23].

Fue Trotsky quien escribió el editorial para el primer número de *Nachalo*[24], e incluso si es posible que exagerara en el aumento de tirada de la *Gaceta Rusa*, tenía toda la razón al reivindicar que sus ideas alcanzaban a un círculo cada vez más amplio de lectores en la capital.

Las fracciones bolcheviques y mencheviques tenían a su vez fracciones internas. Algunos mencheviques se veían atraídos por las ideas estratégicas de Parvus y Trotsky[25]. Esto horrorizaba a Mártov, que insistía en que algún tipo de cooperación con los demócratas constitucionales y con otros liberales era la mejor manera seguir adelante. Entre los bolcheviques también reinaba la confusión. La mayoría de entre ellos no quería saber nada del movimiento sindical que ya existía, e incluso desdeñaban el Sóviet de San Petersburgo. Se veían a ellos mismos como leninistas auténticos y daban preferencia al partido antes que a organizaciones formadas por los trabajadores para representar sus

intereses. El mismo Lenin era de otra opinión. Quería que los bolcheviques aprovecharan todas las oportunidades disponibles. Para él se hacía evidente que esto implicaba involucrarse en los sóviets y en los sindicatos, y le llevó unas cuantas semanas convencer a sus compañeros para que cambiaran su postura[26]. De cualquier modo, incluso tratándose de Lenin, no hacía gran cosa aparte de diseñar estrategias y escribir artículos. No se implicó en la actividad del Sóviet de San Petersburgo. Asistió a una o dos sesiones, observó lo que acontecía y se fue. Esto dejaba el campo libre para Trotsky. Era el único líder del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que ayudó a formar el núcleo del Sóviet.

La situación revolucionaria le liberaba de las persistentes tensiones por las polémicas en torno a la «cuestión organizativa». Las políticas activas en Rusia reclamaban la participación de él y de sus compañeros. Trotsky respondió con mayor presteza que los demás. De pronto pudo poner la teoría en práctica, y eso fue una experiencia liberadora. Los acontecimientos traían a decenas de miles de obreros e intelectuales a los sóviets y a otras organizaciones políticas. Era un fenómeno de masas. A diferencia del resto de la dirección del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, no tenía ninguna obligación de explicar sus acciones a un grupo más amplio: no era ni bolchevique ni menchevique. En tanto que agente libre, podía hacer y decir lo que deseara.

No le estorbaban las inhibiciones ideológicas para implicarse en el trabajo de los sóviets. Los bolcheviques se veían bloqueados por el axioma según el cual los trabajadores, si se les dejaba actuar por su cuenta, desarrollarían sólo una «conciencia sindical». No querían involucrarse con los sóviets locales a menos que (o hasta que) sus militantes aceptaran el programa del bolchevismo. Los mencheviques eran más flexibles, pero, aunque tomaban parte activa en los sóviets, se inquietaban de que la clase obrera pudiera exponerse a peligros indeseables. La política menchevique consistía en dejar que la burguesía actuara como vanguardia contra la monarquía imperial. Trotsky estaba encantado de que miembros de las dos fracciones pudieran cooperar con él en el Sóviet de San Petersburgo. La desconfianza entre bolcheviques y mencheviques persistía, y mantenían la separación de sus enclaves. Con su estrategia, la más expansiva entre los marxistas, Trotsky comprobó satisfecho que el «proletariado» de San Petersburgo rechazaba que le enredaran con promesas de reformas constitucionales. No, no era necesario adoctrinar a los obreros antes de salir a la calle contra Nicolás II. Esto resultaba confuso para los análisis bolcheviques. Por

otro lado, como tampoco atendían a los llamamientos a la prudencia, las advertencias de los mencheviques sobre el aislamiento de la clase obrera parecían un error. Trotsky creía que la «revolución permanente» estaba a la vuelta de la esquina.

Infravaloraba los recursos coercitivos a los que el gobierno podía todavía recurrir. El ajuste de cuentas no podía retrasarse más. Se produjo en el último mes de aquel año turbulento, como cuenta Trotsky:

> En la tarde el 3 de diciembre el Sóviet de San Petersburgo fue rodeado por las tropas. Se barraron las entradas y salidas. Desde la estancia en la que estaba reunido el Comité Ejecutivo grité a los centenares de delegados que se apretaban abajo en el vestíbulo: «¡No ofrezcáis resistencia! ¡No entreguéis armas al enemigo!». Las armas eran sólo de mano: revólveres. Y así en aquella sala, rodeada por todas partes por destacamentos de infantería, caballería y artillería, los trabajadores empezaron a inutilizar sus armas. Con manos hábiles golpearon los Máuser con los Browning y los Browning con los Máuser[27].

La dirección del Sóviet fue arrestada. Para Trotsky se había acabado la revolución… Aunque sólo temporalmente.

10

Juicio y castigo

El desafío revolucionario se extinguió en la capital con el arresto de Trotsky y sus camaradas. Alexander Parvus escapó en un principio del encarcelamiento y en teoría dirigió el Sóviet de San Petersburgo antes de que a su vez cayera también preso en diciembre de 1905[1]. Para las autoridades la amenaza había dejado de existir y ya dedicaban su atención a otros asuntos. El Sóviet de Moscú organizó un levantamiento a finales de año, pero enseguida fue aplastado. Las fuerzas armadas se desplegaban para controlar los disturbios en el campo. La campaña de pacificación continuó durante el año siguiente. Era un proceso largo y complicado. Los motines entre las fuerzas armadas se sucedían en el viaje de regreso en el Transiberiano que transportaba a las tropas participantes en la desastrosa guerra con Japón. Los campesinos se unieron contra los terratenientes y se producían estallidos de violencia en las áreas rurales. Cuando la Duma estatal se reunió en San Petersburgo en abril de 1906 su grupo más numeroso —el Trudoviki— solicitó la reforma agraria. Los kadetes levantaron el campamento para irse a Finlandia, no sin antes llamar a la gente a resistirse al servicio militar obligatorio y a pagar impuestos al gobierno. El emperador Nicolás II les puso en evidencia. La guerra con Japón había acabado con el tratado de Portsmouth en septiembre de 1905. Los préstamos bancarios provenientes de Francia rescataron la economía. El viejo orden se restauraba con paso firme.

Los líderes del Sóviet de San Petersburgo ingresaron en la cárcel de Kresty antes de que los transfirieran a la fortaleza de Pedro y Pablo. En este mismo lugar Pedro el Grande había confinado y torturado a su hijo Alexei, y algunos de los presos políticos más conocidos pasarían por allí en los años siguientes. Al final Trotsky y su grupo fueron entregados a la casa de detención preliminar, en donde él fue consignado en la celda número 462[2]. En conjunto pasaron quince meses encarcelados. Se entregó la ropa carcelaria a los detenidos y se les informó de que se les iba a procesar[3]. En ningún caso se les desnudó para

inspeccionarlos: esto no le ocurrió nunca a Trotsky hasta que le detuvieron en Canadá en marzo de 1917[4]. Cada día hacían ejercicio en el patio y allí podían también departir con los demás. Se les permitían las visitas continuas. Podían leer más o menos lo que deseaban, y encontraban maneras para hacer llegar lo que escribían a los periódicos revolucionarios clandestinos: las carteras de los abogados de Trotsky eran muy prácticas para este propósito[5].

En la cárcel visitaba la biblioteca y tomó en préstamo las obras de Shakespeare. Para los panfletos revolucionarios tenía que buscar en otros lugares. Pero eso tampoco era ningún problema, pues le envió una petición a S. N. Saltykov pidiéndole que consiguiera para él *La guerra civil en Francia* y otros trabajos de Marx sobre la comuna de París en 1871. También le pidió material sobre la «cuestión agraria» en Rusia y el resto de Europa. En este caso se incluían libros polémicos de Karl Kautsky, Piotr Maslov y Vladímir Lenin[6]. Los marxistas rusos habían captado la necesidad de ajustar las doctrinas de Marx y Engels a las condiciones específicas de Rusia, y Trotsky llevaba cierto retraso en la materia si se le comparaba con otros dirigentes pensadores. No era su área intelectual acostumbrada, y nunca acababa su investigación sobre el arrendamiento de tierras[7]. Los borradores desaparecieron un tiempo después de la Revolución de Octubre y no pudo recuperarlos. De cualquier manera estaba decidido a usar su tiempo de reclusión productivamente, y se puso a estudiar como loco en lo que podía para elaborar su programa revolucionario para el partido. El resultado fue uno de sus opúsculos más influyentes: *Balance y perspectivas*. Él lo consideraba su exposición más completa de la teoría de la revolución permanente hasta que volvió a escribir sobre el tema tras 1917.

Trotsky seguía siendo un periodista activo, y estaba orgulloso de su artículo «Piotr Struve en la política», en el que cargaba contra la buena disposición de prominentes liberales para comprometerse con el gobierno[8]. Seguía siendo una figura de relevancia pública, y diversos artículos suyos llegaron a publicarse en la prensa metropolitana. No era ésta su única manera de mostrarse prolífico. Natalia le visitaba regularmente, y a los dos se les permitía la privacidad conyugal a pesar de que no fueran marido y mujer legalmente. El resultado fue que ella quedó embarazada. Sería su primer hijo. Trotsky iniciaba una segunda familia.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia había dedicado meses a decidir cómo tratar el proceso del Sóviet de San Petersburgo. El Comité Central,

influenciado por Mártov, dijo a los acusados que mantuvieran que el Sóviet se había formado con la única intención de lograr los objetivos que luego promulgaría el Manifiesto de Octubre. Si el Estado los castigaba, sería que actuaba guiado únicamente por un espíritu de venganza. Mártov creía que los líderes del Sóviet ya habían sufrido bastante y trataba de conseguir que la sentencia fuera lo más nimia posible. La realidad, sin embargo, era que en 1905 se había producido un serio desafío al orden imperial. El castigo judicial podía resultar muy severo. Mártov deseaba preservar las vidas y la salud de los acusados de tal manera que se asegurase que podrían volver a emerger del confinamiento como militantes útiles. No quería histriónicos que entorpecieran el camino hacia este objetivo. Trotsky, sin embargo, tenía sus propios proyectos. Como ya había descubierto el poder de su oratoria, no quiso verse coaccionado por las instrucciones del Comité Central del partido. Tenía la intención de seguir la tradición de los revolucionarios rusos, que aprovechaban los procesos públicos como oportunidades propagandísticas. Ni Mártov ni el Comité Central iban a desviarle de su propósito. Hablaría contra la monarquía, el gobierno y todo el orden imperial, y al diablo con las consecuencias.

Repitió sus preocupaciones sobre el menchevismo ante Mártov. Los mencheviques estaban guardando silencio sobre la policía, y no tenían ningún plan para «la organización de las administraciones autónomas revolucionarias». El menchevismo recaía en la estrategia y en las tácticas de los kadetes, y lo que el propio Mártov iba publicando le parecía una «cháchara amanerada». En cuanto a Plejánov, ¿cómo podía pensar que era suficiente con seguir escribiendo artículos críticos sobre inútiles escritores marxistas alemanes como Eduard Bernstein? No le gustaba la crudeza de las invectivas bolcheviques, pero juzgaba correcta la táctica de Lenin de sostener la necesidad del optimismo revolucionario. Admitía ante Mártov que «como político socialdemócrata me siento más cercano a los [bolcheviques]». Le rogaba al líder menchevique que no se enfadara con él y que respetara su sinceridad[9]. Las palabras de Trotsky, aunque titubeantes, expresaban su determinación de continuar escogiendo su manera personal de avanzar en la causa revolucionaria, y no había nada que Mártov pudiera hacer para detenerle.

Los preparativos que Trotsky llevaba a cabo en la casa de detención sufrieron el inesperado incordio de otro frente abierto. La publicidad sobre el próximo proceso indujo a sus padres, a los que no veía desde sus visitas a la cárcel de

Nikoláiev, a viajar desde la provincia de Jersón para asistir al proceso. Como era normal, les preocupaba el posible resultado, y Trotsky les advirtió de que el juez podía condenarlo a trabajos forzados. Su madre aguantaba la situación persuadiéndose de que el jurado iba a ser benévolo. De hecho, incluso imaginaba que podía encomiar públicamente la labor de su hijo al frente del Sóviet[10]. Su padre era más realista y estoico, pero al mismo tiempo se sentía extrañamente feliz por su hijo. Todo esto descolocaba a Trotsky. También le desconcertaba Alexander Parvus, quien a menudo departía con él durante el horario de actividad física diaria. Parvus quería fugarse de la cárcel antes de que empezara el proceso. Trotsky rechazó tomar parte en esa acción: se mantenía firme en la decisión de obtener una atención positiva para el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia —y para sí mismo— hablando ante el jurado. El complot de Parvus quedó al descubierto cuando los guardias encontraron unas herramientas ocultas en la biblioteca de la prisión. El asunto se olvidó quedamente porque el director sospechaba equivocadamente que la Ojranka había dispuesto las pruebas con la intención de endurecer las condiciones del régimen carcelario[11].

La policía de toda la capital se movilizó en el día en que se abrió el proceso, el 19 de septiembre de 1906. Los cincuenta y cinco encausados actuaron con gran dignidad y los abogados de Trotsky fueron A. S. Zarudni y P. N. Maliantovich. Éstos no habían sido escogidos por una decisión personal suya, pero eran profesionales capaces que compartían la hostilidad hacia la monarquía Románov. Estaban destinados a formar parte del gobierno provisional en 1917[12].

Por un acuerdo previo, Trotsky y los demás no alegaron formalmente. Cuando tomó la palabra, Trotsky no resultó tan estridente como había amenazado ser. También pasó por uno de sus desfallecimientos[13]. Demostrando su dominio de la retórica forense, declaró que la masacre del domingo sangriento había sido la que había lanzado a los obreros a la acción: «Nos proponemos demostrar que el ataque lo perpetró el gobierno, y que lo que hacíamos era defendernos». El emperador y sus ministros habían esperado que ese juicio separara a trabajadores de revolucionarios «del mismo modo que Pedro negó a Cristo»[14]. No lo habían conseguido. La verdad no era ningún secreto. Sólo una revolución socialista podía proteger los intereses de la clase obrera:

En un lado hay lucha, coraje, verdad, libertad…
En el otro, falsedad, bajeza, difamación, esclavismo…
¡Ciudadanos, escoged[15]!

Esto gustó en los círculos revolucionarios. Trotsky había aprendido que a la gente le gusta creer que no es el agresor en ningún conflicto. Se animan con las denuncias morales del enemigo. Y Trotsky, el lector de Schopenhauer y de *El arte de la controversia*, afinó el dominio de los mecanismos retóricos de evasión. En cualquier caso no quiso provocar al juez para que le hiciera callar, ni para que le impusiera la condena más gravosa, y al menos en este sentido coincidió con Mártov. La franqueza no iba a resultar suicida.

El tribunal permitió a Trotsky exponer sus reconvenciones contra las autoridades imperiales. Declaró de este modo que el gobierno había actuado en connivencia con pogromos recientes contra comunidades judías de la Zona de Asentamiento. Incluso admitió que el Sóviet se había armado contra semejante «forma de gobierno». En su interrogatorio de los testigos de cargo dejó ir su sarcasmo, sobre todo contra el general de la policía[16]. La prensa tomó nota de sus diatribas, con lo que Trotsky volvió a acaparar la atención política por unos días.

El 2 de noviembre se anunció el veredicto. A la luz de todas las pruebas los acusados fueron declarados no culpables de insurrección. Pero su culpabilidad quedaba afirmada en cargos menores de subversión y se les sentenciaba al exilio de por vida y a la pérdida de todos los derechos civiles. Obviamente se sintieron aliviados por no verse consignados a trabajos forzados. Desde los tribunales los llevaron a una única gran sala en la prisión de tránsito de Moscú a la espera de una decisión sobre su destinación permanente. Trotsky no estaba contento. El ruido constante que hacían sus camaradas le hacía imposible escribir, y le resultaba muy difícil pasar un día sin realizar tal actividad[17]. Ansiaba una rutina más tranquila. En esas semanas corrió también el peligro de verse distraído por otro gran cambio en su vida: el embarazo de Natalia llegó a término el 24 de noviembre de 1906 cuando dio a luz un hijo. Le pusieron por nombre Lev. En su familia pronto adquiriría el diminutivo de Liev, siguiendo el patrón de su padre[18]. Trotsky, sin embargo, mantuvo su concentración en el trabajo literario. Ni siquiera concede al nacimiento de su hijo, el primero que tuvo con Natalia, más atención que unas cuantas palabras.

La historia del Sóviet de diputados obreros apareció rápidamente, escrita por sus miembros mientras esperaban sentencia. Como los demás colaboradores, tuvo cuidado con lo que escribía por miedo a favorecer a la acusación. Rechazaba los cargos de haber intentado organizar una insurrección. No se había demostrado que la dirección del Sóviet hubiera entregado armas a los obreros de la capital. Denunciaba aquel proceso como una farsa judicial[19]. Pero se trataba de un sofisma. La sala del juicio en su integridad sabía que Trotsky había pasado todo el año 1905 instando a sus camaradas a preparar un levantamiento contra el gobierno.

Rebatía a quienes sugerían que el Sóviet de San Petersburgo había fracasado por restringir su convocatoria a los obreros. En su opinión, la principal fuerza del Sóviet era precisamente su orientación estratégica. Los «liberales burgueses» nunca serían de ninguna ayuda a la hora de derrocar la monarquía. El fracaso del Sóviet radicaba en no haber convocado un congreso de obreros de toda Rusia antes de que el gobierno llevara a cabo su arresto masivo. En ese congreso se habría establecido un sóviet de todos los trabajadores de Rusia: «No es necesario decir que la esencia del asunto no estriba en los nombres o en los detalles de las relaciones organizativas; la tarea consiste en el liderazgo democráticamente centralizado de la lucha del proletariado para la transición del poder hacia las manos del pueblo.»[20] No es ésta la faceta más elegante de Trotsky. Era como si estuviese distraído por la emoción del concepto. Según él, los revolucionaros tenían que prepararse para el próximo choque con la administración imperial. Trotsky tenía objetivos claros. El viejo ejército iba a ser disuelto. El «aparato burocrático policial» quedaría aniquilado. Se promulgaría la jornada de trabajo de ocho horas. Los sóviets se convertirían en «órganos revolucionarios de autoadministración urbana». El modelo se extendería también al campo, en donde se formarían sóviets de diputados campesinos[21].

En unos cuantos párrafos esbozaba la estrategia que seguiría en 1917. Admitía que sus proposiciones eran esquemáticas:

> Semejante plan es más fácil de diseñar que de llevar a la práctica. Pero si la victoria es el destino de la revolución, el proletariado no podrá evitar tomar el camino de este programa. Será el inicio de un trabajo revolucionario como nunca se ha visto. La historia de los cincuenta días [del Sóviet] será una pálida imagen en el gran libro de la lucha y de la

victoria del proletariado[22].

Para él era axiomático que los obreros fueran quienes dirigiesen la campaña. Los soldados, los campesinos y las clases urbanas más bajas se verían empujados a la lucha: el éxito sería imposible sin ellos. Si Trotsky resulta profético en alguna ocasión, es sobre todo en la breve introducción que compuso para la historia escrita colectivamente del Sóviet de San Petersburgo.

Con el cambio de año llegó la orden para que se efectuara la expedición de los convictos. Seguían sin saber adónde los enviaban, y hasta el oficial al mando del convoy decía que no le habían informado de tal cosa[23]. Hicieron salir a un grupo de catorce presos, entre ellos Trotsky, de la casa de detención para llevarlos a un vagón de tren de tercera clase. Cada prisionero disponía de su propio banco y podía ver el exterior a través de los barrotes de la ventana[24]. Una vez en ruta pasaron veinticuatro horas en la cárcel de Tyumen, en donde hicieron encargos en las tiendas locales antes de que les hicieran seguir viaje hacia Tobolsk con trineos tirados por caballos. Cincuenta y dos soldados les vigilaban. Avanzaban muy lentamente, unos quince kilómetros al día, ya que al fin y al cabo estaban en pleno invierno siberiano[25]. Justo antes de llegar a Tobolsk se les comunicó qué pueblos se habían previsto para el cumplimiento de sus sentencias. Se informó al grupo de Trotsky de que se les iba a enviar al distrito de Obdorsk, justo al límite del círculo ártico[26]. Recibieron esta comunicación con angustia, sobre todo cuando les informaron además de que la residencia que les iban a proporcionar no estaría en la población de Obdorsk, que era el centro del distrito, sino a casi quinientos kilómetros más al norte, en Je. Iban a compartir el lugar únicamente con cuatro cazadores de pieles «nativos». La totalidad del emplazamiento contaba únicamente con media docena de yurtas (tiendas locales). Iba a ser una experiencia muy dura: sin refugio sólido, comunicaciones regulares escasas, temperaturas extremas en invierno y verano…

El único consuelo era que el trato que les dispensaba la escolta militar se hacía más amable a medida que el convoy remontaba hacia el norte[27]. Aun así, el viaje era pesado, y avanzaron durante más de mil kilómetros después de Tobolsk hasta llegar a Beroizov en la tarde del 11 de febrero, treinta y tres días después de haber salido de San Petersburgo. Habían avanzado más de ochenta kilómetros al día por los ríos Irtish y Ob desde Tobolsk, y las autoridades les

concedieron un período de descanso antes de la última etapa del viaje, a lo largo del Ob en dirección a Obdorsk[28]. Recuperaron fuerzas en la cárcel de Beroizov, que habían limpiado expresamente antes de su llegada. Las autoridades habían dejado un mantel para sus comidas y les aprovisionaron de velas y candelabros. Trotsky encontró todo esto «casi enternecedor»[29].

Decidió que ésta era su última oportunidad de escapar. No tenía intención de ir a Obdorsk, si podía evitarlo, y deliberadamente retrasó la salida fingiendo que se encontraba enfermo. Siguiendo el consejo de un médico comprensivo con él le aconsejó que dijera que tenía ciática. Entre los practicantes de la profesión médica había muchos que odiaban al gobierno y que deseaban ayudar a sus enemigos. Trotsky, con sus dotes de actor, hizo una representación lo bastante buena como para que la policía se mostrara de acuerdo en que no estaba en condiciones de escapar. Tras pasar un examen médico, se le transfirió al hospital, en donde el médico prescribió paseos regulares para su paciente. Trotsky aprovechó la oportunidad para planear con Dmitri Sverchkov, su amigo y admirador del Sóviet de San Petersburgo, cómo podría huir de la cautividad[30]. El camino más fácil era en dirección sur, hacia Tobolsk. Pero eso también resultaba obvio para las autoridades, de manera que Trotsky escogió encaminarse directamente hacia el oeste. De este modo el terreno a cubrir era mucho más difícil, a través de los bosques y la nieve. Calculaba que las fuerzas de la ley y el orden no iban a sospechar que nadie fuera tan inconsciente como para aventurarse por allí[31].

Ropa, provisiones, un pasaporte falso y un guía fiable eran elementos esenciales, y Sverchkov acudió a Faddei Roshkovski. Era un oficial del ejército veterano que llevaba viviendo en el exilio en Beroizov desde hacía varios años y al que le gustaba ayudar a la causa revolucionaria. Roshkovski encontró a un informador llamado Pie de Cabra que a su vez le condujo a un guía de etnia ziriana que estaba dispuesto a hacer el viaje. Como precaución, no se le dijo que Trotsky era un prisionero político. La mujer de Sverchkov preparó un paquete de comida del tamaño apropiado para el viaje. Obtuvieron un abrigo de zorro y guantes y polainas de piel que garantizaban tanto la supervivencia física como el disfraz. El viaje lo harían en trineo de renos. Trotsky se mostró de acuerdo con el ziriano en cederle el abrigo y el reno al final de su largo viaje[32].

Establecieron un plan y empezaron su intento de fuga en el transcurso de una representación teatral de aficionados en el vestíbulo de la guarnición el 20 de

febrero de 1907[33]. Trotsky asistió primero a los prolegómenos. Al ver que estaba presente el jefe de la policía, le dijo que estaba recuperado y que pronto ya podría hacer el viaje a Obdorsk. Hacia medianoche se escabulló y se afeitó la perilla en las estancias de Sverchkov antes de subirse al trineo. Se la había dejado crecer en 1905, y la policía le conocía por esta característica. El cambio físico y el plan práctico funcionaron casi a la perfección. Un pequeño inconveniente únicamente: el ziriano había estado bebiendo y apenas era capaz de conducir el trineo. Trotsky no permitió que esta contingencia arruinara sus planes. Borracho o sobrio, el ziriano tenía que responder a su cometido. La suerte estuvo de su lado. Nadie reparó en la ausencia de Trotsky durante dos días enteros. La policía creía que estaba reposando en los alojamientos de Sverchkov y la anciana que cocinaba para ellos, con sentido práctico, aseguró que se comía todo lo que le ponía delante[34]. El resultado para los que dejó atrás fue desastroso. Sverchkov y sus amigos fueron arrestados y devueltas rápidamente a la severidad de Obdorsk. El jefe de la policía también fue arrestado, y le acusaron de complicidad[35]. Los camaradas de Trotsky le habían reconocido desinteresadamente como una de las principales personalidades del partido, y había que ayudarle a reincorporarse al liderazgo en la libertad del extranjero. La causa lo era todo, incluso si implicaba un agravamiento de condena.

El reno avanzaba crujiendo en la nieve[36]. Los diferentes guías en este viaje de Trotsky consumieron cantidades ingentes de alcohol. Él, como era abstemio, estaba admirado de que pudieran echarse al coleto tragos de licores de 95° sin pestañear. Sólo de vez en cuando diluían su vodka con té[37]. Yurta tras yurta. Bosque, bosque, bosque. Nieve durante todo el camino. Hacia la conclusión del viaje, Trotsky empezó a sentirse culpable por mentirle al ziriano sobre su identidad. Pero los remordimientos de conciencia pasaron y supo mantener la boca cerrada[38].

Cuando cruzaban los Urales y se adentraban en la provincia de Arkangelsk le envió un telegrama a Natalia diciéndole que estaba en camino. En esos días ella vivía en Terijoki, justo al otro lado de la frontera finlandesa y a sólo cincuenta kilómetros al norte de la capital rusa. Le pidió que se encontraran en Samino, en la ruta ferroviaria de Viatka a Kotlas. Eso quedaba todavía a más de mil kilómetros al este de San Petersburgo, y además tuvo que viajar a Viatka antes de ir hasta Samino. Entretanto Trotsky tomaría la línea desde la dirección de Kotlas. A toda prisa dejó a Liev con unos amigos e hizo el viaje. Con toda la

excitación estaba algo confusa, e incluso olvidó el nombre de la estación. Ésta fue al menos la versión que Trotsky dio del episodio. Natalia lo recordaba de otro modo, e insistía en que él no había especificado dónde tenían que encontrarse. Por suerte escuchó en la conversación de dos comerciantes que los dos trenes siempre se cruzaban en Samino, y de manera inteligente decidió bajar allí[39]. Cuando el tren de Trotsky entró en la estación él la buscó en el andén, pero no la vio corriendo junto al tren mientras miraba por las ventanas del vagón. Al final ella reparó en su equipaje y se encontraron. Al fundirse en un abrazo se sentían otra vez completamente felices y triunfantes. Luego viajaron por esa misma línea hasta Viatka, y de allí a San Petersburgo, en donde pasaron la noche en casa de unos amigos antes de que Natalia se lo llevara a su vivienda de Terijoki para que pudiera conocer como es debido a su pequeño.

Terijoki había sido en 1906 un escondite popular entre los revolucionarios que necesitaban recuperarse, pero resultaba peligroso permanecer en un lugar conocido como ése cuando el gobierno intensificaba su campaña represiva. Al cabo de unos días, los Trotsky se mudaron a Ogilbiu, un pueblo finlandés cercano a Helsinki. Como método de relajación escribió un informe de sus aventuras recientes, *Ida y vuelta*. El panfleto de Trotsky contenía algunas de sus descripciones de naturaleza más espléndidas, que en este aspecto en concreto sólo pueden rivalizar con las de *Mi vida*. Le gustaba exponer lo fácil que había sido engañar a las autoridades. Pero también perseguía una finalidad práctica. Los derechos adelantados de este opúsculo les costearía su huida al extranjero[40]. Juntos de nuevo, Liev y Natalia fueron a pasear por bosques de álamos y abetos. Se lanzaron bolas de nieve. Respiraron el aire puro con los penetrantes aromas de los árboles. Nunca habían pasado como era debido unas vacaciones «rusas» juntos, y su estancia finlandesa fue lo más parecido a ellas que consiguieron hasta después de la guerra civil. Natalia fue a Helsinki por cuestiones domésticas y para aprovisionarse de periódicos y libros. En aquellos tiempos Trotsky estaba fascinado con una revista satírica alemana llamada *Simplicissimus*, y ella le consiguió unos cuantos ejemplares[41].

Así pasaron sus semanas antes de volver a tomar el camino de la emigración. Trotsky partió primero, seguido por Natalia unas semanas más tare: viajaban por separado para evitarse problemas con la policía, y dejaron a su hijo Liev bajo la custodia de su amigo el doctor Litkens en Finlandia[42].

11

Émigré de nuevo

Trotsky decidió establecerse en Viena. Su elección de la capital austriaca era una señal de que deseaba permanecer en donde las fracciones de los *émigrés* de su partido tenían las bases. Iba a ser el hombre que quería ser. Podría proseguir mejor con su actividad política si se concentraba en aquello que mejor dominaba. Iba a escribir y a publicar intensivamente. Alejado de las discusiones del partido en Suiza, podía hacer las cosas a su manera. En ese tiempo el conflicto organizativo parecía más enconado que nunca. Bolcheviques y mencheviques luchaban entre sí como si los pasos favorables a su reunificación que se dieron entre 1906 y 1907 en Estocolmo y Londres no hubieran existido nunca. Ambas fracciones estaban divididas internamente. Trotsky estaba consternado, disgustado y distanciado. Se le solicitaba para que cooperara con una u otra fracción, pero Trotsky lo rechazaba.

Los *émigrés* políticos del Imperio ruso podían vivir sin ser molestados en los dominios de los Habsburgo. La rivalidad imperial entre San Petersburgo y Viena inducía al gobierno a tratar a cualquier enemigo de los Románov como a un amigo. Viena era un centro de la magnificencia europea, por mucho que el Imperio austrohúngaro estuviera lejos de alcanzar la modernización económica. Alemania y Rusia superaban a ese imperio en potencia militar. La administración austriaca, tan vívidamente descrita en las novelas de Franz Kafka y en los ensayos de Karl Kraus, era notoriamente arbitraria y venal. El emperador Francisco José I ignoraba los indicios de debilidad. Entronizado en 1848, el anciano monarca tenía muy claro que cualquier dificultad era pasajera. Él y sus ministros ansiaban anexionarse partes del Imperio otomano en Europa y resistir cualquier intento ruso de expandirse desde el este. Francisco José no había ocupado el trono de sus antepasados para dominar desde allí su propia destrucción. Para los marxistas de Europa, sin embargo, Viena era un bastión del movimiento obrero. Los suburbios de la ciudad estaban abarrotados de fábricas que echaban humo y producían sin cesar. Siete estaciones de tren la unían con

las ciudades del imperio y de más allá. Trotsky sentía que se desplazaba a uno de los grandes centros de la lucha revolucionaria. Si un conflicto social grave envolvía a Austria, él estaría allí.

Mientras Trotsky esperaba a Natalia, buscaba alguna vivienda y pasaba el tiempo acabando el relato de su fuga[1]. Para él se trataba de una actividad compulsiva: iba a hacer lo mismo una década más tarde, cuando escribió la crónica de su deportación desde Francia y España en 1916[2]. Necesitaba ese dinero, pero tenía también otros motivos. La aventura de su huida de Siberia daba relumbre a su estatus en la dirección del partido, y también le capacitaba para ganarse el apoyo a la causa acomodando los mensajes políticos en su prosa.

El trayecto de Natalia desde Finlandia la llevó a Berlín, adonde viajó Trotsky para ir a su encuentro en la estación. Juntos viajaron a Dresde, y allí residieron por un tiempo con Parvus y su mujer. A pesar de su corpulencia, Parvus era un caminador entusiasta, y los Trotsky aceptaron su propuesta de viajar a las montañas de Bohemia, sobre Hirschberg y cerca de la frontera del Imperio austrohúngaro. Todos los días hablaban un buen rato de política. A Parvus le gustaba lanzar peroratas. Como pertenecía al Partido Socialdemócrata de Alemania, hablaba y hablaba de la opinión que le merecían sus líderes, criticándolos abiertamente por haber perdido el espíritu revolucionario[3]. Trotsky y Natalia también los conocían, pero todavía no compartían una opinión tan desfavorable de ellos. Escuchaban con respeto, pero sin asimilar el escepticismo de Parvus. El aire límpido y las extensas vistas resultaron un bálsamo para los tres, y Trotsky, que volvía a acercarse a las posiciones de su mentor, se vio confirmado en el convencimiento de que un gobierno de los trabajadores seguía siendo la mejor opción para Rusia. Renovado tras esas vacaciones, Trotsky inició una gira por los grupos marxistas rusos residentes en el sur de Alemania. A la vuelta, Natalia regresaría a San Petersburgo para recoger a Liev y traerlo consigo a Austria[4].

El desplazamiento a Viena volvió a ponerles en contacto con viejos amigos. Entre ellos estaba Semion Klyachko, un judío de Vilnius que se convirtió en miembro respetado del Partido Socialdemócrata de Austria[5]. Otro residente era Adolf Ioffe, quien llegó en 1908 y estudiaba para graduarse en medicina especializándose en psiquiatría bajo la dirección del mundialmente famoso Alfred Adler[6]. Ioffe era un militante prominente del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, y Alfred Adler y su mujer eran amigos de la familia

Trotsky. Trotsky también renovó su relación con líderes marxistas austriacos como Victor Adler y su hijo Friedrich Adler. Se convirtió en algo semejante a un hombre de mundo que tomaba café regularmente en el Café Central. Si comía o no sus famosos pasteles de chocolate es algo que no consta. Mientras tomaba café y leía la prensa, sin embargo, podía encontrarse con todas las luminarias vienesas de aquellos días, como los escritores Peter Altenberg, Hugo von Hoffmannsthal y Leo Perutz. Se dice que Karl Kraus, el prominente escritor satírico y teórico literario, preparó su revista *Die Fackel* en esas mesas. Trotsky prefería Centroeuropa al resto del continente. A sus ojos, Berlín era infinitamente preferible a Londres[7], y nunca disponía de suficiente tiempo para París; pero lo que le gustaba de verdad era Viena. Sólo sentía una atracción similar por Odessa.

Trotsky viajó a Londres para el V Congreso del partido a finales de abril de 1907 y pronunció discursos en Ginebra y París. Tenía mucho que decir y que escribir. Tras haberse destacado inicialmente como contrario a la participación en las elecciones a la primera Duma estatal, había reconsiderado su posición y apoyaba una participación plena en las siguientes elecciones. No tenía grandes expectativas sobre lo que podía surgir de las Dumas, pero no le veía sentido a boicotearlas[8]. *En defensa del partido*, un trabajo que había concluido a inicios de año y que había publicado con más de un editor en San Petersburgo, se explayaba sobre sus recomendaciones prácticas. Los marxistas, mantenía, tenían que aprovechar las oportunidades que se ofrecieran en circunstancias de reflujo político. También enfatizaba cada vez más la importancia del campesinado en el éxito futuro de la revolución en Rusia. El partido tenía que establecer contacto con ellos y persuadirles para que vieran su salvación en una alianza con la clase obrera[9]. Como había hecho antes, criticaba a los bolcheviques por sus maniobras esquemáticas e intolerantes y a los mencheviques por su tibieza frente a los liberales[10]. Negaba que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia estuviera compuesto exclusivamente de intelectuales, pero recalcaba que había que redoblar los esfuerzos para recuperar el antiguo dinamismo[11].

En Londres sólo se le concedió un estatus consultivo. El motivo era que no se declaraba como perteneciente a ninguna fracción, y por tanto no podía representar a ninguna organización reconocida del partido. De todos modos, podía haber hecho algunos amigos al publicar *En defensa del partido*, pero se complacía en su papel de independiente. Desde las primeras reuniones

preparatorias del Congreso luchó contra las maniobras tanto de mencheviques como de bolcheviques para asegurarse el dominio de unos sobre otros[12]. Le pareció molesto que un menchevique se refiriera a él como «líder de una fracción menchevique» en San Petersburgo en los últimos meses de 1905[13]. Cuando obtuvo el uso de palabra castigó las estrategias tanto del bolchevismo como del menchevismo y concluyó con llamadas a la unidad sincera del partido[14]. Se encontró con que le atacaban por ambos bandos. Decidió que era inútil plantear una resolución de compromiso para la actividad del partido en Rusia. Por este motivo volvieron a atacarle[15]. Sin inmutarse, volvió a hacerse notar para anunciar su acuerdo con Rosa Luxemburg —una judía polaca que mantenía una militancia simultánea con el Partido Socialdemócrata de Alemania — respecto a que el partido no debería mostrar indulgencia con liberales ni con otros «partidos burgueses»[16]. Esto sólo sirvió para inducir a los mencheviques y bundistas a confabularse contra él. Lenin, en cambio, por unos momentos se entusiasmó con él, y llegó a mostrarse dispuesto a pasar por alto la herejía trotskista sobre la «revolución permanente»[17].

Trotsky rechazó la mano que le tendía el líder bolchevique. Haciendo notar que había disputas entre los bolcheviques tanto sobre la Duma como sobre la cuestión agraria, se burló de Lenin por votar en contra de su propia fracción y luego le acusó de «hipocresía». Trotsky incluso recibió un llamada al orden por este arrebato[18]. En el debate sobre el Sóviet de San Petersburgo fracasó en su intento de llamar la atención sobre su proeza de 1905[19]. Causó impacto en el congreso, pero eso no se tradujo en la adquisición de amistades. Se reconocía su elocuencia, pero tendía a considerarse que el que abogaba por la unificación organizativa era más feliz cuando causaba problemas y controversia.

No fue ninguna sorpresa que Trotsky fracasara en su intento de ser elegido miembro del Comité Central en el congreso. De vuelta a Viena, sacó la conclusión de que su papel en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia era erigirse como fuerza independiente. Durante un tiempo los Trotsky fueron cambiando de piso una y otra vez. Primero vivían en el distrito de Hütteldorf. Cuando les subieron el alquiler se desplazaron a Severing, y al final al apartamento número 2 del 25 de Rodlergasse, en un barrio obrero cerca del distrito de Döbling. Esta última morada constaba de dos habitaciones con cocina y baño[20]. Natalia quedó embarazada a finales de junio de 1907, y el 20 de marzo de 1908 tenía su segundo hijo. Le llamaron Serguéi. El bebé tardó en

ganarse la aceptación de su hermano, que se quejaba de que su llanto le despertara por las noches. Trotsky también estaba algo desconcertado. Había albergado la esperanza de retener a Natalia como colaboradora política, pero se encontró con que dedicaba las horas del día a sus dos hijos. Pero actuaba con determinación y se dedicaba a la lectura intensiva una vez que había metido a ambos en la cama. Los niños crecieron convencidos de que su madre nunca dormía. No es que el dinero fuera escaso, pero Natalia y Trotsky tenían que administrarlo con cuidado, o por lo menos con más cuidado que de costumbre[21].

La madre y el padre de Trotsky estuvieron entre las primeras visitas que recibieron del extranjero. En 1907 trajeron consigo a una niña de cinco años para que viera a su padre: era Zina Bronstein, la hija de Trotsky con Alexandra. La familia de éste vivía una existencia complicada. En esos días Zina vivía con su hermana Ylizaveta y su marido en el domicilio familiar de la calle Gryaznaya de Jersón. Alexandra les escribía regularmente[22]. Trotsky no veía a Zina desde que la había dejado en Siberia, cuando era un bebé. La niña había heredado el color de sus ojos y de su pelo y la estructura de su cara. Su padre le atrajo de inmediato, con «devoción ardiente»[23].

Trotsky publicó una colección de sus artículos de 1905-1906, entre ellos *Balance y perspectivas*[24]. Escribió una versión ampliada para los lectores alemanes titulada *Rusia en revolución*, que aparecería en Rusia sólo en 1922 y que en inglés se conoce como *1905*[25]. Obtenía ánimos constantes de la Revolución francesa, y aunque no deseaba imitar a los jacobinos ni su «utopismo» ciertamente admiraba su afán[26]. Pero ¿qué quería decir exactamente con esto? Lo que se requería era una dictadura del proletariado conducida por el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tenía que darse un «gobierno obrero». Esto implicaría una estrategia de «revolución ininterrumpida» (o de «revolución permanente», como la llamaría más tarde)[27]. Escribía con un amplio empuje literario: era su fuerte. No quería distraerse en la mayoría de las cuestiones que por lo general preocupaban a la élite intelectual del partido. Se desataban las controversias sobre epistemología, sobre el curso cambiante del movimiento agrario ruso y su desarrollo y sobre las opciones deseables de empleo de la Duma estatal. Se hacían incluso más intensas cuando los participantes tendían a reconocer que Rusia no iba a retornar pronto a las turbulencias revolucionarias, puesto que las autoridades imperiales habían

recobrado el pulso de la situación y habían conseguido estabilizar su papel. Trotsky era impermeable a la moda. Su interés seguía centrándose en replantear y complementar el caso estratégico que había esbozado mientras operaba en el Imperio ruso en 1905.

Enfatizaba las características negativas del desarrollo histórico ruso. En contraste con Europa occidental, «el pueblo ruso no había recibido un legado cultural» del Imperio romano. Tampoco había experimentado el Renacimiento. La invasión mongola del siglo XIII había tenido el efecto de inducir un aumento hipertrófico del poder estatal, crecimiento que persistió hasta mucho después de que Rusia recuperara su soberanía. La campaña industrializadora de Pedro el Grande requirió un aumento frenético de la carga fiscal y restringió el ascenso de la clase media rusa. El comportamiento social independiente que había sido crucial para el desarrollo del capitalismo y para la resistencia cívica de Occidente no había podido echar raíces en Rusia[28].

Sus lectores de generaciones posteriores le han saludado como un analista original del pasado ruso, pero en realidad Trotsky hacía suyas las ideas formuladas por los historiadores liberales rusos de tendencia occidentalizante desde mediados del siglo XIX. Él era el primero en no reclamar la originalidad intelectual: de haberlo intentado habría caído en el ridículo. Lo que sí mostraba era consistencia, claridad y brío. Las clases dirigentes rusas se quedaban atrás. El campesinado se había anquilosado. Los no rusos se mantenían en una degradante ignorancia. Si existía alguna esperanza, ésta residía en una clase obrera que estaba predestinada a asumir la lucha[29]. Trotsky insistía en que el optimismo estaba justificado. Argüía que el «retraso» ruso podía convertirse en una ventaja. Recordaba a sus lectores que la Comuna de París había tomado el poder fácilmente en la capital «pequeñoburguesa» de Francia y que había iniciado reformas de cariz socialista. La Comuna se había visto aplastada tras unas semanas de existencia. Los marxistas de Rusia iban a ser capaces de ir más lejos y de construir una sociedad enteramente socialista. El hecho de que la burguesía no se hubiera consolidado todavía en el poder hacía que resultara más fácil conseguirlo que en Gran Bretaña o en Estados Unidos, donde iba a costar más. Trotsky invocaba a Kautski como garantía de su confianza[30].

Cuando decía que su marxismo asumía de forma coherente la política, la economía, la sociología, la cultura y la filosofía, no seguía a Lenin, Bogdánov y Plejánov. En el plano intelectual revoloteaba de tema en tema, y no sentía el

estímulo de sistematizar su pensamiento. Los trotskistas han reverenciado tanto a su líder que han llegado a ponerle al mismo nivel que Lenin en el plano de la teoría marxista ya antes de la Primera Guerra Mundial. Nadie tenía esta idea de él antes de 1914. A Trotsky se le respetaba como publicista excepcional. En el partido no tenía rival, tanto por la amplitud de sus referencias culturales como por el estilo de su prosa, elegante y sarcástica. Por otra parte, nadie hizo un mayor esfuerzo por volver a unir el partido en los primeros años de la segunda década del siglo XX. Las recomendaciones estratégicas de Parvus y de Trotsky eran ciertamente únicas, y Trotsky se quedó solo para defenderlas ante los compañeros marxistas rusos en cuanto Parvus huyó del exilio siberiano y se dedicó a atender a sus negocios en Estambul y otros lugares. Nadie sabía demasiado bien qué hacer con él. Como líder del partido, Trotsky fue un unificador infatigable, y sólo en los últimos años antes de la Gran Guerra empezó a mostrarse más escrupuloso a la hora de decidir quién podía pertenecer al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Rechazaba el desánimo por mucha que fuera la frialdad que le manifestaran los otros líderes del partido. También admitía que el tono de sus críticas hacia los camaradas había sido ofensivo[31]. Pero insistía en que actuaba a favor de los intereses del partido: «¿Mencheviques? ¿Bolcheviques? Personalmente me siento igual de cerca de ambos, trabajo con ambos codo con codo y estoy igual de orgulloso de cada uno de los logros revolucionarios del partido, independientemente de cuál fuera la parte que tuviera el papel principal.»[32] La unidad del partido seguía siendo su preocupación, y se mostraba optimista y alegre.

El instrumento que escogió para volver a unificar el partido fue su diario *Pravda* («Verdad»). La idea original de esta iniciativa no fue suya propiamente. Marian Melenevski, un dirigente socialdemócrata ucraniano que pertenecía a Spilka («Unión»), había recorrido las ciudades de Ucrania recolectando fondos para su publicación. Spilka era una organización marxista ucraniana y Melenevski un exitoso recaudador. Una vez que tuvo el dinero, necesitaba un editor de talento. Trotsky era una opción obvia, y Melenevski se entrevistó con él en Viena. Melenevski luchaba por mayores derechos para los ucranianos y según los indicios era más un nacionalista que un marxista. En Trotsky veía a un agente debilitador del Imperio ruso, y a Trotsky no le preocupaba quién le daba el dinero siempre y cuando se respetara su independencia política. Trotsky y

Melenevski llegaron a un acuerdo. Los camaradas de Melenevski en Ginebra no estaban demasiado contentos con ese trato, pero él hizo caso omiso de esas objeciones[33]. Trotsky estaba encantado. Sin tener que hacer grandes esfuerzos en la búsqueda de financiación, y sin que le supusiera desarraigar a Natalia y a su familia, se le había concedido ser la voz decisiva de una nueva publicación del partido, y eso sin tener que atender a compromisos ni requerimientos de las distintas fracciones influyentes en él.

Trotsky contaba con tres colaboradores principales: Adolf Ioffe, Semen Semkovski y Matvey Skobelev. El mismo Melenevski también jugó un papel activo durante un tiempo, y Parvus por su parte ayudaba en la visión comercial del asunto[34]. El nervioso de Ioffe, médico y nativo de Simferopol, cerca de Odessa, se psicoanalizaba con Alfred Adler mientras estudiaba psiquiatría bajo su tutela[35]. Ioffe era generoso y bien organizado, aunque tenía un punto pedante[36]. Su mujer ayudaba con la contabilidad[37]. El trabajo era intensivo, pues tenían que proveer material suficiente para una publicación bimensual. Las tiradas se introducían por la frontera hacia el interior del Imperio ruso a través de Galitzia, en Ucrania, y del mar Negro. El transporte de material y de personas era la especialidad de Melenevski[38]. Trotsky se concentraba en escribir y en editar, y sobrellevaba la presión sin dificultades. Se lo estaba pasando bien, e incluso encontró tiempo para ayudar a publicar el panfleto de un sindicato clandestino de marineros del mar Negro[39].

Asumía riesgos con su correspondencia. La Ojranka le mantenía vigilado, aunque sus agentes escribieran incorrectamente su nombre como Troitsky. Pero Trotsky y sus allegados no eran los únicos que fallaban a la hora de tomar algunas precauciones elementales. Natalia Sedova, en un viaje posterior a San Petersburgo, le envió una carta a su cónyuge directamente a su domicilio familiar en Viena: su único subterfugio fue dirigir el sobre a «Simon Bronstein», y no hacía falta ser un policía excesivamente brillante para imaginar que ése podía ser el líder revolucionario Bronstein-Trotsky[40]. La situación quizá no fuera tan peligrosa para Trotsky como para otros prominentes marxistas. Al contrario de lo que ocurría con Lenin y Mártov, él no supervisaba el trabajo de organizaciones clandestinas en el Imperio ruso. Trotsky no pertenecía al Comité Central. Su mayor responsabilidad era la de pensar, escribir y entregar la copia a tiempo. Era consciente de que la Ojranka sabía dónde vivía, pero actuaba pensando que él y su familia podían seguir con sus vidas y sus asuntos sin

preocuparse demasiado por las autoridades imperiales. De hecho, nunca abandonó esta actitud, incluso cuando su enemigo ya no fue la Ojranka, sino el mortífero NKVD.

La financiación inicial de *Pravda* no era suficiente para garantizar su existencia, y Trotsky escribió a Máxim Gorki solicitándole un subsidio. Gorki era uno de los más famosos escritores rusos contemporáneos, y estaba deseoso de financiar la publicación de prensa marxista con los cuantiosos derechos que percibía. Trotsky le expresaba el orgullo que sentía por su periódico. Se quejaba de que la dirección del partido pretendía someterlo a su aprobación, con lo que obstaculizaba su trabajo. Le expresaba a Gorki que los lectores del Imperio ruso respondían «de maravilla» a cada número[41]. Buscaba todas las fuentes posibles de dinero, y escribió al grupo neoyorquino del partido para explicar que las deudas acumuladas por *Pravda* dificultaban la meta de una tirada de 8000 ejemplares[42]. Sus editoriales reclamaban apoyo económico de forma constante[43]. Enviaba personalmente recordatorios a los deudores y pidió prestadas 300 coronas a los socialdemócratas austriacos[44].

La conexión *Pravda* no fue la única que Trotsky recuperó con Ucrania. En 1908 empezó a enviar artículos de considerable extensión a *Odesskie Novosti* («Noticias de Odessa»[45]). Hizo lo mismo para *Kievskaya Mysl* («Pensamiento de Kiev»[46]). Su recurso a periódicos ucranianos era puramente práctico y no constituía ninguna señal de nostalgia. Trotsky no era ningún sentimental, por mucho que siempre le gustara Odessa. Pero había dejado atrás la Ucrania meridional cuando le habían enviado a la cárcel y al exilio de muy joven, y nunca había expresado el deseo de volver. Había abandonado a la familia y el confort material sin lamentarlo. También había abandonado a su primera mujer, de la que se había enamorado en Nikoláiev. Pero la razón que le llevaba a escribir para los principales diarios en Ucrania y no en Rusia era sencillamente que ésos le habían solicitado su colaboración. Por otro lado, estaban radicados en dos de los centros urbanos mayores y más influyentes del Imperio ruso, y los lectores del periodismo que allí se hacía tenían cada vez más importancia. Odessa y Kiev estaban unidos a Viena por comunicaciones eficientes. Podía enviar rápidamente sus copias a periódicos. Y también podía recibir su paga con rapidez, lo que era crucial para sus finanzas. Aunque tenía que practicar la contención a la hora de escribir, sus lectores podían entenderle entre líneas. Al escribir para *Odesskie Novosti*, declamaba: «Amo a mi país en su tiempo, y éste

es del siglo XX, nacido entre tormentas y tempestades. Esconde miles de posibilidades en su interior. Su territorio es el mundo entero.»[47] Se trataba de una manera discreta de identificarse como socialista e internacionalista.

Pravda como órgano ilegal atrajo los aplausos de militantes del partido en Rusia, Ucrania y las colonias de *émigrés* de Europa. Uno de ellos firmaba como «tu Sasha», y por su estilo familiar es muy probable que se trate nada más y nada menos que de su primera mujer, Alexandra Bronstein. Se tratase o no de ella, informa que el periódico disfruta de una buena aceptación en Odessa. Otros comunican una gran demanda en San Petersburgo[48]. Trotsky consiguió que las copias se distribuyeran. Disponía de muchos voluntarios para introducirlas en el Imperio ruso. Era casi una vida perfecta para él, por mucho que las inacabables disputas internas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia continuaran exasperándole.

La distancia geográfica que le separaba de las principales «colonias» de emigrantes revolucionarios hacía que la presión para responder a preguntas sobre su estrategia para un «gobierno obrero» fuera menor. Muchos pensaban que un régimen como ése requeriría del uso de la violencia masiva. ¿Era Trotsky partidario del terror? Trotsky no quiso responder. Sí es cierto que habló contra el «terror individual» en 1909 cuando los socialistas-revolucionarios asesinaron a Evno Azev, el informador de la policía que había penetrado hasta su Comité Central. Pero después cambiaba de tema, y hablaba del éxito de los socialistas-revolucionarios a la hora de reclutar militantes entre los obreros. Hacía una llamada al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que tenía que ganárselos para la causa[49]. Insistía repetidas veces en que cualquier revolución mundial requería la simpatía y la colaboración de la clase obrera. Esto no daba pistas de cómo pensaba desempeñarse para consolidar la dictadura del proletariado. Tan pronto como obtuvo el poder en la Revolución de Octubre abogaría abiertamente por la aplicación del terror de masas contra los «enemigos del pueblo». Pero en los años anteriores a la guerra no se sentía en la obligación de explicarse por adelantado. Optó por no revelar que cuando se valía de una palabra como «dictadura» se refería a ésta en su sentido más literal y despiadado.

Después de tanto perseverar en su perspectiva estratégica Trotsky se alejaba irremediablemente de los mencheviques, y su inclinación por un «gobierno obrero» le mantenía apartado de los bolcheviques. Aun así, no estaba del todo perdido para el partido en su conjunto. Continuó con su campaña para la unidad

organizativa. Para muchos de su partido, sin embargo, parecía como si Trotsky no tuviera principios[50]. Los bolcheviques no podían entender, simplemente, cómo podía propugnar un «gobierno obrero» y al mismo tiempo no atacar con fiereza a una fracción que propugnaba la alianza con los partidos de la burguesía. A los bolcheviques sólo les parecía plausible una respuesta a esta pregunta: seguramente Trotsky estaba más interesado en encabezar un Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unificado que en hacer la revolución. Los mencheviques lo aceptaban, pasando por alto su rechazo a implicarse en intrigas organizativas. De cualquier modo, ninguna de ambas fracciones le tenía en buena consideración por su vanidad. Incluso su sofisticada forma de vestir les parecía molesta. Adquirió la reputación de ser un aventurero sin compromiso ideológico. En un movimiento marxista llevado por las fracciones, su buena disposición hacia todas ellas en cada una de las disputas le granjeó muchos enemigos. No era un hombre fiable. En este juicio sí que estaban de acuerdo bolcheviques y mencheviques.

12

Unificador

La impopularidad de Trotsky entre los bolcheviques y mencheviques disminuía pero no anulaba su estatus como líder del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. El bolchevique Anatoli Lunacharski al organizar una escuela del partido en la isla de Capri, en el golfo de Nápoles, le escribió pidiéndole que le otorgara el beneficio de la duda al proyecto[1]. Los buenos conferenciantes escaseaban y Trotsky era uno de los mejores. No fue a Capri porque, como le dijo a Máxim Gorki, consideraba que el programa pedagógico estaba poco elaborado[2]. Prefería otra operación preparada por un grupo del partido en Niza, en donde enseñaba sobre las condiciones en Austria-Hungría[3]. Luego los bolcheviques «adelantistas» le pidieron que impartiera un curso sobre la socialdemocracia alemana y austriaca en la escuela que estaban formando en Bolonia para los retoños rusos. Pasó un mes con ellos. Los adelantistas estaban en la extrema izquierda del partido y denunciaban los ánimos de Lenin para que los bolcheviques porfiaran por su elección a la Duma y a la dirección de los sindicatos. Trotsky intentó hacerse con los alumnos arguyendo que si de verdad querían hacer una política de izquierdas tenían que unirse a su estrategia revolucionaria. Los organizadores de la escuela intervinieron rápidamente y advirtieron a los alumnos contra esa heterodoxia. Perdonaron a Trotsky simplemente por lo buen profesor que era[4].

Tal era su reputación entre los marxistas europeos, que se le pidió que hablara sobre la cuestión rusa en el congreso de Jena del Partido Socialdemócrata de Alemania en septiembre de 1911. Karl Liebknecht iba a introducir una resolución en la que se denunciaban las medidas coercitivas de Nicolás II en Finlandia. Se recogía material para este propósito, y se suponía que Trotsky iba a describir la situación desde la perspectiva local. De pronto llegó la noticia de que Piotr Stolipin, el primer ministro de Nicolás II que había propugnado diversas y significativas reformas agrarias, había sido asesinado en Kiev. El telegrama enfrió los deseos de la dirección del partido de seguir

adelante con un debate sobre Rusia. Quien había matado a Stolipin era un revolucionario ruso. ¿Cómo se interpretaría que otro revolucionario de Rusia tomase la palabra en Jena y cargara contra las autoridades imperiales rusas? Quizás el káiser Guillermo II, que mantenía afectuosas relaciones con Nicolás II, trataría un discurso semejante como la evidencia de que la dirección de los socialdemócratas justificaba el asesinato. August Bebel y otros recordaron que su partido había sido ilegalizado entre 1878 y 1890. No querían darle al gobierno ningún pretexto para volverlo a hacer. Bebel abordó a Trotsky y le preguntó su opinión sobre quién podía haber llevado a término el asesinato. Durante un tiempo se dio la preocupación de que fuera un socialdemócrata. Bebel también pensaba que quizá la policía en Alemania podía ponerle las cosas difíciles a Trotsky.

Trotsky renunció a su ponencia en el orden del día del congreso[5]. Eso molestó a Liebknecht, que quería que siguiera adelante con una condena del zarismo. Para Trotsky era un dilema. Liebknecht ayudaba sin cesar a los *émigrés* políticos del Imperio ruso siempre que se encontraban con problemas en Alemania. También estaba la corriente de izquierdas del Partido Socialdemócrata de Alemania, lo mismo que Trotsky en el suyo. Éste, sin embargo, pensaba que tenía que observar las convenciones políticas siempre que estuviera en el extranjero. En cualquier caso, sentía respeto y afecto por los líderes socialdemócratas alemanes que pensaban de Liebknecht que era un incordio. Mantenía correspondencia con Karl Kautsky. No quería que se le asociase con los que afirmaban que los socialdemócratas alemanes habían abandonado un compromiso genuino con la política revolucionaria. Algunos refugiados del Imperio ruso estaban entre los más acérrimos críticos de Kautsky. Entre ellos se incluían Rosa Luxemburg, Karl Radek y Alexander Parvus. A su manera de ver, la adhesión al marxismo y a la causa revolucionaria de la dirección del partido era sólo formal, puesto que hacían muy poco para destruir el orden imperial. Trotsky oía lo que sus compañeros decían. Al igual que muchos otros líderes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, creía que sus críticas eran exageradas e injustas.

Luxemburg mantuvo buenas relaciones con Trotsky en algunas ocasiones y aprobaba las medidas tendentes a unificar el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia. Pero no veía que su postura como promotor de la armonía fuera del todo honesta. En una carta a Luise Kautsky intentaba alertar al

Partido Socialdemócrata de Alemania sobre sus excesos polémicos en la prensa en ruso del partido:

> El bueno de Trotsky cada vez se pone más en evidencia. Incluso antes de que el comité técnico [de la dirección del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia] hubiera conseguido independencia financiera de Lenin para poder entregar dinero a *Pravda*, Trotsky tronó en *Pravda* contra este comité y contra toda la conferencia de París de manera insólita. Acusa directamente a los bolcheviques y a los polacos de ser «separadores del partido», y no dice ni una palabra en contra del panfleto de Mártov contra Lenin, que destaca por encima de todo lo demás por su bajeza y que obviamente sí intenta dividir al partido. Es un caso, en una palabra[6].

En el caso del Partido Socialdemócrata de Austria, Trotsky no se mostró tan escrupuloso a la hora de interferir en su política. Se mostró indignado con la decisión de la dirección de abrir una panadería en Viena: «Era una aventura sin sentido, peligrosa en sus principios e imposible en la práctica». Victor Adler y sus asociados se entrevistaron con él esbozando «una sonrisa condescendiente de superioridad»; rechazaron sus objeciones, según las cuales estaban convirtiendo «la posición del partido del proletariado en una sociedad capitalista»[7]. Trotsky también puso objeciones al trasfondo nacionalista de los marxistas austriacos cuando escribían sobre la rivalidad austriaca con Serbia. Había oído directamente de boca de socialistas de los Balcanes, sobre todo serbios, que la prensa liberal y conservadora de Belgrado citaba el *Arbeiter-Zeitung* vienés como una prueba de que el internacionalismo del movimiento obrero europeo era una mera ficción. Eso le puso furioso, de modo que le envió a Kautsky un artículo para que lo publicara en el *Neue Zeit* de Berlín. Tras algunas vacilaciones Kautsky cedió, y la dirección austriaca del partido se sintió ofendida de que su invitado se hubiera mostrado tan injurioso. Así, aun admitiendo la precisión objetiva del artículo, objetaban que nadie se tomaba en serio los editoriales sobre política exterior del *Arbeiter-Zeitung*. No hubo consenso. Lo que se imprimía en Viena, señalaba Trotsky, tenía un impacto en Belgrado. Su intención era que la dirección mostrara un mayor rigor intelectual en cuestiones de debate público[8].

Por lo general, sin embargo, se mantenía apartado de los debates del marxismo austriaco. Se mantuvo dentro de las lindes de sus propias preocupaciones intelectuales e ignoró los recursos imaginativos con los que Otto Bauer, Karl Renner y Victor Adler exploraban la doctrina y la política del partido. Como vivían en el gran Estado multinacional de Austria-Hungría, pretendían que los marxistas no podían planificar como es debido el futuro socialista a menos que se tomaran la «cuestión nacional» seriamente. La conclusión a la que llegaron era original. Proponían que una vez que se diera la revolución, cada nación tendría derecho a elegir a los representantes de su propia asamblea. El eslogan era «autonomía nacional-cultural». Bauer y sus compañeros de dirección esperaban que estas asambleas nacionales equilibraran el poder del parlamento unitario electo. Se esperaba que las tensiones entre ambos lados de la constitución disminuirían gracias al reconocimiento popular del deseo sincero del gobierno socialista en tratar con justicia y dignidad a todas las naciones.

Mientras continuaba disfrutando de los encuentros con las luminarias políticas y culturales de Viena en el Café Central, también llevaba a sus hijos al parque cercano a jugar a fútbol y balonmano. A toda la familia le gustaba también visitar a los Skobelev, a los Ioffe y a sus hijos. A los tres años Liev desarrolló un afecto especial por la hija pequeña de los Ioffe, Nadja[9]. Trotsky decoraba el abeto de la familia por Navidad, pero él y Natalia sentían desagrado por «la orgía de la compra de regalos»[10]. El ateísmo era un ingrediente básico de las conversaciones hogareñas. Los chicos sólo supieron de la Virgen María cuando fueron a la escuela cristiana local[11]. Su educación doméstica podía llevar a situaciones embarazosas fuera del piso. «¡Dios no existe y Santa Claus tampoco!», había soltado un día Serguéi[12]. Liev y Serguéi crecieron con opiniones firmes, pero su padre y su madre no les equiparon con recursos para evitar las ofensas. De otro modo los chicos se adaptaban maravillosamente a Viena… Quizá demasiado, en opinión de Trotsky. Él quería que hablaran ruso, y también quería inculcarles un alemán estándar, pero como iban a la escuela local aprendieron el dialecto vienés. A Trotsky no le hacía ninguna gracia, pero su amigo Alfred Adler admiraba tanta habilidad lingüística, y bromeaba diciendo que Liev y Serguéi hablaban «como dos viejos cocheros»[13].

Natalia ansiaba volver a unirse a Trotsky en su actividad política, y salía con él en cuanto los chicos estaban en la cama. Eso preocupaba al pequeño Serguéi:

«¿Por qué vas al café?». Natalia respondía con firmeza: «Mira, Seriozhenka [el apodo de Serguéi], he hecho todo lo que era necesario para ti y ahora lo único que tienes que hacer es ponerte a dormir». La contestación era inmediata: «Pero cuando estás en casa piensas en mí». Entonces Natalia era clara: «Me voy para relajarme un poco… Hablaré con amigos y me enteraré de lo que pasa en el mundo… Y luego mañana te lo explicaré». Liev, el mayor de los dos, estaba de acuerdo con su hermano, pero ya entendía que sus padres tenían obligaciones que iban más allá de las domésticas[14]. Los chicos estaban bien educados y los amigos no recordaban que Trotsky les levantara la voz[15].

Trotsky seguía trabajando para la prensa legal en el Imperio ruso, y como había hecho siempre se dedicaba al periodismo cada vez que una disputa política le tenía preocupado. Tenía una clara intuición para las buenas historias. Como había asistido a una conferencia de Roberto Michels sobre la «falta de carácter» de la burguesía alemana, ofreció su propia comparación de Alemania y Rusia. Citaba a Piotr Struve para exponer que la burguesía rusa era un «cero a la izquierda». (Lenin nunca hubiera dado una publicidad positiva a nada escrito por Struve. Trotsky corregiría su detalle amable en un artículo posterior: «El principal talento de Struve —o, si se prefiere, su tendencia natural— reside en que siempre ha actuado “por encargo”.»[16] Trotsky afirmaba que la burguesía en Alemania había proporcionado al país ciudades, y también le había dado a Martín Lutero y a Thomas Münzer, y la Reforma y la revolución de 1848. No veía nada comparable en todos los siglos de la historia rusa. En el momento en que escribía, afirmaba, la clase media rusa estaba representada por el líder octubrista Alexandr Guchkov. Los octubristas eran un partido conservador que se había comprometido a hacer que el sistema de la Duma funcionara lo mejor posible. Eran leales a la monarquía. Trotsky no podía resistirse nunca a la oportunidad de atacar a las élites políticas y comerciales de Rusia, y hacía el chiste de que la única distinción de Guchkov era haberse dejado crecer la «barba hereditaria de mercader»[17].

Mientras jugaba con su tema tan querido de las peculiaridades del desarrollo histórico ruso, distraía su atención de las cuestiones urgentes a las que se enfrentaba el partido. Pero ni las había olvidado ni habían dejado de preocuparle. Insistía desde Viena a sus correspondientes en Francia y Suiza: se hacía necesaria una reunificación organizativa completa. Como no dejaba nunca de recalcar, un proletariado monolítico requería de un partido único, y no de un

circo de fracciones gritándose entre ellas. Los acontecimientos parecieron darle algo de razón cuando en 1909 un grupo conocido como los Liquidadores ganó prominencia en San Petersburgo. Su argumento principal era que las organizaciones clandestinas del partido ya no eran capaces de hacer progresos. De este modo, los camaradas tenían que dar prioridad a la actividad política y social legal. Tenían que promover sus candidaturas a la Duma estatal. Tenían que hablar en las multitudinarias asambleas abiertas y escribir para la prensa de San Petersburgo. No llamaban al abandono permanente del partido, pero sí querían concentrar sus energías en otros lugares. Inspirados por Alexandr Potresov, uno de los fundadores de *Iskrá*, se las arreglaron para publicar un periódico —*Luch* («El Rayo»)— en San Petersburgo en septiembre de 1912. Eso resultó ofensivo para los líderes del partido, que consideraban que el aparato del partido ilegal era sacrosanto. Por mucho que la intención de Potresov y sus amigos no fuera cancelarlo, con su política acabarían obteniendo ese resultado. Todas las fracciones existentes se manifestaron contrarias a los Liquidadores en mayor o menor grado.

Los bolcheviques leninistas y los mencheviques martovistas se reunieron en el pleno del Comité Central de enero de 1910. Trotsky obtuvo financiación para la publicación de *Pravda*. Pero esto tenía un precio. Tenía que aceptar a Lev Kámenev como parte del consejo de redacción[18]. Eso equivalía a un conflicto familiar. Kámenev era por aquel entonces el marido de la hermana menor de Trotsky, Olga. Cuando Kámenev se desplazó a Viena para hacer de perro guardián de Lenin, ella también le acompañó, como era natural. El bolchevique Anatoli Lunacharski, hostil a Lenin y Kámenev en ese tiempo, recuerda el desenlace:

> Pero entre Kámenev y Trotsky se dio enseguida un distanciamiento tan violento que él volvió casi enseguida a París. Diré aquí, y no me cansaré de repetirlo, que Trotsky era pésimo como organizador no sólo del partido, sino también de cualquiera de sus pequeños grupos. Prácticamente no tenía colaboradores fieles. Si al final lograba imponerse en el partido era enteramente gracias a su personalidad[19].

Trotsky veía las cosas de otro modo. Le había parecido odioso que Kámenev quisiera interferir en el contenido de sus escritos. Kámenev, por su parte, vio

pronto que estaba perdiendo el tiempo[20]. De todos modos, el juicio básico de Lunacharski era justo. Trotsky, que ya había cumplido los treinta años, carecía del temperamento necesario para reunir un equipo amplio a su alrededor. El unificador por excelencia tenía la facultad de repeler a sus posibles partidarios, y no parecía entender nunca que eso era un problema. Lunacharski lo atribuía todo a su «colosal arrogancia».

Trotsky era igual de impopular entre los mencheviques como entre los bolcheviques. Durante el año 1910 insistió en su campaña de reunificación, y llamaba a una conferencia de todo el partido para resolver acuerdos de cooperación. Eso le ocasionó algún problema. El Comité Central, dirigido por los mencheviques, trató esa petición como un intento de sobrepasarlo en sus funciones. Se le trató como sospechoso de ambición personal. Volvieron a producirse movimientos para privar a *Pravda* de su subsidio oficial[21].

Pero Trotsky respondió luchando. Declaró que era una locura que las fracciones conspiraran unas contra otras. ¡Un partido, una clase obrera, una revolución! La causa común precisaba de un partido reunificado para que fuera capaz de proporcionar el liderazgo necesario al movimiento huelguístico que se extendía por las fábricas y minas del Imperio. Eso tenía que hacerse con la debida consideración. Trotsky alertaba contra esa clase de partido que dominaba a los trabajadores en pensamiento y obra. Su intención era liberar la iniciativa obrera y la «autoactividad». El partido «sólo era concebible como organización del estrato avanzado» de la clase obrera[22]. Continuó con esta campaña hasta la Primera Guerra Mundial. El propósito era inducir la «independencia» de los militantes obreros de la supervisión externa. Era el único camino para hacer posible la revolución[23]. La razón por la que sobre todo cabía felicitarse, pensaba, era que la mayoría de los miembros del partido en el Imperio ruso no se adhería a ninguna fracción en particular[24]. No era necesario que el sectarismo se convirtiera en un fenómeno permanente. Trotsky observaba que ninguna fracción, ni siquiera la de los bolcheviques, era internamente estable. Las fracciones eran tan amigas de polémicas como el partido en su conjunto, y esperaba que esta situación pudiera aprovecharse para diseñar las condiciones necesarias para la reunificación[25].

El contraste con los bolcheviques leninistas, cuando no con los demás bolcheviques, residía en el papel que se le asignaba a la clase obrera. Los periódicos del partido, según Trotsky, no tenían que dirigir el movimiento

obrero, sino que debían servirle. En su *Pravda* éste era el tema recurrente del editorial. Se burlaba de los socialistas-revolucionarios porque carecían de la base proletaria propia del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Estaba muy interesado en conseguir nuevos miembros procedentes del Partido de los Socialistas-Revolucionarios. Daba por sentado que su propio partido era el refugio natural e inevitable para los revolucionarios de la clase obrera[26]. Compartía la vieja asunción marxista según la cual los obreros eran una única clase social con intereses uniformes. Para ellos no tenía sentido que existieran múltiples organizaciones que los representaran. Más aún: había comprobado la volatilidad de la política entre 1905 y 1906.

Lo que planteaba más dificultades era la gran debilidad en que había quedado sumido el partido tras la represión de los hechos revolucionarios de 1905-1906. Trotsky lo admitía. En la mayor parte de lugares ya no existían los comités, y los intelectuales habían abandonado la socialdemocracia. Habría resultado necio decir que las perspectivas de revolución eran buenas en algún lugar. Pero Trotsky rechazaba el desánimo. La prioridad del partido tenía que ser el reclutamiento en los medios obreros[27]. Al final cambiaría el ánimo en la clase obrera, y la monarquía sería derrocada. Ésta era la creencia que sostenía su moral. Sería él quien describiera el bolchevismo y el menchevismo como «creaciones puramente intelectuales». Una situación así era un anatema para la clase obrera. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia debería tenerlo en cuenta y poner fin a sus disputas internas. Los obreros no iban a tomarse en serio el marxismo hasta que no cesaran los enfrentamientos. El camino hacia delante no sólo dependía de los acuerdos de compromiso. La revolución, cuando viniera, resultaría de la lucha de clases. Los obreros no necesitaban que nadie les dirigiera: lo que había que hacer era animarlos a avanzar por sus propios medios. Encontrarían el camino sin la guía estricta del partido. Para la clase obrera era crucial la autonomía de acción[28]. En este período fue muy frecuente que con esta clase de comentarios se distanciara del bolchevismo.

Durante un tiempo Trotsky dejó de replicar a los artículos polémicos que Lenin publicaba. Había que trabajar la paz, y Trotsky quería dar ejemplo[29]. Sus esfuerzos no suscitaban la admiración de todo el mundo. Incluso camaradas que le eran favorables, como Dmitri Sverchov, acusaban el golpe de que muchos en el partido se reían de él. ¿Cómo iba a ser posible unir a dos fracciones irreconciliables[30]? Pero Trotsky no renunciaba a su objetivo. Esto irritaba a

muchos en el partido. ¿Por qué tenía que dedicar tanto tiempo y tanta energía a una causa perdida? Algunos respondían que su propósito real era ponerse por encima del aparato central del partido y convertirse así en el líder supremo. Los bolcheviques le odiaban; los mencheviques, como poco, le consideraban altamente sospechoso e hicieron maniobras para retirarle el subsidio oficial a *Pravda*. La defensa de Trotsky fue vehemente, y en verdad las acusaciones era decididamente excesivas. La hostilidad que despertaba demostraba la validez de su acusación cuando decía que los gerifaltes de la emigración habían perdido el contacto con la realidad del partido en Rusia. Con más razón todavía tenía que reclamar la convocatoria urgente de una conferencia del partido[31].

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia era tan difícil de mantener unido como el mercurio en un plato. Las alianzas y los antagonismos cambiaban constantemente. Una extraña combinación de dos fuerzas contendientes emergió en enero de 1911, y veteranos radicados en Rusia como Iósif Stalin, entonces una figura emergente en la fracción bolchevique y luego convertido en el enemigo más mortífero de Trotsky, observaban desconcertados la energía consumida por el enfrentamiento entre el bloque Lenin-Plejánov y el bloque Trotsky-Mártov-Bódganov. Para Stalin era «una tormenta en un vaso de agua» mientras las discusiones sobre la epistemología subían incesantemente de tono[32]. Los mencheviques, tenían la intención en ese momento de tolerar a Trotsky. Lo mismo le ocurría a Alexandr Bogdánov y a muchos otros bolcheviques antileninistas. Lenin apretó el acelerador. Contrariado por el éxito de Trotsky con *Pravda*, él y sus propios seguidores bolcheviques dieron inicio a su propio periódico popular, *Rabochaya Gazeta* («Diario de los Trabajadores»)[33].

Trotsky expuso sus frustraciones en el diario menchevique *Nasha Zarya* («Nuestro Amanecer») en 1911, puesto que quería llegar más allá de su pequeño grupo de seguidores. (Hubiese hecho lo mismo en uno bolchevique si Lenin le hubiera ofrecido tal oportunidad). El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia supuraba sectarismo. Las fracciones se enfrentaban a las fracciones. Las controversias se sucedían. Las viejas amistades y asociaciones se habían desvanecido, lo mismo que la cooperación. Y esto ocurría en el preciso momento en que el movimiento obrero ruso, tras un período de letargo, empezaba a despabilarse. La crisis industrial se había revertido. La inversión extranjera fluía a las arcas del país. En San Petersburgo se construían grandes instalaciones

metalúrgicas, y la industria textil resurgía en la región de Moscú. Los salarios volvían a recuperarse. Más calmado, el miedo al desempleo aumentó la militancia de los trabajadores. Los sindicatos les apoyaban en sus enfrentamientos con los empresarios. Trotsky, como sus compañeros en la dirección del partido, sentía que el período de retraimiento político estaba llegando a su fin. Seguro que sus camaradas enterrarían sus diferencias. La situación revolucionaria había favorecido cierto acercamiento entre bolcheviques y mencheviques. Trotsky, el eterno optimista, se persuadió a sí mismo de que el aumento de la militancia entre los trabajadores de las fábricas y los mineros de todo el Imperio ruso actuaría como un poderoso estímulo para la unidad del partido.

Lejos de aprovechar la ventaja de la turbulencia social, los marxistas rusos seguían insistiendo en su inclinación hacia el fraccionalismo interno. La proliferación de grupúsculos continuó al tiempo que las disputas se intensificaban entre los mencheviques de Mártov, los bolcheviques de Lenin, los plejanovistas, los adelantistas y los Liquidadores. Los malentendidos y las divergencias entre los *émigrés* se complicaban, mientras que las organizaciones clandestinas del partido en el Imperio ruso se exasperaban entre ensordecedoras polémicas. Según su política oficial, los mencheviques favorecían los sindicatos «neutrales» y los bolcheviques lo criticaban, porque les parecía que así se renunciaba a la importancia primordial que el partido otorgaba a la política. Sin embargo, los mencheviques que operaban en el movimiento obrero, en lugar de imponerse marcos diseñados en el extranjero, habían convertido esos sindicatos en «sustitutos de la organización política». En la práctica, por tanto, ignoraban la política de su propia fracción. Entretanto, se suponía que los bolcheviques de Rusia politizaban los sindicatos. En lugar de eso se habían preocupado tanto por la pureza de sus especificaciones políticas que habían abierto una brecha entre ellos y el partido. Los llamados Liquidadores, por otra parte, apenas practicaban lo que predicaban. Funcionaban en estrecha colaboración con los comités del partido, trabajaban con ahínco y productivamente para alcanzar los objetivos. Los bolcheviques rechazaban reconocer tal cosa y atribuían su existencia a lo que Trotsky llamaba «un terror de organización»[34].

Trotsky no se mostró en absoluto condescendiente con Alexandr Potresov y los Liquidadores, ni con los que rechazaban romper con ellos. Atacó a Mártov por no confrontarse a Potresov. Los bolcheviques reprodujeron el argumento de

Trotsky como una prueba de que estaban en lo cierto[35]. Al mismo tiempo castigaban a Trotsky por su rechazo a permitir que Kámenev, el representante del Comité Central, ejerciera control alguno sobre *Pravda*, lo que les llevaba a cuestionar si Trotsky era consistente en su trato práctico con Potresov. Su comportamiento, decían, era «coquetería»[36]. Trotsky siguió actuando a su manera. No sabía cómo librarse de los Liquidadores si no era persuadiéndoles de que tenían que dejar de existir. Estaba seguro de que los bolcheviques eran excesivamente beligerantes, pero no ofrecía ninguna alternativa práctica.

13

Corresponsal especial

Trotsky vivía la vida a su manera. Los períodos de encarcelamiento o de exilio habían sido excepcionales, y ni siquiera en esas circunstancias había decaído su actividad revolucionaria. De pronto, en enero de 1912, se vio afligido por tribulaciones personales. La boca se le hinchó tanto que tuvo que guardar cama. Fue en este tiempo cuando murió su madre[1]. No habían mantenido una relación cercana desde los días de escuela, pero la noticia le impactó. Su problema dental empeoró tanto que no podía hablar bien. Pasaban las semanas y los médicos se veían incapaces de mejorar sus condiciones. Pavel Axelrod tuvo que ayudarle a satisfacer los honorarios médicos[2]. Y entonces, al dentista, uno de los mejores de Viena, se le rompió la fresa, de modo que se le quedó clavada en la mandíbula durante la extracción de una muela del juicio. Trotsky no confiaba en que eso no tuviera importancia, tal como le aseguraba el dentista, y consultó a otro cirujano[3].

No habían acabado de arreglarle la boca cuando se presentó su hermana Yelizaveta para pasar un par de semanas junto con su hijo Alexandr. Y entonces apareció también el padre de Trotsky, tras una ausencia de cinco años, con Zina Bronstein, que entonces tenía once, y se quedaron a pasar el verano. Trotsky se quejaba a los conocidos por la «cascada de familiares»[4]. Su rutina de trabajo se veía afectada. Tenía problemas estomacales, y sufría un gran estrés. David Bronstein asumió los gastos de los cuidados que se dispensaban al revolucionario adulto:

> He ido con mi padre a visitar a un profesor [médico] que me ha abierto la hernia y me ha propuesto hacer una operación. Aparte de esto me ha recomendado que vaya a la montaña (para cuidarme los nervios), en donde hay un balneario. He pospuesto la operación hasta invierno, y el viaje a la montaña hasta después de la conferencia. Primero mi padre insistía en hacer el viaje de inmediato, pero tras pasar con nosotros su

primera semana se ha convencido de que en este momento no me conviene viajar[5].

Es posible que Trotsky se llevara consigo a su padre porque necesitaba que pagara la consulta. En sus cartas se insinúa un motivo adicional: Trotsky parece complacido por la compañía de alguien consagrado a satisfacer sus intereses. Volvía a ser el centro de atención, y la visita conjunta al profesor vienés le levantó el ánimo.

En política tenía que recuperar el tiempo perdido. Las fracciones del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia habían acordado por fin celebrar una conferencia. Los bolcheviques constituían la excepción, por lo menos la sección de bolcheviques afines a Lenin. Éstos habían ganado por la mano a todos los demás en enero de 1912 al celebrar su propia reunión en Praga y elegir a su propio Comité Central. Esto equivalía a una declaración de independencia, y era la manera que tenía Lenin de decir que era el único partido marxista legítimo en Rusia.

A los leninistas no les podía preocupar menos lo que ocurría con el resto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La dirección bolchevique de San Petersburgo sorprendió al propio Lenin fundando un periódico legal en la capital al que pusieron el nombre de *Pravda*. Se trataba de un insulto calculado y dirigido a Trotsky, cuyo propio *Pravda* llevaba publicándose desde 1908. Al condenar a los advenedizos, éste proclamó que «el círculo fraccionario y cismático leninista» estaba sembrando deliberadamente la confusión en el partido. Lamentaba no poderles llevar ante un tribunal, lo que no dejaba de ser curioso viniendo de alguien que despreciaba las leyes y normas de la burguesía. En lugar de eso, amenazó con elevar su queja a la Segunda Internacional a menos que los bolcheviques cambiaran el nombre de su periódico[6]. Fundada en 1889 y radicada en Bruselas, la Segunda Internacional (Socialista) era el organismo coordinador para la mayoría de partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas de Europa. Trotsky esperaba avergonzar a los leninistas de tal manera que pusieran fin a su perturbadora iniciativa. Con el mismo propósito en mente escribió a los diputados marxistas en la Duma estatal, arguyendo que los bolcheviques estaban sumiendo en la confusión a los lectores de publicaciones del partido[7]. Lenin estaba encantado con todo el jaleo. Instalado en Cracovia para pasar el verano de 1912, su intención era lograr que bolcheviques y

mencheviques operaran separadamente en la Duma. Consideraba que una ruptura organizativa era el requisito previo para preparar a los bolcheviques ante inminentes oportunidades revolucionarias. Trotsky contactó con colaboradores financieros para rogarles que no consideraran la «conferencia leninista» como una expresión legítima de la opinión del partido[8]. La única alternativa era llevar a cabo sus planes y celebrar una conferencia más amplia en Viena[9].

La desfachatez bolchevique preocupaba al resto del partido. Por regla general no se creía que Lenin pudiera mantener su separatismo permanentemente, y muchos le detestaban por el daño que estaba causando. Esa hostilidad tenía también una dimensión financiera. La subfracción bolchevique de Lenin había conseguido dinero mediante el asalto de bancos, contraviniendo la política del partido. También se había apropiado en exclusiva de donaciones destinadas al partido en su conjunto. Lo mismo había hecho con un legado doble obtenido por dos inocentes muchachas seducidas por otros dos bolcheviques que se habían casado con ellas. En ese tiempo el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia ya estaba unido formalmente, y los mencheviques sostenían que Lenin no tenía derecho a monopolizar la posesión de lo recaudado. La disputa hacía años que duraba, y no parecía que la solución estuviera cerca. Se creó una comisión de arbitraje formada por prominentes socialdemócratas alemanes: Karl Kautsky, Clara Zetkin y Franz Mehring. Desde el punto de vista de los mencheviques era ventajoso reunir a todas las fracciones antileninistas en una conferencia, pues así se les tomaría más en serio, por mucho que no fuera probable la asistencia de los partidarios de Lenin. Como impulsor de la causa de la unificación organizativa, Trotsky había estado presionando desde hacía mucho tiempo para que tal reunión se celebrara. Estuvo encantado cuando Mártov se mostró de acuerdo en conceder los fondos para que las fracciones se encontraran en Viena en agosto de 1912.

La influencia política de Trotsky estaba aumentando desde el momento en que los mencheviques podían utilizarlo para sus propios propósitos. Se mostraron más que contentos de que fuera él quien expusiera el caso de los fondos discutidos ante Zetkin y los demás[10]. Pero esto no significa que Trotsky les gustara. Sabían, eso sí, que muchos marxistas extranjeros le consideraban un árbitro de la razón y el compromiso en la lucha contra el fraccionalismo[11]. Cuando quería, sabía desenvolverse con extraordinaria soltura y buenas maneras. En cuanto se encontraba entre los capitostes de la Segunda Internacional parecía

uno de ellos. Para muchos otros miembros de la dirección del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia constituía una mejora que no les enviara cartas malhumoradas.

Se ofreció voluntario para atender a las cuestiones organizativas prácticas de la conferencia de Viena, y se aceptó dicho ofrecimiento. Durante más de un mes estuvo ocupado buscando alojamiento para los delegados[12]. El que iba a reunirse en el mes de agosto en la capital austriaca era un grupo muy heterogéneo. Aparte de los mencheviques iban a estar representados los bundistas, los adelantistas, el Cáucaso meridional, Letonia, Polonia e incluso los Liquidadores. Los bolcheviques leninistas eran la única fracción sustancial ausente, y la desafiante defensa de su propio comité central era el objeto del desprecio de la conferencia. Aun así, no se replicó de manera equivalente con la formación de un comité central, sino que se formó modestamente un comité organizativo. Los delegados empezaron a abandonar la conferencia antes de su finalización. En el viaje a Viena habían podido comprobar por ellos mismos lo difícil que iba a resultar la reconciliación de los elementos conflictivos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, incluso sin que ni siquiera Lenin estuviera presente. Las diferencias nacionales resultaban perjudiciales para la coordinación de las actividades. Tampoco resultaban de mucha ayuda los desacuerdos políticos que surgían entre los adelantistas a la izquierda y los Liquidadores a la derecha.

Si Trotsky había esperado ser una fuerza dominante en las reuniones, tal vez fuera porque había olvidado la recepción que se le había dispensado en el V Congreso del partido. Ningún menchevique iba a tolerar que le dijeran lo que tenía que pensar o hacer. Ningún bundista tenía razones para tomarle cariño. Marian Melenevski, que le había entregado el *Pravda* vienés, se sintió ofendido al ver que se oponía a sus llamadas a la reafirmación nacional de Ucrania[13]. Trotsky se mostraba desafiante. Como sabía que ningún marxista alemán estaba presente, afirmó que sus ideas eran un antídoto vital para el «oportunismo europeo»[14]. No era eso precisamente lo que le hubiera gustado que Karl Kautsky oyera. Sin nada que perder, reprendió a todas las fracciones del partido: «Nuestro viejo partido era una dictadura de la intelectualidad democrática, apoyada en el punto de vista del marxismo, sobre el movimiento obrero.»[15] A Trotsky nunca le había preocupado hasta qué punto irritaba a sus aliados potenciales. Hablaba sin rodeos, en la creencia de que los debates del partido

tenían que consistir precisamente en eso. La conferencia adoptó diversas resoluciones de política general. Se acordó adoptar la idea de los marxistas austriacos en cuanto a la «autonomía nacional-cultural» como solución a los problemas que comportaba gobernar un gran Estado multinacional. En bien de sus intereses había que permitir que cada nación creara sus propias instituciones centrales. Esto era un anatema para los bolcheviques, que querían mantener un estado unitario y multinacional tras el derrocamiento de la monarquía, por mucho que se propusieran otorgar amplios poderes autonómicos en aquellas regiones en las que la mayoría de los residentes perteneciera a naciones diferentes a la rusa.

Cuando la conferencia se acercaba a su fin se habló sin tapujos sobre el movimiento de unidad que se había conseguido. Se hicieron promesas de fidelidad al espíritu del «bloque de agosto», y Trotsky expresó sus esperanzas en que el resultado fuera la reunificación de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Pocos eran, sin embargo, los que sentían que se hubiera avanzado algo. En eso que llamaban «bloque» persistían las tensiones de las fracciones. De todos modos, la contribución de Trotsky a los debates de la conferencia había sido mínima. Mantuvo una actitud un tanto distante después de que los delegados partieran de Viena. Durante años había ignorado a los marxistas austriacos en la implicación que mostraban con la cuestión nacional, y no vio ninguna razón para alterar su actitud tras la conferencia. Se resistía a que le afectaran las discusiones generales que rodeaban al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Los bolcheviques y mencheviques discutían ruidosamente sobre la cuestión agraria y sobre la cuestión nacional, así como sobre la naturaleza del imperialismo y del militarismo contemporáneos, y sobre el desarrollo del capitalismo. Pero Trotsky se mantenía por lo general al margen de las controversias. Incluso cuando se trataba de problemas organizativos en el partido, sus artículos sólo repetían lo que llevaba escribiendo desde hacía mucho tiempo.

La gente daba por descontado que Trotsky volvería a sus obligaciones editoriales en *Pravda* tan pronto como concluyera la conferencia. También era lo que él pensaba en ese tiempo. Viena era su reducto de confortable cuarentena. En la conferencia había dicho lo que había querido. No había llegado a ninguna parte. Experiencias como ésta iban a convertirse en una pauta para él, y seguramente encontraría refugio en el periodismo que ejercía en los periódicos marxistas. Cuando en septiembre anunció que iba a viajar a los Balcanes como

corresponsal especial del *Kievskaya Mysl* resultó una sorpresa para todo el mundo. En ese mes se había declarado la guerra entre las autoridades otomanas centrales y la Liga Balcánica de Grecia, Serbia, Montenegro y Bulgaria. Los turcos se encontraban en una gran desventaja estratégica. En mayo de 1913 habían sido derrotados de forma aplastante, y el Tratado de Londres les obligó a ceder grandes extensiones territoriales a Europa. También tuvieron que reconocer la independencia de Albania. La retirada turca se reveló enseguida como un preludio de hostilidades militares en el seno de la propia liga. Así empezó la Segunda Guerra Balcánica, cuando Bulgaria atacó posiciones griegas y serbias en junio. Rumania también se vio implicada. Ninguno de esos Estados salió incólume, pero quienes más sufrieron fueron los búlgaros. Los enfrentamientos finalizaron en julio de 1913.

Al partir hacia la guerra, Trotsky no era uno de esos forasteros que se entusiasmaban de repente por los serbios, los croatas o los montenegrinos. Acudía allí con profundas premoniciones, tal como escribió:

> Pero cuando me encontraba en aquel puente de Belgrado y veía las largas filas de reservistas y civiles con el brazalete de la Cruz Roja oí de labios de diputados en el Parlamento, de periodistas, de campesinos y de obreros que no habría vuelta atrás, y que la guerra podría estallar en unos días. Fue entonces cuando reparé en que diversas personas a las que conocía —políticos, editores y conferenciantes— ya estaban en la frontera empuñando un arma, en primera línea, e iban a tener que matar y morir. En ese tiempo la guerra, una abstracción con la que especulaba en mis pensamientos y artículos, parecía improbable e imposible[16].

Más tarde se referiría a ese período de su vida como una ocasión para estudiar el arte de la guerra. Persuadió a sus seguidores de que aquella experiencia le había formado para su cargo como comisario del pueblo para Asuntos Militares en marzo de 1918. Se trataba de una exageración poética. Como corresponsal mostró poco interés en las tácticas o en la estrategia empleadas por las fuerzas beligerantes.

Kievskaya Mysl no solicitaba de él que se pusiera en primera línea de fuego, y de forma muy sensata él no se desplazó hasta la cercanía de ningún enfrentamiento. (El contraste con los riesgos que asumió en la guerra civil rusa

es ciertamente curioso). No leyó libros sobre la región en conflicto, ni aprendió los lenguajes locales. Sentía que bastaba con ir a los Balcanes con un par de ojos bien abiertos y una ideología ya formada. Los frentes eran inestables, y las batallas se daban de manera impredecible. Los combatientes se mostraban capaces de horripilantes atrocidades contra todos sin excepción. Trotsky informaba del ambiente que se respiraba y explicaba los motivos de las rebeliones contra los otomanos. Sus artículos eran tan buenos como los de cualquier otro periodista de aquel tiempo. Viajó a varias de las principales ciudades de los Balcanes, y envió diversos despachos desde Sofía y Belgrado. Hablaba con cuantos líderes públicos quisieran entrevistarse con él, y por lo general les hacía preguntas sobre lo que esperaban obtener de la guerra, política o territorialmente. Aceptaba consejos de la prensa local. También se tomó el trabajo de hablar con los soldados. Aunque siempre estuvo en la retaguardia, fue testigo de muchas de las consecuencias. A diferencia de muchos otros reporteros, fue a los hospitales y habló con los heridos. Sus descripciones superan la prueba del tiempo. Así, nadie que leyera sus artículos de 1912-1913 se habría sorprendido de la ferocidad de la violencia interétnica en esa región en décadas posteriores.

En uno de sus despachos escribió:

> Después de separar a los muertos de los heridos se consideró cuáles de éstos tenían heridas graves y cuáles leves. Los graves se quedaron en lugares no muy alejados de los lugares de la batalla en Kirkilios, Yambol y Filippopol, mientras que a los leves los traen hacia aquí, a Sofía. Aquí llegan casi exclusivamente los que tienen heridas «leves» en la pierna, el brazo o el hombro.
>
> Pero estos [soldados] no sienten que les hayan herido levemente. Siguen cubiertos por el estruendo y el humo de una batalla que les dejó inválidos, parecen seres llegados de otro mundo terrible y misterioso. Han perdido los pensamientos y los sentimientos que habrán huido más allá de los límites de la batalla que acaban de experimentar. Hablan de eso y sueñan con eso cuando duermen[17].

Se trataba de una expresión discreta, pero de efectos poderosos.

En enero de 1913 volvía a Viena, después de tres meses de ausencia en la

redacción de *Pravda,* un hombre aleccionado. Así, en casi todos sus artículos quedaba inscrito un tema: el peligro del nacionalismo en el sudeste de Europa. Toda aquella región le había parecido una casa de locos, y recalcaba que las aspiraciones nacionalistas ponían en peligro la paz en todos los rincones del continente. Con anterioridad a su viaje a los Balcanes no había escrito casi nada sobre la cuestión nacional, pero gracias a sus observaciones sobre el terreno estaba convencido de que la guerra entre Austria y Serbia iba a estallar antes o después, que era únicamente cuestión de tiempo. Su prioridad en ese momento era asegurar una plataforma europea para su pensamiento, de manera que buscó una invitación para hablar en el Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania, a celebrar poco después[18]. Sabía más sobre los peligros en la Europa suroriental que cualquier socialista del continente, salvo los nativos de la región. Estaba comprometido, por principio, con la Internacional Socialista, en la oposición al militarismo y al imperialismo. Estaba totalmente de acuerdo con la política según la cual ningún partido socialista debería apoyar a su gobierno en ninguna guerra futura. Pero instintivamente comprendía que se hacía necesario asegurar un acuerdo entre tantos partidos. Los socialdemócratas alemanes eran la fuerza principal en la Internacional Socialista. La tarea más urgente de Trotsky consistía en dejar de lado los conflictos internos de la socialdemocracia rusa y alertar a los camaradas de Alemania de la necesidad de una acción preventiva urgente.

Durante su viaje por los Balcanes había dejado *Pravda* a cargo de Semen Semkovski, pero a la vuelta volvió a lanzarse a la actividad del periodismo de partido. La unidad organizacional era su principal preocupación. El episodio de periodismo militar le había renovado. Como ocurriría con frecuencia en su carrera posterior, un período apartado del bullicio interno del partido le permitía recolectar energía para la siguiente campaña política. Eso supuso tanto su gloria como su debilidad a lo largo de toda su carrera, pues no pudo concentrarse nunca en ser un político a tiempo completo.

Denunciaba a los leninistas por su actividad desmembradora, pero seguía siendo un optimista incluso cuando clamaba contra el daño que estaban haciendo. Esto quedaba claro en una carta a Nikolái Chjeidze, un diputado menchevique en la Duma estatal al que quería ganar para sus ideas y cuya oratoria admiraba:

> Los «éxitos» de Lenin no me provocan más preocupaciones. Ahora no estamos en 1903, ni en 1908… En una palabra, *todo el edificio del leninismo en el momento presente se levanta sobre mentiras y falsificaciones y lleva consigo el inicio venenoso de su propia disolución*. No hay ninguna duda: si el otro bando actúa de forma inteligente, *en un futuro muy próximo se iniciará una cruel disolución entre los leninistas*, y precisamente se producirá alrededor del tema de unidad o escisión[19].

Trotsky volvía a afirmar lo que ya había dicho en 1904, cuando desestimaba las posibilidades futuras de Lenin y los bolcheviques[20]. Luego, en 1905, había visto con cuánta presteza la fuerza de trabajo industrial de San Petersburgo se había unido bajo el liderazgo del Sóviet. Continuaba esperando que los hechos forzaran a los marxistas a organizarse de manera más efectiva en la siguiente crisis política de la autocracia de los Románov.

Planeaba encauzar el curso de los hechos con una mayor implicación del «bloque de agosto» en la coordinación de las actividades en el momento en que, según esperaba, los leninistas se fueran a pique. Los trabajadores responderían con entusiasmo a ese resultado[21]. Sobreestimaba tanto la vivacidad del Bloque como el interés de la clase obrera por la política[22]. Más aún: los bolcheviques no se disgregaron. De hecho, Lenin insistía en explotar la existencia de los Liquidadores como una razón para destrozar a todo el menchevismo. Mártov le hacía el juego cuando se negaba a romper con ellos: quería defender el espíritu de la conferencia de agosto y combinar los esfuerzos de todas las fracciones dispuestas a colaborar. Trotsky se mostraba crítico. Escribió a *Luch*, el periódico de los Liquidadores en San Petersburgo, para concretar en qué términos podía detener su campaña contra el grupo. Tenían que mostrarse de acuerdo en no «vilipendiar por lo bajo, no abolir el programa [del partido], permaneciendo fieles a la vieja bandera». Y afirmaba que la conferencia de agosto había «declarado una lucha sin cuartel» a cualquiera que rechazara ese punto de partida[23]. Los mencheviques pensaban que Trotsky simplemente deseaba ascender a «la cumbre del poder y la fama»[24]. Mártov pensaba que le fallaba el sentido de la proporción en sus ataques a *Luch*. Incluso Axelrod perdió la paciencia con él[25]. Desde Rusia le escribieron los marxistas preguntándole por qué llamaba a la unidad en el partido mientras seguía azuzando tanta polémica. Era una acusación que se le hacía a menudo desde allí[26].

Los editores de *Nasha Zarya*, el periódico de San Petersburgo confeccionado en nombre de los diputados mencheviques en la Duma del cuarto estado, le dijeron: «No todos sus artículos funcionan. Son fallidos. “Morro y mordedor de morros”, no puede ser. La réplica a Izgoev [el escritor kadete] tampoco funciona. En la polémica con los liberales siempre resulta necesario recordar quién lee *Luch* y para quién se escribe». Los de la redacción de *Nasha Zarya*, aparte de estas críticas, se mantenían comedidos. Reconocían que su escritura era viva y profunda al tratar de la Duma, pero querían que evitara ser tan incisivo[27].

De forma poco habitual, Natalia le llamó la atención a Trotsky sobre sus maniobras en la causa de la unidad del partido y le advirtió de que estaba malgastando su energía en una causa perdida. Su manera de abordar el asunto, vino a decirle ella, tenía que ser más práctica. Le escribió desde San Petersburgo en un viaje que hizo allí en diciembre de 1913. Había visto cosas que él no podía ver. Le informaba de que todos sus planes se desvanecían «como una pompa de jabón»[28]. En la Duma estatal prevalecía una división clara entre mencheviques y bolcheviques, lo mismo que en la prensa marxista de San Petersburgo y en las redes clandestinas del partido. Natalia no se lo describía en detalle y de todos modos no le habría hecho cambiar de comportamiento. Una vez que se hacía una idea nada podía cambiarla. Ella lo sabía mejor que nadie. Trotsky siguió escribiendo sobre lo necesaria que era la unidad y por el rechazo tanto de los bolcheviques como de los Liquidadores. Y continuó criticando a los mencheviques. Tenía lectores en Rusia, pero ni dirigía una fracción que le fuera propia ni deseaba nada semejante. Nunca había sido menos influyente en el partido… Y la propia Natalia sabía mejor que él mismo por qué.

Tres cosas salvaron Trotsky de la desmoralización. Dos destacaban: su propia petulancia y la necesidad de Mártov de reforzar sus argumentos contra los leninistas mediante peticiones a la Segunda Internacional para obligar a los bolcheviques a entregar los fondos del partido si no querían arriesgarse a que se les condenase como indeseables escisionistas[29]. La tercera fuente de apoyo para Trotsky era la situación en el Imperio ruso. Los trabajadores industriales habían causado problemas al gobierno y a los empresarios desde abril de 1912, cuando las tropas dispararon sobre los huelguistas en los yacimientos de oro de Lena, en Siberia. Los años de decadencia económica habían concluido, y la fuerza de trabajo rusa, menos preocupada ya por la amenaza del paro, se arriesgaba cada vez más al enfrentamiento con los dueños de las fábricas. Las huelgas se

incrementaron de 2404 a 3535 entre 1913 y la primera mitad del año siguiente[30]. Cuando las manifestaciones se volcaron sobre las calles de San Petersburgo abundaban los eslóganes que reclamaban el derrocamiento de la monarquía. El radicalismo volvía a ser popular. Trotsky, desde la distancia, fundó su propia publicación, *Borba* («Lucha»), en la capital rusa, con la intención de mejorar el apoyo a sus ideas. Aunque sufrió las intervenciones de la policía y la desconfianza de las fracciones establecidas (e incluso de algunos de sus propios partidarios, como Semkovski), atrajo artículos impresionantes de diversos dirigentes marxistas, y Trotsky también contribuyó con sus propios y extensos artículos sobre la Duma, la dependencia presupuestaria del Estado en la venta de vodka y las peculiaridades del desarrollo histórico ruso[31].

Trotsky, lo mismo que Lenin, se mostraba confiado en que la situación estaba cambiando en pro de sus estrategias revolucionarias. La historia parecía estar moviéndose a su favor, como había ocurrido en 1905. Su primer editorial para *Borba* indicaba un deseo de dirigirse a los trabajadores lo mismo que a los intelectuales. Insistía en que el progreso para el partido llegaría sólo cuando la clase obrera se formara sus propias opiniones y empezara a luchar por la «felicidad humana en general»[32]. Una vez más llamaba al fin del fraccionalismo. Afirmaba que la unidad organizativa era un objetivo realista desde el momento en que ninguna fracción dejaba de tener sus propias y profundas fisuras internas[33]. Por tanto pensaba que era tedioso tener que preocuparse por la investigación de la Segunda Internacional en la disputa entre bolcheviques y mencheviques. Demandas y contrademandas surcaban los aires. La comisión de arbitraje de Kautsky, Zetkin y Mehring quería llegar a una conclusión. Se decidió que los dos bandos implicados en el embrollo ruso se reunieran en Bruselas bajo la supervisión de los alemanes en julio de 1914. Se esperaba que el veredicto cargara contra Lenin. Trotsky, si tenía que proporcionar su artillería pesada a los mencheviques, iba a tener que interrumpir sus planes veraniegos y viajar desde Viena. La reunión no tuvo lugar, y el viaje no se produjo. En lugar de eso, estalló la guerra, y no sólo en los Balcanes, sino a lo largo y ancho de la mayor parte de Europa.

Segunda Parte

1914-1919

1

Guerra en la guerra

Los Trotsky vivían tranquilamente en Viena en el verano de 1914 mientras se desataba sobre Europa una tormenta política que al final acarrearía inesperadamente el inicio de la Gran Guerra. El archiduque Ferdinando, heredero del trono de los Habsburgo, fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio. El gobierno austriaco hizo responsable a Serbia y le presentó un ultimátum que contenía demandas hechas para ser rechazadas. Hasta ese punto no parecía que hubiera motivos para alarmarse. Tenía el aspecto de otra disputa más en la península balcánica, y en los años anteriores todos los conflictos de ese estilo habían acabado en acuerdo.

Pero esta vez era diferente, pues la tensión entre los poderes europeos no dejó de crecer en todo el mes de julio. Rusia advirtió a los austriacos en contra de la acción militar. El ambiente empeoró cuando los alemanes animaron a los austriacos a cumplir sus amenazas sobre Serbia. Y no era que el emperador Francisco José necesitara que le incitaran demasiado, porque creía que el interés del Estado y su propio honor estaban ante un desafío. Los rusos percibían que una guerra continental podía ser inminente, y Nicolás II ordenó la movilización preventiva de sus fuerzas. Esto no hizo sino agitar todavía más a austriacos y alemanes. Se incitó a los rusos a que pusieran fin al estado de alerta si no querían enfrentarse en una guerra. Cuando Nicolás II ignoró esta demanda los alemanes le declararon la guerra a Rusia. Los austriacos, que ya estaban luchando contra Serbia, se les unieron. Ni Londres ni París deseaban ver la derrota de Rusia, ni que Alemania se viera capacitada para dominar la Europa central y oriental. Se organizaron dos grandes coaliciones. Las Potencias Centrales las dirigían Alemania y Austria-Hungría; los Aliados, Francia, Rusia y el Reino Unido. En Europa se oyó el fragor de las botas al marchar y del pesado avance de los trenes. Pero pocos ministros y diplomáticos esperaron que esta guerra llegara a ocasionar un cataclismo social y político de alcance continental. La mayoría pensaba que sería de corta duración y de intensa movilidad.

Trotsky no dejó que nada le distrajera, hasta que la declaración de guerra a Rusia le hizo vulnerable en tanto que súbdito ruso que vivía en un Estado aliado de la Alemania imperial. Al día siguiente, el 3 de agosto, fue a las oficinas de *Arbeiter-Zeitung*, el diario socialdemócrata, en Wienzeile, para buscar a su amigo Friedrich Adler. El padre de Friedrich, Victor, se añadió a la reunión y sugirió que Trotsky debería obtener consejo e informarse de qué pensaban hacer las autoridades con los emigrantes rusos como él. Victor, que además de ser el líder socialista del país era psiquiatra, previó una «locura» masiva, puesto que la guerra volcaba inclinaciones nacionalistas sobre la sociedad. El hecho de que Trotsky fuera crítico con Nicolás II no iba a salvarle de la cárcel. Tampoco podía descartarse que él y su familia fueran a sufrir en manos de una turba vengativa. La situación era imprevisible en su totalidad. Victor Adler no tenía ninguna duda de que la seguridad personal de Trotsky estaba amenazada. Como disponía de contactos en las más altas esferas de la administración del país, sería media tarde cuando llamó a un taxi y se llevó a Trotsky para hablar directamente con el jefe de la policía política, Geier. Éste confirmó el pesimismo de Friedrich Adler y confirmó que iba a procederse a un arresto masivo y temporal de los residentes de ciudadanía rusa.

Trotsky se tomó las noticias con calma: «Así, ¿nos recomienda usted que salgamos del país?».

«Exactamente, y cuanto antes mejor».

«Muy bien. Entonces mañana salgo para Suiza con mi familia».

«Ejem… Preferiría que salieran hoy mismo.»[1]

El elegante de Geier no deseaba llenar las prisiones de Viena de extranjeros. Trotsky, bien conocido como enemigo de Nicolás II, nunca había figurado en la lista oficial austriaca de forasteros indeseables. Era mejor para todos que se eclipsara antes de que se tomaran medidas contra él. Corrió a casa a explicarlo a la familia. Sacaron las maletas de los armarios y rápidamente las llenaron con ropa y archivos políticos. No cundió el pánico: Trotsky y Natalia eran personas prácticas y ordenadas que tenían muy asumido que en sus vidas tenían que estar preparados para súbitas emergencias de cualquier tipo. Eran las seis cuarenta de la tarde cuando ya estaban sentados en un tren que dejaba Austria con destino a la Suiza neutral[2].

Su primer destino era Zúrich, en donde existía una amplia comunidad de marxistas rusos y Trotsky podía encontrarse con otros camaradas veteranos.

Había perdido el centro fijo de su actividad revolucionaria práctica. Su *Pravda* ya no existía, su equipo de colaboradores se había disgregado y sus circunstancias financieras eran todo menos tranquilizadoras. Lo peor para él fue la reacción de la mayoría de miembros de la Segunda Internacional ante la guerra. Habían jurado oponerse a un desencadenamiento de las hostilidades y negar el apoyo a sus gobiernos nacionales si iban a la guerra. Para desesperación de Trotsky, abandonaron aquel compromiso. En Alemania, Francia y Gran Bretaña la dirección ascendente del principal partido socialista votó a favor de la campaña militar. Rusia y Bulgaria figuraban entre las excepciones, pero incluso en estos países abundaban los socialistas que hacían suya la causa patriótica. El más conocido de entre éstos era Gueorgi Plejánov. Incluso bolcheviques como Grigori Aleksinski declaraban que Alemania era el enemigo del pueblo ruso y tenía que ser derrotada. Muchos socialistas emigrados desde el Imperio ruso, que odiaban a Nicolás II, se pusieron en la cola de voluntarios para servir en las fuerzas armadas francesas. La Segunda Internacional había muerto. El mismo Partido Socialdemócrata de Alemania se inclinó por posponer cualquier acción revolucionaria hasta que llegara el momento en que el país no corriese el riesgo inminente de verse invadido por los franceses, británicos y rusos. En el Partido Socialista Francés aducían que se unían a un gobierno que luchaba por prevenir la conquista por los alemanes.

Los socialistas antiguerra como Trotsky estaban indignados con esos partidos que faltaban a los compromisos a los que había llegado la Segunda Internacional. Trotsky, por su parte, sólo pudo encontrar un pequeño consuelo en el inicio de la guerra en Europa. No tenía nada que decir sobre la estrategia militar, y no le interesaban dirigentes particulares, ni gabinetes, ni altos mandos. Pero confiaba en que la contienda abriera perspectivas para la revolución. Estaba seguro de que la «guerra imperialista» era el último estertor del capitalismo global. La amplia contienda militar en Europa estaba a punto de alterar el *statu quo* político de cada uno de los Estados beligerantes. El socialismo se levantaría sobre las cenizas de la guerra como el salvador de la humanidad.

En semejante estado de ánimo Trotsky fue a encontrarse con Hermann Molkenbuhr en una calle de Berlín. Molkenbuhr estaba de visita en nombre del Partido Socialdemócrata de Alemania y recogía apoyos para la política de éste frente a la guerra. Trotsky le preguntó cómo creía que podían salir las cosas. «En el curso de los dos meses que viene —le respondió—, acabamos con Francia. Después nos volveremos hacia el este y acabaremos con los ejércitos del zar. Y

en tres meses, cuatro como mucho, conseguiremos una paz firme para Europa». Melkenbuhr consideraba los pronósticos apocalípticos de Trotsky como disparates propios de un «utópico[3]». Pero a Trotsky no iban a intimidarle. Recordaba que en 1905 estaba escondido en una pensión de Rauha y que al día siguiente se hallaba en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo dirigiendo los trabajos del Sóviet. Ese cambio brusco en las circunstancias, pensaba, tenía que volver a producirse. Suiza, naturalmente, seguía siendo un país neutral. Sus fuerzas armadas se mantenían sólo para proteger sus fronteras, y se hacían prácticas de tiro artillero con regularidad. Pero el gobierno esperaba poder mantener al país fuera del conflicto militar. El tema principal de conversación en el país era el excedente de patatas y la creciente escasez de queso[4]. Como otros personajes de la extrema izquierda, Trotsky no descartaba las perspectivas de revolución socialista en la misma suiza. Pero tras inspeccionar con cuidado el movimiento antibelicista decidió que Francia sería el mejor país para él, y además el *Kievskaya Mysl* le estaba pidiendo que aceptara ser su corresponsal allí. Viajó a París el 19 de noviembre de 1914. Allí operaba un vigoroso grupo marxista ruso que incluía a Anatoli Lunacharski y Yuli Mártov[5]. Trotsky quería trabajar en su diario *Golos* («Voz») y constaba en la lista de colaboradores junto con otros marxistas contrarios a la guerra, como Yuli Mártov, Alexandra Kolontai y Angelica Balabanova. Su viejo amigo Axelrod, que también enviaba artículos desde Suiza, aparecía asimismo en la cabecera[6]. Había dejado a Natalia para hacer frente a las cuestiones familiares, y cuando ella le escribió diciendo que se le había acabado el dinero Trotsky contactó con Axelrod y le pidió que la ayudara a conseguir un préstamo a corto plazo. También telegrafió a *Kievskaya Mysl* para obtener de ellos que le enviaran un cheque a Natalia[7]. No era que a los Trotsky les faltara dinero en su cuenta corriente, sino que él tenía dificultades para transferírselo desde París[8].

Golos pronto cambió de nombre y pasó a llamarse *Nashe Slovo* («Nuestra palabra»), y Trotsky hizo público su deseo de formar parte de su consejo de redacción. Esto no dejó de crear controversia. Los editores conocían su personalidad dominante, y temían que pudiera convertirse en un estorbo para el buen ambiente de trabajo. Pero se reconocía que tenía un olfato literario insuperable y su compromiso a trabajar con todos los marxistas contrarios a la guerra, desde Mártov hasta Lenin. Rechazarlo resultaba imposible[9]. Mártov no se mostraba muy contento. Tan pronto como se incorporó, Trotsky insistió en

discutir la resistencia de Mártov a romper definitivamente con Plejánov y todos aquellos que apoyaban la campaña belicista rusa. Las reuniones de trabajo en *Nashe Slovo* se convertían a veces en fieros arrebatos[10]. Mártov mostraba ostentosamente su desagrado por la segmentación, y se orientaba hacia el camino de amplia tolerancia organizativa que Trotsky había recomendado antes de 1914. Trotsky ya no aceptaba que esa tolerancia tuviera que ser tan generosa. La Gran Guerra era la nueva y fundamental cuestión para todo el partido. Mientras Mártov permanecía fiel a la antigua política marxista, Trotsky solicitaba una nueva visión. Según él, todo aquel que propugnara la defensa patriótica del Imperio ruso merecía ser tratado de inmediato como enemigo de la clase proletaria.

Por primera vez en su carrera entró en polémica con Plejánov, al que en esos momentos contemplaba con profundo desdén[11]. En su condición de gran unificador putativo, Trotsky había rehuido el vituperio con el fundador del partido siempre que había sido posible. Odiaba la lucha entre fracciones, y su disputa recurrente con Lenin desde 1903 era excepcional. Tampoco su denuncia de los liquidadores, anterior a la guerra, respondía a su manera habitual de enfrentarse a los desacuerdos internos del partido. Atacó a Plejánov a finales de 1914 por su política hacia la guerra. Plejánov, sin apoyar a la monarquía imperial, quería que Rusia derrotara a Alemania. Preveía que Europa iba a quedar bajo la bota germana si las Potencias Centrales se alzaban con la victoria. Por tanto, aprobaba los créditos militares para el gobierno ruso, lo que motivó que Trotsky le calificara de renegado. En su opinión, Plejánov había descendido al punto más bajo del chovinismo y ya no merecía que se le considerara un camarada. Trotsky había detestado desde hacía mucho tiempo a Alexandr Potresov y los liquidadores. No fue ninguna sorpresa para él que casi todos se convirtieran en «social-patriotas» y les denunciaba regularmente. También se peleó, como era previsible, con Marian Melenevski, que le había ayudado a convertirse en director del *Pravda* vienés. En 1915 Melenevski dirigía la Unión por la Liberación de Ucrania, en su trayectoria del marxismo al nacionalismo. Trotsky le denunció, y Melenevski correspondió de la misma manera[12].

La política de los tiempos de guerra echó por tierra la suposición de Trotsky de que era suficiente con mantener unido el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Despotricaba contra cualquier dirigente del partido que aprobara la votación de créditos financieros para el gobierno de Nicolás II. Éste era su

criterio estratégico primordial. Los bolcheviques que se hacían patriotas solían abandonar la lealtad a su fracción, pero otros grupos del partido estaban divididos por desacuerdos políticos. Mucho más graves que los escritos de Plejánov, en opinión de Trotsky, era la línea editorial tomada por *Nasha Zarya*. Era un periódico menchevique que, dejando a un lado cualquier neutralidad, adoptó la línea editorial de que era deseable la victoria de los Aliados demócratas sobre las Potencias Centrales autocráticas. Trotsky estaba furioso. ¿Cómo era posible que los editores no entendieran que la guerra no era «un conflicto de formas políticas?». No tenía nada que ver con la democracia. Lo que llevaba a la lucha a las dos coaliciones beligerantes eran en realidad los mercados, el territorio y la dominación global. Según Trotsky, no tenía sentido que *Nasha Zarya* le echara la culpa de todo a los Junkers alemanes[13]. Al mismo tiempo, tampoco podía tolerar la propuesta de Lenin de una campaña política para la derrota militar de Rusia. Incluso muchos bolcheviques que se oponían a la guerra pensaron que ésta sería una medida fanática y absurda. Como Trotsky, pedían la crítica de todos los poderes beligerantes a un tiempo. Trotsky se preciaba de ser internacionalista. Para él, las maniobras de Lenin olían a nacionalismo invertido. Escribió una carta abierta sobre el tema, pero *Nashe Slovo* no la publicó… O quizás él se lo pensara mejor, por alguna razón oculta[14].

De cualquier modo, Natalia y los niños llegaron a París en mayo de 1915. Con guerra o sin ella, iban a pasar sus vacaciones con normalidad, y la familia se lanzó sobre la oferta del pintor italiano René Paress y su mujer, la rusa Ela Klyachko, quienes les dejaban su casa en Sèvres, en el suroeste de París. Paress y Klyachko se habían ido a Suiza, huyendo de la guerra[15]. Trotsky, sin embargo, quería estar tan cerca de la guerra como pudiera, ya que esperaba que la revolución se produjera en cualquier momento, y se tomaba como un axioma que las dificultades militares de los Aliados adelantarían el momento de la explosión política. Los chicos fueron a la escuela cerca de la casa hasta el inicio de las vacaciones escolares. Como la educación en Viena se les había inculcado en ruso y en alemán, tuvieron que aprender francés desde cero[16]. Los simpatizantes políticos de Francia hicieron lo que pudieron para que los Trotsky se sintieran como en casa. Un trabajador amigo les trajo una perra llamada *Kiki*. Era una pastor alemán y Serguéi, que entonces tenía ocho años, estaba hechizado con ella y la trataba como si fuera un ser humano. Le pidió a su madre que

comprara otro cepillo de dientes y un pañuelo de manera que *Kiki* pudiera limpiarse sola. No podía entender por qué no hablaba[17]. Los Trotsky no habían tenido animales de compañía en Austria o Suiza, lo que puede ser una explicación para la ingenuidad de Serguéi. Pero también es posible que el chico recibiera tan poca atención de sus padres, tan altamente políticos, que inventara una «persona» para disponer de alguna compañía.

Cuando el verano llegó a su fin los Trotsky se desplazaron a París, y residieron en un piso de la rue de l'Amiral Mouchez, cerca del parque Monsouris[18]. Para los padres era una cuestión de honor que Liev y Serguéi pudieran mantener su ruso, así que fueron a una escuela rusa en el Boulevard Blanqui. Natalia, como de costumbre, administraba el hogar mientras Trotsky se dedicaba a trabajar duro. Escribía incesantemente y hacía otros trabajos de edición. Ofrecía discursos y reunía a sus partidarios. También retomó su trabajo como crítico. Como siempre estaba trabajando, sucumbió a unas fiebres que tenían a los médicos desconcertados, y fue Natalia quien tuvo que cuidarlo[19]. Estuviera como estuviera, en plena forma o enfermo, seguía una rutina estricta. Las horas que Mártov pasaba charlando en el Café Rotonde no estaban hechas para él. Todas las mañanas, a las once, salía hacia las oficinas del diario, en donde podía hablar sobre el número siguiente[20]. Le encantaba el olor de la tinta en la imprenta. Adoraba tocar los primeros ejemplares salidos de la rotativa, todavía calientes y húmedos[21]. Sus dos hijos habían llegado por fin a una edad en la que le podían hacer recados, y les gustaba entregar los artículos de su padre en la redacción del *Nashe Slovo*. Serguéi hizo una donación al diario después de encontrar veinte francos en la calle[22]. La ósmosis de la vida política politizaba a los retoños. (Esto tuvo un efecto duradero en Liev, pero no en Serguéi.)[23]

Uno de los trabajadores de la imprenta, un tal Imber, intentó trabar amistad con Serguéi, pero se quedó de piedra al comprobar lo brusco que podía ser el chico cuando pensaba que alguien decía alguna tontería. Natalia tuvo unas palabras con su hijo sobre la necesidad de tener más tacto en un futuro[24]. Serguéi, naturalmente, había visto a algún miembro de su familia mostrar impaciencia ante la estupidez.

Tanto Trotsky como su mujer solían decir que en París vivían frugalmente. No hay evidencias al respecto. En 1914 envió seis artículos importantes al *Kievskaya Mysl*. El éxito fue tal que el periódico continuó empleándole hasta 1916, y como franceses y rusos eran aliados en la guerra él podía contar con que

se le transfiriera el dinero rápidamente a su cuenta de París. Los Trotsky no andaban mal de dinero en la Francia de la guerra. Aunque *Kievskaya Mysl*, un medio de expresión liberal, le proporcionaba valiosos ingresos, él prefería escribir para la prensa socialista. Siempre esperaba colocar artículos en periódicos que mantuvieran la postura del socialismo antibelicista. Pero también aceptaba entregarlos a publicaciones de la izquierda política sin posición definida sobre el asunto. Entre éstas se contaba el *Novy Mir* [«Nuevo Mundo»] de Nueva York, muy leído entre los *émigrés* rusos. Trotsky continuaba enviándoles material a través del Atlántico durante la guerra, y no escatimaba advertencias contra el imperialismo ruso, francés y británico[25]. Ziv, el antiguo camarada de Trotsky en Nikoláiev, había emigrado y se había instalado como médico en Nueva York, en donde apoyaba la campaña contra la guerra y contra la participación americana en ella. Desde allí envió sus mejores deseos a Trotsky[26].

Los gobiernos y los mandos militares censuraban las noticias sobre los combates cuando se publicaban, y estaba fuera de cuestión que durante la Gran Guerra Trotsky fuera a ningún lugar cercano al frente. Sin embargo, no dejaba de informar sobre los inválidos y las viudas que veía en las calles de París. Necesitaba sólo un destello de la tragedia, y con él ya podía urdir una gran denuncia de los «imperialistas» y «capitalistas» que habían iniciado el conflicto militar en busca de beneficios financieros. Trotsky deseaba ardientemente visualizar la realidad que intentaba describir y analizar: entendía que sus lectores serían más sensibles a sus recomendaciones políticas si les hacía patentes los horrores de la Primera Guerra Mundial. Pero tenía que ser cuidadoso en sus explicaciones a los periódicos tanto de París como de Kiev. Era absurdo empeñarse en escribir cosas que la censura de guerra francesa o rusa no iba a autorizar nunca. Sus artículos para la prensa legal siempre rozaban el límite de lo publicable.

Plejánov le acusaba de escribir mensajes en *Nashe Slovo* que se contradecían con los de *Kievskaya Mysl*. Trotsky respondía justificadamente que nunca permitía que su pensamiento básico quedara emasculado[27]. A veces iba demasiado lejos para los censores y aparecían parches en blanco en el *Nashe Slovo*. Pero por lo general sabía cómo moderar su lenguaje y hacerlo más indirecto para que sus artículos pudieran ser publicados[28]. De este modo se prolongaba el juego del gato y el ratón. No era de extrañar que el embajador ruso

en París se quejara de que Trotsky y otros revolucionarios rusos contrarios a la guerra estuvieran minando el patriotismo en los países aliados.

Los socialistas internacionalistas contrarios a la guerra, tanto franceses como de la Rusia imperial, se encontraban para hablar en el Quai de Jemmapes de la capital francesa. Trotsky era un habitual de esas reuniones. Vladímir Antónov-Ovséyenko, uno de los que le ayudaba en *Nashe Slovo*, no iba tan a menudo, pues estaba comprometido en otras labores editoriales. Natalia se quedaba en casa para cuidar de los niños[29]. Hasta la llegada de Trotsky el alma de los debates había sido Mártov. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era muy inteligente y entregado, y brillaba cuando se animaba a conversar. Trotsky le puso en la sombra. Seguro y ocurrente, nunca se veía impedido por las dudas intelectuales y las inhibiciones de camaradería que experimentaba Mártov. Éste le caía bien a Trotsky, pero ya hacía mucho que había llegado a la conclusión de que carecía del brío necesario para la construcción de un partido revolucionario y para cumplir con las tareas de la revolución. Aun así, coincidían en muchas cosas. La guerra, afirmaban ambos, era el resultado de rivalidades capitalistas e imperialistas que sólo podrían concluir mediante la instalación de gobiernos socialistas en Europa. La mayor parte de la Segunda Internacional se había desacreditado irremediablemente. Los militantes franceses y rusos del Quai de Jemmapes tenían la ardua tarea de construir una alianza internacional de grupos socialistas hostiles a la guerra. Los grupos y organizaciones necesitaban unirse sin tener en cuenta las nacionalidades de origen. La Gran Guerra tenía que concluir. Europa estaba muy necesitada de que comenzara la era del socialismo.

2

Factores revolucionarios

Durante la Gran Guerra no surgió ningún grupo de trotskistas, ni el mismo Trotsky buscó tal cosa. No debe pasar desapercibido el contraste con otras luminarias del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. El número de leninistas había caído, sobre todo después de que Lenin llamara a la derrota militar de Rusia. Ya nadie hablaba de los martovistas; en cuanto a los plejanovistas, aunque continuaban existiendo, eran pocos y mal organizados. Sin embargo, ninguna figura destacada del partido era tan solista como Trotsky.

Al mismo tiempo se dedicaba a reunir a todos los socialistas contrarios a la guerra de Europa. El conflicto hacía que en muchos países resultara muy difícil celebrar una reunión preparatoria. Los principales candidatos eran Suiza, Escandinavia y Holanda, pues habían preservado su neutralidad. Robert Grimm, líder del Partido Socialdemócrata de Suiza y pacifista, pensó que tenía una obligación política y moral de organizar una conferencia. Trotsky oyó rumores sobre el asunto en diciembre de 1914 y escribió a Axelrod preguntándole si eran ciertos[1]. Al recibir una respuesta afirmativa no dejó escapar la oportunidad de asistir. La condición de Grimm era que todo el mundo tenía que evitar la creación de problemas a las autoridades de Berna en sus relaciones con los Aliados o con las Potencias Centrales. Envió invitaciones simultáneamente a Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria y Alemania. Surgieron las dificultades cuando los gobiernos en guerra supieron del plan y prohibieron la asistencia a sus ciudadanos. Los que decidieron hacer caso omiso de esta advertencia corrieron el peligro de que a la vuelta se les prohibiera la entrada a sus países. Otros no pudieron acudir porque estaban en la cárcel. Era el caso de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht en Alemania, y los alemanes que se presentaron en Alemania ascendieron al número de una sola persona, Julian Borchardt, que había votado contra los créditos financieros pedidos por el gobierno de Guillermo II. Sin esos créditos hubiera sido imposible luchar en la guerra.

Grimm sufrió otro disgusto cuando los invitados se reunieron en la pequeña localidad de montaña de Zimmerwald, sobre Berna. Había esperado que la atmósfera fuera de camaradería, y lo que experimentó de primera mano fue el fraccionamiento de los radicales socialistas europeos. Los rusos fueron los que le dieron más problemas. Lenin recurrió a sus artimañas usuales para poner a prueba la autoridad de sus adversarios de fracción. Al poco, Grimm ya no sabía si iba o venía[2]. Si alguien podía poner freno a las maniobras leninistas, ese alguien era Trotsky. Tenía prestigio como codirector de *Nashe Slovo*. Lenin también lo creía así, y lo marcó como enemigo capaz de organizar la oposición a los planes bolcheviques. Le dijo a Grigori Zinoviev, el bolchevique asociado más próximo con que contaba entonces, que minimizara cualquier concesión que se le hiciera en las negociaciones[3]. Lenin y Zinoviev querían hacer todo lo posible para que la conferencia les fuera lo más exclusiva posible. Preferentemente querían alcanzar acuerdos sólo con los contrarios a la guerra que además fueran inequívocos partidarios de una toma revolucionaria del poder. Trotsky compartía el objetivo de una revolución violenta con los bolcheviques, pero no deseaba ver que la conferencia se torciera incluso antes de haberla empezado. Tenía que llegarse a alguna coalición de socialistas europeos contrarios a la guerra, y restringir la actividad divisora de Lenin.

Trotsky ofrecería un memorable retrato del día inaugural de la conferencia, el 5 de septiembre de 1915:

> Nos acomodamos como pudimos en cuatro coches y tomamos el camino de la sierra. La gente se quedaba mirando, con gesto de curiosidad, la extraña caravana. A nosotros tampoco dejaba de hacernos gracia que, a los cincuenta años de haberse fundado la Primera Internacional, todos los internacionalistas del mundo pudieran caber en cuatro coches. Pero en aquella broma no había el menor escepticismo. El hilo histórico se rompe con harta frecuencia. Cuando esto ocurre, no hay sino que anudarlo de nuevo. Esto precisamente era lo que íbamos a hacer a Zimmerwald[4].

Afirmaba así que una pequeña reunión en Suiza suponía la restauración de la fe y las prácticas fundadas por Marx y Engels.

Aunque luego despreciara a Robert Grimm por su hostilidad hacia la Revolución de Octubre, en esos días se mostraba agradecido y respetuoso para

con él. Sin Grimm no se habría celebrado la conferencia, y ciertamente ninguna a la que acudieran socialistas de países contendientes en ambos bandos de la Primera Guerra Mundial. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia no lo habría podido organizar, por la sencilla razón de que sus líderes contrarios a la guerra apenas podían soportar compartir la misma habitación, y mucho menos llevar a la mesa de negociación a los líderes de los grupos socialistas radicales europeos. Los participantes en la conferencia de Zimmerwald eran un grupo heterogéneo. La mayoría de ellos eran fieles a las tradiciones de la Segunda Internacional y a su condena del militarismo. Algunos eran pacifistas redomados, mientras que otros simplemente negaban el apoyo a cualquier guerra imaginable, aunque no por ello eran contrarios a la guerra por principio. Nada de esto podría afirmarse de Trotsky y de sus compatriotas marxistas. En su caso no descartaban que el socialismo pudiera extenderse por la fuerza de las armas. En 1915 no lo declaraban, sobre todo porque su objetivo inmediato era destruir la capacidad que las Potencias Centrales y los Aliados pudieran tener para seguir luchando.

Mientras proseguía la conferencia Lenin formó una camarilla con Karl Radek. Los dos, junto con sus partidarios, constituyeron el núcleo de lo que dio en llamarse la Izquierda de Zimmerwald. Intentaron presionar para que la conferencia adoptara una posición firme sobre la lucha de clases, la toma violenta del poder y la revolución socialista. Llegó una carta de Karl Liebknecht desde la cárcel en la que recalcaba la necesidad de la guerra civil en los países beligerantes. Esto dio ánimos a Lenin y Radek. Por mucho que no fueran a dominar la conferencia siempre podían esperar de forma realista inclinarla hacia el radicalismo. La Izquierda redactó su propio manifiesto para contrarrestar el esfuerzo de Grimm en poner de acuerdo a todos los grupos participantes[5]. Trotsky coincidía en muchos de sus aspectos y hablaba regularmente con Radek, con quien se escribía con frecuencia durante la guerra[6]. (Eran casi amigos, en la medida en que podían serlo dos hombres que no tenían ninguno). Nunca pretendió ser un pacifista, aunque muchos, impresionados por las diatribas que lanzaba contra la guerra, creyeran que sí lo era. Trotsky, como Lenin y Radek, predicaba que la revolución socialista era el único camino a una paz duradera, pero sus argumentos a favor de la paz eran los que solían captar la atención.

Radek no consiguió que Trotsky firmara el manifiesto de la Izquierda y otros documentos. No quería figurar junto a Lenin y habló con otros camaradas de la

conferencia sobre la posibilidad de hacer ellos su propio manifiesto izquierdista. En este punto fue cuando Zinoviev llevó a cabo un extraño desafío a Lenin, con tentativas personales de acercamiento a Trotsky y mostrándose encantado de que estuviera dando un pequeño paso hacia la Izquierda[7]. Acabó en nada, de modo que Lenin pudo sentirse aliviado por no tener que estar sentado y callado junto a su viejo oponente. Trotsky y Lenin reiniciaron su zarandeo mutuo. Lenin criticó los devaneos de Trotsky con el movimiento pacifista europeo. Trotsky, por su parte, insistió en que la Izquierda en Zimmerwald cometía la torpeza de no convocar a las personas que estaban haciendo campaña pero que no eran marxistas. También criticó a los bolcheviques por cebarse con el ausente Kautsky. Trotsky pensaba que Lenin era obsesivo. Había llegado el momento de olvidar su negativa inicial a denunciar a su propio partido por votar a favor de los créditos de guerra para su gobierno. Las cosas habían cambiado. Kautsky era en esos momentos un crítico contra la guerra y la dirección de su propio partido (y en 1917 establecería el Partido Independiente Socialdemócrata de Alemania). Trotsky y la radical socialista holandesa Henrietta Roland-Holst acabaron por redactar el borrador de su propio manifiesto[8].

Grimm y sus aliados, de todos modos, obtuvieron fácilmente una mayoría para su manifiesto. Pero Lenin, Radek y Trotsky se unieron para afilar sus conceptos de manera que se ganase la aceptación general. El resultado fue que el manifiesto oficial llamaba sin rodeos a la «lucha inflexible de la clase proletaria»[9].

La conferencia de Zimmerwald concluyó el 8 de septiembre y Trotsky volvió a París con una acrecentada reputación en la extrema izquierda política, aunque pocas personas estuvieran cerca de él en un nivel más personal. No había pasado todo el tiempo conspirando contra el resto de la conferencia. Había intentado congregar a cuantos simpatizantes fuera posible para los objetivos básicos. Había evitado el rencor. Cualquier comparación con el Lenin de aquellos días habría sido ventajosa para Trotsky. Si estallaba una revolución en Europa se iba a hacer necesario que los socialistas radicales antibelicistas estuvieran unidos, y la compulsividad de Lenin sólo podía perjudicarles. Trotsky ya había demostrado en 1905 su potencial práctico para el liderazgo. Podía repetir esa misma actuación en Rusia e incluso, hasta cierto punto, en Francia. Aguardaría el momento oportuno. Rotos los vínculos fraccionales, gozaba de libertad para buscar sus oportunidades con una calma y una confianza inusuales. No podía

importarle menos el hecho de no haber sido elegido para la Comisión Socialista Internacional creada en Zimmerwald. De hecho ningún líder del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia formó parte de ella. Si una fracción rusa hubiese obtenido mayor preponderancia que otra, las discusiones a que habrían dado lugar habrían sido inacabables y se habría creído mejor dejarlas a todas fuera del acuerdo. De todos modos, la Comisión Socialista Internacional no tenía autoridad para imponer órdenes.

Se prohibió informar de la conferencia Zimmerwald en Francia. Pero la oficina de la censura se concentraba en la prensa de lengua francesa. Para consternación de la Ojranka los informes de Trotsky sobre el encuentro publicados en *Nashe Slovo* se colaron por la red, y los agentes de Policía rusos informaron a Petrogrado de que Trotsky estaba dirigiendo una «campaña germanófila»: a sus ojos, cualquiera que criticara a Nicolás II y sus ejércitos estaba haciendo un favor a las Potencias Centrales[10]. (Petrogrado era el nuevo nombre adoptado para la capital, porque parecía que San Petersburgo sonaba demasiado teutónico durante una guerra con Alemania). En los ambientes de la comunidad de *émigrés* revolucionarios empezó a conocerse lo que había ocurrido en Suiza. Los zimmerwaldistas, como se llamaban entre ellos los que habían ido a la conferencia, renovaban su fe en que iba a resquebrajarse la popularidad de la guerra en los Estados en conflicto.

Para la mayoría de socialistas era inconcebible que el viejo mundo emergiera de la Primera Guerra Mundial sin cambios. Sólo podía preverse confusión y miseria. Lo que era excepcional era la escala de la ambición de los poderes beligerantes. Los Aliados vilipendiaban a los Poderes Centrales por aplicar métodos propios de las colonias en los países que invadían. En Bélgica se habían cometido atrocidades. Los mismos Aliados fueron objeto de críticas en Alemania y Austria. El odio a las pretensiones alemanas y austriacas era tal que Londres y París deseaban reforzar la autoridad del Imperio ruso —ese bastión de la reacción política— en la mitad oriental del continente. Los objetivos de la guerra se revisaban continuamente mientras la lucha proseguía. El mundo entero iba a sentir los efectos del resultado final. Si Alemania perdía, pagaría un precio muy caro. La prensa aliada demonizaba constantemente a Guillermo II y sus ministros «hunos». El Estado alemán perdería casi con toda probabilidad las posesiones en su tierra y en su imperio exterior. Tampoco se tenía en mucha estima a Austria-Hungría, y se estaba llevando a cabo un plan para el

desmantelamiento de los dominios de los Habsburgo en naciones-estado separadas. Pero ¿y si los Aliados caían derrotados por los Poderes Centrales? Era difícil de imaginar que las colonias británicas, francesas u holandesas fueran a quedar intocadas. Los socialistas antiguerra daban por sentado que las potencias victoriosas impondrían una reorganización total, con anexiones incluidas, y también con cálculos detallados de indemnizaciones a pagar.

Fueran cuales fuesen los resultados, tampoco parecía que pudieran resultar permanentes. Lenin hablaba de la inevitabilidad de más guerras mundiales, pero él no era la figura más popular entre los radicales socialistas que anhelaban la paz. No es de extrañar si se tiene en cuenta que propugnaba una «guerra civil europea» que siguiera a la «guerra imperial» en curso[11]. Hombres como Trotsky y Mártov, lo mismo que muchos leninistas, pensaban que Lenin había perdido el contacto con la realidad política. No veían que el Zimmerwaldismo pudiera tener esperanzas a menos que las perspectivas para la clase obrera de cada país beligerante fueran menos catastróficas. Estimaban que había vencido el plazo para planificar seriamente el tipo de acuerdo de paz que pudiera mantenerse durante más de uno o dos años.

Trotsky elaboraba sus ideas con mucha rapidez y, tal y como era característico en él, luego las alteraba poco. Le fastidiaba malgastar el tiempo en reflexiones posteriores. Para que se detuviese a reconsiderar algo tenían que darse grandes cambios en las circunstancias. En 1905 se había adelantado con su idea del gobierno obrero. Una vez que la hubo formulado y defendido, creyó que ya había hecho bastante. Esto contrastaba con los demás líderes marxistas, que afinaban y ajustaban sus recomendaciones políticas. En la Gran Guerra volvía a ser lo mismo. Trotsky anunció sus objetivos con rapidez. Su nueva consigna era «los Estados Unidos de Europa». Se concentraba en las nuevas características de la situación en todo el mundo. Le había impresionado la constitución federal de Estados Unidos y de Suiza. Los socialistas, según escribió, necesitaban aprender de los logros capitalistas. Hungría era una fuente adicional de problemas hasta ese momento infravalorada. Italia y Bulgaria, lo mismo que Serbia y Hungría, tenían ambiciones de expansión territorial. La solución estaba en la mezcla de socialismo, paz y federación. Cada país que perteneciera a un Estado disfrutaría así de «autonomía federativa según los principios democráticos»[12].

Trotsky proponía en particular una unión federal por todos los Balcanes. Declaró que Serbia continuaría incordiando al resto de Europa si conservaba su

independencia, mientras que una federación capacitaría la rápida industrialización de toda la región[13]. Ninguna solución podría alcanzarse, indicaba, sin levantamientos socialistas, y los Estados Unidos de Europa iban a tener que ser una dictadura del proletariado. Lenin en un principio mantuvo la misma idea, pero luego la dejó estar, quizá porque quisiera demarcarse de Trotsky, Luxemburg y otros de la izquierda. Para Trotsky se trataba de una señal más de confirmación del oportunismo de Lenin, de su sectarismo y de su egolatría, lo que le hacía carecer de una perspectiva esencial para un líder revolucionario.

Las obras iban fluyendo de la pluma de Trotsky en su intento de demostrar que el capitalismo estaba podrido hasta la médula y era inherentemente militarista. Mientras las naciones-estado cubrieran el mapa de Europa nunca podría darse la paz. Las guerras se harían recurrentes, desde un extremo del continente al otro[14]. Los ejércitos estaban luchando para que sus naciones adquirieran el control capitalista de los imperios. El discurso oficial sobre el honor y la libertad era mera retórica. El capitalismo había alcanzado un desarrollo tal que ningún territorio del mundo era inmune al dominio imperialista. La guerra consistía en retener o ganar posesiones coloniales y mercados amplios. Trotsky no trabajaba sus argumentos económicos detalladamente, ni basándose en informaciones empíricas. Dejaba ese tipo de cosas para Lenin, Radek, Luxemburg y Piotr Maslov. Después de establecer su estructura analítica volvía a escribir comentarios del día. Seguía escribiendo para *Kievskaya Mysl*. Tenía que ser cuidadoso en sus informaciones sobre los nefastos efectos de la guerra sobre los Aliados occidentales. En un artículo trataba del número de mujeres francesas que se habían convertido en viudas desde 1914. Trotsky sugería que los colores oscuros del duelo se habían convertido en una moda en París, reemplazando a su colorida alta costura[15]. También describía un casino en Mónaco. Disponía de dinero para viajar alrededor del país, y no se ahorraba el sarcasmo al retratar la decadencia y la especulación entre las clases media y alta francesas[16].

Introducía también material abiertamente político en los reportajes que publicaba. En una ocasión, por ejemplo, trazó una comparación entre el Partido Socialista Francés y el Partido Socialdemócrata de Alemania, y observaba que ambos habían ofrecido apoyo a su gobierno desde el inicio de la guerra. Pero sus posiciones diferían en un aspecto. Ningún socialdemócrata alemán formaba parte

del gabinete de guerra, mientras que los socialistas franceses habían proporcionado a figuras punteras como Jules Guesde, Marcel Sembat y Albert Thomas como ministros. Trotsky subrayaba que el Partido Socialdemócrata Alemán no era genuinamente independiente de las clases dirigentes alemanas pero se había unido al sistema «imperialista». Pero no quería ser pesimista. Sin exagerar la influencia del encarcelado Karl Liebknecht, destacó la creciente simpatía que despertaba[17]. Era su manera de hacer partícipes a sus lectores de que los socialistas de los países occidentales eran capaces de desafiar el consenso favorable a la guerra en los gobiernos y entre los pueblos. También tenía palabras de encomio para la memoria de líderes de la Segunda Internacional que se habían opuesto al militarismo: Wilhelm Liebknecht (padre de Karl), August Bebel, Jean Jaurès y Édouard Vaillant. El mensaje contrario a la guerra en el escrito de Trotsky era inequívoco[18].

Sentía que no podía correr el riesgo de ir a la segunda conferencia internacional de socialistas europeos contrarios a la guerra, a finales de abril de 1916. Como la primera de Zimmerwald, ésta se celebró en las montañas al norte de Berna. Esta vez el pueblo elegido fue Kienthal. Las críticas a periódicos como *Nashe Slovo* se hacían cada vez más patentes en París, y a Trotsky se le podía haber impedido la entrada a Francia tras las reuniones.

En esos días se sintió intensamente frustrado, pero su decisión de quedarse en Francia se revelaría como muy práctica en su carrera posterior. Los debates en Kienthal fueron todavía más hostiles que los de Zimmerwald. Lenin volvió a ser el instigador de la división. Si Trotsky hubiera acudido seguramente se habría producido un choque entre los dos. Eso habría sido difícil de ocultar bajo la alfombra en las memorias de Trotsky. En cambio, pudo escribir: «Las diferencias de opinión, puramente accidentales, que me habían separado de Lenin en Zimmerwald, se borraron en el transcurso de los meses siguientes.»[19] Para entonces ya se había producido una escisión en el Partido Socialdemócrata de Alemania. Karl Kautsky y Hugo Haase hacían campaña contra la política oficial de su partido, que apoyaba la campaña nacional en la guerra. Lenin, sin embargo, siguió criticando a Kautsky por no haber denunciado la guerra en su inicio. Pedía una adhesión inequívoca a los objetivos revolucionarios y ni Kautsky ni Haase la satisficieron. Lenin y sus bolcheviques habían venido a pelear. Zinoviev contribuyó a la agitación al atacar a Mártov y Axelrod por pretender que representaban a los mencheviques de Petrogrado, sustentadores de

la campaña bélica de Rusia. Se sucedieron los intercambios airados. Lenin denunció los esquemas «burgueses-pacifistas» para acabar con la guerra, y todo el mundo sabía que apuntaba a Mártov entre sus objetivos. La conferencia de Kienthal fue un tormento para Robert Grimm desde el principio hasta el fin. Y sólo el hecho de que Lenin y su aliado Karl Radek siguieran en minoría permitió que las conclusiones del congreso no fueran saboteadas por la agresiva Izquierda[20].

De hecho, el Trotsky ausente no estaba mejor dispuesto que Lenin a tolerar el comportamiento de Mártov. Los mencheviques de Petrogrado seguramente no tenían derecho a estar representados en Kienthal, y la relación de trabajo entre Trotsky y Mártov en *Nashe Slovo* continuó deteriorándose. Los peores temores de Mártov en 1914 se confirmaban. Trotsky quizá no fuera un cismático «a lo Lenin», pero el efecto de su presencia era que cargaba cualquier reunión del consejo de redacción con acusaciones quisquillosas.

Entretanto, Trotsky no tenía vínculos organizativos con el partido en Rusia: lo que sabía del país derivaba enteramente de la prensa europea. En *Kievskaya Mysl* continuaban publicando sus artículos, y los giros bancarios le llegaban desde Ucrania. Seguía, sin embargo, los aspectos militares de la Gran Guerra con una atención incompleta. En *Nashe Slovo* se concentraba en la prognosis revolucionara. Su periodismo mencionaba el deterioro de la vida y del trabajo en Francia. Explicaba las condiciones de los heridos. Atacaba las pretensiones de los gobiernos aliados y no olvidaba poner en ridículo a los ministros de Nicolás II. Sin llegar a decirlo nunca, Trotsky daba por sentado que si la situación empeoraba mucho más tendría que darse una revolución. Los sufrimientos de los trabajadores de las fábricas y de los soldados se harían intolerables. El proletariado se levantaría contra la burguesía. Mantenía esta fe, y ponía énfasis en su percepción de que la situación se estaba haciendo favorable al avance del socialismo europeo. Otros miembros de la izquierda radical estaban desmoralizados, o nerviosos. Incluso Lenin mostró falta de confianza mientras la guerra se prolongaba[21]. Trotsky, en cambio, se mantenía firme como una roca. Había proclamado su profecía de cambios revolucionarios inminentes: a los acontecimientos correspondía hacer que se cumpliera, y él esperaba participar en la transformación.

Y, sin embargo, nadie sabía demasiado qué hacer con él. Como líder del partido había sido un infatigable unificador, y sólo justo antes de la Gran Guerra

se había vuelto algo escrupuloso sobre quién podía pertenecer al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Su trabajo en tiempo de guerra estaba lejos de ser titánico, y se limitaba a sus actividades como periodista. Nadie podía predecir que este revolucionario solitario estuviera a punto de hacerse un nombre como una de las figuras más influyentes de la historia mundial del siglo XX.

3

Travesías atlánticas

Trotsky tenía una sorprendente confianza en la tolerancia «burguesa», y asumía que estaba seguro en Francia siempre y cuando permaneciera dentro de la ley. Le habría preocupado comprobar en cuán numerosas ocasiones el gobierno ruso se había quejado al francés sobre él y sus amigos del *Nashe Slovo*. La embajada rusa en París reclamaba el cierre del periódico y la extradición de Trotsky. Rusia era uno de los Aliados en la guerra contra los Poderes Centrales. Para Francia no resultaba fácil ignorar las peticiones procedentes de Petrogrado si deseaba mantener la campaña militar conjunta. La prolongación de las hostilidades iba minando la disposición del gobierno francés a dar refugio a revolucionarios que desautorizaban la campaña bélica de Rusia.

El 15 de septiembre de 1916 partió la orden desde el despacho de Louis Malvy, en el Ministerio del Interior francés, de que *Nache Slovo* tenía que cerrar. Al día siguiente Trotsky se enteró de que iba a ser deportado[1]. Malvy, un miembro del partido radical, se había resistido hasta entonces a arrestar a los que se manifestaban contra la guerra. Aquel cambio de política se mantuvo siempre, ardiente, en la memoria de Trotsky. En los años siguientes seguiría el devenir de sus torturadores, y comprobaría satisfecho que el primer ministro Georges Clemenceau pronto dejaba de contar con Malvy. En 1917 resultó que Malvy había estado subvencionando un periódico que recibía financiación secreta del gobierno alemán. Se procesó a Malvy y en 1918 se le prohibió residir en Francia durante cinco años: el hombre que había deportado a Trotsky también era expulsado del país. Y luego estaba el comisario de policía que había proporcionado a Malvy los informes sobre los revolucionarios rusos residentes en París. Se trataba del bellamente llamado Charles Adolphe Faux-Pas Bidet. En 1918 se iba a encontrar con Trotsky, pero con los papeles cambiados. Entonces Trotsky se había convertido en comisario del pueblo para Asuntos Militares del gobierno soviético, y Bidet estaba en Rusia en una misión secreta. Las fuerzas de seguridad del Sóviet lo detuvieron y lo llevaron a la presencia de

Trotsky para que se explicara. Faux-Pas Bidet exclamó: «¡Es el curso de los hechos!»[2]

Las protestas de influyentes socialistas franceses retrasaron el cumplimiento de la orden de deportación. Trotsky protestó ante Malvy, pero no sirvió de mucho. El militante antibelicista Alphonse Merrheim colaboró ofreciéndole a Trotsky la oportunidad de hablar en el Comité para la Reanudación de Relaciones Internacionales. Trotsky pronunció un discurso muy encendido. Denunció una reciente iniciativa de Camille Huysmans, secretario de la Oficina Internacional Socialista de la Segunda Internacional, para organizar una conferencia de socialistas de los países neutrales. Trotsky pidió la coordinación de todos los partidos y grupos socialistas hostiles a la lucha. Había que rechazar las lisonjas del «pacifismo burgués». La lucha de clases era esencial. Había que seguir las resoluciones de las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal. Había que crear una Tercera Internacional[3].

Trotsky nunca recibió una explicación del porqué de su expulsión, pero se manejaban diversas acusaciones. Se decía de él que era un germanófilo, y era cierto que habían capturado a unos amotinados rusos en Marsella con ejemplares del *Nashe Slovo*[4]. Trotsky empezaba a desesperarse. Como último recurso pidió permiso para desplazarse a Suiza, en donde estaría entre marxistas rusos que habían decidido seguir la guerra desde allí. En Berna, las autoridades no querían ni pensar en las posibles complicaciones de sus relaciones con Rusia y respondieron con una negativa a la petición de Trotsky. Malvy perdió la paciencia y tomó la decisión de deportarlo a España. Una pareja de policías de paisano se personó en el piso que ocupaba entonces, en la rue Oudry, con la orden de que les acompañara a la frontera francesa. Tenía que partir en tren, sin su mujer, sin sus hijos. Los dos agentes evitaron el trato desagradable y charlaron con Trotsky durante el viaje. Actuaban subrepticiamente y evitaron comunicar nada a la policía española. Tenían órdenes de dejarle en territorio español antes de volver a París.

Los compañeros personales de Trotsky triunfaron en su misión. Cruzaron la frontera del norte de España y le dejaron en Irún, a su suerte, orientándole hacia San Sebastián. Trotsky tenía la esperanza de eludir la vigilancia desplazándose hacia Madrid, pero la policía detectó su presencia y se le ordenó que abandonara el país de inmediato. Trotsky recordaría esto en su florido lenguaje: «El gobierno liberal español del ciudadano Romanones no me dio tiempo de estudiar el

lenguaje de Cervantes.»[5] Escribió rápidamente a sus amigos de París. Apeló a las autoridades españolas. Buscó ayuda en Suiza. Nada resultó: en España no se le quería, del mismo modo que no se le quería en Francia. Las autoridades consideraron la posibilidad de enviarlo en un barco a Cuba. Eso no le gustaba en absoluto, porque la residencia en una isla caribeña haría muy lentas las comunicaciones. Si no podía encontrar un lugar en Europa, su siguiente preferencia era ir a Estados Unidos, y su suerte cambió a mejor cuando descubrió que no existía ninguna objeción para que pudiera desembarcar en Nueva York. Natalia y los chicos, de todos modos, seguían en París. Su dinero también estaba allí, y la policía española insistió en llevárselo al sur, a Cádiz, lejos de la capital. Trotsky informó de la situación a sus camaradas de París y se trazó un plan para encontrarse con el resto de su familia en Barcelona, en donde podrían tomar un buque de pasajeros hacia el Nuevo Mundo.

El vapor español *Montserrat* zarpó de Barcelona el día de Navidad (según el calendario de las iglesias occidentales) de 1916[6]. Trotsky juraba que habían viajado en segunda clase[7]. Era una de sus mentiras absurdas, puesto que quedó registrado que ocupó plazas en primera clase. La familia había pagado 1700 pesetas por pasajes de segunda, pero cuando llegaron a bordo se encontraron con que esos camarotes ya estaban ocupados, de manera que se les dio uno de primera clase sin cargos adicionales[8].

Trotsky pensó que era un barco viejo y anticuado[9]; pero al menos él y su familia disponían de aposentos decentes, y no se mezclaban con los pasajeros de las cubiertas inferiores. A pesar de ser un socialista revolucionario y de propugnar la dictadura del proletariado, Trotsky no sintió ningún impulso de pasar un tiempo hablando con los trabajadores. La gente con la que convivieron los Trotsky en su propia cubierta constituía un grupo variopinto. Muchos simplemente querían dejar atrás una Europa desgarrada por la guerra y tenían una historia interesante que contar. Varios de ellos, incluido un «mediocre jugador de ajedrez» que decía ser el mejor jugador de billar de Francia, estaban interesados en Zimmerwald. Trotsky sacó la bonita conclusión de que se había unido a un «vapor lleno de desertores». No le gustaban, y se burlaba de ellos diciendo que «les gustaba vivir exprimiendo a su país, pero no morir por él». Otro de los viajeros era un belga que escribía un libro sobre la producción de azúcar y que creía que los combates podían concluir en cuanto se llegase a un acuerdo para dividir Bélgica. Trotsky encontró sólo a una persona que le atrajo.

Era una criada de Luxemburgo, pero no escribió nada más sobre ella, posiblemente porque no dio pie a ninguna anécdota de la que él pudiera reírse[10]. Se daba cuenta de que algunos de sus compañeros de pasaje estaban interesados en el movimiento europeo contra la guerra y socialista, pero no se rebajó a hablar con ellos de política. Trotsky permaneció en su postura de observador desde el Olimpo.

Separado de las noticias diarias, pasaba el tiempo en la redacción de un diario. El barco inició su navegación bajando por la costa meridional hacia el Atlántico, e hicieron escala en Valencia y Málaga. Pasaron el Peñón de Gibraltar antes de atracar en Cádiz, y Trotsky pudo bajar a tierra y volver a visitar la ciudad a la que le habían desplazado recientemente. Luego vino el viaje transoceánico. Durante la primera semana el tiempo fue más suave de lo que correspondía estacionalmente. El sol brillaba. Trotsky redactaba más entradas en su diario mientras Serguéi y Liev hicieron amistad con los marinos españoles, que les explicaron que pronto iban a librarse de la monarquía en Madrid. Natalia recordaría que los hombres superaban las barreras lingüísticas cruzándose el cuello con la punta de los dedos, y los chicos lo entendían[11].

Llegaba a Nueva York como un héroe entre los simpatizantes socialistas de la emigración del Imperio ruso. Había mantenido contacto con Lev Deich durante toda la guerra. Sus años como colaborador de *Novy Mir* hacían de él una figura conocida de la extrema izquierda política[12]. Pero primero la familia tenía que desembarcar. Los pasajeros pasaron por el examen sanitario mientras seguían a bordo. Natalia llevaba un velo, y el oficial médico le dijo que lo levantara e hizo ademán de levantarle los párpados para ver si tenía tracoma. Pero aquella actitud tan digna de la recién llegada le disuadió y se permitió a la familia que abandonara el barco sin más preámbulos[13]. Trotsky se vio rodeado de periodistas que querían entrevistarle. «Nunca, ni siquiera bajo el interrogatorio más estricto por parte de la policía, había sudado como ahora bajo el fuego cruzado de estos profesionales especialistas.»[14] Los políticos izquierdistas de Nueva York le organizaron agasajos en todas partes. La única excepción fue un encuentro en la Cooper Union, con la sala sólo medio llena. Los oradores hablaban en lenguas diversas, y los organizadores no conocían al detalle su punto de vista sobre la guerra. Pero en cuanto Trotsky dio comienzo a su discurso no quedó duda de que un orador de genio estaba sobre el estrado. Incluso los oyentes que no compartían su opinión admiraron la brillantez de su

intervención[15].

No había experimentado semejante oleada de elogios desde 1905 en San Petersburgo. *Forverts* («Adelante»), un diario socialista en yiddish, le hizo una entrevista e informó de que el «camarada Trotsky permanecerá aquí con nosotros durante un tiempo», como poco hasta el fin de la guerra[16]. Ese periódico vendía 200 000 ejemplares cada día, de manera que Trotsky se convirtió en una figura más importante de lo que había sido en cualquier país excepto el suyo propio, al menos entre los *émigrés* del Imperio ruso. Escribió cuatro artículos para su director. Defendiéndose de las acusaciones que le convertían en agente del gobierno germánico, negaba ser proalemán. Trotsky llamaba a los obreros de América —aunque, naturalmente, sólo leían *Forverts* los trabajadores judíos— a levantarse para conseguir objetivos internacionalistas.

Todo fue bien hasta que el departamento de Estado anunció un plan de los alemanes para llevar a México a la guerra con sus vecinos del norte. Berlín prometía, a cambio de la colaboración mexicana, la restitución de Nuevo México y de amplias zonas de California si los Aliados resultaban derrotados. *Forverts* y su director Abraham Cahan adoptaron una posición patriótica, y expresaron su aversión hacia las connivencias oficiales de los alemanes. Trotsky puso objeciones a la toma de posición por parte de Cahan en una «guerra imperialista». Argüía que no era más lícito para un ruso-judío americano socialista apoyar a la administración del presidente Woodrow Wilson que para los socialdemócratas alemanes votar, como lo habían hecho, a favor de los presupuestos de guerra en 1914. El socialismo, decía, no era tal socialismo sin su dimensión internacionalista. El amor a la patria natal era una emoción detestable. El objetivo de los socialistas tenía que ser la lucha por revoluciones que relegaran al olvido toda clase de guerras. Cahan, que tenía unos treinta años más que Trotsky y que había sido un revolucionario en el Imperio ruso, no aceptaba que le diera lecciones. Se produjo una violenta discusión. Trotsky no volvió a escribir para *Forverts* nunca más[17]. En un nivel más personal tuvo problemas con su viejo amigo de Nikoláiev, Grisha Ziv, que trabajaba como médico en Nueva York. Se encontraron un día, y Trotsky le retó a una partida de ajedrez. Ziv ganó. Trotsky odiaba perder y rehusó jugar la revancha: siempre tenía que ganar, fuera cual fuese la competición[18].

Con *Novy Mir* las relaciones eran diferentes. Allí había cultivado los contactos desde su creación en 1911[19]. Su amigo Lev Deich había sido el

redactor jefe[20]; Grigori Chudnovski, que había colaborado en París, seguía trabajando allí. Otro colaborador frecuente era el bolchevique Nikolái Bujarin. *Novy Mir* era menos sectario que diversas publicaciones contrarias a la guerra de Suiza o Francia. Se trataba de un diario con sede en el 77 de St. Mark's Place, y se había fundado bajo los auspicios de la Sociedad Editora Socialista Rusa. En sus páginas dominaban las noticias de Rusia. Anunciaba asuntos del ámbito ruso en Nueva York, desde depósitos bancarios a bailes de disfraces organizados por anarquistas refugiados de la monarquía de los Románov. Aunque la orientación era socialista, se parecía más a un diario popular corriente que cualquier otro en el que hubiera escrito Trotsky, excepto *Kievskaya Mysl*: la diferencia era que podía visitar libremente las oficinas de *Novy Mir*, mientras que si hubiese aparecido por Kiev le habrían detenido de inmediato. No le preocupaba ser menos conocido en los círculos más amplios del socialismo americano. De todos modos apenas podía expresarse en inglés. *Novy Mir* le ofrecía una plataforma para clamar contra la Gran Guerra entre los emigrantes rusos, judíos y alemanes sin que nadie le censurara. Por fin podía ser tan polémico como deseaba.

El título de su primer artículo tras la llegada evidenciaba su militancia: «¡Larga vida a la lucha!»[21] Como era natural, no tardó en producirse una discusión. La neoyorquina Anna Ingerman había sugerido que los médicos de la Cruz Roja deberían estar libres de la prohibición socialista de tomar parte en la guerra. Esto azuzó a Trotsky, que declaró que la Cruz Roja era una «organización gubernamental socialista»[22]. Había perdido cualquier sentido de la proporción. La Cruz Roja había salvado a incontables centenares de miles de soldados heridos y prisioneros de guerra. Ésos eran los reclutas a los que Trotsky quería ganar. Las guarniciones rusas de 1917 no le habrían encontrado tan atractivo si hubieran conocido su falta de humanidad.

La familia Trotsky disfrutó en su estancia americana. Chudnovski les encontró un apartamento en el Bronx[23]. Mientras Trotsky trabajaba en el *Novy Mir*, Natalia y los chicos disponían de tiempo. Se lo pasaron muy bien tras los trastornos recientes en su rutina familiar. Los hijos estaban fascinados por el *skyline* de Manhattan y no paraban de contar el número de pisos de los rascacielos. Natalia a veces tenía que insistir en que desistieran de tanta «verificación» y volvieran a casa con ella. Algunos días los tres fueron a dar una vuelta en coche. Cierto doctor Mijailovski, presumiblemente uno de los admiradores de Trotsky y quizá pariente suyo, les proporcionaba el vehículo y su

chófer. Pero Liev y Serguéi, a los que se había educado para que trataran a la gente sobre una base igualitaria, no podían entender por qué el empleado de Mijailovski no comía con ellos en el restaurante[24]. No sería la última ocasión en que Serguéi se sorprendiera de la afición de sus padres al estilo de vida de la clase media[25]. El apartamento, que costaba dieciocho dólares al mes, era confortable. Disponía de las comodidades propias del hogar americano de la época, con su nevera, cocina de gas y teléfono. Era una mejora respecto a París y Viena, en donde la familia no podía telefonear a sus amigos[26].

Trotsky pronunció muchos discursos, que le ayudaron a afrontar los gastos. La anarquista Emma Goldman le había visto en un mitin y se había quedado impresionada: «Tras diversos oradores más bien flojos presentaron a Trotsky. Era un hombre de mediana estatura, con mejillas demacradas, pelo rojizo y una barba roja que crecía con brío hacia delante. Su discurso, primero en ruso y luego en alemán, fue poderoso y electrizante.»[27] No se limitó a la zona de Nueva York, sino que viajó hasta Filadelfia y otras ciudades del nordeste americano.

Su mensaje a los socialistas de Estados Unidos reproducía lo que había dicho y escrito en Europa. La extrema izquierda americana estaba sedienta de información actualizada, y Trotsky admitió abiertamente que los internacionalistas eran minoría en los partidos europeos. Pero insistía en que Karl Liebknecht no estaba solo y en que el movimiento antiguerra europeo estaba ganando fuerza. Le parecía ejemplar de qué forma Karl Kautsky, Hugo Haase e incluso el revisionista recalcitrante Eduard Bernstein se habían vuelto contra la opinión mayoritaria en sus partidos. Predecía que esa tendencia se intensificaría. Explicaba a su público que él había visto en acción a la «pandilla de ladrones» que dirigió a los ejércitos a las guerras balcánicas de 1912-1913. La guerra de aquellos días no le había hecho cambiar de opinión, y no había visto «ningún motivo» para cambiarla. Pero algo bueno iba a salir de esa carnicería: «La época del futuro será un época de revolución social». Afirmaba también que era una bobada pensar que se producirían reformas importantes si ganaba la Gran Guerra uno u otro lado. La única solución genuina era la transformación revolucionaria. Trotsky expresaba su total confianza en que esto era exactamente lo que iba a suceder[28].

Hablaba más sobre la guerra que sobre Rusia, y como todo el mundo se quedó atónito con las noticias de huelgas y manifestaciones en Petrogrado en la

última semana de febrero de 1917. Nicolás II supo que su autoridad se había desvanecido cuando vio que los soldados de las guarniciones se unían a los trabajadores rebeldes. Abdicó el 2 de marzo. Su intención era que le sucediera su hijo hemofílico Alexéi. Como nadie quería oír hablar de tal cosa intentó que su hermano Mijaíl ocupara el trono. Trotsky y Natalia estaban tan contentos como en enero de 1905. Los chicos también se alegraron[29]. Rusia volvía a entrar en una fase revolucionaria, y Trotsky sentía que sus predicciones se cumplían.

Para aquel entonces los partidos socialistas habían recuperado la confianza. Respondiendo a la presión popular, organizaron elecciones para el Sóviet de diputados de los trabajadores y soldados de Petrogrado. Los liberales también se mostraban activos en ese mismo tiempo, y sus dirigentes de la Duma y de otras instituciones públicas se unieron para formar un gobierno provisional. Escogieron al príncipe Gueorgi Lvov, que encabezaba la Unión de Zemstvos, como nuevo primer ministro, pero quienes ejercían la principal influencia eran los kadetes, dirigidos por Pável Miliukov (convertido en ministro de Asuntos Exteriores). El gabinete promulgó las libertades cívicas universales. Se otorgó el derecho a pensar, hablar y organizarse con completa libertad. Lvov y sus ministros declararon que se requería paciencia en relación con otras reformas básicas, sobre todo en lo que se refería a la cuestión agraria, hasta que fuera elegida una asamblea constituyente. También se comprometieron a una política de defensa nacional, renegando expresamente de cualquier ambición expansionista para el país. Se enviaron mensajes tranquilizadores a Londres, París y Washington: la campaña militar rusa se llevaría a cabo, por fin, con todo el pueblo apoyándola. El gabinete de Lvov era operativo sólo de forma parcial. El gobierno provisional sólo pudo emerger después de obtener permiso del Sóviet de Petrogrado.

Trotsky escrutaba todos los días los despachos que llegaban de Rusia a la redacción del *Novy Mir*. Cada vez estaba más nervioso, sobre todo cuando pareció claro que los mencheviques y los socialistas revolucionarios tenían la intención de dotar al gobierno provisional de su «apoyo condicional». Él lo rechazaba de plano. La obligación de los socialistas era oponerse a la guerra y luchar por una revolución socialista. Trotsky realizaba simultáneamente otra campaña, ésta contra el creciente movimiento en Estados Unidos para unirse a los Aliados contra las Potencias Centrales, sobre todo después de que los alemanes hubieran decidido dirigir sus submarinos contra mercantes americanos.

El plan alemán consistía en interrumpir que los suministros llegaran a Francia y Gran Bretaña. A principios de abril Woodrow Wilson obtuvo la autorización para entrar en guerra. A Trotsky le sobrevino un ataque de rabia. Como si no fuera ya bastante malo que el gobierno provisional ruso se comprometiera a luchar contra las Potencias Centrales, iban los americanos y se unían a los aliados. La única estrella en un cielo oscuro, según lo veía Trotsky, era el anuncio del gobierno provisional de un plan para facilitar la vuelta de todas las personas perseguidas por las autoridades antes de 1917. Estas diligencias no quedaban sujetas a ninguna condición, y Trotsky quería aprovechar el momento[30].

En un ardiente artículo publicado el 20 de marzo, Trotsky rechazaba la idea de que el gobierno provisional pudiera salvar a Rusia de la catástrofe. Recordaba los antecedentes de los nuevos ministros. Alexandr Guchkov, el líder octubrista, siempre había estado a favor de la expansión imperial y no iba a cambiar de opinión como ministro. El Sóviet de Petrogrado, bajo la guía de los mencheviques y socialistas-revolucionarios se equivocaba en dar apoyo al gobierno, y los líderes del Sóviet como Nikolái Chjeidze, al que había cortejado en una ocasión en la Duma estatal, representaban sólo «los elementos oportunistas de la socialdemocracia». Las guerras serían eliminadas sólo cuando ocurrieran las revoluciones socialistas. Si se suplantara al gobierno provisional en Rusia, el proletariado alemán seguiría el ejemplo. Los Hohenzollern, la dinastía imperial alemana, estaban en lo cierto al temer los efectos contagiosos de los disturbios revolucionarios en Petrogrado. Los trabajadores rusos mostrarían el camino a seguir. No triunfarían a menos que pudieran ganarse la simpatía activa de las «masas campesinas». Trotsky lanzó una nueva consigna: «¡La tierra de los terratenientes, no Constantinopla!». Era un intento de exponer el hecho de que el gobierno imperial ruso tenía objetivos expansionistas bélicos y quería acaparar territorio a expensas de los otomanos. No era su campaña publicitaria más lograda, y pronto la descartó. Pero se atenía a la idea fundamental de que los campesinos se pasarían al bando de la extrema izquierda si se les prometiera el fin de la contienda en el frente oriental (como lo llamaban las Potencias Centrales y los Aliados) y la expropiación de los terratenientes[31].

Trotsky no necesitaba tiempo para trabajar su propia política, pues la mantenía intacta desde 1905. Lo que era necesario en su opinión era una «República revolucionaria de los trabajadores». Sus esperanzas eran altas: «El proletariado ruso está lanzando ahora una tea encendida en el polvorín [de la

revolución social]. Suponer que esta tea no causará una explosión es desobedecer a las leyes de la lógica histórica y de la psicología.»[32]

Estaba impaciente por volver a Petrogrado y obtuvo los papeles necesarios en el consulado ruso. A continuación siguieron los mítines de despedida. Hasta entonces había observado algún cuidado en lo que decía en público, pero según se informó la noche antes de partir pronunció un discurso en el Harlem River Park Casino: «Quiero que organicéis y que no dejéis de organizaros hasta que seáis capaces de derrocar el maldito, podrido y capitalista gobierno de este país.»[33] (Se diría que un periodista anglófono habría hecho una paráfrasis, más que una traducción de las palabras originales de Trotsky). Trotsky y su familia habían pasado en Estados Unidos menos de tres meses. Subieron al vapor *Kristianiafjord* de la línea que cubría el trayecto entre Noruega y Norteamérica el 27 de marzo, con la intención de hacer el viaje de su vida. Por lo visto Trotsky no hizo caso de una advertencia del columnista estadounidense Frank Harris: según éste podía caer en manos de los militares británicos cuando el barco recogiera a más pasaje en Halifax, Nueva Escocia[34]. A pesar de la lluvia torrencial, unos trescientos simpatizantes fueron a despedirles entre banderas y flores, y Trotsky fue llevado a hombros hasta el barco[35]. Petrogrado iba a ser la culminación de todas sus vidas. Un puñado de revolucionarios había reservado camarotes en ese mismo viaje. Entre ellos estaba Grigori Chudnovski, colega de Trotsky. Otro pasajero era Andréi Kalpashnikov, quien quizá fuera un enviado de las agencias de los Aliados para mantener vigilado a Trotsky[36].

Todo fue bien hasta que el barco atracó en Halifax para recoger a más pasajeros. Tal como le habían advertido a Trotsky, las autoridades canadienses, a diferencia de las estadounidenses, hacía ya tiempo que estaban en alerta por el peligro que suponían los socialistas contrarios a la guerra. Hubo un cruce de telegramas entre Ottawa y Londres. Una vez que se estableció que el bien conocido Trotsky estaba en el puerto se dio la orden de arrestarlo. Trotsky protestó ruidosamente y rehusó a cooperar en nada que fuera más allá de facilitar su identidad. Pero le iba a ser difícil negar que había lanzado soflamas apocalípticas contra la causa aliada. No fue la única persona a la que sacaron del *Kristianiafjord*. Las autoridades hicieron lo mismo con otros siete pasajeros sospechosos de fanatismo antibelicista. Todos protestaron porque los habían acarreado sin contemplaciones «fornidos hombres de mar». Trotsky, impotente y furioso, gritaba y lanzaba puntapiés contra los marinos[37]. Por primera vez en su

historial de arrestos le desnudaron para someterle a un cacheo. Detestaba que le tocaran de tal modo y durante todo el resto de su vida recordó ese agravio. Le transportaron junto con un pequeño grupo a un campo de prisioneros a más de 140 kilómetros, en Amherst, mientras alojaban a Natalia y los chicos en el hotel Prince George[38]. Trotsky fue un fastidio tanto para sus captores como para los oficiales alemanes allí detenidos, pues hizo propaganda antibélica entre los soldados de las Potencias Centrales.

Tras las protestas del gobierno provisional, que estaba bajo la presión del Sóviet de Petrogrado, Trotsky fue liberado y se le permitió abordar otro barco, el *Helig Olaf*, para reemprender viaje con su familia. Andréi Kalpashnikov, que había hecho de intérprete para los británicos, recordaba la escena: «Cuando el barco se alejaba del muelle Trotsky levantó el puño a los oficiales ingleses y maldijo a Inglaterra.»[39] Mientras se lamentaba por todo el tiempo perdido y el vapor que había partido sin él, no podía saber que el *Kristianiafjord* no fue el más afortunado de los navíos en las travesías transatlánticas: en junio de 1917, en su siguiente viaje desde Nueva York, naufragó en el cabo Race, en Terranova, como consecuencia de un error de navegación[40].

El retraso canadiense implicaba que Trotsky volvía a una situación política que había pasado por grandes cambios desde la caída de la monarquía Románov. La autoridad del gobierno provisional era débil. La policía había huido. Los soldados de las guarniciones rehusaban obedecer los decretos del gobierno a menos que estuvieran autorizados por los sóviets de Petrogrado y del resto del país. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios no deseaban formar gobierno: según sugerían sus doctrinas, Rusia permanecía en una etapa demasiado rudimentaria de desarrollo industrial y cultural como para que la introducción del socialismo fuera una medida inteligente. También eran reacios a tomar la responsabilidad dadas las dificultades del país en tiempo de guerra. Con alguna reluctancia permitieron que el abogado socialista-revolucionario Alexandr Kerenski aceptara una cartera ministerial. Pero su estrategia preferida era ejercer la influencia dirigida a la toma del poder, e insistían en las políticas de libertades civiles y defensa nacional como precio para su apoyo al gobierno provisional. Incluso los bolcheviques estaban desorganizados. Mientras que algunos de ellos se dedicaban a agitar el ambiente pensando en una sublevación socialista, las figuras centrales del Comité Central, sobre todo Lev Kámenev y Iósif Stalin, compartían la idea de que se le podía ofrecer un «apoyo

condicional» al gobierno.

Las políticas mundiales también habían cambiado desde que Trotsky había salido de Nueva York. Los submarinos alemanes atacaban los barcos americanos en un esfuerzo desesperado de bloquear Gran Bretaña y reducirla a la impotencia militar. Los generales Ludendorff y Hindenburg, en el frente occidental, querían dejar a Gran Bretaña y Francia sin los suministros que se les enviaban a través del Atlántico. Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril, con lo que se convertía en un «Poder Asociado» junto con los Aliados. Trotsky no había tomado parte en las políticas de la nueva Rusia, pero la confianza que tenía en sí mismo era inquebrantable.

4

Casi bolchevique

La última etapa del viaje interrumpido desde Nueva York llevó a Trotsky por la misma vía de tren que habían tomado los emigrantes de Europa central. Los oficiales británicos en patrulla conjunta en la frontera sueco-finlandesa no pusieron dificultades. Una vez en el tren en Tornio, viajó hacia el sur con humor exultante. Nada podía impedir ya que llegara a Rusia. Al cruzar la frontera por Beloostrov, recibió la bienvenida de los compañeros marxistas Moshe Uritski y G. F. Fiódorov[1]. Uritski pertenecía a los interdistritales, contrarios al fraccionalismo de los mencheviques y bolcheviques, y que querían unificar el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia sobre la base de formar un gobierno socialista de coalición al finalizar la guerra. Fiódorov era miembro del Comité Central bolchevique. Nadie acudió en representación de los mencheviques: era una señal temprana del giro que había dado la política en la capital. Trotsky llegó a la estación Finliandski el 4 de mayo, dos meses después de la abdicación de Nicolás II y un mes después que Lenin. Los líderes mencheviques y socialistas-revolucionarios del Sóviet de Petrogrado organizaron la ceremonia de bienvenida habitual. Hubo aplausos cuando Trotsky descendió a hombros de la plataforma del tren. Era un héroe revolucionario. Había dirigido el primer Sóviet de la capital una docena de años antes. Había pasado diversos períodos encarcelado, y en Siberia. Sus escritos políticos le habían dado fama. Nadie, fuera del partido que fuese, podía igualarle en su brillantez como orador.

Los bolcheviques habían cambiado su estrategia en las anteriores dos semanas bajo la presión de Lenin. En sus *Tesis de abril*, aceptadas en una conferencia fraccional, llamaba a una sustitución del gobierno provisional por una administración revolucionaria socialista. En esencia, Lenin abandonaba el «viejo bolchevismo», que esperaba una etapa de desarrollo capitalista después del derrocamiento de la monarquía de los Románov. De modo que los bolcheviques habían pasado a defender, como Trotsky, una revolución socialista inmediata. Habían enviado a Fiódorov para que recibiese a Trotsky en

Beloostrov y comprobase si podía contarse con él para algún tipo de colaboración política.

La calidez de la recepción en la estación Finliandski escondía preocupaciones constantes sobre Trotsky. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios odiaban su perspectiva revolucionaria, y los bolcheviques todavía no acababan de creerse que fuera un aliado fiable[2]. Por lo general Trotsky no le había dado importancia a la actitud de la gente ante él, pero en esos momentos era más sensible. Estaba solo en Petrogrado. Su experiencia como líder del Sóviet en 1905 no contaba demasiado: tenía que forjarse una nueva reputación en una tesitura completamente nueva. Los menchevique y bolcheviques estaban sumergidos en un hervidero de actividad, y no mostraban la inseguridad que les había caracterizado doce años antes. La política había entrado en una fase de extraordinaria complejidad, y Trotsky todavía tenía que demostrar que entendía todo lo que estaba ocurriendo. Pero no se arredró. Aunque las fracciones mencheviques y bolcheviques seguían poniéndole tenso, se tomó la situación con ánimo positivo. Sus erupciones emocionales en Halifax derivaban de la intensa frustración que sentía al ver que le impedían entrar en la espiral revolucionaria de Petrogrado. Tenía treinta y ocho años y rebosaba de energía y de confianza. Sentía que volvía para cumplir con su destino.

Una de sus acciones en los primeros días después de llegar a Petrogrado fue contactar con su cuñado Lev Kámenev y su hermana Olga. Entre sus intenciones estaba la de averiguar qué estaban haciendo los bolcheviques. Por mediación de Kámenev se organizó una visita a la redacción del diario *Pravda*[3]. De hecho, Trotsky no se limitó a los bolcheviques, sino que habló con todos los grupos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia opuestos frontalmente a la Gran Guerra. Es más, el resentimiento seguía vivo entre él y los bolcheviques, y no parecía en absoluto obvio que Trotsky fuera a aliarse con ellos[4].

El gobierno provisional se estaba reformando tras el tumulto que se había levantado a finales de abril cuando se supo que Pável Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, había asegurado ante los Aliados que Rusia mantenía los objetivos expansionistas por los que Nicolás II había ido a la guerra. Las protestas callejeras organizadas por el Sóviet de Petrogrado forzaron la dimisión de Miliukov y de Guchkov. El príncipe Lvov no veía la manera de poner fin a los disturbios si los mencheviques y socialistas-revolucionarios no consentían en unirse a su gobierno. La dirección del Sóviet aceptó con muchas dudas. Trotsky

siempre había sido hostil a cualquier acuerdo con los liberales y continuó con su «gobierno de los trabajadores». Pero ¿cómo podía conseguirse ese objetivo si no había sido posible en la sublevación contra la monarquía de los Románov? ¿Con qué fracciones y grupos cabía actuar? ¿Y cuáles eran las mejores consignas para una campaña en contra del gobierno de Lvov[5]? Ésas eran preguntas que los bolcheviques habían resuelto en la conferencia que había concluido la semana anterior con una victoria rotunda de las *Tesis de abril* defendidas por Lenin. Los bolcheviques, a pesar de ser una minoría en los sóviets, tenían la determinación de hacer que su influencia entre los obreros, campesinos y soldados aumentara en la misma medida que las dificultades del gobierno. Declararon que el gobierno condenaba a Rusia a la catástrofe económica y social y a un baño de sangre militar prolongado. El país necesitaba un gobierno de los trabajadores.

Trotsky había mantenido esta misma opinión desde mucho antes de que Lenin se contorsionara ideológicamente para justificar una llamada a la revolución socialista. Éste pretendía en esos momentos que la revolución burguesa y democrática ya había tenido lugar en marzo. Era una artimaña para seguirse manteniendo fiel a la estrategia revolucionaria de las dos etapas[6]. Evitaba mencionar que antes había pretendido que una revolución burguesa democrática era sólo posible si una dictadura socialista de todos los partidos tomaba el poder y se instauraba una reforma agraria fundamental. El único reconocimiento del cambio de postura hay que percibirlo en su llamada a abandonar el «viejo bolchevismo». Cualquier otra alternativa equivalía a reconocer que estaba equivocado, y no era ésa una actitud propia de Lenin. En cuanto a Trotsky, no se jactó de haber estado años preconizándolo, a pesar de lo mucho que se le había ridiculizado por propugnar un «gobierno de los trabajadores»: los bolcheviques habían formado parte de los que le describían como un chiflado que no había entendido nada del marxismo. Al final, tras la remodelación bolchevique, Lenin y sus camaradas llamaban a un establecimiento inmediato de una «dictadura del proletariado». Mientras que los dirigentes bolcheviques tenían que dedicar un tiempo a explicar el cambio de postura, Trotsky no tenía más que bajar del tren en la estación Finliandski y repetir las ideas que había promulgado doce años antes.

Había llegado a tiempo de asistir al debate del Sóviet de Petrogrado sobre el pacto de gobierno entre liberales y socialistas. La escena fue curiosa. El Sóviet se había instalado impetuosamente en el Instituto Smolny, que había sido una

escuela femenina de secundaria hasta la revolución de febrero. Trotsky presenció la defensa oficial de la coalición que efectuó su antiguo protegido Matvey Skobelev[7]. La dirección del Sóviet ignoró a Trotsky: estaba muy bien presentarle sus respetos en la estación Finliandski, pero proporcionarle una plataforma a sus perturbadoras opiniones políticas en el Sóviet era harina de otro costal. Cuando corrió la voz entre el público de que estaba presente, se alzaron gritos que reclamaban que se le diera la oportunidad de hablar. Cuando subió al estrado se alzó de entre el público un rugido de aprobación. Como era predecible, se opuso al plan de compartir el gobierno con los liberales, pero no con la contundencia habitual en su expresión. Todavía se estaba adaptando a las líneas políticas imperantes en Petrogrado. También estaba nervioso, cosa que no solía afligirle en las plataformas públicas. Al agitar las manos hizo que los puños de la camisa asomaran excesivamente por las mangas del traje, y con el cuidado que ponía en su apariencia parecía incómodo consigo mismo y con la imagen que daba[8].

Durante varias semanas mantuvo abiertas las opciones y charló con todos los que pudieran ayudarle a formar una base desde la que hacer campaña sin traicionar sus ideas. En Petrogrado se unió a los interdistritales, que se mostraban tan ansiosos como él por una revolución socialista rápida. Los interdistritales estaban abiertos a marxistas que temieran perder su autonomía de pensamiento y acción a través de una fusión con los bolcheviques. No eran una fracción coordinada entre tensiones, y casi ni se ocupaban de extender su organización fuera de Petrogrado. En años posteriores se decía de Trotsky que era su líder[9]. De hecho, era el más destacado entre diversas figuras influyentes, y la dirección era colectiva. A nadie se le pasaba por la cabeza otorgar a Trotsky la dirección principal.

Otros destacados marxistas contrarios a la guerra que antes fueran emigrantes o bien se unieron a los interdistritales o bien actuaron con independencia de cualquier fracción. Entre ellos había diversos colaboradores del *Nashe Slovo* parisino: Moshe Uritski, Solomon Lozovski, Vladímir Antónov-Ovséyenko, Dmitri Manuilski, Miron Vladimirov, Khristian Rakovski, Angelica Balabanova, Grigori Chudnovski, Anatoli Lunacharski, David Riazanov y Mijaíl Pokrovski. También estaba su viejo amigo Adolf Ioffe, liberado de Siberia tras la revolución de febrero[10]. Todos estos dinámicos veteranos también iban a incorporarse pronto a los más altos escalones del bolchevismo[11]. Al unirse a los

interdistritales Trotsky se reservaba una sustancial libertad de discurso y de acción para sí mismo. Al mismo tiempo buscaba alguna cooperación con los bolcheviques, y Lenin esperaba lo mismo de los interdistritales. El deseo de Lenin no lo compartía unánimemente el Comité Central bolchevique, pero él insistió, y se hizo un llamamiento «en nombre del camarada Lenin y diversos miembros del Comité Central»[12]. Trotsky seguía un juego un tanto inaprensible. Cuando habló en la conferencia bolchevique en mayo insistió en que Lenin debería pagar un precio por cualquier acuerdo de fusión organizativa: «Los bolcheviques se han desbolchevizado… Y yo no me puedo considerar bolchevique… No se nos puede pedir que reconozcamos el bolchevismo… La vieja nomenclatura fraccional es indeseable.»[13]

Trotsky quería formar un partido de todos los grupos que desearan el derrocamiento del gobierno provisional y un cese inmediato de la guerra. No quería unirse a los bolcheviques. Su idea era que los bolcheviques, los interdistritales y diversas organizaciones «nacionales» deberían confluir en la formación de un nuevo partido sobre una base igualitaria, y seguía sin ser reacio a conseguir que los mencheviques internacionalistas se unieran al departamento organizativo[14]. Lenin no estaba en disposición de aceptar estos términos, pues el Comité Central bolchevique quería la primacía en la campaña contra el gobierno. Trotsky y Lenin se pusieron de acuerdo para discrepar momentáneamente mientras cooperaban en un plano práctico. Entretanto Trotsky continuaba buscando oportunidades de obtener un papel editorial influyente. El diario que le convenía más obviamente podría haber sido el *Novaya Zhizn*, en el que se criticaban los compromisos de mencheviques y socialistas-revolucionarios sin por ello adscribirse en el bolchevismo. Sin embargo, la fama de su idiosincrática estrategia para la revolución le precedía, lo mismo que el recuerdo de su naturaleza imperiosa: *Novaya Zhizn* decidió no incluir a Trotsky en su redacción[15].

Trotsky no era el único retornado que esperaba ocupar un puesto de trabajo en el diario. Lunacharski, exbolchevique y en esos momentos compañero interdistrital, concretó un encuentro a finales de mayo para sacar conclusiones. Trotsky quiso acaramelar al menos a uno de los editores por adelantado[16]. El principal inconveniente era de orden político. Trotsky y Lunacharski querían que se formara un gobierno exclusivamente con socialistas. Los editores lo rechazaban, y no tenían la intención de volver del revés el diario por ellos. Se

produjo un intercambio de opiniones muy franco. Trotsky estaba furioso con Mártov por rechazar romper con la mayoría de los mencheviques. Sujanov recordaba a Trotsky decir como conclusión: «Ahora veo que ya no me queda otra solución que fundar un diario junto con Lenin.»[17] Por un tiempo Trotsky se las arregló ayudando a editar *Vperëd* («Adelante») para los interdistritales con Ioffe[18]. Debido a la escasez de financiación su tirada no podía nunca parangonarse con el *Pravda* de los bolcheviques, y ni siquiera estaba garantizada la regularidad de las ediciones. Trotsky necesitaba una publicación fiable y a gran escala para sus artículos. El proceso para establecer la paz con los bolcheviques continuó. A principios de junio Trotsky le decía a Sujanov: «Uno tiene que entrar en los partidos y escribir en las publicaciones en las que pueda ser uno mismo.»[19]

En tales circunstancias resultaba esencial tener a la familia bien instalada. Los Trotsky residían con Yuri Larin y su familia[20]. Larin había estado siempre en la izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y había tomado parte vigorosamente en sus discusiones antes de la Gran Guerra. Como Trotsky, tendía hacia el bolchevismo. Cojo y muy corto de vista, alcanzó muy pronto prominencia como escritor bolchevique. Era mejor propagandista que pensador, y una naturaleza soñadora y poco práctica le hacía la persona menos indicada para un puesto de responsabilidad. Trotsky compartiría posteriormente este veredicto. Pero a mediados de 1917, recién llegado del otro lado del Atlántico, estuvo encantado de aceptar una habitación en el hogar de los Larin. La situación distaba mucho de ser la ideal, pero aprendieron a adaptarse.

Entre las ventajas de vivir en Petrogrado estaba la oportunidad de volver a establecer contacto con las dos hijas que Trotsky había tenido con Alexandra Bronstein. Zina tenía dieciséis años, y Nina era un año menor. Natalia conocía a Zina de Viena, y en esos días conoció a Nina. Liev y Serguéi, entonces con once y doce, con esos padres tan intensamente dedicados a la política, se quedaban a menudo solos, así que se presentaban en el piso de Alexandra Bronstein para estar con las chicas. Zina parecía menos tensa que anteriormente, y Liev y Serguéi la adoraban[21]. Cuando llegaba el verano los chicos Trotsky se quedaban en Terijoki, en el golfo de Finlandia, un lugar conocido por Trotsky y Natalia, para respirar el aire del mar[22]. Allí se mezclaban con rusos de la clase media de vacaciones, y se relajaban como si estuvieran en la costa italiana o en la Riviera francesa y como si el Petrogrado revolucionario quedara a miles de

kilómetros. Los Trotsky se tomaban ese estilo de vida como una característica natural de su existencia. Terijoki poseía la ventaja adicional de estar en Finlandia, y este país se las arreglaba prácticamente por su cuenta sin que el gobierno provisional se inmiscuyera. Los padres podían estar tranquilos de que sus hijos no sufrieran ningún daño, y Trotsky podía seguir con su actividad política sin distraerse.

Su impacto en la política de la extrema izquierda se profundizó con sus discursos a las multitudes congregadas en los mítines. La reputación le precedía, y la gente acudía por el solo placer de escucharle. A veces el entusiasmo se desbordaba, y sólo pudo abandonar el Cirque Moderne, el gran teatro en el que se celebraban numerosos actos públicos, levantándolo a peso sobre las cabezas del público[23]. No se preparaba los discursos al dedillo: no tenía tiempo para hacerlo, y de cualquier modo entendía que su talento brotaba cuando las palabras no quedaban confinadas por un guión antes fijado. La oratoria siempre había fascinado a Trotsky, tal como había indicado la carta a su primera mujer en 1903[24]. En 1908 se había referido a Jean Jaurès, el más grande de los oradores de la izquierda francesa, como un «titán». Lo que le impresionaba de Jaurès, quien físicamente era un hombre poco atractivo, era su habilidad para producir una muestra cautivadora de pasión. Trotsky decía que Jaurès era «un orador por la gracia de Dios»[25]. Con eso quería decir que los grandes oradores conseguían su efecto sin saber necesariamente cómo lo hacían. Quizá fuera el caso de Jaurès y Trotsky: no hay indicios de que reflexionaran sobre cómo llevaban a cabo eso que otros llamaban magia. Pero también aprendían por experiencia. Como los mejores maestros, sabían lo que funcionaba y lo que no.

Trotsky tenía por costumbre escribir un esquema con una secuencia de los puntos principales, y marcando dónde tenía que poner un énfasis especial[26]. Hablaba gramaticalmente. Su fluidez era excepcional: era sardónico, persuasivo y vivaz. Su cabello rojizo ondeaba al viento. Siempre atildado con su terno[27]. Los quevedos hacían que su rostro se reconociera de inmediato. Era más alto que la mayoría de la gente en el público, y no paraba de moverse con nerviosismo a medida que iba escogiendo las palabras y los temas a desplegar. Le gustaba gesticular, y esto era muy útil en un período en que los altavoces ofrecían un sonido muy imperfecto a las multitudes al aire libre. Cuando quería enfatizar un punto dirigía su dedo índice hacia el público[28]. No tenía reparos en verter sobre sus oyentes referencias a Marx, a los políticos occidentales de la época, a las

bromas internas de los revolucionarios rusos. Podía adaptar el rumbo general fácilmente. Corría de mitin en mitin, como si la vida le fuera en ello, e incluso si el discurso era igual al que había pronunciado minutos antes, hacía que pareciera recién improvisado. Su implicación era inconfundible. Se hacía evidente que disfrutaba con la nueva política «de masas» que se daba en Rusia.

Lo que Trotsky quería transmitir por encima de todo a su audiencia o a sus lectores eran sus ideas estratégicas en política. Ya no instaba a la unificación de todas las fracciones del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Para él, lo mismo que para Lenin, Mártov y otros mencheviques izquierdistas eran una causa perdida. Pero al mismo tiempo promovía con orgullo su teoría de la «revolución permanente». Era un asunto que nunca había gustado a Lenin, si hacemos caso omiso de unos cuantos comentarios apuntados en 1905 que guardó para sí[29]. Incluso después de la revolución de febrero se resistía a reconocer que el esquema de Trotsky se había acercado más a lo que era necesario que el suyo propio. Trotsky tampoco quería discutir más. Se alegraba, junto con sus amigos, de que por fin fuera alcanzable el «estado proletario». Sentía que había llegado su momento. La atmósfera revolucionaria convenía a un hombre como Trotsky que aceptaría cualquier riesgo si sentía que se daban las oportunidades para el avance de la causa marxista. Moshe Uritski exclamó: «Acaba de llegar un gran revolucionario, y uno tiene la impresión de que Lenin, por muy brillante que sea, empieza a eclipsarse al lado del genio de Trotsky.»[30]

A Lenin no le preocupaba tener rivales personales en la extrema izquierda política. Necesitaba y deseaba a colaboradores activos y de talento como Trotsky. Él y Trotsky coincidían en el orden del día para la revolución en Rusia. El gobierno provisional tenía que abolirse, un «gobierno de los trabajadores» tenía que instituirse. La era de la revolución socialista europea había llegado. La Gran Guerra terminaría sólo cuando la extrema izquierda asumiera el poder y repudiara el capitalismo, el imperialismo, el nacionalismo y el militarismo. En Rusia tenían que llevarse a cabo reformas inmediatas. El campesinado tenía que arrebatarle las tierras a la familia imperial, al estado y a la Iglesia ortodoxa. Los obreros se encargarían de dirigir las fábricas. Trotsky habría querido pertenecer al mismo partido de Mártov sólo si éste hubiese consentido en romper con esos mencheviques que respaldaban la campaña bélica. Había parlamentado mucho sobre este tema. Mártov, sin embargo, no daba su brazo a torcer, e insistía en que una escisión en el menchevismo sería un desastre para el movimiento socialista

ruso[31]. Trotsky era diferente. Comprobó que le gustaba hablar con los bolcheviques y aparecer en escenarios junto con ellos. Los residuos de desacuerdos pasados iban quedando a un lado. Lenin y Zinoviev mostraron la seriedad de sus propósitos al asistir a la conferencia de los interdistritales a finales de mayo. Trotsky no necesitó hacer tentativas de acercamiento. Era evidente que los bolcheviques ya no se comportaban como sectarios intolerantes y podían ser un instrumento decisivo para avanzar hacia la tantas veces prevista «transición al socialismo». Esperaba unirse a ese partido y entrar en su cuadro directivo.

Toda la situación en la izquierda política contraria a la guerra estaba cambiando rápidamente. Bolcheviques y mencheviques se dividían por fin completamente en dos partidos separados. Fuera de la capital siguió dándose un movimiento por la unificación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, pero la mayoría de comités locales habían llevado a cabo la escisión a finales de verano. De todos modos, en 1917 el Partido Bolchevique era una amalgama de bolchevismos. Algunos bolcheviques rechazaban de plano los acercamientos de Lenin, y Alexandr Bogdánov era un ejemplo claro. Él y el escritor Máxim Gorki consideraban a Lenin como un demagogo y un misántropo. Aun así, otros veteranos quisieron olvidar los desacuerdos pasados. Entre ellos estaba Lunacharski. Después de la revolución de febrero el bolchevismo hizo mayor causa común con sus análisis y proyectos. Los militantes del partido pretendían el derrocamiento del gobierno provisional y el fin de la Gran Guerra. Todos hablaban con aprobación del poder de las masas. Había acuerdo en que debería incitarse a los obreros y campesinos a rehacer la vida tal como quisieran. Las fábricas, las oficinas y las granjas tendrían que reorganizarse. Las disputas seguían vivas entre los bolcheviques, y se harían sentir en cuanto el partido tomara el poder. Pero entre febrero y octubre las peleas pudieron controlarse.

Tampoco era que Lenin y Trotsky tuvieran ideas idénticas de pronto. Lenin estaba abierto a la idea de que los bolcheviques pudieran tomar el poder por sí solos, mientras que Trotsky deseaba fervientemente que la siguiente revolución fuera el producto de una combinación de grupos de la extrema izquierda política[32]. Y existía otra diferencia. Lenin no quería que el poder pasara a los sóviets mientras los mencheviques y socialistas-revolucionarios siguieran controlándolos. Trotsky, en cambio, insistía en que había que arrebatarle el poder al gobierno provisional sin tener en cuenta en qué manos estaba el control de los

sóviets[33].

Lenin utilizaba varias consignas. En sentido amplio exigía una «dictadura del proletariado», lo que era congruente con la terminología de Trotsky. A veces, sin embargo, escribía sobre la dictadura del proletariado y el campesinado pobre… Y Trotsky nunca utilizó esta fórmula. Ninguno de los dos quería entrar en discusiones: no tocaba discrepar cuando se trataba de derrocar al gobierno provisional y de instaurar una administración revolucionaria. Los seguidores de Trotsky afirmaron luego que Lenin tuvo que revisar su perspectiva estratégica en 1917[34]. Esto era engañoso. Trotsky había profetizado una revolución dirigida por los trabajadores industriales. Lo que encontró en Rusia hacía que modificara sus análisis. La suerte de cualquier gobierno en el Petrogrado de 1917 dependía de hasta qué punto lo apoyaban los soldados, y ningún movimiento que aspirara a conquistar el poder sería realista sin un apoyo fuerte en los cuarteles de la capital. La mayor proporción de hombres al servicio de las armas en la capital estaba constituida por campesinos. Trotsky lo percibió así y ajustó su estrategia para incluir al campesinado como un factor más decisivo en su planeamiento. Este proceso le llevó a acercarse a Lenin, y al igual que él no quiso explicar los recorridos de su pensamiento en ese momento[35].

La necesidad de un cambio estratégico, como afirmaría algunos meses más tarde en *De octubre a Brest-Litovsk*, sería el resultado de la situación provocada por la guerra, cuando sus ideas previas se habían establecido sobre premisas propias de tiempo de paz[36]. Si hubiese dispuesto de más tiempo seguramente habría escrito más sobre el tema, pero en ese momento había alcanzado su propósito principal, que era enfatizar el amplio apoyo social que había facilitado la toma de poder[37]. Nunca había estado tan ocupado. Su vida —y la de Natalia— se había convertido en una incesante ronda de discursos públicos, de reuniones de comité y de negociaciones políticas. En su mente prevalecía la idea de que el gobierno provisional tenía que ser derrocado para que le sucediera una administración revolucionaria. Se establecería una reforma social y económica. La guerra europea se llevaría a su fin. A la revolución en Rusia le seguiría el derrocamiento de las clases dirigentes de toda Europa. La falta de acción conduciría al desastre, puesto que los elementos contrarrevolucionarios del anterior Imperio ruso estaban esperando su oportunidad para golpear.

5

Amenazas y promesas

Las dificultades del gobierno provisional no acabaron en mayo de 1917, cuando los mencheviques y socialistas revolucionarios se incorporaron como ministros. Ambos partidos tenían sus fracciones izquierdistas que criticaban las excesivas concesiones obtenidas por los kadetes, y que en los sóviets hacían campañas para un mayor radicalismo tanto en la política exterior como en la interior. A los nuevos ministros socialistas estas críticas les afectaban. Irakli Tsereteli, un menchevique, trabajó de firme para organizar en la neutral Suecia una conferencia de socialistas procedentes de todos los países beligerantes como un modo de presionar a los gobiernos para que pusieran fin a la guerra. Su camarada Matvey Skobelev señaló la prosperidad de la industria armamentística y exigió el creciente control del estado sobre la misma[1]. Víktor Chernov, el líder socialista revolucionario y ministro de Agricultura autorizó a los comités locales electos a transferir tierras cultivadas a los campesinos[2]. Los cadetes encontraron esto exasperante. Les parecía que los mencheviques y los socialistas revolucionarios habían dejado a un lado el espíritu de compromiso necesario para una auténtica coalición. La desintegración del gabinete se aceleró.

Trotsky aclaró en qué fundamentaba su optimismo a Tsereteli: «Cuando un general contrarrevolucionario intente ponerle a la revolución una cuerda al cuello los cadetes le enjabonarán la cuerda, mientras que los marinos de Kronstadt aparecerán para luchar hasta la muerte…»[3] Kronstadt era la isla en la costa cercana a Petrogrado que albergaba una gran guarnición naval. Sus marineros eran muy conocidos por lo poco que se fiaban del gobierno provisional. Trotsky expresaba su admiración por ellos aunque acusaba continuamente a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios de ser líderes en la malversación. En sus discursos aseguraba que la honestidad era patrimonio exclusivo de la extrema izquierda, y lo que su imagen personal ha sugerido a lo largo de las décadas siguientes es que se trataba de un político sin dobleces. Se trata de una exageración. Trotsky sabía cómo ponerse agresivo y

cómo ejercer la demagogia. Habría dicho casi cualquier cosa con tal de ganarse para el partido a los trabajadores y soldados de Petrogrado. Se hizo el ultrajado cuando surgió la propuesta de ayudar al presupuesto municipal pidiendo a los soldados, que habían disfrutado de exenciones en el transporte público, que pagaran cinco cópecs por un trayecto en metro. Incluso su camarada Adolf Ioffe aprobó el cambio que se proponía. En esos días los trabajadores pagaban veinte cópecs por trayecto. No parecía que tuviera demasiado sentido que las tropas de los cuarteles de la ciudad, que no luchaban y querían evitar que las enviaran al frente oriental, gozaran de un privilegio que se le negaba al resto de los ciudadanos de la capital[4].

Trotsky nunca le había hecho ascos a las tácticas demagógicas[5]. En esos momentos él y sus amigos de la extrema izquierda veían el objetivo de la revolución al alcance de la mano y creían que cualquier método era justificable para conseguirlo. A sus ojos el gobierno provisional era culpable de engañar a «las masas» porque así lo pedían sus amos capitalistas. Los subterfugios a los que él pudiera recurrir eran pequeños en comparación, y además estaban destinados a crear un mundo de justicia y honestidad para la clase obrera una vez que el gabinete de Lvov hubiese sido derrocado y se hubiera establecido la «autonomía proletaria».

En sus discursos y artículos prestaba muy poca atención a estos hechos. No es que dejara de ser un orador frecuente y un periodista prolífico: nunca se había mostrado tan ocupado en ambas actividades[6]. Tampoco era sólo porque creyera que los ministros socialistas respaldaban sólo cuidados paliativos, cuando se trataba de encontrar la cura para las enfermedades del país. La razón para la negligencia de Trotsky tenemos que buscarla en su preocupación por otro aspecto de la actividad del gobierno provisional. En junio de 1917, Alexandr Kerenski, un dirigente de los socialistas-revolucionarios que era también ministro de Asuntos Militares, ordenó que se reemprendiera la ofensiva en el frente oriental. Para sus enemigos, como Trotsky o Lenin, era la demostración de que el deseo oficial de anexionarse más territorio no había desaparecido con la dimisión de Miliukov y Guchkov. Trotsky redactó una declaración en la que se denunciaban los preparativos de Kerenski. Dicha declaración fue leída luego en el comité bolchevique en el I Congreso de los Sóviets[7]. El acercamiento entre Trotsky y Lenin se hacía más y más sólido.

Los sentimientos antigubernamentales crecían entre los obreros, soldados y

marinos. Los bolcheviques convocaron una manifestación política en Petrogrado para mediados de junio y como protesta contra los «ministros capitalistas». Los mencheviques y los socialistas revolucionarios del Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets de todas las Rusias quisieron ganarles por la mano desautorizando la manifestación y organizando una por su cuenta. El Comité Central bolchevique se echó atrás, pero Lenin no desesperaba en sus intentos de desestabilización del gobierno provisional. Se iniciaron conversaciones entre los bolcheviques para convocar otra manifestación más por las calles de la capital. Trotsky y los interdistritales mantuvieron un debate simultáneo. El estrecho vínculo entre las dos organizaciones se prolongó, y se tomó la decisión de continuar con una demostración armada. Aunque el propósito no se especificara, tanto para Trotsky como para Lenin no hubiera sido una sorpresa desagradable que los manifestantes fueran más allá de la simple manifestación por la Perspectiva Nevski. El precedente de la Revolución de Octubre estaba en la mente de todos. Incluso era posible que el gobierno cayera si los suficientes trabajadores y soldados se agregaban a la manifestación. Los marineros de Kronstadt estaban deseosos de cruzar al continente para tomar parte en ella. Si se producían disturbios, el Partido Bolchevique y sus aliados ya improvisarían el reto apropiado para los ministros. La consigna sería «¡Todo el poder para los sóviets!»[8]

Trotsky fue por todas partes instilando entusiasmo por la acción directa. En sus artículos impresos no se extendía sobre lo que tenía pensado, porque no quería proporcionarle excusas al gobierno provisional para arrestarlo. Pero cuando se subía a una tarima la cosa era diferente. Al dirigirse a la guarnición naval de Kronstadt en la plaza Anchor recalcó la necesidad imperiosa de que cayera el gobierno de Lvov y sus valedores mencheviques y socialistas-revolucionarios. El régimen que él quería instaurar iba a ser dictatorial y violento: «Os digo que las cabezas tienen que rodar, y la sangre tiene que correr… La fuerza de la Revolución francesa estaba en la máquina que rebajaba en una cabeza la altura de los enemigos del pueblo. Era una máquina estupenda. Debemos tener una en cada ciudad.»[9] Trotsky se distinguía como un jacobino de su tiempo. El gobierno provisional, en previsión del cariz que podían tomar los acontecimientos, prohibió dicha manifestación. Esto hizo cundir el pánico en el Comité Central bolchevique, pues el partido podía resultar proscrito por comportamiento subversivo. Lenin, agotado por los esfuerzos recientes, se fue al

campo con su mujer Nadezhda y su hermana Maria para recuperarse. No había previsto la impaciencia de los manifestantes que se reunían en Petrogrado. Los militantes presentes entre los trabajadores y los marineros continuaron con el plan de una marcha. Llegaron hasta el Instituto Smolny en demanda de algún tipo de autorización por parte del Comité Central bolchevique para una manifestación armada.

Trotsky se mantuvo sereno mientras otros empezaban a perder los papeles. Las tropas iban llegando desde las calles y pedían a los bolcheviques que les dirigieran contra el gobierno provisional. El primer regimiento de ametralladoras destacaba entre las guarniciones de Petrogrado. Marinos de la base naval de Kronstadt se unieron a ellos en la ciudad. La dirección de las organizaciones militares del Partido Bolchevique estaba dispuesta a provocar el desorden para intentar aprovecharlo y hacerse con el poder. La explosión política parecía inminente. Las noticias de la retirada forzosa de los regimientos rusos en Galitzia no hicieron más que ampliar el rechazo que se sentía hacia el gabinete de Lvov. Frecuentemente se hacían llamamientos para un nuevo gobierno de coalición que estuviera formado por todos los partidos socialistas, incluidos los bolcheviques y los interdistritales. El mismo gobierno provisional tenía problemas internos. Sus ministros socialistas proponían que se garantizara una amplia autonomía regional a Ucrania. Los liberales veían esta concesión como el primer paso hacia el desmembramiento del antiguo Imperio ruso. El 2 de julio dimitieron colectivamente de sus cargos en el gobierno provisional, y el príncipe Lvov renunció a su mandato. La autoridad sobre Rusia rodaba hacia el abismo[10]. En el exterior del palacio Tauride, en donde los ministros tenían sus oficinas, las multitudes de trabajadores y de soldados que protestaban aumentaban sin cesar. Allí era también en donde se reunía el Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Sóviets. Nadie en la pujante dirección del Sóviet se mostraba capaz de controlar los ánimos de la manifestación.

Los agravios populares se sucedían. El suministro de comida a las ciudades estaba interrumpiéndose. Los trabajadores también se preocupaban porque parecía que las empresas industriales iban a cerrar, dejándoles sin trabajo y en la miseria. La inflación continuaba desbocada, y el incentivo que representaba para los campesinos llevar su grano al mercado disminuía. La guerra iba muy mal para el gobierno. Las tropas acuarteladas temían que muy pronto les enviaran a la carnicería del frente oriental. Millones de trabajadores, soldados y campesinos

se inclinaron a favorecer a esos grupos socialistas, sobre todo los bolcheviques, que clamaban por la adopción de «medidas radicales». El Partido Bolchevique apuntaba a transferir las fábricas al «control de los trabajadores». Planificaba también permitir que el campesinado dispusiera de las tierras de la monarquía, de la Iglesia y de los terratenientes. Afirmaba que sabía cómo llevar la Gran Guerra a un final rápido, por medio de la desmovilización de las fuerzas armadas rusas e iniciando la «revolución socialista europea». Prometía que si llegaba al poder ofrecería el derecho de secesión a todos los pueblos del Imperio ruso. Sostenía que los trabajadores y soldados alemanes pronto llevarían a cabo su propia revolución. Los bolcheviques mostraban una confianza a toda prueba. Estaban seguros de que se hallaban a las puertas de una era completamente nueva en la historia de la humanidad.

Los interdistritales se reunieron en conferencia el 2 de julio, con la situación en las calles de la capital al rojo vivo. Trotsky presentó un proyecto en la misma línea que en ese momento sostenía Lenin. Se centraba en cómo establecer una dictadura del proletariado y obtener un amplio apoyo en la sociedad. Los proyectos económicos le preocupaban incluso menos que a Lenin[11]. Hasta aquí había llegado la opinión sobre sí mismo de Trotsky, según la cual era un revolucionario «científico». De hecho era un oportunista. Y esto no quiere decir que no se tomara seriamente las ideas. Tenía la cabeza llena de nociones revolucionarias. Lo que era remarcable en él es que creía fervientemente que había que probarlas. Y consideraba que el momento para la experimentación había llegado.

Trotsky trabajaba a un ritmo febril, y pisaba una línea muy fina cuando agitaba a la multitud para la acción revolucionaria y luego, si juzgaba que el momento era inapropiado, pedía autocontención. Los marinos de Kronstadt zarandeaban a Víktor Chernov, ministro de Agricultura y líder del Partido Socialista Revolucionario, en el exterior del palacio Tauride en Petrogrado el 3 de julio. Le lanzaban improperios por su rechazo a tomar el poder en nombre del socialismo. Los ánimos se crispaban hasta quedar fuera de control y corría el riesgo de que lo lincharan. Trotsky pasaba por allí por casualidad e intervino enseguida para salvarle la vida a Chernov. No actuó por la solidaridad propia de los compañeros. Su pensamiento era que el asesinato de Chernov sería la excusa para desatar una oleada de represión que se precipitaría contra las fuerzas políticas hostiles al gobierno provisional. Trotsky era el héroe del día. No olvidó

asegurarse el aprecio de los marinos: «¡Vosotros, hombres rojos de Kronstadt, habéis venido aquí tan pronto como habéis sabido del peligro que amenazaba a la revolución! ¡Una vez más, Kronstadt se ha mostrado a sí mismo como un luchador de vanguardia en la causa del proletariado! ¡Larga vida al Kronstadt rojo, orgullo y gloria de la Revolución!»[12] No tardaría en volver a necesitar a esos marineros, pero iban a tener que esperar a que Trotsky y sus compañeros fijaran la fecha.

Los bolcheviques y los interdistritales habían avivado las expectativas entre sus partidarios, y los manifestantes se habían congregado en Petrogrado por este motivo. En un principio Trotsky, Lunacharski, Zinoviev y los demás estaban encantados con los disturbios. Pero se fueron dando cuenta de que el gobierno provisional, a pesar de sus dificultades, retenía la capacidad para aplastar la manifestación armada que se había proyectado y disponía de suficientes regimientos leales para realizar sus deseos. Para los bolcheviques e interdistritales habría sido suicida aprobar más acciones en la calle. Los líderes de unos y otros hicieron llamamientos para que la multitud se dispersara. Se había cumplido el objetivo, pero no antes de que diversos manifestantes dejaran claro su disgusto por no ver derrocado al gobierno. Algunos ministros acusaron entonces a Lenin y Trotsky de conspirar para tomar el poder al amparo de una marcha turbulenta al palacio Tauride. Tanto los bolcheviques como los interdistritales estaban vilipendiando al gobierno provisional con el lenguaje más incendiario. Declaraban que Lvov y sus allegados estaban traicionando la causa del pueblo y su revolución. ¿Qué clase de protesta pacífica era ésa, en la que los organizadores pedían a los miles de manifestantes que llevaran sus armas?

Lenin y Trotsky siempre negaron públicamente que hubieran conspirado para derrocar al gobierno por medios violentos[13], y Lenin incluso podía decir que él ni siquiera había estado en Petrogrado mientras los altercados se preparaban en la capital rusa. Trotsky, Lunacharski y Zinoviev podían añadir que habían hecho más que cualquier menchevique o socialista revolucionario para impedir que la marcha armada siguiera adelante. Se cruzaron acusaciones y contraacusaciones. El gabinete insistió en que se había intentado llevar a cabo un golpe de Estado. El ministro del Interior también reveló los resultados de sus investigaciones en la financiación del Partido Bolchevique, que le permitían acusar a Lenin y sus camaradas de recibir dinero —«oro alemán»— del gobierno de Berlín. Se mencionaba a Alexandr Parvus como intermediario. La prueba era circunstancial

pero convincente, y esto capacitaba al gabinete para afirmar que Lenin no sólo era un elemento subversivo, sino también un traidor. Lenin había interrumpido sus vacaciones y había vuelto a Petrogrado. Pero el 6 de julio se cursó una orden de arresto que además de a él incluía a Zinoviev. Durante unos días estuvieron escondidos en la capital y luego huyeron a Razliv, un pueblo a unos treinta kilómetros al norte. Zinoviev decidió por fin entregarse a las autoridades, mientras que Lenin permaneció en fuga y encontró refugio en la casa del jefe de policía de Helsinki.

De todos modos, no había pruebas de que se hubiese elaborado un plan para un levantamiento, y cuando Lunacharski, después de 1917, confesó que sí había existido uno, un Trotsky furioso le obligó a negar que había dicho tal cosa[14]. Sin embargo, Trotsky, tras las puertas cerradas de una reunión de partido en 1920, admitiría que los bolcheviques y los interdistritales habían utilizado los disturbios de Petrogrado como una prueba para «comprobar» la posibilidad de tomar el poder. No se permitió que esas palabras fueran publicadas hasta varias décadas después, cuando ya llevaba mucho tiempo muerto[15]. Lo más probable es que la extrema izquierda política se hubiese estado preparando para aprovechar cualquier oportunidad que pudiera surgir. Lenin y Trotsky no tenían experiencia en organizar insurrecciones, pero desde el cambio de siglo habían hablado mucho sobre su conveniencia. En ese momento tenían confianza en su capacidad para improvisar un medio adecuado que canalizara las energías de «las masas» mientras se agravaban los dilemas del gobierno provisional. Una manifestación había hecho caer la monarquía de los Romanov. De igual forma podría caer el gobierno de Lvov y dejar a un lado a mencheviques y socialistas-revolucionarios. La dirección bolchevique y sus aliados, incluidos los interdistritales, decidieron comprobar si era un buen momento para intentar derrocar al gobierno.

Este período de emergencia política se conoció como «los días de julio». En la mente de Trotsky no quedó ninguna esperanza de que se pudiera formar un gobierno soviético contando con mencheviques y socialistas-revolucionarios. Al mismo tiempo estaba escandalizado por el rechazo de Mártov a romper con el Partido Bolchevique. Trotsky sacó la conclusión de que la extrema izquierda política tenía que actuar como una fuerza independiente. Todavía no se unió al Partido Bolchevique, pero el 10 de julio escribió una carta abierta en la que expresaba su solidaridad con Lenin. En ella sugería que si se había expedido una

orden para arrestar a Lenin, entonces también tendrían que arrestarle a él, e insistía en que el gobierno tenía que hacerlo en aras de la coherencia[16]. Intentaba desviar la discusión pública del asunto del «oro alemán» hacia la cuestión de si los bolcheviques de Petrogrado y sus asociados habían planeado un golpe de Estado. Quería un proceso público como el que le había juzgado en 1906. Sabía que podía volver a causar un gran impacto, y calculaba que estaba en disposición de correr algunos riesgos en su seguridad personal: el gobierno provisional y sus seguidores en la dirección del Sóviet difícilmente se mostrarían brutales con sus enemigos de la izquierda. Se pasó dos semanas burlándose de las autoridades. Alexandr Kerenski intentaba desesperadamente formar un gobierno. Los líderes de los mencheviques y socialistas-revolucionarios se negaban en redondo a ayudarle, y los kadetes se mantenían en su idea de abandonar la coalición. Los bolcheviques de Petrogrado, cuando no los del resto del país, volvieron a la actividad clandestina por temor a sufrir más represalias. Kerenski, después de hablar con el alto comandante del ejército, mostró la voluntad de desplegar la fuerza contra los sóviets. Cuando el 8 de julio se convirtió en primer ministro pasó a la acción.

Los «gabanes grises» —soldados leales al gobierno provisional— llegaron al apartamento de Larin el 23 de julio. Eran los meses de las «noches blancas» en la Rusia septentrional, época del año en que el cielo oscurece sólo durante un corto espacio de tiempo. El ministro de Justicia, A. S. Zarudny, quien había sido uno de los abogados de Trotsky años antes, expidió la orden de arresto. Natalia oyó a los hombres en la puerta. Le tocó el hombro a Trotsky y susurró: «¡Han venido!». Larin fue a hablar con ellos. Primero preguntaron por Lunacharski, y luego por Trotsky. Larin no quería dejarles entrar. Fue al teléfono y llamó a sus contactos mencheviques y socialistas-revolucionarios en la dirección del Sóviet. Nadie respondió a su llamada. A continuación se produjo el arresto de Trotsky, y se lo llevaron a la cárcel de Kresty (en donde ya había estado encarcelado en 1905)[17]. La acusación contra él era la de haber organizado el violento desafío al gobierno provisional a primeros de mes[18].

Siempre se ha destacado el contraste entre la valentía de Trotsky y la timidez de Lenin. El peligro para ambos persistía mientras los detectives proseguían su búsqueda de indicios el subsidio alemán. En el caso de Trotsky, sus antiguos vínculos con Parvus eran bien conocidos y se intentó probar que el dinero había pasado de uno a otro hombre. Para los hijos de Trotsky las consecuencias eran

muy desagradables: «¿Qué revolución es ésta, decían a su madre, con tono de reproche, que recluye a papá, primero en un campamento de concentración y luego en la cárcel? La madre estaba conforme con ellos: tampoco ésta era la verdadera revolución. Pero en sus almas infantiles iban destilando amargas gotas de escepticismo.»[19] Trotsky escribía como si el gobierno provisional fuera quien había ordenado su encarcelamiento. Se trataba de un recurso al patetismo literario, y en muchos casos conmovió a los que leyeron su autobiografía, porque les ocultó que había sido él mismo quien había incitado a las autoridades para que le detuvieran. La audacia de Trotsky era incuestionable, pero no su acierto. Es cierto que Kerenski no iba a permitir que sufriera daño físico, y sin duda Trotsky habría disfrutado haciendo bailar a los abogados en un juicio. Pero lo cierto era que una vez en la cárcel era vulnerable a un ataque físico por parte de personas con menos escrúpulos que los ministros del gobierno provisional. Se estaba arriesgando mucho.

El 26 de julio, tres días después del arresto de Trotsky, el VI Congreso del partido se inauguró en secreto en Petrogrado. Estrictamente hablando, se trataba de un congreso de marxistas «internacionalistas». Pero nadie en ese momento esperaba seriamente que Mártov y el ala izquierda del menchevismo al uso rompiera con la fracción menchevique y se uniera a las reuniones. De esta manera, los bolcheviques eran el grupo numéricamente predominante en el congreso. En esencia, los interdistritales habían acordado su incorporación al partido bolchevique, pues a aquellas alturas apenas había organizaciones comunes de bolcheviques y mencheviques. Los términos de admisión eran generosos con los interdistritales. El Trotsky ausente, lo mismo que Moshe Uritski y Grigori Sokolnikov, fueron elegidos para el nuevo Comité Central desde su grupo, y Adolf Ioffe se convirtió en miembro consultivo. Trotsky estaba satisfecho de que por fin la extrema izquierda política se fusionara. Sus escritos de prisión se publicaban de inmediato en el *Pravda*. Las condiciones de detención parecían bastante poco estrictas, pues él y sus compañeros presos dirigieron una virulenta campaña contra el gobierno provisional. Liev y Serguéi, todavía perplejos por los acontecimientos, iban a verle con regularidad. (En las memorias de Trotsky se repite cierto tono de superioridad moral. Así, por ejemplo, rechaza reconocer que el régimen de Kerenski llevaba razón en tomar medidas contra las personas que estaban planeando derrocarle por las armas).

Para Natalia fueron unos tiempos de gran tribulación, pues ese mismo año ya

había tenido que consolar a los chicos cuando su padre estaba en un campo de prisioneros en Halifax. Necesitaba un poco de tranquilidad. La familia, junto con los Ioffe, se fue sin Trotsky a Terijoki. Los niños paseaban un día y se fueron a encontrar con una pareja de marinos de Kronstadt. En cuanto éstos supieron de quién eran hijos, les dieron unas palmadas en la espalda y les dijeron: «No os preocupéis, muchachos, pronto iremos a liberar a vuestro padre, con bayonetas y música». Los chicos estaban entusiasmados con la idea de la liberación con una banda de música[20].

El gobierno provisional no tenía prisa en celebrar el juicio a los líderes bolcheviques. Tampoco el ministro del Interior se dedicó a buscar con demasiada intensidad a Lenin. De hecho, no habría sido muy difícil encontrarlo, puesto que Nadezhda Krupskaya y otras personas iban constantemente a Helsinki para recoger la correspondencia y los artículos que Lenin escribía y para comentarle las noticias de Petrogrado. Kerenski apenas había asumido el cargo como primer ministro cuando se vio sacudido por un amenaza militar de la extrema derecha política. Su propósito había sido apuntalar su administración haciendo que las fuerzas armadas del frente alemán enviaran un contingente que amilanara al Sóviet de Petrogrado. Su principal comandante, Lavr Kornílov, enseguida se mostró dispuesto y ordenó el traslado de tropas en tren a la capital el 27 de agosto. El bloque que habían formado Kerenski y Kornílov se quebró antes de que el plan pudiera llevarse a cabo. Kornílov había sido agasajado por los enemigos del gobierno provisional de la derecha al volver del frente oriental. En muchos ambientes se le consideraba el «hombre fuerte» necesario para restaurar el orden en todo el país. Kerenski, temeroso de que Kornílov pudiera organizar un golpe de Estado, revocó la orden de que los contingentes del ejército acudieran a Petrogrado. En este punto Kornílov, pensando por su comportamiento que Kerenski no podía gobernar, se rebeló abiertamente. La posición de Kerenski era tan peligrosa que pidió ayuda los agitadores socialistas, incluidos los bolcheviques, para que disuadieran a los contingentes de obedecer a Kornílov. Triunfaron en su misión: la rebelión fracasó ignominiosamente y Kornílov fue arrestado… Y el partido bolchevique volvía a la política pública sin trabas.

De pronto, el 2 de septiembre, se puso en libertad a Trotsky, y éste pudo salir de la prisión de Kresty. Desde ese día en adelante fue el rostro público del bolchevismo hasta que Lenin emergió de sus escondites. Siempre que la

dirección de los bolcheviques aparecían juntos en representación del partido, a quien todo el mundo quería ver y oír era a Trotsky[21]. De entre los bolcheviques, ni Kámenev ni Zinoviev podían competir con él en atractivo popular. Lenin estaba recluido en Helsinki y únicamente podía influir con sus artículos en la prensa, pero la mayor parte de la gente no los leía. (*Pravda* tenía una tirada de no más de 90 000 ejemplares antes de los días de julio.)[22]

La última ronda de elecciones al Sóviet de Petrogrado, el 1 de septiembre, había dado por primera vez una mayoría a los bolcheviques. Trotsky fue un beneficiario precoz:

> Cuando me soltaron de la prisión de la democracia revolucionaria fuimos a instalarnos a un pequeño apartamento que alquilaba en una gran morada burguesa la viuda de un periodista liberal. Los preparativos para la toma del poder de octubre iban por buen camino. Me eligieron presidente del Sóviet de Petrogrado. Mi nombre desfilaba por todos los periódicos, y cada cual lo declinaba a su modo. En la casa en que vivíamos, nos cercaba un muro de hostilidad y de odio. Anna Osipovna, nuestra cocinera, cuando se presentaba a buscar pan, en el comité de la casa, era el blanco de los ataques de las mujeres. A mi chico le motejaban en la escuela, por ser hijo de tal padre con el remoquete de «Presidente». A mi mujer, cuando volvía a casa, después de haberse pasado el día trabajando en el sindicato de obreros de la madera, la recibían en el portal las miradas cargadas de odio del portero. El subir las escaleras era un suplicio. La señora que nos había alquilado el cuarto estaba constantemente preguntando por teléfono si aún no le habíamos destrozado los muebles[23].

Pero él ignoró la presión. Estaba dirigiendo la misma organización que le había elevado a la prominencia y a un puesto influyente en 1905. Ese año era todavía más provechoso: ya había pasado el tiempo preceptivo en la cárcel de Kresty antes del intento de revolución. Quería llevar al Sóviet de Petrogrado a tomar el poder y al inicio de un orden socialista.

6

La toma del poder

El período que Trotsky había pasado en la cárcel de Kresty le había sentado bien, pues le permitió descansar de la actividad política frenética en la que se veía involucrado. Gastó, sin embargo, muy rápidamente las reservas que fue capaz de acumular. Volvía a trabajar a un ritmo frenético. En ese punto de su vida seguía permitiéndose un cigarrillo antes de dar grandes discursos: necesitaba ese efecto calmante[1]. En septiembre y octubre estableció su base en las habitaciones que el partido bolchevique ocupaba en el Instituto Smolny. La anterior academia para chicas tenía en esos momentos un coche blindado aparcado frente a la entrada[2]. El simbolismo era apropiado. Los bolcheviques esperaban problemas por parte de gobierno provisional y organizaron su defensa. Los soldados patrullaban por todo el edificio.

El Partido Bolchevique tenía la intención de que las «organizaciones de masas» —los sóviets, los comités de fábricas y talleres y otros organismos elegidos por los trabajadores, campesinos y soldados— constituyeran el núcleo del poder estatal. Tomaría el mando una administración revolucionaria. Lenin, sin embargo, pensaba en las otras organizaciones tras los días de julio, en que los sóviets bajo liderazgo menchevique y socialista-revolucionario habían consentido que el gobierno provisional persiguiera a los bolcheviques. De este modo, no quería esperar a que los sóviets mayores obtuvieran una mayoría bolchevique. Esto despertó las objeciones de los bolcheviques que entendían el «poder para los sóviets» como una consigna. La opinión popular no se iba a girar contra los sóviets. El Comité Central bolchevique, tras una furiosa campaña de Lenin desde Finlandia[3], dejó abierta la decisión sobre cuándo y cómo derrocar al gobierno provisional. Lenin seguía representando al sector más agresivo del bolchevismo. Primero había querido otra revolución de agosto, y luego presionaba para otra en septiembre. Mientras tanto, no le preocupaba el hecho de que Kerenski conservara la capacidad de someter en esos meses cualquier insurrección.

Trotsky tenía una mejor percepción de la necesidad de flexibilidad y astucia. Primero se contenía a la hora de molestar a mencheviques y socialistas revolucionarios indebidamente. Como presidente del Sóviet de Petrogrado proclamaba: «Todos somos gente de partido, y a veces hemos tenido que intercambiar disparos. Pero el trabajo del Sóviet de Petrogrado lo desempeñaremos en un espíritu de completa libertad para todos los sectores del partido, y la mano del Presidium [del Sóviet] no será nunca la mano que suprima la minoría.»[4] Es difícil imaginar a Lenin ofreciendo similares lisonjas a los enemigos del bolchevismo. Sin embargo, Trotsky ya no iba tras un acuerdo con los martovistas. Nikolái Sujanov, un partidario de Mártov, intentó averiguarlo por su cuenta en una maniobra de aproximación a Trotsky en el Instituto Smolny. Trotsky se mostró educadamente evasivo. Sujanov sacó la conclusión evidente de que la dirección bolchevique no quería relaciones con otros partidos de la extrema izquierda política[5].

Trotsky se lanzó a la acción en el Comité Central bolchevique, que se reunía en el mismo edificio. Se unió al equipo de redacción del *Pravda* junto con sus compañeros de los interdistritales Lunacharski y Uritski[6]. A diferencia de muchos otros veteranos bolcheviques, no había pasado años sometido a la presión psicológica de Lenin. Había entrado en el partido con sus propios puntos de vista y actuado en el Comité Central como si siempre hubiera pertenecido a él, y se había asegurado de que el bolchevismo reclutaba a Yuri Larin y le ofrecía un puesto como editor y responsable de la campaña electoral[7]. Si Trotsky se dio cuenta de las reservas que sobre él abrigaban los líderes bolcheviques, hizo como si no le importara. Sólo siguió una directiva de autonegación conteniéndose a la hora de restregarle en las narices al Comité Central el hecho de que el bolchevismo adoptara sigilosamente elementos básicos de la estrategia revolucionaria que él mismo propugnaba desde 1905. De cualquier modo, los bolcheviques estaban dispuestos a otorgarle el beneficio de la duda porque apreciaban su talento multifacético. La confianza de Trotsky era imbatible, no le tenía miedo a nada. Al final pertenecía a un partido con el que tenía la oportunidad de conseguir los objetivos que él había fijado para la Revolución. Había encontrado un instrumento para su ambición política y en esos momentos se encontraba a gusto en el papel de estratega.

Su nombre solía aparecer en lo alto de la lista de personas que asistían al Comité Central[8]. Le incluyeron en un grupo de trabajo que incluía a Kámenev

y Stalin para redactar una declaración del partido destinada a la Conferencia Democrática que Kerenski organizaba para mediados de septiembre[9]. El gobierno provisional, que en ningún momento había sido elegido, carecía de legitimación política. El plan de Kerenski era poner de acuerdo a todos los partidos y organizaciones, desde los bolcheviques a la extrema izquierda, hasta los mencheviques y socialistas-revolucionarios a la derecha con vistas a nombrar un Consejo Provisional de la República (o pre-Parlamento) con poderes para acordar políticas oficiales y para consultar con los ministros. De algún modo, según esperaba, una atmósfera constructiva en la vida pública emergería tras los disturbios de los días de julio y de la rebelión de Kornílov.

Trotsky estaba dispuesto a asistir a la Conferencia Democrática sólo si era para denunciar a Kerenski y proclamar el rechazo del partido a unirse al pre-Parlamento. La preferencia de Kámenev era que los bolcheviques permanecieran y actuaran como oposición crítica en la Conferencia y en el pre-Parlamento. Kámenev convenció a los líderes bolcheviques, que incluso consideraron pedirle al gobierno que garantizara la inviolabilidad personal de Lenin para que pudiera encabezar la delegación bolchevique[10]. (Lenin, que no había sido consultado, difícilmente hubiera aceptado). El 13 de septiembre el Comité Central encargó a Trotsky, Kámenev, Stalin, Miliutin y Alexéi Rikov que concluyeran la declaración que el partido iba a llevar a la Conferencia Democrática. Lenin, todavía oculto en Helsinki, les advirtió contra cualquier compromiso: «La Historia no nos perdonaría si no tomamos el poder ahora». El Comité Central se reunió el 15 de septiembre para considerar los argumentos de Lenin, los cuales, aparte de la extraña afirmación según la cual Alemania y Gran Bretaña estaban a punto de firmar la paz por separado, no habían cambiado demasiado desde agosto. Lenin pedía un golpe insurreccional. El Comité Central no estaba de acuerdo, y Kámenev llamó al rechazo incondicional de la proposición de Lenin. Eso era ir demasiado lejos para la mayoría del Comité Central, pero sí se acordó evitar disturbios espontáneos en los cuarteles y en las fábricas[11].

A Trotsky le ayudaba la presión que Lenin ejercía. La declaración para la Conferencia Democrática, que Trotsky leyó, incluía un llamamiento a que el gobierno provisional transfiriese el poder a los sóviets[12]. Pero la inclinación de Kámenev hacia una participación bolchevique en el pre-Parlamento prevaleció en el Comité Central, y lo confirmó la fracción bolchevique en la Conferencia Democrática el 21 de septiembre, aunque sólo por setenta y siete votos a favor y

cincuenta en contra. Evidentemente, el número de los favorables a la sublevación crecía[13]. Trotsky siguió cooperando con la mayoría del Comité Central y accedió a representarla en el pre-Parlamento[14]. El 5 de octubre ya había inclinado al Comité Central a retirarse de los procedimientos. Un horrorizado Kámenev pidió la renuncia como representante del partido en el Comité Central Ejecutivo del Congreso de los Sóviets[15]. Mientras Kámenev quería evitar una ruptura con los demás partidos socialistas, Trotsky pensaba que habían traicionado al socialismo al actuar en connivencia con el gobierno provisional. Trotsky ganó la batalla de los cuñados.

También tenía obligaciones que cumplir con el Sóviet de Petrogrado. El 9 de octubre atendía a asuntos que concernían a los soldados en la capital. Los mencheviques y socialistas-revolucionarios querían formar un cuerpo capaz de asistir en defensa de la capital contra los alemanes. Trotsky replicó que sólo podía conseguirse algo semejante con la paz en el frente oriental. Repitió su llamamiento a la transferencia del poder a los sóviets. Ambos lados de la controversia se mostraron de acuerdo en que el Sóviet de Petrogrado necesitaba de nuevos medios para coordinar la actividad entre las tropas[16].

Lenin permanecía escondido pero se había desplazado desde Helsinki a Petrogrado unos días antes, y estaba decidido a presentar sus argumentos al Comité Central. Trotsky le había dado la vuelta a la política de colaboración con el pre-Parlamento. Lenin quería rematar la jugada. Como la tendencia en los sóviets de provincias era lograr la mayoría bolchevique, preguntó a la dirección del partido: ¿si no es ahora, cuándo? El Comité Central se reunió el 10 de octubre en el número 32 de Karpovka, y empezaron a discutir al atardecer. Sujanov, un menchevique del ala izquierda y arrendatario del piso, no sabía nada. Su mujer, Galina Flaxerman, era una bolchevique, y fue ella quien lo dispuso todo[17]. Lenin llegó con peluca, y no por una cuestión de vanidad, sino por miedo a que las agencias de seguridad le detectasen. El orden del día constaba de seis artículos, pero todos subordinados a uno que no se incluía: el derrocamiento del gobierno provisional. Lenin arengó a los que habían demostrado hasta ese momento «indiferencia ante la cuestión de la toma de poder». El partido, dijo, en principio ya había decidido una respuesta a esa cuestión. Por lo tanto sólo quedaba discutir «el lado técnico» del asunto. Si no emprendían una acción decidida la oportunidad pasaría de largo. Lenin declaró que la situación internacional favorecía a los bolcheviques. Advirtió que todo

podía darse por perdido si el supuesto plan del gobierno provisional para entregar Petrogrado a los alemanes se llevaba a cabo[18].

La votación, que se efectuó en las primeras horas del 11 de octubre, resultó en diez contra dos a favor de las tesis de Lenin[19]. El momento y las tácticas de la futura sublevación quedaron en suspenso. Las actas no registran las aportaciones de Trotsky y en sus memorias tampoco se muestra explícito. Pero es obvio que aprobaba la decisión general. Si no hubiese sido así, sus enemigos de la década de 1920 se lo habrían recordado. Los dos miembros del Comité Central que inequívocamente se opusieron a Lenin fueron Kámenev y Zinoviev, que escribieron a organismos importantes del partido negando enfáticamente que los bolcheviques tuvieran que tomar el poder enseguida a riesgo de perder toda esperanza de romper el orden capitalista. Aunque la mayoría de obreros y muchos soldados de Rusia apoyaban a los bolcheviques, subrayaban, no era lo mismo que contar con el respaldo mayoritario de la totalidad del pueblo. Tampoco estaban de acuerdo en eso de que la revolución socialista en Europa fuese inminente. No excluían la posibilidad de la acción violenta contra el gobierno provisional, pero sólo como respuesta a un ataque de Kerenski. Lo que proponían de momento era adoptar una «posición defensiva». Esencialmente, acusaban a Lenin y Trotsky de innecesario pesimismo estratégico[20].

Trotsky, sin embargo, era menos inflexible que Lenin y quería formar una red regional de sóviets de apoyo para una transferencia de poder durante el II Congreso de los Sóviets, cuyo inicio se había previsto para el siguiente 20 de octubre. De este modo, ignoró la demanda de Lenin para una insurrección inmediata[21]. El 16 de octubre el sóviet de Petrogrado estableció un Comité Militar-Revolucionario para la coordinación de las guarniciones[22]. No iba dirigido a ninguna iniciativa revolucionaria evidente, y el organismo estuvo cuatro días sin reunirse. Para entonces los bolcheviques ya habían previsto cómo rentabilizar su existencia: se aseguraron la presencia de tres de sus representantes en el Comité. Los otros dos miembros formaban parte del ala izquierda de los socialistas-revolucionarios, y uno de ellos, Pável Lazimir, asumiría las funciones de presidente. Trotsky estaba encantado con este resultado, y se mantenía en contacto con el Comité Militar-Revolucionario, que se estableció en el segundo piso del Instituto Smolny[23]. Los bolcheviques y sus aliados visitaron los cuarteles con el pretexto de que representaban al Sóviet de Petrogrado en sus planes para la defensa de la capital ante los alemanes. De este

modo se aseguraron la lealtad de muchos soldados. Trotsky corría de regimiento en regimiento, y proclamaba que sólo los bolcheviques y sus aliados podían salvar a las tropas de su movilización hacia el frente oriental. Imploraba la lealtad de quienes le escuchaban, como en los primeros días de la Revolución de Febrero, al Sóviet de Petrogrado. Hablaba como presidente de tal organización, e insistía en que si los sóviets tomaban el poder a lo largo y ancho del país todas las heridas abiertas se podrían suturar y sanaría la vida pública.

Otra reunión del Comité Central tuvo lugar el 16 de octubre para resolver cuestiones polémicas. Estaban presentes líderes del partido del Comité de Petersburgo, de la organización militar, del Sóviet de Petrogrado y de diversas organizaciones de masas[24]. Lenin se refirió a la reunión previa del Comité Central y mantuvo que el compromiso con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios ya no era posible. También proclamó que la revolución era inminente en Alemania[25]. Otros participantes ofrecieron informes según los cuales las perspectivas para la toma del poder en Petrogrado distaban mucho de ser buenas. Miliutin, Zinoviev y Kámenev, miembros del Comité Central, hablaron en contra de Lenin[26]. Si Trotsky hizo alguna proposición, tampoco ésta quedó reflejada en las actas. De todos modos, si en sus memorias no menciona esta reunión tal vez sea porque estaba ocupado en algún otro lugar, puesto que había montones de asuntos que requerían su atención en el Sóviet de Petrogrado y en el Comité Militar-Revolucionario. Lenin era el experto en el manejo del Comité Central bolchevique. Su fuerza de persuasión fue crucial a la hora de vencer la oposición que plantearon Zinoviev y Kámenev, mientras Trotsky trabajaba en otro lugar ganándose la voluntad de los soldados de la capital. Esta vez el voto favoreció de forma abrumadora a Lenin, por diecinueve contra sólo dos en contra y cuatro abstenciones[27].

La reclusión forzada de Lenin en la vivienda de la militante bolchevique Maria Fofánova, en las afueras de Petrogrado, implicaba que otros se hicieran cargo de la planificación. Yákov Sverdlov, un bolchevique de las provincias que recientemente se había visto promocionado, llevaba el secretariado del partido. Entretanto, Stalin editaba *Pravda*. Dada la situación, Trotsky asumió que tenía competencias para hacer lo que creyera más útil para el Sóviet de Petrogrado. La coordinación en el Comité Central era poco precisa, y sus miembros dirigentes hacían observaciones personales sobre cómo proceder. Kámenev se sentía tan lejano a la política del partido que anunció su retirada del Comité Central[28]. Él

y Zinoviev revelaron en el periódico *Novaya Zhizn* que los bolcheviques planeaban una insurrección armada. Lenin escribió al Comité Central condenándolos como «rompehuelgas[29]».

Trotsky respondía a Kámenev y Zinoviev en un discurso poco inspirado al Sóviet de Petrogrado el 18 de octubre:

> Las decisiones del Sóviet de Petrogrado se publican. El Sóviet es una institución elegida, cada diputado es responsable de los trabajadores y soldados que le han elegido. Este parlamento revolucionario […] no puede tomar decisiones que los trabajadores desconozcan. No ocultamos nada. Yo, en nombre del Sóviet, declaro: no hemos decidido ninguna acción armada[30].

Con estas evasivas contestaba a las preguntas sobre lo que había sucedido en el Comité Central bolchevique. Kámenev, asustado por la idea de abandonar a los bolcheviques, se levantó para confirmar que la afirmación de Trotsky era cierta, y Zinoviev escribió una carta abierta en ese mismo sentido[31]. Esta triple solidaridad desconcertó a Lenin cuando tuvo noticias de ella. ¿Significaba eso que la toma de poder no iba a tener lugar? Trotsky organizó una visita clandestina para verle y le aseguró que el objetivo insurreccional permanecía intacto. Él estaba planeando personalmente que la acción se iniciara horas antes del próximo II Congreso de los Sóviets en Petrogrado. De este modo disminuiría la apariencia de levantamiento dirigido y favorecido por un solo partido. Lenin se sintió aliviado. De cualquier modo, exigió la expulsión de Zinoviev y Kámenev del partido.

Los nervios estaban a flor de piel en el Comité Central del 20 de octubre. Zinoviev no acudió, pero Trotsky estaba presente para testificar la aceptación de la dimisión de Kámenev. Stalin pensó que se trataba con demasiada dureza a Kámenev y Zinoviev, y cuando su actitud hacia ellos en la prensa del partido también fue objeto de críticas él también quiso dimitir. No había ayudado demasiado que el intruso Trotsky fuera su principal oponente. La petición de Stalin, de cualquier modo, fue denegada. En cuanto a Trotsky, estaba en plena forma y él y Ioffe propusieron con éxito que cualquiera que deseara unirse a la actividad del Comité Militar-Revolucionario podía hacerlo libremente[32].

Trotsky describiría más adelante sus preferencias tácticas como sigue: «El

bando atacante casi siempre está interesado en aparentar que está a la defensiva. A un partido revolucionario le interesan las coberturas legales.»[33] Así fue exactamente como se comportó en octubre de 1917 al dirigir el levantamiento contra el gobierno provisional. Como un general que rinde visita a sus tropas antes de la batalla, ofreció discursos aquí, allá y en todas partes de la capital:

> Trotsky, por su cuenta, interrumpiendo su trabajo en los puestos de mando [en el Instituto Smolny], voló de la fábrica Obujov a la de tuberías, de las obras de Putilov a las del Báltico, del Manège a las guarniciones militares, y parecía como si hablara simultáneamente en todos esos lugares. Cada uno de los obreros y soldados de Petersburgo le conocía personalmente y le había oído. En esos días su influencia, tanto entre las masas como en los puestos de mando, era predominante[34].

Escribía, declamaba, discutía, organizaba; era el activista más completo de la Rusia revolucionaria. A diferencia de la mayoría de líderes revolucionarios, parecía más un corredor que un levantador de pesas. Le rodeaba un aura de vivacidad. Cuando hablaba con la gente, daba la sensación de tener una sensibilidad artística. Las personas que se le acercaban reparaban en lo finas que eran sus manos, pero agarraban a su presa sin vacilaciones[35]. Trotsky presidía los preparativos para la insurrección armada.

Ante la evidencia de las intenciones bolcheviques la paciencia del gobierno provisional se puso a prueba hasta lo intolerable. El 23 de octubre ordenó la clausura de los periódicos del partido y envió tropas para reforzar la medida. Trotsky contraatacó, con el pretexto de estar únicamente defendiendo el Sóviet de Petrogrado. De hecho sus instrucciones eran completamente ofensivas. Los acuerdos se incrementaron el 24 de octubre. Los miembros del Comité Militar-Revolucionario fueron a los cuarteles en busca de cooperación, mientras que Trotsky los coordinaba desde el Instituto Smolny. En la habitación contigua había una cabina telefónica, y las llamadas llegaban desde toda la ciudad tras una pausa matutina, cuando las autoridades habían cortado la línea. Kámenev le sorprendió cuando dejó a un lado sus objeciones políticas a la insurrección y se unió a él[36]. Trotsky había estado trabajando a pleno ritmo durante toda una semana. Estaba claro que el momento para la lucha definitiva se acercaba rápidamente. La capital retumbaba por la actividad armada. Kerenski desplazó

las tropas a lugares de importancia estratégica. Trotsky y el Comité Militar-Revolucionario reaccionaron enviando tropas para tomar las oficinas de correos y telégrafos, los bancos y las centrales telefónicas, así como las estaciones de tren. El palacio Tauride cayó en manos de los insurgentes.

En la noche del 24 al 25 de octubre Lenin decidió olvidarse de las precauciones y dejó la casa de Fofánova para dirigirse al Instituto Smolny, en donde pensaba que encontraría pruebas de una insuficiente urgencia. No tenía por qué haberse preocupado. La insurrección ya había ido demasiado lejos como para detenerla, y los esfuerzos del gobierno provisional se revelaban como absolutamente inadecuados. También estaba claro que los bolcheviques iban a ser el partido más numeroso en la apertura del Congreso de los Sóviets. Lenin y Trotsky pasaron la jornada del 25 de octubre dando las últimas órdenes alrededor de la capital. El palacio de Invierno, que se había convertido en la sede del gobierno provisional, fue asaltado. Kerenski huyó.

Trotsky declaró a la delegación bolchevique nominada para el congreso: «¡Si os negáis a flaquear, no habrá guerra civil, nuestros enemigos capitularán enseguida y podréis ocupar el lugar que por derecho os corresponde!»[37] Según la hija de Ioffe, «apenas podía mantenerse en pie por el cansancio»[38]. Sus nervios estaban crispados. Se tumbó en un sofá y, mirando hacia Kámenev, le dijo: «Dame un cigarrillo». Tras un par de caladas murmuró algo para sí y de pronto perdió la conciencia. Era otro de sus desvanecimientos. Cuando se recobró, Kámenev se preocupaba por él: «¿Quieres que te vaya a buscar alguna medicina?». Trotsky contestó: «Sería mucho mejor si encontraras algo de comer». Recordó entonces que llevaba más de veinticuatro horas sin probar bocado[39]. Después de comer rápidamente ya volvía a estar trabajando.

Los bolcheviques consiguieron la mayoría de escaños en el presidium del congreso. Trotsky hostigó a los mencheviques y socialistas-revolucionarios:

> El levantamiento de las masas populares no necesita justificación. Lo que ha sucedido es una insurrección y no un complot. Hemos dado temple a la energía revolucionaria de los obreros y soldados de Petrogrado. Hemos forjado abiertamente la voluntad de las masas para la insurrección y no para un complot. Las masas populares han avanzado bajo nuestra bandera y nuestro levantamiento se ha ganado la victoria. Nuestra insurrección ha vencido y ahora se nos hace una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo. […] No, ¡aquí el acuerdo no sirve

> para nada! A los que se han ido de aquí, como a los que se presentan con propuestas semejantes [de compromiso], debemos decirles: Estáis lamentablemente aislados, sois unos fracasados, vuestro papel ya está jugado, dirigíos allí donde vuestra clase está ahora: ¡a la papelera de la historia[40]!

Aquella descarga afectó a Mártov. Incapaz de contener su ira por más tiempo, gritó: «¡Entonces, nos retiramos!». Mencheviques y socialistas-revolucionarios siguieron su ejemplo y abandonaron la sala. Trotsky no disimulaba su satisfacción[41].

Se formó un gobierno con Lenin como presidente. A sugerencia de Trotsky se le llamó Consejo de Comisarios del Pueblo (o Sovnarkom, según el acrónimo ruso). Todo el sistema del poder iba a basarse en la jerarquía de sóviets existente. Se promulgaron decretos rápidamente sobre la paz, la tierra y la prensa. Hasta entonces el mandato del Sovnarkom todavía no había salido de los límites de Petrogrado. La intención de los decretos era propiciar el apoyo popular para los bolcheviques y animar a «las masas» a que volvieran del revés el antiguo sistema social. La revolución socialista había empezado en Rusia. Lenin y Trotsky esperaban que el resto de Europa siguiera pronto su estela. Habían hecho la apuesta política de sus vidas y tenían una confianza suprema en que se les confirmaría como ganadores.

7

Comisario del pueblo

La mayoría de la gente, tanto en Rusia como en el resto del mundo, consideraba a la dirección de los bolcheviques como una cuadrilla de incompetentes que no podrían de ninguna manera mantenerse en el poder. A los dirigentes del Sóviet no les afectaban estas visiones, pero sabían que tenían que demostrarse a ellos mismos su competencia en el gobierno, y algunos de los primeros nombramientos tuvieron más éxito que otros. La aptitud de Trotsky causó una impresión inmediata y profunda. Sacaba a relucir las habilidades que había adquirido editando periódicos marxistas antes de 1917. Si se le encargaba alguna misión respondía con extraordinaria prontitud y encontraba fácil exponerla ante los demás. La otra cara de la moneda era su resistencia a buscar o a aceptar consejos, y eso era algo que ni siquiera se esforzaba en ocultar. Él se hacía sus propias ideas y esperaba que los camaradas coincidieran con ellas. Y ésa fue la tónica de su actuación mientras él y Lenin coincidieron. Lenin le valoraba por la fuerza con que imponía sus decisiones, y ésa era una cualidad que también apreciaba en Stalin, Sverdlov y Zinoviev. A pesar del deseo compulsivo que sentía por meter las narices en los asuntos de los demás, Lenin reconocía que no podía llegar a todas partes. Necesitaba a su alrededor líderes que pudieran imponerse en situaciones difíciles. En este sentido, Trotsky llevaba en su interior una carga de energía explosiva que encajaba a la perfección con las exigencias de Lenin.

Después de tomar el poder, Lenin y Trotsky no dejaron lugar a dudas sobre el tipo de gobierno que querían. Iban a asociarse sólo con socialistas que apoyaran el derrocamiento del gobierno provisional. Por tanto, no podían tener que ver en absoluto con los mencheviques. Mártov, el exponente principal del menchevismo de izquierdas, había abandonado el II Congreso de los Sóviets. Según Lenin y Trotsky se había excluido a sí mismo de posibles consideraciones como socio de gobierno. En cuanto a los socialistas-revolucionarios, podía decirse que habían actuado de igual manera, con la salvedad de su fracción más radical, conocida

como Socialistas Revolucionarios de Izquierda, que había permanecido en el congreso. Lenin y Trotsky estaban dispuestos a tolerar la coalición sólo con esos disidentes de izquierdas, y se iniciaron negociaciones para que se adscribieran al Sovnarkom.

Lenin asistió al comité del partido en Petersburgo el 1 de noviembre y le encargó a Trotsky la campaña contra cualquier acercamiento a los mencheviques y socialistas-revolucionarios: «Trotsky lo entendió, y desde ese momento no hubo mejor bolchevique que él.»[1] Trotsky a su vez defendió a Lenin contra la acusación de Lunacharski de labrarse el camino para erigirse en dictador:

> No existe una política intermedia. No hay vuelta atrás. Estamos introduciendo la dictadura del proletariado. Forzaremos a la gente a que trabaje. ¿Por qué existía el sabotaje bajo el terror del pasado? Bien, aquí no sólo tenemos el terror, sino más bien la violencia organizada de los trabajadores como aplicada a la burguesía.[…] Es necesario decir clara y sinceramente a los trabajadores que no estamos a favor de las coaliciones con los mencheviques o demás. El problema no está ahí. Lo que cuenta es el programa. Tenemos una coalición con los campesinos, los trabajadores y los soldados que luchan ahora mismo.[…] No iremos a ninguna parte si únicamente mantenemos a unos cuantos bolcheviques [en el gobierno]. Después de tomar el poder, también tenemos que asumir nuestra responsabilidad[2].

Nadie, ni siquiera Lenin, describió el proyecto socialista de forma tan descarnada.

Lenin y Trotsky se habían convertido en los gemelos siameses de la política rusa, unidos por la cadera en la determinación de usar medidas implacables, incluido el terror de estado contra los enemigos. Habían alcanzado la victoria en el Comité de Petersburgo sin rastro alguno de la antigua voluntad de Trotsky para negociar con los mencheviques y sonsacarlos. El problema para Lenin y Trotsky era que no podían acumular suficiente apoyo en el Comité Central bolchevique. La opinión dominante era que los bolcheviques en el poder deberían formar un gobierno de coalición con todas las fuerzas socialistas. El retorno de Kámenev y Zinoviev al Comité Central potenciaba esta tendencia. Se iniciaron las negociaciones con los mencheviques y los socialistas-

revolucionarios. A Lenin y Trotsky les salió el tiro por la culata: habían ocultado aviesamente sus intenciones bajo un halo de misterio antes de derrocar al gobierno de Kerenski, y en esos momentos les resultaría difícil objetar nada si la mayoría del Comité Central seguía la línea de las aspiraciones populares e intentaba formar un gobierno que conciliara todas las tendencias del socialismo ruso. Se había tomado el poder sin una discusión estratégica seria sobre quién iba a recibir la invitación a compartirlo.

En una cosa sí que coincidía todo el mundo en el Comité Central: había que evitar que Kerenski volviera a tomar el poder. El antiguo primer ministro había vuelto a la cabeza de un destacamento cosaco hasta las montañas de Pulkovo, en los alrededores de Petrogrado, con la intención de aplastar a los bolcheviques. Los voluntarios de la Guardia Roja marcharon a enfrentarse con ellos. Se movilizaron las tropas de los cuarteles. Por fin se produjo un breve enfrentamiento militar que concluyó en derrota para Kerenski. Entretanto, la huelga ferroviaria convocada por Vikzhel —el sindicato bajo dirección menchevique— se fue apagando apenas antes de empezar: la dirección del sindicato había sobreestimado el antagonismo de los ferroviarios con el gobierno del Sóviet. La fuerza cosaca fue enviada a otro destino. La mano negociadora de los mencheviques y socialistas-revolucionarios se hizo cada vez más débil. Cuando pidieron la exclusión de Lenin y Trotsky de cualquier coalición no comportó ningún problema para el Comité Central bolchevique rechazarlo de plano.

Lo que extrañó a Lenin fue que Trotsky no aceptara el puesto que deseaba asignarle. Trotsky quería controlar la política de la prensa. Quizá sus años como periodista le habían dado una inclinación a operar en este sector para el Sovnarkom. Indudablemente se trataba de un cargo de responsabilidad, y Lenin expidió un edicto por el cual se introducía la censura a partir del 26 de octubre. Pero no quería que el más valioso de sus camaradas se encargara de un trabajo así[3]. Sugirió al Comité Central bolchevique que Trotsky tenía que dirigir el gobierno entero. Trotsky no quería saber nada del asunto:

> Me puse en pie para protestar: hasta ese punto me parecía inesperada e inapropiada esta propuesta. «Pero ¿por qué no? —insistió Lenin—. ¿No estaba usted al frente del Sóviet de Petrogrado que asumió el poder?». Pero rechacé su propuesta sin más discusión. Y así se hizo[4].

Nunca explicaría su razonamiento y —por lo que se desprende de su propia narración— aparentemente tampoco lo divulgó en aquellos días. Quizá prefiriera jugar un papel dirigente sin ser un líder solitario. Es una característica psicológica que se haría evidente en años posteriores. También es posible que se tratara de un cálculo político, puesto que cuando Lenin fue a pedirle que se encargara del Comisariado Popular Político de Asuntos Internos, Trotsky volvió a poner reparos y explicó que resultaría inapropiado para un judío hacerse responsable de la policía en una sociedad dominada por el antisemitismo. El hecho de favorecer la visión de los judíos como opresores de los rusos podría provocar las condiciones para un pogromo. Trotsky insistía en que sus reparos eran políticos, no personales[5].

En lugar de eso, aceptó el Comisariado Popular para Asuntos Exteriores en el Sovnarkom. Lenin había pensado que esto desaprovechaba el talento de Trotsky, pero Sverdlov se le opuso:

> «A Leo Davídovich debemos colocarlo frente a Europa: que se encargue de los asuntos extranjeros». «¡Pues sí que va a tener ahora grandes asuntos extranjeros!», repuso Lenin. Sin embargo, asintió de mala gana. De mala gana asentí yo también. Y así fue cómo, por iniciativa de Sverdlov, hube de verme por espacio de un trimestre a la cabeza de la diplomacia de los Sóviets.
>
> El Comisariado de Asuntos Exteriores era, en verdad, un lugar de descanso. A los camaradas que acudían a brindarme su ayuda les aconsejaba casi siempre que buscasen un campo de más rendimiento para sus energías. Uno de ellos había de describir más tarde en sus memorias, muy sustanciosamente, una conversación que tuvo conmigo a poco de constituirse el gobierno de los Sóviets. «¿Cuál va a ser nuestra labor diplomática?, —cuenta que le dije yo—. Tan pronto como haya lanzado a los pueblos [extranjeros] una cuantas proclamas revolucionarias pienso cerrar la tienda.»[6]

Trotsky cumplió su palabra cuando publicó de inmediato los tratados secretos de los Aliados de 1915 y al hacer un llamamiento a los trabajadores de todo el mundo para que se levantaran contra sus gobiernos.

Los antisemitas rusos identificaban a los judíos como una raza ajena al

compromiso patriótico. El hecho de convertirse en ministro de Asuntos Exteriores y de trabajar para un gobierno más interesado en extender la revolución mundial que en defender los intereses del país, conformaba a Trotsky con el estereotipo generalizado del «problema judío». De este modo iba a convertirse inevitablemente en una figura odiada entre los grupos políticos ultranacionalistas de Rusia y del extranjero si aceptaba cualquier trabajo prominente en la administración revolucionaria. Tal y como estaban las cosas, ya se había convertido en el judío más famoso de la Tierra. El coronel Raymond Robins, mandamás de la Cruz Roja en Rusia, lo exponía con acritud. En una conversación con Robert Bruce Lockhart, director de la misión británica en Moscú, describió a Trotsky como «un hijo de puta de tomo y lomo, pero el judío más importante desde Cristo»[7]. De hecho, Trotsky era el más célebre en un Sovnarkom en el que los judíos estaban presentes en una gran proporción. Lo mismo ocurría en la dirección central de los bolcheviques. Si Lenin hubiera tenido que prescindir de los servicios de judíos de talento, se las habría visto y deseado para formar un gabinete.

El Comisariado Popular para Asuntos Exteriores era muy diferente a los organismos equivalentes que pudieran encontrarse en el resto del mundo. Trotsky y los demás bolcheviques prestaban más atención a las relaciones internacionales que a la política exterior. Para ellos Rusia era un país más entre otros muchos, y no iban a darle prioridad en sus obligaciones respecto a la revolución socialista europea. Daba la casualidad de que la gran nueva era empezaba en Petrogrado. Se anunciaba el fin de las viejas formas del nacionalismo, del imperialismo y del militarismo. En un gesto que confirmaba cierta negligencia hacia el Comisariado, Trotsky trabajaba en aquel edificio en contadas ocasiones. Para él lo importante era tener la base en el Instituto Smolny, en donde Lenin tenía su despacho. El trabajo rutinario en el Comisariado Popular para Asuntos Exteriores lo hacía el suplente de Lenin, el doctor Iván Zalkind. Esto no quiere decir que el ritmo de trabajo allí fuera aletargado. Al contrario, en él se producía una gran innovación. El Comisariado creó una Oficina Internacional de Propaganda Revolucionaria. Los bolcheviques también establecieron un Departamento de Prensa y un Departamento de Prisioneros de Guerra. Estas tres agencias colaboraban en la edición de periódicos en alemán, húngaro y rumano con la intención de ganarse a los soldados de los ejércitos en guerra para la causa revolucionaria[8].

En el frente oriental se estableció un armisticio. La lucha entre Rusia y las Potencias Centrales se detuvo y el Sovnarkom se dispuso a desmovilizar sus fuerzas armadas. El contacto entre Petrogrado y el resto del mundo se hacía más débil, pero Trotsky asumía que la prensa europea se haría inevitablemente eco de las noticias de la toma del poder por parte de los bolcheviques. Ponía sus esperanzas en que el precedente ruso —no lo llamaba «modelo»— tuviera continuación. Esperaba que los gobiernos de la Europa central fueran derrocados, y que el proletariado alemán mostrara su valía. De esas revoluciones surgiría sin duda una paz permanente en el amanecer de una nueva era. Se sentía frustrado por no poder escribir para publicaciones alemanas o austriacas, pero eso no iba a hacer que el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores se cruzara de brazos. Implicó a sus funcionarios en la preparación de planes de propaganda para las regiones próximas al frente. Se incitaba a los soldados rusos a confraternizar con las tropas de las Potencias Centrales. Equipados con material en las lenguas de la Europa oriental iban a ser capaces de extender el mensaje comunista. Había que fomentar los motines contra los Hohenzollern y los Habsburgo. Se esperaba que los disturbios en las fuerzas armadas acabaran influyendo en la sociedad civil. El alto mando alemán toleró esta iniciativa durante algunas semanas. El Sovnarkom había desistido del conflicto militar, con lo que los recursos germanos podían concentrarse en el frente occidental.

Trotsky se mostraba incluso más tempestuoso, pero como disfrutaba del favor de Lenin estaba ciego y sordo en cuanto a los resentimientos a los que daba lugar en la dirección del partido. Kámenev, Stalin, Sverdlov y Zinoviev gozaban de la estima de Lenin. Zinoviev se había acostumbrado a figurar como líder adjunto no oficial de la fracción bolchevique en la emigración antes de 1917[9]. En esos momentos, en cambio, Lenin consultaba a Trotsky cualquier asunto de gobierno que le acuciara. Los decretos y anuncios tenían que prepararse a una velocidad de vértigo, y Lenin le pidió a Trotsky que le corrigiera artículos que iba a publicar. Cuando Lenin se mudó a un conjunto de estancias más amplias para acomodar las actividades del Sovnarkom, reservó un pequeño despacho para Trotsky. Pero éste se encontraba en el extremo más alejado del edificio, de manera que a menudo se veía a Trotsky recorrer el pasillo para sus consultas. La élite bolchevique no reconocía todavía la necesidad de trabajar en las mejores condiciones prácticas. De hecho, en un principio ni siquiera atinaron a contratar a mecanógrafos profesionales.

Trotsky podía disponer de más tiempo para su familia a pesar de su elevada responsabilidad en el gobierno. Esta paradoja queda en parte explicada por la topografía. Los miembros de la dirección del Sóviet trajeron a sus allegados al Instituto Smolny, cuyos pisos superiores se convirtieron en viviendas familiares tan pronto como los mencheviques y socialistas-revolucionarios dejaron sus despachos. Los líderes bolcheviques eran más fáciles de proteger si permanecían en el interior del edificio, y todos ellos tenían que mantenerse a menudo en contacto a medida que su toma de poder se iba consolidando. Tras su desvanecimiento del 25 de octubre, Trotsky tenía todos los motivos para evitar tensiones innecesarias callejeando por la ciudad. En un día normal volvía a comer a casa y se echaba una siesta. Sus hijas adolescentes, Zina y Nina, que vivían con su madre Alexandra en otra parte de la ciudad, repararon en esa rutina y visitaban la vivienda antes de que se sirviera la comida. Habían echado en falta a su padre durante la mayor parte de sus vidas, y en esos días por lo menos podían estar con él, aunque fuera a costa del tiempo que dedicaba a la siesta. Tras la comida se relajaba en un sofá, con las niñas sentadas cerca de él y en un ambiente de bromas y risas. Si por lo que fuera él no estaba, Zina y Nina jugaban con sus hermanastros[10].

Trotsky tenía mucho que hacer aparte de esas obligaciones no demasiado pesadas en el Comisariado Popular para Asuntos Exteriores. En el Sovnarkom introducía medidas para el establecimiento de tribunales revolucionarios[11]. Se solicitaron sus servicios para la corrección de decretos[12]. Se le puso al frente de las disposiciones tendentes a hacer que el calendario ruso coincidiera con el del resto del mundo[13]. Hizo un llamamiento para una «purga enérgica» del antiguo ministerio militar y para que los fusileros letones (que habían demostrado ser una de las fuerzas más efectivas al servicio de la causa comunista) fueran traídos a Petrogrado para mejorar la seguridad, pues había localizado focos de resistencia en la capital y en otros lugares[14]. Informó de movimientos contrarrevolucionarios en Orenburg[15]. Pedía una acción más contundente contra la «prensa burguesa»[16]. De forma más general era prolífico al sugerir iniciativas que pudieran llevar a cabo los otros Comisariados Populares[17]. Su autoridad y su estatus no quedaron afectados cuando, entre mediados de noviembre y principios de diciembre, los Socialistas Revolucionarios de Izquierda al final aceptaron las invitaciones de los bolcheviques para que se unieran a ellos en una coalición de gobierno. Los bolcheviques habían llevado a

cabo la Revolución de Octubre, y la habían consolidado. No tenía sentido ofrecer a las nuevas incorporaciones un número igual de puestos en el Sovnarkom. Pero les dieron la bienvenida como camaradas. Trotsky siempre había intentado con más ahínco que Lenin asegurarse de que la toma de poder no pareciera cosa de un solo partido, de modo que la formación de dicha coalición fue muy de su agrado.

El hecho de adquirir renombre se le subió a la cabeza. Nunca había ejercido el apoyo a las instituciones. Siempre se había dedicado con pasión a hacer que todo el mundo se preparase para la acción revolucionaria. El derrocamiento del gobierno provisional significaba infinitamente más para él que cualquier detalle sobre las sensibilidades internas del partido, y en unos cuantos años pagaría muy caro no haber atendido a las opiniones que los demás líderes bolcheviques se formaban de él. Pero ése había sido siempre su estilo. Su inclinación era elaborar su política y después imponerla en el plazo más breve posible.

A esta actitud se añadía la alarmante costumbre de frecuentar a extranjeros que no eran amigos del socialismo. No podía evitar la compañía de diplomáticos en Petrogrado cuando cumplía con sus obligaciones en el Comisariado Popular para Asuntos Exteriores. Por mucho que su objetivo a largo plazo fuera fomentar la revolución en toda Europa, a corto plazo, por razones prácticas, los bolcheviques tenían que evitar ofender a los Aliados. La geopolítica europea estaba en equilibrio. Al tiempo que deseaba un final para la Gran Guerra, el Sovnarkom no quería brindar a Gran Bretaña y Francia más excusas para una intervención militar en Rusia, puesto que en el invierno de 1917-1918 no se sabía quién iba a ganar la guerra en el frente occidental. A medida que este riesgo aumentaba, Trotsky iba abandonando la actitud despreocupada hacia sus obligaciones en el Comisariado Popular para Asuntos Exteriores. También hablaba regularmente con la prensa extranjera en Petrogrado, y ningún líder bolchevique estaba tan dispuesto como él a conceder entrevistas[18]. La mayoría de corresponsales no le conocían de antes de la Revolución de Octubre. A todos les impresionaba la diligencia, la elocuencia y la seguridad del personaje. Destacándose como representante del Sovnarkom, había telegrafiado a las embajadas del gobierno provisional derrocado para informarles de que o bien apoyaban la «política de paz» del Sóviet o bien abandonaban sus locales[19].

Diplomáticos y periodistas de las grandes potencias hacían cola para entrevistarle en su despacho del Instituto Smolny. Frecuentemente recibían los

beneficios de su sabiduría en los apartamentos de la familia en el piso superior: no necesitaba ninguna excusa para extenderse en toda clase de temas. Los visitantes se quedaban impresionados por la sencillez de su tren de vida. Uno de ellos fue la reportera estadounidense Louise Bryant:

> Durante los primeros días de la revolución solía ir a Smolny para conseguir las últimas noticias. Trotsky y su pequeña y bonita esposa, que apenas hablaba nada que no fuera francés, vivían en una habitación del último piso. La habitación estaba dividida como el estudio en el desván de un artista pobre. En un extremo había dos catres y un armario barato y pequeño, y en el otro un despacho con dos o tres sillas baratas. No había pinturas, ni confort por ninguna parte. Trotsky ocupó este despacho mientras fue ministro de Asuntos Exteriores [sic] y muchos dignatarios se vieron en la necesidad de hablar con él en ese lugar[20].

Por lo que parece, el último vestigio de la anterior dignidad del instituto era la gran alfombra roja[21].

Mientras Trotsky pontificaba en Petrogrado fue su amigo Adolf Ioffe quien negociaba con Alemania y Austria-Hungría en Brest-Litovsk, cerca del frente oriental. Si las Potencias Centrales despreciaban el armisticio e invadían Rusia, los bolcheviques querían poder volverse a Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos en busca de ayuda militar. Era una situación extraña. Los hombres de Trotsky estaban negociando con los enemigos mortales de los Aliados para una paz que potenciaría las posibilidades de las Potencias Centrales en el frente occidental. Al mismo tiempo Trotsky y Robert Bruce Lockhart se encontraban con regularidad y los dos se lo pasaban fantásticamente bien[22]. Trotsky también cortejó a franceses y americanos en Petrogrado. Estableció una cálida relación con el agregado militar Jacques Sadoul; incluso le pidió al coronel Raymond Robins, de la Cruz Roja americana, que usara sus buenos oficios para conseguir que la US Railway Mission (la misión americana enviada para ayudar al gobierno provisional a restaurar la red de ferrocarriles rusos) asistiera al Sovnarkom[23]. Trotsky y Lenin simplemente no podían en esas circunstancias cerrar el escaparate de la diplomacia rusa.

Edward Allsworth Ross, corresponsal del *Independent* de Nueva York, recogió las reflexiones de Trotsky sobre la regeneración económica. El

comisario del pueblo enfatizó que el gobierno soviético no tenía intención inmediata de poner todas las industrias en manos del Estado. Los bolcheviques apuntaban más al control que a la propiedad. Iban a limitar la escala del beneficio privado, y también se asegurarían de que las fábricas enfocaban su producción a las necesidades del bienestar social. El capitalismo funcionaría dentro de unos límites estrictamente regulables. Ross preguntó razonablemente si los empresarios aceptarían operar en semejantes condiciones. Trotsky respondió que el gobierno evitaría cualquier fuga de capitales del país. Admitió que los problemas surgirían si el capitalismo continuaba prevaleciendo en otras partes, pero rechazaba esta posibilidad tras el precedente que había sentado la Revolución de Octubre[24]. Trotsky no respondió del todo al reto que le planteaba Ross: era una actitud muy típica de los bolcheviques de esos tiempos: simplemente esperaban que todo saliera bien. Pero en un inciso casual de esa misma entrevista podía percibirse un destello de la perspicacia de Trotsky. Los bolcheviques, sugería, aplicarían las técnicas del «taylorismo» al organizar la producción industrial. Y es que Trotsky había leído sobre los experimentos de F. W. Taylor sobre cronometraje y movimiento en las fábricas americanas, y quería aplicarlos en Rusia[25].

En diciembre, de cualquier modo, las Potencias Centrales dejaban claro que su paciencia con el Sovnarkom no iba a ser eterna. Para ellos no bastaba el armisticio en el frente oriental. Pedían un tratado de paz completamente separado, de manera que pudieran transferir fuerzas a Francia y derrotar a los Aliados occidentales. Amenazaban con reemprender la guerra contra Rusia a menos que el Sovnarkom cediera.

Trotsky tuvo que implicarse en las negociaciones de Brest-Litovsk. Los alemanes llevaban el liderazgo entre las Potencias Centrales. Sus interlocutores civiles eran elocuentes, pero tras ellos, ejerciendo una presión inflexible, estaban las figuras militares que constantemente magnificaban las demandas alemanas. Los representantes austriacos eran sobre todo oyentes, pues sus fuerzas hubieran sido incapaces de resistir la ofensiva de Kerenski en junio sin el apoyo de los regimientos alemanes. Pero éstos tenían sus propios problemas. Las condiciones económicas habían empeorado en Alemania. También se estaba haciendo difícil reclutar una cantidad suficiente de hombres jóvenes adecuados para el servicio militar. En las factorías se alzaban murmullos de descontento. Los Aliados parecían aguantar sorprendentemente bien, y con la entrada de Estados Unidos

en el conflicto sólo podían ser más fuertes. El alto mando alemán, dirigido por Hindenburg y Ludendorff, se agitaba por momentos. Creían que la única solución era cerrar el frente del este. Los ejércitos rusos estaban implicados en la desmovilización a instancias del Sovnarkom. Para los alemanes, la mejor perspectiva era lograr la firma de un tratado de paz. De este modo Hindenburg y Ludendorff podrían dedicarse a dar un nuevo impulso al combate contra franceses y británicos en el frente occidental.

Estas preocupaciones de las Potencias Centrales permanecían bien ocultas. Alemanes y austriacos se dirigieron a la mesa de negociaciones pensando que se les iba a tratar con deferencia. Actuaban como si la victoria ya estuviese en sus manos. Compartían los prejuicios de su clase social. Para ellos, los socialistas de cualquier tipo no eran humanos. Los comunistas rusos, con tantos judíos entre sus dirigentes, eran poco menos que alimañas.

Se llevaron una sorpresa, por tanto, cuando en Brest-Litovsk apareció Trotsky para unirse a la delegación rusa en diciembre. Él no necesitaba intérprete. Su dominio del alemán era lo bastante bueno como para distinguir entre los matices de los dialectos de Viena y Berlín. La amplitud de sus referencias culturales era remarcable. Salpicaba sus comentarios con ocurrencias. Se negaba a actuar como un suplicante. Los alemanes y austriacos sintieron como si se estuviera riendo de ellos, y no se equivocaban. Sus proyectos para la negociación reflejaban su astucia. Obtuvo la concesión de que se publicaran las respectivas posiciones negociadoras, lo que significaba que los periódicos alemanes y austriacos informarían de las palabras de Trotsky. Y él, por otra parte, aprovechaba cada una de las ocasiones que se le presentaban para proclamar los objetivos últimos del Partido Bolchevique. Cada vez que las Potencias Centrales le lanzaban demandas como puñetazos de pesos pesados, él se escurría a un lado, y les respondía con preguntas propias. Filosofaba sobre la condición del mundo en aquel momento. Allí estaba el ministro de Asuntos Exteriores de un país desesperadamente vulnerable, hablando como si no hubiera problemas que le acuciaran. Era la personificación del *chutzpah*, del caradura revolucionario. Bien vestido y bien arreglado, no tenía nada que ver con el estereotipo del comunista zarrapastroso. Los altos representantes de los tronos Hohenzollern y Habsburgo no estaban preparados para enfrentarse a un fenómeno humano como ése.

8

Trotsky y los judíos

Trotsky odiaba la insistencia en su origen judío. Había pasado toda su carrera revolucionaria tratando de romper los vínculos que su cuna establecía. Pero no era ningún ingenuo, y como sabía que el interés popular en él como judío era inevitable, se resignó a asumir las consecuencias.

¿Qué significaba ser un judío en la Rusia de principios del siglo XX? Durante el reinado de los zares describir a alguien como judío era describir su filiación religiosa más que su etnia. Los informes policiales y judiciales, lo mismo que el censo imperial de 1897, se confeccionaban sobre esta base. Pero muchos judíos, sobre todo en las últimas décadas del siglo XIX, abandonaron su fe. Algunos se convirtieron al cristianismo, y muchos otros se hicieron agnósticos o ateos. Si aceptaban la fe cristiana dejaban de ser judíos desde el punto de vista de la ley imperial. Si entraban en la Iglesia ortodoxa, además, adquirían reconocimiento en tanto que conversos rusos. En el régimen soviético, en cambio, la condición judía se convirtió en una marca de origen nacional, y los individuos de familia judía se clasificaban como judíos independientemente de que aceptaran o no el judaísmo como fe. En el censo de 1897 se había establecido la existencia de 5,2 millones de judíos en el Imperio ruso. A diferencia de otros grupos de volumen semejante, no constituían mayoría en ningún territorio extenso, y por esta misma razón algunos marxistas se resistían a clasificar a los judíos como nación. Entre la religión oficial y las polaridades nacionales se encontraba un amplio número de personas que había abandonado la religión pero que a ojos de otras seguían pareciendo culturalmente judías. Algunas seguían hábitos de alimentación *kosher*. En otros casos estas personas ingerían platos gentiles, pero se pensaba de ellas que eran típicamente judías por sus actitudes sociales, por su acento o incluso por su humor o ingenio. No había consenso sobre lo que definía a un judío. Para responder a eso ni siquiera los judíos se ponían de acuerdo.

Trotsky quería gastar el menor tiempo posible en la «cuestión judía». Cuando rellenaba formularios oficiales del partido ponía «judío» como

nacionalidad[1]. En su autobiografía, publicada en 1930, no se ocultaba en modo alguno que había nacido y se había criado como judío. Según su propia forma de verlo, había dejado de ser judío en cualquier sentido importante porque el marxismo había convertido en cenizas los fortuitos residuos de sus orígenes. Se consideraba, primero y ante todo, un revolucionario marxista. Su ascendencia, insistía, era un asunto que para él carecía de importancia.

Decía de sí mismo que era un internacionalista. Era una manera de decir que era un supranacionalista sin ningún deseo de adquirir una nueva identidad nacional. Aunque se había convertido en rusohablante y hablaba lenguas europeas con marcado acento ruso, no era un ruso, ni siquiera ucraniano, excepto por accidente geográfico. Por orientación política y cultural era un cosmopolita. Su aprendizaje se había ido forjando en los valores de la nueva Rusia que se desarrollaba en las postrimerías del siglo XIX, y esos valores eran los del progreso, la instrucción y la ciencia. Nacido en la Ucrania meridional, no sentía impulsos de buscar la compañía de sus habitantes. Detestaba la sociedad ucraniana que había conocido, con sus terratenientes, capitalistas y administradores imperiales. Quería una nueva Ucrania lo mismo que una nueva Rusia, una nueva Europa y un nuevo mundo. Toda su experiencia en los Balcanes le había convencido de que las preocupaciones por la nacionalidad implicaban un peligro mortal para el género humano. El marxismo proporcionaba el prisma ideológico que le ayudaba a predecir cómo sería el mundo bajo el socialismo. Los viejos valores, los viejos hábitos, las antiguas fidelidades, todo eso desaparecería. Trotsky no quería vivir como el hijo de un judío, del mismo modo que tampoco quería que le consideraran el hijo de un próspero hacendado. Aspiraba a la ciudadanía de una comunidad global perfecta en la que todos los rastros de prejuicio y privilegio iban a verse sustituidos por la política del beneficio universal.

Sólo encontró tiempo para explicar su postura en 1934, cuando le presionaron para que lo hiciera unos camaradas de la Liga Comunista en Estados Unidos:

> No entiendo por qué se me tiene que considerar un «asimilador». Generalmente no entiendo qué significado tiene una palabra como ésta. Soy, como bien se sabe, opuesto al sionismo y todas las formas de autoaislamiento semejantes por parte de los trabajadores judíos. A los

> trabajadores judíos de Francia les insto a ser más conscientes de los problemas de la vida francesa y de la clase obrera francesa. Sin esto resulta difícil participar en el movimiento de la clase obrera del país en el que están siendo explotados. Como el proletariado judío se extiende por diferentes países es necesario que el trabajador judío luche por conocer, además de su propia lengua, la lengua de otros países como un arma de la lucha de clases. ¿Qué tiene esto que ver con la «asimilación[2]»?

Esta actitud conformó su pensamiento durante toda su vida pública. La tarea de los marxistas, creía, era exponer las iniquidades del nacionalismo y de la religión. Él se presentaba como socialista, internacionalista y ateo.

El rechazo del judaísmo por parte de Trotsky no implicaba en absoluto que rehuyera a los individuos judíos. Inconscientemente o no, entre sus camaradas más cercanos abundaban: Axelrod era un amigo y confidente con aires paternos; Deich era un admirado veterano e infatigable escapista; Parvus fue su mentor durante varios años; Mártov fue su asociado durante un tiempo y Ioffe fue un amigo duradero. Todos ellos repudiaban su religión. Lo mismo ocurría con los amigos de Trotsky en Europa, en donde su asociación con Kautsky y Luxemburg en el Partido Socialdemócrata de Alemania se basaba en consideraciones políticas: su educación como judíos era a su parecer irrelevante. En el Partido Socialdemócrata de Austria estaban Victor y Friedrich Adler, y también, naturalmente, sus otros compañeros en Viena, como el psicoanalista Alfred Adler y el *émigré* Semion Klyachko. Todos eran de familia judía, pero ninguno quería que se le conociera sobre todo o para nada como judío. Pensaban y actuaban como ciudadanos del mundo entero. Se trataba de una tendencia cada vez más común en el cambio de siglo, tanto en cultura y ciencia como en política, y los intelectuales judíos eran los primeros en seguirla.

Trotsky también tenía compañeros que eran cosmopolitas sin ser judíos. El búlgaro Khristian Rakovski era un ejemplo. Tras la muerte de Ioffe en 1927, Trotsky le veneraría como su mejor amigo. Más aún: Trotsky tenía montones de asociados en el Partido Socialdemócrata de Alemania sin ningún rastro judío entre sus antepasados. Era amigo de Karl Liebknecht, y hablaba mucho con August Bebel. Sus intereses intelectuales eran europeos. Natalia, con su interés en el arte francés lo había fomentado, y él se había sumergido en los clásicos literarios europeos cuando vivía como *émigré* en Suiza, Alemania y Austria. No había rastro de judaísmo en el estilo de vida adulto de Trotsky. Muchos judíos

secularizados continuaron observando las prohibiciones religiosas de comida y celebraban las festividades tradicionales. Trotsky no. Es cierto que un rabino les había asistido, a él y a Alexandra Sokolovskaya, para casarles[3]. Pero en aquel entonces no habían tenido más remedio si querían vivir juntos en el exilio siberiano. La ley imperial no reconocía las bodas civiles, y como él no se había convertido al cristianismo tenía que casarse de conformidad con los usos del judaísmo.

Después de cumplir con esta formalidad volvió a su código antirreligioso. En las pocas ocasiones en que citaba frases de la Biblia recurría con mayor asiduidad al Nuevo Testamento (como cuando escribió: «¡Ve y no peques más!»[4]). De cualquier modo, su segunda mujer, Natalia, no era judía; y sus dos hijas con Alexandra, lo mismo que sus dos hijos con Natalia, llevaban nombres que no se asociaban con el judaísmo. Para su primer hijo, en lugar de llamarlo como el padre de Trotsky, él y Natalia escogieron el nombre de Serguéi.

En el Imperio ruso había muchos judíos como Trotsky que se habían beneficiado de una educación en humanidades y ciencias más amplia que la accesible en las escuelas religiosas judías. Como muchos jóvenes brillantes, se deleitó en la liberación cultural que esto posibilitaba. Era desenvuelto en su inteligencia, directo en sus opiniones. Nadie podía intimidarle. Trotsky poseía estas características en un mayor grado que muchos otros judíos emancipados de las tradiciones de su comunidad religiosa y de las restricciones del orden imperial. Manifiestamente era un individuo de talento excepcional. Pero estaba lejos de ser el único judío que disfrutaba de oportunidades para el progreso personal público. En años posteriores iban a representar un modelo para la juventud judía a seguir en el movimiento comunista mundial, cuando, como comunistas de todas las nacionalidades, hablaban alto y escribían duramente sin pensar en las sensibilidades de las demás personas. Resulta difícil en el caso de Trotsky llegar a la conclusión de que sufriera el síndrome de autoodio del judío. El odio no tenía nada que ver. Estaba demasiado encantado consigo y con su vida como para que su ascendencia le preocupara.

Trotsky fue uno de las decenas de miles de judíos educados del Imperio ruso que por fin podían hacerse valer en situaciones que para sus padres habrían implicado hacer mil reverencias ante los círculos oficiales gentiles. Los jóvenes y ambiciosos disponían de dos caminos hacia la prominencia. Uno era legal, y el otro, ilegal. Lo mismo que en el resto de Europa, los judíos podían establecerse

por su cuenta profesional y artísticamente. Un gran número de los principales médicos y abogados del Imperio ruso provenían de la zona de asentamiento. Las artes y las ciencias también crecían con la contribución judía. El segundo camino era unirse a partidos revolucionarios en los que los judíos constituían un elemento desproporcionado. A los chicos y las chicas judíos, educados en los rigores de la Torá, las complejidades marxistas les resultaban familiares como una ortodoxia secular. Las disputas por sutilezas eran comunes en el marxismo y en el judaísmo, como lo eran también en el protestantismo. Las rivalidades sectarias eran una característica de la vida en el *shtehl*. La fe en un futuro perfecto, que antes era exclusivamente un fenómeno religioso, entró en el movimiento socialista radical.

Los camaradas judíos a los que Trotsky desdeñaba eran los que enfatizaban su judaísmo, y los bundistas constituían el mejor ejemplo. Habló contra ellos en el II Congreso del partido en 1903. También atacó al sionismo, que ya iba ganando adeptos en la zona de asentamiento al tiempo que aumentaban los pogromos antisemitas. Para Trotsky, el sionista era gemelo del bundista. En 1904 escribió un artículo para *Iskra* sobre «La disolución del sionismo y sus posibles sucesores». Se trataba de la crítica más detallada escrita por Trotsky sobre el separatismo político judío. Ridiculizaba al líder sionista Theodore Herzl por hacer campaña a favor de una patria en África para los judíos de Europa y de otras partes del mundo. El plan era más serio de lo que Trotsky quiso reconocer. El gobierno británico le había hecho esta propuesta a Herzl, y durante un tiempo pareció que existía alguna posibilidad de que pudiera conseguirse. Tal como Trotsky preveía, no llegó a concretarse nada[5]. Sin embargo, se equivocaba al asumir que el mismo sionismo iba a extinguirse pronto. Como la mayoría de observadores de aquel tiempo, le resultaba imposible imaginar un futuro en el que las mayores potencias del mundo aprobaran la fundación del Estado de Israel en Oriente Próximo.

Las complejidades de las ideas del Bund carecían de interés para Trotsky. Pasaba completamente por alto el hecho de que incluso los bundistas —o al menos sus líderes— eran ateos confesos, a diferencia de la gran mayoría de judíos del Imperio ruso o de otros lugares en esos tiempos. Lo que le preocupaba de los bundistas era el deseo de sus miembros de mantener una autoconciencia judía. A Trotsky le disgustaba la autoidentificación nacional entre socialistas de cualquier clase. Criticaba esta tendencia en sus camaradas austriacos y serbios, y

arremetería contra los socialdemócratas alemanes por esta misma razón en 1914, cuando votaron los presupuestos de guerra de su gobierno. Tratándose de la cuestión judía, por otra parte, prefería ser el atacante de los demás más que iniciador de propuestas positivas. Castigaba al gobierno imperial por su supuesta complicidad en los pogromos. También se enfrentó a Piotr Struve por negar que los judíos tuvieran derecho alguno a que se les reconociera como grupo nacional[6]. Pero luego no prosiguió con el examen de qué constituía una nación y de cómo contribuían a ello el territorio, las creencias y la tradición. Nunca respondió a estas preguntas, porque tampoco nadie se lo preguntó nunca. Tampoco le atrajo la propuesta del Bloque de Agosto de ofrecer a los judíos «autonomía nacional-cultural». Ni aprobaba ni se oponía a las nociones de autonomía, sino que evitaba la discusión. No le disgustaban los judíos como tales, pero sentía que la reafirmación nacional y étnica no era capaz de resolver los problemas fundamentales del mundo.

En cualquier caso profetizaba que los sionistas de izquierdas desengañados se volverían hacia el Bund. Esos judíos por lo menos buscarían su salvación en la revolución más que en la huida, y esperaba que se los pudiera atraer hacia el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Pero aunque el Bund luchaba contra el sionismo, sus ideas, en opinión de Trotsky, estaban mediatizadas por el nacionalismo. Y eso, en su opinión, no era una manera deseable de derrocar a la monarquía y encontrar una sociedad mejor. Trotsky veía que el Bund tomaba el mismo camino que el Partido Socialista Polaco de Jósef Piłsudski cuando juzgaba a las personas fundamentalmente por su origen nacional[7]. Sin embargo, por razones tácticas tenía que relacionarse con el Bund si el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia acababa por unificarse, de modo que se contuvo de expresar una abierta hostilidad. Todas las fracciones, y también los bolcheviques de Lenin, aceptaban a los bundistas como una sección integral del partido en el IV Congreso de 1906 (tras su salida del II Congreso de 1903). En sus tratos con el Bund lo ignoraba, por mucho que los bundistas gozaran de un reconocimiento oficial como camaradas del partido. Su opinión sobre ellos no había cambiado. Para Trotsky siempre habían constituido una amenaza al objetivo del socialismo universal.

El Bund había ejercido influencia política entre las revoluciones de febrero y octubre de 1917. Su líder Mark Liber estaba muy involucrado en la coalición socialista que dominó los sóviets hasta que los bolcheviques tomaron el poder.

Los judíos gozaban de una gran representación en cada uno de los partidos revolucionarios —Fiódor Dan y Yuli Mártov eran líderes mencheviques, mientras que Abram Cots estaba en primera fila con los socialistas-revolucionarios—. Parecería que durante un tiempo la cuestión judía había dejado de ser un problema en la política rusa.

En la esfera religiosa judía, sin embargo, existía preocupación sobre el número de judíos entre los dirigentes del movimiento revolucionario. Pensaban que eso podría representar un perjuicio para ellos en general por cuanto realimentaba los argumentos de las viejas tradiciones antisemíticas. Se envió una delegación a Trotsky en Petrogrado para intentar disuadirle de cualquier compromiso con los bolcheviques. Él escuchó con atención y, según una versión posterior, respondió aproximadamente esto: «No tengo la culpa de haber nacido en el interior de una piel judía. Los trabajadores me son más queridos que todos los judíos. Y si por el bien de la humanidad se hiciera necesario que alguna de estas partes pereciera, entonces no pondría objeciones a que esa parte fuese el pueblo judío en Rusia.»[8] La verdad es que no parece el tipo de afirmación propio de Trotsky. Él estaba en general a favor de permitir que todos y cada uno de los grupos nacionales prosiguieran con sus tradiciones sin ser perseguidos, siempre que se conformaran al orden político comunista, y se mostraba de acuerdo con los esfuerzos del gobierno soviético para que la gente pudiera aprender en escuelas y disponer de periódicos en sus propias lenguas. También apoyaba las medidas para reclutar a hombres y mujeres jóvenes de cada grupo nacional a los que después había que proporcionar una formación ideológica y luego promocionarlos a cargos públicos. En este asunto no mencionó nunca a los judíos, pero éstos quedaban dentro del ámbito de la política oficial para ganarse las simpatías de los no-rusos.

En Moscú el rabino Maze bromeaba: «Liev Davídovich es el que firma la hipoteca, pero es Leiba Bronstein quien tiene que pagarla.»[9] El clérigo se refería a los millones de personas de observancia judía que se mantenían fieles a su fe y que obedecían diligentemente a las autoridades seculares. Así había sido durante siglos. Y luego habían venido los revolucionarios, y entre ellos muchos judíos que prometían construir una nueva sociedad sin aportar los recursos materiales.

Trotsky entendía las preocupaciones de Maze, aunque ignorara el sentido general del consejo. Su rechazo a hacerse cargo del Comisariado Popular de

Asuntos Internos no iba a ser la última ocasión en que hacía referencia a sus orígenes judíos al responder a alguna propuesta para un cargo. En 1918 tuvo que luchar, sin éxito, contra su nombramiento como comisario del pueblo para Asuntos Militares. También rechazaría la propuesta de Lenin de reemplazarlo en el gobierno en 1922. En las tres ocasiones adujo que dado su origen judío era inapropiado que aceptara el nombramiento. Intentó asegurarse con insistencia de que los judíos no gozaban de privilegios en la guerra civil en ciernes. Su grado de formación humanística y científica era más alto que el del resto de la sociedad, y por tanto lo tenían más fácil para encontrar empleo en la administración soviética. Trotsky pensaba que esto no podía ser bueno para la popularidad del estado soviético, y quería que formaran en mayor número en las filas del Ejército Rojo para acallar la creencia popular según la cual ellos se dedicaban a mandar mientras los rusos se dedicaban a morir. El mando del partido se identificaba ampliamente como un grupo judío. Trotsky continuó creyendo que su propia preeminencia en el gobierno, en el partido y en el ejército resultaba dañina para la causa revolucionaria. Una vez concluida la guerra civil dijo a la dirección comunista: «Y bien, camaradas, después de todo el trabajo que hice en esta área, puedo decir con toda confianza que *tenía razón*.»[10]

La creencia según la cual los judíos dominaban el partido bolchevique estaba muy extendida. De hecho, entre los bolcheviques diversas minorías nacionales tenían una muy buena representación. Stalin era georgiano, Félix Dzerzhinski, polaco, y Stepan Shaumian era armenio. Los pueblos bálticos —en particular los letonios y los lituanos— también proporcionaban figuras prominentes. Líderes como éstos se habían formado añadiendo una dimensión étnica o nacional a su resentimiento contra el orden imperial antes de 1917. Pero eran los judíos los que atraían los comentarios más injuriosos, y es comprensible que Trotsky concentrara su preocupación en este aspecto.

Los carteles contrarrevolucionarios eran judeófobos por sistema. Un retrato bien conocido lo representa agazapado como una bestia dispuesta a saltar sobre su víctima. Al fondo, los rusos corrientes que sufrían por los efectos de sus políticas. En el cielo, un color chillón. Las calles se teñían del rojo de la sangre. En otro cartel Trotsky dirigía un cuerpo de comisarios con apariencia de chinos. Estas imágenes pretendían mostrar que la Revolución de Octubre dañaba los intereses de Rusia y de su gente. El comandante antisoviético Alexéi Caledin

soliviantó a sus tropas diciendo que los dirigentes bolcheviques no eran rusos, sino judíos, y Lenin y Trotsky encabezaban su lista de enemigos a destruir[11]. Ambos eran sinónimos de orden comunista[12]. Una carta anónima a las autoridades soviéticas decía así:

> ¿Se han quedado ciegos y no pueden ver quién está dirigiendo Rusia? […] Trotsky, Sverdlov, Zinoviev y otros: todos judíos de pura cepa que se han puesto nombres rusos para intentar engañar a los rusos. Trotsky se llama Bronstein, Zinoviev en realidad es Liberman, y así todos. Y son ustedes los que prefieren al perro Bronstein —Trotsky— antes que al zar ortodoxo.

Quien escribe esto acababa proclamando que había llegado el tiempo del Anticristo[13].

Trotsky nunca dio a los anticomunistas el placer de mostrar su irritación, sino que actuó con firmeza contra todas las formas de discriminación contra los judíos. Su posición aparece en un artículo que escribió para *Izvestiya* («Noticias») en octubre de 1918: «El antisemitismo es no sólo un odio hacia lo judío, sino también una cobardía ante lo judío». Con esto señalaba que a los antisemitas vengativos lo que les asustaba era tener que competir con los judíos en la vida pública. Trotsky negaba que los judíos fueran un pueblo de talento especial. Justificaba su prominencia en la política con una explicación de lo más mundana. Los judíos eran de manera predominante residentes urbanos, y en las ciudades había prosperado más que en ningún otro sitio la oposición a la monarquía de los Románov. Por tanto era lógico que entre los judíos fuera mayor la proporción demográfica de revolucionarios en el Imperio ruso[14].

Durante varios años eso fue lo único que quiso decir sobre la cuestión judía. La situación empezaría a cambiar cuando estalló en 1923 la lucha fraccional entre Trotsky y Stalin. Si la disputa en el escenario público era feroz, las maquinaciones entre bambalinas eran incluso peores. El grupo más influyente en la dirección del partido contaba con el apoyo de militantes que llamaron la atención sobre los orígenes judíos de Trotsky. En marzo de 1926 Trotsky escribía a Bujarin, a quien veía como más tratable dentro del círculo próximo a Stalin. (Aun así, Trotsky se sentía incómodo al tocar el tema judío y no le dictó el texto a ningún taquígrafo). Le había llamado la atención que se hicieran habituales los

comentarios antisemitas en las reuniones de las células del partido. Por lo visto alguien había dicho: «Los perros judíos están armando bronca en el Politburó [un subcomité interno del Comité Central].» En un ambiente así era difícil para los bolcheviques decentes hablar en contra del antisemitismo. Apelaba a Bujarin, su enemigo fraccional, para que interviniera e insistiera en la limpieza de los métodos en la disputa política[15]. Se diría que no le pareció útil escribirle a Stalin sobre el mismo tema. Quizá pensara que sería una pérdida de tiempo. De hecho, el mismo Stalin tenía un colaborador judío en la persona de Lázar Kaganovich, pero no veía que los judíos de clase obrera como él amenazaran sus planes para la URSS (la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, un sistema supuestamente «federal»). Los intelectuales judíos díscolos eran un asunto aparte, sobre todo uno como Trotsky, que luchaba contra él por el poder. Stalin no quiso ocuparse de los brotes de antisemitismo, que de hecho le ayudaron a derrotar a su antagonista.

De todos modos Trotsky continuó insistiendo en que la cuestión cardinal del momento no era la nación sino el socialismo. No elogiaba a los rusos, y en escasas ocasiones se refirió a Rusia con ese nombre. Era una actitud común entre los dirigentes bolcheviques, incluso aquellos que habían sido educados como judíos. La única figura en el Comité Central que se inclinaba por distinguir con favores al pueblo ruso fue Stalin[16]. Sólo lo hizo de un modo muy cauto en la década de 1920, y fue sobre todo en la siguiente cuando colocó a los rusos en el pedestal de principal nación de la URSS. Stalin, un georgiano, trataba en cierto modo de compensar políticamente el hecho de que él no fuera ruso. Trotsky, en cambio, siguió siendo un vigoroso internacionalista. Escribía sin cesar sobre la necesidad de una revolución en Europa y Asia. No se puede decir que fuera una postura poco corriente en los primeros años que siguieron a la Revolución de Octubre, pero Trotsky la mantuvo con remarcable firmeza. Lenin comentaba con cierta frecuencia la gran altura de la cultura alemana; a veces daba la impresión, por lo que decía, de que la revolución bolchevique en Rusia se tambalearía si no contaba con el apoyo de una administración revolucionaria fraternal en Alemania[17]. En Trotsky no se da semejante actitud. Permaneció contrario tanto a ensalzar como a denostar las cualidades de pueblos en particular, y creía que ésta era la actitud correcta de un marxista.

Es cierto que identificaba el retraso cultural ruso, especialmente entre el campesinado, como un freno para la transformación socialista. Constantemente

llamaba la atención sobre la necesidad de modernizar la sociedad rusa por enero[18]. Al mismo tiempo le gustaban los clásicos de la literatura rusa. Pero también le gustaban las novelas francesas, era un admirador de Ibsen y se quedó impresionado con Nietzsche. A todos ellos los destacaba como ejemplos de la cultura contemporánea.

Con el curso de los años refinó las actitudes, pero sin variar nunca de punto de vista. Quería lo mejor para todas las naciones de la URSS, entre ellas la de los judíos, y creía que esto sólo era alcanzable guiándolas hacia el socialismo, el internacionalismo y el ateísmo. Ni en una sola ocasión señaló a los judíos como un pueblo con necesidades específicas. Sólo tras la llegada al poder de Hitler en la década de 1930 llegó a la conclusión de que había que diseñar un conjunto específico de medidas para evitar la extinción del pueblo judío.

9

Brest-Litovsk

A partir de diciembre de 1917 Trotsky se movía como la lanzadera de un telar entre Brest-Litovsk y la capital rusa. En Brest-Litovsk continuó desempeñando el papel de hombre de estado despreocupado y seguro de sí mismo, mientras que en el Comité Central de Petrogrado ponía al descubierto el peligro inminente de las Potencias Centrales. Impuso el orden y la disciplina en las conversaciones diplomáticas. Todo el mundo entendió quién ejercía la autoridad entre los rusos.

> En mi calidad de presidente de la delegación soviética decidí romper abiertamente con todas aquellas relaciones familiares que insensiblemente se habían ido tejiendo allí en torno a nosotros desde el comienzo. Di a entender por medio de nuestros agregados militares que no era mi intención presentarme al príncipe de Baviera. Se dieron por enterados. Además, exigí que se nos sirviese la comida aparte, alegando como razón la necesidad de aprovechar los momentos de sobremesa para cambiar impresiones. También a esto accedieron tácitamente[1].

Trotsky pronto se había hecho una composición de lugar de las relaciones de poder entre los representantes de las Potencias Centrales. El conde Ottokar Czernin, ministro de Asuntos Exteriores austriaco, recibía órdenes del secretario de estado alemán para Asunto Exteriores, Richard von Kühlmann. Y, sin embargo, éste tenía una posición débil respecto al general Hoffmann… Y Hoffmann, a su vez, no era más que el mero representante de sus amos en el alto mando alemán del frente occidental, Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff. Trotsky seguía riéndose entre dientes de todo esto mucho después de 1918; le gustaba explicar los fingimientos formales, pues sabía que tras la pantalla de la etiqueta estaba el poder desnudo de las fuerzas armadas, que era en definitiva el que decidía lo que ordenaban los ministros, diplomáticos e incluso los

emperadores[2].

Con el cambio de año las Potencias Centrales presentaron un ultimátum. Se le acababa el tiempo a la elocuencia de Trotsky, y los bolcheviques se veían confrontados a una elección: o firmaban la paz por separado, con lo que sacaban a Rusia de la Gran Guerra, o las fuerzas alemanas recibirían la orden de sobrepasar la línea del armisticio. A Trotsky no le quedaba ninguna duda de que los alemanes no se detendrían hasta la caída de Moscú y de Petrogrado. Los logros de la Revolución de Octubre quedarían enterrados.

La autoridad de la administración soviética nunca había sido más débil. En noviembre de 1917 la elecciones a la Asamblea Constituyente no dieron la mayoría a ningún partido, pero el Partido de los Socialistas Revolucionarios fue el que obtuvo más escaños. Esto constituía un rechazo del Sovnarkom, porque los bolcheviques se aseguraron sólo una cuarta parte de los votos. Los Socialistas Revolucionarios de Izquierda, por su parte, habían roto con Chernov y con los socialistas-revolucionarios para poder unirse al Sovnarkom. Pero esta separación entre las dos partes en conflicto llegó demasiado tarde como para que se pudieran presentar a las elecciones con candidatos separados. El electorado no tuvo la oportunidad de distinguir entre las alas derecha e izquierda del viejo Partido de los Socialistas Revolucionarios. De cualquier modo la coalición de bolcheviques y Socialistas Revolucionarios de Izquierda no tenía ninguna intención de abandonar el poder, y suprimió por la fuerza la Asamblea Constituyente el 6 de enero de 1918. Se criticaba a las autoridades soviéticas porque no lograban la recuperación económica. Los campesinos abandonaban los mercados urbanos. Los suministros de alimentos desaparecían. Los trabajadores de fábricas y minas también se resentían del colapso en la producción industrial y temían el desempleo masivo. Los sóviets locales recurrieron a requisar el grano, con lo que se acentuaron los choques con los campesinos. Los trabajadores cada vez estaban más atentos a lo que les decían los mencheviques. Los bolcheviques habían hecho la Revolución de Octubre en la confianza de que continuaría aumentando su apoyo entre la clase obrera y el campesinado. En el invierno de 1917-1918 el desencanto era grande.

Trotsky había acudido a las negociaciones de Brest-Litovsk con la expectativa de que Lenin estuviera de acuerdo en que la coalición de bolcheviques y Socialistas Revolucionarios de Izquierda tenía que rechazar cualquier cesión. Pero Lenin estaba reconsiderando su postura. Reconocía que el

ejército ruso había dejado de existir como fuerza de combate. Los campesinos habían abandonado en uniforme las trincheras y habían corrido a casa para conseguir una parte de la tierra que se estaba redistribuyendo. De hecho, los bolcheviques habían favorecido el fenómeno, pues habían organizado una comisión desmovilizadora. Ninguna evidencia probaba que existiera un deseo popular de reemprender la guerra: los rusos estaban hartos del conflicto. Querían la paz, y pensaban que eso precisamente era lo que les prometía el decreto de Lenin sobre la paz. Lenin entendía todo eso. Sus conclusiones no dejaban lugar a dudas: el conflicto armado con Alemania era una imposibilidad práctica. La idea de que el Sovnarkom tendría que ceder ante las condiciones de las Potencias Centrales se iba formando en su cabeza, pero se lo reservaba para sí. Su problema era que los dos partidos de la coalición se habían comprometido a hacer una «guerra revolucionaria» si la paz no llegaba tras el establecimiento de gobiernos socialistas en Europa. Sólo unos cuantos bolcheviques —Kámenev, Zinoviev y Stalin— se habían mostrado en alguna ocasión escépticos sobre la inminencia de la «revolución socialista europea».

La mayoría de líderes bolcheviques, y entre ellos Trotsky, pensaban que una paz por separado con las Potencias Centrales era una concesión intolerable al imperialismo capitalista. En sus pronunciamientos públicos Trotsky consideraba una cuestión de principios que el gobierno no debería firmar una paz por separado con las Potencias Centrales. Disfrazaba su aceptación de que la seguridad soviética no era posible en esos momentos sin una ayuda externa. Antes de unirse a las negociaciones de Brest-Litovsk se había relacionado regularmente con representantes de los Aliados occidentales con la vista puesta en la preservación de las oportunidades de ayuda militar que le brindaban Gran Bretaña y Francia en caso de una invasión alemana, y permaneció fiel a esa postura en el verano de 1918[3]. Durante años sostuvo que el imperialismo «anglo-francés» era tan malo como el de las variedades alemana o austriaca y rechazaba formalizar cualquier clase de acuerdo con los gobiernos de Londres y París, aunque no implicara un tratado de paz. Lenin tenía razón cuando le parecía percibir un tufillo radical en las posturas de Trotsky durante esos meses.

El Comité Central bolchevique se convirtió en el escenario de un debate abierto sobre la guerra y la paz. Los Socialistas Revolucionarios de Izquierda ni siquiera querían involucrarse en esa disputa, puesto que su partido rechazaba de plano acceder a las condiciones de las Potencias Centrales. Sólo los

bolcheviques pensaban que tal debate sí existía, por la insistencia que Lenin había puesto en el asunto. Tras la disolución de la Asamblea Constituyente se aceptó que el Comité Central tenía que reorganizarse. Sus miembros tenían que atender continuamente a sus funciones públicas. También se daba un factor geográfico. La amenaza militar alemana hacía más razonable desplazar la capitalidad de Petrogrado a Moscú, dejando en la ciudad del Báltico a un núcleo de líderes del partido bajo la dirección de Zinoviev. Se escogió un departamento restringido que agrupaba a Lenin, Stalin, Sverdlov, Sokolnikov y Trotsky y que operaría en Moscú. El único de sus miembros que no estaría continuamente en su puesto sería Trotsky, pues tendría que desplazarse continuamente a Brest-Litovsk[4]. El hecho de que le incluyeran en el departamento interno a pesar de esta circunstancia habla mucho de su importancia en el partido. Y también era un reflejo de las prioridades del bolchevismo en esos momentos. La cuestión de la guerra y la paz lo dominaba todo. Hasta tal punto fue así que el departamento restringido no funcionó. Todos y cada uno de los miembros del Comité Central bolchevique querían la oportunidad de participar en el debate sobre la guerra y la paz.

Lenin expuso sus argumentos al Comité Central el 11 de enero de 1918, y dijo que el intento de una «guerra revolucionaria» sería la sentencia de muerte para la Revolución de Octubre. La única consecuencia posible sería una ocupación militar por parte de Alemania. Él, que no se arrugaba ante las decisiones audaces, les dijo a sus camaradas que pensaran en lo impensable y que aceptaran las condiciones de Alemania antes de que pudieran empeorar todavía más. Estaba dispuesto a reconsiderarlo si la situación política en Centroeuropa cambiaba de pronto, pues seguía creyendo en la inminencia de levantamientos proletarios en Berlín y Viena. De modo que si en Alemania se vivía una rebelión el deber de los bolcheviques sería proporcionarles todo el apoyo militar posible[5]. Trotsky no podía creer lo que estaba oyendo. Su compañero en la toma del poder en Rusia estaba intentando por su cuenta romper la planificación de contingencias del gobierno y del partido. Lenin, el que se oponía al compromiso antes de octubre de 1917, proponía que se rindieran a uno de los grandes poderes imperialistas de Europa. Después de 1903 él y Trotsky habían sido enemigos durante varios años. Hasta mediados de 1917 no se habían reconciliado políticamente. Llevaban tres meses cooperando codo con codo en el Sovnarkom. Y de pronto volvían a pelearse, y en esa ocasión no

tenía nada que ver con los métodos, ni con la personalidad. Lenin y Trotsky estaban enzarzados en una disputa sobre la sustancia de la política gubernamental.

Trotsky había visto las trincheras vacías en el frente oriental, y sabía que la Rusia soviética no podía luchar contra nadie. Pero firmar una paz con las Potencias Centrales era ir demasiado lejos. Era partidario de la táctica de declarar que el gobierno soviético ni iba a hacer la guerra ni iba a firmar la paz. Se trataba de utilizar esta maniobra para retrasar una ofensiva alemana. Entretanto, quería intensificar la propaganda bolchevique en Alemania, y por último esperaba poder animar a los socialistas radicales para que llevaran a cabo un levantamiento socialista en Berlín[6].

La postura que adoptó estaba a medio camino entre Lenin y la izquierda bolchevique. Bujarin estaba a favor de una guerra total contra la Alemania imperial. Él y los llamados Comunistas de Izquierda preferían acabar luchando antes que faltar a su compromiso internacionalista, y se mostraban descontentos de que Lenin, el líder que les había engatusado para la toma de poder en Petrogrado, propusiera esa fórmula de compromiso intolerable. La siguiente opción, más deseable para ellos, fue la táctica que propuso Trotsky para que los hechos se desarrollaran, y la votación le favoreció. Lenin tenía muy pocos partidarios. Uno era Stalin, que sostenía que no había ninguna evidencia fiable de revolución en ciernes en Occidente. Zinoviev añadió que a Kühlman le traerían sin cuidado las sutilezas de las tácticas de Trotsky, y que de cualquier modo deseaba que todo el asunto se votara en plebiscito. Las intervenciones de Stalin y Zinoviev no tranquilizaron mucho a Lenin. Se distanció del escepticismo que Stalin mostraba hacia la revolución socialista europea, y las propuestas de plebiscito también le impacientaban. Trotsky pidió una decisión sobre la guerra revolucionaria: sólo dos votaron a favor; los otros once, con una abstención, votaron en contra. Lenin pidió entonces que se pronunciaran sobre la prolongación de las negociaciones. El debate se resolvió con doce votos a favor y uno en contra. De este modo se confirmaba la política de «ni guerra ni paz» de Trotsky. No era el resultado que Lenin había deseado, pero por lo menos para él se trataba de una decisión mejor que ir a la guerra.

Una vez en Brest-Litovsk, Trotsky no podía seguir defendiendo su política. Lenin era muy persuasivo a la hora de discutir, y tenía acceso constante al Comité Central y a su secretariado. El ultimátum alemán atemorizó a los líderes

bolcheviques y Socialistas Revolucionarios de Izquierda, que siempre habían asumido que la Revolución de Octubre necesitaría de mucha suerte para sobrevivir. Ellos y sus familias vivían con las maletas hechas por si tenían que salir corriendo. Las cuestiones de seguridad internacional adquirieron una gran importancia para los soviéticos. Gueorgi Chicherin fue nombrado suplente de Trotsky el 29 de enero de 1918 para posibilitar la buena marcha diplomática en ausencia de Trotsky e Ioffe: el Comisariado del Pueblo se había desplazado por fin a la primera línea de las actividades gubenamentales[7]. Lenin, ayudado por el secretariado del Comité Central, se comunicó con el resto del partido para insistir en su causa a favor de negociar la paz por separado. Los Comunistas de Izquierda intentaban convocar apoyos en las organizaciones provinciales del partido para la «guerra revolucionaria», pero obtuvieron poco éxito entre los trabajadores industriales. La campaña de Lenin ganaba continuamente adeptos en el Partido Bolchevique. Entre los Socialistas Revolucionarios de Izquierda se veía de otra manera, pues ninguno de sus dirigentes o militantes estaba dispuesto a tolerar un acuerdo con las Potencias Centrales. Pero los que contaban eran los bolcheviques, y su Comité Central sería quien tomara la última decisión sobre la paz y la guerra.

Los bolcheviques habían insistido en que darían comienzo a una «guerra revolucionaria» si la clase obrera alemana, por alguna razón imprevista, no acabara por levantarse contra su gobierno. Ésta había sido la opción que Lenin había mantenido públicamente una y otra vez hasta finales de 1917. No ocultaba su desagrado por firmar un acuerdo con las Potencias Centrales: sería una «paz obscena» con el imperialismo alemán. Seguía teniendo el firme convencimiento de que el proletariado europeo acabaría, tarde o temprano, derrocando al capitalismo, y expresaba su voluntad de abandonar las negociaciones diplomáticas si se producía una insurrección. Pero provocar la invasión alemana equivalía a dar por perdida la Revolución de Octubre, y a eso no estaba dispuesto.

Trotsky sabía tan bien como Lenin que el Sovnarkom sería destruido en caso de guerra con las Potencias Centrales. En sus viajes regulares entre Petrogrado y Brest-Litovsk podía ver con sus propios ojos lo indefenso que había quedado el país. Si los bolcheviques eran realistas no podían concebir la reunión de un ejército contra las Potencias Centrales, ni pensar en la victoria como resultado de tal conflicto. Por tanto, Trotsky no aceptaba ninguna otra opción que alargar las

negociaciones en Brest-Litovsk. Cada vez se sentía más cómodo en su papel de estadista internacional. Se había acostumbrado a rentabilizar su tiempo de trabajo. Después de tantos años de escribir sus cartas a mano, en esos días las dictaba a taquígrafos[8]. Pero en Brest-Litovsk los alemanes y austriacos le veían como un advenedizo que no ocultaba la devoción de su partido a la causa de la revolución internacional. Si las Potencias Centrales querían derrotar a británicos y franceses se hacía necesaria una ofensiva en el frente occidental, antes de que los americanos irrumpieran en Europa. Como Trotsky mismo podía comprobar, los negociadores alemanes estaban perdiendo la paciencia con su rechazo a determinar si Rusia iba a luchar o bien se inclinaba por la paz. La pirotecnia verbal no iba a contener para siempre los planes de invasión alemanes.

Ni siquiera Bujarin pensaba que pudiera librarse una guerra revolucionaria. En el primer gran debate en el Comité Central apoyó por tanto la maniobra diplomática de Trotsky hasta que llegara el momento en que los alemanes llevaran a cabo su ofensiva[9]. Esto molestó un tanto a Trotsky:

> Ciertamente en el momento presente la cuestión está en la correlación de fuerzas. Lo mismo da que participemos activamente en la guerra imperialista o que nos abstengamos de actuar: seguiremos tomando parte en la guerra. Por tanto, tenemos que considerar lo que es más ventajoso para nosotros. Simplemente es utópico convertir en militares a todas nuestras fuerzas. En consecuencia, la cuestión de una guerra revolucionaria no es realista. El ejército tiene que disolverse, pero la disolución del ejército no equivale a firmar la paz[10].

Para los que tuvieran oídos, esta postura no era tan diferente a la de Lenin como se asumía (y como se sigue asumiendo). Trotsky estaba argumentando una cuestión práctica. Al pedir una perspectiva «internacionalista» rechazaba aceptar que por principio fuera una equivocación luchar o no luchar. Su argumento prudente era que los bolcheviques estarían ayudando a uno u otro bando de la guerra europea, fuera cual fuese su elección. Había que responder no a una cuestión moral, sino a una cuestión práctica: ¿qué resultaría más beneficioso para la causa revolucionaria?

Sufrió los ataques de Stalin, que pensaba que exageraba el potencial de una revolución socialista europea. «La posición de Trotsky —declaró— es no asumir

ninguna». Si el partido tenía que seguir los consejos de Trotsky, las posibilidades de un acuerdo tolerable con las Potencias Centrales empeorarían[11]. Zinoviev se mostró de acuerdo con Stalin. En el caso de Lenin no fue así, porque en su opinión la probabilidad de una revolución en Europa seguía siendo grande. Aun así, argüía, los bolcheviques tenían que conciliar posiciones cuanto antes con las Potencias Centrales si querían evitar una invasión de Rusia. No podía entender por qué motivo Trotsky, maestro de maniobras revolucionarias en 1917, no se daba cuenta[12]. Pero también apreciaba que «ni guerra ni paz» era el mejor resultado que cabía esperar, y promovió con éxito una moción en ese sentido[13].

El 24 de enero de 1918 Trotsky envió un telegrama a Viena pidiendo permiso para visitar esa capital y «llevar a cabo negociaciones con representantes del proletariado austriaco». Es evidente lo mucho que le hubiera gustado hablar en mítines en el extranjero. Y, sin embargo, la redacción del telegrama era provocativa, y debía de ser plenamente consciente de ello. En la respuesta de Czernin, del mismo tono, se explicaba que Trotsky no tenía poderes formales para representar a nadie en negociaciones como ésas[14]. Trotsky continuó riéndose de él, y más si se le insinuaba que la negativa derivaba de consideraciones protocolarias. Lo que estaba claro era que las Potencias Centrales temían el «contagio» de las ideas bolcheviques. Habían comprobado los efectos de la agitación revolucionaria en Rusia en 1917. Los mítines multitudinarios habían trastornado en teoría a la clase obrera rusa. En Alemania y Austria-Hungría experimentaban las mismas turbulencias: las huelgas aumentaban, lo mismo que el descontento ante el racionamiento de los alimentos. En el ejército francés se habían producido motines, y lo mismo podía suceder en Berlín o Viena. La última cosa que deseaban las Potencias Centrales era a un orador tan fiero como Trotsky provocando disturbios por las calles de sus ciudades.

Tampoco deseaban que fuera él quien fijara el orden del día de Brest-Litovsk. Con astucia habían aceptado los catorce puntos que el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, proponía para un acuerdo de paz que pusiera fin a la Gran Guerra. En esta iniciativa se incluía el principio de autodeterminación nacional. Las Potencias Centrales se mostraban encantadas de reconocer la independencia de todas las naciones europeas, incluidas las del este del continente. Berlín y Viena veían una gran oportunidad de causar daños.

Trotsky resoplaba en el Comité Central que resolvió el asunto el 23 de

febrero. La campaña de Lenin estaba a punto de alzarse con la victoria. No había argumentos nuevos. El único cambio era el derrumbe de la mayoría proguerra a la luz de signos inequívocos de que los alemanes no iban a permitir más aplazamientos. El voto se inclinó por siete a uno a favor de Lenin. Trotsky no quiso cambiar de opinión y simplemente se abstuvo[15]. Aun así siguió insistiendo en que firmar una paz separada era traicionar los principios revolucionarios. Se retiraba de las negociaciones de Brest-Litovsk. El 24 de febrero renunció a más discusiones y se mostró colaborador en las conversaciones sobre la composición de un nuevo equipo diplomático. La política de partido ya se había decidido y él no quería hacer el papel de perturbador. Stalin celebró el acuerdo y le pidió a Trotsky que permaneciera en su puesto unos cuantos días más. Trotsky asintió, resistiendo la tentación de proseguir la lucha[16]. ¿Qué le retenía, entonces? Afirmaba que sólo se podía luchar en una guerra revolucionaria con un partido unido, y esta condición era claramente inasumible. Por tanto, se sometía a la autoridad del Comité Central[17]. El discurso final quedó impregnado de rastros de santurronería. La unidad interna no se habría preservado ni siquiera si el bando antitratado hubiera ganado semanas antes. Trotsky estaba posando. Quería aparecer limpio y puro, por su propio brillo, en los futuros anales de la historia. Había luchado por aquello en lo que creía. Había perdido en la lucha.

El tratado fue ratificado por el VII Congreso del partido en marzo de 1918. En esta reunión se decidió que los bolcheviques cambiaban su nombre por el de Partido Comunista Ruso (bolcheviques) para distinguirse de los partidos socialistas de Rusia y del extranjero que discrepaban de las doctrinas de Lenin sobre la revolución proletaria. El congreso también dio la oportunidad a los líderes comunistas de proclamar su compromiso permanente a la eventual extensión revolucionaria hacia occidente. El poder militar alemán lo hacía imposible en esos momentos. El peligro para el Estado soviético no había pasado del todo. El tratado había impedido que las Potencias Centrales invadieran Rusia, pero en marzo de 1918 nadie podía estar completamente seguro de que los alemanes lo iban a respetar: sus fuerzas iban a invadir Crimea en abril[18]. Se trataba de una violación de los acuerdos de Brest-Litovsk. Incluso Stalin, el partidario acérrimo de la paz separada, reconsideraría su hostilidad hacia la guerra revolucionaria[19]. Incluso podría llegar a ocurrir que los bolcheviques se vieran obligados a defender de un ataque Petrogrado y Moscú. En tal escenario

no cabía duda de quién contaría con las simpatías de Trotsky. Le hubiera gustado encargarse de las Potencias Centrales. Era lo que Lenin llamaba un espacio para respirar.

Trotsky había recibido una paliza. A pesar de haber emergido en octubre y noviembre de 1917 como una de las mentes más prácticas entre los bolcheviques, había asumido una postura completamente falta de realismo en el debate de Brest-Litovsk. Había sabido siempre que, llegado el momento de tomar una decisión, la política de «ni guerra ni paz» no sería suficiente. A ojos de Lenin, por tanto, había malgastado el tiempo de todos. Peor aún: había fomentado la creencia de otros respecto a una posible «guerra revolucionaria», y eso cuando sabía que Rusia ya no poseía unas fuerzas armadas que pudieran considerarse como tales. Era tan irresponsable como todos esos redomados Comunistas de Izquierda que admitían que la guerra con la Alemania imperial sería catastrófica para la Revolución de Octubre. Trotsky era un mal oidor. Hacía oídos sordos a las razones de los demás. En cualquier discusión privada quería ser él quien llevara la voz cantante siempre. Rara vez se mezclaba con otros miembros del partido fuera de las reuniones políticas. Sus cambios de parecer tendían a ser abruptos, y no se preocupaba de alertar a sus camaradas por adelantado. Además, luego defendía su punto de vista ferozmente. Una y otra vez, parecía más proclive a poner el partido del revés que a conceder la razón a sus oponentes. Ésta era su fuerza cuando tenía ideas que resultaban útiles para el afianzamiento del orden revolucionario. Pero con frecuencia su brío resultaba más perjudicial que beneficioso para la causa.

Robert Bruce Lockhart, jefe de la misión británica en Moscú hasta su salida de Rusia en septiembre de 1918, observó cómo Lenin había adquirido una ventaja psicológica sobre Trotsky en la disputa de Brest-Litovsk[20]. Los dos dirigentes dominantes no compartían una autoridad igual. Trotsky podía acumular ímpetu para una controversia, y podía dirigir una lucha contra Lenin, como haría con donaire en 1920-1921[21]. Pero carecía de aquella firmeza en la determinación que sólo arranca de la profunda confianza en uno mismo. Él resoplaba. Él polemizaba con afán. Él actuaba como si su vida política y también la administración soviética dependieran del éxito de sus propuestas. Pero había llegado a la percepción de que no podía suplantar a Lenin. No era ya únicamente reconocer que quien había sido su camarada desde hacía menos de un año contaba con la lealtad de casi todos los bolcheviques. Trotsky había visto a Lenin

de cerca con mayor intensidad que nunca desde 1902-1903. Había advertido su talento práctico e intelectual. Había sentido el poder de su voluntad. Le había atraído aquella ausencia de vanidad personal. Era como si Trotsky hubiera mantenido un pulso con Lenin y hubiese perdido la prueba de fuerza. Lenin estaba acostumbrado a ganar y había resistido a la tentación de aparecer como demasiado triunfante.

Trotsky, sin embargo, no iba a mostrarse dispuesto a permanecer como comisario del pueblo para Asuntos Exteriores. Si hubiese permanecido en el puesto habría sido él quien firmara el tratado en Brest-Litovsk. Pero Trotsky tenía un gran sentido de la teatralidad. Por mucho que le gustara pavonearse en el escenario político, le horripilaba que le filmaran o fotografiaran poniendo su nombre en lo que Lenin llamaba «una paz obscena». No quería seguir con las responsabilidades de su comisariado. Se hizo difícil encontrar un voluntario. Al final se le adjudicó la tarea a Grigori Sokolnikov. Incluso Lenin, arquitecto de la decisión soviética de firmar el tratado, eludió la obligación de aparecer por Brest-Litovsk.

10

Kazán y después

Lenin actuó con rapidez para atraer a Trotsky de vuelta a los amarraderos que compartían. Lo hizo proponiéndole que asumiera el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares. Adolf Ioffe, el viejo camarada de Trotsky, había tenido la idea y había conseguido que la aprobaran los miembros del Comité Central que quedaban en Petrogrado. Escribió a Lenin exponiéndole que Trotsky ya había probado sus aptitudes para trabajar con las fuerzas armadas en el transcurso de la Revolución de Octubre[1]. Lenin se mostró de acuerdo. Trotsky, sin embargo, tenía sentimientos contradictorios. Tenía la intención de permanecer en el Sovnarkom, pero pensaba que era poco político que un judío dirigiera el Ejército Rojo. Era el mismo argumento que había empleado para rechazar el cargo de comisario del pueblo para Asuntos Internos, y planteó una viva resistencia a la nueva propuesta. Pero Lenin insistió tanto que Trotsky, tras unos días de desempleo, volvió a entrar en el Sovnarkom y fue confirmado en el cargo el 14 de marzo de 1918[2].

Trotsky estaba tan aliviado como Lenin. Había representado un papel principal en el drama de la Revolución de Octubre. Se había instaurado un estado revolucionario. Si abandonaba el gobierno soviético no tenía dónde ir, siempre que quisiera seguir siendo una figura determinante: tenía que encontrar la manera de permanecer con los bolcheviques. Le resultó más fácil de lo que parecería luego. Aunque el tratado se hubiera firmado con las Potencias Centrales, nadie podía estar seguro de que los alemanes no lo rompieran en mil pedazos e invadieran territorios administrados por los soviéticos. Entonces sí que Lenin tendría entre manos una «guerra revolucionaria», le gustara o no. Alternativamente podía ocurrir que el poder militar de los alemanes se derrumbara en el norte de Francia, y entonces los rusos serían libres de alzarse contra el tratado. Ni siquiera Lenin o Stalin contemplaban la paz como algo que no fuera una conveniencia temporal. Trotsky tenía razón de pensar que todavía no había perdido el concurso sobre política exterior y militar. El futuro

inmediato era impredecible. Al aceptar Trotsky la responsabilidad del Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares se colocaba en una posición que iba a permitirle aprovechar cualquier oportunidad para promover la «revolución socialista europea».

Sus cualificaciones para el nuevo trabajo dejaban bastante que desear. Había informado del conflicto en los Balcanes antes de 1914 y había observado los efectos de la guerra en París en 1915-1916. Había coordinado las guarniciones de Petrogrado a través del Comité Militar-Revolucionario antes de la toma de poder de octubre. Sabía disparar, pues lo hacía en las partidas de caza.

Trotsky no dejó que eso le preocupara. Encontró el Ejército Rojo hecho un desastre y no le importaba que cualquiera pudiera escuchar lo que opinaba. El 23 de febrero de 1918 se había anunciado la fundación de las fuerzas soviéticas. Sus primeros líderes eran buenos bolcheviques, pero pésimos como organizadores militares. La comunicación con estos mandos que deseaban servir bajo la autoridad soviética era fragmentaria. Sobre el papel se hacían muchos planes, pero la realidad era que el viejo ejército ruso había desaparecido entre las deserciones masivas y el proceso de desmovilización promovido por el Sovnarkom. Trotsky impuso la urgencia en todos los preparativos. Era su sello distintivo. Siempre actuaba como si su institución tuviese un papel crucial en la supervivencia y prosperidad del Estado soviético. Después de hacerse una rápida composición de lugar, cambió la política del Ejército Rojo a favor de ganarse a oficiales experimentados. Simultáneamente extendía la política de Kerenski de adscribir comisarios políticos en todos los escalafones de mando de las fuerzas armadas. Oficial y comisario tenían que trabajar en tándem: el primero proveería de experiencia militar, mientras el otro supervisaba su lealtad y extendería la propaganda por las tropas. Trotsky aprendió sobre la marcha cómo reclutar, instruir, abastecer y desplegar sus fuerzas armadas.

Continuó sus conversaciones con los representantes de los Aliados occidentales, y el 5 de marzo, sólo un par de días después de la firma de la paz separada, preguntó a los americanos si iban a prestar su apoyo en caso de que el Sovnarkom escogiera hacer la guerra contra Alemania[3]. Los bolcheviques sabían que no podían combatir solos. Trotsky deseaba mantener ese contacto, pues seguía creyendo que el tratado de Brest-Litovsk era un error. Deseaba reemprender las operaciones contra los alemanes. Los diplomáticos y oficiales aliados destacados en Moscú lo entendieron así, y hablaron con él de inmediato.

El cálculo suplementario para Trotsky y el resto del Sovnarkom era que los bolcheviques necesitaban disuadir a los Aliados de una invasión. Una cruzada como ésa se hizo posible claramente después de marzo de 1918. Los británicos enviaron una fuerza a Arkangelsk con el propósito de proteger sus suministros militares en Rusia. Una flotilla francesa hizo que desembarcaran tropas en Odessa. En el Sovnarkom estos hechos suscitaron reacciones de pánico, y tanto Trotsky, desde el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares, como Chicherin, desde el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, hicieron lo que pudieron para asegurar a los Aliados que los acuerdos de Rusia con Alemania no eran de naturaleza permanente. Omitieron añadir que si el Sovnarkom tuviera que realinearse con ellos eso no implicaría que los bolcheviques abandonaran su compromiso con la revolución socialista internacional.

Trotsky utilizó su relación con Robert Bruce Lockhart de Gran Bretaña, Jacques Sadoul de Francia y Raymond Robins de Estados Unidos en busca de la ayuda aliada en la reorganización de las fuerzas armadas. (Obviamente también disfrutaba haciendo que los servicios diplomáticos y de inteligencia alemanes se preocuparan). A Lockhart lo recogía y se lo llevaba en su limusina oficial para explicarle su disposición a desplegar el Ejército Rojo contra los alemanes[4]. También empleó la experiencia del capitán G. A. Hill, miembro del Servicio Especial de Inteligencia Británico (que pronto pasaría a llamarse Servicio Secreto de Inteligencia), en la organización de una fuerza aérea para los rojos[5]. Trotsky no dijo nada de esto en sus memorias: cuando las escribía tuvo que mantenerse callado sobre sus relaciones con los Aliados en 1918 por miedo a que le acusaran de haber traicionado a la Rusia soviética.

Su valentía física quedaba fuera de toda duda. Lockhart recordaba un incidente en el que una multitud de marineros de Kronstadt se reunieron en la plaza frente al Comisariado. Los ánimos se encresparon cuando los hombres iban gritando sus agravios en cuanto a los salarios y las condiciones de trabajo. Los oficiales del Comisariado empezaron a sentir pánico. Eran los mismos marineros que tanto habían ayudado a desestabilizar el gobierno provisional. Trotsky mostró una firme resolución al enfrentarse a la multitud: «Sus ojos centelleaban de rabia. Salió completamente solo, azuzó a los marinos con su lengua durante un cuarto de hora y los hizo volver por donde habían venido, con la cola entre las piernas.»[6] Y es que era un auténtico líder y no tenía miedo a

arengar a soldados enfurecidos que podrían haberle causado daños físicos. No iba a tolerar la insubordinación. Desde que era pequeño había visto a su padre poner orden entre las manos que trabajaban en la granja. Trotsky había salido del mismo molde. Todavía más: en aquellos días era un revolucionario que esperaba la máxima cooperación de la gente en cuyo nombre él había contribuido a tomar el poder. Siempre que disintiera de la actuación de esas personas se lo haría saber. Actuaba con la premisa de que las «masas» requerían una tutela estricta.

La reunión e instrucción de un Ejército Rojo era un trabajo arduo. No se había completado antes del verano cuando una sucesión de emergencias vapuleó al Sovnarkom. Trotsky estaba involucrado de forma prominente en la primera de ellas. Por acuerdo con los Aliados había permitido que un contingente de prisioneros de guerra checos abandonara el país y se uniera en Francia a los ejércitos enfrentados a Alemania. La primera larga etapa de su viaje iba a conducirles a lo largo de la vía del Transiberiano hacia el Pacífico. Durante el trayecto llegó la orden procedente de Trotsky de que tenían que entregar las armas. Los checos sospecharon, equivocadamente, que iban a traicionarles, cuando de hecho lo único que quería prever Trotsky era que los checos le difamaran. Así empezó la revuelta checa en Cheliábinsk a finales de mayo de 1918. Los checos, bien armados y con experiencia de armas, hicieron que sus trenes volvieran a Rusia. Al llegar a Samara, en el río Volga y al sureste de Rusia, se pusieron a disposición del Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente (o Komuch). Se trataba del gobierno antibolchevique establecido en junio de 1918 por los socialistas-revolucionarios. Su reivindicación de autoridad se basaba en el éxito de su partido en las elecciones a la Asamblea Constituyente. El conflicto entre las fuerzas del Komuch y las del Sovnarkom estalló. Los rojos fueron derrotados fácilmente, y la fuerza militar checa puso en manos de los socialistas-revolucionarios toda la región del Volga. La guerra civil, tras diversos conatos, estalló de verdad.

Las discusiones sobre política exterior y militar habían perdido cualquier peso. Lenin y Trotsky volvían a trabajar en equipo, y como las políticas de Lenin se hacían más radicales, los Comunistas de Izquierda ganaron confianza en que el núcleo de la ideología del partido volvía a la vida. Todos los bolcheviques se ayudaban en la lucha. La emergencia junto al Volga separaba a la Rusia central y septentrional de los suministros de grano disponibles en la región. El Sovnarkom respondió iniciando una dictadura alimentaria. Todo el comercio privado relacionado con la comida se convirtió en delito, y se enviaron al campo

brigadas armadas para efectuar requisas. El conflicto con el campesinado se incrementaba. Los Socialistas Revolucionarios de Izquierda habían continuado sirviendo al Sovnarkom incluso después de haber dimitido de sus puestos ejecutivos en los Comisariados del Pueblo por el tratado de paz con Alemania. Con la intención de provocar la guerra con las Potencias Centrales, uno de sus grupos bajo la dirección de Yákov Blumkin organizó el asesinato del embajador alemán, el conde Wilhelm von Mirbach el 9 de julio. Todo el partido de los Socialistas Revolucionarios de Izquierda se levantó contra el Sovnarkom mientras el V Congreso de los Sóviets se reunía en Moscú esa misma semana. Los bolcheviques reaccionaron con todas sus fuerzas, incluido un regimiento de fusileros letones. El partido de los Socialistas Revolucionarios de Izquierda fue disuelto.

En una reunión abierta en Sokolniki, en las afueras de Moscú, el 6 de junio, Trotsky había fulminado a los que clamaban por una vuelta al mercado libre para el grano. Sí, admitía que la situación con los suministros de alimentos era mala en Moscú y en Petrogrado. Daba la razón a quienes decían que en el resto de Rusia también había empeorado. Pero insistía en que las circunstancias eran incluso más graves en Europa. Vertió en aluvión las últimas estadísticas sobre la concurrencia, y declaró que el país disponía de grano a espuertas. El problema era cómo introducirlo en las ciudades. Ponía el acento en que no habían sido los bolcheviques quienes habían introducido el monopolio estatal del grano (aunque tampoco explicó por qué dicho monopolio seguía siendo esencial). Se oponía a subir los precios pagados por la cosecha. Los únicos beneficiarios de una medida así, declaró, serían los «especuladores» y los «kulaks». Trotsky no definía sus términos. Como todos sus compañeros comunistas, asumía que los comerciantes y los especuladores eran una única y misma cosa; en el argot bolchevique un kulak era cualquier campesino más rico que la media. No explicaba por qué acabar con el monopolio estatal de grano sería un retraso económico si hacía aumentar el flujo de suministros a las áreas urbanas. Trotsky argüía que las reservas gubernamentales de textiles sólo deberían distribuirse entre los aldeanos pobres. Anunció la necesidad de una lucha violenta contra esos campesinos más ricos que estaban acaparando el grano, y sostenía que había que sentenciarlos a diez años de trabajos forzados[7].

Trotsky volvía a su visión de los últimos objetivos comunistas: «Y decimos que queremos crear en esta tierra un paraíso real para las personas.»[8] Lenin lo

habría considerado una señal de tibieza indeseable, pero por si tenía dudas al respecto Trotsky se encargó de despejarlas con su comportamiento en la campaña militar contra el Komuch. Al llegar a la región del Volga, Trotsky convocó a todos sus comandantes y comisarios. El Ejército Rojo estaba en una situación comprometida, pero él declaró que la victoria era posible si mostraban la disciplina y la determinación necesarias. Los rojos tenían que exigirse la dedicación más extrema si querían sobrevivir. Hasta entonces la moral había sido baja, y la coordinación, escasa. Pero Trotsky con su presencia empezó a provocar una mejora: se trataba de mantener la línea en Sviyazhsk y luego de tomar Kazán.

Recibía telegramas impacientes de Lenin: en ellos se quejaba de las operaciones de los rojos y pedía un bombardeo de artillería inmediato, aunque implicara la devastación de Kazán. El enemigo tenía que sufrir «una destrucción sin piedad»[9]. Trotsky respondió que las fuerzas del Komuch poseían una artillería que casi igualaba a la de los rojos. De hecho, la habilidad de los artilleros rojos era inferior. La demora era inevitable. Trotsky aseguró a Lenin, sin embargo, que «la insinuación de que estoy salvando a Kazán de la destrucción es infundada»[10]. La primera acción militar en la que Trotsky se involucró fue en Sviyazhsk, en la otra orilla del Volga. Arengó a la tropa en mítines multitudinarios, y les indicó que la supervivencia de la Revolución de Octubre estaba amenazada. Había que proteger el poder de los trabajadores y campesinos. Entre los rojos seguía reinando la confusión. Su comandante en jefe era Mijaíl Muravev, un socialista revolucionario de izquierdas que desertó y se llevó con él a un contingente de sus fuerzas. Trotsky no permitió que decayeran los ánimos. Pistola en mano, recorrió el frente exigiendo que se redoblaran los esfuerzos contra el ejército del Komuch. Los rojos salvaguardaron Sviyazhsk el 28 de agosto. Kazán cayó el 10 de septiembre. Era la primera victoria roja de la campaña. El nombre de Trotsky fue vitoreado en Moscú.

Pero un incidente de esos días le ocasionaría un daño político duradero. Se centraba en la suerte de un tal Panteleev, comisario del Segundo Regimiento Numerny de Petrogrado. Cuando la batalla alrededor de Sviyazhsk parecía serle adversa a los rojos, Panteleev y sus hombres se apoderaron de un vapor para tratar de huir río arriba, hacia Nizhni Novgorord. El barco fue abordado por otras unidades rojas y los fugitivos fueron arrestados. Trotsky ordenó su ejecución sumaria[11]. Apenas ejecutada la sentencia, se propagó una ola de indignación en

contra de Trotsky entre los bolcheviques que servían en el Ejército Rojo. Panteleev había sido un bolchevique. Para muchos miembros del partido parecía que Trotsky, que se había unido a los bolcheviques apenas un año antes, había traspasado un umbral inadmisible. Los bolcheviques, decían, tenían que permanecer unidos. Los elementos nocivos del Ejército Rojo no eran los comisarios bolcheviques, sino los oficiales del ejército imperial que servían en él. Crecía la sospecha de que Trotsky prefería a los cuerpos de oficiales antes que al partido. Pero a Lenin este asunto no le preocupaba. Creía que la mera apariencia del comisario del pueblo para Asuntos Militares bastaba para calmar los nervios. Le dijo a Trotsky que volviera a visitar el frente, que se aproximara a las tropas rojas y que ofreciera uno de sus discursos[12]. Desde su base en Moscú, el presidente del Sovnarkom no se sentía cohibido a la hora de ofrecer consejos sobre asuntos operacionales que escapaban a sus conocimientos. A Trotsky no le importaba. Los telegramas desde la capital expresaban un sentido de la urgencia y de la severidad que él compartía. También eran una prueba de hasta qué punto se le tenía en estima.

La asociación de Lenin y Trotsky estuvo a punto de hacerse pedazos el 30 de agosto, cuando un asesino disparó a Lenin en la fábrica Mijelson, en Moscú. Malherido, se lo llevaron al Kremlin para recibir tratamiento médico. Sverdlov se hizo cargo de la coordinación del gobierno soviético, y escribió a Trotsky: «Vuelva de inmediato. Ilich herido. No está claro si hay peligro. Calma absoluta.»[13] Se declaró un terror rojo. Tenía que llevarlo a cabo la policía política establecida por Lenin en diciembre de 1917. Se trataba de la Comisión Extraordinaria, conocida como Cheká. Su dirigente era Dzerzhinski, quien pronto adquirió fama por su frialdad clínica al suprimir conspiraciones antisoviéticas. La Cheká encarceló a miles de personas pertenecientes a la clase media y alta tras el atentado contra la vida de Lenin. Algunos fueron liquidados directamente de un disparo, mientras que en otros casos se les mantuvo como rehenes por si los enemigos del bolchevismo planeaban una serie de asesinatos. Trotsky respaldaba plenamente el terror rojo y fue a visitar a Lenin en cuanto sus obligaciones se lo permitieron. Lenin recibió al comisario del pueblo para Asuntos Militares en el sanatorio Gorki, al sureste de Moscú. Lenin ronroneaba encantado mientras escuchaba las historias de Trotsky: «Me parecía que me miraba con ojos algo diferentes. Tenía un modo de *caer enamorado* cuando le mostraban cierta faceta de ellos mismos. En la atención nerviosa que me

prestaba había algo de este “enamoramiento”.»[14] Tal vez no fuera una observación muy perspicaz, pero en cualquier caso dice menos de Lenin que de Trotsky, que en raras ocasiones estaba emocionalmente atento a sus camaradas revolucionarios.

Lo que sí es enteramente creíble es la conclusión de Lenin: «La partida está ganada. Si hemos conseguido establecer orden en el ejército quiere decir que podemos imponerlo en todos los demás lugares. Y la revolución —en orden— será invencible.»[15] Lenin y Trotsky habían querido una guerra civil para tener la oportunidad de llevar a cabo la eliminación irreversible de los enemigos de la Revolución de Octubre. Ninguno de los dos lo había dicho nunca en público. Un telegrama secreto que Trotsky había enviado a Lenin el 17 de agosto de 1918 resumía la actitud de ambos:

> Considero inaceptable dejar que los vapores naveguen [por el Volga] bajo bandera de la Cruz Roja. Los charlatanes y los simples percibirían en la recepción de grano una demostración de que puede llegarse a un acuerdo, como si la guerra civil no fuera necesaria. Desconozco los motivos militares. Los pilotos de aviones y los artilleros han recibido órdenes de bombardear e incendiar los distritos burgueses de Kazán, y luego Simbirsk y Samara. En estas condiciones la caravana de la Cruz Roja es inapropiada[16].

Trotsky no luchaba con pesar, ni le preocupaban consideraciones humanitarias: abrazaba con entusiasmo la revolución política por medios violentos. Lenin era de la misma opinión. En su convalecencia escribió *La revolución proletaria y el renegado Karl Kautsky*, en donde defendía que las doctrinas de Marx estipulaban la necesidad de la insurrección armada y de la dictadura de clase[17].

Para regularizar el control político en el Ejército Rojo el 2 de septiembre se estableció el Consejo Militar Revolucionario de la República, el RVSR, y Trotsky fue el encargado de presidirlo, con Ephraim Sklyansky como suplente. Este consejo estaba capacitado para interactuar entre comandantes y comisarios a todos los niveles, supervisando los Consejos Militares Revolucionarios de los diversos frentes. No hubiera tenido sentido escoger a nadie que no fuera Trotsky si los dirigentes del partido querían evitar choques institucionales entre el

consejo y el comisariado[18]. La delimitación de funciones de cada organismo no estaba muy bien definida. Pero a Lenin le traía sin cuidado: admiraba los logros de Trotsky y confiaba en él para la solución de los asuntos prácticos.

No toda la dirección compartía la actitud de Lenin. Stalin pedía que se le pusieran «riendas» a Trotsky antes de que arruinara la Revolución de Octubre. La orden original para que Stalin fuera a Tsaritsin, más de novecientos kilómetros Volga abajo desde Kazán, para hacerse cargo del frente sur, había partido de Trotsky[19]. Pronto lo lamentaría. Stalin establecía su propia ley. Trotsky se quejaría también de que las fuerzas del frente sur no eran tan incondicionales como las que él había empleado alrededor de Kazán[20]. Stalin agravaba los problemas asumiendo la autoridad sobre decisiones puramente militares. Así, estableció un consejo militar revolucionario que dirigía todas las operaciones desde Tsaritsin, en el Volga. No pasó mucho tiempo antes de que la actividad de Stalin chocara con los planes centrales acordados por Trotsky y el comandante en jefe Iukums Vacietis. Trotsky se quejó por esa insubordinación. Stalin contestó que al estar en el lugar de los hechos necesitaba asumir la responsabilidad para poder enfrentarse a las complejas dificultades de la región que rodeaba al frente. Para el 4 de octubre de 1918 la paciencia de Trotsky ya se había acabado y le envió un telegrama a Lenin: «Insisto categóricamente en que Stalin tiene que ser destituido.»[21]

En las condiciones propias de una guerra la verdad era difícil de establecer. Stalin y Trotsky se sumergieron en un mar de intercambios vituperantes, adjuntándole siempre copia al Comité Central. La esperanza de Lenin y Sverdlov era que los dos protagonistas se calmasen y trabajaran en unión y amistosamente. Pero llegaron a Moscú informes sobre los efectos del caos organizativo. La negativa de Stalin a acatar las órdenes superiores estaba afectando a la marcha de la guerra. Su irritabilidad temperamental era ya evidente en su lenguaje antes incluso de que Sverdlov se entrevistara con él para buscar una solución de compromiso. Más aún, cada vez resultaba más claro que Stalin se implicaba en tácticas arriesgadas que daban lugar a grandes pérdidas militares. En la pelea, Lenin se inclinó por apoyar a Trotsky. La reacción de Stalin fue ofrecer un apoyo silencioso a los críticos del partido hacia la política oficial de éste. Tampoco a Lenin le gustaba que se empleara a tantos oficiales imperiales en el Ejército Rojo. Del mismo modo que Stalin había dirigido operaciones militares como si fueran un asunto personal, Trotsky había insistido

en formar el cuadro de mando recurriendo a personal experimentado de las fuerzas armadas de Nicolás II. Con esto no hacía nada contrario a la política gubernamental. Pero sí lo hacía en una escala que luego no comunicaba al Comité Central.

Le explicaba a Lenin que el Ejército Rojo se desmoronaría sin las habilidades de los antiguos oficiales imperiales, y Lenin decidió apoyar al comisario del pueblo para Asuntos Militares. Pero Trotsky cada vez se enfrentaba a mayores problemas en el partido. El asunto Panteleev se convirtió en una herida crónica. Trotsky se ganó la reputación de ser excesivamente partidario de las ejecuciones como manera de dirigir las fuerzas armadas. Stalin era igualmente despiadado a la hora de aplicar medidas represivas para asegurar la disciplina, pero en esta etapa evitaba intimidar a los comisarios políticos. La mayor parte de éstos eran militantes bolcheviques del partido. Cada vez que Trotsky les dirigía una reprimenda o una amenaza en el Ejército Rojo reforzaba las preocupaciones sobre su actitud hacia el bolchevismo. Stalin no tenía que hacer ningún trabajo de investigación ni de coordinación para encontrarle reparos a Trotsky. En junio se habían oído severas críticas a sus métodos[22]. La Oposición Militar, como dio en llamarse, surgió sin mediaciones externas y consistía en un cuerpo heterogéneo de bolcheviques. Algunos querían que fueran los líderes del partido, y no los comandantes, quienes dirigieran el Ejército Rojo. Otros exigían que los comandantes fueran elegidos. Y otros más creían que un sistema no centralizado de organización militar era deseable. Todos se mostraban de acuerdo, sin embargo, en que Trotsky era una amenaza para la supervivencia de los valores del bolchevismo y de la Revolución de Octubre.

Las cosas habrían llegado a un punto crítico en los dos últimos meses de 1918 si los bolcheviques no se hubieran enfrentado a una amenaza militar más severa aún que la planteada en verano por el Komuch. El almirante Kolchak había reunido apresuradamente a oficiales antibolcheviques en Omsk, en Siberia occidental. Primero ofreció sus servicios a socialistas-revolucionarios que habían encontrado allí refugio tras su derrota en la región del Volga. Kolchak y sus compañeros de la oficialidad despreciaban a todos los políticos, y en noviembre de 1918 formaron su propio directorio. Kolchak se autoproclamó Jefe Supremo de Toda Rusia y, con soporte material británico, empezó a avanzar hacia el oeste, dirigiéndose a los Urales. Se abría un nuevo frente en la guerra civil. Kolchak dirigió el primero de los ejércitos blancos, que adoptó ese color en

representación de la pureza y el patriotismo en lugar del internacionalismo de los rojos.

Durante algunos meses Trotsky había estado preocupado por la competencia de los bolcheviques a la hora de repeler un ataque semejante. Sus críticas motivaron quejas ante Lenin de Ivar Smilga y de Mijaíl Lashevich, dos dirigentes de alto rango del partido. Ninguno de los dos era amigo de Stalin. En esos días Trotsky había descalificado esas quejas como «coquetería». Era una palabra que a veces se había aplicado al mismo Trotsky antes de la Gran Guerra, cuando sus oponentes habían sugerido que se pavoneaba como alguien que odiaba comprometer sus doctrinas revolucionarias. En esos momentos era Trotsky quien acusaba a sus críticos de carecer de seriedad práctica. I. N. Smirnov, que había sido un comunista de izquierdas en los días de Brest-Litovsk y había luchado contra Lenin, afirmaba que las regulaciones jerárquicas del ejército eran hostiles a las tradiciones de camaradería del partido. Más predecible en su hostilidad hacia Lenin era el «grupo de Tsaritsin», que atacaba a Trotsky por ser un archiautoritario. Trotsky diría de ellos más adelante que su proceder era estalinista, pero de hecho uno de ellos, Serguéi Minin, había sido un comunista de izquierdas, e incluso Serguéi Minin, compañero de partido de Stalin, estaba muy lejos de apoyar a éste en todo lo que hiciera. Trotsky había echado a perder rápidamente toda la buena voluntad de la que se había hecho merecedor en las batallas del Volga. En lugar de disipar las preocupaciones internas del partido, había amargado a todos los que se cruzaban en su camino. Había demostrado ser un revolucionario valiente y un mando militar flexible. Pero su registro como político era lamentable: daba puñetazos cuando debería haber abrazado.

Lo que le salvó en esos días fue la extrema emergencia a la que tenía que enfrentarse el Sovnarkom. En diciembre de 1918 llegaron unas noticias terribles. Perm, una de las grandes ciudades de los Urales, había caído ante las fuerzas de Kolchak. Los rojos se habían derrumbado hasta formar un amasijo desmoralizado: el ejército se había retirado precipitadamente y la maquinaria gubernamental y del partido estaba rota. A los blancos se les había abierto el camino para iniciar su campaña en la Rusia central. Nadie, ni siquiera Stalin, podía negar que Trotsky era el hombre que podía unir las fuerzas para la defensa de los accesos a Moscú.

11

Casi al mando

Trotsky dejó de pelear con Stalin durante unas semanas tras el desastre de Perm. La dirección central del partido envió en enero de 1919 a Stalin y Dzerzhinski a investigar la situación en los Urales. Trotsky no podía estar más a favor, y decía que en el frente oriental había habido demasiada «blandura». Apremió a que Stalin aplicara el castigo que merecían a los comisarios culpables: mientras estuviera lejos del centro de toma de decisiones militares, Trotsky podía encontrarle utilidad[1]. El informe confeccionado por Stalin y Dzerzhinski era alarmante. La administración soviética se había derrumbado completamente. En el Ejército Rojo reinaba la desmoralización y, a consecuencia de la relajación de la disciplina, el caos. El partido comunista se veía incapaz de ayudar. Stalin y Dzerzhinski escribieron que era necesaria una completa reorganización para evitar catástrofes futuras. La jerarquía tenía que reforzarse. La confusión tenía que desaparecer del orden estatal. La delimitación de responsabilidades en el partido, en el gobierno y en el ejército tenía que ser más clara[2]. La dirección del partido en bloque aceptó estas conclusiones. La confianza de Trotsky en Stalin era tal que quería que permaneciera allí en lugar de Mijaíl Lashevich y darle poderes para rectificar la situación. Volvió a proponer, a finales de marzo de 1919, el nombre de Stalin en la misma clase de misión en Simbirsk, y apoyó, en mayo de 1920, la inclusión del georgiano en el Consejo Militar Revolucionario del frente del sudoeste, en Ucrania[3].

Sin embargo, Trotsky seguía rechazando la idea de Stalin según la cual los bolcheviques eran mejores ejerciendo el mando que los oficiales profesionales, y se había opuesto firmemente a dejar que nombrara los nuevos cargos militares del frente oriental de los Urales en enero de 1919[4]. La Oposición Militar se hacía más fuerte y afirmaba que a Trotsky se le habían subido los humos a la cabeza. Pero Trotsky se resistía a ceder ni un centímetro. Negaba que el mando militar supremo hubiera interferido indebidamente en cada frente. Encontraba defectos en la alegación que se le hacía. De este modo, observó que sus

oponentes habían solicitado que dejara de viajar alrededor de esos frentes y que permaneciera de forma permanente en Moscú. Expresó sus dudas de que el Comité Central lo quisiera así, y sabía cuál iba a ser la respuesta tras su excelente actuación en Sviyazhsk. Preguntó también quién iba a dirigir el Ejército Rojo si la Oposición Militar lo hacía a su manera y organizaba frecuentes reuniones consultivas con los comisarios políticos. Según Trotsky, la guerra no permitía perder tanto tiempo. Sólo hizo una concesión, cuando aceptó que unos cuantos camaradas más del partido deberían considerarse para su inclusión en el mando supremo. Sverdlov le persuadió para que ofreciera puestos a Ivar Smilga y Mijaíl Lashevich (quienes más tarde fallarían a la hora de cubrirse de gloria en el frente)[5].

Trotsky sólo pudo entender de forma gradual que las decisiones fundamentales sobre cómo gestionar la guerra civil estaban en manos de la dirección central del partido. Desde que se había convertido en comisario del pueblo para Asuntos Militares había actuado por iniciativa propia o, como mucho, buscando la ayuda de Lenin y Sverdlov para reforzar sus órdenes. Por mucho que se racionalizara y formalizara la jerarquía en el Ejército Rojo, le disgustaba someter sus preferencias militares al control institucional. No estaba más dispuesto que Stalin a recibir órdenes que contradijeran sus ideas. Y le faltaba la astucia de Stalin: le faltaba el talento para administrar su propio talento.

En el transcurso del largo invierno de 1918-1919 la estructura de la política soviética se estaba renovando. Hasta entonces había existido una multiplicidad de instituciones en competencia. El resultado había sido el desorden administrativo. Entre los dirigentes bolcheviques —Trotsky fue una de las excepciones— se aceptó como un hecho que sólo había un medio, el Partido Comunista Ruso, para poner orden. Se hizo un llamamiento general para que el partido se centralizara de manera que pudiera controlar las organizaciones estatales y dirigir el esfuerzo de la guerra. Desde la disolución de los Socialistas Revolucionarios de Izquierda en julio de 1918 la república soviética era un Estado unipartidista en todos los sentidos menos en el nombre. Pero en esos momentos los bolcheviques querían convertir al partido en el órgano de gobierno supremo. Se reformó incluso la dirección central del partido. En tiempo de guerra eran pocos los miembros del comité que pudieran permanecer en Moscú. Un buró político (o Politburó) se estableció en el interior para regular la política

entre los plenos del Comité Central. La importancia que se le daba a Trotsky quedó patente con su inclusión en el Politburó a pesar de que sus obligaciones le llevaran a ausentarse de Moscú la mayor parte del tiempo. Se creó también un buró de organización (el Orgburó) para facilitar la administración interna del partido. La muerte de Sverdlov por gripe en marzo de 1919 reforzó la tendencia a la regularización de los procedimientos[6].

Todo esto se decidió antes de que se celebrara el VIII Congreso del partido en marzo de 1919. Trotsky había intentado estar presente para hablar en contra de la Oposición Militar. Pero Kolchak había recuperado la iniciativa, y Trotsky no pudo asistir. Aun así, bombardeó el Kremlin con ideas intransigentes y rechazó la petición de compromiso formulada por Zinoviev. «Desde mi punto de vista, lo que necesitamos es "apretarnos los tornillos".»[7] La posición de Lenin fue vacilante hasta que Trotsky le explicó cuántos antiguos oficiales imperiales habían sido reclutados para servir en el Ejército Rojo y hasta qué punto era importante su trabajo. La rabia de la Oposición Militar era intensa y se tuvo que convocar una sesión secreta en el congreso. Era un asunto delicado, y Lenin sorprendió a muchos al atacar el grupo de Tsaritsyn —y a Stalin por implicación— por el número de bajas de soldados rojos en el frente del sur. Pero el contencioso de Trotsky no se incorporó al debate en su totalidad. El congreso subrayó la necesidad de un tratamiento más cuidadoso de los comunistas en las fuerzas armadas. También subrayaba la supremacía de la jerarquía del partido en todos los aspectos de la campaña bélica. Se trataba de una advertencia velada a Trotsky[8].

Inicialmente se molestó por el compromiso al que se había llegado en el congreso, pero tenía que sentirse agradecido. El congreso había calmado a sus críticos lo suficiente mediante unas medidas a implementar que preservaban su autonomía respecto al control político de los comisarios en el frente. Se fue calmando, pues entendía que la complejidad de las decisiones sobre estrategias, suministros y personal crecía a medida que se incrementaban los frentes militares. Las operaciones en Sviyazhsk-Kazán habían sido cortas y sencillas. En esos momentos la dirección política de Moscú, el alto mando y las fuerzas rojas dispersas requerían una coordinación más compleja, y Trotsky aceptó que todas las cuestiones capitales se discutieran en el mando central del partido. Por lo general no podía asistir a las reuniones en Moscú, de manera que hacía uso de los telegramas al Comité Central. Si estallaba una crisis y necesitaba actuar

rápidamente, propondría una solución y buscaría que fuese aprobada. «Pido instrucciones» se convirtió en una frase de uso convencional incluso para él[9]. Las iniciativas personales unilaterales se hicieron más escasas, y en el Ejército Rojo, los Comisariados del Pueblo y la Cheká se estableció una red fiable de mando y enlace.

A Trotsky se le veía cómodo con su uniforme militar de un verde apagado, capa y gabán. Siempre había vestido con elegancia y la guerra, durante la cual él había cumplido los cuarenta años, le permitió satisfacer sus pretensiones en este sentido. También se le conocía por ser extremadamente puntilloso en el trabajo, y llevó esta cualidad a su actividad en las fuerzas armadas. Las reuniones tenían que empezar puntualmente. Los informes tenían que estar preparados en todos sus aspectos. En cuanto a la ropa, tenía que llevarse limpia y arreglada, lo mismo que las armas debían estar listas para su uso. Se enfadaba con cualquiera que se presentara sin las botas relucientes.

Trotsky no se andaba con bromas. Se dice que Yuri Piatakov, un miembro adjunto del Comité Central en 1921, temblaba cuando recibía una llamada telefónica suya[10]. Uno de los observadores más agudos de esa escena en tiempos de guerra fue Anatoli Lunacharski en el Comisariado del Pueblo para la Instrucción. Dudaba de que nadie como él, ni siquiera Lenin, «hubiese podido sobrellevar la misión titánica que se había impuesto, con esos movimientos repentinos de aquí para allá, con esos sorprendentes discursos, esas fanfarrias de órdenes sobre la marcha, ese papel de ser el electrificador constante de un ejército que se despierta, ahora en un lugar y luego en otro»[11]. Lunacharski también nos ilustra sobre el lado oscuro:

> Era imperioso a más no poder, e incapaz o poco dispuesto a ser de algún modo atento con la gente. La ausencia de ese carisma, tan propio de Lenin, condenaba a Trotsky a cierta soledad. Basta recordar que incluso varios de sus amigos personales (y me refiero naturalmente a la esfera política) se convirtieron luego en sus enemigos jurados[12].

Lunacharski, que escribía en 1923, se refería a los años anteriores a 1917, pero es evidente que ésos eran defectos duraderos en la personalidad de Trotsky.

El comisario del pueblo viajaba en lo que se conocía como el tren de Trotsky. Insistía a los miembros de su equipo para que todo estuviera en orden y les

reprendía si no cumplían sus especificaciones[13]. Mucha gente pensaba que sólo se trataba de una locomotora y de un grupo de vagones, pero de hecho había cuatro locomotoras y dos conjuntos completos de vagones a su disposición[14]. Tenía su propia cama, despacho, silla y sofá. Sus asistentes y sirvientes personales tenían su propio espacio separado y las instalaciones de cocina eran suficientes. El coche restaurante hacía las funciones de club para todo el equipo en trayecto. En uno de los vagones había una prensa. Trotsky convertía sus palabras en un torrente continuo de artículos y su sección de prensa, oficialmente conocida como Prensa de Campaña del Presidente del RVSR Trotsky, confeccionaba las octavillas y los periódicos en las estaciones en las que hacían parada[15]. Si el tren se detenía en una ciudad —o incluso en una pequeña población— por lo general ofrecía un discurso. Como las noticias sobre la administración soviética corrían como la pólvora, casi todo el mundo había oído hablar por lo menos de Lenin y de Trotsky. Mientras que Lenin hablaba exclusivamente en Moscú y Petrogrado, Trotsky fue la voz del bolchevismo en centenares de lugares de la Rusia europea y de Ucrania. Los obreros y campesinos que le escuchaban se quedaban a menudo extasiados, y siempre despertaba una gran expectación a su paso.

El tren de Trotsky disponía del siguiente personal a finales de 1918:

- 5 Asistentes personales
- 14 Equipo técnico (incluido fotógrafo, pintor, grabador y tesorero)
- 4 Personal administrativo del comandante del tren
- 41 Servicio de comunicaciones
- 13 Departamento de finanzas
- 5 Equipo directivo
- 2 Delineantes
- 17 Tipógrafos
- 12 Servicio personal de seguridad de Trotsky
- 35 Banda militar
- 6 Soldados de caballería del Primer Destacamento de Intendencia de Moscú
- 30 Segundo Regimiento Soviético de Fusileros Letones
- 15 Noveno Regimiento Soviético de Fusileros Letones
- 39 Artilleros del Tercer Regimiento de Cometidos Especiales

- 32 Trigésimo octavo Regimiento Simonovski-Rogozhskii de Infantería
- 11 Unidad de vagones blindados
- 14 Equipo del vagón restaurante
- 23 Fogoneros
- 16 Maquinistas
- 8 Engrasadores
- 38 Guardias[16]

No se trataba meramente de una unidad de transporte para el comisario del pueblo, sino de toda una organización militar y política.

Trotsky creció en estatura militar. Podía hacerse cargo de un expediente estratégico o táctico en segundos. Solicitaba informes del alto mando regularmente, y él mismo confeccionaba otros, y supervisaba todos los frentes desde la distancia, y los visitaba con frecuencia. Aprendía por intuición y por observación. Una vez que había cumplido con sus obligaciones militares y políticas le gustaba escribir sobre las políticas del partido en sus relaciones internacionales, lo mismo que sobre economía, seguridad y política en general.

Se planteó la cuestión de la procedencia nacional del personal de las fuerzas armadas. Los judíos y los letones gozaban de una gran representación en los sóviets, lo mismo que en la Cheká, pero no en el Ejército Rojo, pues sus conocimientos les convertían en valiosos administradores. En el Ejército Rojo se preguntaban por qué tan pocos de ellos prestaban servicio militar activo. A Trotsky le preocupaba que esto pudiera ocasionar una «fuerte agitación chovinista», y el Politburó le otorgó poderes, lo mismo que a Ivar Smilga, para que tomara medidas y corrigiera esa situación[17]. De este modo se solicitaba de un judío y de un letón que ampliaran la base étnica de las fuerzas armadas rojas. No disponemos de pruebas de que la situación cambiara en absoluto, pero por lo menos existía esa voluntad. Trotsky frenó a Lenin en otro aspecto de la cuestión nacional. En Ucrania los bolcheviques se enfrentaban a rivales políticos en la persona de los borotbistas, cercanos a los Socialistas Revolucionarios de Izquierda en muchas cuestiones, excepto en que perseguían los intereses nacionales de los ucranianos. Los borotbistas actuaban legalmente en los sóviets. En opinión de Trotsky se habían desviado «a la derecha» y dependían de «elementos kulak». Pedía que los ilegalizaran[18]. Lenin, sin embargo, quería que

el Partido Borotbista en su totalidad se incorporara al Partido Comunista Ruso (Bolcheviques) como medio para aumentar la proporción de la etnia ucraniana en sus puestos de Ucrania, y fue Lenin quien ganó la discusión en la dirección central del partido[19]. Trotsky estaba más pendiente que Lenin del peligro que representaba el desbordamiento de las aspiraciones nacionales en Ucrania. Sus advertencias no significaban que quisiera rusificar a los ucranianos: Trotsky aceptaba la proliferación de escuelas, universidades y prensa en ucraniano que se estaba produciendo[20].

Trotsky adaptaba el marxismo a su experiencia del tiempo de guerra. Al dirigirse a los estudiantes de la Academia del Estado Mayor en 1918 habló de que «sólo un ejército de clase puede ser fuerte». No sintió el impulso de explicar lo que eso significaba, y quizá no tuviera ninguna idea definida. Dijo también que los obreros y campesinos deberían promoverse hasta los altos rangos del Ejército Rojo si mostraban el talento o la capacidad suficientes. Pero lo que no podía asimilar era la promoción automática. Las fuerzas armadas tenían que ser eficientes. Por encima de todo era necesario que estuvieran bien dirigidas, y no había nada que sustituyera a las cualificaciones profesionales. Los «métodos partidistas» eran completamente inadecuados[21]. En general pensaba que los «oficiales rojos» eran de poca utilidad, y prefería promocionar a los suboficiales con probada experiencia militar[22]. De hecho, a finales de otoño de 1919 había facilitado el acceso a casi doscientos mil de éstos. Para Trotsky se trataba de algo tan importante como asegurar los servicios de sesenta mil oficiales del ejército imperial. También le complacía el hecho de que los obreros constituyeran una quinta parte de la fuerza del Ejército Rojo[23]. Nunca olvidaba su obligación de llamar al «proletariado» para darle la oportunidad de que se midiera en la acción. En cualquier caso, no tenía nada que ver con los pensamientos de un dictador militar en ciernes.

Y es que además Trotsky trataba a los antiguos oficiales imperiales con severidad hasta que se ganaban su respeto. Tomaba rehenes de sus familias. Estaba atento a las señales de traición después de hechos tan espectaculares como que líderes de la talla de Mijaíl Muravev se pasaran con sus tropas a las fuerzas antibolcheviques. Escribió a Stalin expresándole sus sospechas sobre Alexandr Verjovski, y siguió alertando sobre posibles deslealtades a lo largo de 1920[24]. La reputación de Trotsky como amigo de los cuerpos de oficiales zaristas estaba muy extendida entre los bolcheviques, y Stalin ayudó a

difundirla. Pero quedaba muy lejos de la realidad. Los mandos apreciaban y admiraban a Trotsky por un igual. Las ejecuciones sumarias eran una de sus medidas preferidas. En una ocasión reprendió a unos subordinados que habían omitido celebrar un consejo de guerra antes de ordenar un fusilamiento; pero el tono de la riña tampoco fue demasiado alto, porque él también deseaba mantener aterrorizadas a las tropas para asegurar su obediencia[25]. Trotsky siempre ponía énfasis en los resultados prácticos, y seguía siendo un fanático de la disciplina rigurosa. También puso en práctica una política para diezmar a los regimientos desertores o que mostraban cobardía bajo el fuego enemigo, y entre las víctimas se incluía a los mandos[26].

A la hora de explicar todo esto a los miembros del partido no lo hizo demasiado bien. De hecho, ni siquiera lo intentó. Dándole poca importancia a ponerse en contra de los bolcheviques veteranos, escribió como si hubieran contribuido escasamente a la Revolución de Octubre. En su libro *De octubre a Brest-Litovsk*, publicado en 1919, apenas mencionaba a las organizaciones bolcheviques; cuando se dignaba a hacerlo a veces prefería llamarles «los maximalistas». Parecía como si deseara desbolchevizar el pasado revolucionario[27].

Los bolcheviques eran estudiantes apasionados de la historia de revoluciones pasadas, y les atraía especialmente sacar lecciones de lo que había pasado en Francia en los años posteriores a 1789. Al derrocamiento de la monarquía absoluta le había seguido una sucesión de administraciones radicales. Maximilien Robespierre se había destacado como líder del ateísmo militante y de la transformación social, además de ser el promotor de la campaña del terror contra los enemigos internos de la Revolución francesa. Y, sin embargo, su autoridad se vio menoscabada tanto por el caos económico como por la intervención externa. Por otra parte, nunca consiguió extirpar todas las fuerzas políticas que se alineaban contra él, y en 1794 se convirtió en la víctima de una orden de ejecución en la guillotina. Este ambiente revolucionario febril permitió la emergencia de un joven oficial corso, Napoleón Bonaparte. Su éxito militar y la popularidad de que disfrutaba en el seno de las fuerzas armadas favorecieron que fuera nombrado cónsul en 1799. En 1804, proclamándose a sí mismo emperador, quiso anular muchas de las reformas radicales promulgadas por los regímenes precedentes. Los bolcheviques se temían algo parecido tras la Revolución de Octubre, y veían a Trotsky como el candidato más probable para

el papel de Napoleón soviético.

El asunto Panteleev continuaba asediándole. Sin embargo, como apuntaban los enemigos de Trotsky, en sus órdenes generales mantenía abierta la posibilidad de condenar a muerte a comunistas en servicio activo sin la debida consideración a las circunstancias específicas[28]. Su lenguaje violento no ayudaba. Cuando se descubrió la traición de unos antiguos oficiales del Imperio en el frente oriental, envió un telegrama en el que amenazaba con disparar a los comisarios que permitieran que los traidores se les escaparan de entre las manos. Dos dirigentes bolcheviques de las inmediaciones, Piotr Zalutski e Iván Bakáiev, se lo tomaron como una amenaza a sus vidas. Corrió la voz de que sólo la intervención de Ivar Smilga había salvado a Zalutski y Bakáiev de la ejecución. Incluso *Pravda* publicó una versión de esta historia. Trotsky se quejó con vehemencia del contenido de ese artículo, y en algunos detalles tenía razón[29]. Pero en un caso sí que estuvo a punto de provocar la ejecución de un prominente comunista, Mijaíl Kedrov, quien dirigía el Consejo Militar-Revolucionario del frente septentrional sobre Petrogrado. En septiembre de 1918 Kedrov rechazó aceptar una reubicación. Trotsky ordenó el establecimiento de un tribunal militar que se encargara de «todo aquel que eludiera sus deberes y ejerciera la oposición». Trotsky quería que la lección quedara bien aprendida: «Los saboteadores del sóviet tienen que ser juzgados con la misma severidad que los burgueses.»[30]

Para abril de 1919 Trotsky había decidido que sólo una investigación del Politburó iba a permitirle limpiar su nombre en el caso Panteleev. Nikolái Krestinski, Leonid Serebriakov y Smilga llevaron a cabo la instrucción procesal[31]. Krestinski y Serebriakov habían estado del lado de Trotsky en la disputa sobre Brest-Litovsk e iban a apoyarle también en las controversias del partido en la década de 1920. Su inclusión en una encuesta sobre la muerte de Panteleev era una señal de que la dirección del partido no quería importunar a Trotsky en un momento de intenso peligro militar para el Estado soviético. Trotsky sostuvo que había actuado correctamente al aprobar la decisión del tribunal revolucionario militar de ejecutar al comisario político. Lo habían fusilado no por su condición de comunista, sino por su cobarde deserción[32]. En mayo de 1919 hizo otro intento personal más para tratar con severidad con un bolchevique. Trotsky había advertido contra la asignación al Ejército Rojo de un tal Paniushkin. Éste había respondido a sus peores temores al negarse a entregar

a seiscientos desertores a la justicia sumaria[33]. Trotsky reclamó que se entregara a Paniushkin a un tribunal de la República. Tras la polémica que había acompañado al asunto Panteleev propuso primero que se expulsara a Paniushkin del partido, y se mostró precavido al dejar que fuera el Politburó quien decidiera. El Politburó le hizo caso omiso y se limitó a cambiar de destino a Paniushkin, ubicándolo en la Cheká y manteniéndolo como miembro del partido bolchevique[34]. Trotsky estaba furioso y continuó recogiendo pruebas de la «actividad criminal» de Paniushkin[35].

Trotsky escogía a sus ayudantes según criterios de capacidad y no le importaba que su incorporación al bolchevismo no contara con antecedentes sólidos. Había escogido a Ephraim Sklyansky como subdirector del Consejo Militar Revolucionario de la República. Brillante y enérgico, Sklyansky había sido un marxista activo, pero no un bolchevique antes de la Gran Guerra. Había llamado la atención de Trotsky como médico militar y como militante político, y su éxito como comisario en el alto mando militar inmediatamente después de la Revolución de Octubre le confirmaba como una persona de indudable talento[36]. Trotsky también escogió a asistentes personales como Mijaíl Glazman, Gueorgi Bútov e Ígor Poznanski. Glazman era bajo, juvenil y dinámico. Había empezado como taquígrafo en los itinerarios de Trotsky. Inquebrantable en el combate físico, se convirtió también en un administrador brillante[37]. Bútov y Poznanski tenían cualidades similares. Desafortunadamente para Trotsky, su elección de subordinados acentuaba las sospechas que infundía.

Continuó mostrando una gran valentía. Su actuación en Sviyazhsk era conocida en todos los ámbitos del Ejército Rojo. El peligro estuvo presente también cuando el tren chocó contra un obstáculo en la estación de Gorki, al sur de Moscú. Era noche cerrada y una terrible sacudida le despertó:

> Todavía medio dormido, me sujeté con todas mis fuerzas a la cama. El traqueteo habitual cesó y el coche se quedó de lado, inmóvil. En el silencio de la noche sólo se oía una vocecilla débil, quejándose. La pesada portezuela del vagón había encajado de tal modo, que no había manera de abrirla. No aparecía nadie y esto aumentaba la sensación de angustia. ¿Habríamos caído en manos del enemigo? Me lancé por la ventanilla, revólver en mano, y tropecé con un hombre que se alumbraba con una linterna. Era el jefe del tren, que no había conseguido llegar a

> donde estaba yo. El coche se había quedado asomándose al borde del talud, con tres ruedas enterradas en el terraplén y las otras tres en el aire, muy por encima de los raíles. Las plataformas trasera y delantera estaban completamente astilladas. Los hierros delanteros tenían aprisionado y magullado al centinela que iba de guardia en la plataforma. Era el que se quejaba y su vocecita, en medio de la oscuridad, parecía el llanto de un niño[38].

Trotsky no mencionaba estos incidentes en los informes que le pasaba a Lenin: daba por sentado que era algo demasiado común en la guerra.

Había empezado a pensar en él mismo como militar. El conflicto armado unía con su lazo a todos los que lo habían experimentado. «Militarismo» siempre había sido uno de los términos más peyorativos que podía existir entre los marxistas. Trotsky se alzó contra esta convención. Los métodos militaristas, decidió, no eran tan malos después de todo. Inducían a la exactitud mental, la concisión verbal y la precisión práctica. La vida en el ejército implicaba estar preparado para la acción y para tomar responsabilidades. Trotsky sacó la conclusión de que estas cualidades tampoco vendrían mal en tiempo de paz y fuera del Ejército Rojo[39].

No había olvidado los objetivos últimos del marxismo y seguía aspirando a crear un mundo sin guerra. Sobre este tema escribió un artículo conmovedor para *Izvestiya* en julio de 1919. Comentaba en él que la gente decía que el conflicto armado era una característica eterna de las sociedades humanas. En un tiempo también había habido canibalismo, pero en la mayor parte de las comunidades humanas ya no se practicaba. Las guerras de los caballeros feudales también habían caído en el olvido. De manera más reciente se había dado la costumbre de que dos individuos resolvieran sus diferencias por medio de un duelo. Pero todo eso se había acabado. Las «guerras nacionales» dominaban en esos momentos el panorama de la política mundial, pero no había motivo para desesperar. La historia seguía adelante. El marxismo enseñaba que «la guerra era y sigue siendo una forma de explotación armada y de lucha armada contra la explotación»[40]. La conclusión era obvia: tan pronto como el socialismo triunfara en todo el globo y el proletariado hubiera vencido a la burguesía, las condiciones objetivas que favorecían la existencia de las guerras de cualquier tipo desaparecerían. Aunque Trotsky no disponía de un plan

plausible mediante el cual poner fin al conflicto, valoraba la visión de una sociedad global armoniosa. No había perdido su capacidad de soñar.

12

Victoria roja

La guerra entre rojos y blancos alcanzó su máxima intensidad en los inicios de 1919. Kolchak, animado por sus éxitos en los Urales, tomó medidas para emprender una ofensiva en dirección a Moscú. Los blancos también podían contar con el Ejército Voluntario, que en esos momentos, tras la muerte de sus fundadores, los generales Mijaíl Alexéiev y Lavr Kornílov, estaba dirigido por el general Antón Denikin, quien se estaba preparando para destruir el bolchevismo. El gobierno de la Ucrania independiente erradicó las organizaciones del partido bolchevique que intentaban implantarse después de que se hubiera puesto fin a la ocupación alemana. Los británicos y franceses dieron su apoyo político y material a Kolchak y Denikin. El Estado soviético cubría un área solamente un poco mayor que el principado medieval de Moscú.

Trotsky estaba dedicado por entero a la coordinación de las fuerzas armadas soviéticas, de modo que no pudo asistir al VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia celebrado en marzo. Perdió la oportunidad de defender su política militar frente a los críticos. Su ausencia también significaba que no era consciente de hasta qué punto crecía la oposición a la manera de reconstruir el Estado soviético. Un pequeño grupo llamado los Centralistas Democráticos, dirigidos por Timofei Sapronov, aprobaba la centralización organizativa, pero insistía en que debería existir un control democrático desde abajo tanto en el partido como en los sóviets. Lamentaban que hubiera disminuido el número de cargos directamente electos, y sugerían que habían aparecido tendencias dictatoriales y que éstas deberían ser eliminadas. Otros disidentes en el partido querían ir mucho más lejos. En el plazo de un año formarían la Oposición Obrera. Bajo la dirección de Alexandr Chliapnikov y Alexandra Kollontai, este grupo sostenía que los obreros y campesinos tenían que contar con la capacidad de tomar decisiones en el terreno económico. Los oposicionistas insistían en que sus ideas habían formado parte anteriormente del núcleo de las doctrinas del partido. Reclamaban una vuelta al programa de 1917. Los Centralistas

Democráticos y la Oposición Obrera llamaron a rendir cuentas a toda la dirección central. No se metían con Trotsky más que con cualquier otro, pero su figura seguía siendo cuestionada, y de haber asistido al congreso habría pasado por momentos difíciles.

La guerra civil solicitaba su presencia en otro lugar. La Rusia central quedaba directamente en el camino de las fuerzas de Kolchak. Lenin llamó a defender la Revolución como una forma de dar la alarma sobre la situación de emergencia que se extendía sobre Moscú. Kolchak mantuvo su ofensiva hasta mayo de 1919, cuando el Ejército Rojo hizo retroceder a los blancos más allá de los Urales y los persiguió a lo largo de la línea del Transiberiano. Además, las insurrecciones de los campesinos significaban para los blancos un problema tan grave como el Ejército Rojo. Los consejeros de los Aliados occidentales criticaban a Kolchak y amenazaban con retirarle la ayuda extranjera a menos que se comprometiera a convocar elecciones si triunfaba sobre el bolchevismo. Su capacidad de dirigir y coordinar degeneró en el caos. Su acceso a los productos industriales desaparecía en cuanto llegaba a zonas dedicadas a la fabricación. Los rojos contaban con una ventaja numérica importante en tropas y equipo, y también tenían mejor acceso al transporte y las comunicaciones. Pero ni siquiera en esa situación los blancos perdieron la esperanza. En varios lugares a lo largo de la línea ferroviaria Kolchak dio el alto para reagrupar a sus tropas y contener así el avance de los rojos[1].

Vacietis, como comandante en jefe supremo, era partidario de establecer un período de recuperación e instrucción para el Ejército Rojo; pero Serguéi Kámenev, que dirigía a las tropas rojas en el frente oriental —y que no tenía ninguna relación con el miembro del Politburó— no estaba de acuerdo: en sus telegramas urgía a Lenin y Trotsky a reemprender el avance. Tanto celo incitó el aprecio de Lenin, y el Politburó, junto con Smilga y Lashevich en el Consejo Militar Revolucionario de la República, decidió sustituir a Vacietis por Kámenev. Esta decisión enojó a Trotsky, quien coincidía con Kámenev en que había que pensar en el cansancio de las tropas lo mismo que en el peligro creciente que suponían las fuerzas de Denikin en su subida desde el sur, en dos acometidas en paralelo a través de la cuenca del Donets y Ucrania. Asimismo, como Trotsky admitiría más tarde, también existía el riesgo de que Kolchak pudiera recuperar fuerzas si se le daba un descanso de varias semanas. Los argumentos de ambos bandos quedaban equilibrados. Stalin envió mensajes a

Lenin en los que se insinuaba que Trotsky volvía a las andadas. En realidad, Trotsky estaba amargado. Después de perder la batalla por mantener a Vacietis, se sentía infravalorado. En un ataque de resentimiento, presentó la dimisión como comisario del pueblo para Asuntos Militares, al tiempo que advertía a sus compañeros en la dirección del partido del peligro que representaba subvarlorar la amenaza de Denikin en el frente meridional.

Lo último para él fue el recrudecimiento de las objeciones a su manera de dirigir el Ejército Rojo. Se sentía enfermo, estaba exhausto; quería solidaridad y apoyo. Otras personas del Comité Central lo desaprobaban, pero también sabían que sería un comisario del pueblo muy difícil de reemplazar. El 5 de julio se instó a la dirección del partido para que decidiera.

> El Orgburó y el Politburó del Comité Central, después de examinar la declaración del camarada Trotsky y de discutirla en todos sus aspectos, ha llegado a la conclusión unánime de que no están en absoluto dispuestos a aceptar la dimisión del camarada Trotsky ni a cumplir con su solicitud.
>
> El Orgburó y el Politburó del Comité Central harán todo lo que esté a su alcance para que el trabajo en el frente meridional —trabajo que es ahora el más difícil, peligroso e importante, y que el camarada Trotsky ha escogido— sea lo más adecuado a sus requerimientos y lo más productivo para la República. En su rango como comisario del pueblo para Asuntos Políticos y como presidente del Consejo Militar Revolucionario, el camarada Trotsky dispone de todos los poderes para actuar también como miembro del Consejo Militar Revolucionario en el frente meridional en cooperación con el comandante del frente (Yegorov), a quien él mismo propuso y a quien el Comité Central confirmó en consecuencia.
>
> El Buró de Organización y el Buró Político del Comité Central quieren facilitar al camarada Trotsky todos los medios para asegurar cuanto él creyera necesario en la corrección de la línea de la cuestión militar y, si lo desea, para intentar adelantar la convocatoria del congreso del partido[2].

Incluso Stalin firmó esta resolución[3].

Lenin escribió a Sklyansky: «La enfermedad de Trotsky es una auténtica

desgracia en este preciso momento.»[4] También le facilitó a Trotsky una carta de apoyo:

> ¡Camaradas!
> Conozco la severidad de las órdenes de Trotsky, pero estoy tan convencido —y de manera absoluta— de que esta orden particular del camarada Trotsky es correcta, necesaria y vital para el bien de la causa, que apoyo sin reservas la orden dada.
>
> V. Uliánov (Lenin[5])

La idea era que Trotsky pudiera pasársela por la cara a los dirigentes bolcheviques que le pusieran obstáculos, pero nunca tuvo que utilizar esa carta. De cualquier manera, su orgullo había quedado restablecido y se mostró de acuerdo en retomar sus obligaciones.

A esas alturas nadie podía dudar de que la ofensiva de Denikin tenía posibilidades de triunfo. Los blancos se habían desplazado rápidamente desde el sur, y habían tomado Tsaritsin y Jarkov en la segunda mitad de junio. Denikin proclamó su plan conocido como Directiva de Moscú desde Tsaritsin. Mediante un despliegue de sus fuerzas, ordenó que tomaran todas las vías férreas que llevaran a la capital rusa. Kiev cayó frente a las fuerzas blancas a finales de agosto. Trotsky partió en su tren hacia el frente. Aunque conservaba un resquicio de amargura por la última crisis interna del partido, le gustaba comprobar que los comisarios políticos acababan aceptando sus ideas militares en los muchos encuentros que mantenía con ellos[6]. La supervivencia del orden soviético pendía de un hilo y Trotsky volvió a concentrar al Ejército Rojo. Llegaban noticias de que los progresos de Denikin decaían. Sus efectivos avanzaban hacia el norte desde Tsaritsin, pero carecía de los hombres y los suministros necesarios para vencer a los contingentes rojos con los que se enfrentaba, y ante una feroz resistencia tuvo que detenerse a unos 350 kilómetros al norte de Saratov[7]. El principal impulso para los blancos iba a tener que venir a través de la Ucrania central. Trotsky permanecía en las cercanías de Kiev, y confiaba en la operación en la región del Volga[8]. Ucrania era un asunto diferente. Cada una de sus

provincias hervía con las revueltas campesinas. Los bolcheviques contaban con pocos ucranianos como miembros del partido. La administración soviética había irritado a los campesinos al intentar forzarles a formar granjas colectivas. Trotsky dio prioridad a los esfuerzos políticos y militares que se hacían para asegurar la permanencia de la región en el ámbito de la Revolución de Octubre.

Tanto los rojos como los blancos tenían problemas con los campesinos, que se habían organizado en bandas de guerrilleros. Conocidos como el Ejército Verde, luchaban en defensa de los derechos rurales. Rechazaban las exigencias que se les hacían en cuanto a levas forzosas y grano. Los verdes operaban en la mayoría de provincias. A veces los dirigían los anarquistas, o los Socialistas Revolucionarios, y en algunas áreas como Ucrania constituían contingentes de decenas de miles de hombres. Denikin tenía la reputación de ser un enemigo de los campesinos. Su ejército sufrió numerosas bajas mientras intentaba abrirse camino hacia el norte.

El resultado de esta campaña quedó claro en el verano de 1919 tras una serie de desgastadores enfrentamientos militares. No se trató de batallas demasiado prolongadas, pero los blancos se veían más y más diezmados tras cada enfrentamiento. Los comunistas sacaron provecho de su superioridad numérica, en equipamiento militar y en comunicaciones. Por otra parte, el retorno del control rojo en los Urales y en la Siberia occidental en cierto modo alivió la escasez de alimentos en las grandes ciudades rusas. Denikin había establecido su estrategia en base a la posibilidad de éxito de un golpe rápido. Como esto no ocurrió, tuvo que retirar sus tropas hacia Crimea. Trotsky y los rojos los persiguieron de inmediato. Al hacerlo, aquél volvía a sus lugares de infancia. No iba a ser ése un regreso tranquilo, tal como había indicado en un telegrama a Moscú: «La primera exigencia es una purga radical en la retaguardia, especialmente en los grandes centros: Kiev, Odessa, Nikoláiev, Jersón». Solicitaba el envío de hasta dos mil nuevos militantes de la capital. Argüía la necesidad especial de «unidades de la Cheká completamente fiables». Una vez resovietizada, Ucrania tenía que asegurarse para el bolchevismo sobre bases permanentes[9]. El Politburó le suministró quinientos militantes y apoyó su plan general[10].

En Kiev continuó la planificación de disposiciones estratégicas en el sur de Ucrania. Una posibilidad era retirar tropas desde la costa del mar Negro. Trotsky envió telegramas a Moscú dirigidos a Sklyansky sobre las conclusiones a que

había llegado, pero surgieron algunos malentendidos entre el Consejo Militar Revolucionario de la República y el Politburó. Trotsky le dedicó una reprimenda a Sklyansky: «Has vuelto a confundirte por no poner atención al leer los telegramas». Incluso le acusó de pereza[11]. Pero el momento de tensión pasó pronto. Trotsky obtuvo las municiones que pedía para un asalto en toda regla a las posiciones de los blancos en el sur. El Politburó, que recibía informes actualizados y detallados, «sugirió» que debería dar preferencia a la defensa de Odessa, y sus miembros le aseguraban que «nuestra ayuda no está muy lejos»[12]. Trotsky se daba cuenta de que la mayor amenaza para el gobierno soviético en Odessa era una sublevación de «colonos[13]». (Probablemente fueran alemanes más que judíos). Antes de que pudiera aprovechar conocimiento de la región adquirido en su infancia, supo que la otra mitad de las tropas de Denikin avanzaba de nuevo por el este y empezaba a amenazar Voronezh, cerca del río Don. Parecía que Denikin se proponía aislar a Trotsky y los rojos en Ucrania. «¿Qué ocurre? —le preguntó Trotsky a Sklyansky—. ¿Cómo es posible que algo semejante se nos haya pasado por alto? Dile al comandante en jefe que las cosas no pueden hacerse así.»[14]

Trotsky era tan culpable como el que más, puesto que él había optado por concentrar las fuerzas rojas en Ucrania. Era urgente redistribuirlas. Los progresos contra las tropas de Kolchak eran constantes, y la victoria final parecía próximo. Trotsky, el Consejo Militar Revolucionario de la República y el alto mando del Ejército Rojo recuperaron su actitud de determinación tranquila. Los rojos redujeron a las tropas blancas residuales. También atacaron a las fuerzas de los campesinos, los llamados verdes, bajo el mando de Néstor Majno y Nikifor Grigoriev, que hasta entonces habían cooperado en la lucha contra los contingentes de Denikin. Trotsky ordenó extirpar cualquier atisbo de hostilidad armada al bolchevismo al tiempo que volvía a instaurarse la República Soviética de Ucrania. Se libró una última batalla con Denikin cerca de Oriol, a medio camino entre Moscú y Jarkov. Los rojos obtuvieron una victoria aplastante. Denikin, aparte de unos cuantos intentos para detener y atacar a los rojos, concentró sus esfuerzos en mantener unido a su ejército en retirada. Entre los blancos la moral era muy baja, pero él mantenía la esperanza de poder reagrupar a sus oficiales y tropas en Crimea con la vista puesta en el lanzamiento de una segunda gran invasión sobre Ucrania y Rusia.

En ese mismo momento se produjo la emergencia de un tercer ejército

blanco desde la Estonia independiente. El general Nikolái Yudénich estaba al frente. Si bien sus preparativos se habían prolongado más que los de Kolchak y Denikin, había invertido sabiamente el tiempo. Habían recorrido los campos de concentración de Alemania en busca de voluntarios para luchar contra los rojos. Los aliados occidentales les proporcionaban una gran abundancia de armamento, incluyendo tanques. Yudénich también había reclutado a estonios que querían asegurarse de que no se estableciera un régimen soviético en su patria. Estonia era un Estado soberano desde febrero de 1918, y sus habitantes estaban decididos a conservarlo. Los blancos de Yudénich se desplazaron hacia el este a primeros de octubre de 1919 y tomaron a los bolcheviques por sorpresa. Trotsky y el alto mando del Ejército Rojo estaban en esos momentos dirigiendo operaciones al sur de Moscú.

Petrogrado quedaba en el camino de Yudénich, y Zinoviev, que estaba radicado allí, comprendió el peligro que corría la ciudad. Sus informes pesimistas dirigidos a Lenin indujeron a la dirección central del partido a tomar muy en serio la posibilidad de abandonar la ciudad. Trotsky, que seguía la discusión desde lejos, estaba sorprendido:

> Los elementos dirigentes de Petrogrado, entre los que destacaba Zinoviev, dieron cuenta a Lenin del magnífico armamento de que estaban dotados los atacantes: ametralladoras, tanques, aeroplanos, monitores ingleses en los flancos, etc. Lenin llegó a la conclusión de que sólo dejando desamparados e indefensos los demás frentes, sobre todo el frente meridional, podríamos dar la batalla con éxito al ejército de Yudénich, formado casi exclusivamente por oficiales y equipado con arreglo al último grito de la técnica. Pero esto era imposible. En su opinión sólo cabía una cosa: abandonar Petrogrado al enemigo y reducir el frente. Cuando hubo llegado al convencimiento de que esta dolorosa amputación era imprescindible, Lenin hizo grandes esfuerzos por ganar la opinión de los demás.
>
> Yo, al volver del frente sur a Moscú, me opuse tenazmente a este proyecto[15].

Lenin y Trotsky se enfrentaron. El Politburó estaba dividido. Hasta veinticuatro horas después Trotsky no cejó en la discusión, con la ayuda de su

amigo político Krestinski y de su enemigo Stalin. Fue entonces cuando Lenin dijo al fin: «¡Bien, bien, vamos a intentarlo!»[16]

El Politburó adoptó el borrador del decreto de Trotsky para «transformar la Rusia soviética en un campamento militar». Los hombres que no estuvieran en filas tenían que registrarse para su disponibilidad militar. Hablar de la evacuación de Petrogrado se consideraría traición. Trotsky prometió «defender Petrogrado hasta derramar la última gota de sangre, no ceder ni un pie de terreno, luchar, si fuera necesario, en las calles de la ciudad»[17]. El peligro del avance blanco había aumentado. Cuando Trotsky marchó hacia el norte, el 16 de octubre, Yudénich había avanzado hacia el este en dirección a Tsarskoe Selo, y estaba a trece kilómetros de Petrogrado. Ningún otro comandante de los ejércitos blancos había llegado tan cerca de una de las dos capitales rusas.

Cuando Trotsky llegó a Petrogrado no le impresionaron los preparativos que llevaban a cabo las autoridades de la ciudad. Se mostró arisco con Zinoviev. Stalin también acudió a Petrogrado a instancias de la dirección del partido, y se distinguió reuniendo a un grupo de ciudadanos de clase media en una línea al frente de las fuerzas rojas como para disuadir a Yudénich de disparar sobre los defensores de la ciudad. Las ejecuciones masivas «ejemplares» fueron otra de las medidas de Stalin[18]. Trotsky no puso objeciones. A veces parecía como si Trotsky y Stalin compitieran por el cargo de comisario más brutal. Al mismo tiempo, sin embargo, Trotsky encontró el modo de levantar los ánimos de sus tropas. Encargó a Demyan Bedni que compusiera versos conmovedores para la operación militar. (La mujer de Bedni mostró su desesperación al verle acompañar al ejército, y Trotsky tuvo que prometerle que se lo devolvería sano y salvo.)[19] La iniciativa de Trotsky demostró ser positiva cuando el poeta apareció con un poema sobre los tanques de Yudénich y el arrojo del artillero Vanka para contener su avance, y los soldados del Ejército Rojo respondieron bien[20]. Entretanto, Trotsky metía el miedo en el cuerpo de los oficiales del partido y del sóviet en el Instituto Smolny de Petrogrado. No aceptaba nada que no fuera una implicación total y desinteresada. Ordenó purgar a todos los remisos e incompetentes. Allí donde quedaba algún vacío, lo rellenaba con el contingente militar que le acompañaba siempre en el tren de Trotsky.

«¡No entregaremos Petrogrado!» era su lema. Cuando un regimiento del Ejército Rojo fue dispersado por el ataque de los blancos, Trotsky no lo dudó ni un momento y tomó el mando. Saltó sobre el caballo más cercano y alcanzó a los

soldados que se retiraban. Su disciplinado Kozlov corría tras él y entre los dos reagruparon a los soldados, endurecieron la determinación de su mando y reordenaron la disposición del frente contra Yudénich[21]. Ésta fue la única ocasión en la guerra civil en que tuvo que suplantar a sus «especialistas militares» en una acción directa. Trotsky mereció la Orden de la Bandera Roja por su valentía y liderazgo[22]. No era la primera vez, ni sería la última, que ponía en riesgo su vida durante la guerra civil, pero este episodio aseguró su reputación como líder militar entre los profesionales.

Pese a todo, Yudénich todavía tenía que ser derrotado. Trotsky recibía informes de que los finlandeses a las órdenes del general Mannerheim estaban considerando la posibilidad de entrar en el conflicto en el bando de los blancos. Mannerheim deseaba prevenir los problemas que en un futuro pudieran suscitar los comunistas rusos en una frontera que quedaba a tan sólo cincuenta kilómetros al norte de Petrogrado. La respuesta de Trotsky fue que si las fuerzas finlandesas intentaban contactar con Yudénich, los rojos iban a hacerles retroceder hasta Helsinki. La amenaza finlandesa se diluyó inmediatamente, y Yudénich tuvo que acabar la campaña con su propio ejército. Cuando los oficiales británicos adjuntos le recomendaron que lanzara un ataque total e inmediato, vaciló. Eso fue un error. La magra defensa roja se iba reforzando día tras día. Cuando la batalla se inició en las afueras de Petrogrado la ventaja de Trotsky en cuanto a efectivos era de cinco sobre uno. Yudénich perdía sus unidades estonias. Después de haber echado a los rusos de su país se mostraban reacios a luchar por «Rusia una e indivisible». Kámenev, comandante en jefe supremo, tomó la iniciativa el 21 de octubre. El ejército de Yudénich fue empujado con insistencia hacia el oeste. Las deserciones se multiplicaban en las filas blancas, hasta que los rojos alcanzaron la frontera estonia. El tercer —y último— gran ejército blanco había sido vencido en el campo de batalla, y los rojos habían ganado su guerra contra los blancos en Rusia y en gran parte de Ucrania[23].

No hubo tiempo para celebrar nada. Los conflictos armados continuaron azotando los territorios ruso y ucraniano, pues los campesinos se levantaron contra el orden soviético con sus expropiaciones y su servicio militar obligatorio. El Ejército Rojo apenas acababa de vencer a Yudénich cuando ya se le enviaba a sofocar las rebeliones. El recorrido de los verdes parecía no tener fin, sucediéndose de provincia en provincia. Los motines estallaron en cuarteles del

Ejército Rojo. Las huelgas surgieron en un número cada vez mayor de fábricas y minas. Los choques interétnicos e interreligiosos también se sucedieron en las regiones más distantes. Los bashkires y los tártaros luchaban entre ellos en los Urales meridionales. Las comunidades musulmanas luchaban con los rusos en las provincias bañadas por el Volga.

Los restos de los ejércitos blancos no habían aceptado la derrota. Al tiempo que el almirante Kolchak se desplazaba hacia Siberia, algunos de sus oficiales pensaban en la mejor manera de reagruparse y hacer de nuevo frente a los rojos. Sus esperanzas se vieron defraudadas por la decisión del Reino Unido y Francia de suspender su intervención en la guerra civil. En diciembre de 1919 los británicos se retiraron de Arkangelsk, y los franceses de Odessa. Ni Trotsky ni sus camaradas hicieron demasiados comentarios, pues no querían precipitarse en extraer la conclusión de que la amenaza de una cruzada antibolchevique había acabado. De todas maneras, las informaciones de que disponían sobre las intenciones de los ministros de Londres y París eran escasas. El cansancio de la guerra afectaba a todos los grandes poderes. Los partidos socialistas, aunque les disgustaban los aspectos dictatoriales del bolchevismo, ponían reparos a los intentos armados para derrocar a Lenin y Trotsky. La oposición política a una intervención militar en la Rusia soviética se fortalecía cada vez más. David Lloyd George, primer ministro británico y líder del Partido Liberal, que ganó las primeras elecciones posteriores a la guerra en coalición con los conservadores en 1918, sostuvo con éxito que la mejor manera de erradicar el bacilo de la revolución era restaurar los tratos comerciales con Rusia y demostrar con el ejemplo que la economía de mercado funcionaba mejor para el pueblo que la propiedad industrial del Estado. La geopolítica se había vuelto del lado del Politburó.

Un partido que parecía condenado a la derrota a mediados de 1918 triunfaba a fuerza de determinación, organización y liderazgo. Trotsky subrayaba a menudo estas características en el esfuerzo militar rojo. También veía en el resultado de la guerra civil una confirmación del inevitable triunfo global del socialismo en Europa y Norteamérica y valoraba como se debía la valentía de los comisarios y comandantes rojos. Los otros aspectos no le merecían demasiada atención. Los rojos se habían beneficiado de su permanencia en Moscú y Petrogrado. Esto les daba la ventaja logística del núcleo de la red de ferrocarriles rusa. También les proveyó de una región densamente poblada en la que reclutar a sus soldados. La suerte también tuvo su parte. Si los alemanes o los aliados

occidentales hubieran estado en disposición de desplegar sus fuerzas en la Rusia central se hace difícil pensar que no hubieran derrocado al Sovnarkom. Los rojos habían estado al borde de la derrota en numerosas ocasiones durante la guerra civil. Pero Trotsky nunca se permitió pensar que los blancos podrían imponerse a los rojos. En ese tiempo era más franco. En sus llamamientos y proclamas había dicho a los obreros y soldados que la suerte de la Revolución de Octubre estaba íntegramente en sus manos. La guerra civil fue en verdad un conflicto muy reñido entre los rojos y los blancos.

Un solo ejército blanco seguía constituyendo una fuerza de combate. Denikin había retrocedido hasta el sur de Ucrania tras su desastrosa campaña de verano. Desmoralizado por los contratiempos, entregó el mando. Le sustituyó el general Piotr Wrangel en abril de 1920. Este último ejército blanco se vio empujado más al sur hasta acabar reagrupándose en Crimea. Wrangel cedió por fin la razón a quienes sostenían que la estrategia de Kolchak, Denikin y Yudénich había fracasado en parte por no haber impedido que el campesinado se soliviantara. Wrangel prometió dejar a los campesinos con la tierra recibida a través de la Revolución de Octubre. Tuvo en cuenta los consejos políticos de líderes liberales. Restauró la disciplina en su ejército y reunió todo el armamento y la munición que cayó en sus manos. Trotsky cometió el error de no tomarlo en serio. A sus ojos los blancos ya habían sido derrotados, y la tarea del gobierno era consolidar el régimen soviético, tratar de lograr la recuperación económica y —si era posible en alguna medida— extender la revolución a otros países de Europa.

13

La revolución mundial

Los líderes soviéticos buscaban la oportunidad de romper su aislamiento en Europa. Su ambición era la revolución mundial. La ideología conformaba cada paso en sus relaciones internacionales. Una razón práctica reforzaba su empeño: mientras siguieran dirigiendo el único Estado europeo de extrema izquierda serían un objetivo evidente para los ataques de una coalición de poderes capitalistas. Tan pronto como el poder militar alemán empezó a temblar en el oeste —e incluso algo antes— la dirección del partido comunista reactivó sus preparativos para extender la revolución hacia Occidente. El plan consistía en formar una Tercera Internacional que sustituyera a la Segunda. Los bolcheviques creían que esta Segunda Internacional, en la que se combinaban partidos socialistas y laboristas de Europa, había quedado irremisiblemente desacreditada por el apoyo que muchos de esos partidos habían ofrecido a las campañas bélicas de sus naciones. La necesidad urgente era una nueva organización global dedicada a abatir el capitalismo y a promover la revolución.

Una vez que la disputa sobre Brest-Litovsk se hubo extinguido, las diferencias sobre la política exterior en la dirección del partido habían cesado, de manera que Lenin, Trotsky, Bujarin e incluso Zinoviev y Stalin se mostraban generalmente de acuerdo. No se trataba de una mera apariencia de unidad. En aquellos momentos la dirección central del partido había puesto el énfasis en defender la Revolución de Octubre y en evitar las iniciativas militares arriesgadas en el extranjero. La guerra civil había sacado a la luz aspectos ocultos. La debilidad soviética había quedado expuesta de manera brutal, de modo que los líderes del Kremlin a la izquierda del partido habían abandonado su costumbre de llamar a la insurrección armada inmediata para exportar la revolución a Occidente. Por otra parte, habían dejado de acusar a Lenin de ser una veleta política, pues al fin habían comprendido que realmente quería inducir un levantamiento revolucionario en Europa central tan pronto como surgiera la oportunidad real de hacerlo. Pero en aquellos momentos todavía había que

derrotar a los blancos, y Kolchak, Denikin y Yudénich suponían un verdadero peligro. El partido en su totalidad había mostrado su acuerdo en que todos los recursos tenían que dirigirse a hacer morder el polvo a los ejércitos blancos. Trotsky también compartía esa idea. Mientras recorría infatigable los frentes, a menudo soñaba en propuestas de medidas que rompieran la cadena del imperialismo en todo el mundo; pero ni una sola vez propuso un plan de acción que perjudicara las posibilidades de victoria de los rojos en la guerra civil.

En sus memorias Trotsky hablaría poco de esa cautela suya en las relaciones internacionales durante los dos años posteriores al tratado de Brest-Litovsk, pues se empeñaba en dar la impresión de que en las décadas posteriores a 1917 sus preferencias se inclinaban de forma constante por la política exterior. Esto tenía visos de realidad en cuanto a los objetivos fundamentales que perseguía, pero no era del todo exacto. Sólo a partir de 1923 aproximadamente apostó de manera abierta por la acción revolucionaria en Europa, aunque sabía que podía poner en peligro la seguridad militar soviética. Durante la guerra civil había adoptado una postura más prudente.

Los preparativos para la Tercera Internacional se habían hecho incluso antes de la derrota de Alemania en noviembre, y Trotsky participaba en ellos. Según las expectativas, los camaradas en Berlín requerirían de la asistencia comunista siempre que triunfaran en llevar a cabo su insurrección y anunciaran la creación de un régimen de corte soviético. En tanto que comisario del pueblo para Asuntos Militares correspondían a Trotsky las labores de refuerzo del reclutamiento para el Ejército Rojo. Las fuerzas militares soviéticas crecieron mucho más en número de lo que era necesario para la guerra civil. Él y otros dirigentes bolcheviques estaban decididos a adquirir la capacidad adicional para intervenir en Europa central cuando fuese conveniente[1]. El Comisariado del Pueblo para Suministros de Alimento, bajo la dirección de Alexandr Tsiurupa, intensificó sus esfuerzos con el mismo objetivo. Los depósitos desbordaban de grano en previsión de que los obreros alemanes necesitaran ayuda para alimentarse si la extrema izquierda política tomaba el poder[2]. Sverdlov reunió a un pequeño grupo de bolcheviques veteranos para redactar al detalle el proyecto de una Tercera Internacional. Si Trotsky se preguntaba si Lenin y Sverdlov habían abandonado su compromiso de exportar la Revolución de Octubre, en esos momentos sabía cuál era la respuesta[3].

Las responsabilidades en el Ejército Rojo le mantenían alejado de los

detalles de la planificación internacional en Moscú tras el fin de las hostilidades en el frente occidental. La situación era compleja y fluida. Los aliados occidentales todavía no habían tomado sus decisiones sobre el tratado de paz. En las potencias centrales derrotadas se vivía una gran confusión. El káiser Guillermo II había abdicado del trono alemán antes de huir a Holanda. Un gobierno liderado por el socialdemócrata Friedrich Ebert tomó el poder en Berlín, pero la Liga Espartaquista, en la extrema izquierda política, cuestionaba su legitimidad para hacerlo. Los espartaquistas estaban dirigidos por Karl Liebknecht, Leo Jogiches y Rosa Luxemburg. Todos ellos habían sido amigos de Trotsky antes de la Gran Guerra, y él había compartido con Luxemburg sus críticas a las obsesiones fraccionalistas de Lenin. Los líderes de la Liga Espartaquista, excarcelados tras la victoria militar aliada, hicieron campaña por la sustitución de Ebert y de su gobierno. Trotsky estaba encantado. Nada podría complacerle más que recibirlos como líderes de una Alemania soviética, y se invitó a los espartaquistas a enviar una delegación a una reunión comunista internacional en Rusia en la que, según los planes de Lenin y Trotsky, se establecería la Tercera Internacional.

Los espartaquistas por su cuenta se implicaron en el derrocamiento de Ebert, y no se preocuparon de alertar a Lenin ni a Trotsky en Moscú. Organizaron rápidamente un levantamiento en Berlín en enero de 1919. Luxemburg se incorporó a la empresa a pesar de sus reservas. Lo que siguió fue el desastre. Los espartaquistas, deseosos de emular el éxito de la Revolución de Octubre en Petrogrado, no contaban con nada parecido al apoyo de las masas del que habían gozado los bolcheviques en 1917. Su capacidad para movilizar a la clase obrera alemana era escasa; su preparación, tanto a nivel político como militar, más propia de aficionados. Frente a ellos, el gobierno socialdemócrata de Ebert estaba resuelto a enfrentarse a los espartaquistas en las calles y con el respaldo de las fuerzas armadas. Las unidades no oficiales de Freikorps, paramilitares de derechas resentidos por la rendición ante los aliados occidentales en noviembre de 1918, irrumpieron con fuerza. Los espartaquistas fueron perseguidos a tiros. Liebknecht, Jogiches y Luxemburg, asesinados. Sus cadáveres mutilados fueron arrojados a la calle. La Liga Espartaquista había caído. Los dirigentes soviéticos de Moscú recibieron las noticias con gran disgusto, pero no quisieron que la desilusión se reflejara en su propia trayectoria política.

El congreso que daría origen a la Tercera Internacional empezó el 2 de marzo de 1919. A pesar de sus compromisos con el Comisariado del Pueblo para

Asuntos Militares, Trotsky no quería perderse un hecho histórico como aquél, y se aseguró de poder asistir a los preparativos en los antiguos tribunales de justicia del Kremlin. A los delegados no se les había hecho saber que iban a asistir a la inauguración oficial de una nueva Internacional. Lenin y Trotsky habían preparado un plan astuto. Sabían que diversos representantes extranjeros, incluido el de los espartaquistas alemanes, Hugo Eberlein, querían disponer de más tiempo para fijar las consideraciones referentes al carácter de la reunión. Los líderes comunistas rusos pisotearon las sutilezas de procedimiento. Atesoraban décadas de experiencia amañando la composición y nomenclatura de pequeñas reuniones políticas. Lenin había sido un notorio manipulador en la Segunda Internacional. Trotsky, que alguna vez lo había criticado por estos motivos, le ofrecía en esos momentos todo su apoyo. Ambos eran progenitores gemelos de la Tercera Internacional. Para acentuar su distinción de la Segunda, la llamaron la Internacional Comunista (o Komintern).

Una salva de aplausos marcó la entrada de Lenin y Trotsky en la sesión inaugural. Casi todas las principales figuras del bolchevismo se sentaban en su misma fila. El informe preliminar lo había confeccionado Lenin, quien también escribió las «tesis» del congreso sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado: no se consideraba que la asamblea fuese «completa sin un análisis de este cariz», y en cualquier caso era muy deseable como declaración de intenciones para la nueva internacional. La «plataforma» la compuso Bujarin. Trotsky presentó un enardecedor informe sobre el Ejército Rojo. Su política militar interna no mereció ninguna excusa, y se dijo satisfecho por la expansión del territorio soviético desde 1918:

> Kautski siempre nos ha acusado de cultivar el militarismo, pero a mí me parece que si queremos que el poder siga en manos de los obreros, entonces tenemos que enseñarles cómo utilizar las armas que ellos mismos forjan. Si a esto se le llama militarismo, pues que se le llame así. Nosotros hemos creado nuestro propio militarismo socialista, y no vamos a renunciar a él[4].

Acabó con la declaración: «¡Estamos preparados para luchar y morir por la revolución mundial!»[5] Nadie como él era capaz de poner en pie a toda una gran reunión como aquélla. Su valentía en la guerra civil era célebre, y quienes le

escuchaban sabían que cuando hablaba de autosacrificio lo hacía con plena conciencia de sus palabras.

El periodista británico Arthur Ransome, el único no-comunista a quien se le permitió estar presente, presenció el discurso: «Trotsky, con chaqueta de cuero, bombachos y polainas militares, con un gorro de piel con el símbolo del Ejército Rojo, tenía buen aspecto, pero resultaba extraño para quienes lo habían conocido como uno de los grandes antimilitaristas de Europa.»[6] Como muchos otros, Ransome no había leído sus panfletos marxistas rusos de antes de 1917 con demasiada atención. Trotsky nunca había estado a favor de la paz de manera incondicional, y todavía menos a favor de la democracia y del imperio de la ley. Pero Ransome no dejaba de ser un agudo observador. Cuando al cabo de unos días el congreso tocaba a su fin, escribió:

> La conferencia finalizó en el Kremlin con los habituales cantos y fotografía. Poco antes del final, justo cuando Trotsky acababa de hablar y había dejado la tribuna, se oyó un grito de protesta del fotógrafo que llegaba arrastrando su aparato. Algunos comentaron: «¡La dictadura del fotógrafo!», y entre las risas generales Trotsky tuvo que volver a la tribuna y permanecer callado mientras el fotógrafo, impertérrito, tomaba dos fotografías[7].

Hacía ya un par de años que nadie se dirigía a Trotsky tan bruscamente, pero no se lo tomó mal.

Trotsky escribió el manifiesto para la Tercera Internacional, y se le pidió que lo leyera al congreso antes de su conclusión el 6 de marzo. Era una tarea poco usual para un orador cuya grandeza residía en sus brillantes improvisaciones. Accedió a la petición porque entendía que los eventos históricos necesitaban de pompa y ceremonia. Si no hubiera estado a cargo del Ejército Rojo le habría gustado dedicarse a dirigir la Tercera Internacional. Pero esta tarea se le adjudicó a Zinoviev. Tras el congreso, Trotsky tuvo que limitarse a contemplar el desarrollo de los hechos desde lejos, examinando los cambios de política para poder intervenir con sus ideas y consejos.

Europa seguía siendo políticamente volátil. Dos sucesos parecieron confirmar el optimismo comunista en marzo de 1919, cuando los simpatizantes de la cúpula bolchevique entraron en el gobierno de Múnich, la capital de

Baviera, y en el de Hungría. La revolución bávara duró poco, pero la húngara fue más tenaz. El líder comunista Béla Kun instaló su gobierno en Budapest en un tiempo en que los aliados hablaban de una severa amputación territorial de Hungría en castigo por su papel activo en la guerra contra ellos desde 1914. El rechazo popular al gobierno posterior a los Habsburgo había posibilitado la toma del poder por parte de Kun. A lo largo de Europa central había vencedores y perdedores en los tratados de paz proyectados por los militares victoriosos. Para los dirigentes comunistas de Moscú eso era como un maná caído del cielo. El orgullo nacional, herido en Alemania y Hungría en particular, podía explotarse con propósitos internacionalistas. Kun jugó la carta patriótica mientras implantaba medidas comunistas radicales. Los bancos y la industria pasaron a ser propiedad del Estado; se confiscaron los grandes latifundios y empezaron a establecerse granjas colectivas. Kun implantó el terror rojo. En las prisiones se amontonaban los enemigos del régimen. Kun se destacó como el Lenin de Hungría. Su esperanza era que en los demás países de la Europa central se instauraran pronto gobiernos comunistas.

La dirección del Kremlin evaluó cuál podía ser la mejor ayuda activa para la Hungría soviética. En abril de 1919 se habló del tema. Una posibilidad era enviar fuerzas ucranianas más allá de la frontera para ayudar a Béla Kun[8]. Era exactamente lo que éste pedía, pues su país estaba en parte rodeado de enemigos. Los rumanos y los checos presionaban en sus fronteras, y los enfrentamientos militares eran intensos. Cabía también la posibilidad de que los serbios hicieran un movimiento. Kun pidió a Moscú que le enviara fuerzas armadas para salvar su gobierno[9]. Iukums Vacietis, comandante supremo del Ejército Rojo, telegrafió a V. P. Antónov-Ovséyenko, el comisario político jefe en Ucrania, para preguntarle cómo podría hacerse tal cosa. La idea básica que Kun sugería era pasar simplemente a través de Galitzia y Bukovina para llegar a Budapest. El riesgo era que tal movimiento provocara una guerra total con Polonia. Sin embargo, Vacietis insistía en que no habría que ocupar ningún territorio si se escogía esta opción. (Evidentemente pensaba que los polacos serían incapaces de impedir el paso del Ejército Rojo a través de su territorio). El problema más acuciante, sin embargo, era que la guerra civil en el anterior Imperio ruso no se había acabado. Vacietis apuntaba a la cuenca del Don como prioridad inmediata[10].

Lenin y Trotsky compartían este juicio y descartaron cualquier campaña en

Hungría: el primer requisito, el más indispensable, era acabar con los rusos blancos. Y cuanto más averiguaban sobre el gobierno comunista de Kun, menos confianza tenían en su capacidad, y sus temores estaban justificados. Kun y su asociado Tibor Szamuely se empeñaban a ser más bolcheviques que los mismos bolcheviques. Odiaban cualquier negociación. A pesar de lo mucho que necesitaban el apoyo del campesinado húngaro, lanzaron una campaña de violencia sin cuartel en las áreas rurales, confiscando sin ninguna compensación grano y hortalizas. Se colgó a sacerdotes católicos. Se reclutó por la fuerza a los jóvenes.

El régimen de Kun cayó el 4 de agosto como resultado de una invasión rumana. Él mismo había provocado su desgracia, pero la destrucción de la Hungría soviética fue un golpe para los bolcheviques. Un día después Trotsky expuso sus conclusiones al Comité Central del partido. El derrocamiento de Béla Kun, explicó, indicaba que el «militarismo anglo-francés» seguía muy vivo. De hecho, el gobierno estadounidense había insistido en vano a los franceses y británicos para que eliminaran el comunismo húngaro. Pero ni Londres ni París deseaban desplegar tropas con ese propósito[11]. Y aunque Lloyd George y Clemenceau estaban satisfechos por la derrota de los comunistas, hicieron que acabara pronto la invasión rumana con sus bárbaros excesos. Donde Trotsky veía una conspiración internacional no había ninguna, pero su error era comprensible. La Rusia soviética, la Ucrania soviética y la Hungría soviética se habían plantado a solas ante los grandes poderes del mundo. Le habían arrojado el guante al capitalismo global y cabía esperar una cruzada como respuesta. Trotsky pidió al Comité Central que mirara de frente la realidad resultante. Comparado con el poderío de los aliados occidentales, el Ejército Rojo era solamente una «fuerza modesta». Europa era en esos momentos una causa perdida. Podía necesitarse un año entero, o incluso cinco, para que volvieran a darse las circunstancias favorables. Trotsky instó a sus compañeros dirigentes para que volvieran su atención a Asia. La expansión revolucionaria tenía una oportunidad si se dirigía hacia el este. Habría que construir una base para el Ejército Rojo en los Urales en vistas a desatar una guerra ofensiva en un futuro próximo[12].

Al llamar a una «orientación asiática», Trotsky instaba a la preparación de propaganda y a la formación de traductores de tal modo que los rojos pudieran obtener apoyo local con ocasión de una «acción militar en India». Declaró que el

camino a París y Londres «recorría las ciudades y villorrios de Afganistán, el Punjab y Bengala»[13]. Esto desmiente que Trotsky tuviera una obsesión estratégica con Europa. Sin duda, si hubiera podido escoger, habría preferido la revolución en Alemania antes que en cualquier otro lugar. Era una posición compartida por todo el partido, y Trotsky no difería de los demás dirigentes en las cavilaciones respecto a la conveniencia —al menos momentánea— de orientarse hacia el este.

El pensamiento de Trotsky sobre las relaciones internacionales descansaba en unos cuantos supuestos básicos. Como nunca los explicó, hay que recolectarlos a partir de los escritos de la época. Jamás renunció a su creencia de que la Revolución de Octubre era el primer rayo del amanecer de la era socialista global. Se había demostrado que Marx y Engels tenían razón en su análisis y pronóstico. Trotsky conservaba su fe en el potencial revolucionario de las clases trabajadoras europeas y sostenía que podrían luchar activamente por su destino, siempre y cuando los militantes de la extrema izquierda política se asociaran con la causa de la Tercera Internacional. El descalabro que sufriría el capitalismo mundial facilitaría el proceso. Las economías eran un caos. Los grandes poderes, ya fueran vencedores o vencidos en la Gran Guerra, eran incapaces de reintroducir la estabilidad, y los tratados de paz de París perpetuaban esta situación. Los movimientos antiimperialistas crecían fuera de Europa y Norteamérica. Los comunistas tenían una buena oportunidad para inmiscuirse y tomar ventaja. El objetivo tenía que ser la insurrección, especialmente en Alemania. Rusia tenía importancia como pionera de un camino que pronto iban a seguir otros países.

El Ejército Rojo, consecuentemente, tenía que prepararse para el despliegue de una «guerra revolucionaria» en apoyo de los levantamientos. Ésta era la tarea internacionalista de los bolcheviques. Y también tenía un sentido práctico. Si la Rusia soviética permanecía como un Estado aislado, carecería de los recursos indispensables para la integración económica con sociedades más avanzadas. La seguridad territorial y política también correría peligro. Los intereses «burgueses» más poderosos fomentarían una opinión pública favorable a la invasión de Rusia y al aplastamiento del orden soviético.

Mientras Trotsky y sus camaradas de la cúpula se empeñaban en organizar el comunismo en una ofensiva combinada contra el capitalismo, él daba por sentado que los grandes poderes trabajaban en contra de la Revolución de

Octubre. Ésta una vez más era una hipótesis razonable. Los británicos, franceses, japoneses y estadounidenses habían enviado fuerzas en apoyo del anterior Imperio ruso en 1918-1919, y de su eventual retirada no podía deducirse que fueran a aceptar su fracaso indefinidamente. Por sistema sospechaba lo peor de los ejércitos blancos que se enfrentaban a los rojos. A sus ojos era evidente que actuaban a las órdenes de uno o más grandes poderes. Kolchak, por ejemplo, era «directamente un agente *americano*»[14]. Ésta era una suposición absurda. Y, sin embargo, era un error que un marxista podía cometer fácilmente. Kolchak, Denikin y Yudénich habían servido en el ejército imperial, que a su vez había sido aliado de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. A los blancos se les había enviado suministros militares y financieros. Los bolcheviques no podían pensar que esos regalos se ofrecieran sin pesadas contrapartidas. Lo lógico era suponer que los mandos blancos actuaban bajo órdenes extranjeras y que los aliados occidentales pondrían un precio económico a su asistencia si se derrotaba a los rojos.

Hasta ese momento el Estado soviético no poseía ninguna gran red de espionaje para ayudarlos. La Komintern hasta entonces no funcionaba como órgano de espionaje en Occidente, pues sus militantes estaban dedicados a la formación de partidos comunistas y ninguno de ellos ocupaba cargos que le permitieran informar sobre los temas de discusión en los gobiernos extranjeros. Los plenipotenciarios enviados por el Sovnarkom no tenían acceso a las autoridades de París, Londres o Washington. El Politburó tenía que basarse en los diarios occidentales (en todos los casos portadores de noticias tendenciosas) y en los comunistas occidentales (que veían el mundo bajo el mismo prisma ideológico que los bolcheviques). La teoría marxista en cualquier caso daba por sentado que, «en la era del imperialismo», los victoriosos en la Gran Guerra buscarían una ventaja posbélica en un país de tantos recursos naturales como Rusia. El hecho de que se enviaran fuerzas expedicionarias desde Francia, Gran Bretaña, Japón y Estados Unidos parecía confirmar este análisis. El Estado soviético estaba obligado a hacer temblar a estos países, puesto que si Rusia triunfaba en su propósito de abrir una grieta en el capitalismo, el resto de países capitalistas eran susceptibles de contagio revolucionario.

En el II Congreso de la Komintern, que se inició el 17 de julio de 1920, los bolcheviques parecían respirar aliviados después de su triunfo en la guerra civil. Cuando Trotsky se levantó para hablar en la sesión de clausura, los delegados lo

ovacionaron y entonaron la Internacional[15]. Desde la tribuna condenó a Estados Unidos por buscar la hegemonía mundial y predijo una guerra entre norteamericanos y británicos. Expresó su satisfacción por el desmantelamiento de los imperios ruso, austriaco y alemán. Se mostró despreciativo con Polonia por ser «un instrumento sucio y ensangrentado en manos del capital francés». Se burló de Francia ya que dependía de la indulgencia de Londres y Washington. Mostró su orgullo por las victorias alcanzadas por el Ejército Rojo y sostuvo que los países europeos estaban a punto de descubrir que su propia reconstrucción económica iba a ser imposible sin el acceso a los recursos naturales rusos[16]. Igualmente importante para la recuperación europea iba a ser el resurgimiento del dinamismo tecnológico alemán, por lo que Trotsky hizo esta sugerencia:

> Si Alemania tiene que reconstruirse, habrá que permitirle vivir, dejar que se alimente por sí misma, que trabaje. Pero si no se le da a Alemania, crucificada y oprimida, esta oportunidad, entonces se levantará contra el imperialismo francés. El imperialismo francés solamente conoce una orden: ¡Paga! ¡Alemania tiene que pagar! ¡Rusia tiene que pagar! De este modo todos esos especuladores franceses están dispuestos a pegar fuego a los cuatro confines de la tierra con tal de obtener el pago de sus intereses[17].

Europa estaba al borde de situaciones revolucionarias en un país tras otro.

Trotsky celebró los logros de la Revolución de Octubre: había alcanzado la victoria militar en la guerra civil y había implantado los cimientos de una economía socialista. Se abrían las perspectivas para la planificación industrial. (Trotsky se aferraba a una esperanza en este sentido, pero a lo largo de la década de 1920 iba a llevarse una gran decepción). La Rusia soviética había proporcionado un modelo a copiar por los demás pueblos. El hombre de hierro manifestó: «La guerra civil está en el orden del día de todos los países del mundo». Incluso los campesinos de los países extranjeros se volvían hacia el socialismo.

> Por lo tanto, camaradas, cuando miramos atrás en nuestro año y medio de trabajo en la economía soviética, con sus defectos y privaciones, no tiene sentido que ocultemos estos defectos. En lugar de eso, revelamos esta

> fotografía de nuestro trabajo a nuestros hermanos occidentales, a los americanos y a otros representantes de todos los países, de todas partes del globo. Creo que si alguien viniera aquí con dudas, quedaría convencido de que hemos escogido el camino correcto. El único camino posible para salir de la miseria de este mundo está en la movilización y la socialización planificadas de la economía, de modo que se despejen todos los obstáculos y barreras artificiales, de modo que se siga la política necesaria para una economía integrada[18].

En julio de 1920 se encontraba en la cima de un optimismo que había sentido por última vez en noviembre y diciembre de 1917. Al cabo de unas cuantas semanas esas previsiones tan confiadas iban a rebajarse sustancialmente.

Tercera Parte

1920-1928

1

Las imágenes y la vida

Los medios de comunicación soviéticos describían a Trotsky como un internacionalista entregado, mientras que los enemigos más extremos del bolchevismo cultivaban el estereotipo del fanático sediento de sangre[1]. En cualquier caso, nadie discutía su importancia. Cuando en enero de 1919 corrió por Letonia el rumor de que había sido detenido, una multitud salió a las calles de Riga para celebrarlo[2]. La Cheká recibió el aviso a mediados de 1920 de que Wrangel había enviado a dos de sus oficiales para asesinar a Trotsky[3]. El mundo sabía que Trotsky y Lenin eran las figuras principales del régimen soviético. ¿Sería posible terminar con la Revolución de Octubre liquidando a uno de ellos?

Lenin y Trotsky seguían siendo la cantera principal para las entrevistas que los corresponsales extranjeros querían realizar con los políticos en la Rusia soviética. Aunque Trotsky no había visto a muchos periodistas durante la guerra civil, continuaban solicitándole. Sus libros se seguían traduciendo y distribuyendo por Europa y Norteamérica; algunos los había escrito en primer lugar para lectores extranjeros[4]. Él hablaba con los corresponsales siempre que disponía de un momento y ellos apreciaban mucho tales oportunidades. Solían mostrarle cierta gratitud y le otorgaban un tratamiento favorable en los diarios; en cualquier caso, muchos veían con mayor o menor simpatía el experimento revolucionario soviético. Una excepción era William Reswick, de la agencia Associated Press[5]. Los periodistas acudían cada vez en mayor número tras la derrota de los blancos, cuando Trotsky estaba frecuentemente en Moscú. Entre estos viajeros se contaban Louise Bryant, Max Eastman, Lincoln Eyre y André Morizet[6]. Trotsky añadía lustre a su nombre redactándoles prefacios para los libros que escribían en pos de la causa de la Rusia bolchevique[7].

H. G. Wells y Bertrand Russell, como simpatizantes socialistas, tenían la esperanza de verlo. Su fama les abrió las puertas a la cúpula comunista en Moscú en su misión de comprender la naturaleza de la teoría y la práctica

comunistas. Trotsky, al contrario de Lenin, se mostró evasivo durante su estancia, pues estaba desbordado de trabajo en el cargo de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores. Pero finalmente Russell coincidió con él en la ópera, en una representación del *Príncipe Ígor*. Dedujo que Trotsky tenía «la vanidad propia de un artista o actor» por su forma napoleónica de corresponder a las aclamaciones del público. Solamente mantuvieron una «conversación banal» antes de que Trotsky volviera a sus obligaciones[8]. Wells fue incluso menos afortunado. No se había informado tan bien como Russell sobre los bolcheviques y seguía pensando que Trotsky había sido pacifista en una etapa anterior. Confesaba que Marx era para él «un aburrimiento mayúsculo»[9]. Los dos británicos volvieron a casa alarmados por el caos, la opresión y el fanatismo que habían encontrado en la sociedad soviética y, como Trotsky se había mostrado tan escurridizo, sus escritos, que tan bien se vendían, informaron con más detalle de Lenin que de él[10].

Todos los que habían sido presentados a ambos solían comparar a Lenin y Trotsky. Robert Bruce Lockhart, jefe de la misión británica, no tenía dudas de que Lenin ostentaba una autoridad superior, pero reconocía el agudo intelecto de Trotsky y su coraje[11]. La periodista americana Louise Bryant lo expresaba de otro modo, pues describía a Lenin como la personificación del pensamiento revolucionario, mientras que Trotsky era un hombre de acción[12]. Max Hoschiller no estaba de acuerdo. Para él Lenin era «un primitivo» y Trotsky «un sofisticado»[13].

Los aplausos, empero, a veces se sitúan en el umbral de los insultos. Mientras recogía parabienes públicos por la Revolución de Octubre y la guerra civil, Trotsky generaba mucho resentimiento y suspicacias en el partido. Él no le prestaba demasiada atención a estos asuntos. Como pensaba que tenía razón en todas y cada una de las cuestiones, suponía que su deber era conducir el partido a su punto de vista. Sin embargo, durante todo este tiempo se le había obsequiado con atenciones en los congresos del partido que solamente eran superados por el creciente culto a Lenin. Incluso cuando no encajaba con la política oficial, su posición en el Comité Central y en el Politburó estaba garantizada. Él daba por supuesta su eminencia. Un discurso vibrante de Trotsky siempre era una ocasión saboreada incluso por sus detractores bolcheviques. Posteriormente, rara era la vez en que dejaba de corregir las notas taquigráficas para proporcionar a los diarios una brillante pieza de prosa. Lenin y Trotsky negaban que tuvieran

ningún interés en su propia celebridad, pero eran conscientes de que su imagen personal era útil para transmitir su mensaje político. En los primeros años evitaron promocionarse: preferían levantar estatuas a sus héroes muertos. Entre éstos se incluía a Marx, a Engels e incluso al líder de la revuelta de los esclavos, Espartaco. Pero una vez que Lenin estuvo a punto de morir en manos de un asesino en agosto de 1918, se consintió una oleada de devoción oficial dedicada a él. Zinoviev, su compañero en la cúpula comunista, escribió deprisa y corriendo una biografía concisa que lo ensalzaba en términos que recordaban a la santificación cristiana[14].

Aunque por primera vez desde la Revolución de Octubre esto ponía a Lenin en un pedestal por encima de Trotsky, éste no dejó de recibir los elogios de la prensa bolchevique. En el primer aniversario de la Revolución de Octubre en 1918 no fue otro que su enemigo Stalin quien escribió un artículo para *Pravda* enfatizando la contribución de Trotsky a los triunfos del partido[15]. Se le hicieron solicitudes de información destinadas a la redacción de una biografía. Una de ellas provenía de Y. M. Lure, cuyo borrador le pareció completamente nulo. Otra llegó de parte de V. Nevski, que empezaba su carrera como historiador del bolchevismo. Trotsky, tras alguna pequeña objeción, proporcionó respuestas a las preguntas tanto de Nevski como de otros cronistas[16]. También ofreció su tiempo a extranjeros intrigados por su vida y su carrera, como Bessie Beatty y Max Eastman. Lenin, en cambio, no ofrecía asistencia personal a los biógrafos y el día en que cumplió cincuenta años abandonó el banquete que se le dedicaba. Trotsky estaba en un término medio: les daba la información y los accesos que pedían y luego les dejaba ingeniárselas. No quería saber nada de revisar pruebas para localizar errores[17]. La razón para este rechazo a ir más lejos en su colaboración no era solamente su mucho trabajo en el Comisariado del Pueblo, sino también el disgusto que le producían, como al resto del partido, los intentos de llamar la atención personalmente.

Algunos comunistas pensaban, de todos modos, que Lenin y Trotsky podían poner más de su parte para evitar que se les celebrara como personalidades individuales. Era el caso, por ejemplo, de Angelica Balabanova, secretaria del Comité Ejecutivo de la Komintern, quien puso objeciones a las fotografías especiales que se hicieron a los miembros del Politburó[18]. Sus expectativas no eran realistas. Los ciudadanos de Rusia y las demás repúblicas soviéticas necesitaban saber quiénes eran sus líderes. Sólo una pequeña proporción de

gente podía ver físicamente a los miembros del Politburó. En una sociedad en la que muchos ciudadanos seguían siendo analfabetos, además, las imágenes de los dirigentes y de sus políticas eran cruciales si el sistema comunista quería realmente consolidarse. Se imprimieron carteles. Se filmaron noticiarios aunque el país no dispusiera todavía de la cantidad suficiente de celuloide como para proyectar esas películas en todas las ciudades. Se esculpieron bustos y estatuas. El pintor Yuri Annenkov realizó un maravilloso dibujo de Trotsky: el original fue destruido por el fuego en 1931[19]. Vera Inber, hija de los Shpentser y por tanto prima suya, publicó un poema que le mencionaba con admiración:

A la luz de las lámparas,
Una luz verde, verde.
En principio al final del día,
En tu despacho de seis columnas
Me recibes[20].

Trotsky, a diferencia de Lenin, viajó a casi todas las regiones europeas del país bajo dominio comunista. Aun así, ni Trotsky ni Lenin podían contar con que los reconocieran. Cuando en 1919 Lenin sufrió un atraco en la calle, no pudo convencer a los facinerosos de que era el jefe del gobierno soviético. Aun así, podía decirse que eran los dirigentes de Rusia más conocidos desde Nicolás II y Alexandr Kerenski.

Al mismo tiempo, Trotsky mantuvo a sus parientes cercanos lejos de las miradas indiscretas. Era una práctica convencional en el partido: solamente la mujer de Lenin adquirió prominencia política[21]. Sin embargo, Natalia, como otras esposas de la élite comunista soviética, aceptó un puesto oficial. Dado que destacaba por su interés en la cultura rusa, primero la nombraron responsable de la conservación de objetos de importancia histórica, lo que también la involucraba en la planificación de las nacionalizaciones de las grandes haciendas que rodeaban Moscú[22]. Luego, utilizando el apellido Trotsky, se hizo cargo del Comité de Asistencia para Soldados Heridos y Enfermos del Ejército Rojo en 1919[23]. Ella y Trotsky resistieron la tentación de explotar en exceso su elevada posición. Otras parejas actuaban con menos escrúpulos. Los Radek estaban entre las peores: acapararon un conjunto de estancias ducales para su uso privado en el Kremlin y se deleitaban con el lujo. Natalia pensaba que aquellas habitaciones

deberían convertirse en un museo de los Románov. Las relaciones entre los Radek y los Trotsky se tornaron difíciles durante un tiempo[24]. Natalia quería a toda costa mantener de algún modo la modestia en el estilo de vida de su familia. Cuando daba con un mantel bonito podía recortarlo y confeccionar unas camisas para los chicos. Lenin reparó en esa actitud y aprobó tanta determinación para evitar el despilfarro y los excesos[25].

Nunca fue con Trotsky en su tren, pero sus trabajos oficiales implicaban a menudo que Liev y Serguéi tuvieran que cuidar de ellos mismos. Los chicos Trotsky hicieron amistad con otros de su misma edad entre la élite comunista. La familia se había mudado al Kremlin al dejar Petrogrado. Tras el atentado a Lenin en agosto de 1918, los que vivían en otros lugares de la capital se mudaron allí por razones de seguridad, de modo que el Kremlin se convirtió en una fortaleza política y social sumamente exclusiva. El joven Serguéi Trotsky se complació en invitar por lo menos a una persona del extranjero: «Es un chico guapo y bajito, ancho de pecho y de espalda recta. Parece el heredero del trono vestido de campesino». La visita se fijó en que le gustaba jugar a fútbol con su primo Alexandr Kámenev[26]. El hecho de que sus padres se enfrentaran a menudo en el Politburó no tenía ninguna consecuencia a la hora de disfrutar del deporte.

Liev y Serguéi crecían robustos e independientes. Parecía que con sus hermanastras ocurría lo mismo: de hecho, apenas veían a su padre, puesto que se habían quedado en Petrogrado con su madre en el momento en que el gobierno soviético se desplazó a Moscú. Ambas jóvenes defendían apasionadamente la política de Trotsky. La mayor, Zina, se fue pronto a trabajar en el frente de los Urales, mientras que Nina, la más joven, estudiaba en un instituto superior de enseñanza pedagógica. Se sentían emancipadas por los estímulos del entorno revolucionario. Las tradiciones sociales se estaban disolviendo. De pronto Nina se casó con Man Nevelson y Zina hizo lo propio un año después con el filósofo académico Zajar Moglin. Trotsky solamente se enteró después de las ceremonias. Durante la guerra civil no había tenido tiempo para compartir con las dos muchachas; no podía resultar extraño entonces que se tomaran la vida en sus propias manos. Nina, que había sido educada por su madre, lo llevaba bien. Zina, sin embargo, suspiraba por su padre. Pero hasta entonces las consecuencias de su infancia trastocada no se habían revelado todavía. Liev fue el único que entraría en la edad adulta sin episodios de inestabilidad, pero incluso él dejaría un rastro de confusión emocional tras de sí. Trotsky y Natalia, lo mismo que

Alexandra Bronstein, repararon en algunos síntomas intranquilizadores, pero los mantuvieron en la confidencialidad familiar.

El protocolo del partido y la formalidad social eran solamente dos de las razones por las que Trotsky mantenía la privacidad de sus familiares y amigos. Una tercera había que encontrarla en su experiencia durante la guerra civil. Los blancos, por rutina, asesinaban a los comunistas que capturaban. Los rojos ejecutaban a los oficiales contrarrevolucionarios. En ambos bandos se capturaba a civiles como rehenes. Cuando las tropas de Denikin ocuparon Odessa dieron una batida por la ciudad y las provincias circundantes en busca de familiares de Trotsky. Cualquiera con Bronstein como apellido estaba en peligro mortal. En marzo de 1920 los hombres de Denikin capturaron a Gersh Bronstein y a su mujer Rajil con la idea de forzar un intercambio de rehenes[27]. Como Gersh era el hermano del padre de Trotsky, las esperanzas para los prisioneros eran escasas a menos que se alcanzara un acuerdo. Trotsky intervino personalmente en nombre de Moshe y Fanni Shpentser, sin mencionar que ambos habían sido queridos tíos para él. Moshe fue arrestado por las autoridades de la Ucrania soviética. En julio de 1919 Trotsky escribía a su amigo Rakovski que Moshe era un «empresario capitalista», pero añadía que aun así era una persona «de mucha cultura y altamente decente» y que debía ser liberado[28]. En septiembre de 1921 pidió al gobierno ucraniano que ofreciera ayuda material a Fanni, que se enfrentaba a un «crudo invierno». Ponderaba su honestidad y sinceridad; afirmaba que tanto ella como su marido eran apolíticos e inofensivos[29].

El anciano padre de Trotsky llegó desde el sur en 1920. Había estado en grave peligro de muerte hasta que por fin había concluido el periodo de ocupación blanca. Pero la llegada de los rojos llevó a que su granja fuera confiscada y entregada a los campesinos ucranianos. Como había perdido todos sus ahorros, caminó desde la provincia de Jersón a Odessa. De allí viajó a Moscú y fue al encuentro de su hijo, a quien veía por primera vez desde antes de la Gran Guerra. Para aquel entonces tenía ya setenta años. No podía entender tantas turbulencias en el mundo que él había conocido y en el cual había progresado. «Los padres venga a trabajar y trabajar para adquirir algo de comodidad en sus días de vejez, y entonces los hijos van y hacen una revolución.»[30] Aun así, a su edad, tenía aún bastante coraje como para rehacer su vida. Trotsky le encontró un puesto como director de un molino de grano estatal cerca de la capital. El hombre no podía ser más indicado para aquel trabajo y Alexandr Tsiurupa,

comisario del pueblo para Suministros de Alimento, apreciaba sus conocimientos sobre agricultura y se lo pasaba en grande hablando con él.

Según lo que le había dicho a la secretaria de la Komintern, Angelica Balabanova, Trotsky no quería mostrar ningún favoritismo hacia su padre y no iba a requerir para él ni un par de zapatos[31]. De ser así, no sentía las mismas inhibiciones al asegurarse de que su mujer y sus hijos mantenían un estilo de vida burgués, y tampoco se había contenido al pedir ayuda para Fanni Shpentser. Quizá todo formara parte de una pose ante Balabanova, muy conocida por su rectitud personal. El viejo David Bronstein enfermó de tifus en la primavera de 1922 y murió el día en que Trotsky se dirigía al IV Congreso de la Komintern[32]. En las memorias de Trotsky cuesta encontrar términos elogiosos hacia él. Haber construido una granja como la que los Bronstein poseían en Yanovka constituía un logro extraordinario. David había hecho grandes economías, había ahorrado. Había introducido innovaciones técnicas. Había reunido y formado una fuerza de trabajo bien capacitada. Trotsky nunca reveló si sabía o no que su padre estaba seriamente enfermo antes de aparecer en el congreso. Si lo sabía, su grado de concentración fue remarcable. Si no lo sabía, su despreocupación sería igualmente remarcable[33].

No es que Trotsky y el resto de la élite del Kremlin vivieran exclusivamente dedicados a la política. El cuñado de Trotsky, Lev Kámenev, disfrutaba de sus comodidades y placeres. En una misión diplomática a Londres, en 1920, frecuentaba el Café Royal y el Claridge’s. También fue de viaje a Hampton Court y a la isla de Wight. Flirteaba con mujeres de la alta sociedad. A una de ellas le dijo: «En el mundo la verdad no existe, la única verdad está en nuestros corazones.»[34] Su esposa supo algo del asunto, y a su vuelta a Moscú le recibió glacialmente: «Aquí nuestra vida no es tan chic». Volviéndose a la escultora Clare Sheridan, que había hecho de compañera de viaje de su marido desde Londres, añadió: «Lev Kámenev ha olvidado mucho a Rusia. La gente de aquí diría de él que es un burgués». En ese mismo momento Kámenev escupió sobre el andén de la estación «de la forma más plebeya», como si tuviera que probar que sus credenciales permanecían impolutas[35]. Si sus camaradas hubieran sabido cómo había pasado el tiempo quizá se habrían mostrado más duros con él. Si su mujer hubiera sabido exactamente cuán a menudo *mistress* Sheridan le había acompañado a restaurantes caros, el ambiente en la vivienda marital habría sido incluso más frío.

Aunque Trotsky no caía en las extravagancias de Kámenev, a él también le atraían las mujeres bellas. Varias de ellas se le habían acercado tras la Revolución de Octubre. De hecho, también le dedicó su tiempo a la misma señora Sheridan que había provocado los celos de su hermana. Kámenev le había encargado la confección de los bustos de los líderes bolcheviques Lenin, Zinoviev, Trotsky y Dzerzhinski. (Ella se mostraba reservada sobre la cantidad que recibió como pago.)[36] Sheridan era prima de Winston Churchill, quien en esos días seguía llamando a una cruzada contra el Estado soviético; ella no le dejó saber adónde iba hasta que ya era demasiado tarde para detenerla. Ya en Moscú, un Trotsky inicialmente reacio le permitió que trabajara la arcilla en su despacho durante varios días. Y se pelearon varias veces, pues él creía que tenía tanto derecho como ella para decidir qué tipo de obra de arte tenía que crear. Ella no era comunista, ni siquiera se podía decir que fuera una intelectual de izquierdas, pero sí que sentía la fuerza de su magnetismo personal. Cuando le medía el rostro con los calibradores, él murmuró: «Usted me está acariciando con herramientas de hierro.»[37] Del busto en el que ella trabajaba comentó: «Parece un *bon bourgeois* francés que admira a la mujer que lo está creando, pero no tiene conexión con el comunismo.»[38]

Su actitud de flirteo buscaba un efecto:

> Sin dejar de mirarme, dijo: «Cuando aprieta los dientes y lucha con su trabajo, sigue siendo una mujer (*vous êtes encore femme*).» Yo le pedí que se quitara los quevedos, porque me despistaban. Eso es algo que le molesta mucho, dice que se siente *désarmé* y absolutamente perdido sin ellos. Cuando se los quitó era como si le hubiera dolido de verdad… Se han convertido en una parte de él y cuando no los lleva le cambia la personalidad. Es una lástima, porque estropean una cabeza que de otro modo sería de lo más clásica[39].

Un prurito profesional acentuaba el deseo:

> Abrió la boca y chasqueó los dientes para enseñarme que la mandíbula estaba torcida. Cuando lo hizo me recordó el gruñido de un lobo. Cuando habla se le ilumina la cara y los ojos le centellean. Los ojos de Trotsky son famosos en toda Rusia: le llaman «el lobo». La nariz también la tiene

> torcida, parece como si se la hubiera roto. Si fuera recta la línea desde la frente sería perfecta. Ese rostro es el de Mefisto. Las cejas se le levantan en ángulo y la parte inferior de la cara acaba en una barba afilada y desafiante[40].

Resulta obvio que a la artista le gustaba su modelo; él seguro que sabía a qué jugaba cuando, ya en plena noche, en la tenue luz de su oficina, consintió en desabrocharse la guerrera y la camisa que llevaba debajo para descubrir «un cuello y un pecho espléndidos»[41]. También se levantó y cruzó el despacho para ponerse tras ella, con las manos en sus hombros. No era un comportamiento totalmente inocente.

Corrió el rumor de que ambos tenían una aventura. Aunque ella no lo confirma en sus recuerdos, también es cierto que da un montón de detalles táctiles que en la Gran Bretaña de entreguerras quedaban justo en los límites de la corrección. Natalia le echaría esta relación en cara a Trotsky cuando pasaron por una crisis matrimonial seria en México. Los demás miembros de su entorno en la década de 1930 compartían las sospechas sobre la relación con Sheridan. Pero nunca se pudo probar nada: si realmente tuvo lugar alguna aventura, ésta fue muy corta. A mediados de 1920, cuando tenía que volver a reunirse con el Ejército Rojo en su campaña polaca, Trotsky la invitó a acompañarlo en su tren, pero ella no aceptó[42]. En cambio, volvió a Inglaterra, publicó su diario y se fue de gira promocional por Estados Unidos. En ese momento parecía que Trotsky iba a hacer su trayecto por el firmamento político soviético sin obstáculos que se le interpusieran. Pero este pronóstico no iba a confirmarse. Los defectos en su personalidad pública, ya evidentes para sus enemigos de partido, iban a exponerse a plena luz. Trotsky había sido un héroe revolucionario en 1917 y en la guerra civil. Tenía talento sobrado, pero nunca consiguió equilibrarlo con una intuición política adecuada en la lucha partidista. La cometa empezaba a dar volteretas incontroladas, cada vez más cerca del suelo.

2

Paz y guerra

Trotsky fue un espectador durante la disputa sobre dictadura y democracia que enfrentó a Lenin y Kautsky en 1917-1919[1]. No tuvo la intención firme de aportar su contribución a la teoría marxista hasta el final de la guerra civil. Pero había estado pensando en un nuevo y extenso libro incluso antes de la derrota de Yudénich. A principios de 1920, mientras viajaba por el país iba dictando notas que luego elaboraría en el mes de mayo. El resultado se publicaría enseguida en Petrogrado con el título de *Terrorismo y comunismo*.

Al igual que el resto de la cúpula bolchevique, creía que la experiencia había validado las políticas del partido. No le interesaba enzarzarse en una discusión obsesiva con Kautsky, a la manera de Lenin. Su libro tampoco era una adusta exégesis de las opiniones de Marx y Engels. Trotsky exponía sus argumentos de forma descarnada y en sus propios términos.

> El hombre que repudie el terrorismo por principio —es decir, quien repudie las medidas de supresión e intimidación ante una contrarrevolución determinada y armada— tendrá que rechazar cualquier idea de supremacía política de la clase obrera y de su dictadura revolucionaria. El hombre que repudie la dictadura del proletariado repudiará también la revolución socialista y estará cavando la tumba del socialismo[2].

Todo esto estaba muy bien si Trotsky se refería a que los revolucionarios tenían que estar deseosos de utilizar la violencia contra los ejércitos en el campo de batalla. Pero él y sus compañeros bolcheviques habían ido más lejos durante la guerra civil. Habían disparado a rehenes inocentes. Habían despojado a amplias capas de la población de sus derechos civiles. Habían glorificado ideas terroristas y habían hecho gala de su aplicación. El partido bolchevique incluso había tratado a los obreros y campesinos salvajemente siempre que se habían

implicado en una oposición activa. Las ideas primerizas de Trotsky sobre la autoliberación «proletaria» eran como viejas monedas que habían caído de su bolsillo sin que él se diera cuenta.

Entretanto, un viaje a los Urales a partir de febrero de 1920 hizo que Trotsky se convenciera de que urgían los cambios en la política práctica[3]. Los campesinos se habían levantado contra las confiscaciones de grano y el servicio militar obligatorio. En las ciudades había racionamiento de los alimentos. Las fábricas y las minas se encontraban en un estado deplorable. Los trabajadores se habían marchado al campo para sobrevivir a las carencias de los tiempos de guerra. El partido comunista se encontraba en un mal momento. Los sóviets y los sindicatos eran ineficaces; el transporte y las comunicaciones, un caos. Las medidas para el período de guerra habían asegurado las reservas industriales existentes para el gobierno soviético y habían incautado cosechas, pero el fracaso era evidente en lo que a mantener el rendimiento económico se refería. Trotsky aplicó su fecundo pensamiento a todos estos problemas.

Como el resultado de la guerra civil ya estaba claro en Rusia y Ucrania, había llegado el momento de considerar medidas drásticas para la agricultura y la industria. Uno de los teóricos más distinguidos de la Komintern era el comunista húngaro Györgi Lukács. En 1919 Lukács había redactado un panfleto para alabar la realidad soviética y proclamar que Rusia había dado un salto «desde el reino de la necesidad al reino de la libertad» y que las leyes del materialismo histórico ya no eran aplicables al país en revolución. «Recuerdo —escribiría Trotsky unos años más tarde— cómo Lenin y yo nos echamos a reír por este escrito. Nuestra risa era amarga, porque el reino de la libertad lo administraba el hambre y el tifus.»[4] Trotsky preparó un conjunto de tesis sobre la economía que insertó en un informe entregado a la organización del partido en Ekaterimburgo, capital de la región de los Urales, y después las terminó el 10 de marzo de 1920. Allí exponía sin rodeos que el Comisariado del Pueblo para Suministros de Alimento era incapaz de obtener el grano suficiente para las ciudades. El problema tenía dos vertientes. El decreto sobre la tierra de octubre de 1917 había transferido la tierra a los campesinos sin ningún mecanismo para obligarlos a cooperar con los requerimientos del gobierno. Y luego la dictadura alimenticia instaurada a mediados de 1918 hizo que bajara el incentivo de los campesinos para mantener las áreas sembradas. Se necesitaba un cambio urgentemente[5].

La colectivización agrícola, a ojos de Trotsky y de todo el partido, era la solución, pero sólo podía lograrse lentamente y en el futuro. Los comunistas no tenían más alternativa que compensar a las familias que habían producido un excedente significativo. Los campesinos que obtenían ese éxito debían ser compensados con productos industriales a cambio. Esto significaba una ruptura con el «comunismo de guerra», el nombre con el que se conocerían las políticas económicas en la guerra civil. Desde 1918 el partido había intentado apelar a los campesinos más pobres o de mediana fortuna, mientras que el proyecto de Trotsky iba a favorecer a los más ricos. Se pronunciaba implícitamente por una línea prokulak[6]. Pero ¿cómo podría obtener productos de las fábricas y minas que pudieran intercambiarse por grano? Trotsky ordenó una remodelación de todo el sector económico manufacturero y minero. Exigía la reintroducción de la disciplina en las empresas. El principio de competición tenía que restablecerse[7]. Los distritos, las factorías y los trabajadores individuales tenían que desvivirse por superarse unos a otros[8]. Se establecerían fábricas «modelo[9]». Y esto no era todo. El fértil cerebro de Trotsky nunca había sido más activo, y llamó a la formación de «ejércitos de trabajo». Había que detener la desmovilización militar. Los soldados del Ejército Rojo tenían que mantenerse en sus unidades, porque iban a asignárseles obligaciones conectadas con la recuperación industrial. Se hacía necesario abandonar las viejas ideas sobre los derechos sindicales. En los lugares de trabajo tenía que implantarse una disciplina marcial[10].

La economía soviética, según Trotsky, se había centralizado demasiado. Si quería recuperar su dinamismo era necesario que el Estado delegara poderes a los centros regionales. Uno de ellos debería establecerse en Ekaterimburgo, para las provincias de los Urales. Quería que el primer ejército de trabajo se organizara a partir de esta ciudad. También apremiaba para que se estableciera una competición entre los diferentes distritos, y entre las fábricas, y entre un trabajador y otro. A los ganadores se les recompensaría materialmente. Trotsky llamaba a esto «competición socialista»[11].

Los miembros del Comité Central estaban horrorizados con estas ideas sobre la cuestión agraria, y Lenin le acusó de promover el libre comercio y de embarcarse en propuestas extravagantes y «utópicas». Eran palabras muy fuertes entre comunistas, que anatematizaban el capitalismo del *laisser-faire*[12]. Realmente, Trotsky tenía que haber escogido una mejor ocasión para exponer

estos planes al Comité Central. Como poco hubiera tenido que recabar apoyos antes de la reunión. El «comunismo de guerra» se había convertido en la base económica preferida entre los comunistas. Se buscaba en el control y la propiedad del Estado la solución a todos lo problemas, y las concesiones al beneficio privado se consideraban reaccionarias. Cuando los kulaks se encontraban entre los grupos más temidos y odiados por los bolcheviques, iba Trotsky y los convertía en el motor de la regeneración agrícola y comercial. De hecho no había propuesto nada parecido a un retorno a la economía de mercado, de manera que tampoco podía decirse que sus ideas fueran realmente precursoras de la Nueva Economía Política de 1921[13]. En cualquier caso, nadie en la cúpula se puso de su lado, y la propuesta se desinfló como un globo. El mismo Trotsky se dio cuenta de que no valía la pena insistir más en el asunto.

Las demás sugerencias de Trotsky, sin embargo, fueron acogidas favorablemente. Contrarrestó las preocupaciones expresadas por Lenin sobre los ejércitos de trabajo con el argumento de que la situación de la economía requería una respuesta drástica. Lenin, a pesar de distanciarse del uso a largo plazo de la militarización de los obreros, consintió en la formación de un ejército de trabajo en los Urales siempre y cuando se hiciera de acuerdo con las autoridades civiles del lugar[14]. Trotsky, apoyado por Stalin, había conseguido el permiso para establecer esos ejércitos[15].

También consiguió convencer al Comité Central de que el transporte del país necesitaba el mismo tipo de control político que se había previsto en el Ejército Rojo, y aceptó desempeñar un papel activo para hacerlo posible. La reforma se había iniciado en 1919. Lenin volvió a consentir, y los ferrocarriles y las vías fluviales quedaron sujetos a una disciplina de estilo militar; sin embargo, lo veía como una solución temporal y no compartía la creencia de Trotsky en esa nueva agencia, la Glavpolitput, como sección permanente del edificio institucional soviético[16]. Lo que volvió a unir a Lenin y Trotsky fueron los asaltos que protagonizaron en el IX Congreso del partido, en abril de 1920. Los críticos los acusaban de tener inclinaciones autoritarias ilícitas. Por una vez Trotsky asumió que se estaba aislando políticamente, y descartó algunas de sus sugerencias más centralizadoras con el fin de fomentar una alianza con Lenin[17]. Juntos defendieron el liderazgo de una sola persona en los órganos de gobierno y la necesidad de trazar un «plan estatal económico general». Esto produjo algunos comentarios jocosos. Alguien preguntó qué iba a hacer Trotsky si Lenin se

encargaba también de la dirección del Sovnarkom[18]. Trotsky no quiso reaccionar a la broma: no le importaba mostrarse algo despreciativo consigo mismo, pero le disgustaba ser el centro de las burlas. Eso sí, lanzó alguna pulla a los camaradas del Comité Central que habían obstruido el paso a sus ideas[19].

Por lo demás el congreso transcurrió favorablemente para él y volvió satisfecho a sus deberes en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares. Los peligros no se habían acabado para la seguridad soviética, y hacia la primavera de 1920 se revelaba como muy probable una guerra abierta con Polonia. Desde el final de la Gran Guerra se habían producido enfrentamientos militares graves[20]. En los tratados de Versalles, Saint-Germain y Trianón se había llegado a acuerdos con la Europa central y central-oriental, pero hasta ese momento no se había establecido la paz más al este. Brest-Litovsk había llevado a la formación de diversos estados en las tierras del anterior Imperio ruso. Polonia, Lituania, Letonia y Estonia iban estabilizándose gradualmente como estados independientes tras la retirada del este de las fuerzas alemanas. A finales de 1919 eran repúblicas soviéticas Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Formalmente eran estados soberanos, pero en realidad quien ejercía el control supremo era Moscú. Toda la región estaba alborotada por reivindicaciones de tierras en disputa y por conatos de conflicto. La cuestión más importante era la demarcación de la frontera occidental de «Sovdepia», nombre con que los extranjeros solían llamar a los territorios controlados por los comunistas. En Varsovia el miedo a lo que Rusia podía intentar —una vez que el Ejército Rojo estuviera libre de las cargas de la guerra civil— era constante.

Las autoridades polacas tenían sus propias pretensiones más allá del territorio que gobernaban. En abril de 1919 expulsaron a los rojos de Vilna, capital de la República Soviética Lituana-Bielorrusa. Jósef Piłsudski, el comandante del ejército, planificó luego una campaña militar para derrocar al gobierno soviético de Kiev y establecer una unión federal de Polonia y Ucrania[21]. En el pasado lejano los polacos habían gobernado provincias ucranianas, y una importante minoría ucraniana habitaba en la región sudoriental del Estado polaco contemporáneo. Piłsudski calculaba que la adquisición de Ucrania, cuya agricultura e industria habían brillado antes de 1914, proveería a Varsovia de un puesto de avanzada contra la invasión de la Rusia soviética. Por otra parte, Rusia volvería así a quedar privada de territorio, población y recursos económicos en el oeste, como bajo el tratado de Brest-Litovsk. Piłsudski no iba a

consultar ni a la opinión popular ucraniana ni al gobierno polaco. Quería presentarles los hechos consumados. En pocos días llegó al centro de Ucrania. El 7 de mayo sus tropas tomaron Kiev. Su avance había sido tan rápido que habían hecho prisioneros a soldados soviéticos que esperaban en las paradas de autobús.

El Ejército Rojo volvía a movilizarse para otra campaña en las profundidades de Ucrania. Trotsky, previsor, había escrito a los comités del partido en Moscú y Petrogrado advirtiéndoles que cualquier guerra con Polonia sería «dura y larga», y que nadie podía esperar una victoria rápida[22]. Compartió sus pensamientos con el Comité Central Ejecutivo del Congreso de los Sóviets de todas las Rusias el 5 de mayo, resaltando que los bolcheviques siempre habían intentado mantener la paz entre Rusia y Polonia[23]. La invasión de Ucrania por parte de Piłsudski era la brutal consecuencia. El Ejército Rojo devolvería el golpe, pero iba a ser difícil, y no debían hacerse ilusiones. Trotsky estaba convencido de que los obreros polacos no aprobaban la agresión, pero creía que con los campesinos de aquel país y sus «prejuicios nacionales» el asunto cambiaba, y eso otorgaba una ventaja a Piłsudski. El odio hacia los comunistas era profundo. Los belicistas polacos, pensaba Trotsky, podían contar con un apoyo práctico por parte de Francia y el Reino Unido.

También destacó que la Rusia soviética podía contar con un apoyo adicional. El veterano general antibolchevique Alexéi Brusílov había ofrecido sus servicios contra Polonia, y los rojos no habían dudado en aceptar la oferta de su experiencia. Trotsky negaba que esto implicara que el partido bolchevique hubiera adoptado una estrategia de «paz civil» en Rusia. Los veteranos zaristas como Brusílov seguirían siendo sospechosos y tendrían que trabajar enteramente subordinados al «proletariado». En cualquier caso, la posición de Piłsudski era más débil de lo que parecía. La situación polaca tenía similitudes con la Rusia de Kerenski. Trotsky aseguró que las élites en Varsovia estaban tan divididas en sus objetivos como lo habían estado las de Petrogrado antes de octubre de 1917[24]. Concluyó su alegato con una declaración inspiradora: «La lucha será atroz. Pero si me preguntan sobre las posibilidades que tenemos en esta lucha, les diré que nunca había sentido una confianza tan grande en la victoria, en aplastar al enemigo, como en esta ocasión.»[25] Trotsky no quería dar pie a quien pensara que no iba a ser una campaña ardua, pero como Churchill en 1940 permitió que el público partiera con un alentador mensaje de optimismo. Nadie como él en el

Politburó podía conseguir estas reacciones con tanta brillantez.

El 10 de mayo de 1920 dio un discurso en el que proclamó una guerra de clases: «La Rusia soviética os enseñará una nueva clase de guerra, lucharemos de tal manera que los cabellos de todos los terratenientes polacos temblarán por todo su país, por toda Europa, por el mundo entero [salva de aplausos]… Declaramos a los obreros y campesinos polacos: la lucha que estamos llevando a cabo no es contra vosotros, amigos y hermanos, sino por la causa de nuestra y vuestra libertad, contra nuestros y vuestros enemigos, contra los opresores, contra los magnates y agresores.»[26] Al preparar la campaña contra los blancos, Trotsky exigió la rápida impresión de decretos destinados a convocar a la «gente trabajadora». La reforma agraria soviética iba a publicarse para toda la gente que viviera en el territorio al oeste de la Rusia soviética[27].

En la primera semana de junio de 1920 todavía no había señales de que Trotsky contemplara la posibilidad de llevar la guerra al oeste del antiguo Imperio ruso. Tampoco apoyaba la acción militar en el este. Consideraba que una toma de poder al estilo soviético en cualquiera de los países asiáticos complicaría la situación geopolítica de Rusia, y los británicos no se quedarían sentados mirando. Incluso Azerbaiján, recientemente conquistado por el Ejército Rojo, estaba causando problemas a Moscú. Se debían evitar más expediciones militares a no ser que se utilizaran como recurso de presión en las negociaciones con el Reino Unido[28].

El 10 de junio los rojos lograron volver a ocupar Kiev y las fuerzas de Piłsudski se vieron forzadas a retirarse precipitadamente. Se planteó entonces la pregunta sobre cuál era el paso siguiente que iban a dar los bolcheviques, y se adjudicó a Trotsky el haberse opuesto a librar una guerra ofensiva contra Polonia[29]. Es evidente que abrigaba temores, y que éstos eran más de naturaleza militar que política. Era consciente de la gran fatiga que arrastraba su Ejército Rojo, y dudaba de que éste conservara la energía y los recursos materiales para una invasión. Stalin, quien temía que Wrangel en Crimea pudiera sacar provecho de la situación estratégica, adoptó la misma postura. Otros destacados bolcheviques fueron incluso más contundentes en su rechazo a la invasión de Polonia. Radek se mostraba escéptico respecto a la resistencia de los obreros polacos ante la llamada patriótica. Pero Lenin insistía en que había que ejercer presión sobre la frontera polaca e intentar la toma de Varsovia. Y en cuanto Lenin tomó esta determinación, Trotsky se mostró tan decidido como él a

ponerla en práctica. Los escritos y parlamentos de los líderes del partido en aquellos días no ofrecen demasiada información sobre lo que se planteaba como propósito real de la campaña. Los bolcheviques no hicieron público ningún proyecto de seguir más allá de Varsovia hacia Berlín. Sus dirigentes no admitieron públicamente en ninguna ocasión como objetivo la «sovietización» de Europa central. Sabían que esa palabra resultaría muy poco atractiva para millones de polacos.

El Foreign Office británico intentaba mediar entre Rusia y Polonia. Era evidente que su secretario, Lord Curzon, suponía que el derrumbamiento polaco proseguiría y quería detener el avance del Ejército Rojo. El Comité Central bolchevique, en su reunión del 17 de julio, rechazó las ofertas de paz. Se le pidió a Trotsky que redactara una proclama sobre una campaña prolongada[30]. En el II Congreso de la Komintern, que empezó el 19 de julio en Petrogrado, los ánimos se exaltaron cuando Zinoviev y Lenin explicaron que los asuntos mundiales estaban girando sobre un nuevo eje. En la pared se había fijado un mapa con banderas que indicaban las líneas del avance del Ejército Rojo. A pesar de todas sus responsabilidades militares, Trotsky encontró un hueco para aparecer por la reunión brevemente. Había que establecer partidos comunistas por todas partes, indicó. También anunció que el gobierno polaco de Ignacy Paderewski hacía un llamamiento a la paz[31]. El congreso introdujo normas que estipulaban que todos los partidos miembros tenían que conformarse según los mismos principios organizativos que el Partido Comunista ruso. Para entonces Trotsky ya volaba en tren para estar cerca del combate. El 23 de julio el frente occidental recibió órdenes de Mijaíl Tujachevski, su comandante, para que cruzara el río Bug y apuntara a la derrota total de las fuerzas armadas polacas. La cúpula del partido bolchevique organizó un Comité Revolucionario Provisional Polaco que preparó decretos sobre las tierras, la industria y la seguridad con vistas a establecerse en Varsovia. Entre sus miembros estaban los dirigentes de la Cheká Félix Dzerzhinski y Jósef Unszlicht.

Lenin incitaba a los comandantes y comisarios para que provocaran un levantamiento de los trabajadores y campesinos polacos, letones y estonios. Era lo que él denominaba «guerra revolucionaria». Escribió la siguiente nota para Sklyansky en una reunión de planificación: «Tome medidas militares, por ejemplo pruebe de castigar a Letonia y Estonia *de manera militar*, por ejemplo […] cruzando la frontera en algún lugar [unos quinientos metros] y ahorcando

entre un centenar y un millar de sus burócratas y gente rica.»[32] Lenin apremiaba al Comité Revolucionario Provisional Polaco para que animara a los campesinos hambrientos de tierras de Polonia a hacerse con los latifundios, o al menos con parte de ellos, a medida que avanzaran los rojos[33]. Los «terratenientes y kulaks» tenían que ser aplastados sin piedad, y preguntó en tono imperioso a sus comisarios por qué no estaban haciendo que el campesinado se levantara contra ellos[34]. Constantemente hostigaba al Ejército Rojo: «Si el departamento militar del comandante supremo *no rechaza* tomar Varsovia, entonces *debe* tomarse». Tampoco permitía que se hablara de treguas, alegando que ideas como ésas eran meras «idioteces[35]».

Trotsky y Stalin eran casi los únicos que no recibían mensajes destemplados de Lenin, puesto que sabía que en su caso siempre obtenían el máximo rendimiento del Ejército Rojo. Los grandes premios de Varsovia y Berlín brillaban allí delante y el optimismo que se respiraba en los órganos directivos centrales era casi milenarista. Parecía que Europa central estuviera a punto de volverse comunista. El II Congreso de la Komintern fue un cúmulo de entusiasmos y las docenas de delegados del extranjero volvieron a sus países dispuestos a provocar las máximas dificultades políticas a sus gobiernos. Italia y Checoslovaquia podían ser los siguientes países en que estallara la revolución.

Con el avance el Ejército Rojo, Trotsky dejó claro que quería proseguir el estilo de «guerra revolucionaria» que él y otros bolcheviques habían querido librar en 1918 antes de que se firmara el tratado de Brest-Litovsk. Las medidas convencionales de conquista territorial eran solamente una parte de su estrategia. Los rojos también contemplaban la posibilidad de suscitar el apoyo de los trabajadores, soldados y campesinos. Esperaban poder hacerlo primero en Polonia y después en Alemania. A diferencia de los invasores que en el pasado habían procedido de Rusia, su intención era que los recibieran calurosamente a medida que avanzaran. Los artículos y discursos de Trotsky tocaban a rebato contra los sacerdotes polacos y los terratenientes. Su llamamiento se dirigía a las «masas» para que se levantaran contra sus opresores nacionales. Vilipendiaba al gobierno de Polonia y a los mandos de su ejército por no ser más que la avanzadilla sumisa de los grandes poderes capitalistas del mundo. Veía la mano de París y Londres detrás de cualquier movimiento de Piłsudski. Creía sinceramente que Europa era un barril de pólvora en el que iba a estallar la revolución. El Ejército Rojo solamente tenía que aplicar una cerilla encendida y

todo el continente prendería. Ésa seguiría siendo su manera de pensar a lo largo de toda su vida: incluso creía que los campesinos finlandeses saludarían en 1940 a Stalin como su libertador[36].

Los gobiernos europeos y los medios de comunicación reconocían que si Polonia caía ante el Ejército Rojo los tratados firmados en la Conferencia de Paz de París durante los anteriores doce meses quedarían hechos pedazos. Ésta no iba a ser solamente una campaña de conquista. Lenin quería que los comunistas alemanes, que seguían teniendo poca presencia en los asuntos públicos, se aliaran con la extrema derecha política. Las unidades Freikorps dirigidas por Wolfgang Kapp habían intentado en marzo hacerse con el poder en Berlín. La idea de Lenin en ese momento era reunir a todos los grupos contrarios a Versalles en una coalición poderosa para liberar Alemania de su sometimiento. Con posterioridad, pensaba, las fuerzas de la extrema izquierda y de la extrema derecha tendrían que luchar entre ellas[37]; pero el Ejército Rojo, que se habría extendido por las tierras polacas, se pondría a disposición de la dirección comunista alemana. La «sovietización» se llevaría a cabo de manera sistemática. La guerra entre la Rusia soviética y Polonia era en 1920 una lucha sobre qué sistema estatal y qué ideología prevalecerían en la Europa occidental y central.

Los rojos imponían sus medidas en forma paralela a su avance: al tomar Białystok, el Comité Revolucionario Polaco nacionalizó ocho factorías. El rublo soviético se introdujo como moneda local. Se inspeccionaron los bancos con la vista puesta en una eventual expropiación. Se dio prioridad a los trabajadores en la distribución de alimentos[38]. Trotsky estaba demasiado ocupado como para involucrarse en la administración civil, y dejó que fueran Dzerzhinski y Julian Marchlewski, del Comité Revolucionario Polaco, quienes se ocuparan de estas cuestiones. Él insistía en que aquella campaña militar era parte de una guerra a la que «nos han forzado»[39]. Esto solamente era, como mucho, una cuarta parte de la verdad. Ciertamente, Piłsudski había invadido Ucrania, pero una vez que había empezado a retirarse los rojos habían ignorado los ruegos de un armisticio.

El Ejército Rojo entró en Polonia simultáneamente en dos grupos y el Comandante en Jefe supremo, Serguéi Kámenev, y Trotsky permanecían en contacto cercano. En el norte, apuntando con sus tropas directamente a Varsovia, estaba Mijaíl Tujachevski; en el sur se hallaba Alexandr Yegorov, que dirigía el avance hacia Lvov. La estrategia se seguía revisando mientras llegaban los informes de rápidos avances de Tujachevski y Yegorov. Tanta rapidez en el éxito

militar rojo implicaba que no existiera un plan general. Trotsky tenía que comunicarse a menudo con Moscú con objeto de finalizar un conjunto de disposiciones para derrotar a Piłsudski. Yegorov recibió órdenes de interrumpir su avance hacia el oeste y de dirigirse hacia el norte para establecer contacto con Tujachevski. Stalin estaba a cargo del Consejo Militar Revolucionario en el sector militar del sur y hacía ya tiempo que destacaba por ignorar las órdenes del Politburó y del Mando Supremo. Con el avance de las fuerzas de Yegorov sobre Lvov se abría ante éste y ante Stalin una perspectiva de gloria militar. Efectivamente, tras conquistar Lvov podrían ser capaces de continuar la campaña e invadir Checoslovaquia y Hungría. En cualquier caso, era dudoso que Yegorov fuese capaz de alcanzar el norte a tiempo para unirse a la ofensiva proyectada por Tujachevski[40].

Trotsky pidió que el Mando Supremo se adhiriera a la estrategia. Piłsudski había reagrupado sus fuerzas transversalmente al río Vístula desde Varsovia. Los polacos luchaban por la independencia nacional y por su fe religiosa. Para casi todos ellos, los rojos eran simplemente el enemigo tradicional vestido con uniformes revolucionarios. Piłsudski desplegó sus tropas con casi total brillantez. En cambio, las tropas rojas, exhaustas por la campaña y con suministros básicos escasos, no estaban en condiciones de ofrecer lo mejor de sí mismas. La batalla se inició el 13 de agosto. Pasaban los días y los enfrentamientos militares ponían a prueba los recursos de ambos bandos. El 25 de agosto estaba claro que los rojos habían sido derrotados, y tuvo lugar una retirada forzada. Los polacos estaban exultantes: se habían salvado, y también habían salvado al resto de Europa, de Lenin, de Trotsky y de la «sovietización».

3

De vuelta desde el límite

La Novena Conferencia del partido tuvo lugar en Moscú menos de un mes después del desastre en Polonia. Lenin y Trotsky coincidieron en que la culpa tenía que recaer en alguna otra persona. La desobediencia de Stalin proporcionó la oportunidad. Lenin le había protegido en repetidas ocasiones de las iras de Trotsky durante la guerra civil. El mismo Lenin había cometido el error de insistir en la invasión de Polonia, pero escogió a Stalin como chivo expiatorio que le quedaba más a mano.

Lenin confesó que el Politburó había calculado mal al rechazar la propuesta de paz de Lord Curzon al suponer que la «sovietización» de Polonia y Alemania iba a resultar una tarea fácil. La oleada de patriotismo polaco había sido una sorpresa[1]. Las líneas de defensa de Trotsky fueron algo diferentes, pues sugirió que el Politburó se había visto obligado a comprobar si la revolución socialista europea podía conseguirse:

> ¿Por qué no entramos en Varsovia? Pues porque eso no es tan fácil, camaradas. Procedimos como lo hicimos por la razón que se explica en el informe del camarada Lenin. Ése era un motivo serio, y ahora, si miramos atrás y evaluamos si fue o no un error, tenemos la posibilidad de responder con otra pregunta: ¿fueron los días de julio [de 1917] o la revolución de 1905 errores, o no lo fueron? Lo que estaba en juego era un gran intento de poner a prueba al enemigo. Nadie podía indicar por adelantado en qué punto debía detenerse ese intento, y puede decirse que esta experiencia nos proporciona una base para otra experiencia más feliz[2].

Trotsky se mantuvo firme en que la decisión de invadir había sido correcta. En un brote de irritación, lanzó un ataque personal: «Lo que tengo que decir es que el camarada Stalin me desautorizó a mí y desautorizó al Comité Central.»[3]

Lenin se puso de su parte y Stalin se sintió tan humillado que al día siguiente pidió el derecho a réplica, y alegó que había expresado dudas sobre la campaña antes incluso de que ésta diera comienzo[4].

El Politburó se mostraba cauteloso con los polacos en unos momentos en que las fuerzas armadas soviéticas recibían la orden de dirigirse hacia el sur, al encuentro de Wrangel. Lenin pensó que el riesgo no tenía que exagerarse. Sabía por Adolf Ioffe, quien había mantenido las conversaciones de paz con los diplomáticos de Polonia en Riga, que Varsovia temía un reinicio de las hostilidades incluso más que Moscú. No se privó de decirle a Trotsky que se concentrara en destruir al último ejército blanco en Crimea[5]. Se habían iniciado las conversaciones con los estados bálticos, y se les aseguró a estonios, letones y lituanos que el Kremlin no pretendía amenazar su independencia. De todos modos, la clave para la seguridad internacional soviética era alcanzar un acuerdo con el Reino Unido. Los dirigentes bolcheviques estaban seguros de que los británicos y franceses habían instigado la invasión polaca de Ucrania, pero también eran conscientes de que la Rusia soviética necesitaba ayuda para su recuperación económica. Lenin y Trotsky hablaron sobre las ventajas que obtendrían los países occidentales al recuperar el acceso a los recursos naturales rusos. A cambio, el Politburó esperaba poder comprar maquinaria industrial y modernizar su economía. Kámenev fue enviado a Londres para la negociación de un tratado comercial. La batalla del Vístula había representado una derrota en toda regla; en esos momentos, el Politburó tenía que encontrar una manera de asegurarle un respiro al país.

La hostilidad contra Trotsky se había extendido, a pesar de que las críticas hacia él se habían acallado en la Conferencia. La Glavpolitput encendía los ánimos de los viejos bolcheviques al mantener al gobierno y al partido fuera de las decisiones concernientes al transporte. De hecho, la defensa por parte de Trotsky de la disciplina marcial en la gestión del ferrocarril resucitaba los rumores de que lo preparaba todo para ser un dictador militar. Él, mientras tuviera el apoyo de Lenin, estaba dispuesto a pasar por alto lo que se dijera. Pero, cuando surgieron comentarios negativos en el Comité Central, perdió la paciencia y presentó la dimisión de sus cargos en transporte el 29 de septiembre de 1920. El Comité Central no la aceptó y prometió garantizar que tales reprobaciones no iban a repetirse[6]. Stalin, dolido por las acusaciones vertidas en la conferencia del partido, estaba ausente, y a principios de mes el Politburó

había pedido su dimisión en el cargo del Consejo Militar Revolucionario de la República[7]. En esos momentos quien amenazaba con dejarlo era Trotsky[8]. Ya tenía enfurruñado a uno de los miembros del Politburó, y Lenin no podía permitirse que otro más se retirara. Nadie dudaba que Trotsky estuviera sobrecargado de cargos y obligaciones. Era evidente que casi había vivido en un tren durante dos años y que sabía más sobre transporte que ninguna otra persona en Rusia. Era demasiado valioso como para permitirle dimitir[9].

Desgraciadamente para Lenin, Trotsky no olvidó su idea de que todos los sindicatos tenían que convertirse en organizaciones estatales. Volvió a plantearlo en el Comité Central el 8 de noviembre, en una declaración según la cual toda la Revolución seguía amenazada mientras no se despojara a los sindicatos de los derechos y funciones que hasta entonces se les otorgaban. Esta postura era una exageración ridícula. Los trabajadores se enfrentaban al régimen con sindicatos o sin ellos, y el movimiento huelguístico se extendía de ciudad en ciudad. La demanda trotskista para militarizar el trabajo y estatizar los sindicatos era una provocación innecesaria en aquellos momentos[10].

Lenin y Trotsky chocaron en el Comité Central al fallar los intentos de llegar a un acuerdo. Cuando se sometió a votación el ganador fue Lenin. Trotsky se comportó como Lenin en la discusión sobre Brest-Litovsk. En lugar de aceptar la decisión del Comité Central la atacó abiertamente. Tal y como apuntaba, ése era su derecho como miembro del partido. A diferencia de Lenin, no mostró astucia al explicarse. Su caso era esquemático, y dejaba bruscamente de lado objetivos como la «autoactividad obrera». Según Trotsky, la obligación de los trabajadores era hacer lo que se les ordenaba. Mientras Lenin esperaba controlar los sindicatos con astucia, Trotsky quería hacerlo abiertamente. La Revolución de Octubre había instaurado un estado proletario. Las políticas del Sovnarkom favorecían los intereses del proletariado. Los sindicatos defendían solamente a sectores de la clase trabajadora, y antes que ellos era el gobierno quien la protegía como un todo. En esta situación tenía sentido llevar a cabo la «estatización» del movimiento obrero. De otro modo, los sindicatos continuarían atendiendo a los agravios del pueblo trabajador pese a la situación de derrumbe económico. La producción industrial se vería afectada. Los conflictos en los lugares de trabajo se incrementarían, y la regeneración de fábricas y minas se retrasaría indefinidamente[11].

Se organizaron grandes reuniones de miembros del partido. El resultado fue

inevitable: Trotsky hizo que el partido se dividiera en fracciones. Probablemente se lo estaba pasando en grande, pero la tentación oratoria y el pensamiento esquemático acallaban su capacidad de táctica política. El 9 de diciembre de 1920 pidió al Comité Central que lo relevara de su puesto en el Comisariado del Pueblo de Medios de Comunicación, un cargo que había ocupado desde marzo. Hacía esta petición, en principio, porque el trabajo le sobrepasaba en el Comisariado para Asuntos Militares. Pero el auténtico motivo era que quería implicarse libremente en la controversia de los sindicatos[12]. El Comité Central convocó un congreso del partido para febrero de 1921. Dos semanas más tarde, rodeados de controversia, sus miembros pospusieron la celebración de dicho congreso hasta marzo. Se anunciaba una discusión abierta sobre los sindicatos[13].

A Trotsky estas disputas le gustaban demasiado como para preocuparse por las consecuencias. Cuando no estaba en un tren, ofrecía vehementes discursos. Bujarin formó un grupo mediador en un intento de mitigar el desenfreno fraccional. Todo esto preocuparía tanto a Lenin como a Trotsky. Alexandr Chliapnikov y la Oposición Obrera se sumergieron en la controversia: ponían objeciones tanto a Lenin como a Bujarin y reservaban las críticas más feroces para Trotsky. Los Centralistas Democráticos también se sumaron. Todo el partido estaba implicado en un torbellino de polémicas. Solamente los trotskistas y los de Oposición Obrera creían que la política en cuanto a los sindicatos era la cuestión primordial en el orden del día del partido. Pero Trotsky había obtenido los debates que quería. Los bolcheviques se hundieron en un pozo de fraccionalismos en el mismo momento en que se llamó al Politburó a negociar en los casos de motines, huelgas y rebeliones agrarias. Los miembros del partido que, como hacía Lenin, rechazaban la «discusión» como un elemento de distracción no podían hacerse oír. Lenin había criticado a Stalin tras la guerra de Polonia. Ahora le había llegado el momento a Trotsky de sentir el calor de sus invectivas. El único consuelo para Lenin era que Stalin volvía a mostrarse cooperador, y fue éste quien organizó la fracción de Lenin mientras duró la discusión sobre los sindicatos.

Aunque Trotsky contribuyó al debate en otros asuntos, no lo hizo con asiduidad. La reconsideración de la política agraria del partido estaba en marcha, y en diciembre, en el VIII Congreso de los Sóviets, Lenin recogía la malograda sugerencia que Trotsky había hecho en febrero y propuso ofrecer recompensas

materiales a los campesinos que incrementaran su producción, lo que hizo que recibiera una bronca por parte de los delegados[14]. A Trotsky se le hubiera permitido vanagloriarse, pero estaba demasiado inmerso en la controversia de los sindicatos. Entretanto la crisis de suministros alimenticios empeoraba. Se hacía necesaria alguna acción drástica para prevenir el hambre en las ciudades. Para la administración soviética resultaban todavía peores las revueltas rurales. Campesinos de Ucrania, los Urales y la región del Volga se levantaron contra los bolcheviques y a comienzos de 1921 el Politburó se enteró de que prácticamente una provincia entera —Tambov, junto al Volga—, estaba en llamas por la rebelión.

El 2 de febrero Lenin volvió a plantear la cuestión agraria en el Politburó. Trotsky había partido cuatro días antes para inspeccionar las condiciones industriales en los Urales. Él y su compañero Zinoviev tenían estrictamente prohibido contribuir al debate sobre los sindicatos mientras durara su viaje[15]. La situación económica exigía unidad y una acción decisiva, y Lenin criticó al Comisariado del Pueblo para Suministros de Alimento por perjudicar las relaciones con los campesinos. Bujarin estaba también de su parte. Los argumentos de ambos resultaron efectivos y la asistencia a los campesinos se convirtió en una prioridad acordada. Kámenev y Evgeni Preobrajenski recibieron el encargo de preparar un borrador con las nuevas medidas. Se consultaría por teléfono a los miembros ausentes, entre ellos a Trotsky[16]. La cúpula se vio sometida a un tira y afloja en los días siguientes. El 8 de febrero, cuando el Politburó se volvía a reunir, Bujarin estaba retenido en algún lugar y Trotsky y Zinoviev todavía no habían vuelto de los Urales[17]. Mientras escuchaba un informe del Comisariado del Pueblo para la Agricultura, Lenin hizo un «borrador preliminar de tesis concernientes a los campesinos»[18]. El sistema de confiscación obligatoria de grano iba a ser reemplazado por una tasa en especies. Los campesinos iban a quedarse con un excedente que, si lo deseaban, podían vender privadamente. Esto se convirtió en la base para una Nueva Política Económica (NEP), y el Politburó organizó un grupo de trabajo bajo la dirección de Kámenev para que elaborara los detalles[19]. La necesidad de tal reforma fue refrendada por unanimidad, tanto por los miembros presentes como por los ausentes.

Trotsky y Zinoviev estuvieron de vuelta a tiempo para la consideración por parte del Politburó del proyecto de Kámenev el 18 de febrero[20]. Había que

redactar un manifiesto sobre los grandes cambios a realizar en la política estatal. No se puede decir que a Trotsky lo marginaran del proceso, pero no se le pidió que aplicara su talento oratorio o literario, lo que ya de por sí era algo poco habitual. El Politburó en su conjunto rompía con las medidas económicas en vigor desde el inicio de la guerra civil o incluso antes. El cercano x Congreso del partido debería sancionarlo. Luego habría que dar forma a un programa legislativo y la prensa iba a tener que informar al país.

Una semana más tarde Trotsky reparó en que era muy extraño que Lenin, el arquitecto de la NEP, le hubiera criticado como partidario del libre comercio y como utópico en 1920[21]. Pisaba un terreno más resbaladizo cuando decía en privado que el Politburó establecía lo que él había defendido solamente doce meses antes. La NEP iba mucho más allá de la primera propuesta de Trotsky, puesto que ponía fin al «comunismo de guerra» en lugar de repararlo o mejorarlo. Quizá Trotsky solamente quisiera animarse, pero a finales de febrero de 1921 era obvio que sus ideas sobre los sindicatos no iban a obtener la mayoría en el congreso del partido. Había viajado a lo largo y ancho de la Rusia europea y a zonas de Ucrania. Sus partidarios Preobrajenski, Serebriakov y Krestinski ocupaban el secretariado. Había expuesto sus argumentos con estilo y vigor. Lenin había permanecido en Moscú, y se había limitado a contar con que Zinoviev tomara los trenes necesarios y defendiera el caso en su nombre. *Pravda* reprodujo los argumentos de las diversas fracciones con suficiente ecuanimidad como para que el partido decidiera. A pesar de sus semanas de intensos esfuerzos Trotsky había perdido. Había pasado todo ese tiempo recordando que la situación económica era grave. El resultado era haber demorado la búsqueda de una solución práctica; mientras tanto, la existencia del partido soviético se enfrentaba a una creciente amenaza política y social.

La derrota de Trotsky no era una garantía para nadie en el X Congreso del Partido, que empezó el 8 de marzo. No estaba nada claro cómo iban a reaccionar los bolcheviques a la NEP. El comercio internacional era otro tema difícil, puesto que Lenin quería que el congreso mostrara su acuerdo con la garantía de concesiones industriales para compañías privadas extranjeras. También se iba a debatir el tema de la revolución internacional. La tarea fundamental de la Komintern era buscar oportunidades para inclinar hacia el comunismo a Europa y Norteamérica. Y después de la guerra polaco-soviética iba a ser difícil, porque Lenin y Trotsky querían firmar tratados comerciales con el Reino Unido y con

otras grandes economías industriales. Por otra parte, el partido necesitaba definir su postura frente a la cuestión nacional en la situación de posguerra. Se hacía necesaria una discusión sobre cómo tratar tanto a los rusos como a los demás pueblos de las repúblicas soviéticas. A pesar de este amasijo de temas polémicos, el congreso del partido resultó bastante apacible; la causa fue que sus delegados se vieron enfrentados a una amenaza al orden soviético durante una semana entera. El 2 de marzo, tras diversos estremecimientos preliminares, la guarnición naval de Kronstadt se había amotinado abiertamente y había arrestado a los comisarios políticos bolcheviques. Los marineros estaban exasperados por la negativa de la dirección del partido a escuchar sus reivindicaciones. Odiaban las requisas de grano y las unidades armadas que evitaban que la gente transportara género a las ciudades con el propósito de comerciar ilegalmente. No querían que sus mandos fueran comisarios designados desde fuera. Estaban contrariados por la pobreza y la enfermedad que se extendían por Rusia y Ucrania. Rechazaban la dirección del partido único y reclamaban un sistema político electivo. Si la cúpula central del partido daba su brazo a torcer con semejantes demandas, efectivamente estaría derrocando su propia dictadura. Pero cuando enviaron a unos oficiales a través del hielo del golfo de Finlandia para calmar los ánimos, los marineros los arrestaron e instauraron un comité revolucionario.

Trotsky estaba muy absorbido por las deliberaciones en Moscú. Como comisario para Asuntos Militares también permanecía en contacto regular con el mando de la flota del Báltico. Sobre la base de experiencias pasadas, estaba seguro de que había que buscar en el extranjero el centro de cualquier disturbio[22]. Este tipo de suposiciones no eran diferentes a las de otros líderes bolcheviques.

El 5 de marzo Trotsky, dejando de lado las discusiones sobre los sindicatos, dijo a la cúpula del partido comunista que menoscabar lo que ocurría en Kronstadt podía resultar muy costoso. Hasta entonces no había ningún plan para negociar con los amotinados, ni tampoco se contaba seriamente con agentes infiltrados. La acción era urgente y necesaria[23]. Trotsky le dio instrucciones a Serguéi Kámenev, el comandante supremo del Ejército Rojo, para que le encargara a Tujachevski la misión de acabar con la revuelta[24]. Cinco días después Trotsky seguía preocupado: en el Comité Central expuso su temor de que se hubiera pasado por alto el peligro de Kronstadt, ignorando su propio papel al desviar la atención del partido de las rebeliones que se estaban

fraguando. Cuando llegara la primavera, avisó, el hielo del mar se fundiría y los amotinados podrían comunicarse con apoyos extranjeros. Hizo un llamamiento a establecer «medidas excepcionales»[25]. Era el lenguaje que había usado en la guerra civil. Más tarde intentaría esconder lo que había dicho y hecho alrededor de Kronstadt. No fue ninguna excepción: toda la dirección corrió un tupido velo sobre las deliberaciones y decisiones tomadas. Pero Trotsky tenía más por cubrir que los demás. Fue el artífice de la represión del motín, y eso después, cuando empezó a hablar de la necesidad de democracia, iba a convertirse en un baldón[26].

En sus contactos con la prensa extranjera del momento diría mentiras sobre los amotinados. Dijo que no era la misma marinería que había ayudado a los bolcheviques a tomar el poder en 1917. Alegó que los marineros amotinados de 1921 eran elementos temporales, reclutados a corto plazo y permanentemente amargados contra el socialismo. Los acusó de estar dirigidos por oficiales blancos, con la determinación de desacreditarlos totalmente. Louise Bryant, su admiradora americana, se dedicó a reproducir con entusiasmo todas esas afirmaciones como si fueran la verdad más absoluta[27].

El X Congreso empezó con Lenin entonando la letanía de errores cometidos en la guerra con Polonia y en la política económica de tiempo de guerra. Al mismo tiempo condenó el motín de Kronstadt como «una contrarrevolución pequeñoburguesa» más peligrosa que las ofensivas de los ejércitos blancos. Aseguró al congreso que las revueltas rurales se suprimirían con severidad. Insistió en que el llamamiento de la Oposición Obrera a consultar a obreros y campesinos era una «desviación sindicalista y semianarquista» del bolchevismo. Defendió a capa y espada la NEP. También sostuvo que la recuperación económica requería la aceptación de los concesionarios extranjeros en la industria soviética, incluso si esto implicaba poner en sus manos la industria petrolera. Todo lo que decía Lenin en estas materias podía haberlo dicho tranquilamente Trotsky. La controversia de los sindicatos se tocó solamente de forma somera y el informe de Lenin se aprobó por una mayoría aplastante. Entre las resoluciones se hizo un llamamiento para que los voluntarios abandonaran Moscú y se dirigieran al norte para reforzar el contingente que se preparaba en Petrogrado para atacar a los soldados de Kronstadt. Trotsky, quizá con alivio, estuvo ausente durante la mayor parte del congreso. Tujachevski y el séptimo ejército avanzaron sobre el hielo. Los dirigentes del motín fueron capturados y

enviados a campos de trabajo mientras que los marineros ordinarios se destinaron a otras unidades navales. La resistencia se cortó de raíz. Trotsky estaba satisfecho con la actuación de Tujachevski.

Cuando la cuestión de los sindicatos se presentó ante el congreso el 14 de mayo, solamente se le dedicó una discusión superficial. Tanto los militantes pertenecientes a la Oposición Obrera como los Centralistas Democráticos se mostraron beligerantes. Pero la suya era una causa perdida, y lo sabían. La política de Lenin tenía asegurado el éxito incluso antes de que Trotsky hubiera regresado al congreso. En él volvió a repetir su argumento de que había intentado introducir la reforma económica un año antes y había sido rechazada a pesar de su poder de previsión. Criticó también la moción del Comité Central sobre los sindicatos por su falta de fluidez y se defendió con enfado de las acusaciones de Lenin que le hacían culpable de romper la disciplina de partido. Pero la rencilla quedó en nada rápidamente. Después de haber pasado cuatro meses insistiendo en que sólo sus propuestas podrían encarrilar la situación, la defensa que hizo de ellas en aquellos momentos fue bastante tímida. Se consoló afirmando que la resolución del congreso sobre los sindicatos no sobreviviría más de un año en la práctica.

Cuando se efectuaron las votaciones para el nuevo Comité Central Trotsky solamente ocupó el décimo lugar[28]. Zinoviev, que había sido su principal antagonista en los viajes, obtuvo un resultado todavía peor. Los triunfadores habían sido Lenin y su grupo, los cuales pudieron reducir el número de partidarios de Trotsky en la cúpula del partido. Éste por sí mismo era intocable, pero sus amigos no. Evgeni Preobrajenski, Leonid Serebriakov y Nikolái Krestinski perdieron sus puestos en el Comité Central, en el Orgburó o en el secretariado. Krestinski tampoco siguió en el Politburó. Las medidas contra Trotsky habrían podido ser más severas, pero Lenin aconsejaba comedimiento, de modo que Khristian Rakovski y Karl Radek conservaron sus puestos en el Comité Central. Después de haber puesto en evidencia a Stalin el año anterior, Trotsky permitía que se le volviera a acoger. Pero incluso si estaba algo desconcertado, lo disimulaba muy bien. Una vez que se hubo elegido el Comité Central, el congreso pasó rápidamente a ratificar la gestión del Politburó en el comercio internacional. En los minutos finales correspondió a Lenin condenar a Oposición Obrera. Karl Radek, el aliado de Trotsky, expresó su preocupación de que esta intolerancia pudiera algún día volverse contra otros militantes del

partido.

Era una observación atinada, pero Trotsky no pareció entenderla. Sus pensamientos estaban en otra parte. Después de acostumbrarse al poder y a las aclamaciones, se había hecho un lío con todo el asunto de los sindicatos. Él sólo había podido salvarse por Kronstadt. Ahora le correspondía volver a demostrar su valor para el partido y para la Revolución de Octubre.

4

Discusiones sobre reformas

El X Congreso del partido se había asemejado a un hospital de cuarentena en el que tan sólo era tratable un pequeño número de enfermedades. Lenin había introducido procedimientos para apaciguar en alguna medida los males de la economía y para prevenir el contagio de la Oposición Obrera. Por otra parte, había cauterizado las heridas de la «discusión de los sindicatos». El motín de Kronstadt había servido de aglutinador del congreso. Pero pronto se hizo evidente que los cuidados paliativos de Lenin habían resultado insuficientes. La NEP no era más que una fuente de problemas. También se ponían objeciones al esquema para atraer a concesionarios extranjeros. Una vez aireadas en el congreso, las críticas se acentuaban. La serie de movimientos para firmar tratados comerciales con otros países no fue tan controvertida. Kámenev había aludido a este asunto en las últimas horas del congreso, mostrándose muy hábil al poner énfasis en el compromiso revolucionario en un mundo de poderes capitalistas. Incluso se las ingenió para no mencionar que el mismo día en que finalizaba el congreso se firmaba el tratado comercial anglo-soviético, lo que indica que incluso en este caso el Politburó no las tenía todas consigo en cuanto a la reacción del partido. Por otro lado también era evidente el continuo resentimiento por parte de la Oposición Obrera y de los Centralistas Democráticos a causa de las restricciones que se ponían a su capacidad de hacer campaña por sus ideas. La mayor preocupación de Lenin era que solamente había conseguido poner un emplaste en la herida de los desacuerdos estratégicos del partido.

Uno de los pocos alivios que sentía en esos días era que él y Trotsky pensaban lo mismo en estas cuestiones. También lo tranquilizaba el hecho de que Trotsky hubiera descartado su obsesión con los sindicatos. Éste no había cambiado de opinión sobre la política: para él los sindicatos nunca habían sido el núcleo del asunto, pero su pensamiento se concentraba en esos momentos en cómo volver a poner al país en pie económicamente. Continuaba creyendo que

los sindicatos eran «una institución muerta» que solamente entorpecería la recuperación. Eventualmente reconocería que Lenin había tenido razón al decirle: «¡Las masas no lo van a soportar!». Sin embargo, Trotsky insistía también en que su propia propuesta de disolver los sindicatos en las estructuras de gobierno se había convertido en una realidad en cuestión de meses tras el fin de la discusión[1]. Pero consideraba una pérdida de tiempo consignarlo, excepto en la correspondencia privada. Su silencio público no era un fenómeno nuevo. Una vez vencido en la controversia de Brest-Litovsk, allá por marzo de 1918, había puesto fin inmediatamente a su defensa de una política de «ni paz ni guerra», y con posterioridad nunca proclamó que Lenin se hubiera equivocado. Estaba claro que la vehemencia de su lógica e inventiva podía extinguirse por sí misma.

Otro asunto unió a Lenin y Trotsky a final de mes. Los dirigentes de la Komintern habían estado conspirando durante unas semanas para que los comunistas tomaran el poder en Berlín. Se trataba de planes atrevidos pero poco realistas que de cualquier modo habían sido estropeados desde un buen principio por una planificación y una puesta en práctica deficientes. La iniciativa había partido de Zinoviev y Radek. No se había hecho ninguna consulta previa con el Politburó en Moscú. Ni Lenin ni Trotsky estaban al corriente. Zinoviev y Radek porfiaron en su empeño y enviaron a Béla Kun en nombre de la Komintern para que estableciera contacto con el Partido Comunista Alemán. Kun, con su personalidad avasalladora y armado del mandato de Moscú, pasó por encima de las reticencias sensatas de Paul Levi y accedió a los dirigentes que eran partidarios de intentar un golpe, sin sopesar las posibilidades de éxito. El gobierno alemán envió al ejército contra los huelguistas. Los insurgentes comunistas se vieron superados en número. El 31 de marzo la cúpula alemana tuvo que aceptar la derrota y suspendió el levantamiento.

La que dio en llamarse «Acción de Marzo» había sido un desastre. Trotsky y Lenin estaban furiosos por la incompetencia demostrada por los instigadores soviéticos y sus cómplices alemanes. Hubo un intercambio de palabras duras a puerta cerrada. Trotsky dijo que la acción había incurrido en un peligroso aventurismo, y le molestaba que Kun hubiera circulado por todas partes acusándolo de estar enfrentado con Lenin por el tema de la insurrección en Berlín[2]. Zinoviev y Radek habían empeorado las cosas buscando un compromiso en las medidas que iban a tratar con las consecuencias para la

Komintern. Según Trotsky, esto solamente había dado alas a Kun en sus travesuras[3]. La realidad era que Zinoviev, Radek y Kun habían encabezado una debacle. Trotsky argumentó que el «bloque» gobernante en Alemania no pasaba por ningún momento de desorganización y por tanto podía enfrentarse fácilmente a los problemas. La economía alemana no se tambaleaba, sino que, más bien al contrario, estaba consiguiendo un «relativo equilibrio». Los comunistas alemanes habían actuado con ineptitud y habían planteado demandas poco claras que no podían justificar una toma del poder y que en cambio alertaban a «la contrarrevolución» de lo que tenía en perspectiva. La planificación había sido lamentable. Paul Levi y otras figuras del ala derecha del Partido Comunista Alemán habían formulado críticas similares. Su único error había sido hacerlas públicas. Lo mismo que Lenin, Trotsky era un centralista, partidario de la disciplina férrea, de manera que aprobó un castigo para Levi por insubordinación.

Trotsky le enseñó las notas que había escrito sobre la Acción de Marzo a Radek para que le hiciera comentarios antes de pronunciar un discurso[4]. No era su modo habitual de actuar, pero éste había sido aliado suyo en muchas de las controversias del partido desde 1917, y le ofreció su veredicto en palabras que, esperaba, no suscitaran objeciones por parte de Radek. Trotsky quería evitar cualquier muestra de división en la dirección soviética. También sabía que la seguridad en la Rusia soviética podía resultar dañada si el papel desempeñado por el comunismo ruso en marzo de 1921 llegaba al conocimiento general. La culpa era exclusivamente del Partido Comunista Alemán. Lenin y Trotsky trabajaron conjuntamente para obligar a Zinoviev y Radek a permanecer fieles a la línea marcada por el Politburó.

Lenin también podía contar con su Comisario del Pueblo para Asuntos Militares para supervisar el aplastamiento de la resistencia al comunismo en Rusia, Ucrania y Siberia. Los cabecillas del motín de Kronstadt fueron fusilados, y al resto los enviaron a una «colonia disciplinaria» en Ujta, en el recóndito norte de Rusia. Así lo ordenó el Politburó, en presencia tanto de Lenin como de Trotsky, el 27 de abril de 1921[5]. Luego Trotsky prestó una atención personal a la provincia de Tambov y a su campesinado rebelde. Allá envió a su protegido militar Mijaíl Tujachevski en el verano de 1921, y éste se mostró despiadado en los métodos de terror militar que desplegó contra los insurgentes[6]. La cúpula central hizo pocas declaraciones públicas sobre el conflicto, y Trotsky no tomó

su famoso tren Volga abajo para inspeccionar sobre el terreno las operaciones de Tujachevski. Era algo deliberado. Los dirigentes no deseaban que se les viera pisoteando los deseos de los campesinos. El Politburó ciertamente deseaba la aprobación pública de la NEP, pero la prioridad en esos momentos era aterrorizar a la población rural para conseguir que se sometiera. Se enviaron unidades de caballería para reforzar e incrementar las áreas de siembra entre los campesinos. Su colaboración voluntaria ya vendría después.

Trotsky coincidía con Lenin en la necesidad de atraer capital extranjero, una de las preocupaciones de este último. Efectivamente, Lenin quería abrir toda la cuenca del Donets a concesionarios extranjeros. Su idea era que los empresarios de los países económicos avanzados recuperaran el rendimiento de trabajo completo tanto en las minas como en las granjas. Trotsky no dudaba en mostrar su acuerdo. Encontraba «ridículas» las críticas a estas medidas y las atribuía al «patriotismo» local[7]. Estaba impaciente por conseguir la asistencia alemana para reequipar al Ejército Rojo y reconvertirlo con vistas a cualquier guerra futura. El tratado de Versalles había estipulado restricciones en el tamaño y la naturaleza de las fuerzas armadas germanas. El gobierno alemán buscaba maneras de salvar el obstáculo, y Rusia era, evidentemente, un socio potencial. Las conversaciones secretas entraron en una fase muy seria en abril de 1921. Víktor Kopp, el plenipotenciario soviético en Berlín, escribió a Trotsky confirmándole que grandes firmas como Krupp, Albratrosswerk y Blom & Voss querían involucrarse en la restauración de la industria de armamento rusa[8]. Trotsky estaba lejos de pensar que el único camino hacia la recuperación económica y el desarrollo pasara por la «revolución socialista europea».

Muchos miembros del partido, en especial los de fuera de Moscú, ponían objeciones al plan. La cuenca del Donets siempre había sido productiva en carbón, hierro y grano. Las concesiones a compañías alemanas como Krupp las convertirían en codirigentes virtuales de la población obrera y de un gran número de campesinos de la región (a los que no complacería perder la tierra que habían ganado con el decreto de Lenin). Por otra parte, la extracción y el refinamiento de petróleo eran la única industria avanzada del Azerbaiján. Si la compañía de petróleo de los hermanos Nobel volviera a Bakú estaría recuperando el monopolio que había detentado hasta antes de 1917. La cuestión estaba en saber si los bolcheviques habían luchado en la guerra civil para eso[9].

Lenin y Trotsky mantuvieron su postura. En su intento de hacer que la NEP

fuera efectiva compartían la creencia de que la asistencia externa era un requisito para la regeneración económica. También estaban de acuerdo en la necesidad de dar incentivos a los campesinos para comerciar con sus excedentes agrícolas. Los productos industriales tenían que ponerse en el mercado, y el 21 de marzo de 1921 Trotsky escribió a Alexandr Tsiurupa, comisario del Pueblo para Suministros de Alimento, diciéndole que los campesinos tenían que disponer de la capacidad de comprar equipamientos para sus granjas. Como la industria soviética no podía proporcionarlos, las importaciones de tecnología se hacían cruciales[10]. Tsiurupa se había mostrado reticente a la hora de llevar a cabo requisas forzosas de grano. Era un líder técnicamente competente, que sería una buena baza para el gobierno siempre y cuando pudiera apartarse del «comunismo de guerra». Muchos otros dirigentes, tanto en Moscú como en provincias, sentían lo mismo que él. El hecho de que Trotsky estuviera argumentando en favor de la necesidad de proporcionar ayuda al mercado y a los campesinos no se conocía mucho por la simple razón de que sus artículos en *Pravda* versaban sobre otros temas. Nunca le habían asustado las polémicas, pero en el tema de la nueva política agraria dejó que fueran Lenin y Kámenev quienes hicieran las declaraciones públicas. Ya tenía bastantes problemas en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares.

Otra razón que explica esta pasividad es su maltrecha salud. Allí donde le había llamado el deber de la actividad militar, él se había levantado para escribir, hablar, viajar… Le llevó algunos meses tras la guerra con Polonia ajustar su estilo de existencia al tiempo de paz. Su salud había pagado un alto precio y seguía empeorando. En la primavera de 1921 el profesor Guetier, médico de diversas familias del Kremlin, le prescribió un descanso total.

Trotsky no era el único que se tomaba una baja médica. Zinoviev sufrió dos ataques de corazón entre marzo y mayo. Kámenev también tenía problemas cardíacos, y a Stalin le había dejado fuera de combate un ataque de apendicitis. Bujarin, por su parte, acababa de volver de una convalecencia[11]. Estos hombres formaban el núcleo de la dirección del partido. Lenin asumía la responsabilidad de la visión estratégica general, pero su trabajo se veía dificultado por estallidos de desunión. El miembro del Comité Central Mijaíl Tomski, quien tenía la responsabilidad de coordinar los vínculos del partido con los sindicatos, había estado entre los allegados más prominentes de Lenin en la disputa del último invierno. El problema para el tal Tomski era que Alexandr Chliapnikov y la

Oposición Obrera conservaban seguidores en el sindicato del metal. Tomski llegó a compromisos menores con el sindicato en aras de la colaboración, pero lo hizo sin consultar al Politburó, y Lenin se encendió de ira, hasta el punto de exigir la expulsión de Tomski del Comité Central, como si de un delincuente se tratara. Dzerzhinski apoyaba absolutamente a Lenin[12]. El ambiente solamente pudo tranquilizarse cuando lo hizo Lenin. De cualquier modo, éste tenía razón al sentir que la dirección del partido se había vuelto disfuncional. Había que restituir la disciplina y la coordinación, del mismo modo que se hacía necesario confirmar las políticas generales del partido.

La oportunidad de luchar por la NEP y de hacer balance de la Acción de Marzo llegó con la X Conferencia del partido en mayo de 1921, pero Trotsky seguía demasiado enfermo como para asistir. En ella se alcanzó con facilidad un acuerdo en cuanto a la Acción de Marzo, pero en lo referente a la reforma agraria fue más difícil. La incomodidad con respecto a las concesiones que se le hacían al campesinado era palpable en todo el partido. Muchos bolcheviques, al poder expresarse libremente a puerta cerrada, manifestaron su disconformidad. Los enfurecía volver a los mercados abiertos, a los arrendamientos de tierras, a las cooperativas y a los kulaks[13]. Otros ponentes hicieron críticas más mesuradas. Entre ellos estaba Preobrajenski, partidario de Trotsky en la reciente «discusión de los sindicatos», quien en general aceptaba la NEP pero deseaba incrementar el elemento de planificación económica central[14]. Otro de los amigos políticos de Trotsky, Yuri Larin, se quejó de la falta de atención a las necesidades de la industria soviética a gran escala[15]. Lenin estaba en ascuas. Confesó que se le había hecho muy difícil dirigir el partido desde Moscú y a solas, sin poder contar con la fidelidad de los miembros del Comité Central a las políticas oficiales[16]. Lenin nunca hasta entonces había pedido compasión, pero se encontraba desesperado. Su emotiva petición equivalía a un último intento para que la conferencia recuperara el sentido. Nadie más, ni siquiera Trotsky, lo hubiera conseguido: la conferencia mostró su respeto por Lenin y por su intuición ratificando todo lo que él solicitaba.

A Lenin le había convenido que Trotsky no estuviera presente, pues las simpatías de éste estaban del lado de Preobrajenski y Larin. Lenin y Trotsky ansiaban en principio dirigir la economía según un plan estatal previamente fijado. Pero Lenin pensaba que las condiciones para esto todavía no habían llegado, mientras que Trotsky no veía motivos para abstenerse de introducir

controles de planificación central. Lenin había podido sortearlo, pero un Trotsky en mejores condiciones de salud hubiera defendido su punto de vista en la conferencia, y todas las esperanzas de contener las tensiones en la dirección central del partido se habrían visto amenazadas.

Cuando volvió de su baja médica Trotsky presentó un escrito al Politburó el 8 de agosto. Lo mismo que Lenin, llamaba a extender el sector privado de la economía más allá de la agricultura y el comercio para introducirlo en la industria[17]. También instaba a ampliar el alcance de la NEP. Los pequeños empresarios podían responder con mayor celeridad a las demandas de los campesinos que las grandes fábricas. La mayoría de las grandes empresas habían interrumpido la producción: en las factorías y minas ésta había caído en 1921 a una séptima parte de la alcanzada en 1913. Los productores activos individuales eran vitales para que los engranajes del intercambio económico entre la ciudad y el campo volvieran a girar. Pero, a partir de ahí, Trotsky volvía a discrepar con Lenin. En su opinión, éste había abandonado demasiado deprisa el compromiso para forjar un «plan económico» estatal. Trotsky proponía reforzar los poderes del Consejo Supremo de la Economía del Pueblo. También sugería que los expertos de la Comisión de Planificación Estatal, en lugar de dedicarse a soñar esquemas para un futuro distante, proporcionaran al Consejo Supremo una estructura detallada para la regulación de toda la economía[18]. En su opinión ésta era la mejor manera de acelerar la recuperación después de la guerra y garantizar el desarrollo futuro.

En sus consideraciones no ponía en primer lugar las necesidades básicas e inmediatas. Lejos de eso, en septiembre había estado en Odessa, y allí había expresado su rabia por los alimentos y las medicinas que Herbert Hoover y la American Relief Administration ofrecían a los niños soviéticos de la región del Volga. Se trataba de una agencia que había enviado suministros indispensables a Europa central desde 1919 y que en esos momentos de creciente hambruna ofrecía ayuda a la Rusia soviética. Al tiempo que aceptaba el ofrecimiento junto al Politburó, Trotsky denunciaba a Hoover como «nuestro más execrable enemigo» y subrayaba:

> Tenemos que recordar que esto no es Hungría. No somos una joven república soviética. Nos hemos templado en la lucha frente a los contrarrevolucionarios. Disponemos de nuestros propios órganos

> especiales. Tenemos la Cheká. La Cheká no es algo que se ame, pero es que nosotros no amamos la contrarrevolución[19].

Si cualquier miembro de la misión de Hoover se inmiscuía en algo que no fuera la distribución de alimentos, las prisiones de Rusia estaban listas para alojarle. En la confianza de que los oídos occidentales no podrían oírle, Trotsky ofreció la siguiente explicación de la política soviética internacional:

> Pero de la misma manera [que gestionamos la misión de Hoover], cuando llegamos a acuerdos con los gobiernos burgueses sobre concesiones que duran noventa y nueve años, no estamos ofreciendo garantías de que la historia no vaya a derrocar a la burguesía antes de esa fecha. Nosotros no respondemos de la historia: solamente respondemos de nosotros mismos. En esa eventualidad, como es natural, tendríamos que romper el acuerdo sobre las concesiones por causa de fuerza mayor[20].

Trotsky reconocía la necesidad de aplacar a la opinión pública de Estados Unidos, pues el Sovnarkom tenía la esperanza de atraer negocios extranjeros, incluyendo los americanos, en la pugna por las concesiones en Rusia y Ucrania. Trotsky estaba entre los que no creían posible la recuperación industrial si no podía asegurarse el capital y la experiencia de los extranjeros. Su discurso en Odessa era revelador sobre la estrategia que deseaba, incluso cuando el pragmatismo le hacía callar. A Lenin no le preocupaban las descalificaciones que Trotsky dirigiera a Hoover, pero sí lo que seguía afirmando sobre la planificación estatal de la economía. Los dos líderes nunca habían debatido a fondo la NEP antes de su introducción. La debilidad de los argumentos se hacía evidente en ambos bandos. Lenin, que hablaba de la NEP como vehículo para la «transición al socialismo» no daba ninguna explicación sistemática sobre los mecanismos institucionales que iban a hacerla posible. Trotsky, por su parte, tampoco facilitaba una comprensión racional, pues no clarificaba cómo los dueños de pequeños comercios podrían beneficiarse de la existencia de una Comisión Estatal de Planificación.

Lenin tenía el presentimiento de que Trotsky podría iniciar en cualquier momento cualquier otra controversia que dividiera el partido. Aún no estaba convencido de que pudiera volver a confiar en él. Se aseguró con cautela de que

los partidarios de Trotsky iban a ser menos en el siguiente congreso, cuyo comienzo estaba previsto para el 27 de marzo de 1922. Indicó a Stalin que enviara a leninistas a las organizaciones regionales del partido antes de que se nombraran las delegaciones. Stalin le preguntó si no se trataba de una actividad prohibida como fraccional. Lenin se lo tomó a broma, viniendo la pregunta de un «inveterado fraccionalista». Los leninistas colocaron a sus candidatos en los principales cargos de autoridad en la dirección. Trotsky mantenía sus antiguos puestos, pero solamente dos partidarios suyos en la «discusión de los sindicatos» formaban parte del Comité Central: Andréi Andreiev y Khristian Rakovski. Le estaban poniendo a prueba. Por una vez, actuó con discreción. Quien levantó una polvareda en esta ocasión fue el izquierdista Preobrajenski al ofrecer un conjunto de tesis críticas sobre la cuestión agraria. Preobrajenski creía que la política se había sesgado para favorecer a los kulaks. Lenin pidió al Politburó que no hiciera constar eso en el orden del día, y Trotsky no se opuso a que así fuera. Los debates en el congreso confirmaron la línea seguida desde el año anterior. Trotsky incluso apoyó el informe de Tomski sobre los sindicatos en el que se permitían las huelgas de trabajadores de empresas estatales. De todos modos, luego causaría una tormenta cuando aventuró que tenían que ser los técnicos experimentados y no los obreros quienes decidieran la política industrial. La discusión acabó como había empezado, y Trotsky pudo presentar sin más dificultades su informe sobre el Ejército Rojo.

Lenin, quien mantenía su dominio al reorganizar el liderazgo comunista, se veía mermado por su mala salud, puesto que los síntomas de la arterioesclerosis se hacían evidentes. Al verse cada vez más discapacitado, decidió reorganizar la dirección política central. No pensaba todavía que sus días estuvieran contados, pero sí deseaba un equipo cohesionado para suplirle si por algún motivo se indisponía temporalmente. Con este objetivo apoyó la promoción de Stalin a la secretaría general del partido. En el año anterior quien había ejercido el cargo había sido Viacheslav Mólotov. Según la percepción general, Mólotov y su equipo no habían actuado convenientemente en sus puestos, y Stalin les había estado ayudando; de hecho, la colaboración entre Stalin y Mólotov iba a durar décadas[21]. El partido requería una mano firme en el timón. Stalin fue elegido secretario general a sugerencia de Kámenev en la primera reunión del Comité Central que se celebró después del congreso.

También había que pensar en el Sovnarkom, pues Lenin era su presidente.

Como pensaba que iba a ausentarse durante mucho tiempo, se aproximó a Alexéi Ríkov y a Alexandr Tsiurupa para proponerles como suplentes regulares. Podían dividirse las responsabilidades y asegurar una gobernabilidad continuada mientras la NEP se consolidaba. Evitó los grandes nombres, como Trotsky, Kámenev o Zinoviev. Trotsky hubiera sido una mala elección por muchas razones. Como él mismo reconocería, tenía su propia manera de hacer las cosas, y no era demasiado probable que fuera a cambiar en ese preciso momento: agradecía que no se le hubiera invitado[22]. En cualquier caso, tenía su propia visión de la NEP. La debilidad de la autoridad para la Administración de Planificación Estatal, conocida como Gosplan, seguía doliéndole, y no se privaba de decirle a Lenin que el Politburó debería reconocer la necesidad de una regulación de inversiones, producción y distribución a través de un centro poderoso. Trotsky también criticaba la Inspección Obrera y Campesina (Rabkrin) que se había creado con la aprobación de Lenin en 1920 para supervisar lo que ocurría en los Comisariados del Pueblo. Su líder era Stalin. Trotsky creía que dicho organismo era un derroche de recursos, o peor aún, que la institución entera era inútil[23]. Para Lenin fue una reacción inquietante. Trotsky no se había enmendado. Su inactividad reciente era engañosa. Los problemas internos del partido seguían siendo una posibilidad muy marcada.

5

La política de la enfermedad

A principios de 1922 hubiera sido difícil deslizar un papel de fumar entre Lenin y Trotsky en los aspectos concernientes a la política exterior. Británicos y franceses intentaban estabilizar los convenios posteriores a la guerra para reencauzar a los países de Europa hacia la prosperidad económica y, para lograrlo, tenían la intención de convocar a todos los gobiernos europeos a una conferencia en Génova. La cúpula soviética decidió enviar una representación. En principio se habló de si Lenin o Trotsky viajarían a Italia, pero la Cheká ponía objeciones, pues el peligro de un intento de asesinato era evidente. Lenin escribió al Politburó para proponer que no se permitiera que ninguno de los principales líderes —Lenin, Trotsky o Zinoviev— viajara al extranjero[1]. Gueorgi Chicherin, sucesor de Trotsky en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores desde 1918, fue el representante elegido. La Conferencia de Génova empezó el 10 de abril. El Politburó ordenó a Chicherin que investigara en qué términos obtendría la Rusia soviética el reconocimiento diplomático general y la reintegración a la red comercial internacional. El gobierno francés no quería ni oír hablar del tema. Los comunistas, a menos que revocaran la anulación unilateral por parte del Sovnarkom de la deuda exterior rusa, no podían hacer nada por aplacar los ánimos de los inversores franceses. Lenin, que no esperaba grandes cosas de la reunión en Génova, insistió en que Chicherin tenía que evitar entrar en compromisos si éstos no se aprobaban previamente, y desde el sanatorio de Gorki instó al Politburó a mantener su firmeza estratégica[2].

Rusia no era el único poder marginado de Europa. El gobierno democráticamente elegido de Alemania también se sentía maltratado, y los diplomáticos de ambos países se encontraron en secreto al sur de la costa de Liguria, en Santa Margherita. El resultado fue el tratado de Rapallo, firmado del 16 de abril de 1922 y diseñado para facilitar el comercio. Alemania necesitaba los recursos naturales rusos, y Rusia quería beneficiarse de la tecnología

alemana. En las negociaciones también se acordó permitir a las fuerzas armadas alemanas realizar ejercicios de adiestramiento en territorio ruso, y el Ejército Rojo esperaba obtener una buena formación a partir de este acuerdo. El tratado de Rapallo representaba un gran progreso en la dirección de la regeneración económica que tanto Lenin como Trotsky habían buscado durante más de un año.

Ambos también estaban de acuerdo en cómo enfrentarse a la potencial resistencia de la Iglesia ortodoxa rusa. La intuición de Lenin le indicaba que debía golpear a la cristiandad mientras todavía fuera demasiado débil como para defenderse. Con la intención de golpear al clero y a los creyentes durante generaciones, ordenó la confiscación de los tesoros eclesiásticos y los juicios espectáculo a obispos y sacerdotes[3]. A Trotsky le parecía bien, pero insistía en que el partido también tenía que adoptar una estrategia a largo plazo más sutil. Había surgido una fracción en la Iglesia, los «renovacionistas», cuyos líderes se inclinaban por reformar la estructura de la autoridad interna y la liturgia. Deseaban aceptar el derecho de la administración soviética a gobernar a cambio de la libertad de culto. Trotsky vio una oportunidad de dividir o debilitar a la Iglesia ortodoxa ofreciendo un trato de favor a los renovacionistas. Suscribía el principio según el cual cuanto mayor fuera la disensión entre el clero, más fuerte sería el Estado soviético. A la propaganda soviética le llevaría años, décadas quizás, erosionar la creencia de las masas en el Evangelio cristiano[4]. Lenin también lo veía así, de manera que las propuestas de Trotsky se convirtieron en la política oficial.

Por otra parte, estaba la cuestión de la estrategia con respecto a los demás partidos políticos. En este caso fue Lenin quien tomó las riendas y exigió juicios espectáculo y ejecuciones de prominentes mencheviques y socialistas revolucionarios. Trotsky lo apoyaba, pero Bujarin y Radek no estaban convencidos. Éstos, en un viaje a Amsterdam para intercambiar opiniones con partidos socialistas extranjeros, dieron su palabra de que en cualquiera de esos juicios se evitaría la aplicación de la pena de muerte. Lenin y Trotsky estaban furiosos, pues estimaban preferible no establecer acuerdos con los partidos de la Segunda Internacional que restringieran la libertad de los bolcheviques para llevar a cabo una supresión de raíz de los mencheviques y socialistas-revolucionarios. La acusación contra estos partidos es que habían conducido una activa batalla contra la Rusia soviética. Es cierto que había tenido lugar una

guerra entre el Komuch bajo la influencia de los socialistas-revolucionarios y el Sovnarkom a mediados de 1918. Algunos mencheviques incluso habían luchado contra el Ejército Rojo. Pero, en general, ambos partidos habían ayudado a los rojos contra los blancos. Lo que Lenin y Trotsky querían en realidad en 1922 era eliminar la menor posibilidad de que surgieran problemas en los años siguientes. Los competidores políticos para ganarse la voluntad de obreros y campesinos no tenían que existir.

El juicio espectáculo a los socialistas-revolucionarios empezó en junio de 1922. Trotsky, con su característico cinismo, instó a que tuviera «el carácter de una producción política acabada[5]». Los procedimientos legales no le preocupaban: quería que el castigo a los socialistas-revolucionarios sirviera de ejemplo para todos los partidos hostiles al bolchevismo. Con este propósito dio un discurso sediento de sangre desde el balcón de la Casa de los Sindicatos[6]. De hecho, las sentencias que ordenó el Politburó no incluían fusilamientos. Ni tampoco garantizaba que el Politburó llevara a cabo la petición de Lenin para procesar judicialmente a los mencheviques. Pero se mantuvo la campaña de persecución preventiva. Ese mismo mes la Cheká hizo una redada de docenas de filósofos, escritores y eruditos, y los deportó de Rusia en los vapores *Oberbürgmeister Haken* y *Preussen*[7]. Ese mismo verano toda la dirección del partido, incluido Trotsky, apoyó la introducción de una censura previa completa, conocida como Glavlit. El mensaje implícito era que los comunistas querían poner el país en una cuarentena política, ideológica y cultural.

Lenin parecía recuperado tras un invierno de mala salud, pero tuvo un ataque de apoplejía el 25 de mayo y se le envió de vuelta al sanatorio Gorki. De este modo, aumentó su dependencia de Stalin. Éste actuaba como el principal enlace para comunicar al Politburó sus ideas, y Lenin le estaba agradecido por su buena disposición a la hora de visitarlo con frecuencia. Hablaban de asuntos políticos y Stalin le ponía al corriente de las últimas noticias. Lenin había dispuesto que siempre hubiera una botella de vino en la mesa[8]. Trotsky, en cambio, no fue nunca a verlo. Más que amigos eran camaradas, y Trotsky no tuvo el impulso de hacer una visita al convaleciente. Tampoco él esperaba que los miembros del Politburó lo visitaran cuando estaba enfermo: de hecho, hubiera considerado cualquiera de esas visitas como una ingerencia en su tiempo para escribir. Su comportamiento para con Lenin se basaba en la misma suposición. Trotsky carecía de la comprensión elemental necesaria para atraer la calidez y la

confianza de sus compañeros en la cúpula. Stalin era más listo psicológicamente. No era más amigo de Lenin que Trotsky. En privado, Lenin mostraba su disgusto con diversos aspectos de su personalidad, y pensaba que era ordinario, grosero y poco inteligente. Pero sentía que podía utilizar a Stalin como asistente político, y éste sabía que si quería favorecer a sus propios intereses tenía que estrechar su relación con él[9].

La suerte de Trotsky empezó a cambiar a finales del verano de 1922, cuando Stalin dejó de actuar como un obediente ejecutor de los deseos de Lenin. Al sanatorio llegaron informes de que Stalin trataba autoritariamente a los líderes comunistas georgianos, a quienes no gustaba su propuesta de una nueva Constitución. El propio Lenin no aprobaba completamente los borradores de Stalin. Éste quería que todas las repúblicas soviéticas existentes cupieran en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), pero Lenin tildaba el proyecto de «chovinismo de la Gran Rusia».

Lenin discutió con Stalin durante varias semanas. En 1918-1920 había comprendido que sus esporádicas dificultades con Stalin eran atribuibles a una irritabilidad personal: en pocas ocasiones se había tomado demasiado en serio las propuestas políticas de Stalin. Fue para él un *shock* darse cuenta de que Stalin sabía lo que quería. Lenin también se sentía nervioso ante las tendencias burocráticas en el partido y empezaba a quejarse de la inoperancia de la Rabkrin para eliminarlas en las instituciones gubernamentales. Stalin era la personificación de estas preocupaciones, pues era el responsable tanto de la secretaría del partido como de la Rabkrin. Lo que se añadía a las preocupaciones de Lenin era ver que Stalin apoyaba las nuevas propuestas que se hacían en relación con el comercio exterior soviético. A partir de la Revolución de Octubre se había establecido un monopolio estatal sobre las importaciones y las exportaciones. Bujarin y Kámenev sugirieron que la NEP mejoraría si se permitía que los comerciantes privados volvieran a operar. Según su argumentación, la actividad comercial se ampliaría y los ingresos por impuestos se elevarían, mientras que el problema del contrabando desaparecería. Lenin se sintió horrorizado. Había sido el principal partidario de profundizar las reformas en la NEP, pero en esos momentos quería establecer unos límites.

Exasperado, exigió que todos los miembros del Comité Central lo abandonaran, con excepción de Viacheslav Mólotov, Alexéi Ríkov y Valerian Kuibyshev. Como mucho, estaba dispuesto a permitir que también figuraran

como miembros asociados Kámenev, Zinoviev e incluso Tomski (al que había querido expulsar en 1921). Lenin había perdido el sentido de la proporción. Fracasó estrepitosamente al intentar explicar por qué esa troika que proponía funcionaría mejor que el equipo más amplio existente hasta entonces. Por otra parte, ni Trotsky, ni Stalin, ni Bujarin ni los demás iban a asistir impasibles a su propia eliminación, y Trotsky en particular tendría todo el derecho a exigir que le explicaran qué había hecho recientemente que mereciera la pérdida de su condición de miembro del Comité Central. De cualquier modo, el nuevo esquema no era posible según las reglas del partido, y Lenin no era el dictador de éste. Los compañeros en la cúpula tenían motivos para dudar de su estabilidad mental. Pero vieron que una vez calmado seguía obstinado en conseguir su propósito sobre la Constitución y el comercio extranjero. Siguiendo los consejos de Kámenev, Stalin se mostró de acuerdo en que el RSFSR tenía que considerar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en un plano de igualdad con la Ucrania soviética. Esto devolvió la tranquilidad a la cúpula, por mucho que los líderes comunistas georgianos mantuvieran su suspicacia sobre Stalin y previeran que éste no iba a dejarlos en paz.

Lenin, sin embargo, siguió oponiéndose al proyecto de abolir el monopolio estatal del comercio exterior. Cuanto más lo meditaba, más atractiva encontraba la idea de un acercamiento a Trotsky, quien compartía su visión respecto a las importaciones y exportaciones. Trotsky había fracasado al intentar poner de su lado al Comité Central el 8 de agosto. Lenin se quejó indignado al Politburó. Kámenev, Bujarin, Zinoviev y Stalin cedieron terreno y pospusieron la decisión a un par de meses más adelante. Aunque Lenin se sentía físicamente recuperado y deseaba volver al trabajo en Moscú, los médicos insistieron en que debía observar un período adicional de convalecencia en Gorki. El 12 de diciembre, todavía aislado en Gorki, Lenin envió un mensaje a Trotsky pidiéndole ayuda. Éste respondió positivamente ese mismo día, pero dejó claro que no solamente quería preservar el *statu quo*, sino también colocar todo el comercio exterior bajo la autoridad de la Comisión Estatal de Planificación. Argüía que los ingresos por impuestos internos facilitarían una inversión adicional en la industria. Al día siguiente se llegó a un acuerdo: Trotsky lo respaldaba en su demanda específica y Lenin prometía un grado indefinido de autoridad extra para la Comisión Estatal de Planificación. El 15 de diciembre Lenin escribía: «Creo que hemos llegado a un acuerdo total. Te pido que anuncies nuestra solidaridad en el pleno». Ante el frente común de Lenin y Trotsky, el resto del

Comité Central ya respaldaba la propuesta incluso antes de reunirse. El 21 de diciembre Lenin escribía a Trotsky desde el sanatorio: «Es como si hubiéramos triunfado con una simple maniobra y sin disparar un solo tiro.»[10]

A aquellas alturas Lenin estaba tan débil que contemplaba la posibilidad de su próxima muerte. Le desesperaba dirigir el Sovnarkom simplemente con Ríkov y Kámenev como adjuntos, incluso cuando había añadido a Kámenev a esta disposición desde abril de 1922. «Ya los conoces. Está claro que Kámenev es un político inteligente, pero ¿qué clase de administrador es? Tsiurupa está enfermo. Sí, Ríkov es un administrador, pero tendría que dirigirse hacia el Consejo Supremo de la Economía del Pueblo. Tú tienes que convertirte en diputado [presidente]. La situación es tal que necesitamos un reagrupamiento personal radical.»[11] Trotsky rechazó la invitación, por mucho que, años después, la reclamara como equivalente a una petición para sucederle en el Sovnarkom[12]. No está claro que Lenin tuviera esto en mente, maestro en el zigzagueo político como era. En cualquier caso escribió cuanto pudo dictando a un ritmo frenético a sus secretarias sobre política e instituciones. A lo largo de las semanas siguientes criticó las prácticas burocráticas en el partido y propuso la incorporación de obreros a la dirección central como antídoto. Vilipendió a la Rabkrin como un derroche de recursos. Recogió material sobre la situación política en Georgia.

Como era habitual, Lenin se cubría. Entre los artículos que dictó estaba el que iba a considerarse su testamento político. Señalaba a seis líderes amigos como posibles sucesores suyos. Eran Trotsky, Stalin, Kámenev, Zinoviev, Bujarin y Piatakov. Ninguno salía bien parado de sus valoraciones. Después de reconocer en Trotsky a la «persona más capaz» del Comité Central, pensaba de él que se sentía indebidamente atraído por la faceta «puramente administrativa de los asuntos». Gran parte de lo que Lenin decía podía aplicarse a él mismo. Él y Lenin eran los artífices de un sistema estatal que había reducido la mayor parte del proceso político a la mera administración. Ningún partido político rival estaba permitido. La Cheká y el Ejército Rojo eliminaban cualquier intento de resistirse o de obstruir la dirección comunista. La prensa estaba en manos de los bolcheviques. El poder judicial no tenía independencia. Los veteranos bolcheviques monopolizaban todas las grandes instituciones públicas. A lo que apuntaba Lenin, sin embargo, era a la tendencia de Trotsky de soñar políticas sin tener el conocimiento previo de los posibles problemas políticos. La controversia de los sindicatos era solamente un ejemplo. Lenin había cometido errores del

mismo tipo. Por ejemplo, había organizado comités de campesinos pobres a mediados de 1918, a pesar de todas las evidencias de que los agricultores como colectivo iban a oponerse. Del mismo modo, había rechazado el abandono del «comunismo de guerra» en 1920. Pero mientras Lenin a menudo salía del sendero equivocado, a Trotsky tenían que sacarlo pataleando y gritando.

Lenin también tenía sus dudas respecto a las credenciales de Bujarin como marxista. De Piatakov pensaba que era poco fiable si se enfrentaba a una «cuestión política grave». Si bien continuaba desaprobando el comportamiento de Kámenev y Zinoviev en la Revolución de Octubre, no quería que esto se utilizara en su contra, del mismo modo que no quería que Trotsky sufriera por no haber sido bolchevique antes de 1917. Stalin era quien cargaba con más críticas. Lenin se quejaba de que había «concentrado un poder ilimitado desde que se ha convertido en secretario general, y no estoy convencido de que siempre vaya a utilizar todo este poder con suficiente cuidado». Muchos comunistas, si hubieran tenido conocimiento de las opiniones de Lenin, se habrían sorprendido de que se le pasara siquiera por la cabeza considerar a Stalin como su sucesor potencial. Pero Lenin había aprendido mucho de sus discusiones con él en 1922. Tenía fundamentos para formular la sorprendente afirmación de que Trotsky y Stalin, como los «dos líderes destacados del Comité Central actual», podrían verse abocados a un enfrentamiento que inevitablemente llevaría a una escisión dentro del partido. Éste era un extremo que había que evitar a toda costa. El propósito del testamento de Lenin era indiscutible: si moría, y en cuanto lo hiciera, la mejor opción para el partido sería una dirección colectiva.

El 24 de enero de 1923, en su lecho del sanatorio, dictó un codicilo que alteraba el equilibrio de sus caracterizaciones. El amigo de Stalin Sergó Ordjonikidze había empleado la violencia física sobre uno de los compañeros comunistas georgianos en Tiflis. Dzerzhinski y Stalin habían aprobado su conducta. Lenin no necesitaba de otros argumentos: «Stalin es demasiado rudimentario y esta torpeza, que es totalmente aceptable en nuestro entorno y en el trato entre nosotros los comunistas, se hace intolerable en su posición de secretario general». Proponía nada menos que sacar a Stalin del secretariado.

Este viraje en las preferencias de Lenin estrechó el vínculo con Trotsky. El 27 de diciembre sugirió ampliar las competencias de la Comisión de Planificación Estatal. De pronto dejó de darle autoridad legislativa y acordó que se presentaran regularmente informes al Sovnarkom, cuya dirección valoraba. Dos días más tarde recomendó que fuera la Comisión de Planificación Estatal en

lugar de la Rabkrin la que inspeccionara la fiabilidad de los expertos económicos «burgueses». También le pidió a su mujer, Krupskaya, que le comunicara a Trotsky que sus sentimientos hacia él no habían cambiado desde que se habían encontrado por primera vez en Londres en el otoño de 1902. Stalin sintió que el viento soplaba en otra dirección e imploró a la hermana de Lenin, Maria, para que le hiciera llegar un mensaje: «Lo quiero con toda mi alma». Lenin encontró ridículas estas palabras y se limitó a contestar educadamente. Stalin intentó otra aproximación el 6 de enero de 1923. Si no podía propiciar el favor de Lenin, quizá podía reconciliarse con Trotsky. Con esto en la cabeza recomendó la promoción de Trotsky como suplente de Lenin en el Sovnarkom y con una responsabilidad especial en el Consejo Supremo de la Economía del Pueblo. También propuso a Piatakov, el aliado de Trotsky en economía política, para su nombramiento como presidente de la Comisión Estatal de Planificación. Trotsky declinó la oferta. El 17 de enero Stalin lo intentaría de nuevo y dijo que Trotsky debería ser presidente adjunto del Sovnarkom y presidente de la Comisión Estatal de Planificación.

Trotsky volvió a rehusar. Él también estaba pasando por una mala racha de salud, y mientras se encontraba bajo los cuidados del profesor Guetier le escribió a Zinoviev, desde «una posición horizontal» explicándole por qué no podía mostrarse más activo[13]. Y, sin embargo, sus facultades mentales seguían funcionando con brío. Simplemente, no entendía de qué modo la propuesta de Stalin podía incrementar la efectividad del gobierno, y pedía a todo el mundo que entendiera su razonamiento. A Lenin le dijo lo mismo, y nada había cambiado entretanto para convencerlo de convertirse en el presidente adjunto del Sovnarkom. Los argumentos de Trotsky eran contundentes, pero reflejaban cierta rigidez táctica. Estaba despreciando una oportunidad para dominar el gobierno soviético mientras Lenin se encontraba ausente. Por mucha razón que tuviera al expresar que la propuesta no establecía una demarcación clara de los poderes institucionales, seguramente se equivocaba al afirmar que esos problemas eran insuperables. Parecía como si no quisiera que lo importunaran, cuando lo que se le pedía era ayuda en un momento difícil para el partido. Su actitud reflejaba una gran altivez. Sus enemigos se cebaron, como era previsible, en la reacción de Trotsky, y él intentó en vano desmentir la impresión que había provocado[14].

En esos momentos, sin embargo, Stalin se encontraba en una situación más

difícil que la de Trotsky. Después de concluir un artículo sobre la Rabkrin, Lenin buscó la ayuda de Trotsky para que se lo publicasen. El Politburó consideró la posibilidad de imprimir una salida falsa de *Pravda* exclusivamente para Lenin. Los contenidos se escribirían para descargarlo de preocupaciones sobre las discusiones políticas del momento y para que no interviniera tanto en ellas. Aparentemente Trotsky anuló estos planes para engañar a Lenin. Luego sometió a la consideración del Politburó el informe sobre el asunto georgiano. Aunque el Politburó confirmó el informe de Dzerzhinski en el que encubría la violencia utilizada por Ordjonikidze, Lenin estableció un pequeño grupo como secretariado para revisar las pruebas. No iba a dejar que Stalin y Dzerzhinski escaparan indemnes. El 3 de marzo el grupo le rendía cuentas, y dos días más tarde Lenin escribía una carta a Stalin en la que le pedía una disculpa por los insultos a Krupskaya y le advertía que de otro modo rompería las relaciones personales con él. A los comunistas georgianos les aseguró que estaba trabajando por su causa. También le pidió a Trotsky que se encargara en su nombre del asunto y que involucrara a Kámenev en la campaña contra Stalin. Trotsky asintió sin mostrar un excesivo interés: siempre estaba más dispuesto a debatir sobre política que sobre personalidades. También pensó, probablemente, que estaba por debajo de sus atribuciones prestarle una excesiva atención al secretario general: a los ojos de Trotsky, Stalin sería siempre una mediocridad política y una nulidad intelectual.

La alianza Lenin-Trotsky quedó interrumpida por el súbito deterioro de la condición física de Lenin en la noche del 6 al 7 de marzo. Lenin nunca volvió a estar políticamente activo. El 10 de marzo sufrió otro ataque de apoplejía. Todo el lado derecho del cuerpo le quedó paralizado y perdió casi del todo su capacidad de habla. Esto complicaba enormemente la situación. Se había esfumado la posibilidad de que Lenin ofreciera las ideas de su testamento al XII Congreso del partido. La recomendación de que Stalin fuera expulsado no se oiría en esa tribuna.

Georgia, sin embargo, mantenía su potencial para hacerle daño al secretario general. Trotsky recibió una copia del artículo de Lenin sobre el asunto el 5 de marzo, pero no pudo hacer nada hasta que Lidia Fotieva, una de las secretarias, reveló que éste había querido que apareciera en *Pravda*. De hecho, anunció también que Lenin deseaba que Trotsky defendiera sus contenidos en el congreso[15]. Esto impelió a Trotsky a actuar. Stalin había preparado sus tesis

sobre la cuestión nacional para el XII Congreso. Trotsky las enmendó con entusiasmo, tal como deseaba Lenin[16]. Stalin fue lo bastante astuto como para aceptar los cambios, pues de otro modo hubiera reforzado la posición de Trotsky. Más aún: Stalin acusó a Trotsky de haber engañado al partido por no hablar del artículo a su debido tiempo. Trotsky respondió que Lenin no le había dicho nada sobre su deseo de publicarlo. Sugirió que, si era necesario, el congreso debería decidir si había actuado correctamente[17]. Kámenev se mostró de acuerdo en que el artículo de Lenin tenía que publicarse. El mismo criticaba directamente a Stalin e iba a resultar de mucha utilidad a los que pensaban que el secretario general estaba incapacitado para el cargo. A sabiendas de esto, Stalin continuó con sus diatribas contra Trotsky por no desvelar la existencia del artículo, hasta tal punto que casi lo hacía parecer un acto de indisciplina para con el partido. Para alivio de todo el mundo, la disputa pareció resuelta tras una conversación entre los dos hombres cuando Stalin dijo que confirmaría por escrito que Trotsky no se había portado mal.

Esto satisfizo a Trotsky momentáneamente, pero al final Stalin faltó a su palabra y no envió la rectificación[18]. Trotsky estaba furioso por este motivo. También habló ante el Politburó a favor de limpiar el nombre de la dirección comunista georgiana contra la acusación de Stalin de que constituían una «desviación» del bolchevismo. Trotsky cargó contra el «excesivo centralismo» de la Federación Transcaucasiana, que gobernaba Georgia, Armenia y Azerbaiján. Pidió que se relevara a Ordjonikidze de su puesto en la región[19]. Hasta entonces Kámenev había compartido la poca satisfacción de Lenin sobre cómo se había conducido la dirección bolchevique de Georgia. Pero en el último momento no quiso apoyar a Trotsky. Nunca explicó por qué. Tal vez temiera la escisión en la cúpula contra la que Lenin había advertido en su testamento. También es posible que temiera que Trotsky maniobrara para convertirse en el sucesor de Lenin. Fuera como fuese, Trotsky fue rechazado en todas las votaciones. En años posteriores se le criticaría por no haber apoyado la campaña sobre la cuestión nacional. No era justo, porque había luchado pronto y con dureza. Pero la mayoría del Politburó le había hundido.

Stalin podía volver a respirar, y arteramente sugirió que Trotsky debería proporcionar al congreso el principal informe político. Éste declinó tal honor y Zinoviev tomó su lugar. Era como si Trotsky estuviera deslumbrado por las luces entrecruzadas de demasiadas decisiones de naturaleza personal. Se le había

proporcionado una oportunidad de mantener por lo menos una medida de presión sobre Stalin, pero la había desperdiciado. El discurso de Stalin sobre la cuestión nacional pasó sin demasiada controversia. En él denunciaba tanto el chovinismo «de la gran Rusia» como el nacionalismo entre los no rusos[20]. De este modo daba la impresión de ser ecuánime. También adoptó como propias las propuestas de Lenin para las reformas en el partido; aceptó los planes para reorganizar la Rabkrin. Él y el resto del Politburó compraron a Trotsky mediante concesiones como la de confirmar la necesidad de poner mayor énfasis en la planificación central del Estado en la industria. Lenin habría tratado con mayor dureza a Stalin. Su incapacitación fue una catástrofe para Trotsky. Stalin logró sobrevivir para luchar en otra batalla.

6

La oposición de izquierda

A mediados de 1923 nadie, ni siquiera sus amigos, pensaba que Trotsky careciera de un firme deseo de ser el líder. Junto con Lenin se le solía mencionar como el colíder de la Revolución de Octubre, y a él le gustaba esta definición. Esto era diferente a aspirar a la posición de líder único y primordial. El hecho de que controlara sus ambiciones no significa que no quisiera dirigir. Si hubiese tenido la oportunidad, habría manejado el proceso igual que lo había hecho Lenin. No era necesario disponer de ningún título especial: Lenin, después de todo, no había tenido ninguno. A Trotsky lo que le gustaba era idear planes y luego presentárselos al partido. Su objetivo, sin duda inconsciente, era mantener el curso de la revolución adaptado a cualquier nueva política que él propugnara. Siempre que sentía la necesidad de retirarse de la rutina política diaria y escribir algo, lo hacía. Odiaba los días en que cada hora estaba ocupada en reuniones. Su idea de dirigir el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares era leer informes, dar órdenes y ocuparse de sus demás intereses. No le faltaba seriedad, ni aplicación, pero obraba solamente según sus propios designios. Ésta había sido siempre su manera de vivir y nunca consideró la posibilidad de cambiarla.

Siendo así, no se podía evitar que el resto de la cúpula lo mirara con suspicacia. De hecho, su salud se había deteriorado otra vez en julio y apenas habría sido capaz de entrar en campaña en pos del poder supremo por mucho que hubiera aspirado a él. Natalia estaba en condiciones todavía peores: había contraído malaria y tenía accesos de más de cuarenta grados de fiebre. Los médicos estaban preocupados por ambos, y Trotsky, lo mismo que Lenin en el año anterior, tenía prohibido por prescripción médica implicarse en «conversaciones internas del partido». Le gustó encontrarse con su viejo amigo Dmitri Sverchkov e ir a dar con él un breve paseo por la ciudad para hablar cordialmente, con la estricta condición de que no infligiera el régimen médico: la cúpula había decretado que tenía que tomarse un «descanso absoluto»[1].

Pero Trotsky seguía bajo presión política. Corrió la voz de que él y Lenin

habían discrepado sobre la Gosplan. Trotsky respondió que podía presentar la carta de Lenin fechada en diciembre de 1922 en la que ofrecía un compromiso sobre la planificación económica estatal[2]. Entretanto, las rivalidades en la cúpula cambiaban continuamente. Las tendencias dictatoriales de Stalin, más que la amenaza de Trotsky, habían empezado a alarmar a Zinoviev. Tras diversos incidentes lamentables, Zinoviev escribió a Kámenev en demanda de medidas contrarias. No solamente repetía lo expresado en el testamento de Lenin, sino que ponía objeciones a que Stalin tomara decisiones sin consultar a sus principales camaradas[3]. Cuando los líderes se dispersaron durante la época vacacional, Zinoviev se encontró con Bujarin, Voroshilov, Lashevich y Grigori Yevdomikov en Kislovodsk para estudiar la manera de frenar a Stalin[4]. Lashevich y Yevdokimov eran partidarios de Zinoviev; Bujarin no se casaba con nadie, y a Voroshilov se le consultaba a pesar de ser cercano a Stalin. Evidentemente, Zinoviev quería dar una salva de advertencia al secretario general.

Se quejaba de que tanto él como Trotsky, que no era amigo político suyo, habían sido apartados injustamente del centro de decisión[5]. La medida correctiva evidente era situar en los órganos directivos del partido a los críticos de Stalin. El plan consistía principalmente en llevar a Trotsky y Zinoviev al Orgburó. Stalin captó la indirecta y aceptó la propuesta: era demasiado astuto como para reaccionar con una negativa. Una vez más, sobrevivió.

La disputa en la cúpula se vio relegada de pronto por la situación crítica económica de la NEP en el verano de 1923. Los suministros de alimentos se tornaban más y más escasos a medida que los campesinos aportaban menos productos a los mercados. El pago que recibían por sus cosechas se había reducido en términos reales en relación con los precios de los productos industriales. Las explotaciones rurales reaccionaron como era tradicional y dejaron de comerciar con el grano: lo consumían ellos mismos, o se lo daban como alimento a su ganado, o lo usaban para fabricar vodka. El Estado, sencillamente, tenía que bajar los precios puestos por sus fábricas a los arados, hebillas, chapas de zinc y palas. Había que volver a atraer a los campesinos al comercio urbano. El Comité Central se reunió en julio para considerar la situación e intentar resolver las dificultades. El descontento persistía entre los líderes del partido. Aunque se mostraban de acuerdo en la necesidad de conservar la NEP, no les gustaba parecer indulgentes con los campesinos. Y

todavía estaban peor dispuestos hacia los campesinos mejor situados, que eran los principales clientes de las fábricas. El odio y el miedo hacia esos kulaks eran un axioma en la cúpula del partido. De cualquier modo, la escasez de grano en los almacenes urbanos obligó al Politburó a abaratar los implementos para la agricultura y a importarlos en mayor número desde el extranjero[6]. La situación de emergencia finalizó enseguida. Trotsky le dio un nombre: la «crisis de las tijeras»[7]. Su idea era que el Estado soviético había permitido que las «cuchillas» de los precios industriales y de la agricultura se abrieran demasiado.

Trotsky, que seguía convaleciente, no había contribuido a la resolución de la crisis y examinó la debacle desde la distancia. Pero se apresuró a indicar que un mayor grado de planificación económica central habría obviado todos los problemas. Si realmente se habría evitado así la caída de suministros alimenticios en el verano de 1923 es discutible. El Estado soviético era el responsable principal. Con poderes aún mayores posiblemente los daños para la recuperación económica hubieran sido también mayores.

Evgeni Preobrajenski y Trotsky estuvieron de acuerdo en que los ajustes de precios habían sido necesarios para sortear la «crisis de las tijeras». Pero querían una estrategia más duradera para el desarrollo económico. En su opinión, el defecto básico de las medidas del Politburó era que políticamente se veían limitadas por el consentimiento de los campesinos. Las situaciones de emergencia se repetirían hasta que la cúpula del partido se decidiera a poner en marcha una economía planificada. Tenía que producirse un aumento en las inversiones industriales más importantes. Los impuestos tenían que elevarse progresivamente, con la presión puesta en los kulaks y los comerciantes urbanos. Había que ordenar a la Gosplan que trazara un plan económico general para la inversión, la producción y los precios. Había que introducir incentivos para que las granjas colectivas resultaran más atractivas para los campesinos. La izquierda bolchevique creía que la «burocratización» se estaba imponiendo. Un cambio en la dirección económica no bastaba por sí solo. También tenía que hacerse una reforma política. Los cargos oficiales del partido se habían dejado seducir por las comodidades del poder y los privilegios, y necesitaban recordar los objetivos de la Revolución de Octubre. Trotsky y sus partidarios criticaban a Kámenev, Zinoviev y Stalin por igual. En verdad, entre los líderes en alza se había producido un acercamiento. Las deliberaciones de verano en Kislovodsk habían llevado a Stalin a mejorar sus relaciones con Kámenev y Zinoviev, y el

menosprecio de Trotsky hacia lo que llamaba la «troika» hacía imposible aislar a Stalin de los otros dos.

Las discusiones sobre la política exterior enturbiaron todavía más el ambiente en la cúpula del partido. Una propuesta secreta afloró a finales del verano de 1923 para una nueva intentona comunista de tomar el poder en Alemania. Trotsky se mostró entusiasmado. Después de quitarle el polvo a sus queridas ideas internacionalistas de la Gran Guerra, constató que el lema de los «Estados Unidos de Europa» no había perdido vigencia[8]. En el Politburó nadie tenía demasiada confianza en el Partido Comunista Alemán tras la Acción de Marzo de 1921. Pero los dirigentes se mostraron de acuerdo en que la «revolución socialista europea» era deseable y en que había que aprovechar cualquier oportunidad que la facilitara.

El único que dudaba era Stalin. En agosto de 1923, en una carta dirigida a Bujarin y Zinoviev, trazaba un contraste entre la Alemania de aquellos días y la Rusia de 1917. Los camaradas alemanes no estaban en condiciones de explotar consignas como las referentes a la «paz» o la «tierra». Y por encima de todo no tenían a la mayoría de la clase obrera de su lado. Era cierto que un Estado socialista —la república soviética de Rusia— ya existía, mientras que antes de la toma del poder de octubre todavía no había ninguno. Pero Stalin se preguntaba qué clase de asistencia militar podían prestar en realidad los bolcheviques a los comunistas alemanes en el futuro inmediato. Insistía en que la consecuencia más probable de un levantamiento iba a ser un devastador contraataque de los socialdemócratas del ala derecha en alianza con la burguesía[9]. La República de Weimar postimperial era demasiado fuerte para los camaradas alemanes. Sin embargo, la posición de Stalin tras las conversaciones de Kislovodsk era difícil, de modo que dejó de lado sus reparos y respaldó la iniciativa. En el Politburó hubo por tanto unanimidad en la decisión de llevar a cabo un intento por parte del Partido Comunista Alemán para derrocar al gobierno en otoño. El optimismo revolucionario prevalecía en el Kremlin a medida que se elaboraba la política secreta.

Trotsky se unió al debate. Su nivel de entusiasmo era similar al de los demás, y desechó discretamente el análisis escéptico de los planes comunistas alemanes que había realizado dos años antes. Las discusiones del Politburó se limitaban a los detalles prácticos a medida que se consultaba a los representantes de la dirección alemana en Moscú. Para seguir avanzando, se pensó, había que formar

una comisión de la Komintern y evitar repetir los errores de aficionado que se habían cometido en marzo de 1921. Sus miembros fueron Zinoviev, Bujarin y Radek así como también Trotsky. Zinoviev quería que la sublevación se basara fielmente en el modelo histórico ruso, utilizando los sóviets alemanes como el instrumento principal para hacerse con el poder. Trotsky observó que esos sóviets todavía estaban por formarse, y emplazó a los comités de las fábricas para dar los pasos necesarios. Zinoviev adoptó su mismo punto de vista[10].

El «plan» seguía basándose en la suposición de que el éxito de una insurrección comunista en Alemania prendería fuego a los acuerdos internacionales de la posguerra en Europa. Los tratados de Versalles, Trianón y Sèvres se convertirían en ceniza. Las grandes potencias europeas no iban a permanecer impasibles. Iba a haber guerra y el Ejército Rojo se involucraría inevitablemente, porque el Partido Comunista Alemán no podría imponerse sin una ayuda armada exterior[11]. Cuando Trotsky y el resto del Politburó llamaban a promover más activamente las revoluciones en Occidente, se manifestaban dispuestos a aceptar la apuesta. No vacilaban ante la perspectiva de otra guerra europea. Los logros revolucionarios requerían sacrificios. Trotsky nunca explicó por qué motivo pensaba que la Alemania de 1923 estaba madura para la toma del poder, mientras que había desechado la Acción de Marzo, que había tenido lugar solamente dos años antes, como un fruto todavía muy verde que nunca hubiera debido tocarse. Las presiones sobre la política soviética procedían de la necesidad urgente que tenía Rusia de romper su aislamiento favoreciendo la creación de gobiernos comunistas en Occidente. Trotsky había expulsado la prudencia de sus pensamientos, y no era el único en la cúpula que lo hacía.

Sin embargo, éste no era un momento agradable en su carrera. El Politburó seguía mirando con suspicacia sus intenciones en unos momentos en que Lenin estaba fuera de combate. Pasando por alto sus primeras objeciones a las tendencias autoritarias de Stalin, Kámenev y Zinoviev se mostraron de acuerdo en que Trotsky constituía una amenaza desde sus puestos en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares y en el Consejo Militar Revolucionario de la República. El Comité Central, en sesión plenaria, discutió sobre este consejo el 25 de septiembre. La posibilidad de que se convirtiera en el Napoleón soviético estaba en los pensamientos de muchos de los presentes. Cuando se formularon críticas a su actividad, Trotsky salió furioso de la reunión. Esto constituyó una torpeza, pues proporcionó a sus enemigos la oportunidad de incluir a Stalin en el

consejo, sin duda con la idea de ejercer un control más férreo sobre el comisario del Pueblo para Asuntos Militares[12].

Sintiéndose ofendido y marginado del centro de decisión política, Trotsky escribió una carta abierta de queja al Politburó el 8 de octubre de 1923. Tenía sus buenas razones para poner objeciones a los encuentros que mantenían Zinoviev, Kámenev y Stalin fuera de las sesiones formales para fijar el orden del día. Clamaba por una democratización de los procedimientos en todas las secciones del partido. Detestaba el poder de los secretarios de comité. Sostenía que el cambio en la organización era vital si el partido quería cumplir con sus deberes revolucionarios adecuadamente[13]. Una semana más tarde su iniciativa fue respaldada por cuarenta y seis de sus principales partidarios en Moscú, quienes firmaron conjuntamente una «declaración» para que circulara entre los miembros del partido. Entre los signatarios estaban Evgeni Preobrajenski y Leonid Serebriakov, y criticaban una serie de tendencias del momento. Querían poner fin a la burocratización del partido. Ridiculizaban la gestión de la cúpula durante la «crisis de las tijeras» y reclamaban un mayor compromiso en la inversión y en la planificación industrial. Pedían libertad de expresión para los camaradas disidentes. En algunos casos quienes firmaban no estaban demasiado preocupados por la democratización, pero todos sin excepción querían que se adoptaran medidas económicas más radicales[14]. El resultado fue un pandemonio político: Zinoviev, Kámenev y Stalin se alarmaron al ver amenazada su posición cuando tantos camaradas importantes se alineaban con Trotsky.

La carta de Trotsky no se había coordinado cuidadosamente con la declaración de sus partidarios, pero Zinoviev, Kámenev y Stalin creían que él era el espíritu conductor de una conspiración y lo consideraban como un irresponsable y un ególatra. Ellos habían hecho cuanto habían podido para corregir los errores económicos en el verano de 1923 sin su ayuda. Luego él había vuelto para criticar la gestión de la cúpula. Si tan listo era, ¿por qué no había previsto la «crisis de las tijeras»? Más aún: hacía que la barca se moviera en el mismo momento en que el Politburó disponía a los comunistas alemanes para organizar una revolución al estilo soviético. ¿Acaso no veía la necesidad de la unidad en un momento tan crucial? Hasta entonces, Trotsky se había mostrado indiferente a la «democracia de partido interna» desde la Revolución de Octubre. Con regularidad había propugnado métodos autoritarios y estructuras

centralistas. ¿Cómo podía nadie tomárselo en serio en esas circunstancias, cuando se convertía en el gran defensor de la democratización? En esos momentos, ocupaba un puesto delicado en las fuerzas armadas. Lenin estaba mortalmente enfermo y los camaradas del Politburó sabían que sus posibilidades de recuperación eran escasas. Se preguntaban si Trotsky estaría maniobrando seriamente para reemplazarlos e imponer su dictadura personal.

Se le pidió a Trotsky que se justificara en una sesión conjunta extraordinaria del Comité Central y de la Comisión de Control Central a la que habían acudido representantes de las diez mayores organizaciones del partido. La Comisión de Control Central se había creado en 1920 para fomentar la imparcialidad en los asuntos internos. Pero, al igual que el Comité Central, sus miembros eran seleccionados en la práctica por su lealtad con la línea política oficial imperante. La mayoría del Politburó no solamente organizaba con eficiencia a sus partidarios, sino que además permitía que los centralistas democráticos y los de la Oposición Obrera expresaran su opinión sobre la situación interna del partido. Los protagonistas principales, sin embargo, eran Stalin y Trotsky. Stalin había sido elegido para encabezar el ataque a un hombre al que se había acusado de perturbador y desleal[15].

Trotsky y sus partidarios empezaban a llamarse entre sí «la oposición de izquierda». Para ellos, la palabra «izquierda» significaba sinceridad, radicalismo y un compromiso con los ideales de la Revolución de Octubre. Pero siempre iban a estar en minoría en las sesiones, por lo que Trotsky no tuvo la más mínima posibilidad. En su discurso de clausura hizo una declaración personal. Había entendido que, dijera lo que dijese en público, llamaría la atención en el Politburó dado el clima de desacuerdos internos. Y, sin embargo, se había sentido incapaz de permanecer callado cuando los dirigentes se mostraban divididos por cuestiones de principio. Solamente cuando había comprobado que no obtenía nada en el Politburó, se había arriesgado a enviar su carta del 8 de octubre[16]. Y estaba dispuesto a pelear. Zinoviev había intentado aproximarse a Trotsky por medio del adjunto de éste, Serebriakov, pensando en la paz del partido. Reorganizar la cúpula añadiendo a Trotsky y Bujarin a la troika dirigente formada por Zinoviev, Kámenev y Stalin también había sido idea de Zinoviev. Trotsky había rechazado la idea de Bujarin de trabajar en el Consejo Supremo de la Economía del Pueblo aduciendo que no podía combinar dicho puesto con sus obligaciones en las fuerzas armadas. Ni Zinoviev, ni Bujarin

pudieron hacerle cambiar de opinión. Trotsky calculaba que siempre iba a perder cualquier votación, ya fuera en el Politburó como en el Comité Central o en la Comisión Central de Control, y defendía con pasión su causa. Tal como él veía la situación, no tenía sentido confinarse en las discusiones en la cúpula central del partido, y no cabía otra alternativa que escribir su carta abierta y arriesgarse a un conflicto perjudicial para todo el partido[17].

Trotsky negó que dirigiera un grupo de «trotskistas», o que fuera el próximo Bonaparte. Para probar lo que decía estaba dispuesto a abandonar su cargo en el Ejército Rojo, y de todos modos el Politburó y el Orgburó siempre habían podido ejercer control sobre su Comisariado del Pueblo[18]. Rechazó la idea de ser un dictador militar en ciernes, o ni tan siquiera un trotskista[19]. Describió las diversas ocasiones desde octubre de 1917 en que «mis orígenes judíos» le habían disuadido de aceptar importantes cargos que Lenin le proponía. Sería imprudente para el Estado soviético, insistía, tener a un judío como líder principal[20]. De hecho aceptaba desempeñar unos trabajos y rechazaba otros sin demasiado sentido, y su condición de judío quizá no fuera siempre el factor decisivo. Pero este discurso atormentado ante el pleno por lo menos demostraba un destello de autoconocimiento. Cuando sus enemigos decían que no era un hombre que pudiera sustituir a Lenin no hacían más que repetir la conclusión a la que él mismo había llegado.

El Comité Central y el Comité de Control Central reprendieron a Trotsky y a los cuarenta y seis firmantes de la declaración. Trotsky, con mucho tacto, se abstuvo en la votación[21], pero eso no quería decir que abandonara la lucha. Observó que el pleno había reconocido la necesidad de una mayor democracia interna del partido y lo aprovechó como si constituyera un reconocimiento oficial de que un «nuevo curso» era esencial[22]. Enfebrecido, escribió una serie de artículos para *Pravda*. Declaró que «el papel del aparato» no debería sobredimensionarse. Había que fomentar la discusión y la iniciativa a cualquier nivel del partido. El peligro de una «degeneración» revolucionaria era muy real. La «vieja guardia» era especialmente vulnerable en este sentido, y remarcaba que había muchos precedentes en la historia mundial. Admitía que la democracia nunca podía ser perfecta. Pero tenían que producirse cambios. De otro modo, la tendencia imperante del «burocratismo del aparato» llevaría a un incremento del fraccionalismo. Solamente le faltaba mencionar explícitamente a los culpables de las recientes disputas sobre la mayoría del Politburó[23]. Su autoridad personal

era tal que la cúpula no se atrevió a prohibir la publicación. Trotsky negaba que tuviera la intención de descalificar a toda la antigua generación de bolcheviques como ignorantes e incompetentes. Pero las cosas no podían seguir como en el pasado reciente. «Es realmente ingenuo pensar que un secretario, a causa de su título secretarial, encarna la suma de todos los conocimientos».

Los resultados de la iniciativa de la Komintern en Alemania se conocieron a principios de noviembre. Apenas había sido menos catastrófica que la Acción de Marzo. El Partido Comunista Alemán, ayudado y guiado por la Komintern, había organizado huelgas y manifestaciones a partir del 24 de octubre. Trotsky había abrazado y besado a Heinrich Brandler, líder comunista alemán, junto a las puertas Troitsky del Kremlin. Tan poco habitual muestra de emoción indicaba cuántas esperanzas tenía puestas en esa futura insurrección. Con mayor razón se llevó un disgusto cuando llegaron los informes de la derrota a Moscú. Podía y debía haberlo calculado mejor. Era corresponsable de una debacle no menos predecible que la Acción de Marzo que tanto había criticado. En 1923 el ejército y la policía también estaban listos para enfrentarse a los insurgentes. La clase obrera de Berlín estaba dividida en sus lealtades y el gobierno alemán con sus ministros socialdemócratas se mostró cohesionado en su determinación de aplastar la rebelión comunista. Brandler se desmoralizó pronto. La lucha callejera se apagó. Los comunistas de otras ciudades alemanas fueron incluso menos efectivos. El 31 de octubre la dirección central desconvocó oficialmente esa acción tan mal planificada y tan mal ejecutada. Trotsky acusó al Partido Comunista Alemán por su incompetencia. Tanto en público como en privado nunca dejó de afirmar que la posibilidad de éxito del levantamiento había existido realmente[24].

Posteriormente reunió sus artículos sobre la reforma política publicados en *Pravda* en un opúsculo llamado *El nuevo curso*. En la cúpula del partido se intensificó el ambiente de fricción. Se echaba en falta amargamente a Lenin. Los diarios no informaban de sus pésimas condiciones de salud, mientras que los propios miembros del Politburó continuaban engañándose y confiando en la posibilidad de una recuperación. Solamente Stalin tenía motivos para temer la posibilidad de una recuperación de Lenin. Por fin Trotsky hizo un esfuerzo por mostrar simpatía humana y le proporcionó a Nadezhda Krupskaya una idea americana a probar en el tratamiento de su marido, aunque confesó sus dudas sobre si constituía realmente una cura[25]. Él era el primero en volverse a sentir

enfermo, y no hizo nada por posponer su partida hacia el sur de la URSS para su propio período de convalecencia. Optó por Sujum, en la costa abjasia del mar Negro. La OGPU (como había pasado a llamarse la Cheká a partir de noviembre de 1923) escribió al líder del partido abjasio Néstor Lakoba el 6 de enero de 1924 advirtiéndole de que los médicos habían prescrito un descanso para Trotsky de dos meses, durante los cuales tenía que privarse de cualquier trabajo[26]. Ya empezaba a pagar el precio de los problemas que había causado desde octubre de 1923. Zinoviev, Kámenev y Stalin estaban decididos a vengarse en su ausencia. Había que parar a Trotsky. Sus adversarios sabían que si no se disponían a actuar la conmoción en el partido no cesaría.

En octubre de 1917 Trotsky había superado estratégicamente al gobierno provisional simulando que todas las medidas que él imponía eran puramente defensivas. Una vez en el poder, le faltó astucia en las sucesivas peleas que se suscitaron en el partido. Al publicar *El nuevo curso* había renunciado a las ventajas de maniobrar con sigilo. Y después de iniciar una ofensiva mal preparada, no quiso dar todo de sí.

Trotsky no asistió cuando el Comité Central se reunió para juzgar sus acciones el 14-15 de enero de 1924. Stalin remarcó que la dirección en ascenso del partido se había salido del camino buscando el modo de conciliar voluntades con él. Se habían mantenido conversaciones con Trotsky después de la reunión del Comité Central en octubre sobre el plan económico estatal y se había percibido la posibilidad de un acuerdo. Pero Trotsky había echado por tierra la subcomisión para la situación interna del partido insistiendo en el derecho a formar «agrupaciones» (que en la opinión de sus adversarios no era más que otro nombre para las fracciones, cuando resultaba que éstas habían sido prohibidas con la aprobación de Trotsky en 1921). Y después de eso Trotsky había escrito por su cuenta a las organizaciones del partido. De este modo se había creado un ambiente intolerable en la cúpula[27]. Zinoviev continuó la ofensiva. Negó que le hubiera puesto fecha a la insurrección comunista alemana, y culpó a Trotsky de reclamar un «programa de acción con calendario»[28]. El tono para la conferencia del partido, que se inició el 16 de enero, había quedado establecido. Los secretarios provinciales del partido eran mayoría, de modo que estaba garantizada la victoria para la dirección en ascenso[29]. Llovieron las burlas sobre las credenciales democráticas de Trotsky, y Preobrajenski luchó inútilmente por lavar de injurias la reputación de la oposición. Stalin rechazó

disculparse por las restricciones a la democracia interna. Según él, la URSS se enfrentaba a obstáculos graves. Necesitaba ampliar y mejorar la producción industrial y los logros educacionales. Tenía que prepararse contra la intervención militar extranjera. Tenía que renovar el aparato de Estado y eliminar las actitudes militaristas del partido, propias del tiempo de guerra. Todo esto, dijo Stalin, llevaría su tiempo[30].

Censuró a Trotsky por querer ser un «superman» y solicitó que se le acordara el permiso secreto surgido del X Congreso, según el cual podía destituirse a cualquier miembro del Comité Central que infringiera la disciplina[31]. Se trataba de un giro tremendo en la fortuna de los dos grandes rivales. Lenin había dictado un testamento en el que pedía que Stalin fuera expulsado de la secretaría general. En esos momentos, en cambio, Stalin amenazaba con expulsar a Trotsky del Comité Central. Nadezhda Krupskaya le leía las informaciones de *Pravda* a su marido enfermo[32]. Aunque las suavizaban mucho, Lenin parecía percibir algo de lo que estaba ocurriendo. Quizá notara que se estaba produciendo la escisión del partido que él había predicho. Sus preocupaciones aumentaron. El 21 de enero los médicos no pudieron hacer nada más por él. Por la noche sufrió un ataque y murió.

Trotsky se encontraba viajando por Georgia de camino a Abjasia cuando le llegaron las noticias. En ese momento el tren se había detenido en la estación de Tiflis. Sermuks, el ayudante de Trotsky, entró en el compartimiento que servía como despacho en su vagón con un mensaje de parte de Stalin. Trotsky ya había adivinado por su expresión que había ocurrido una «catástrofe». Le pasó el papel a Natalia, que había adivinado su contenido[33]. El Comité Central inicialmente decidió celebrar el funeral el sábado de esa misma semana, y se ordenó a la Cheká que informara de esto a Trotsky[34]. El viaje de Trotsky desde Moscú se había visto entorpecido por fuertes nevadas, y hubiera sido difícil para él volver a Moscú a tiempo. Al final, sin embargo, el funeral se celebró el domingo. Posteriormente, Trotsky diría en ocasiones que se le había engañado para perjudicar sus probabilidades de suceder a Lenin. Stalin era realmente capaz de esta clase de manipulaciones, pero Trotsky nunca estuvo del todo seguro de lo que había ocurrido, y menos de un año antes de morir expresó sus dudas al respecto[35]. Fuera como fuese, en Tiflis no se vio con ánimos de volver a Moscú, y en lugar de eso siguió viaje hacia Sujum. Ordjonikidze, aliado de Stalin, escribió a Lakoba para subrayar la necesidad de prevenir que le ocurriera

a Trotsky cualquier asunto feo. El presidente de la OGPU, Félix Dzerzhinski reforzó el mensaje de que Trotsky tenía que recibir cuidados y atenciones extraordinarios. Su seguridad física tenía que ser una prioridad absoluta[36].

El 29 de enero se celebró un pleno del Comité Central. Habían pasado dos días desde el funeral, y se trataba sobre todo de establecer de qué manera se iba a conmemorar a Lenin[37]. Un pleno posterior celebrado el 31 de ese mes confirmó los resultados de la reciente conferencia, cuyas resoluciones se enviaron a todos los comités provinciales del partido de manera que todas las objeciones que la dirección en ascenso ponía a Trotsky y a la Oposición de Izquierda pudieran conocerse ampliamente[38]. Ríkov fue nombrado presidente del Sovnarkom[39]. El 3 de febrero tuvo lugar un tercer pleno, donde se atacó indirectamente a Trotsky por las implicaciones de una discusión sobre los «graves fallos […] que puede provocar el derrumbamiento del ejército»[40]. Stalin expresó su preocupación por la destitución de mandos «rojos» en el Estado Mayor. Se trataba de los mandos que no habían sido oficiales en el ejército imperial, sino que habían sido formados y promocionados en el Ejército Rojo. Sklyansky, presidente suplente en el Consejo Militar Revolucionario de la República, asistió en nombre de Trotsky. Stalin no quiso ceder e incluso preguntó de qué hubiera servido el Ejército Rojo si el Partido Comunista Alemán hubiese tomado realmente el poder y hubiese necesitado la ayuda militar soviética. Trotsky, afirmó, había estado diciendo «estupideces». Lenin se había extinguido físicamente, y en esos momentos se iniciaba el largo funeral político de Trotsky.

7

En el frente cultural

Uno de los temas que merecieron la atención de Trotsky en el sur del Cáucaso fue la cultura soviética. Esto no quiere decir que dejara de lado su preocupación política. Lo importante para él seguía siendo la revolución mundial, y pensaba que el precio humano a pagar no tenía importancia con tal de conseguirla. Había dado muestras de su total despreocupación moral cuando le explicó a su admirador norteamericano Max Eastman, a principios de la década de 1920, que él y los bolcheviques estaban dispuestos a «convertir a varios miles de rusos en ceniza para crear un movimiento americano auténticamente revolucionario»[1]. A los obreros y campesinos rusos quizá les hubiera interesado conocer el sacrificio masivo que él contemplaba. Si se deseaban los fines, los medios tenían que disponerse. Trotsky insistía constantemente en que el orden soviético no habría emergido nunca sin una toma violenta del poder, ni sin dictadura, terror y guerra civil. El Ejército Rojo se había visto obligado a aplastar a los blancos y a rechazar la intervención militar extranjera. Consecuentemente, el partido tenía que dar prioridad a la inversión industrial para la reconstrucción económica. Trotsky perdía la paciencia cuando se llamaba a satisfacer las demandas populares.

Insistía también en que no se produciría ninguna mejora básica hasta que tuviera lugar una transformación en las condiciones sociales. Su visión del futuro era fascinante:

> El hombre será incomparablemente más fuerte, más inteligente, más sutil. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical; las formas de la existencia diaria adquirirán una expresividad dinámica. El tipo humano medio se elevará a los niveles de Aristóteles, Goethe, Marx. Las nuevas cumbres a alcanzar quedarán por encima de estas alturas[2].

Cuando Marx había escrito sobre la vida futura de la gente bajo el comunismo, había recalcado que todo el mundo tenía que tomar parte en la política y que por otra parte todos tenían que efectuar trabajos manuales. Pero, al mismo tiempo, todos iban a disfrutar de muchas oportunidades para leer libros y para ir a pescar. Trotsky estaba influenciado por esta visión. Nunca fue meramente un pragmático, ni un oportunista, ni un fraccionalista. Era un creyente en el marxismo. Creía en la posibilidad de un orden universal que liberara totalmente el espíritu humano. En su opinión, el progreso no sería satisfactorio hasta que los logros artísticos y científicos estuvieran al alcance de todos los trabajadores.

Trotsky se mostraba de acuerdo con Lenin en que la alfabetización y las nociones elementales de cálculo eran requisitos previos a la consecución de esas ideas[3]. Ninguno de los dos veía esperanzas para los avances revolucionarios hasta que las «masas» pudieran leer, escribir, contar y organizarse por ellas mismas. Trotsky se mostraba muy contundente ante la dejadez y la falta de eficiencia, y era famoso por sus explosiones de ira. Admiraba a la clase obrera por su rebeldía potencial contra los opresores, pero no podía sufrir que con frecuencia no actuara de una manera ordenada.

Dispuesto a reformar las rutinas de la vida rusa, publicó un pequeño libro titulado *Problemas de la vida diaria* en el verano de 1923:

> Por importante y vital que sea nuestro trabajo de transformación de la cultura, sigue permaneciendo bajo la bandera de la revolución global y europea. Seguimos siendo soldados en campaña. Todos los días tenemos un descanso. Cada uno tiene que lavar su camisa, arreglarse el pelo y peinarse y, por encima de todo, cada uno tiene que limpiar y engrasar su fusil[4].

El hombre, declaraba, «no tenía que vivir de “política” solamente» y los revolucionarios tenían que inculcar el deseo de atender los detalles. Trotsky escribió que si se alcanzaban mayores cuotas de higiene en toda la URSS sería en beneficio de todos. Nadie podría tirar la colilla de un cigarrillo impunemente. Tenían que acabarse los juramentos. El alcoholismo no debía estimularse, e incluso proponía la introducción de un «régimen antialcohólico». Reclamaba también el refuerzo de la propaganda atea. Creía que la Iglesia ortodoxa rusa

tenía una influencia corruptora en la clase obrera, y solicitó que el cine se utilizara para apartar a la gente de la religión. La vida familiar también tenía que cambiar. Las mujeres tenían que ser tratadas como iguales y se tenía que fomentar su militancia en el partido[5].

Al mismo tiempo, bregaba por extender los beneficios de la «alta» cultura a todos los miembros de la sociedad. Según Trotsky, «el desarrollo del arte es la mayor prueba de la vitalidad y significación de cada época»[6]. Él mismo pertenecía al medio artístico de Rusia y Europa. Había escrito críticas de libros, de obras de teatro y de exposiciones. Era un escritor destacado. Sentía que un día no era completo si no había dispuesto de un rato para expresar sus pensamientos con elegancia en las páginas de sus cuadernos.

Lenin y el partido bolchevique no se habían preocupado demasiado por el arte tras la Revolución de Octubre. Trotsky y Zinoviev repararon en esta negligencia en 1922, cuando propusieron que el partido buscara establecer una relación fecunda con los escritores y artistas. Pensaban que tardarían por lo menos una generación en ganarse el apoyo activo de autores jóvenes y brillantes. Los bolcheviques necesitaban aliados temporales. Entretanto iban a tener que conformarse con «compañeros de viaje». Trotsky y Zinoviev lo argumentaban de la siguiente forma: Muchos intelectuales, sin ser miembros del partido, compartían los objetivos de la modernización social y económica, y se mostraban receptivos ante el socialismo. Si esos individuos desistían de criticar la Revolución de Octubre, los censores podrían dejarlos en paz[7]. Trotsky no era ningún liberal en materia de cultura. Pensaba que en Rusia nadie que desafiara el sistema soviético, aunque solamente fuera a través de novelas o pinturas, merecía que se lo tolerase oficialmente. Ahora bien, deseaba una política de gestión cultural dentro de los límites de esta severa estructura. Quería ganarse la simpatía de los intelectuales que no eran enemigos del partido. Se acercó a Kámenev y Zinoviev en busca de ayuda para organizar una campaña adecuada[8]. Esto era inusual en él. En su caso la técnica más habitual era escribir un panfleto, provocar una polémica y esperar que el resultado le fuera favorable. Quizás había aprendido de su derrota en la controversia de los sindicatos de 1920-1921. (De ser así, pronto olvidaría la lección.)[9]

Trotsky admitía que no se había mantenido al corriente de la literatura creativa desde 1914. Por esa razón, reclutó al crítico literario A. K. Voronski como informador personal experto y le pidió que compilara para él una lista de

escritores y obras. Primero quería saber del poeta Osip Mandelshtam y del novelista Boris Pilniak[10]. También escribió al líder comunista italiano Antonio Gramsci para recabar información sobre Filippo Tommaso Marinetti y el movimiento futurista italiano, así como sobre Gabriele d'Annunzio[11].

Contactó por carta con Vladímir Maiakovski y los futuristas rusos después de oír hablar sobre su contribución cada vez mayor a la literatura contemporánea. Maiakovski era un poeta brillante que se había puesto del lado de los bolcheviques desde 1917. El futurismo era una tendencia anterior a la revolución, y Trotsky reconoció que tenía que informarse mejor sobre el asunto. (Lenin tenía una opinión diferente: después de leer por encima algunos de sus poemas, había decidido que publicarlo era malgastar el dinero.)[12] Maiakovski le proporcionó copias de escritos futuristas y Trotsky los leyó debidamente y le pidió una definición del futurismo. Maiakovski contestó encantado, y ambos se lo pasaron bien escribiéndose durante un tiempo[13]. Trotsky se adaptaba a su papel de agente cultural. Con su sentido agudo de la falta de calidad estilística, escribió a la revista satírica *Krokodil* («Cocodrilo») quejándose de que todos sus artículos eran demasiado aburridos. Los lectores tenían que divertirse al tiempo que se instruían[14]. Trotsky escribió una introducción para una colección de historietas de Boris Yefímov[15]. En el Politburó no había nadie aparte de él que estuviera interesado en cosas de este tipo. Trotsky entendía la importancia de las caricaturas para la agitación y propaganda, o agitprop, como decían los bolcheviques. Yefímov era un artista de habilidades excepcionales, y Trotsky estaba encantado de añadir el lustre de su propia fama a la publicación del dibujante.

La reputación de Trotsky como crítico y como literato animó a los escritores a acercarse a él en busca de ayuda. Fiódor Sologub, al que había conocido en Europa central antes de la Gran Guerra, le pidió una recomendación para que se le permitiera viajar al extranjero. Sologub se encontraba en la indigencia, y pensaba que podría restablecerse profesionalmente si viajaba a Estonia. Trotsky consintió en proporcionársela siempre que el escritor consintiera en evitar comprometerse en política[16], puesto que él era primero y antes que nada un comunista y exigía la subordinación de las aspiraciones artísticas a las demandas políticas.

En 1923, después de devorar la lista de lecturas recomendadas por Voronski, Trotsky publicó *Literatura y revolución*. En él no hacía referencia a la

reintroducción de la censura estatal ni a la deportación de intelectuales antibolcheviques en el año anterior. Quizá quisiera evadir la cuestión, pero no es algo probable en un líder normalmente tan claro sobre lo que pensaba. La razón más factible es que no sintiera la necesidad de hacer comentarios al respecto. El hombre que apremiaba para que se incrementara la regulación económica estatal no era ningún paladín de la libertad artística total. Estaba de acuerdo en proporcionar a las autoridades los poderes para controlar lo que podía publicarse, y ésta iba a ser su actitud posteriormente. *Literatura y revolución* le dio la oportunidad de expresar su inquietud sobre la literatura que se producía en la Rusia soviética. Podía ver que Vladímir Maiakovski y la escuela literaria futurista intentaban servir a la causa soviética, pero no le gustaban ni su imaginería estrafalaria ni sus técnicas sobrecargadas. Le atraía la simplicidad del lenguaje y de la métrica de Sergéi Esenin, pero lo criticaba por idealizar «Rusia» y olvidarse de las políticas revolucionarias. Maiakovski y Yesenin, afirmaba Trotsky, eran los típicos «compañeros de viaje», pues rehusaban incorporar los objetivos del marxismo en su poesía. Éste era un juicio muy duro para Maiakovski, que escribió himnos de alabanza al orden soviético, y que cuando Lenin murió en 1924 le rindió tributo como héroe gigantesco y estuvo cerca de deificarlo: «¡Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá!». Pero la intuición de Trotsky no iba tan desencaminada. Maikovski no tardaría en sentirse desilusionado con el curso de la política estatal. El entusiasmo le había abandonado, y así no podía soportar la vida, de modo que se suicidó en 1930. Yesenin, que nunca había intentado congraciarse con el régimen, había hecho lo mismo cinco años antes.

El poeta Valeri Briúsov era uno de los que podían estar contentos con lo que Trotsky había escrito de él. Como se había pasado al bando soviético, Briúsov recibía los ataques de los que había dejado atrás y había escrito a Trotsky en agradecimiento por sus amables palabras de apoyo[17]. El poco conocido escritor Evgeni Trifonov no se mostró demasiado complacido con el ataque que Trotsky había dirigido contra él en *Pravda*; le escribió quejándose de que dicho periódico no quería ofrecerle espacio para replicar. Por otra parte, le irritaba que el comisario del pueblo para Asuntos Militares no se hubiese dignado a referirse a él como «camarada», cuando se había alistado al curso de instrucción militar para comunistas[18].

Trotsky también se refirió a Alexandr Blok —o al señor A. Blok, como a veces le llamaba en el opúsculo— y su poema de 1918 *Los doce*. Escrito en

estrofas cortas y con elementos del argot callejero de Petrogrado, obtuvo un sorprendente éxito artístico. Su tema era un grupo de lascivos y anárquicos guardias rojos que rondaban por la capital rusa en 1917. Trotsky disintió de la aprobación general. En su opinión Blok solamente había visto los aspectos más sórdidos de la Revolución de Octubre. Una poesía como ésa no podía fomentar propósitos revolucionarios oficiales. Trotsky la descalificó como nada más que «el canto del cisne del arte individualista»[19]. Pero mientras Blok por lo menos valoraba ciertos aspectos del levantamiento revolucionario, el novelista Andréi Bely era un ejemplar más típico de la *intelligentsia* prerrevolucionaria, al condenar la violencia y el abuso de poder. Bely no tenía nada bueno que decir de los bolcheviques. Trotsky comentaba: «No hace demasiado tiempo Bely había escrito algunos pensamientos muy detallados sobre sí mismo: siempre está ocupado en sí mismo, camina alrededor de sí mismo, se olfatea a sí mismo y se lame a sí mismo.»[20] Tal observación era un tanto descarada viniendo de quien venía. Si la preocupación literaria por uno mismo era un signo de decadencia, también era cierto que tenía en Trotsky a uno de sus reiterados exponentes.

Literatura y revolución, con todo su brío estilístico, era una visión fragmentaria de la prosa y la poesía contemporáneas. Anna Ajmátova, Osip Mandelshtam y Boris Pasternak figuraban entre los grandes poetas del siglo XX, pero Trotsky apenas los menciona. Quizá no tuviera tiempo de leerlos. Aquel libro lo había escrito en una exhalación, y tuvo que revisarlo estilísticamente y en sustancia en las siguientes ediciones. El material que incluía lo había seleccionado para ilustrar los puntos de vista que defendía. Lo mismo que sus compañeros comunistas, Trotsky deseaba una alta cultura subordinada a los propósitos del partido. Asumía que iban a pasar muchos años antes de que la «cultura proletaria» pudiera alcanzarse[21], pero no quería dejar a sus lectores con una impresión pesimista. Sugería que Demyan Bedni era quien mejor personificaba la conexión entre logro cultural y progreso político[22]. Hay que estar sordo para imaginar que Bedni, que era un suministrador de versos ripiosos, mereciera estos elogios. Ni en sus mejores momentos era un autor que mereciera figurar en una antología, y en los peores era francamente pésimo. Eso sí, cuando Bedni optó por alinearse contra él desde el bando estalinista Trotsky lo criticó por su vacuidad «ideológico-poética[23]».

El hecho de que en 1923 Trotsky eligiera promover los méritos de un versificador mediocre contra Alexandr Blok y su poesía majestuosa nos muestra

que para Trotsky lo que contaba era avanzar en la causa revolucionaria. Los imperativos del gobierno soviético embotaban sus gustos. Admiraba a Bedni por alabar a la clase obrera y la Revolución de Octubre y por llevar a término cualquier tarea que se le asignara. Las generaciones posteriores pasaron por alto la crudeza de los juicios de Trotsky porque la política cultural de Stalin en la URSS fue todavía más cruda. El sombrío potencial de ese libro, por otro lado, se vio enmascarado por las cualidades elevadoras del espíritu de su sueño del comunismo. Trotsky también cosechó alabanzas por haber escrito algo que quedaba fuera del camino trillado del bolchevismo oficial, y la multitud de ediciones desde 1923 indica que sus argumentos tocaban la fibra sensible del público. Siempre se mostraba reflexivo, y la presentación de sus pensamientos llamaba la atención de muchos lectores que de otro modo no habrían tomado nunca en serio a un miembro del Politburó como participante en el debate básico sobre el futuro de la cultura y la sociedad. *Literatura y revolución* fue esencialmente un trabajo de reduccionismo político. De todos modos, y en resumidas cuentas, fue Trotsky quien sentó las bases filosóficas para el estalinismo cultural[24].

Los demás líderes no tenían básicamente objeciones para lo que escribía sobre la vida diaria o la literatura, aunque el entorno de Stalin se estremecía de algún modo con su austeridad puritana. Las críticas a la actividad de Trotsky no se limitaban a lo que escribía, sino también, y sobre todo, al tiempo que invertía en hacerlo. En el Politburó se le pidió que limitara su producción de opúsculos y que aumentara su participación en las discusiones prácticas dentro de la cúpula. Su respuesta no fue nada complaciente[25].

Es posible que no entendiera estas críticas porque incluso durante la guerra civil había seguido escribiendo al tiempo que cumplía sus obligaciones militares con eficacia. Natalia conocía sus necesidades y le ayudaba como podía. En abril de 1918 había ido al museo Rumiantsev en el centro de Moscú para obtener un permiso de préstamo de los números del periódico *Kievskaya Mysl* de 1915 y 1916. Él los necesitaba para seleccionar sus mejores artículos para publicarlos en *Guerra y revolución* (que apareció en 1922)[26]. Su actividad militar le impidió presentarse en persona, pero la mayoría de líderes políticos no hubieran ni soñado planificar semejante proyecto en aquellas circunstancias. El establecimiento de la paz le dio la oportunidad de dedicarse todavía más durante las horas del día a su vocación de escritor. Dicho entusiasmo se había convertido

en una obsesión. En 1926, por ejemplo, publicó *Sucedió en España*[27], una vívida narración de las circunstancias de su deportación desde Francia a España en 1916. Sin duda había sido un episodio importante en su vida. Pero en el mismo momento en que estaba preparando esta publicación se enfrentaba a un desafío importantísimo para su supervivencia en la dirección del partido bolchevique. Él se excusaba diciendo que A. K. Voronski le había importunado para que lo escribiera, y la promesa de los dibujos en blanco y negro de K. Rotov era un aliciente añadido irresistible[28]. ¡Como si uno de los amos del Kremlin tuviera que someterse al capricho de un par de empresarios artísticos! Se mire como se mire, hubiera sido mejor para él que se concentrara en derrotar a Stalin y Bujarin.

Asimismo, podría haber encontrado mejores ocupaciones que hurgar en la carrera de Lenin. Su libro *Sobre Lenin*, por interesante e intenso que fuera, le llevó semanas de esfuerzo. Trotsky lo consideraba una manera de defenderse de los ataques que se dirigían contra él acusándole de haber sido siempre un antileninista. Llenó las páginas con un emocionado recuerdo del tiempo que había pasado con Lenin desde el primer encuentro en Bloomsbury en 1902 en adelante[29]. Su mente portentosa seleccionaba sus experiencias y luego las convertía en material para sus escritos. El trabajo resultante apenas justificaba la cantidad de energía creativa utilizada en la investigación, la redacción y la corrección de las pruebas. Evitaba dar los nombres de esos líderes bolcheviques «moderados». —Kámenev, Zinoviev y Stalin— que habían obstaculizado la estrategia revolucionaria de Lenin en marzo y octubre de 1917[30]. Pero cualquiera, por poco que conociese la historia del partido, sabía a quién se refería. Él no parecía darse cuenta de que estaba cerrando la puerta a la posibilidad de dividir la troika dirigente.

A menudo se inclinaba por escribir en lugar de hablar u organizar. Incluso destinaba tiempo a redactar nuevos y prolongados prefacios para las segundas y terceras ediciones de sus opúsculos a mediados de la década de 1920[31]. Sencillamente, le gustaba estar sentado en un despacho, con una pluma en la mano, garabateando la última de sus obras. Nadie osaba molestarle cuando el caudal de palabras se iba reuniendo en su mente. Acostumbró a su familia, lo mismo que al servicio y a los asistentes personales, a esta rutina. La organización fraccional nunca fue lo más urgente para él, puesto que ya hacía lo correcto según el criterio de las doctrinas marxistas a las que deseaba mantenerse fiel.

Toda su trayectoria lo indicaba así. Había avanzado aprovechando las oportunidades imprevistas y moldeándolas a su conveniencia. Había sido un héroe revolucionario en 1905 y lo había sido de nuevo en 1917. En ninguna circunstancia quería vivir de otro modo que no fuera el propio de un pensador y líder revolucionario. Por este motivo siguió actuando con ese gran estilo, de modo que tanto él como su grupo se vieron constantemente superados por la dirección en ascenso del partido. Antes prefirió caer gloriosamente derrotado que modificar su modo de vida y de trabajo.

Para hacerle justicia a Trotsky hay que decir que *Sobre Lenin* tenía una mayor justificación en sus tiempos que el resto de sus proyectos literarios. Escribió el cuerpo principal durante su convalecencia en Sujum, y el prefacio llevaba la fecha del 21 de abril de 1924, exactamente tres meses después de la muerte de Lenin. En este período sus enemigos hurgaban sin cesar en cualquier momento de su pasado antibolchevique, consultando los archivos de prensa y los documentos del partido, y se los arrojaban a la cara. En la situación anterior se le festejaba en público y se le temía en privado. En la situación actual se había convertido en el objetivo principal de la vituperación oficial. Bujarin era quien lanzaba las flechas más envenenadas en la prensa y desde la más alta instancia política. *En cuanto a la cuestión del trotskismo*, que escribió en 1925, resumía los cargos contra Trotsky. Por su condición de dirigente bolchevique desde antes de 1917, Bujarin lo sabía todo de las rencillas entre Lenin y Trotsky. Tampoco fallaba a la hora de llamar la atención sobre los temas más embarazosos de la historia personal del líder ucraniano que éste había omitido en las diversas compilaciones de sus obras. Tal como apuntaba Bujarin, esas lagunas no eran accidentales. Trotsky se había enzarzado en una distorsión de la verdad histórica por motivos políticos, y se le pillaba en falta fácilmente[32]. El pasado bolchevique se convirtió en un campo de batalla en la política comunista de la época. Las argumentaciones eran tediosas, y los métodos turbios en ambos bandos. Era mucho lo que estaba en juego en esa competición ideológica. Quien ganara iba a obtener la supremacía en el liderazgo del partido.

En la edición en varios volúmenes de sus *Obras*, publicadas en Moscú a partir de 1924, Trotsky no solamente eliminó artículos, sino que además reescribió varios de ellos[33]. En 1932 denunciaría a «la escuela de falsificación estalinista» por ocultar o alterar cualquier documento que pudiera comprometer a Stalin[34]. Las acusaciones de Trotsky se han convertido en parte del canon de

la historiografía occidental y han llevado a creer que él no podía ser culpable de tretas similares. Es comprensible que actuara como lo hizo a mediados de la década de 1920. Nadie podía ganar la lucha para suceder a Lenin sin pretender haber sido un admirador suyo desde mucho tiempo antes. Pero esto no convierte tal comportamiento en admirable, ni tampoco le quita importancia. Trotsky, el acusador, tenía también algo de delincuente en materia histórica.

De cualquier modo, no presentaba *Sobre Lenin* como el resultado de una investigación exhaustiva. El subtítulo, «Materiales para un biógrafo», apuntaba en esta dirección. Era un trabajo escrito a toda velocidad y sin remitirse a documentos. Sus recuerdos de Lenin eran frescos, y sus motivaciones políticas más frescas todavía. Las anécdotas se apiñaban en cada página. Daba la impresión de que Lenin y él, durante la mayor parte de sus vidas políticas, habían disfrutado de un compañerismo cercano y radiante[35]. Narraba la cálida acogida que Lenin le había dispensado en Londres, en 1902. Describía su propio trabajo para la redacción de *Iskrá*. Después de esto los saltos históricos eran gimnásticos, pues pasaba a la revolución de febrero y esbozaba la lentitud de Kámenev y Stalin a la hora de adoptar una política leninista en marzo de 1917. Al abordar los últimos meses de ese año, recordaba cómo Lenin había pensado en voz alta qué sería del sistema soviético si ambos murieran súbitamente. Hablaba también de los episodios de 1917-1919, cuando Kámenev, Zinoviev y Stalin se habían opuesto a las propuestas políticas de Lenin. Se mantenía dentro de los márgenes del decoro político y evitaba hacer mención del testamento de Lenin, pero blandía la pluma como un arma dispuesta al combate. Trotsky estaba en campaña política.

Escribía con habilidad, y en lugar de alegar que siempre había estado de acuerdo con Lenin, admitía colisiones ocasionales. Quería aparecer como el único político íntimo de Lenin que tenía las cualidades de visión, juicio y liderazgo necesarias. Ninguno de sus adversarios, ni siquiera Bujarin, podía igualar el arte de su estilo en la polémica. Pero la victoria en el concurso para el título de mejor analista revolucionario del partido no le ayudó en la competición para convertirse en el líder de la Revolución tras la desaparición de Lenin.

8

Errar el tiro

Hasta abril de 1924 Trotsky no se sintió dispuesto a volver a Moscú. Había pasado más tiempo de los dos meses previstos en un principio y había descansado —y había escrito— hasta restablecerse. El XIII Congreso del partido estaba en perspectiva, e iba a ser la primera gran reunión desde el funeral de Lenin. Trotsky expresaba su pesar por dejar atrás «el bonito sol y los buenos camaradas» de Abjasia[1]. Pero desde allí le resultaría imposible volver a asumir un papel preponderante. El teléfono y el telégrafo eran muy precarios, y todas las reuniones importantes tenían lugar en la capital soviética. Su estancia en el sur del Cáucaso tenía que concluir.

No pudo resistirse a hacer una parada de unos días en Georgia, en donde el 11 de abril se dirigió al sóviet de la ciudad de Tiflis. Hablar en público siempre le había parecido un reto menor que sentarse en las reuniones. Alcanzó el éxito acostumbrado a pesar de escoger un tema deprimente: el reciente fracaso de la revolución en Alemania. Empezó aduciendo que no estaba al corriente de los últimos sucesos, y en principio había sacado más información de los periodistas que le habían entrevistado de la que ellos podían haber obtenido entre tantas preguntas[2]. Los camaradas alemanes, afirmó, no podían culpar a nadie más que a ellos mismos. Las condiciones habían sido las adecuadas para tomar el poder. La mayoría de los trabajadores sentían rechazo hacia la República de Weimar y la burguesía sufría un resquebrajamiento interno. Pero a los comunistas de Berlín les había faltado un partido tan bien cohesionado como en principio había sido el bolchevique en 1917. Tampoco disponían de un líder de la altura de Lenin[3]. Trotsky quería demostrar su disposición a jugar un papel leal en la política soviética. No revelaba sus pensamientos privados, pues seguía convencido de que *El nuevo curso* había hecho las críticas adecuadas a la dirección en ascenso del partido. Pero, al reconocer la necesidad de moverse con mayor agilidad que antes, se estaba preparando para una actuación efectiva en el congreso.

Al llegar a Moscú unos días antes de la fecha de inicio, el 23 de mayo,

reinició su asistencia al Comité Central y al Politburó y volvió a ocupar su despacho en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares. Sabía que lo estaban vigilando para detectar cualquier signo de actividad oposicionista, y comprendía también que cualquier movimiento ostensible en esa dirección resultaría contraproducente después de la reprimenda que había recibido en la conferencia del partido celebrada en enero. A los veteranos del partido les seguía preocupando que los grupos antibolcheviques pudieran obtener rédito de la incertidumbre política imperante: querían estabilidad en la vida pública soviética y miraban con recelo a quienes ponían la ambición personal por delante de los intereses de la Revolución. En aquellos momentos se veneraba a Lenin como si se tratara de una especie de deidad secular. El nombre de Petrogrado se había convertido en Leningrado, y las obras de Lenin se trataban como si fueran las Sagradas Escrituras. Trotsky tenía que demostrar que no tenía intención de volver a dividir a la cúpula.

Stalin también tenía que maniobrar con cuidado. Tal como había confirmado Nadezhda Krupskaya, la obligación de los líderes era cumplir con la petición de Lenin de entregar su testamento al congreso del partido, y eso iba a crearle problemas. El Comité Central tomó la decisión de leerlo solamente a los jefes de las delegaciones locales asistentes al congreso. Éstos se reunieron por tanto en un encuentro especial y se pusieron al corriente de las observaciones críticas de Lenin sobre los bolcheviques más prominentes. Aunque en el testamento se mencionara el «excesivo» celo administrativo de Trotsky, quien tenía más motivos de preocupación por su contenido era Stalin, y eso se hizo evidente por la expresión deprimida de su rostro mientras se comunicaban las críticas de Lenin. Quienes lo conocían nunca lo habían visto menos agresivo. A medida que los parlamentarios fueron debatiendo el testamento, se llegó al acuerdo de la necesidad de un cambio en la gestión de los asuntos centrales del partido. Algunos entregaron comentarios firmados[4]. Stalin sobrevivió a la dura prueba porque no había suficientes delegados que desearan su expulsión, y en cualquier caso el Comité Central expresó su confianza en él. En justicia era cierto que nadie podía dudar de su comportamiento desde la primavera de 1923, puesto que mientras Trotsky había izado la bandera del fraccionalismo Stalin había trabajado con solidez y lealtad en pro de la dirección en ascenso del partido[5].

Tras la derrota de la Oposición de Izquierda, Trotsky ni siquiera tuvo el derecho a voto en el congreso[6], y fue Zinoviev quien entregó el informe

político para el Comité Central. Trotsky se unió al debate con el informe organizativo de Stalin. Adoptó un tono respetuoso mientras repetía sus ideas sobre la generación más joven, las fracciones y la planificación económica[7]. Intentaba reformular sus críticas recientes en el lenguaje que se empleaba para las resoluciones del Comité Central. Luego ofreció lo que en cierto modo era una disculpa: «Camaradas, ninguno de nosotros desea o es capaz de tener la razón en contra de su propio partido. En el análisis final el partido siempre tiene la razón, porque el partido es el único instrumento histórico que se le proporciona al proletariado para la solución de sus misiones fundamentales.»[8] Era evidente que se daba cuenta de que la suya era una libertad condicional a causa de sus pecados del pasado. Desde ese momento en adelante, y en verdad fue así hasta 1933, se convirtió a una concepción de partido que había sido notoriamente extraña a su persona desde 1917[9]. Durante sus meses de reflexión en el sur del Cáucaso había decidido transformarse en cierto modo en un leninista. Nunca concedió ni una sola palabra para explicar su súbita voluntad de inclinarse ante la voluntad del partido. El interés propio tendría algo que ver, y quizá también su bajo estado de ánimo, que lo llevaba a buscar un apoyo adicional en el que basar su estrategia. Posiblemente, por último, muerto Lenin, quizá no sintiera ya el impulso de compulsarse con él, y quizá también le reconociera por fin una cierta autoridad.

Imponerse tanta abnegación en público era tan extremo como poco habitual en él; en los años posteriores seguiría mostrando su peculiar leninismo[10]. Sin embargo, algunos de sus principales apoyos pensaron que esas disculpas eran un error táctico: querían que mantuviera su posición orgullosa frente a sus adversarios en la cúpula[11]. Pero Trotsky pensaba que era necesario ser precavido. En la dirección en ascenso se mostraron complacidos por ese acto de contrición y le permitieron mantener sus puestos en el Politburó y en el Comité Central.

Trotsky continuó esperando su momento antes de llevar a cabo otro ataque a los líderes en alza. No era ésa una situación que le resultara agradable y se lanzó a la actividad literaria. Cuando se fue a Kislovodsk, en el norte del Cáucaso, para sus vacaciones de verano, estaba listo para escribir deprisa un pequeño libro llamado *Lecciones de Octubre* (que había iniciado como introducción a un volumen de sus obras completas)[12]. Lo concluyó a mediados de septiembre de 1924, como una continuación políticamente más combativa de su trabajo *Sobre*

Lenin. El año 1917 constituía el núcleo de *Lecciones de Octubre*. En él, con algo de razón aducía que el partido había omitido llevar a cabo una investigación en su debida forma de la Revolución de Octubre. Ofrecía las conclusiones a las que había llegado por el interés que tenían para ayudar a la causa comunista en la URSS y en países como Alemania[13]. En repetidas ocasiones, enfatizaba, unos individuos o grupos a los que él llamaba «conciliadores» se habían opuesto a la dirección de Lenin. Stalin y Kámenev habían querido comprometerse con el gobierno provisional en marzo[14]. Luego, cuando la política del partido se inclinaba hacia la toma del poder, Kámenev y Zinoviev se habían esforzado por entorpecer su puesta en práctica. Ellos y otros «conciliadores» habían continuado trabajando para conseguir un acuerdo con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios en noviembre de 1917[15]. Trotsky acababa formulando el provocativo comentario de que el partido poseía líderes que no habían roto con los instintos y doctrinas de partidos involucrados en la lucha política contra los bolcheviques[16].

Esto empujó aún más a Zinoviev y Kámenev a los brazos de Stalin. El escaso bien que se había hecho Trotsky a sí mismo en el XIII Congreso fue puesto a un lado. *Pravda* actuó como un megáfono para las nuevas órdenes del Politburó. Se imprimieron panfletos contra el trotskismo y volvió a recurrirse al pasado de Trotsky como enemigo del bolchevismo. Stalin sabía cómo apretar las tuercas: se especializó en sonsacar a anteriores simpatizantes de Trotsky para sacar a relucir los trapos sucios. También lo puso bajo estricta vigilancia. Esto se hizo evidente cuando el correo que Trotsky enviaba desde Moscú a su amigo americano, Max Eastman, que estaba en el mar Negro, no llegó nunca a su destino[17]. Esta revelación hizo que Trotsky rechazara una oferta oficial para que dispusiera de un nuevo teléfono en su apartamento del Kremlin. En la reunión del Politburó exclamó: «Es un hecho que los teléfonos están pinchados.»[18] Nadie quiso contradecirle.

A esas alturas Trotsky y Stalin eran rivales a muerte. Siempre que sólo uno de ellos asistía al Politburó quería controlar la reunión. Normalmente Kámenev ocupaba la presidencia y procuraba acompañar la discusión. Pero ni Kámenev ni Zinoviev eran candidatos serios a la sucesión. Les faltaba entusiasmo para articular una estrategia comunista en toda la política pública. Trotsky y Stalin eran un caso aparte. Eran impulsores apasionados de nuevas medidas y superaban cualquier embrollo para aplicarlas; se mostraban muy impacientes

cuando se les presentaban informes insatisfactorios; interrogaban imperiosamente a los expertos llamados a las reuniones de la cúpula. Que Trotsky podía ser un posible reemplazo de Lenin estaba en boca de todos en Moscú. La capacidad para ese mismo cargo por parte de Stalin no se había promocionado tanto, pues las actas del Politburó eran de distribución restringida, y no tenía la habilidad de Trotsky a la hora de hacerse publicidad. Pero su potencial no era menor por ser menos conocido[19]. Él y Bujarin trabajaron codo con codo para desautorizar a Trotsky. Stalin había empezado a hablar de la posibilidad de «construir el socialismo en un solo país», cuando Trotsky sostenía que no cabía concebir ningún objetivo último hasta que las revoluciones comunistas hubieran tenido lugar en otros países. Lenin había coincidido con él en este tema, pero Stalin distorsionaba los textos de Lenin de manera que pudiera reclamar la autenticidad marxista-leninista para sus propias políticas. Bujarin, por otro lado, afirmaba que la teoría de Trotsky sobre la «revolución permanente» —y la pretendida desconfianza hacia los campesinos que contenía — era antileninista.

Zinoviev se mostraba incluso más beligerante al solicitar desde la dirección en ascenso del partido la expulsión de Trotsky no solamente del Politburó y del Comité Central, sino incluso del mismo partido. Stalin pensaba que ésta era una medida demasiado extrema. Le gustaba jugar el papel de político moderado y sugerir que las disposiciones contra los partidarios de Trotsky deberían limitarse a polémicas y destituciones. Trotsky se vio obligado a defenderse. A finales de 1924 encargó a su asistente Mijaíl Glazman que buscara artículos en la prensa bolchevique prerrevolucionaria en los que se aprobara su figura[20]. Era necesario responder a la campaña de vilipendio del *Pravda*, donde los incidentes del pasado sacados de los archivos se le arrojaban a la cara como si fueran barro. También entraron en escena ideólogos oficiales a tiempo completo. Cuando cualquier opositor tomaba la palabra en una reunión abierta, recibía los abucheos y silbidos de una claque organizada de partidarios de la dirección en ascenso. A Trotsky y sus asociados se les negó el derecho a hacer campaña en la prensa. Los miembros ordinarios del partido que simpatizaban con la Oposición de Izquierda fueron expulsados o sometidos a otras sanciones punitivas.

Las cosas llegaron a un punto crítico en enero de 1925, cuando el Comité Central debatió la posición de Trotsky en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares. En lugar de dar a sus enemigos el placer de expulsarlo,

Trotsky dimitió.

> Esta decisión era el fruto de una cuidadosa preparación madurada durante la pasada campaña. Lo que más temían los epígonos [esto es, los líderes del partido en alza] fuera de la trayectoria de la Revolución de Octubre, era la trayectoria de la guerra civil, y mis lazos con el ejército. Abandoné el cargo sin lucha, y hasta con un cierto suspiro de satisfacción, para desarmar a los adversarios de todas las calumnias sobre mis planes militares. Los epígonos, para justificar su proceder, empezaron a achacarme planes militares fantásticos, y poco a poco, llevados de la fantasía, acabaron ellos mismos por creer en la verdad de sus afirmaciones[21].

Durante casi cuatro años trascendentales él y el Ejército Rojo habían parecido inseparables. Sus logros en la guerra civil se habían celebrado continuamente. A partir de ese momento, sin embargo, iba a ocupar sus puestos solamente en el Comité Central y en el Politburó; ya no sería un hombre del ejército.

¿Le hubiera resultado posible utilizar al Ejército Rojo para asegurar su retorno a los puestos más relevantes? Para haberlo intentado hubiera tenido que ser un tipo de político diferente. Ya les había explicado a sus compañeros que él no deseaba ningún tipo de relevancia personal[22]. E incluso si no había sido franco con ellos o consigo mismo, es muy dudoso que tuviera las cualidades necesarias para dar cuerpo a una coalición armada que hiciera el trabajo por él. El alto mando del Ejército Rojo era un puesto en el que se concentraban rivalidades y ambiciones, y no hay ninguna evidencia de que Trotsky fuera una figura estimada entre algún grupo de comandantes. Sí es cierto que muchos comisarios políticos lo admiraban. Pero a varios de ellos, como Ephraim Sklyansky y Vladímir Antónov-Ovséyenko, ya los habían expulsado de las fuerzas armadas. Más aún: Trotsky podía contar a un montón de comisarios entre sus enemigos tras su autoritaria actuación en el Comisariado del Pueblo durante la guerra civil. Mientras que Napoleón Bonaparte ascendió al poder gracias al caos que había engendrado la Revolución francesa, el Politburó de mediados de la década de 1920 mantenía un férreo control sobre el sistema político soviético. Cualquier intento de golpe se habría enfrentado a la reacción inmediata del

partido y de la policía. Y Trotsky, por encima de todo, era un revolucionario y un patriota soviético: era la última persona que se habría arriesgado a desestabilizar la Revolución de Octubre mediante una aventura militar.

La cúpula del partido esperó cuatro meses y luego, en mayo, lo nombró para tres cargos como presidente del Comité de Concesiones, director de la Administración Electrotécnica y presidente de la Administración Científico-Técnica de Industria. No eran trabajos de una relevancia política cardinal, sino maneras de mantenerlo al margen de las aventuras políticas. Él, por su parte, se lanzó al nuevo trabajo con entusiasmo, realizó viajes para inspeccionar las instalaciones en el sur y refrescó el interés personal por la ciencia que había cultivado de joven cuando pensaba estudiar matemáticas y física en la Universidad de Nueva Rusia en Odessa[23].

En la dirección en ascenso del partido, sin embargo, había muchas tensiones. Zinoviev había intentado reducir el poder de Stalin a mediados de 1923, pero inmediatamente se había visto obligado a buscar su apoyo como aliado contra Trotsky. Tras la derrota infligida a Trotsky en 1924, las preocupaciones tanto de Kámenev como de Zinoviev volvieron a centrarse en la cuestión de Stalin. La NEP implicaba atender los reclamos del campesinado. Las concesiones ante las demandas rurales se habían acrecentado con el paso de los años, y Zinoviev y Kámenev llegaron al convencimiento de que los avisos iniciales de Trotsky tenían su fundamento. Por otra parte, compartían cada vez más la sospecha de que Stalin y Bujarin estaban abandonando el compromiso histórico del partido con la «revolución socialista europea», y les disgustaban los métodos autoritarios de ambos. A partir de abril de 1925 los atacaron abiertamente después de reunir a un grupo de partidarios que se conocería como la Oposición de Leningrado, puesto que Zinoviev tenía su base de trabajo en esa ciudad. La dirección en ascenso se derrumbaba. Stalin, con el consentimiento de Bujarin, tomó medidas contra Zinoviev en Leningrado y Kámenev en Moscú. Cuando se llegó al XIV Congreso en diciembre, el cisma ya se había producido. Zinoviev ofreció su propio informe político por separado y sufrió una derrota aplastante. Stalin y Bujarin quedaron al mando del Politburó y del Comité Central. A finales de año se habían convertido en los amos de la Unión Soviética.

La lucha fraccional se intensificó en 1926. Entre los trotskistas y la Oposición de Leningrado existía cierta animadversión, pero también era cierto que sus opiniones coincidían cada vez más. Trotsky, Zinoviev y Kámenev se

agruparon para formar la Oposición Unida en abril de 1926. En el mes siguiente los acontecimientos también ayudarían. En contra de la opinión de Trotsky, el Politburó había animado al Partido Comunista de Gran Bretaña a que cooperara con otros grupos de la izquierda política. La huelga general británica de mayo de 1926 fue un rotundo fracaso. Trotsky, Kámenev y Zinoviev expusieron su opinión de que Stalin y Bujarin eran unos incompetentes que comprometían al país con su gestión de la política exterior. Era evidente, por otra parte, que la Komintern no estaba segura en sus manos.

Stalin y Bujarin respondieron con total dureza. Los últimos partidarios de Zinoviev que quedaban, Mijaíl Lashevich entre ellos, fueron destituidos de sus puestos de dirección. Stalin se enfrentó al mismo Zinoviev e hizo que lo expulsaran del Politburó. Hasta entonces Trotsky permanecía intocado, pues conservaba sus puestos en el Politburó y en el Comité Central a pesar de sus continuas objeciones a las políticas oficiales, y Zinoviev seguía siendo del Comité Central. Pero Stalin y Bujarin querían acabar con la labor que habían iniciado y no iban a detenerse. Acusaron a Trotsky, Zinoviev y Kámenev de fraccionalismo, con lo que habían infligido la prohibición del X Congreso. Fueron castigados por su deslealtad durante los meses de intensas dificultades en las relaciones internacionales. Todos ellos habían cantado en el pasado alabanzas a la causa de la unidad interna del partido. En lugar de eso, habían expuesto y agravado las tensiones entre líderes comunistas, y solamente los enemigos de la URSS podían beneficiarse de esta situación. Se intensificó la presión sobre Trotsky, Zinoviev y Kámenev. En octubre de 1926 Trotsky fue expulsado del Politburó, como le había ocurrido a Zinoviev en el año anterior. Aunque los tres líderes disidentes mantenían sus asientos en el Comité Central era evidente que habían sido derrotados. Los partidarios de la dirección en ascenso ocuparon los puestos vacantes por las destituciones de los oposicionistas, y diversos partidarios de la Oposición Unida prefirieron retractarse de sus opiniones antes que romper con la línea oficial del partido. Stalin y Bujarin habían triunfado.

Si la Oposición Unida se hubiese creado antes, Stalin no habría podido hacer nada contra ella. Trotsky, Kámenev y Zinoviev hubieran dominado el Politburó, el Comité Central y la Komintern, y el Sovnarkom hubiera sido suyo si así lo hubieran querido. Pero en esos momentos se enfrentaban a una ardua batalla. Zinoviev estaba considerado como un crítico respecto a Trotsky: había descalificado su «aventurismo» en política exterior, su excesiva inclinación hacia el centralismo en la administración política y sus muchos encontronazos con

Lenin antes y después de 1917. Trotsky había replicado en su mismo estilo, denunciando a Zinoviev por abandonar a Lenin antes de la Revolución de Octubre y también por su connivencia con Stalin y Bujarin al sacar a la militancia de la NEP. Todos estos desacuerdos habían sido publicados en *Pravda*. Trotsky, Zinoviev y Kámenev querían que en esos momentos todos creyeran que coincidían plenamente en los cambios necesarios en la política del partido. Trotsky podía reivindicar para sí algún tipo de coherencia desde la formación de la Oposición de Izquierda. Al alinearse con él, Zinoviev y Kámenev llamaban a la democratización del partido y a tomar medidas de restricción para la economía de mercado. A Stalin y Bujarin no les resultó difícil atribuir esa alteración de sus posturas a meras ansias de poder.

La Komintern no era inmune a las purgas. A menudo, los líderes de partidos comunistas extranjeros eran removidos cuando se detectaba una falta de obediencia absoluta a las consignas del Politburó, y la destitución de Zinoviev hacía más fácil todavía esta tarea. Se exigía un apoyo inequívoco a la gestión de la NEP en la URSS por parte de la dirección ascendente. Estaban prohibidas las críticas a la política exterior soviética. Entretanto se aplicaban sanciones contra otras figuras principales de la Oposición Unida. El escándalo internacional hubiera sido enorme si a Trotsky, Zinoviev o Kámenev se les hubiera desplazado de Moscú o Leningrado, pero otros líderes disidentes eran más vulnerables, y la vanguardia de la Oposición Unida fue trasladada a puestos y trabajos en los que la capacidad de contrariar los deseos del Kremlin era mínima. En niveles más bajos del partido la purga de opositores por parte de la Comisión Central de Control fue continua. Trotsky, Zinoviev y Kámenev perdieron la libertad automática de escribir para *Pravda* y el resto de la prensa del partido. Regularmente eran vilipendiados por los portavoces oficiales a los que no se les aplicaban semejantes restricciones. Entre ellos figuraba un grupo cada vez mayor de antiguos miembros de fracciones oposicionistas, como Andréi Búbnov. La posición de Trotsky en 1926-1927 era más débil que nunca.

Zinoviev, Kámenev y Trotsky, por su parte, estaban dispuestos a redactar panfletos y pronunciar discursos. Cuando Bujarin criticó las inclinaciones burocráticas de la organización del partido en Leningrado que dirigía Zinoviev, Trotsky lo rechazó de plano. Si a los bolcheviques de Leningrado los gobernaba su aparato, eso mismo era cierto para todo el partido. Así que no se podía culpar a Zinoviev de todos los males del partido. Trotsky se burló de la descripción que hacía Bujarin de la organización moscovita del partido como un bastión de

virtudes. El hecho real era que se forzaba a cada una de las organizaciones del partido a hacer lo que los líderes ordenaban[24]. Durante un tiempo la Oposición Unida contó con el apoyo de la viuda de Lenin, Nadezhda Krupskaya. Ella y Trotsky mantenían una buena relación desde 1917 a pesar de las continuas disputas que él había tenido con Lenin. En 1926 ella le confió que Lenin había dicho en una ocasión de Stalin que «le faltaba el más elemental sentido de la decencia humana»[25].

La brillante prosa de Trotsky ha hecho que las generaciones siguientes se convencieran de que sus descripciones de las políticas de la dirección en ascenso del partido eran rigurosas. La realidad era diferente, y más compleja. Stalin y Bujarin estaban muy lejos de basar su estrategia económica en mimar permanentemente a los kulaks. Bujarin había confundido a todo el mundo al decir que lo mejor que le podía pasar al desarrollo agrícola bajo la NEP era que los campesinos se «enriquecieran por ellos mismos». Los campesinos más prósperos eran los que producían un excedente de sus cosechas con el que podían comerciar. La totalidad de la economía dependía de que obtuvieran este éxito. Bujarin tenía la costumbre de sobrecargar sus discursos y artículos. Cuando se trató de que el Politburó trabajara las líneas de actuación para el año tributario de 1925-1926 no tuvo inconveniente en apoyar un plan que implicaba una grave discriminación sobre el estrato más acomodado del campesinado. Lo que ocurría era esto: el cambio de régimen fiscal significó que se cargara a las familias kulak con demandas de impuestos muy altas. Al mismo tiempo, a los hogares pobres, tal como los definían las categorías oficiales, se les concedía lo que podía equivaler a una exención de impuestos. Preobrajenski había afirmado que la cúpula central del partido debería exigir un «tributo» del campesinado con el que financiar la industrialización. Su propuesta reclamaba la requisa del grano que de otra manera hubieran comercializado las casas rurales más ricas. La reforma de impuestos de Bujarin y Stalin fue un gran paso en la misma dirección que la política oposicionista.

La Oposición Unida había reunido a líderes que no estaban de acuerdo en diversos temas, y Trotsky tuvo que llegar a compromisos en beneficio de la unidad fraccional. Según él, la Oposición de Izquierda había combatido constantemente la política de ordenar al Partido Comunista Chino que se incorporara al Kuomintang, el cual estaba luchando contra los intentos japoneses, americanos y europeos de mantener sometida a China. El

Kuomintang era una coalición que contenía elementos socialistas. Pero Trotsky sostuvo que la Oposición de Izquierda siempre había considerado sospechosa esta organización y era contraria a su admisión en la Komintern. Solamente Radek y algunos de sus amigos habían optado por una línea diferente. El Politburó, cuando Zinoviev y Kámenev eran aliados de Stalin, había juzgado al Kuomintang dirigido por Chiang Kai-shek como la fuerza nacional más efectiva contra el imperialismo extranjero. Se había considerado al Partido Comunista Chino como demasiado débil para llevar a cabo la lucha a solas y se le habían dado instrucciones para que llegara a un acuerdo provisional con Chiang Kai-shek. Cuando la Oposición de Leningrado se unió a la Oposición de Izquierda, Zinoviev insistió en seguir la línea que el Politburó había marcado para China, y el círculo de Radek disponía del voto de calidad. Preobrajenski y Piatakov insistieron en que esto no tenía que convertirse en un motivo de división dentro de la Oposición Unida. Trotsky se vio obligado a retroceder. Fue un compromiso que lamentaría toda su vida[26].

Lo que mantenía la alianza de Trotsky, Zinoviev y Kámenev era fundamentalmente su antipatía por el duunvirato de Stalin y Bujarin y la gestión que hacían de la NEP. Trotsky sacó a la luz los recientes escándalos financieros en el partido. En lugares remotos se habían producido grandes fraudes, especialmente en Chita y en Jersón. Lo hizo sin sentimentalismo. Aunque fuera nativo de la provincia de Jersón, su interés en esos momentos radicaba en las generalizaciones que pudieran hacerse a partir de tal evidencia. Un informe de A. G. Shlijter mencionaba que los funcionarios habían tenido miedo de informar a sus superiores del partido porque pensaban que se les iba a aplicar el mismo tratamiento que a los oposicionistas[27]. Para Trotsky ésta fue una prueba más de que el partido bolchevique había degenerado desde la guerra civil. Las prácticas capitalistas y las medidas al estilo policial se hacían más comunes. Había que iniciar una contracampaña antes de que la situación quedase fuera de control.

Trotsky siempre estaba dispuesto a explicar —y en general se le ha creído— que Stalin había ganado su posición preeminente mediante métodos ilícitos. Señalaba las manipulaciones burocráticas a las que podía acceder el secretario general. Stalin, declaraba, no era un hombre de Estado revolucionario, sino un mero administrador. Stalin no era capaz de salir para dirigirse a las multitudes. Stalin no podía sostener un debate. Stalin era un pigmeo intelectual. Todo lo que sabía hacer era sentarse en un despacho y reunir a su alrededor un equipo de

protegidos dispuestos a hacer lo que a él se le antojara. La lealtad personal al jefe se recompensaba con el ascenso a los grados más altos en la burocracia del partido y del gobierno, y los nombramientos para ocupar los más bajos seguían el mismo criterio. Bolcheviques veteranos presentes en la Revolución de Octubre y que luego habían luchado en la guerra civil se veían sistemáticamente apartados a un lado. Stalin tenía una preferencia particular por los administradores adustos, jóvenes y que carecieran de orientación ideológica, pues eran quienes llevaban a cabo sus órdenes implacablemente, sin pestañear. Había reducido la política soviética a un proceso administrativo. Trotsky alegaba incluso que quienes habían hecho la Revolución de Octubre y los luchadores victoriosos de la guerra civil eran tratados como si fueran una categoría sospechosa. Pero al acusar a Stalin de no querer promocionar a los revolucionarios experimentados, Trotsky erraba el tiro por mucho. La dirección en ascenso del partido estaba decidida a potenciar a los bolcheviques veteranos. Si alguien se mostraba favorable a los no bolcheviques en su entorno, ese alguien no era Stalin, sino Trotsky.

9

Entorno y fracción

Fuera de las reuniones de partido o de su trabajo en el comisariado Trotsky veía a muy poca gente aparte de su familia y del núcleo de asistentes técnicos. A sus ayudantes los había reunido en 1918-1919 y desde entonces contaba con ellos: Georgui Bútov, Mijaíl Glazman, Ígor Poznanski, N. Sermuks y Ephraim Sklyansky. Ese pequeño grupo no era demasiado popular: para el partido se trataba de recién llegados, y se habían afiliado después de sentirse atraídos hacia Trotsky y sus ideas. Según la reputación que habían adquirido, eran los candidatos a convertirse en adjuntos del Bonaparte rojo.

Su círculo, formado por un proceso de selección natural en la guerra civil, estaba formado por personas que cumplían con sus obligaciones puntillosamente. Trotsky imponía unas normas estrictas en su oficina, y era famoso en todo el partido por su régimen de trabajo. La mayoría de bolcheviques soportaban perfectamente un ambiente caótico a su alrededor. Algunos incluso prosperaban en él, puesto que creían que la informalidad en los asuntos de trabajo reflejaba una dedicación revolucionaria. La gente iba y venía. Se presentaban tarde a las reuniones, y sus chóferes acudían tarde a llevárselos. Los encuentros eran ruidosos y dispersos. No era poco común que los asistentes del Sovnarkom fumaran a pesar de las indicaciones de Lenin contra esta práctica. (Dzerzhinski, el temido jefe de la policía política, se acercaba tímidamente hasta la chimenea más cercana cuando no podía aguantar más sin fumar.)[1] A Lenin le desesperaba con frecuencia la habitual falta de concienciación administrativa. Pero Trotsky incluso lo superaba, pues era un fanático de la paz y la tranquilidad en cuanto se sentaba en su despacho. No toleraba que ninguna de sus secretarias entrara en la estancia sin su permiso. Daba preferencia a una de las criadas, una «matrona campesina con un pañuelo atado a la cabeza», precisamente porque caminaba muy suavemente[2].

Stalin se dedicó a disgregar el equipo de colaboradores de Trotsky. Las autoridades centrales expulsaron a Glazman del partido en agosto de 1924 por

motivos evidentemente espurios. Al día siguiente Glazman se quitó la vida de un disparo[3]. A Sklyansky lo apartaron de su puesto en el Consejo Militar Revolucionario de la República tras la disputa con Stalin y se le asignó un trabajo en la industria algodonera que lo mantuvo alejado de la órbita de Trotsky. En un viaje oficial de negocios a Estados Unidos en 1925 se ahogó en un lago tras un accidente en barca[4].

Una persona del círculo externo del entorno de Trotsky le causó más problemas que cualquiera de los miembros del partido bolchevique: al escritor americano convertido al comunismo Max Eastman. Trotsky le dio la bienvenida a Rusia en 1922 y consintió en que escribiera su biografía. Eastman hizo amistad con la familia de Trotsky, y también estableció relaciones amorosas con una joven, Elena Krílenko, que le enseñaba ruso. Trotsky respondía a sus innumerables preguntas por escrito y conversando con él[5]. Ninguno de los dos disponía de tiempo para cubrir la vida entera de Trotsky, y Eastman tuvo que conformarse con un libro sobre los primeros años, que se titularía *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth* [«Liev Trotsky: retrato de juventud»].[6] Los dos hombres hablaban sobre acontecimientos políticos recientes. Trotsky le detalló los contenidos del testamento de Lenin sin mostrarle ninguna copia física. Dado que necesitaba difundir esa información como fuera, le encomendó a Eastman su publicación en el extranjero[7]. *Since Lenin Died* [«Desde que Lenin murió»], que apareció en Gran Bretaña unos meses después de que la biografía se publicara en Estados Unidos, se convirtió en un éxito editorial en todo el mundo. Trotsky se hacía el inocente, pero en la cúpula del partido todos sabían que Eastman era su acólito. En el Politburó estalló un escándalo. Trotsky fue obligado por la mayoría a repudiar el libro de Eastman, a denunciarlo como un fraude y a negar que Lenin hubiera dejado un testamento escrito[8].

Eastman, quien por aquel entonces residía en el sur de Francia, se sintió herido por el comportamiento de Trotsky. Lejos de actuar impulsivamente, se había tomado la molestia de consultar a Khristian Rakovski, el embajador de la URSS en París, cuál era la mejor forma de proceder a su juicio. Rakovski había leído el manuscrito y le animó a que lo publicara[9]. Tiempo después, Trotsky diría en privado a sus seguidores que el americano era un «revolucionario sincero», y este mensaje se abrió camino hasta Eastman, residente en Nueva York en el invierno de 1928-1929, con lo que éste volvió a trabajar para Trotsky[10]. De cualquier modo, el entorno siempre se mantenía junto a Trotsky.

No era ésta una muestra de su maravillosa sociabilidad. Él era más bien un planeta impersonal que arrastraba satélites a su órbita gravitacional. Escribió un sentido obituario para Sklyansky, pero en general no valoraba la ayuda de sus colaboradores hasta que se los quitaban.

Esa altivez no disminuía la estima que por él sentían sus ayudantes: se habían convertido en admiradores perpetuos suyos desde una edad muy temprana. Con los compañeros oposicionistas no sucedía lo mismo. Él siempre había seguido sus propias normas a la hora de hacerse amigo de la gente. La política era su medio para establecer relaciones, y más que amigos quería camaradas. Sus íntimos en la vida pública podían contarse con los dedos de una mano: Khristian Rakovski, Adolf Ioffe y Dmitri Sverchkov. (Alexandr Helphand-Parvus había dejado de estar en buenas relaciones con Trotsky mucho antes de su muerte en 1924: los intereses de sus negocios y sus relaciones con el gobierno alemán en los primeros años le habían desacreditado profundamente en la Rusia soviética). Ninguno de ellos era un veterano bolchevique, y todos se habían opuesto de un modo u otro a Lenin antes de 1917. Se escribían con afecto entre ellos y se ofrecían apoyo cuando alguno estaba enfermo. Pero Trotsky nunca se entregó por completo a la amistad. Años después Max Eastman le diría a Alfred Rosmer en París que padecía una falta de «sentimiento hacia los demás como individuos». Rosmer se mostró de acuerdo: «Es cierto. No tiene humanidad. Eso es algo de lo que carece absolutamente.»[11]

Trotsky conocía a Rakovski —que era de ascendencia búlgara— desde 1903 y le había dedicado *Literatura y revolución* como «combatiente, hombre y amigo». Los dos habían coincidido inicialmente en la política sobre Ucrania durante la guerra civil, cuando Rakovski dirigía el gobierno de Kiev. Ambos se habían puesto de acuerdo en las líneas políticas principales en la década de 1920. Rakovski pagó por su apoyo a la Oposición de Izquierda y lo «exiliaron» a puestos en el extranjero, sirviendo eventualmente como diplomático plenipotenciario en Francia entre 1925 y 1927. Ioffe, lo mismo que Rakovski, era médico y tenía amplios intereses culturales. Como había dirigido las negociaciones iniciales en Brest-Litovsk a finales de 1917, se mantuvo en contacto regular con Trotsky durante la guerra civil para asuntos relacionados con la política internacional, y además, por supuesto, había sido un faro junto con Trotsky en la redacción del *Pravda* vienés, hasta que lo habían detenido en Odessa en 1912. Ioffe pasaba poco tiempo en la Rusia soviética debido a sus

obligaciones como diplomático en Berlín, Riga, Génova, Shangai, Londres y Tokio. Desde la distancia prestaba tanto apoyo como podía a la actividad opositora de Trotsky. Sverchkov también simpatizaba con su viejo amigo. Él y Trotsky coincidían cuando se lo permitían sus obligaciones políticas. En períodos de enfermedad se compadecían mutuamente. Para Trotsky fue un golpe que, a finales de la década de 1920, Sverchkov anunciara su simpatía por la política oficial del partido y su rechazo a la Oposición Unida.

Rakovski, Ioffe y Sverchkov raras veces estaban lo bastante cerca geográficamente como para que Trotsky les comunicara sus ideas antes de anunciarlas. De todos modos, siempre atendía únicamente a su propio consejo, incluso en tiempos más fáciles. Era como un eremita que acudía a la ciudad solamente cuando, en su soledad, tenía algo importante que decir.

Otros líderes de la Oposición de Izquierda y de la Oposición Unida incluían a Karl Radek, Evgeni Preobrajenski, Leonid Serebriakov, Yuri Piatakov, Ivar Smilga y Nikolái Krestinski. Radek y Trotsky solían coincidir en cuestiones políticas antes y después de 1917. Ambos eran muy sarcásticos. Radek, famoso por sus ocurrencias sobre la élite del Kremlin, era el más sociable. Libre de puestos regulares en el partido o en el gobierno, escribía a menudo para *Pravda*. Max Eastman lo describió así:

> Tenía el atractivo de algo que en principio no te gusta. Uno pensaba que era de mirada escurridiza y de labios gruesos, y que no podía soportar esas gruesas patillas marrones bajo sus orejas y por la barbilla. Luego resultaba que tras las grandes gafas sus ojos no eran deslavazados, sino extrañamente penetrantes. Entre los gruesos labios se descubría una delicada línea. Uno aprendía a apreciar en ellos una expresión de serenidad. Radek vestía su carcasa vacía con un extraño traje cuadrado de solapas y botones poco habituales, relamido y aristocrático en su material, pero cuyo corte era más propio de un deán de Nueva Inglaterra que de un agitador bolchevique[12].

Preobrajenski, Serebriakov y Krestinski se alinearon junto a Trotsky desde la disputa de los sindicatos en 1920-1921 en adelante. Esto llevó a su destitución como secretarios del Comité Central. Preobrajenski fue uno de los primeros promotores de la Oposición de Izquierda, y fue él más que Trotsky quien

formuló la crítica oposicionista a la política agraria del Politburó durante la NEP. Nunca fue amigo de Trotsky; de hecho, el estilo autoritario de Trotsky le molestaba[13].

Piatakov y Smilga también tenían reservas personales sobre él. En el caso de Smilga es remarcable que estuviera dispuesto a aceptar la preeminencia de Trotsky en la Oposición tras los contratiempos sufridos en el Ejército Rojo en 1918-1919[14].

Radek, Preobrajenski, Serebriakov, Krestinski, Piatakov y Smilga consideraban a Trotsky como el mejor líder de entre los disponibles, pero también como uno que quedaba lejos de ser la elección perfecta. Tampoco es que Trotsky cultivara su clientela política. Deseaba tener seguidores, pero no iba a ser él quien se empleara en crearlos. En *El nuevo curso*, además, había expresado su desdén hacia los veteranos bolcheviques. Antes de 1917 había acumulado enemigos, y muchos se mostraron todavía más hostiles con él en los años siguientes. No fue entonces una completa sorpresa que en el primer año del plan quinquenal, introducido por Stalin en 1928 para fomentar una rápida industrialización del país, prácticamente todos los principales asociados políticos de Trotsky lo repudiaran como líder. Incluso Rakovski hizo las paces con Stalin. Pero esto no los salvó del celo punitivo de Stalin a finales de la década de 1930. Radek, Preobrajenski, Serebriakov, Krestinski, Piatakov, Smilga y Rakovski murieron por las balas del verdugo o en un campo de trabajo. Trotsky se sintió más triste que enfurecido. Había guardado la fotografía de Rakovski sobre su despacho durante el destierro. Entendía que solamente habría aparecido en el juicio espectáculo de marzo de 1938 después de que le hubieran torturado física o mentalmente.

Trotsky no se molestó en intentar recuperar a ese pequeño grupo de amigos y de aliados tras ese enfrentamiento político. En pocas ocasiones expresaba siquiera arrepentimiento. Ante sus ojos los errores eran siempre de los demás. Su capacidad para la introspección era muy reducida. Además, una vez muerto Lenin, ya no conocía a nadie cuyas opiniones le infundieran un respeto automático. No era éste un fenómeno nuevo en su vida. La admiración por Lenin había quedado congelada durante un largo período, entre 1903 y 1917, en el que Trotsky había pensado y actuado como si solamente él tuviera la solución a las grandes cuestiones candentes. Como Simeón del Desierto, suponía que sus solitarias ocupaciones en la columna más alta pertenecían al orden natural de las

cosas. Pero, a diferencia del estagirita egipcio, la búsqueda de la virtud no suponía para él ningún tormento mental o físico. Era muy exigente consigo mismo. Y, sin embargo, prescindía serenamente de quienes habían dejado de serle útiles a él y a su causa. Esto sorprendía a quienes no lo conocían de mucho tiempo atrás. Antes de 1917 Grigori Ziv había podido comprobar la falta de sentimientos convencionales en Trotsky[15]. No le habría sorprendido saber que su antiguo amigo había fracasado a la hora de congregar una fracción bajo su propio nombre. Trotsky podía inspirar por medio de un discurso, por un artículo o por un panfleto. Podía hacer que un tema fuera más claro gracias a su brillantez. Podía refutar la lógica de sus adversarios con un destello de crítica o de burla. Pero siempre, incluso antes de la Gran Guerra, había carecido de intuición para mantener bajo su liderazgo a un grupo fraccional.

No quería suscribir compromisos sociales. Dejó de fumar después de 1917; bebía alcohol en muy contadas ocasiones. (Lenin tampoco fumaba y bebía cerveza con moderación, pero era un bohemio si se le comparaba con Trotsky). No podía tolerar escuchar chismorreos y detestaba que se insultara en presencia de mujeres y niños. Sus escritos sobre la «vida diaria» reflejaban sus hondas convicciones. Casi todos los compañeros bolcheviques bebían, fumaban, insultaban y chismorreaban continuamente. Anastás Mikoyan, ayudante de Trotsky, se quejaba de que éste se había constituido en caballero andante para intentar que aquella gente «dejara de hablar ruso». Mikoyan se refería a la aversión de Trotsky hacia el lenguaje obsceno[16]. Trotsky nunca había sido uno de los procaces del grupo, y siempre daba la impresión de que pensaba que era su superior. Quizá no lo hiciera deliberadamente, pero el efecto era el mismo: evitaba la afluencia de potenciales aliados. Podía mostrarse exasperante incluso cuando simplemente se sentía aburrido. Si las reuniones en el Politburó se eternizaban a la hora de tratar un orden del día tedioso, él podía sacarse una novela francesa del bolsillo y empezar a leer. Así daba el mensaje de que tenía cosas mejores que hacer con su precioso tiempo antes que escuchar a personas menos inteligentes, menos dotadas y capaces que él. Jan Rudzutak, presidente adjunto del Sovnarkom desde 1926, se lo había expresado así: «Camarada Trotsky, ya sé que tiene usted una cabeza muy despierta. Es una lástima que pertenezca a un sinvergüenza.»[17]

Solamente sus familiares y amigos veían una faceta diferente en Trotsky, como captó Max Eastman:

> Nunca alardea; nunca habla de sí mismo o de sus logros; nunca monopoliza la conversación. Otorga su atención fría y totalmente a cualquier cosa que ocurra… [Mientras trabajamos], si le hago algún cumplido, él responde con un par de palabras, «Estoy contento», y luego pasa a otro asunto[18].

De modo que en verdad la modestia era un rasgo auténtico de Trotsky.

Aun así, ni en público ni en privado toleraba demasiado bien las tonterías. De hecho, no podía soportarlas. No hizo nada por corregir la impresión de ser un arrogante sabelotodo. Yuri Piatakov intentó —demasiado tarde, en 1926— persuadirlo para que se mostrara más cordial y pudiera así ganarse a los no convencidos. Trotsky intentó superar años de rechazo asistiendo a una reunión informal, pero permaneció en ella únicamente un rato, y antes de salir le susurró a Natalia: «No puedo soportarlo: licores, vestidos largos y chismes. Es como estar en la peluquería.»[19] Los anfitriones de esa reunión en particular habían sido los Kámenev. A la hermana de Trotsky, Olga, no se la conocía como sibarita y, sin embargo, Trotsky rechazó su hospitalidad diciendo que era demasiado burguesa para él[20]. No ayudaba siquiera a esos dirigentes del ala izquierda de los bolcheviques que estaban de su lado. Con lo mucho que se complacía en desgranar sus propias opiniones personales, raramente se privaba de criticar el punto de vista de los demás, por más que fueran de su misma fracción. Precisamente Lenin se distinguía por escuchar con atención y por evitar ofender a las personas que potencialmente pudieran apoyarle. Preobrajenski, uno de sus partidarios más brillantes, tuvo que explicárselo con detalle en 1928 una vez que ambos hubieran sido enviados al exilio administrativo[21]. Trotsky, que sabía mantenerse cortés en las conversaciones cara a cara, era un demonio con la pluma en la mano.

Fuera como fuese, le faltaba poder de decisión para organizar un asalto al poder. Adolf Ioffe fue la única persona que le dijo que debía mostrar un mayor respeto por sí mismo. Éste recordaba que Lenin había admitido privadamente que era Trotsky, y no Lenin, quien tenía la estrategia correcta en 1905. Trotsky había sido el hombre con las mejores ideas. No podía asumir su potencial, puesto que carecía del rechazo al compromiso característico de Lenin. Durante muchos años, Ioffe se había guardado estos pensamientos para sí. Pero cuando decidió suicidarse, el 16 de noviembre de 1927, quiso darle a conocer este argumento a

Trotsky por primera y última vez. Para entonces su salud había sido destruida por la tuberculosis, la miocarditis, las úlceras de estómago y la polineuritis. Estaba desmoralizado porque se le había denegado el permiso para realizar un trabajo oficial. La comisión médica nombrada por el Comité Central había tardado en pronunciarse, pero los doctores finalmente le habían dicho que no tenía sentido buscar una cura en el extranjero. Ioffe nunca había sido emocionalmente estable, pero su última nota la escribió con ánimo seguro. Intentaba comunicarle a su viejo amigo que se hacía necesaria otra forma de aproximarse a los políticos si Trotsky quería volver a integrar la cúpula[22].

Ioffe tenía un último deseo. Le pedía a Trotsky que hiciera lo que estuviese en su mano para proteger a la mujer y a los dos hijos que dejaba atrás. Era escéptico sobre las posibilidades de que los líderes del partido en aquel momento se brindaran a ayudarlos. Apremiaba a Trotsky a ser optimista, y le declaraba que «no dudaba de la proximidad del momento en que puedas volver a ocupar el lugar que te corresponde en el partido»[23]. Al suicidarse perdió la oportunidad de explicar qué medidas prácticas tenía en mente. En la segunda mitad de la década de 1920 Trotsky utilizaba los mismos métodos que sus oponentes. Además huía de cualquier compromiso. ¿Era realmente la última carta de Ioffe un juicio sobre los tiempos pasados? ¿O quizá fuera una advertencia para que Trotsky no volviera a verse tentado por las medias tintas? ¿O tal vez una petición para que se concentrara con mayor intensidad en su papel de político?

En los años siguientes Eastman llegaría a la conclusión de que a Trotsky le había faltado algo como pretendiente a la sucesión de Lenin. Observó que su héroe se había retirado a menudo del campo de batalla cuando se había producido un enfrentamiento fraccional. La enfermedad también le había afectado en momentos cruciales, tanto en 1923 como en 1924. Eastman pensaba que Trotsky tenía que haber aceptado la invitación de Lenin para convertirse en su suplente en el Sovnarkom. Le reprochaba no haber abierto un debate sobre el testamento inmediatamente después de la muerte de Lenin[24].

El Politburó seguía temiendo que Trotsky pudiera reaccionar volviendo al Ejército Rojo en provecho propio. Persistía la preocupación de que se convirtiera en el Bonaparte de la Revolución de Octubre, y era una de las razones por las que fue destituido de su puesto en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares en enero de 1925. Pero él no intentó reunir a los comandos que habían trabajado con él para que lo respaldaran. Después de perder el comisariado no

alteró sus métodos. Estaba orgulloso de sus triunfos en la guerra civil. Había llegado a considerarse realmente un militar, puesto que cuando lo deportaron de la URSS en 1929, quiso creer que Mustafá Kemal le había ofrecido asilo en Turquía porque también él era un soldado. Sin embargo, Trotsky había intentado consolidar el control del partido sobre las fuerzas armadas durante la NEP. Había supervisado la reducción de su tamaño. Mientras se esforzaba por incrementar su nivel tecnológico no hizo ningún requerimiento especial para el Ejército Rojo en las conversaciones sobre el presupuesto. Aprobaba las maniobras conjuntas con el ejército alemán en territorio soviético, pero no era fruto de su iniciativa personal, sino de la política oficial de toda la cúpula comunista en Moscú.

De cualquier manera, a Trotsky no le gustaban las luchas sucias. No había cambiado de opinión cuando Max Eastman lo reprendió por este motivo:

> —Pero esto no es un argumento, sino un ataque personal —dijo—. No puedo responder a algo así. —Y abrió las manos, como si esta respuesta fuera totalmente obvia.
>
> Para mí no lo era, de manera que continué:
>
> —Pero si considera ese discurso de Stalin sobre la Oposición de Izquierda, por ejemplo…
>
> —¿Qué es eso? —preguntó, y sonrió al ver mi expresión—. No he leído ni una de esas cosas.
>
> Murmuré expresando mi sorpresa, y él volvió a abrir las manos para volver a remarcar que se trataba de una obviedad.
>
> —¿Por qué iba a leer lo que escriben? —preguntó—. No discuten nada de lo que haya dicho yo. No hay ningún malentendido[25].

Pasaron dos años antes de que Trotsky aceptara el punto de vista de Eastman, y para entonces ya era demasiado tarde. Como líder de la Oposición de Izquierda hacía observaciones para su propia satisfacción intelectual con afán polémico y con buen estilo literario. Después dejaba que sus lectores sacaran sus propias conclusiones. De forma imprudente daba por supuesto que con esto era suficiente.

En sus memorias afirmaba que en la década de 1920 había perdido toda la influencia en el Politburó y en el Comité Central. Esto no era cierto. Siempre que tomaba asiento en el Politburó, en especial cuando Stalin estaba ausente,

aprovechaba la oportunidad para hacerse el jefe. Impartía lecciones. Interrogaba. Reconvenía y daba curso a su vena sardónica. Su presencia no podía ignorarse nunca[26].

Falló a la hora de hacer campañas para extender su opinión en la cúpula, en su fracción o en el partido en su totalidad. Ciertamente produjo montones de escritos, pero esto tenía sus desventajas para los demás, y una faceta ciertamente molesta. Cuando se encontraba ausente componiéndolos no se le podían hacer consultas apremiantes para una persona con sus responsabilidades. Falló a la hora de entender las necesidades de la política contemporánea. Andréi Antreev, un exmiembro de la Oposición Obrera que se pasó al bando de Stalin y Bujarin, le dijo en 1926: «Sí, usted dice que ha escrito un opúsculo. Pero *¿quién lee ahora todos los libros que se publican?*[27]» Andreev le dijo que tenía que dejar de fingir que era un ángel para pasar a hacer propuestas útiles y prácticas. Trotsky no tuvo el consejo en cuenta. No pretendía ser personalmente ofensivo y, sin embargo, hería sentimientos en cualquier discusión. Era profundamente egocéntrico. Es cierto que se ofrecía en cuerpo y alma al marxismo, a la Revolución de Octubre y al comunismo mundial. Podía desprenderse de los ataques verbales como del polvo en la chaqueta. Simplemente no entendía que otros bolcheviques no estuvieran hechos de su misma pasta, ni que cuando ridiculizaba o censuraba sus políticas éstos se lo tomaran como una descalificación personal… Y Trotsky se equivocaba al ignorar sus sentimientos.

10

La vida con Trotsky

La familia Trotsky ocupaba una vivienda de cuatro habitaciones en el cuerpo de caballería del Kremlin desde que había llegado a Moscú procedente de Petrogrado en 1918. Vivían confortablemente, pero sin excesos. El salario de Trotsky, lo mismo que el de otros líderes bolcheviques, era modesto. Natalia seguía supervisando la actividad en los museos de la provincia, y su salario mensual era algo inferior a la mitad del de su marido. Éste, al ser uno de los escritores más prolíficos y de mayor éxito, podría haberse enriquecido. Pero no le daba ninguna importancia a la acumulación de dinero, siempre que tuviera bastante para llevar a cabo sus prioridades políticas. No contaba sus ahorros, y Eastman pudo comprobar que entregaba los derechos de autor a sus secretarias para que los pusieran a buen recaudo[1].

Pocos visitantes extranjeros entendían que los miembros de la élite comunista, la *nomenklatura*, no necesitaran de cuentas bancarias abultadas para llevar una vida confortable. Si ostentaban un puesto político importante tenían también acceso sin cargo a los mejores servicios de la URSS. Sus necesidades médicas quedaban automáticamente cubiertas. En los hogares disponían de cocineros, sirvientes y chóferes. El Kremlin, con Abel Enukidze controlando la intendencia para la totalidad del recinto, les suministraba la comida[2]. Las familias de los dirigentes destacados iban bien vestidas, algo siempre importante para Trotsky, y en las fotografías vemos a sus hijos con buen aspecto. Como los demás dirigentes de la cúpula, podía ocupar una dacha fuera de Moscú o solicitar unas vacaciones en los más bellos parajes del Cáucaso o de Abjasia. Su actividad deportiva preferida era la caza, una de sus formas preferidas de relajarse tras la guerra civil, y en sus salidas no tenía que pagar ni un copec. Si necesitaba un libro, podía pedirlo a un montón de bibliotecas. La capacidad de sus anaqueles se veía desbordada por las copias de sus obras que las editoriales le enviaban. Regularmente recibía periódicos e informes de todo el mundo. No podía decirse que ésas fueran condiciones propias de una vida espartana, pero tampoco eran

lujosas, y en cualquier caso le parecían suficientes.

Como los demás líderes soviéticos, mantenía su casa abierta. Los hijos de otras familias iban y venían. Cuando en 1919 Liev Trotsky, a la edad de trece años, expresó el deseo de unirse al Komsomol —la organización juvenil del partido— fue nada menos que Bujarin, el que pronto se convertiría en el más feroz oponente de su padre, quien firmó la necesaria carta de recomendación.

Corrían rumores sobre Trotsky y sus amores. Apuesto y carismático, ciertamente despertaba la atención femenina. Tan pronto como hubieron acabado las especulaciones sobre Clare Sheridan comenzaron otras sobre Larisa Reissner[3]. Era una de las mujeres bolcheviques más atrayentes. Estaba casada con Fiódor Raskolnikov, partidario de Trotsky, y poseía una belleza extraordinaria. Las relaciones de trabajo entre Reissner y Trotsky se habían iniciado a mediados de 1918, cuando ella había acudido como agitadora a levantar la moral entre las tropas rojas en la campaña del Volga. Luego había acompañado a Raskolnikov cuando viajaba como plenipotenciario soviético a Kabul. El nombramiento de Raskolnikov para ese puesto había sido una manera de desplazar a un conocido trotskista de la escena moscovita. Reissner se divirtió en Afganistán, entre otras cosas por el romance que mantuvo con un príncipe local. Era una mujer emancipada del tipo que aprobaban las feministas bolcheviques como Alexandra Kollontai. Le gustaba el papel de mujer fatal y penetrar en los más altos estamentos de la *nomenklatura* soviética. No solamente teorizaba sobre el «amor libre», sino que lo practicaba[4]. A su vuelta a Moscú, trató de conquistar a Karl Radek: obviamente sentía inclinación por los izquierdistas. Radek se encaprichó con ella.

Pero Reissner ambicionaba una presa más importante. A través de Radek hizo que le llegara a Trotsky una propuesta extraordinaria, incluso indecente. Quería tener un hijo de Trotsky. Su idea era concebir un vástago en el que se combinarían «la belleza y el talento de la madre (Reissner) con el genio mental del padre (Trotsky)». El promiscuo Radek no estaba acostumbrado a que lo pasaran por alto, pero consintió en ir con el recado. Trotsky se resistió al señuelo: «Cálmate, Karl. Dile a tu amada que rechazo convertirme en padre de su hijo». Una semana más tarde Reissner acudió a una conferencia de periodistas y escritores convocada por Trotsky en el Consejo Militar Revolucionario de la República. Se ruborizó cuando Trotsky se le acercó. Éste la hizo desistir de su empeño con suavidad, dedicándose a hablar de temas literarios y de los soldados

del Ejército Rojo[5].

Ésta era la versión de los hechos que los oposicionistas de Moscú creían a pies juntillas, incluso las personas cercanas a Radek. Las mujeres nunca fueron la principal distracción de Trotsky. Sus accesos de mala salud fueron los que con mayor asiduidad lo privaron de cumplir sus obligaciones públicas. La incapacidad física se convirtió en un problema recurrente tras la guerra civil. Había quien veía causas de dimensiones psicológicas en ese tema. La coincidencia de la enfermedad con los períodos de crisis política era remarcable. Así había ocurrido notoriamente desde el verano de 1923 hasta la primavera de 1924, cuando había dejado de asistir a las deliberaciones del Politburó. Se comentaba que esos achaques podían ser psicosomáticos. Este tipo de comentarios tuvo visos de realidad en las semanas posteriores a la muerte de Lenin, cuando una campaña oficial abierta contra él arrastró su nombre por el fango en *Pravda* y en numerosos panfletos, así como en el Comité Central y en la XIII Conferencia del partido. La tensión habría destrozado la resistencia de cualquier persona con un temperamento menos fuerte, y la lastimera alocución de Trotsky en el Comité Central en octubre de 1923 había demostrado que se sentía realmente herido por los ataques en sus intenciones e integridad, por muy rápidamente que recuperara cierto aplomo mental.

De todos modos, su mala salud no se limitaba a hacerse presente en los episodios de crisis políticas. Durante toda la década estuvo enfermo, y los síntomas no eran fruto de su imaginación. Esto no quiere decir que no exagerara sus sufrimientos. Nunca alteraba su ritmo de trabajo en la escritura. Para completar incluso el más pequeño de los opúsculos necesitaba reunir material, consultar archivos, contactar con bibliotecas y organizar a sus ayudantes. Luego tenía que redactar y repasar. Después tenía que ponerse en contacto con la editorial y revisar las pruebas. Siempre tenía varios proyectos literarios en ciernes, y raro era el mes en que dejaba de presentar artículos a *Pravda*. Quizá no estuviera tan a menudo indispuesto como quería dar a entender. Por otro lado, la escritura era su terapia: era un bálsamo para sus nervios y calmaba su dolor físico. Hasta tal punto era así, que veinticuatro horas sin apoyar la pluma en el papel le parecían un tormento.

Natalia nunca atribuyó aquellos malestares a la hipocondría ni a cualquier otro tipo de autoengaño psicológico. Creía que estaba enfermo siempre que él le decía que lo estaba. La mala salud lo había perseguido durante años, y se tomaba

prolongados descansos para recuperarse. Solamente ignoró los consejos médicos durante los años de la guerra civil y la invasión de Polonia. Cuando la supervivencia del sistema soviético estaba en juego, él no iba a quedarse en la cama. A partir de 1921 su condición física se hizo preocupante. No era el único de la cúpula que experimentaba enfermedades severas en ese momento[6]. Lo que distinguía a Trotsky del resto del Comité Central, con la excepción de Lenin, era la persistencia de sus problemas en los años siguientes. El profesor Guetier le dispensó sus cuidados durante todo este tiempo. Era el médico favorito de los Trotsky y los Lenin. A pesar de su amplia experiencia, las causas de las aflicciones de Trotsky lo desconcertaban. El descanso solía ser su receta.

Cuando un «concilio» de médicos especialistas alemanes había atendido a Lenin en 1922 también se les había pedido que atendieran a Trotsky mientras duraba su estancia en Rusia. No encontraron ninguna dolencia orgánica, pero sospechaban que pudiera tratarse de epilepsia. Uno de ellos le hizo la observación a Trotsky de que Julio César había sido epiléptico. Rápido como un rayo, Trotsky había respondido: «Sí, pero el problema es que yo no soy Julio César.»[7] El especialista alemán no había sido el primero en especular con esta posibilidad. Grigori Ziv, cuando se formaba como médico en la década de 1890, ya había hecho el mismo diagnóstico al presenciar uno de los desmayos de Trotsky. Ziv añadía que Lev Deich, otro de los amigos de Trotsky en la década anterior a la Primera Guerra Mundial, decía que «era un hecho sabido y comprobado que esos desvanecimientos eran epilépticos»[8]. Vale la pena reproducir el análisis de Ziv:

> Diversos rasgos de su carácter también nos lo sugieren involuntariamente: su egotismo descarnado, su confianza hiperdesarrollada, su vanidad extrema y enfermiza, su tendencia al exceso en los discursos, en la escritura y en el comportamiento, lo mismo que esa pedantería burlona […] palpable incluso en su caligrafía precisa y cuidada[9].

(Los médicos destacan por sus ilegibles patas de mosca, y es interesante que precisamente Ziv considerara la legibilidad como un defecto). En la década de 1920 era común asociar la epilepsia con un determinado tipo de temperamento, y el doctor Ziv coincidía con los especialistas alemanes en su diagnóstico general.

Que a uno lo llamaran epiléptico constituía un estigma social, y quienes lo sufrían frecuentemente mantenían silencio sobre dicho diagnóstico. Trotsky no lo confirmaba ni lo negaba: prefería hablar de sus problemas médicos en términos vagos. Mencionaba desmayos más que epilepsia. Había desconcertado a Clare Sheridan en 1920 al desvanecerse mientras permanecía en pie y ella trabajaba en su busto de arcilla. A la artista le había preocupado que cayera hacia atrás, sobre el busto, pero Trotsky le había dicho que no tenía por qué sufrir: «¡Yo siempre caigo hacia delante!»[10]

En cualquier caso, los médicos no eran categóricos en sus conclusiones. Como sus desmayos no incluían los clásicos síntomas de convulsiones y de espuma en la boca, tenía razones para mantener abiertas otras posibilidades. Las especulaciones sobre su estado de salud llegaron a otros países. *Punch*, el semanario de humor londinense, publicó una anécdota: «Trotsky se desmaya, dicen en la prensa, después de pronunciar un discurso de dos horas. Un hombre más humano se habría desmayado *antes*»[11]. Un tono tan bromista y en público sobre la condición personal de un líder bolchevique no era permisible en la Rusia soviética. Trotsky restaba importancia a sus preocupaciones. Era algo poco habitual en él en cuestiones médicas, y podía ser una indicación de que en verdad estaba más preocupado de lo que permitía suponer a los demás. En el trabajo militar era extraordinariamente valiente. Pero divagaba casi hasta la neurosis sobre la mayoría de sus achaques, y Natalia se convirtió en su enfermera principal y su confidente en el transcurso de los episodios que lo llevaban al sanatorio.

Si bien es probable que Trotsky fuera epiléptico, éste era solamente uno más de sus problemas médicos crónicos. La colitis siguió afectándole. El estómago le había dado problemas desde la niñez, y había tenido una hernia antes de la Gran Guerra. La gota empezó a atormentarlo en la década de 1920. También empezaron a hacerse frecuentes los días en que se sentía completamente falto de energía. Él lo achacaba a su falta de salud en los períodos de exilio en 1900-1902 y en 1906-1907. Las evidencias disponibles de esos días no permiten confirmarlo. Trotsky se encontraba en buena forma en Siberia y en Rusia septentrional. Aparte del período de confinamiento solitario en Jersón, en 1898, no se puede decir que el tiempo que pasó en las cárceles fuera arduo, ni mucho menos. La explicación más probable de sus muchas dolencias era que se había exigido demasiado a sí mismo, hasta el agotamiento, con un ritmo frenético y

sostenido de trabajo que había durado muchos años.

En tales circunstancias tenía que exacerbarse su vulnerabilidad a la tensión nerviosa. Las personas ajenas a la familia no sabían nada de esto, pero Natalia tenía que convivir con este cuadro frecuentemente. Después de haberlo observado de cerca y durante más tiempo que cualquier otra persona, creía que sus accesos de inestabilidad nerviosa venían dados por circunstancias físicas. En 1958 escribía en su diario sobre los «nervios» de Trotsky: «L. T. en general era extraordinariamente sensible a los desequilibrios físicos en su organismo. El más ínfimo rastro de enfermedad destruía su equilibrio. Exigía un orden total, un total bienestar en su organismo.»[12] Ella lo aceptaba tal como lo había conocido, y veía que su trabajo consistía en satisfacer sus necesidades, y permitirle además que definiera cuáles eran. También era sabia. Como conocía la mezcla de fuerza y fragilidad de su cónyuge, luchaba por asegurar que cuando éste saliera a exponerse estuviera en buenas condiciones. El resto se lo dejaba a él. En el hogar de los Trotsky el foco de atención siempre tenía que mantenerse en Trotsky. Los hijos, tanto los de Alexandra como los que había tenido con Natalia, aprendieron a respetar el régimen doméstico de su padre. Daba lo mismo que estuviera en el Kremlin o pasando el fin de semana en una dacha: no osaban interrumpir su pauta de trabajo, y eso que escribía tanto en casa como en la oficina. Él hacía su voluntad sin necesidad de levantar la voz. En la familia raramente se daban peleas. A medida que fueron creciendo, las ideas políticas de los retoños se asimilaban a las del padre. Zina y Nina, las hijas, eran fervientes partidarias de la Oposición de Izquierda, y Trotsky era su héroe. Él las animó a la militancia política.

Aun así, surgieron problemas graves. El matrimonio de Zina con Zajar Moglin fue breve y desastroso. Él la decepcionó al no mostrar interés ninguno por el comunismo. La pareja permaneció unida durante el tiempo suficiente para concebir una hija, Alexandra, en 1923[13]. La segunda boda de Zina, con Platon Vólkov, tuvo resultados más duraderos y dio como fruto un hijo, Vsevolod (Seva) en 1925. Pero la unión era un tanto tempestuosa, y Vólkov cada tanto la abandonaba[14]. Por lo menos, las cuestiones políticas no los dividían: Vólkov se puso resueltamente de parte de Trotsky en las disputas internas del partido en la década de 1920[15]. Alexandra Bronstein, madre de Zina, intentaba ayudar, pero ésta quería sobre todo a su padre. Por cierto, Natalia creía que Zina amaba a su padre más de lo que había querido a ninguno de sus dos esposos. El hecho de

que Vólkov hiciera campaña para la Oposición de Izquierda hizo posible que dejara de ser un rival de Trotsky en los afectos de Zina. La admiración que ésta sentía por su padre rozaba lo obsesivo. También tenía problemas con sus pulmones, y los períodos de convalecencia eran frecuentes. Nina era la más estable de las dos hermanas y dio a luz un hijo, Lev, en 1921, y a una niña, Volina, en 1926. Lamentablemente su matrimonio con Man Nevelson no fue ningún éxito[16]; ella sufrió de tuberculosis, y su salud se deterioró drásticamente a mediados de la década de 1920.

Solamente uno de los hijos de Trotsky, el menor, dejó de mostrarle devoción filial. Serguéi entendía mejor que Max Eastman hasta qué punto la élite del Kremlin se cuidaba de sí misma materialmente. Educado en las ideas de la igualdad socialista, se las tomó muy en serio. Desdeñaba todos los privilegios. No quería saltarse la cola para ir al médico. Tampoco aprovechaba la oportunidad de vestir ropa nueva: cuando el sóviet de Moscú envió una flamante chaqueta para él, anunció que seguiría poniéndose la vieja, con parches en los codos[17]. Reprendía a Trotsky y Natalia por su estilo de vida «burgués» y despreciaba sus gustos culturales. En una ocasión les riñó porque estaban escuchando una emisión de radio de la ópera de Chaikovski *Eugène Onegin*[18]. Según la opinión de Serguéi, los clásicos musicales rusos eran decadentes e inaceptables. A los dieciséis años se decidió y se fue de casa: ya había tenido bastante[19].

Sus padres le decían a la gente que Serguéi rechazaba la vida con la *nomenklatura* soviética y que tenía aversión por la política[20]. Trotsky, Natalia y Liev, el hermano mayor, eran militantes revolucionarios, mientras que Serguéi buscaba algo diferente en la vida. Después de un tiempo volvía a casa una vez por semana, y Trotsky y Natalia lo recibían con cariño. (Intentaron darle dinero para que se desplazara por la ciudad, pero Serguéi permaneció fiel a su independencia). «No hemos protestado —decía Trotsky—, pero es demasiado pronto… Es demasiado joven.»[21] Y entonces Serguéi hizo algo extraordinario. Después de mostrarse fascinado con los ejercicios gimnásticos, firmó un contrato para salir de gira con un circo. Fue de un lado para otro hasta que conoció a la bibliotecaria Olga Greber y se enamoró. Ella le insistió en que tenía que completar su formación[22]. Serguéi volvió a establecer un contacto intermitente con sus padres y se radicó con Olga en Moscú para formarse como ingeniero. Su simpatía le deparaba mucha popularidad y abundantes amistades, y

finalmente persuadió a sus padres de que el camino que había escogido en la vida era el que más le convenía[23].

Trotsky quizá viera algo de sí mismo en Serguéi. Él también había renunciado a las ambiciones materiales que había marcado para él un padre dominante. Como David Bronstein, Trotsky tuvo el tino de dejar que su hijo encontrara su propio camino. Natalia valoraba su propia relación con Serguéi: posteriormente confesaría que tenía una ligera preferencia por él sobre Liev[24]. Sin embargo, nunca pudo aceptar plenamente su rechazo ante el compromiso revolucionario. Como le era muy propio, Natalia optó por una explicación social y política. En su opinión, a Serguéi le había influenciado negativamente el ambiente que se respiraba con la NEP cuando el afán revolucionario fue disipándose[25]. Trotsky y Natalia eran hijos de su época, y en la década de 1920, pensaba ella, las cosas cambiaron a peor. Ni ella ni su marido podían creer entonces que la élite del partido bolchevique había experimentado una irreversible degeneración. Todavía suponían que el código de compromiso entre camaradas seguía vigente. Trotsky no había tomado conciencia de la medida de sus enemigos. Creía que eran obcecados, estúpidos o simplemente inferiores a él. Pero les otorgaba el beneficio de la duda por su honor revolucionario. Incluso se contuvo de criticar a Stalin como depravado moral hasta que se vio en el exilio en 1928.

Solamente en ocasiones percibieron indicios de los horrores de los años que seguirían. Un peligroso accidente ocurrió a finales del verano de 1924, cuando los Trotsky estaban de vacaciones en Kislovodsk. Habían salido para un día de caza con el gigantesco Nikolái Muralov y el guardia personal de Trotsky. Habían viajado en tren en un vagón descubierto. De vuelta a casa el vagón había descarrilado al llegar a la estación y los pasajeros salieron despedidos. Escaparon con tan sólo unos rasguños. Cuando pidieron explicaciones se les dieron excusas poco convincentes[26]. Ya en 1927, el 7 de noviembre, dispararon un tiro a la limusina de Trotsky cuando llegaba a una manifestación de la Oposición Unida. No hubo pruebas de la complicidad de Stalin, pero Natalia llegó a la conclusión de que se trataba de un intento de asesinato aprobado oficialmente[27]. Kámenev advirtió a Trotsky en 1926 sobre el peligro que lo rodeaba. El asesinato era una posibilidad definitiva. Después de formar la Oposición Unida, él y Zinoviev formalizaron documentos secretos en los que se culpaba a Stalin en caso de que murieran «accidentalmente». Zinoviev le preguntó a Trotsky directamente:

«¿Crees que Stalin no ha hablado ya de la cuestión de tu eliminación física?»[28] Stalin, según Kámenev había dicho una vez: «El mayor placer es el de marcar a uno de tus enemigos, hacer tus propios preparativos, llevar a cabo la venganza tal como la habías pensado y luego irte a la cama.»[29]

Incluso cuando le causaba tantos problemas a la dirección en ascenso, a Trotsky se lo trataba como miembro de la élite del partido. En la primavera de 1926, con permiso oficial, hizo un viaje a Berlín para recibir un tratamiento médico. Él y Natalia asistieron el Primero de Mayo a una manifestación del partido comunista en la Alexanderplatz berlinesa. Estaban allí de incógnito, y al ver las banderas, el entusiasmo y el gran número de comunistas alemanes se quedaron impresionados[30]. Hubieran estado todavía más complacidos si la Komintern no hubiera desviado, en su opinión, a los comunistas alemanes del camino del verdadero marxismo.

11

Lo que Trotsky quería

Lo que caracteriza a los políticos sean de donde sean es que reivindican la consistencia de sus intenciones. Trotsky no era diferente en esto, por mucho que se calificara de revolucionario antes que de político. En su autobiografía de 1930 se iba a presentar como un crítico constante de las medidas oficiales básicas introducidas en la década de 1920. Le gustaba dar la impresión de que siempre había luchado contra la economía de mercado.

Exponerlo así era como poco engañoso. Trotsky abogó por la modificación o anulación de algunas características del plan económico, pero nunca pidió que se abandonara la NEP. Aceptaba que la economía soviética requería de un sector privado para el futuro inmediato[1]. Lo que proponía era su propia variante de la NEP, y muchos adherentes a la Oposición aceptaron sus ideas básicas. En las disputas fraccionales de la década de 1920 se trataba de definir el esquema de la política establecida, no de destruirlo. Por lo menos ésa era la polémica en aquel momento. Trotsky avisaba, eso sí, de que por el hecho de apoyar a la sección «próspera» del campesinado el Politburó aumentaba el riesgo procedente de los kulaks. También decía que las estadísticas oficiales subestimaban la ascensión de esos mismos kulaks[2]. Pero de ahí a pedir la inmediata y total colectivización de la producción hay un largo trecho. Trotsky instaba al fomento estatal de cooperativas agrícolas. Según él, esto capacitaría al campesinado para escapar de las garras de los kulaks locales. Al mismo tiempo argumentaba a favor del aumento de impuestos para las propiedades de los kulaks, y no aprobaba que se los aceptara en las cooperativas a menos que se evitara que pudieran explotar a sus vecinos menos adinerados[3]. Mantenía también que el aislamiento de los kulaks de cada aldea ayudaría a fomentar la adscripción a cooperativas de los agricultores medianos[4]. No se hacía ilusiones en cuanto a los compromisos de producción en ese sector. De hecho, las cooperativas solamente podrían triunfar cuando la producción fabril de la URSS facilitara «la industrialización gradual de la agricultura»[5].

Estos comentarios eran sumamente claros en los debates del Politburó o del Comité Central. Pero, fuera de las turbulencias de la discusión cara a cara, Trotsky normalmente se refugiaba en las generalidades vagas. Su voluntad de ofrecer al público un amplio folleto informativo sobre economía se limitó a un solo trabajo. Publicado en 1925 y reimpreso al año siguiente, *¿Hacia el socialismo o hacia el capitalismo?*, era una argumentación a favor de la inversión acelerada de capital en la industria, de un plan económico estatal central y de las granjas colectivas en el campo. Evitaba hablar de los posibles problemas. No ofrecía ningún programa posible. El énfasis recaía en la necesidad que tenía el partido de escoger entre los caminos del socialismo o del capitalismo para avanzar hacia el futuro[6].

Trotsky siempre defendía que para introducir un sistema de granjas colectivas había que dirigirlo desde una base voluntaria. Se mantenía lejos del discurso provocativo de Preobrajenski, según el cual había que hacer pagar al campesinado en bloque el precio del crecimiento industrial[7]. De hecho, evitó participar en la totalidad de este tema a pesar de que estuviera en el núcleo de las discusiones del partido sobre la NEP. Pero de todos modos no podía ocultar su preocupación por la agricultura en las discusiones que surgían en el seno de la cúpula: así, había criticado a Kalinin en el Politburó por hablar en nombre de los intereses de los granjeros[8]. Lo que él deseaba era que el régimen fiscal empujara a los campesinos a abandonar las granjas de explotación familiar. Así lo hizo evidente también en otra conversación mantenida en el seno de la cúpula:

> Ríkov: Cada campesino pregunta si en caso de no unirse a la granja colectiva tendrá que pagar un impuesto y soportar todo tipo de cargas si no desea hacerlo. En mi opinión será un sistema coercitivo.
>
> Kalinin: Económicamente coercitivo.
>
> Trotsky: No coercitivo, sino estimulante[9].

La réplica de Trotsky era resbaladiza, y revelaba su impaciencia así como su poca disposición a ser específico en sus ideas sobre futuras contingencias. Únicamente quería que la colectivización se diera con anterioridad a los cálculos de la mayoría del Politburó. Aun así, no especificaba su programa, sino que se limitaba a anunciar objetivos económicos y sociales generales.

Las limitaciones del discurso de Trotsky se hacían patentes también en su

demanda de una industrialización soviética acelerada. Ponía cuidado al escoger sus palabras y se ceñía a formulaciones vagas. Instaba a incrementar la inversión en planificación industrial y razonaba que eso iba a beneficiar a la economía en su conjunto. «Para un Estado socialista pobre en capital los métodos más seguros para fomentar la agricultura residen en la máxima inversión en la industria.»[10] No ofrecía grandes críticas de los «hombres NEP», ni de los propietarios de pequeños talleres. La pasión de sus argumentos la reservaba para defender un plan económico general. Argumentaba que la Gosplan tenía que dirigir la inversión, el producto y la distribución del sector manufacturero y minero que poseía el gobierno. En ningún caso llamaba a la desprivatización. Según sus estimaciones, las dificultades para promover el crecimiento industrial iban a ser escasas. El entusiasmo popular iba a ser desbordante. Daba por sentado que la clase obrera agradecería las ventajas de mayores salarios y del empleo garantizado. Si pensaba que esto estaba en desacuerdo con la NEP, no se lo dijo a nadie.

Sus críticas marcaban diferencias con el Politburó en las medidas prácticas a aplicar, pero no en los principios estratégicos (aunque luego, cuando detalló las luchas políticas tras la muerte de Lenin, se esforzara en maquillarlo). Al estudiar las estadísticas económicas oficiales de 1926, notó que ciertos sectores de la economía habían obtenido mejores resultados que las previsiones fijadas como objetivos el año anterior. La metalurgia y el transporte habían alcanzado un nivel que en principio se preveía para 1931. Y, sin embargo, la URSS se enfrentaba a una «hambruna» de productos industriales disponibles para comerciar con el campesinado. Trotsky llamó a esto una «desproporción básica» entre oferta y demanda. El Politburó, afirmaba, era culpable de mala administración. Se hacía necesaria una intensificación más rápida de la inversión y de la producción en las fábricas de propiedad estatal. Los campesinos se beneficiarían de su mayor capacidad para comprar bienes urbanos. El período de recuperación de la posguerra estaba llegando a su fin y tenía que implementarse un plan quinquenal para el desarrollo económico. En todo caso afirmaba que cualquier plan necesitaría una corrección anual a la luz de las condiciones cambiantes. Ofrecía sus ideas no sobre un esquema definido, sino sobre una base general para la perspectiva política del partido[11].

Trotsky consideraba un axioma que la Rusia soviética tenía que interactuar con la economía mundial a fin de alcanzar la competitividad industrial. Al tomar

el poder en octubre de 1917, los bolcheviques habían esperado lograr la recuperación comerciando con una Alemania que también habría experimentado su propia revolución comunista. Como esto no ocurrió, Lenin convenció al Sovnarkom para que buscara lazos comerciales fuertes con la Alemania de Guillermo II. Trotsky coincidía con este planteamiento. Él y Lenin se habían enfrentado a raíz de la política con los sindicatos y los planes estatales económicos en 1921-1922, pero esto no debía oscurecer su acuerdo activo de que la economía de la posguerra soviética tenía que atraer las inversiones y la tecnología de empresarios extranjeros. Ambos coincidían en la necesidad imperativa de las concesiones[12].

Otro punto de acuerdo se refería a la hostilidad hacia el crecimiento de lo que ellos llamaban «burocratismo». La ineficiencia administrativa y la pereza y falta de cooperación de los administradores eran sus «bestias negras», y Lenin y Trotsky criticaron la actividad de la Inspección de los Obreros y Campesinos, la Rabkrin. Tenían sus motivos. La Rabkrin era un caos institucional que agravaba los problemas que en principio hubiera debido solucionar. En realidad la vida interna del partido se hacía más y más burocrática en muchos sentidos, y Trotsky tenía derecho a vincular su propia llamada a la «democratización» con los últimos escritos de Lenin. El partido, por otra parte, se había convertido en una organización muy autoritaria. Lenin y Trotsky diagnosticaban enfermedades del sistema comunista sin disponer de ninguna terapia capaz de funcionar. Era un Estado que no podía depender de la lealtad política o de la conciencia profesional de sus propios oficiales. Le faltaban mecanismos de control como la competencia entre partidos, la independencia del poder judicial, una prensa crítica y un electorado que pudiera expulsar a los ineptos. La URSS no podía sobrevivir sin agencias supervisoras: llevaba el «burocratismo» escrito en su estructura genética.

Trotsky no prestaba atención a otros defectos del sistema del Estado soviético. Ignoraba fenómenos como el clientelismo en el partido y en el gobierno. Tampoco hacía alusión al localismo. No tenía nada que decir de la corrupción y el fraude. Evitaba mencionar el ambiente de desconfianza y apatía que engendraban la dictadura, el terror y el nihilismo legal. Trotsky nunca intentó establecer una frontera seria entre el centralismo deseable y la indeseable autoridad centralista. Rechazaba que la moralidad fuera un tema apropiado para debatir. Aceptaba y proponía la variante bolchevique del marxismo como una

verdad incontestable. Creía que sus políticas eran correctas. No consideraba la posibilidad de que él pudiera equivocarse, ni que existieran formas distintas de valorar la organización de la sociedad. Trotsky era abiertamente un bolchevique.

Es cierto que proponía una mayor libertad en las discusiones del partido. También pedía la restauración del principio electivo para puestos del partido y apremiaba a que los trabajadores —el «proletariado»— fueran invitados a expresar su opinión en los debates políticos. Pero estas ideas no apuntan a nada parecido a un comunismo estable «de rostro humano». Seguía estando orgulloso de la dictadura soviética, y defendía con pasión su intolerancia ideológica y la represión extrajudicial. Aunque rompiera las reglas del partido con su fomento del fraccionalismo, nunca sugirió que la política tuviera que dejar de ser la actividad privilegiada de un partido único. Insistió en este aspecto en el Politburó en junio de 1926: «Camarada Dzerzhinski, como usted ya sabe no me asusta el terror, pero podemos dirigir el terror solamente como un partido.»[13] A esto siguió un vivaz intercambio:

> Dzerzhinski: Trotsky dice que un miembro del partido tiene miedo de decirle la verdad a otro. Entonces, díganos: ¿Quién no está hablando con quién? El *aparatchiki* tiene miedo de Trotsky, y aparte del *aparatchiki* le diré quién más tiene miedo de hablar. Yo a veces tengo miedo de hablar. ¿Y sabe por qué? Porque le tengo miedo a usted.
> Trotsky: Bien, yo no le tengo miedo a usted, camarada Dzerzhinski.
> Dzerzhinski: Entiendo. A este respecto es usted una persona sin miedo y sin mácula. Usted es una persona osada y valiente, mientras que yo le tengo miedo a usted en nombre del partido[14].

Sus enemigos tenían razón cuando acusaban a Trotsky de explotar todos y cada uno de los fracasos del partido para sus propósitos personales[15].

Afirmaba que se hacía necesaria una democratización y la «autoocupación proletaria»[16]. Si la guerra civil fue el sumidero que se tragó sus ideas utópicas sobre la clase obrera, la adversidad política a mediados de la década de 1920 le indujo a reinyectarlas para lubricar su optimismo estratégico. Pero al mismo tiempo declaraba que uno no podía tener razón contra el partido. Su pensamiento era una mezcolanza confusa y confundidora.

Las consideraciones pragmáticas ejercían una presión constante sobre él.

Nadie podía escalar hasta la autoridad suprema en la URSS sin declarar su sumisión al sistema estatal existente. Sin embargo, no hay nada en las notas privadas de Trotsky que nos indique que actuara sin más, sin calcular las consecuencias. Creía de verdad, y así fue hasta el final de su vida, que lo que habían conseguido los bolcheviques en los cinco años posteriores a la Revolución de Octubre era un modelo de logro comunista. Quería que fuera algo a conservar, a imitar y a desarrollar. Sus críticas a la dirección en ascenso del partido no tenían el propósito de minar la base del sistema soviético, y ésa fue la impresión que produjo. Trotsky sentía una profunda nostalgia por el período revolucionario inicial. Las disputas entre los líderes del partido durante la NEP fueron una contienda entre compañeros de armas. Trotsky no reconocía ninguna otra variante del socialismo que no fuera el bolchevismo. Despreciaba y detestaba a los socialistas-revolucionarios y a los mencheviques como enemigos del progreso humano. No puso objeciones a los juicios espectáculo de los socialistas-revolucionarios en 1922. Tampoco invocó la libertad de los mencheviques presos en la isla de Solovki. No se alteró por la brutal represión del levantamiento nacional georgiano en 1924.

Trotsky no era ajeno a las preocupaciones de los pueblos no rusos. Con insistencia defendía que las escuelas, la prensa y la creación cultural tenían que utilizar la lengua local. Deseaba que el partido reclutara a muchachos y muchachas de los diversos pueblos para que sirvieran a la causa revolucionaria. En 1922-1923 sus simpatías estuvieron con Lenin y contra Stalin en la disputa sobre Georgia. Básicamente era partidario de la política de «nacionalización». No era éste el nombre oficial para las medidas del gobierno, pero sí su esencia: implicaba el acuerdo de que los pueblos tenían que estar organizados según el principio nacional. En 1927 llamó a un plan de quince años sobre la cuestión nacional. Trotsky planteaba que en Ucrania tenía que darse una «ucranización». Los ucranianos tenían ser que promocionados a los puestos de mando. El idioma ucraniano tenía que extenderse por las escuelas y en los libros y periódicos. Su única reserva —y era una objeción común en el partido durante la década de 1920— fue que los bolcheviques tenían que llevar a cabo «una guerra sin piedad contra los kulaks».

Los granjeros acomodados y que trabajaban por su cuenta eran una especie más frecuente en Ucrania que en los demás lugares de la Unión Soviética. Trotsky suponía que de algún modo cualquier dilema iba a ser solucionable. Siempre era más sólido en fijar objetivos que en desarrollar políticas coherentes.

El mismo síndrome era evidente en sus propuestas para adoptar medidas sobre religión. Lenin había iniciado una drástica represión contra la Iglesia ortodoxa rusa en 1922 que incluía juicios espectáculo y ejecuciones de obispos, así como la confiscación de edificios religiosos y de sus tesoros. Tenía planeado golpear a la Iglesia ortodoxa del país para las generaciones venideras. Trotsky, que no ponía objeciones a esta campaña, trataba de poner el énfasis en la política a largo plazo. Instaba a fomentar un movimiento eclesial reformista. Ya existía uno bajo la forma de los renovacionistas, y Trotsky quería utilizarlos como un medio disruptivo contra la advocación cristiana mayoritaria en el país. En su opinión la infiltración policial tenía que seguir siendo un arma en el arsenal del Estado soviético, pero la religión no podía extirparse únicamente mediante la represión. Como otros en la cúpula de la década de 1920, estaba convencido de que éste iba a ser un proceso prolongado.

Incluso en política exterior Trotsky estaba menos distanciado de sus colegas del Politburó de lo que pretendería a mediados de la década de 1920 o con posterioridad. Aducía que habían abandonado el tradicional compromiso con la revolución mundial. Y también los acusaba de torpeza. Escogió dos episodios para ilustrar sus quejas: el Politburó, decía, había metido la pata con sus órdenes al Partido Comunista de Gran Bretaña en la huelga general de 1926 y había sobreestimado la fuerza del Partido Comunista Chino en Shangai, en 1927, al llamar a la insurrección.

Ese tipo de torpezas no eran patrimonio exclusivo de Stalin y Bujarin. En 1923 Trotsky había apoyado la política de insurrección en Alemania hasta el final, y solamente Stalin había planteado alguna objeción inteligente[17]. El fiasco que se produjo era tanto responsabilidad suya como de cualquier otro, y por esta razón cada vez quería comentar menos ese episodio. En cualquier caso repetía la tonadilla de que se habían dado opciones realistas para que la sublevación tuviera éxito[18]. De modo semejante seguía dando por supuesto que las fuerzas armadas soviéticas tendrían que desplegarse probablemente si la revolución estallaba en Europa, y que a continuación se produciría una guerra continental[19]. A pesar de que le gustaba hablar sin tapujos de la política contemporánea, en aquel momento no dio ninguna indicación sobre esos cálculos geopolíticos. Esperaba que se produjera un baño de sangre, y pensaba que era un precio que valía la pena pagar para conseguir el logro de una revolución comunista en Alemania. Pero también entendía que sería poco

político exponer su pensamiento incluso al resto de la izquierda bolchevique. Así que su casi total silencio sobre el fiasco de Alemania en 1923 permitió que concentrara el ruido sobre el Reino Unido y China en 1926-1927, cuando difícilmente podía influir en el curso de la política exterior soviética.

No parece que existan dudas razonables: efectivamente, Stalin y Bujarin cometieron una torpeza al enviar instrucciones a través de la Komintern al Partido Comunista Chino para que organizara una insurrección contra Chiang Kai-shek y el Kuomintang en abril de 1927. Fue precisamente la excusa que Chiang necesitaba para llevar a cabo una sangrienta represión de los comunistas en Shangai y en otros lugares. Trotsky se mostraba muy sarcástico a expensas de los líderes del Politburó. Y, sin embargo, su posición crítica no estaba falta de debilidad. Las órdenes dadas por Moscú para favorecer una insurrección contradecían lo que afirmaba la Oposición acerca del abandono por parte de Stalin y Bujarin del apoyo a la revolución mundial. Por otra parte, Stalin y Bujarin no fueron los únicos que sobreestimaron el potencial inmediato de China para la revolución comunista. Trotsky también había interpretado mal la situación. Lejos de enfocar su estrategia revolucionaria en Europa y Norteamérica, generalmente estaba a favor de promover revoluciones en Asia. Cuando en 1928 debatió en privado sobre China con Evgeni Preobrajenski, su aliado en la Oposición, subrayó su creencia de que el Partido Comunista Chino podría haber llevado a cabo una toma del poder[20]. Anteriormente, a mediados de la década de 1920, había evitado exponer públicamente su pensamiento, y los comentarios que realizaría con posterioridad serían el fruto de su deseo de arremeter contra Stalin y Bujarin. En definitiva, su versión de la controversia era selectiva.

La cuestión china, en todos sus detalles, había suscitado un amplio consenso entre los líderes bolcheviques, fueran cuales fuesen sus filiaciones fraccionales. A pesar de lo que Trotsky escribiría más tarde, la política exterior del Politburó no fue antirrevolucionaria. La disensión en la cúpula giraba alrededor de cuestiones que no concernían a principios ni a estrategias básicas, sino a opiniones prácticas del momento. Por otra parte, Trotsky olvidaba su disposición a correr riesgos en la búsqueda del santo grial de la «revolución socialista europea». Como en 1923 no había conseguido cubrirse de gloria, ensuciaba la reputación de los otros líderes del partido.

Lo mismo ocurría con la política interior de la URSS. Trotsky no era el padre

de la NEP, pero sí uno de sus tíos. Y en lugar de complacerse en la criatura actuaba como un padrastro que quería repudiarlo. Nunca la elogió. Actuaba como si creyera que si algo no estaba perfectamente bien, tenía que estar completamente mal. También parecía pensar que era más veraz y persuasivo porque era más pendenciero. Como siempre estaba en minoría en el Politburó y en el Comité Central, no se lo podía responsabilizar de la política oficial. Él podía hacer una propuesta tras otra sin ponerlas en práctica. Podía exagerar sus puntos de vista. Podía mostrar desdén por el pensamiento confuso de sus principales rivales. Podía trazar una mordaz distinción entre lo que estaba haciendo la dirección en ascenso del partido y lo que él habría hecho en su lugar. Sin embargo, la distancia entre el Politburó y la Oposición nunca fue tan grande como él pretendía. Trotsky hizo un buen trabajo al convencer a la gente de lo contrario, e incluso hoy en día su versión sobre la situación interna del partido en la década de 1920 es la que sigue prevaleciendo: pocos son los observadores que se hayan molestado en desafiar a Trotsky como memorialista o historiador.

Esto no quiere decir que Trotsky no creyera firmemente en las políticas por las que abogaba públicamente. Ni siquiera sus peores enemigos pensaban de él que era un hipócrita redomado. Aunque quizás embaucara a un montón de gente, eso no ocurrió hasta después de embaucarse a sí mismo. Sentía una necesidad interna de conservar su moral, y esto dependía de su capacidad para autoconvencerse de que existía un abismo entre sus ideas y la política del Politburó. Éste era un problema muy viejo para él. Se había obsesionado con unas cuantas ideas clave. Le otorgaba el beneficio de la duda a Bujarin sobre su sinceridad, pero lo rechazaba por estar equivocado, y afirmaba que las políticas de Bujarin iban a hacer retroceder el país al capitalismo. Con Stalin era incluso menos amable, pues de él pensaba que solamente tenía sed de poder.

Trotsky estaba lejos de demostrar que sus ideas pudieran resolver los problemas esenciales del sistema estatal soviético. Pasaba gran parte de su tiempo discutiendo, y algo menos pensando. El estilo prevalecía por encima del contenido. Se complacía en discutir: le gustaba esa subida de adrenalina que sentía siempre que entraba en combate con quienes le criticaban. Esto implicaba una falta de seriedad definitiva como intelectual. Como un abogado que llevaba sus argumentos más allá de los límites de la lógica, sólo pensaba sobre lo que se decía en el tribunal. Rechazaba observar un sentido de la proporción. No respetaba a sus oponentes, sino que se burlaba de ellos, los humillaba. Según su argumento central, la Revolución de Octubre no se habría echado a perder si su

liderazgo se hubiera respetado, si las políticas que él propugnaba no hubieran sido derrotadas por los enemigos internos del partido. Sus panfletos encontraban una gran aceptación entre sus seguidores. Pero la mayor parte de ellos eran militantes predispuestos a creer lo que él dijera. Lo que más sorprende es la cantidad de gente que no tenía ninguna simpatía por el comunismo y que, sin embargo, aceptaba la idea de que en la URSS no se hubiera dado un despotismo totalitario si Trotsky la hubiera dirigido. La persistencia de su atractivo tiene muchas explicaciones. Lo arrojaron de la cúspide del poder antes de que sus ideas posteriores pudieran probarse en la práctica. Como escritor y orador era brillante. Se ganó simpatías por sus dificultades personales después de que lo deportaran en 1929. Y su muerte fue la de un mártir.

Él siempre quería que lo consideraran un idealista revolucionario. Nunca tuvo que enfrentarse a la debilidad de sus argumentos. El Politburó amplió la estructura de la NEP al máximo, y esto llevó a la emergencia de 1927-1928. Las políticas de Trotsky, si se hubieran puesto en práctica, hubieran presionado el armazón de la NEP hasta su destrucción todavía más temprana. Sus silencios y sus rodeos verbales de mediados de la década de 1920 no fueron accidentales. Tenía más práctica en las artes de la maniobra política, al menos en este sentido, de lo que sus seguidores entendían o querían entender.

Las alternativas que Trotsky proponía tenían muchos puntos en común con las políticas adoptadas por Stalin a partir de 1928. Él llamaba a una planificación económica estatal y no ofrecía nada que fuera sustancialmente diferente a las prácticas soviéticas, excepto la promesa de que haría las cosas de un modo menos violento y más democrático. Estos sentimientos no sufrían la carga de ninguna especificidad práctica. Trotsky no decía nada de lo que iba a hacer si las cosas no cambiaban tan pronto como esperaba. En su pensamiento lo que contaba era el alcance del éxito al primer intento, sin la necesidad de prever otros resultados. En cualquier caso, no ofrecía indicaciones sobre qué hacer con los kulaks, los sacerdotes, los exmencheviques y los millones de «gente antigua» (como se llamaba oficial y sorprendentemente a aquellos que por la Constitución de 1918 se habían visto privados de sus derechos civiles). Es cierto que sugirió que él habría adoptado un paso más tranquilo y reposado que el emprendido por Stalin hacia la colectivización de la agricultura. Pero Trotsky nunca dijo qué hubiera hecho si los campesinos en masa se hubieran negado a colaborar. También prometía democratizar el partido, pero no explicaba cómo habría reaccionado si otros se hubieran implicado en la misma deriva fraccionalista que

él había impulsado en la década de 1920. Quería dedicarse a diseñar una revolución global pero no ofrecía ningún análisis de hasta qué punto quería arriesgar la existencia del Estado soviético. ¿Jugaría con la supervivencia de la Revolución de Octubre? Ofrecía unos opúsculos para la exploración revolucionaria, pero sin garantías de que no fuera a conducir el barco de la URSS hasta más allá del fin del mundo.

12

Últimos días en Moscú

El año 1927 marcó el décimo aniversario de la Revolución de Octubre. Éste fue un período decisivo en la lucha entre el Politburó y la Oposición Unida. Trotsky estaba eufórico. Fuera de toda duda, el Politburó había probado su incompetencia, a sus ojos, puesto que la política de la Komintern en el Reino Unido y en China había quedado hecha trizas, y Stalin y Bujarin, titubeantes, trataban de buscar excusas. La supervisión económica del Kremlin no merecía una opinión mucho más favorable. El suministro de alimentos experimentaba un descenso inquietante y escaseaban los productos industriales. El fracaso del Politburó estaba a la vista de todos. La Oposición Unida transmitía su mensaje al partido a pesar de las restricciones impuestas a su actividad, y se ofrecía como una dirección alternativa más genuina en su compromiso con los ideales de la Revolución de Octubre y más adecuada a las tareas de la dirección política. Ciertamente, se pensaba, la combinación de Trotsky, Zinoviev y Kámenev iba a derrocar la breve supremacía de Stalin y Bujarin.

El Politburó lanzó una contraofensiva en el pleno del Comité Central y de la Comisión de Control Central en julio y agosto de 1927. Trotsky era el principal objetivo de Stalin. «¿Durante cuántos años —preguntaba— el camarada Trotsky estuvo deambulando por entre los mencheviques?»[1] Molótov le recordaba a todo el mundo que Trotsky había criticado las políticas de Lenin durante la Gran Guerra[2]. También acusaron a Trotsky de haber matado a miembros del partido durante la guerra civil[3], y según la acusación general era un antileninista incorregible rodeado de «compañeros de viaje» que subvertían la política del partido[4]. Trotsky y Zinoviev respondieron con un asalto a los registros de Stalin. Sacaron a colación su blandura ante el gobierno provisional en marzo de 1917. También su apoyo a la Oposición Militar en 1918-1919 suscitó comentarios, al igual que sus poco lucidos movimientos recientes en política exterior[5]. Los intercambios de palabras eran injuriosos, y Stalin y Trotsky se interrumpían continuamente. Trotsky negaba que hubiese tenido serios

desacuerdos con Lenin en la Gran Guerra[6]. Recordó que el Politburó, bajo la presidencia de Lenin, le había pedido que hiciera el borrador de muchas resoluciones tempranas de la Internacional Comunista[7]. En cuanto a la ejecución de comunistas, declaró que aquellos hombres habían sido fusilados como cobardes antes que como miembros del partido[8]. También sacó a relucir la declaración jurada que Lenin le había facilitado tras la controversia de Panteleev[9].

Trotsky tuvo que encargarse todo el tiempo de cuidar de su vida pasada. En el Comité Central y en el Politburó tuvo la oportunidad de decir lo que quería, y él exageró y seleccionó sus argumentos con el propósito de reforzar su defensa. Sergó Ordjonikidze presidía el pleno. Cuando Trotsky puso objeciones a las tácticas provocadoras utilizadas por sus oponentes, Ordjonikidze, que no era un hombre de temperamento contenido, señaló que el mismo Trotsky había sido ofensivo al referirse a ellos como «termidorianos[10]». Ordjonikidze llevaba razón. «Termidor» era el nombre revolucionario del mes de 1794 en que la Convención gobernante había atacado a sus miembros radicales y a sus partidarios en la Revolución francesa. Los marxistas creían que había sido entonces cuando la burguesía había triunfado sobre las clases más bajas por medio de una campaña de represión salvaje que se había iniciado con la ejecución en la guillotina de Maximilien Robespierre. Lo que Trotsky sugería era que una contrarrevolución semejante estaba teniendo lugar en la URSS, y Ordjonikidze y Bujarin entablaron una batalla de insultos con él[11]. La aspereza de la polémica en el partido superó incluso a las disputas alrededor de la cuestión de Brest-Litovsk. Los dos bandos quemaron el último puente que se mantenía en pie entre ellos. Solamente un milagro podría volver a reunirlos.

La incesante preocupación por los anales del partido tenía una base racional. Stalin necesitaba acabar con las credenciales de Trotsky como gran compañero de Lenin si quería saldar cuentas políticas con él. Esto requería que mostrara sus propias credenciales para el liderazgo revolucionario. Tenía que mostrarse desafiante ante Trotsky y triunfante sobre él. Su oponente era un polemista brillante, de modo que Stalin utilizó los métodos de argumentación más rudos para derrotarlo, e hizo de su propia crudeza una virtud. También fue muy hábil a la hora de escoger pequeños datos del pasado que pudieran tergiversarse para lanzarlos sobre él. Su desfachatez no tenía límites. La conclusión de las discusiones era previsible, puesto que los partidarios de la Oposición Unida

constituían una pequeña minoría. Al final del pleno a nadie le cabía duda de quién dirigía el Politburó. En ocasiones anteriores se había hablado del duunvirato Stalin-Bujarin, pero las contribuciones de este último al pleno habían sido de poco peso, y Stalin era con mucho el principal acusador. Trotsky enseguida se dio cuenta, y comenzó a hablar de la «fracción estalinista»[12]. Declaró lo siguiente: «La Oposición piensa que el liderazgo de Stalin está haciendo que la victoria [de la Revolución] sea más difícil», y luego añadió: «Recapitulo: ¿somos partidarios de la patria socialista? Sí. ¿Y de la deriva estalinista? No. Queremos que el partido tenga abierta la oportunidad de salvarse de la deriva estalinista mediante la corrección de estos errores terribles que han llevado a grandes derrotas.»[13] Una voz de entre la asamblea gritó: «¡A ti es a quien hay que corregir!»[14]

Trotsky acuñó el término «centrismo estalinista» en el curso de la reunión[15]. No se trataba solamente de un intento de análisis, sino de un insulto calculado, puesto que a ningún bolchevique le gustaba que se le considerara ocupante de ningún término medio. Trotsky estaba luchando por su vida política. Por esta razón se abstuvo de aventurarse en una de sus vigorosas intervenciones cuando el pleno discutía las «cifras de control» a insertar en el plan económico estatal[16]. A pesar de que la planificación estatal era uno de sus temas favoritos, se ciñó al núcleo de los desacuerdos entre el Politburó y la Oposición Unida. Los ánimos se encresparon. Ordjonikidze como presidente de la Comisión de Control Central leyó una lista de infracciones de la disciplina de partido cometidas por Trotsky y Zinoviev, y rechazó las quejas de Trotsky sobre la injusticia que se estaba cometiendo[17]. Se reprendió a la Oposición Unida por su actividad fraccional. Se llamó a Trotsky, Kámenev y Zinoviev a la obediencia en la línea oficial del partido si no querían enfrentarse a medidas disciplinarias.

A pesar de identificar a Stalin como la figura dominante en la conducción del partido, Trotsky sentía que las ideas de Bujarin eran en realidad la mayor amenaza para los bolcheviques y su revolución. Si Stalin era un «centrista», Bujarin era entonces el líder del ala derecha del bolchevismo, y Trotsky subrayaba que el peligro fundamental venía de esta dirección. Pero sus contradicciones no se acababan aquí. Como conocía a Bujarin a un nivel personal, recurrió en privado a su decencia para que le ayudara a eliminar el uso de métodos sucios contra la Oposición Unida. Trotsky observaba un trasfondo antisemita en las políticas locales del partido. Apuntaba también a las sanciones

disciplinarias que se aplicaban a los trabajadores que expresaban su simpatía por la Oposición. Trotsky anhelaba una lucha limpia. No podía creer que Bujarin aprobara las maquinaciones de Stalin. Evitaba dictar sus cartas a un taquimecanógrafo, pues esperaba que el asunto pudiera resolverse sin que nadie de fuera de la cúpula central se enterara[18]. Pero Bujarin rehusó ayudarle. La bilis de Stalin explotó en el Politburó el 8 de septiembre, cuando le gritó a Trotsky: «Eres un individuo patético que carece de cualquier sentido de la verdad, por elemental que sea; eres un cobarde y un fracasado, un granuja y un maleante que se ha permitido hacer afirmaciones que no corresponden en absoluto con la realidad. Ésta es mi respuesta»[19].

Stalin le pagaba con la misma moneda. En una sesión del Politburó un año antes, Trotsky había proclamado que Stalin «había presentado por fin su candidatura para el papel de cavador de las tumbas del partido y de la revolución». En esa ocasión Stalin había salido de la estancia furioso. Alexéi Ríkov y Jan Rudsutak persuadieron al Politburó para que expidiera una reprensión formal a Trotsky. Piatakov estaba presente en la reunión y entendió que Trotsky había traspasado los límites razonables. Tembloroso, sudando, exclamó: «¡Nunca te perdonará esto, ni a ti ni a tus hijos, ni siquiera a tus nietos!». Incluso la complaciente Natalia pensó que su marido necesitaba recibir un aviso como ése[20].

Como perdía constantemente las votaciones en el Politburó y en el Comité Central, Trotsky exigió que todo el partido se pusiera al corriente del testamento de Lenin y acusó a Stalin de esconderlo[21]. Habían pasado cuatro años antes de que él hiciera acopio de valor para formular esta petición. Veía en esto una oportunidad de probar que Lenin no consideraba a Stalin como un líder potencial del partido. En realidad, el estilo de conducción que practicaban Trotsky, Kámenev y Zinoviev no complacía a todos en la Oposición Unida. Ioffe escribió a Trotsky el 27 de agosto de 1927:

> ¿No será que la Oposición empieza a sostener un régimen igual al establecido por la mayoría del Comité Central para todo el partido y contra el que nosotros (la Oposición) estamos luchando con tanto ahínco? El escalafón superior del aparato decide y el resto simplemente acata las decisiones. ¿Es tolerable que los trece miembros oposicionistas del Comité Central y de la Comisión de Control Central hagan una

declaración en nombre de toda la Oposición sin debates previos, ya sea sobre la entrega de la misma o sobre sus contenidos[22]?

Ioffe se tomaba muy en serio el asunto de la «democracia interna de partido» y quería que Trotsky, Kámenev y Zinoviev practicaran lo que predicaban.

Pero Ioffe no representaba a toda la Oposición Unida. Diversos líderes habían dejado claro que la democratización les preocupaba muy poco mientras se pudiera garantizar un cambio hacia la izquierda en la política económica. No eran demócratas comprometidos. El Politburó lo sabía, y a Stalin y Bujarin les resultó fácil acusar a Trotsky, Zinoviev y Kámenev de oportunismo.

En cualquier caso, los acontecimientos iban más deprisa de lo que Trotsky e Ioffe habían esperado. La disputa en el interior de la cúpula central soviética se desplazó al Presídium del Comité Ejecutivo de la Komintern el 27 de septiembre de 1927. Por aquel entonces Trotsky ya no podía controlarse ni a sí mismo. Desafió al Presídium de entrada, diciendo que si ellos también querían reprenderlo, que podían empezar. Se mofó de la situación en la Komintern: «Ahora todas las organizaciones solamente ponen las cosas en práctica. Ya no tienen la capacidad de discutir o de decidir». Se rio del lío que se había provocado en China en los meses recientes; ridiculizó la ausencia de una estrategia correcta en el Reino Unido; criticó al Politburó por haber permitido que el Kuomintang instalara una base de emigrados y que formara a sus cuadros en la URSS[23]. La Revolución de Octubre ya no estaba segura: «La desgracia personal de Stalin, que se está convirtiendo a marchas forzadas en la desgracia del partido, se basa en la inmensa discrepancia entre sus recursos intelectuales y el poder que el aparato estatal del partido ha hecho que se concentrara en sus manos.»[24] Era una postura típica de Trotsky tratar con este esnobismo a Stalin desde consideraciones culturales. Daba por supuesto que solamente alguien de su misma altura intelectual podía dirigir el partido.

Las medidas contra la Oposición Unida se intensificaron. Zinoviev y Kámenev habían perdido sus puestos en el Politburó en 1925, y Trotsky los siguió un año más tarde. En octubre de 1927 también llegó a su fin su pertenencia al Comité Central. Ni Trotsky, ni Kámenev, ni Zinoviev ostentaban ya cargos de gran responsabilidad, pero continuaron haciendo campaña por sus políticas como buenamente pudieron. La OGPU de modo sistemático minaba sus esfuerzos. En un mitin protagonizado por Trotsky un oficial que ponía gran celo

en su trabajo apagó las luces. Trotsky declaró: «Lenin dijo que el socialismo eran los sóviets más la electricidad. Stalin ya ha suprimido los sóviets: ahora le toca a la electricidad.»[25] Su agudeza era proverbial. Su imparcialidad histórica, en cambio, no era tan absoluta, puesto que había hecho tanto como cualquier otro para eliminar la libertad de los sóviets.

El Politburó puso a la OGPU en alerta cuando se convocaron más reuniones entre los oposicionistas. Stalin y Bujarin querían evitar huelgas y manifestaciones callejeras. Los informadores mantenían a la policía al tanto de los planes de la Oposición, de manera que aquélla pudo disolver las asambleas en Moscú y en otros lugares. Pero los oposicionistas se negaban a desistir de sus actividades. Fijaban carteles denunciando a la dirección en ascenso del partido. Imprimían panfletos en prensas clandestinas y los distribuían entre sus partidarios. Permanecían en contacto a través de los mensajes que corrían de boca en boca en cada ciudad, y seguían enviándose cartas y telegramas unos a otros. Iban a las puertas de las fábricas para poner a los trabajadores en contra del Politburó. En realidad no les quedaba otro camino si querían salvarse políticamente, y se persuadieron a ellos mismos de que la clase obrera se uniría a su causa sólo si podían explicarse ante ella sin las interferencias del Politburó y de la OGPU. Es poco probable que los trabajadores sintieran un mayor cariño por Trotsky que por Stalin. Pero, sin duda, el descontento con la política industrial oficial era grande. Los disturbios acabarían por estallar en los distritos industriales, y Trotsky y sus amigos podrían explotar la situación. Stalin y Bujarin aumentaron su presión sobre la OGPU para que desbaratara las actividades de la Oposición.

Trotsky, Kámenev y Zinoviev lucharon con denuedo. El 7 de noviembre, exactamente diez años después de la toma del poder por los bolcheviques, tuvo lugar en Leningrado la celebración habitual con un gran desfile. Los partidarios de Trotsky, Kámenev y Zinoviev se agruparon en la antigua capital rusa con la esperanza de aprovechar aquella oportunidad para convertirla en protesta pública contra los dirigentes del país. En febrero de 1917 a los Románov les había ocurrido lo mismo. El Politburó dio instrucciones a la policía de seguridad para que actuara con contundencia. También se empleó a bandas de matones. Según Trotsky, la Oposición no tenía ningún plan determinado.

Por un engranaje casual de las circunstancias, aquella manifestación

> tomó un giro completamente inesperado. Zinoviev, yo y algunas otras personas de la Oposición habíamos salido a pasear en automóvil por la ciudad, con objeto de observar la magnitud y el ambiente que reinaba en la manifestación. Ya de retirada, pasamos por delante del palacio Tauride, donde habían levantado, sobre unos camiones, las tribunas para que hablasen los miembros del Comité Central. El coche en que íbamos encontró cerrado el paso por la policía. No nos dio apenas tiempo de pensar cómo saldríamos de aquel atolladero, cuando el comandante se acercó al auto, e inocentemente nos escoltó hasta la tribuna[26].

Trotsky y Zinoviev fueron recibidos con alborozo por sus partidarios. Los agentes de policía infiltrados en la multitud intentaban en vano levantar los ánimos en contra de la Oposición Unida. Los ánimos de Zinoviev se encendieron. Trotsky se lo tomó con más calma: sabía que la dirección en ascenso del partido iba a hacerles pagar por ese triunfo local y temporal.

Stalin y Bujarin, exasperados por la agresividad de sus adversarios, organizaron una votación para expulsar del partido a los líderes y seguidores de la Oposición Unida. La decisión crucial la tomó la Comisión de Control Central bajo la presidencia de Ordjonikidze el 14 de noviembre de 1927. Al mes siguiente la ratificaría el XV Congreso del partido. Esa expulsión constituyó un hito en la historia bolchevique. El partido había estado en permanente disputa desde la Revolución de Octubre. En la controversia sobre el tratado de Brest-Litovsk habían sido los Comunistas de Izquierda. Luego, durante la guerra civil, habían venido la Oposición Militar, los Centralistas Democráticos y la Oposición Obrera, y los dos últimos habían seguido activos bajo la NEP. En un principio el Politburó había intentado mantener a los disidentes en el partido mientras impartía disciplina entre ellos. A los que buscaban problemas se los degradaba: a veces se los sacaba de la circulación enviándolos a Ucrania o a alguna misión diplomática en el extranjero. El mismo tratamiento se le había dispensado a la Oposición de Izquierda y a la Oposición de Leningrado a mediados de la década de 1920. La retórica del desacuerdo y del contra-desacuerdo siempre había resultado amarga. En esos momentos Trotsky, Kámenev y Zinoviev estaban perdiendo sus bazas en el partido.

Trotsky conoció las decisiones del congreso por teléfono. Fue nada más y nada menos que Bujarin quien llamó para comunicárselo. En esos momentos, Trotsky agasajaba a unos cuantos simpatizantes franceses. Uno de ellos, Gérard

Rosenthal, tomó nota de que Bujarin estaba muy alterado por lo que había ocurrido: «Leo Davidov, te han expulsado. En el Kremlin están locos. No conseguirán salir adelante sin ti. Esto no va a quedar así. Tienes que volver.»[27] Las expresiones de simpatía por parte de Bujarin no eran en absoluto convincentes. Él había hablado personalmente en contra de Trotsky y había apoyado las medidas de castigo en su contra. Sin embargo, quizá Bujarin estuviera empezando a entrever algunos de los peligros de su asociación con Stalin.

Kámenev y Zinoviev no eran amigos de peleas, y Kámenev anunció rápidamente: «Ahora que no hay posibilidad de arrebatarle el poder al grupo dirigente solamente nos queda una salida: volver al yugo general». Creía que le era necesario volver a relacionarse con su viejo equipo de caballos de tiro. A Zinoviev le llevó más tiempo llegar a la misma conclusión. Justo antes del XV Congreso, que se inició el 2 de diciembre, él y Kámenev mantuvieron la que iba a ser su última conversación con Trotsky. Los tres entendían que estaban tomando decisiones que afectarían al curso de sus vidas durante muchos años. Kámenev y Zinoviev se las tuvieron con Trotsky. Según éste, Zinoviev adoptó un tono patético y le reconvino: «Vladímir Ílich [Lenin] ya advertía en su testamento de que las relaciones entre Trotsky y Stalin podían llevar a la división del partido. ¡Piensa en cuánta responsabilidad estás asumiendo!». No era que Zinoviev hubiera cambiado de opinión sobre las ideas básicas de la Oposición Unida. Pero se había convencido de que «la misma intensidad de la lucha del aparato contra nosotros demostraba que se trataba de una cuestión no ya de desacuerdos coyunturales, sino de contradicciones sociales»[28]. De todos modos, Kámenev, Zinoviev y sus seguidores se habían incorporado tardíamente a la causa opositora, y no era una completa sorpresa que abandonaran pronto el barco. Poco después de su expulsión ya circulaba el rumor de que capitularían[29].

La decisión de la Comisión Central de Control de expulsarlos del partido los convirtió en parias del comunismo y les arrebató la mayoría de privilegios que disfrutaban como políticos soviéticos. La pérdida de estatus fue inmediata. Abel Enukidze, a quien Trotsky había insultado recientemente[30], le escribió pidiéndole que desalojara sus estancias en el Kremlin. Se le había facilitado la vivienda por su rango en el Politburó, y la única sorpresa había sido el retraso de la pérdida de derechos de residencia. Trotsky contestó el 15 de noviembre

diciendo que ya había dejado la vivienda y que residía con su aliado político Alexandr Beloborodov en la calle Granovski[31]. El piso de Beloborodov estaba repleto desde que los Zinoviev se habían instalado allí[32]. Trotsky dejó el Kremlin a solas. Su hijo Serguéi estaba enfermo, y Natalia le cuidaba. Trotsky dejó dicho que tendrían que esperar unos días antes de que ellos se fueran[33].

Trotsky mantenía la calma. Parecía prosperar en la adversidad, cobrar vida al tiempo que la mayoría del Politburó le echaba al frío de la política. Su amigo Adolf Ioffe tuvo una reacción muy diferente. Su inestabilidad emocional era crónica y su salud física se había deteriorado drásticamente en los últimos años; los problemas de la Oposición Unida también representaban un lastre en su estado de ánimo. En esta situación decidió quitarse la vida, no sin antes dejarle a Trotsky un detalle de sus pensamientos[34]. La OGPU negó durante un tiempo que Ioffe hubiera dejado una nota de suicidio. Pero la mentira quedó en evidencia cuando una copia llegó a Khristian Rakovski, quien a su vez se la pasó a Trotsky[35]. Ioffe se había guardado sus consejos hasta que ya era demasiado tarde, incluso desde el punto de vista político. Y, sin embargo, quería reforzar la determinación de Trotsky en la lucha de esos días. Según le informaba, tenía la certeza de que regresaría pronto al poder[36]. Trotsky necesitaba creer que tenía alguna posibilidad de cumplir ese objetivo. Al morir, Ioffe le dio alas a su espíritu combativo. Si era necesario, permanecería solo, tal como había hecho Lenin en tantas ocasiones. Mientras Kámenev y Zinoviev se alejaban de él, Trotsky se mantuvo firme en su decisión. Prefería hundirse luchando a rendirse a la mayoría del Politburó.

Ya era un signo de los tiempos que hubiera que obtener permiso para celebrar un funeral público en el cementerio Novodevichi. Se había fijado la cita al mediodía, de manera que mucha gente estaría trabajando y, sin embargo, apareció una gran multitud. A la cabeza del cortejo fúnebre iba Trotsky, acompañado de la viuda de Ioffe y de Khristian Rakovski. Los policías a caballo intentaron que los asistentes menos significativos retrocedieran, pero la gente se tomó por los brazos y se abrió paso. Rakovski leyó el panegírico. Y luego Trotsky, con su cabeza descubierta acumulando copos de nieve, pronunció una nota desafiante en memoria del camarada muerto: «Como tú, juramos continuar sin desfallecer y hasta el final bajo los estandartes de Marx y Lenin.»[37] En aquellos momentos no podía saber que ése iba a ser el último discurso que pronunciara en suelo soviético. La noche política se cernía sobre Trotsky y la

oposición.

13

Alma Atá

El invierno de 1927-1928 fue una etapa de emergencia política en la URSS. Sus orígenes había que buscarlos menos en las dificultades de la dirección en ascenso del partido que en los graves trastornos de la economía. Las reservas de trigo y centeno se agotaban en los depósitos de las ciudades. Era como la crisis de las tijeras de 1923, pero peor. Los campesinos ya no podían comprar productos industriales a precios justos, y se registró una caída de la producción industrial para el mercado rural. Las medidas impositivas que se tomaron contra las propiedades campesinas más prósperas en el año fiscal 1925-1926 hicieron que se acentuara la intransigencia en el campo.

El Politburó quería a Trotsky fuera de su vista mientras resolvía esos problemas. Se le ofreció la oportunidad de que lo enviaran a Astraján, en las orillas noroccidentales del mar Caspio, para que ocupara un puesto en la «planificación económica» de la región. No era éste el más duro de los tratamientos. Pero Trotsky escribió al Comité Central para comunicarles que prefería un exilio sin medias tintas a lo que consideraba hipocresía política. También puso objeciones a ser enviado a Astraján por cuestiones de salud. Si le permitieran decidir adónde ir, hubiera optado por Gagra, en la costa de Abjasia, o por Kislovodsk, en el Cáucaso septentrional[1]. Tanta combatividad preocupaba a los líderes del Politburó. Si había rechazado la perspectiva de Astraján, a ver cómo le sentaba que lo enviaran a Alma Atá, en Kazajstán. Genrij Yagoda, dirigente de la OGPU en esos días, firmó la orden formal. Pero ni Yagoda ni su adjunto Vladímir Menzhinski aceptaron ponerse al teléfono cuando Trotsky llamó para protestar[2]. Las verdaderas razones para enviarlo al Asia soviética central no quedaron registradas, pero probablemente Stalin entendiera que se establecerían comparaciones indeseables con Nicolás II si se enviaba a Trotsky a Siberia. En Kazajstán los inviernos eran largos y las carreteras escasas, pero hasta ese momento carecía de las connotaciones de los trabajos forzados. Trotsky se enfrentó a los hechos: «Mejor así. […] No estoy dispuesto a morir en una

cama del Kremlin.»[3]

Natalia estaba con gripe y fiebre alta cuando la familia recogió sus pertenencias. El profesor Guetier aconsejó que se retrasara su partida. Con su ponderación se había ganado la estima de los Lenin y los Trotsky, y ni se le ocurría que el Politburó no pudiera tener en cuenta las condiciones de Natalia[4]. Faina Yablonskaia, la mujer de Alexandr Beloborodov, telefoneó a los oposicionistas explicándoles las noticias sobre Alma Atá[5]. Empezaron a llegar a la calle Granovski amigos con sus buenos deseos, cargados de flores, dulces, libros, ropa de abrigo y dispensándoles abrazos sin fin[6]. Trotsky y Natalia agradecían las muestras de afecto, pero necesitaban seguir con sus preparativos, y tenían que encontrar un sitio para su voluminoso archivo en los baúles.

La OGPU aseguró a los Trotsky que no iban a viajar en los días siguientes. Uno de los antiguos guardaespaldas de la familia, un tal Barichkin, apareció en misión oficial. Tuvo la impertinencia —o así lo percibió Trotsky— de no sacarse el sombrero. Cuando se le reprendió, salió de la estancia «con el aspecto de un perro apaleado»[7]. De pronto, sin ningún aviso, el 16 de enero de 1928 se le ordenó a Trotsky que se preparara para que lo escoltaran a la estación de Kazán, desde donde viajaría a Alma Atá. Las noticias de lo que estaba ocurriendo llegaron a oídos de los partidarios de la Oposición, y miles de ellos se reunieron en la estación de Kazán. Los mensajes sobre la escena llegaron a la casa de los Beloborodov en la boca de jóvenes y entusiastas oposicionistas, y luego de Khristian Rakovski[8]. Como precaución, la OGPU evitó llevar a la familia Trotsky directamente a la estación. Cualquier alboroto podía convertirse en un disturbio político serio. En lugar de eso, la OGPU transportó a la familia a la estación Yaroslav, en el centro-norte de Moscú. Desde allí iban a llevarlos en tren hasta la estación de Kazán para introducirlos en secreto en el vagón que los esperaba[9]. La multitud no tenía noticias de esta artimaña. Las maletas de Trotsky estaban amontonadas en el lateral del último vagón, donde su perro de caza esperaba pacientemente. La locomotora soltaba vapor, pero el vagón de los Trotsky, con sus ventanas cubiertas por cortinas blancas, estaba vacío. Se presentó el maquinista, pero él tampoco era consciente de lo que se había planeado. Entretanto, las calles adyacentes se llenaban de manifestantes enfurecidos. Se enarbolaron retratos de Trotsky. Parecía como si la situación pudiera descontrolarse en cualquier momento[10].

De pronto, el grupo de la OGPU llegó a la estación con Trotsky. Cargaban

con él, puesto que él había dejado claro que no iba a desplazarse voluntariamente. La multitud no sabía qué estaba sucediendo y los hijos de Trotsky decidieron intervenir. Liev tenía ya veinte años, y Serguéi dieciocho. Los dos eran muchachos fornidos. Cuando Liev intentó armar revuelo y gritó, Barichkin se lanzó sobre él y le tapó la boca con la mano. Serguéi, aunque no quería tener nada que ver con la política, y a pesar de que planeaba quedarse silenciosamente en Moscú, le dio un puñetazo en la cara a Barichkin[11]. Su sentido de los vínculos familiares y de la dignidad personal le había hecho perder la paciencia. Con disciplinada mesura, la OGPU consiguió depositar su carga humana sin levantar las alarmas. Trotsky, Natalia, Liev e Ígor Poznanski se hallaban sentados en el vagón con cortinas sin que nadie sospechara que estaban allí. De pronto, a las 11 de la noche la locomotora avanzó. La multitud por fin fue consciente de lo que había sucedido. Al comprender que no iba a escuchar ningún discurso alentador de su líder, muchos de los asistentes saltaron sobre el vagón. Otros corrieron por el andén. Pero la artimaña del Kremlin dio resultado, y el tren desapareció de la vista rápidamente. Se oyeron voces a favor de dar inicio a una manifestación política a pesar de que estaban en plena noche. La idea era marchar hacia el Kremlin. Pero los oposicionistas veteranos sospechaban que la estrategia de la OGPU era la provocación. Si tenía lugar una manifestación se desatarían los desórdenes públicos, y esto proporcionaría nuevamente a la dirección en ascenso del partido material de propaganda contra la Oposición. De modo que prevaleció la discreción y los congregados se dispersaron en silencio y se dirigieron a sus hogares[12].

El tren se dirigió hacia Riazan, y luego a Samara. Los Trotsky se quejaron de que no disponían de las ropas adecuadas. El asunto quedó remediado antes de que volviera a iniciarse el viaje. Llegaron a Kazajstán al cabo de unos días, con Rusia ya muy lejos, a sus espaldas. En Kzil Orda un tal Belski, director de las operaciones de la OGPU en Asia central, hizo un control de su situación personal y de sus condiciones. Se mostró educado pero parco. Los Trotsky comían en su vagón, sin comunicarse con los poco amigables pasajeros… O quizá necesitaban privacidad para hablar de sus preocupaciones. Natalia se recuperó de la gripe. El hecho de que su marido bromeara y mirara el lado bueno de la situación también la animó. Trotsky leía a Marx en alemán. Tenía planes para su futuro en Alma Atá como traductor de esas obras[13]. El tren siguió avanzando tozudamente hasta Pishpek. La fase final del viaje hasta Alma Atá se

hizo en carros tirados por caballos a través de las montañas de Ala-Too. En esos días quien tenía fiebre era Trotsky, pero no se les permitió ninguna pausa[14]. Los Trotsky se estaban acostumbrando a recibir órdenes. Ya no eran dirigentes, ni siquiera miembros del partido, sino, a ojos de los funcionarios, delincuentes políticos.

Llegaron a Alma Atá al noveno día de su viaje desde Moscú. El pequeño grupo y su escolta hicieron la última etapa en un automóvil llevado por un conductor tan entusiasmado por la velocidad que todos los pasajeros se sintieron alarmados. (Con anterioridad sólo había conducido vehículos acorazados y, evidentemente, aprovechaba la oportunidad de acelerar en un vehículo civil). El terreno estaba cubierto de nieve. Era un 25 de enero[15].

Durante su estancia en Alma Atá, Trotsky creía ingenuamente que la suerte de la Oposición seguía figurando como primer punto en el orden del día del Politburó. A aquellas alturas había quedado lamentablemente desconectado de los acontecimientos. Lo que de verdad importaba a los dirigentes del país era el problema de los suministros alimenticios. Una posibilidad habría sido reducir la presión sobre los kulaks e inducirlos a comerciar con sus reservas de grano. El tiempo no jugaba a favor de los dirigentes. Esa emergencia había surgido de pronto, y tenía que solucionarse con presteza. Stalin decidió tomar la iniciativa personalmente. Lo hizo con sigilo. En enero de 1928 salió en viaje de inspección por los Urales y Siberia. En esas regiones los excedentes habían sido lo más habitual en las cosechas del pasado. La última no había sufrido las consecuencias del mal tiempo. Stalin confiaba en encontrar mucho grano allí, y suponía también que los kulaks eran los culpables por haberlo ocultado. Estaba resuelto a mostrarse despiadado con los funcionarios locales del partido y del gobierno. La capacidad para ejercer presión era una de sus atribuciones especiales. Sin que los camaradas del Politburó lo supieran, organizó cuadrillas urbanas. También ofreció recompensas a los más pobres que quisieran señalar los sitios donde las propiedades ricas podían haber ocultado el grano. De esta forma, se logró cargar trenes de mercancías con el trigo y el centeno arrebatado a sus dueños. Stalin sentía que había cumplido con su deber. La amenaza inmediata de hambre en las ciudades desapareció.

El asalto a los «acaparadores» acabó con la poca confianza de que gozaban los bolcheviques en los campos. Los agricultores en su conjunto estaban decididos a guardar el grano. Cuando las reservas de alimento cayeron a niveles

peligrosos en la primavera de 1928, Bujarin, el anterior aliado de Stalin, persuadió al Politburó para que adoptara medidas al respecto. Entre éstas se incluía recortar los precios de los productos industriales e importar productos extranjeros baratos. Se tenía la esperanza de que los campesinos volvieran a poner sus productos en el mercado de forma voluntaria. Como estas medidas no consiguieron solucionar el problema, Stalin volvió a tomar la ofensiva política. Él y el Politburó ya habían puesto en marcha un plan quinquenal para la expansión rápida de la industria. Las fábricas eran tomadas para convertirlas en propiedad del Estado. Gosplan, la agencia central de planificación, recibió instrucciones para redactar un programa en el que se diera prioridad a la producción de hierro, acero y máquinas-herramienta. La URSS se disponía a llevar a cabo una industrialización completa. Todo este proceso iba a ser acompañado por una «revolución cultural». Se inició una campaña de alfabetización masiva. Las escuelas y los institutos de capacitación proliferaban. A los trabajadores y campesinos con talento se les ofrecían promociones rápidas. Los puntos de resistencia potenciales fueron atacados. Se intensificó la persecución religiosa y los nacionalistas fueron arrestados en todo el territorio de la Unión Soviética.

La NEP había sido destrozada. Una fase entera de la Revolución de Octubre había acabado de pronto, y el Politburó reforzó la transformación mediante una serie de medidas políticas oficiales. Stalin iba a tener que aplastar a Bujarin. Los problemas económicos causados por las expropiaciones violentas de grano le llevaron a hacer concesiones en los meses de verano. Por lo menos se había liberado de la obligación de tener que responder a Trotsky en público. Stalin y sus partidarios en el pleno del Comité Central no perdían ocasión de decir hasta qué punto habían desmentido todas las quejas y predicciones de la Oposición. La dirección en ascenso del partido había mostrado su compromiso a través de medidas radicales. Los comentarios críticos que Trotsky había formulado a mediados de la década de 1920 se revisaron en su ausencia y fueron condenados[16].

Alejado de sus canales habituales de información confidencial, Trotsky no pudo escribir casi nada sobre este asunto. Pero éste no era el único motivo de su silencio. Su rutina diaria había sido trastocada. La familia se había acostumbrado a los ritmos propios de una vida en el Kremlin, e incluso en casa de los Beloborodov habían disfrutado de ciertas comodidades. Pero en el destierro

tenían que valerse por ellos mismos. Natalia había perdido la costumbre de comprar las vituallas, y comprobó que los comerciantes locales abusaban de su credulidad. Enseguida supo adaptarse, como hizo siempre, pero su participación en las tareas domésticas le quitaba tiempo para ayudar políticamente a su marido[17]. Sermuks y Bútov habían intentado unirse a Poznanski en Alma Atá como ayudantes. A los tres se les había denegado el permiso oficial para quedarse. Las autoridades pensaban que de este modo iban a reducir a Trotsky a la inactividad política, pero no habían contado con la colaboración del joven Liev, que actuó por sí solo como todo un aparato administrativo[18]. Para él, lo mismo que para su padre, la prioridad era retomar los hilos de la Oposición. Liev se había casado joven y ya tenía una mujer, Anna Ribujina, y un hijo pequeño al que también llamaron Liev y al que se conocía en la familia como Liulik. Sin embargo, la política adquiría cada vez mayor importancia en los pensamientos de Liev. A Trotsky se le permitía el uso del servicio postal corriente. Su estipendio mensual de cincuenta rublos y su cuenta bancaria financiaban una correspondencia regular, y el correo diario constaba normalmente de diez a quince cartas procedentes de todos los rincones de la URSS[19]. En su cuaderno de direcciones puede comprobarse que estaba en contacto con montones de partidarios exiliados: él lo mantenía al día a medida que estas personas eran desplazadas de uno a otro lugar[20]. Esto no quiere decir que el correo fuera rápido. Trotsky se quejaba de que los envíos solían tardar dos semanas en llegarle.

Trotsky no fue sometido a un completo aislamiento. En su correspondencia con Khristian Rakovski, el último amigo que le quedaba, trataban de política y bromeaban, y las docenas de cartas que se cruzaban los ayudaban a mantener la moral alta. Rakovski, a diferencia de Trotsky, había aceptado un puesto provincial para la planificación económica en Astraján. El trabajo no le pedía demasiado, de manera que pasaba los días leyendo a Charles Dickens e Isaak Babel, así como recopilando las ideas del socialista-revolucionario francés del siglo XIX Saint-Simon. Rakovski bromeaba sobre la distancia que le separaba de la civilización. Aristóteles, según decía, había designado el golfo de Kara-Bogaz, en la costa media del mar Caspio, como «el inicio del otro mundo»[21].

Natalia escribió a sus partidarios en nombre de Trotsky y la Oposición emitió un comunicado. En él decía que la familia tenía un acceso insuficiente a las provisiones diarias. Más aún: se afirmaba que los problemas intestinales de

Trotsky habían reaccionado mal a las condiciones insalubres de Alma Atá, en donde la malaria había «entrado en su organismo», del mismo modo que la gota era un tormento constante, y eso sin ningún médico competente al que acudir. La Oposición llamaba a sus partidarios a incitar a los «obreros» para que exigieran la vuelta de Trotsky a Moscú[22]. Se trataba de una exageración. La familia, tal como demuestran los cuadernos de notas de Natalia, estaba lejos de vivir en la miseria[23]. Trotsky incluso contaba con los servicios de una secretaria local, y aunque tuvo que aceptar que informaba de sus actividades a la OGPU, llevaba a cabo su trabajo mecanográfico satisfactoriamente. Cierto es que había mucha malaria en la ciudad. Cuando Trotsky y Natalia cayeron enfermos de malaria, obtuvieron quinina a través de su hijo Serguéi en Moscú, y esto alivió los síntomas, por lo menos en el caso de Trotsky[24]. La familia podía visitar la biblioteca pública y tomar libros en préstamo y ejemplares atrasados de los diarios nacionales. Entre los placeres que se permitía Trotsky, estaba examinar un volumen de reproducciones del muralista mexicano Diego Rivera que había encontrado en dicha biblioteca. Admiraba en él la combinación de «coraje» y «ternura[25]».

Trotsky y Liev partían a cazar con escopetas y perros y volvían con faisanes, aves de montaña, codornices o pichones. Miembros de la OGPU los acompañaron en una expedición a las estepas saladas que se prolongó varias semanas y en la que durmieron bajo las estrellas o en las chozas de los kirguises locales. Persiguieron a sus presas a lomos de camellos[26]. En verano los tres miembros de la familia alquilaron una casa techada con paja, propiedad de un campesino dedicado a los frutales, situada en las colinas cercanas y con bonitas vistas sobre las cumbres nevadas del extremo de la cordillera de Tian-Shan. Recogían manzanas y peras para las comidas. Natalia preparaba confitura[27].

En junio de 1928 la tranquilidad se vio truncada por las noticias procedentes de Moscú. Nina Bronstein había muerto de tuberculosis. En esos días Trotsky estaba trabajando en su crítica al programa del V Congreso de la Komintern. Salió de la habitación en dirección al jardín, llamando a Natalia para que se reuniera con él. Se sentaron en la hierba para recordar a Nina y llorar su muerte. Trotsky exclamó: «¡Lo siento tanto, tanto! ¡Pobre muchacha!». Era su primera experiencia en la pérdida de un hijo, y lo afectó mucho[28]. Nina, su hija pequeña, llevaba años enferma de tuberculosis. Dejaba a su esposo Man Nevelson y a sus dos hijos, Liev y Volina. Nina y Man era partidarios de la

Oposición, y Man no podía esperar favores de la élite soviética a la luz de la deportación de Trotsky y de otros críticos destacados del Politburó. Trotsky había pasado poco tiempo con Nina en los últimos años. Si acaso sintió alguna culpa cuando conoció su muerte, la vivió en silencio. De cualquier modo, no cabía pensar en la posibilidad de que los Trotsky volvieran para acudir al funeral de Nina. No era la primera, ni la última vez que Alexandra Bronstein tenía que arreglárselas sola como madre. Era algo a lo que ya se había acostumbrado… Y Trotsky no veía por qué las cosas no iban a seguir siendo así.

Bastante tenía ya con concentrarse para intentar organizar la resistencia política al creciente poder de Stalin. Tenía que sobreponerse a un momento de deserciones. Llegaban noticias de que Yuri Piatakov se había rendido ante Stalin y había abjurado de sus ideas oposicionistas. Trotsky fingía indiferencia. A menudo había predicho —con Piatakov delante— que llegaría a la esfera del poder aunque fuera el mismo Bonaparte quien lo detentara. Trotsky lo declaró «políticamente acabado»[29]. Serebriakov siguió el mismo camino que Piatakov. Ninguno de los dos había sido «zinovievista». Ambos habían sido compañeros de viaje de Trotsky desde la época de la Oposición de Izquierda y en esos días comprobaban que Stalin introducía muchos de los grandes cambios económicos que había propugnado la Oposición durante la década de 1920. Habían deseado un crecimiento industrial más rápido y un compromiso más decidido con la figura de las granjas colectivas. Ahora habían hecho la paz con Stalin aun cuando éste no ofrecía ninguna concesión a sus peticiones sobre la democracia interna del partido. Trotsky estaba furioso con esos desertores, pero no quería sentirse deprimido. Tal como él lo veía, los líderes individuales a menudo traicionaban sus principios. Las «masas» eran el único factor histórico que de verdad contaba para él. Lejos de pensar en hacer las paces con Stalin, Trotsky pidió que la lucha se intensificara. Esperaba ser él quien diera el ejemplo. Mas no todo el mundo lo tenía tan claro. Él y Preobrajenski intercambiaban largas misivas sobre estrategia, y esto los sumergió en una discusión sobre la política exterior soviética tras la promulgación de la NEP. La contribución de Trotsky no fue comedida en absoluto. Incluso en el exilio seguía siendo insensible a las exigencias del papel de líder. Preobrajenski cuestionó su comentario perentorio y le dijo que estaba arruinando las posibilidades de una discusión productiva en «nuestro exilio común»[30].

En junio de 1928 Kámenev y Zinoviev fueron readmitidos en el partido;

pero, como Trotsky se había enterado, aquél no se había resignado a la derrota, y al mes siguiente hablaba con Bujarin en secreto sobre qué podían hacer con Stalin. En septiembre Kámenev se reunió en Moscú con partidarios trotskistas. Coincidiendo en ese momento con el análisis que hacía Trotsky de la situación política, Kámenev opinaba que Stalin había llevado al país por la senda de la perdición. También criticaba a Trotsky, de quien decía que era tozudo e inflexible. La manera de volver al poder era penetrar en el partido y en el gobierno, incluso a costa de una abjuración pública. Trotsky, por consiguiente, haría bien en imitarlo y en dejar de castigar al pueblo por su «capitulación[31]». Zinoviev albergaba sentimientos parecidos y ponderaba cómo reunir una «gran coalición» con Bujarin, Kámenev, Trotsky y él mismo contra Stalin en un renovado Politburó[32]. Cuando los comentarios de Kámenev llegaron a Alma Atá[33], Trotsky se rio de aquella mezcla de compromiso y maniobra.

Pero al fin estaba empezando a tomarle la medida a Stalin. En octubre de 1928, cuando los compañeros exiliados de otros rincones de la URSS le escribieron diciéndole que querían intensificar sus protestas, él les aconsejó que desistieran. Tenían que entender que las huelgas de hambre a miles de kilómetros de Moscú no iban a tener ningún impacto importante[34]. Pero ésta solamente era una objeción táctica, puesto que insistía una y otra vez en la necesidad de mantener la lucha contra el Kremlin. Esa intransigencia preocupaba y alarmaba a la mayoría establecida del Politburó, al tiempo que esa ejecutiva proseguía en su enfrentamiento con Bujarin. El hecho de que Trotsky mantuviera el contacto y organizara a sus seguidores seguía constituyendo una amenaza, por mucho que estuviera en la distante Alma Atá. La OGPU contactó con él el 16 de diciembre de 1928 y le comunicó oralmente un ultimátum: o desistía de su actividad opositora y aceptaba su derrota política o se alterarían los términos de su exilio y lo enviarían a un sitio de confinamiento todavía más aislado. Trotsky hizo un borrador de carta dirigida a sus seguidores en la que decía que nunca se rendiría a Stalin. Rechazaba ceder en lo que representaba un empeño de treinta y dos años. Había dedicado a la política «toda su vida consciente», y no tenía intención de doblegarse ante las amenazas de la policía[35].

Al Politburó le llevó cerca de un mes reaccionar, y el asunto se discutió en más de una ocasión. Stalin quería deportar a Trotsky de la URSS. Bujarin, Ríkov y Tomski se oponían. Pero Stalin persistió, y el 7 de enero de 1929 consiguió lo que quería. Se tomó la decisión por mayoría de expulsar a Trotsky por su

«trabajo antisoviético»[36]. La acción de Stalin contó con un apoyo casi unánime entre los oponentes a los que, como Bujarin, se calificaba de derechistas. La excepción fue Sergéi Sirtsov, que dirigía el partido en Siberia, y no tardó mucho en recibir una reprimenda por su audacia[37].

El 20 de enero el oficial de la OGPU Volinski apareció con agentes armados y un par de pointers para anunciarle la decisión y proceder con la misma. Se acusaba a Trotsky de haber formado un partido antisoviético, de involucrarse en actividades contrarrevolucionarias y de organizar revueltas violentas contra las autoridades, por lo que se había emitido un decreto para expulsarlo de la URSS. Se le solicitó a Trotsky que extendiera un recibo de la comunicación, y él lo hizo añadiendo que el decreto era «criminal en el fondo e ilegal en la forma»[38]. En la casa se oían ruidos y ajetreo por todas partes. Trotsky reconoció que los hombres de la OGPU se habían mostrado correctos con él y con la familia. Esa situación no entraba dentro de sus cálculos. Probablemente había dado por sentado que si aumentaban el castigo iban a enviarle todavía más lejos, a Asia central o a Siberia. La familia empaquetó sus pertenencias febrilmente para estar preparada, tal como se les había ordenado, a primera hora del 22 de enero. No iba a ser un viaje fácil, en pleno invierno, y todas las preguntas sobre qué país iba a acogerle obtuvieron la callada por respuesta. La verdad era que Volinski todavía no lo sabía.

Al llegar el día, los Trotsky subieron a un autobús que remontó la cordillera Kurdai. La nieve acumulada en la cumbre demostró ser infranqueable a pesar del tractor al que se recurrió como ayuda. La familia fue trasladada a unos trineos. Les llevó siete horas desplazarse unos treinta kilómetros. Luego el grupo descendió en coche hasta Pishpek, en donde los introdujeron en un tren que quedó bloqueado en un ramal de la vía durante varios días. Trotsky leía un libro de Anatole France y la clásica historia de Rusia escrita por el liberal Vasili Kliuchevski. También jugaba al ajedrez[39].

Pronto llegaron a lo que supusieron que era la provincia de Kursk: se les seguía ocultando lo que estaba ocurriendo[40]. En una de las frecuentes paradas Trotsky descubrió que el gobierno alemán había rechazado la posibilidad de otorgarle el derecho de residencia. Las autoridades soviéticas preguntaron sobre el asunto al gobierno turco y recibieron una respuesta positiva. Cuando se le informó del plan a Trotsky, éste explotó de rabia y dijo que no iba a obedecer. Bulánov, un agente de la OGPU, telegrafió a Moscú en demanda de nuevas

instrucciones. El plan básico para la deportación a Turquía fue confirmado. El tren que llevaba a la familia se dirigió hacia al sur, hacia Odessa, en donde Trotsky, que seguía protestando, fue introducido en el vapor *Illich* junto con Natalia y Liev. Trotsky, con majestuosidad, se erguía sobre la barandilla cuando abandonaban el puerto. Con su abrigo del Ejército Rojo, agitó la gorra militar para saludar y permitió que un fotógrafo captara su gesto con la cámara. La nave cruzó el mar Negro y llegó a Estambul el 22 de febrero. Aparte de los agentes de la OGPU, los Trotsky eran los únicos pasajeros cuando el *Illich* atracó en el muelle de Büyük-Dere. Trotsky entregó una carta dirigida a la atención del presidente Mustafá Kemal, en la que explicaba que si había llegado a Turquía no había sido por su propia voluntad[41].

Una docena de años dedicados en Rusia a la política activa acabaron de pronto. La Oposición había sido derrotada. Trotsky, héroe de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, había sido derribado. Él disimulaba su confusión con una actitud digna. Le costaba creer que Stalin hubiera emergido con aquella fuerza hasta convertirse en comandante supremo de la URSS. No podía imaginar una vida separada para siempre de la Rusia revolucionaria. A lo largo del viaje a Turquía intentó mantener la moral alta y dar ánimos a su familia y al grupo cada vez menor de seguidores activos. Tenía sólo cuarenta y nueve años, y estaba decidido a seguir luchando. A sus ojos, la Oposición era la única que disponía de las ideas que podían salvar el sistema soviético de una incesante degeneración.

Cuarta Parte

1929-1940

1

Büyükada

Las autoridades turcas establecieron condiciones confidenciales para concederle asilo a Trotsky. Moscú tenía que asegurar que no iba a intentar asesinarlo en suelo turco. También pusieron exigencias que concernían al mismo Trotsky. Tenía que abstenerse de interferir en los asuntos políticos locales y de publicar nada en el interior del país. Trotsky temía por su propia seguridad. En Turquía vivían alrededor de cuatro mil emigrados de la antigua Rusia, y sentía temor de que un veterano del ejército imperial blanco intentara matarlo. El gobierno de Mustafá Kemal era consciente de este riesgo y deportó a cincuenta sospechosos. Se hizo todo lo posible para garantizar la integridad física del señor Liev Sedov, el nuevo alias de Trotsky en el extranjero[1].

Al llegar a Estambul los Trotsky pasaron un tiempo en el consulado soviético. Se llegó a este acuerdo para permitir a la familia buscar una residencia permanente. Primero se mudaron al hotel Tokatliyan. Trotsky concedió una entrevista a un diario turco. También visitó los lugares históricos de la ciudad y desafió los consejos de la policía, pues volvió al hotel a pie. Su única y mínima concesión a la prudencia fue afeitarse la barba y el bigote[2]. Tras una breve estancia en una casa del distrito Şişli lograron convencerlo de que por cuestiones de seguridad era conveniente establecerse fuera de la capital. Siguiendo el consejo de las autoridades consintió en ir a vivir a Büyükada («gran isla»), donde había quedado vacía una casa que les podía convenir. Büyükada, en la orilla sudoriental de Estambul, era la mayor de las islas Príncipe (Prinkipo) en el mar de Mármara y había sido su centro administrativo. Era el lugar donde los emperadores bizantinos y los sultanes otomanos confinaban a sus rivales. El gobierno de Kemal sólo quería mantener a Trotsky a salvo de las agresiones físicas, y el viaje en *ferry* era el único medio de transporte regular entre la isla y la capital. Estambul quedaba a media hora, y el servicio postal era eficiente, lo que resultaba muy importante para Trotsky. Efectivamente, Büyükada era la mejor opción.

La familia alquiló Izzet Pasha, una de las villas llenas de recovecos que las familias pudientes de Estambul utilizaban para satisfacer sus ansias de verdor, aire fresco y sol. En la isla no se permitían los vehículos motorizados. El abanico de comercios y servicios era completo, y si sus habitantes lo deseaban podían pescar directamente su comida a poca distancia de la costa. Izzet Pasha no estaba en las mejores condiciones de mantenimiento, pero sus cimientos se erguían hacia el mar en lo alto de un acantilado. Eso hacía que las vistas fueran espléndidas, y permitía además prescindir de vigilancia por la vertiente marítima. De cualquier modo, Trotsky era objeto de una continua protección por parte de la policía local.

Sus condiciones de salud no eran las mejores: la colitis y la gota lo atormentaban, y al igual que Natalia no se había librado todavía de los efectos de la malaria contraída en Alma Atá[3]. Pero se encontraba lo bastante bien como para seguir trabajando. De hecho, no tenía ninguna otra opción, porque sus finanzas dependían de los ingresos procedentes de sus editores en Europa y Norteamérica. Las autoridades soviéticas le habían proporcionado fondos por valor de 1500 dólares para facilitar su establecimiento en el extranjero[4]. Semejante concesión no tardaría en hacerse impensable, pero hasta la mitad de la década de 1930 a Stalin le siguió preocupando lo que el mundo pensaba sobre cómo trataba a sus enemigos políticos. Pero, incluso en esas circunstancias, fabricar pruebas de traición contra ellos le parecía lo más pertinente. De cualquier modo, el dinero de Trotsky iba a agotarse rápidamente. Según Natalia, los gastos de la casa subían unos 1000 dólares mensuales, si bien un secretario reconocería más tarde que los gastos corrientes solían representar unos 1500 dólares al mes[5].

Trotsky seguía una rutina estricta. Se despertaba temprano, normalmente a las cuatro o las cinco, y se ponía un suéter azul y unas alpargatas antes de recorrer los pasillos arriba y abajo inmerso en sus pensamientos. Todo el mundo lo oía en el piso superior[6]. Prefería empezar el día a solas. Después del desayuno reiniciaba el contacto con los demás en lo que concernía a la correspondencia y al dictado de artículos. Tras una pausa para comer hacía una siesta y luego volvía a trabajar hasta el final de la tarde. Las comidas se hacían en común, y eran la ocasión, sobre todo las cenas, de discutir los asuntos públicos. Trotsky incitaba a la conversación pausada. La familia y su entorno vivían frugalmente: solamente se permitían el correo postal internacional. No se

gastaba nada en decoración[7]. Cuando menos una de las personas que les visitaron pensó que Trotsky y Natalia podían haberse dedicado a sacarle más partido al lugar en que vivían[8]. Esta idea hablaba tanto del observador como del observado. A Trotsky le gustaban las artes cuando disponía de tiempo libre, pero su actitud era la de un escritor a tiempo completo, la de un político y la de un recaudador de fondos. Sus preocupaciones se centraban en las perspectivas para una revolución en Rusia y en el resto del mundo.

Natalia y su hijo Liev ayudaban a Trotsky con los cometidos de una oficina política. Trotsky sugirió que Stalin había dado por supuesto que ésa sería una labor superior a sus capacidades[9]. Si realmente eso era lo que Stalin creía, andaba muy equivocado. Trotsky creó un *Byulleten oppozitsii* («Boletín de la Oposición») cuyo primer número se publicó en París en julio de 1929 con una tirada de alrededor de dos mil copias[10]. Tal como Trotsky había pedido, se imprimió en octavo, y se eligió un cuerpo pequeño para economizar los gastos de papel. Sin embargo, la mitad de la tirada se imprimió sobre papel fino y caro, para facilitar su transporte clandestino a la URSS. La cabecera y la maquetación se eligieron para establecer una distinción clara entre el *Byulleten oppozitsii* y la publicación de los emigrados mencheviques, *Sotsialisticheski vestnik* («Heraldo socialista»). Como mantenía viva la esperanza de ganar para su causa a los funcionarios soviéticos, Trotsky dio instrucciones para que se vendieran ejemplares en los quioscos cercanos a las embajadas y misiones comerciales soviéticas[11]. Él mismo se encargaba de la redacción de la mayoría de artículos, mientras que Liev ejercía de administrativo y Natalia llevaba la casa. Los Trotsky eran una familia en campaña.

Necesitaban el apoyo de la opinión pública occidental. El *Byulleten oppozitsii* denunció a los ministros alemanes por no honrar «el derecho democrático al refugio». Trotsky pedía, como mínimo, la oportunidad de permanecer en un balneario en Alemania mientras consultaba a los médicos sobre su salud. Cuando su demanda fue rechazada, Trotsky describió la respuesta alemana como un ofrecimiento a que se ganara «el derecho a la tumba». Apeló al abogado y socialdemócrata de izquierdas Kurt Rosenfeld para que representara sus intereses. Éste no quiso saber nada del asunto, y Trotsky se puso furioso[12]. Tanta ofensa moral por parte de Trotsky desentonaba con su adhesión al marxismo científico y poco dado a sentimentalismos. Nada podía parangonarse con aquella exagerada conciencia de sus propias virtudes. Él era

quien había proporcionado racionalidad a la negación de derechos individuales y colectivos en la Rusia soviética. Había hecho carrera como defensor y como practicante de la dictadura. Había insultado a los demócratas con regularidad y se había reído de la democracia. Había despreciado el papel de las leyes. Había predicado la conveniencia de subvertir las democracias liberales supervivientes de Europa, y no había cambiado de opinión después de que lo deportaran desde la URSS. Trotsky no aceptaba que su fanatismo pudiera entrañar consecuencias: esperaba de la democracia alemana que le diera la bienvenida aun cuando su intención fuese exterminarla.

Los jóvenes trotskistas viajaban a Büyükada y reforzaban la protección policial turca. Trotsky también necesitaba ayudantes con experiencia política de la extrema izquierda europea no estalinista. El primer ayudante fue el comunista de izquierda checo Jan Frankel, que entendía diversas lenguas y le ayudó con la creciente pila de la correspondencia. Hacía las veces de guardaespaldas personal de Trotsky. Hablaba el turco con fluidez y trataba con la policía de la isla y con las oficinas del gobierno en Estambul. Con veintitrés años en 1929, trabajaba sin descanso hasta caer rendido[13]. Frankel, como todos los del entorno, llevaba una pistola. Incluso Natalia estaba lista para disparar sobre los asaltantes[14]. Acudieron asimismo otros jóvenes simpatizantes, como Pierre Naville, Denise Naville y Gérard Rosenthal, de Francia. Raymond Molinier y su mujer Jeanne (de soltera Martin des Pallières) también fueron a pasar unos días. Habían hecho el viaje para aprender de su héroe y para tomar notas de lo que iba diciendo. Trotsky propuso un credo exigente: «Es inútil pensar en hacer la revolución con hombres para quienes la vida profesional viene primero, luego su vida familiar y finalmente la revolución, si es que les queda algo de tiempo.»[15]

Si de algo no podía prescindir era de una secretaria cualificada para escribir al dictado. Contrató a Maria Pevzner, una taquígrafa excelente, pero en cualquier caso no una seguidora devota. (¿Era agente de la OGPU? Seguimos sin saberlo). Tuvieron que prescindir de ella cuando los Trotsky se quedaron sin dinero. El problema sólo pudo resolverse de forma permanente en 1933, cuando una partidaria comprometida de la Oposición, Sara Weber, apareció en Büyükada. Liev la había investigado y respondió de su sinceridad política. Trotsky la abrazó y ella y Natalia —«algo altiva»— intercambiaron besos[16]. Para él no era habitual rodear con los brazos a un extraño. A pesar de que deseaba que todo el mundo observara la *politesse* de la clase media rusa, en aquella ocasión hacía un

esfuerzo para que ella y sus habilidades se sintieran bien acogidas. Nadie podía dirigirse a Trotsky si no era como «Liev Davídovich»: mantenía la distancia social con sus seguidores. Su mujer, en cambio, era Natalia para todos los residentes en la casa[17].

La pesca o la caza era una actividad que se llevaba a cabo periódicamente. Con ellos iba *Tosca*, un perro mestizo con pointers entre sus antepasados. Sin embargo, *Tosca* también habría heredado algún rasgo de otros antecesores, pues le gustaba dispersar a la carrera cualquier concentración de aves antes de que Trotsky hubiera podido apuntar[18]. La pesca se convirtió en la manera más fiable de complementar su dieta. Un pescador griego, Charalambos, ayudaba cuando dejaban atrás la orilla y echaban la red. Rosenthal lo recordaba así:

> Soltábamos al mar una ristra de cuarenta extraños anzuelos. Siempre volvíamos cargados de montones de caballa. A veces tendíamos redes a lo largo de la línea de la costa, volvíamos a la orilla a recoger algunos pedruscos y luego los lanzábamos al agua para hacer que los peces se metieran en las redes. Trotsky siempre mostraba una increíble energía al hacerlo. Corría, se excitaba, se agitaba y agotaba sin tregua sus energías. En su opinión, me faltaba ardor: «¡Ah, camarada Gérard! ¡Si no bombardeas a la burguesía con más vigor, todavía les quedarán muchos días de relajo!»[19]

Trotsky ignoraba las peticiones que le hacían en casa para que evitara los riesgos. Hiciera lo que hiciese, siempre aplicaría una intensidad de esfuerzo excepcional.

Liev estaba molesto por las restricciones de la vida en la isla. En agosto de 1929 había solicitado, sin éxito, que le permitieran volver a la URSS: subrayaba que había dejado el país sólo temporalmente y que su joven familia vivía en Moscú[20]. Todavía no había completado su formación, y su deseo era convertirse en ingeniero. El gobierno rechazó la petición. Liev decidió que si no podía volver a iniciar su vida en la capital soviética lo mejor sería desplazarse a Alemania y estudiar en la Technische Höchschule, en Berlín.

Existía una razón adicional para que Liev llegara a esta conclusión. Era un hombre joven al que le gustaban las mujeres y ellas a su vez lo encontraban atractivo. Jeanne Martin se quedó prendada de él. Pronto dormían juntos y se

convirtieron en pareja. Aunque Raymond Molinier no obstaculizaba la relación, tanto Liev como Jeanne querían ausentarse del régimen claustrofóbico de la isla. Trotsky apoyó la idea por interés propio. Como ya disponía de un grupo de ayudantes extranjeros, podía arreglárselas sin la presencia de su hijo en Büyükada. Más aún, Trotsky deseaba acrecentar su influencia en Alemania y convertir Berlín en base de operaciones para el *Byulleten oppozitsii* y también en secretariado internacional. Liev planeaba combinar sus estudios académicos con el trabajo político. Era la mano derecha de su padre. Entendía las intenciones de Trotsky mejor que nadie y era un organizador eficiente. Sería muy capaz de supervisar los asuntos de Trotsky en el centro de Europa y de mantener vínculos directos con los simpatizantes alemanes. También existía la esperanza de que allí establecieran contacto viajeros procedentes de Rusia. Liev partió de Estambul con su pareja francesa el 18 de febrero de 1931[21].

El hijo tenía mucha paciencia con un padre que se quejaba por todo: incluso algún error de escritura en la palabra «Turquía» en una dirección postal merecía una reprimenda desproporcionada[22]. La presión nunca cesaba. Trotsky exigía una dedicación total para publicar copias perfectas. El proceso avanzaba sin complicaciones. Solamente había un detalle que Trotsky no había autorizado. Liev seguía añorando Rusia y volvía a soñar con solicitar el regreso. Si planeaba volver con su esposa Anna o llevarse a Moscú a Jeanne no está claro. Su relación con Jeanne se complicó cuando Molinier quiso reanudar su matrimonio con ella[23], y el propio Liev no había visto a su hijo Liulik desde 1929… Quizá también quisiera ver a Anna. Cuando mencionó todas sus complicadas circunstancias a su madre en abril de 1931, ella se lo comunicó inmediatamente a Trotsky, y éste le escribió: «Le escribes a mamá que se te ha metido en la cabeza volver. En mi opinión, amigo [*druzhishche*], eso sería un gran error, en todos los sentidos. Para mí, personalmente —desde el punto de vista del trabajo y de los planes para el futuro—, sería un golpe muy duro.»[24] Trotsky necesitaba que Liev le ayudara a concluir el libro que en esos momentos tenía entre manos. Su consejo, o más bien su ruego a Liev era que pidiera una prolongación del *Freudenpass* para poder permanecer en Alemania[25]. Liev, consciente de sus deberes, se echó atrás. Si hubiese seguido sus inclinaciones se hace difícil saber si la precaria operación internacional de Trotsky en Europa hubiera sobrevivido en esos tiempos.

Trotsky mantenía contacto con sus retoños en la URSS. A menudo le

llegaban telegramas de su hija Zina y de su hijo Serguéi. Él les contestaba utilizando el mismo medio. Aunque los contenidos de los mensajes estaban mal transliterados por el servicio postal turco, éstos le mantenían al corriente de los acontecimientos en la familia[26].

Zina estaba aquejada de una dolencia crónica que se diagnosticó como presencia de aire o gas en las cavidades pleurales de ambos pulmones. Ella decía que se encontraba mucho mejor y telegrafió para comunicar sus intenciones de permanecer en Sujumi hasta mayo de 1929[27]. De hecho, su salud no mejoraba. Se intercambiaron más telegramas, y Trotsky y Natalia no vieron más alternativa que tenerla con ellos en Turquía. Él le envió un mensaje en octubre de 1930 indicándole que pidiera un permiso en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos para viajar a Estambul. Luego envió una petición en ese mismo sentido y a nombre de ella a la misma institución[28]. Zina consintió y abandonó la URSS para buscar la asistencia médica necesaria después de dejar a su madre Alexandra al cuidado de su hijo Seva. En un principio estaba contenta de reunirse con Trotsky. También se llevaba bien con su madrastra, con la que sostenía largas conversaciones[29]. El rubio y rollizo Seva la siguió después a Turquía y asistió a una escuela privada en la que los alumnos hablaban francés (tuvo que aprenderlo a partir de cero). No se portaba demasiado bien en la cocina y había que insistir para que comiera, lo que lo convertía en el centro de atención en las comidas. Fuera como fuese, Zina se recuperó emocionalmente, por mucho que encontrara el calor turco difícil de soportar[30].

Ella adoraba a su padre y ansiaba vivir dentro del círculo de su respeto y afecto[31]. Aspiraba a introducirse también en su trabajo político, pero eso a Trotsky le parecía demasiado. Si tenía que llevar a cabo trabajos serios iba a necesitar correr escaleras arriba y abajo. Según Natalia, él pensaba que la salud de su hija no podría soportar la presión[32]. Zina quiso ponerse a prueba escribiendo un artículo, pero a Trotsky le disgustó el tono y con tacto descartó su publicación[33]. Los informes de Natalia eran fieles a su marido y a su memoria. En ellos admite, sin embargo, que la preocupación de Trotsky por los detalles en el cumplimiento de tareas, recados y órdenes era exagerada[34]. Su inteligencia emocional se circunscribía siempre a sus intereses personales y políticos. De no haber sido así, hubiera encontrado alguna tarea para Zina que no la hiciera respirar con dificultad o sentirse presionada. Natalia seguía hablando pacientemente con ella, pero quien tal vez hubiera tenido que poner más de su

parte era Trotsky.

La naturaleza de las dificultades de Zina no era exclusivamente física. No se habló de eso hasta el 1 de marzo de 1931, cuando en Izzet Pasha se declaró un gran fuego. La estructura de madera prendió enseguida. Las cosas valiosas de la propiedad se perdieron casi en su totalidad, incluyendo relojes, revólveres, zapatos y sombreros. Trotsky, con su batín y zapatillas, no tuvo tiempo de salvar su biblioteca. Pasaron casi dos horas hasta que llegaron los bomberos de Estambul. Para entonces era demasiado tarde. Al huir de las llamas, Natalia sufrió una herida en la pierna y Trotsky perdió casi todos los libros que había traído de la URSS. Fue un golpe terrible, pues estaban repletos de notas al margen que pensaba utilizar en sus obras futuras. De todos modos, su archivo personal sobrevivió, y esto era algo crucial, puesto que sus documentos se contaban entre las armas de que disponía en la lucha contra la dirección en ascenso del partido. Nunca dejó de insistir en que la raíz de las dificultades por las que pasaba la URSS estaba en las políticas y prácticas alimentadas por Stalin durante años. El borrador de su *Historia de la Revolución Rusa* también escapó del incendio; Frankel lo había rescatado del edificio en llamas: todo el mundo entendía que las finanzas de aquel hogar dependían de que el trabajo se publicara sin retraso[35].

Las sospechas sobre la responsabilidad de haber iniciado el fuego recayeron en Nina. Su enfermedad mental era por aquel entonces una evidencia y ya habían estallado un par de incendios inexplicados en la casa desde su llegada. Los Trotsky, sin techo, buscaron refugio en una casa alquilada de la ciudad. El nuevo lugar quedaba en Kadiköy, al sudoeste de Estambul, y la elección estaba justificada por su emplazamiento junto al mar, como en el caso de Izzet Pasha. La casa tenía dos pisos y estaba en condiciones de conservación incluso peores que la de la isla. Trotsky y Natalia ocuparon el piso superior. Frankel se alojaba en la habitación inferior, junto al comedor y la cocina. Con ellos vivían también un cocinero, un pescador y un par de policías[36].

En octubre de 1931 enviaron a Zina a Berlín para que la trataran de su problema pulmonar. En ese mismo mes Albert Glotzer, un trotskista americano, apareció para aliviar el trabajo de Frankel. Glotzer no parecía el asistente ideal para el Viejo. Fumaba, no podía hablar en ruso ni en alemán y, tal y como admitía él mismo, estaba poco informado sobre la política soviética. Por otra parte, apareció justo cuando Trotsky se encontraba en la última fase de escritura

de su *Historia de la Revolución Rusa*, y se resistía a que lo distrajeran[37]. Trotsky prohibía fumar en las estancias que él usaba, pero con Glotzer hizo una excepción en su primer día, e incluso le dio un cigarrillo que previamente le había pedido a un pescador turco. A partir de ahí, Glotzer tuvo que seguir las reglas de la casa[38]. Por este motivo quizá no resulte extraño que solamente permaneciera un mes[39]. Pero en octubre de 1932 llegó el más destacado de todos los ayudantes de Trotsky. Era Jean Van Heijenoort. La Liga Comunista de París había intentado enviar a Yves Craipeau, pero decidió que Heijenoort poseía mayores recursos lingüísticos, y éstos eran esenciales para alguien que quisiera cubrir necesidades de secretaría y organizativas. (De todos modos, Craipeau también se mostraba reacio a abandonar la «acción entre las masas».)[40]

Entretanto Zina escribía en tono lastimero a Trotsky desde Alemania. Inicialmente él le mostró escasa atención: estaba más preocupado por el esfuerzo que se le solicitaba a Natalia, quien tenía que cuidar de Seva hasta que Zina encontrara una vivienda en Berlín para su hijo y para ella. Las cartas de Zina se hicieron más y más angustiantes, y escribirlas, al menos en opinión de Natalia, no hacían más que exacerbar su condición[41]. Trotsky empezó por fin a ser consciente de la aciaga condición de su hija. Estaba llegando al borde de la desintegración mental.

Cuando se le informó de que su hija tenía esquizofrenia, quedó impresionado; pero como le ocurría a mucha gente en esos tiempos, no tenía una idea demasiado clara de la naturaleza de esa enfermedad[42]. Le habló a su hijo Liev sobre las cartas de Zina. Quería volver a Turquía en calidad de «aliada» de su padre, pero a él le seguía pareciendo que tal propuesta era irrealizable. Cuando los médicos le manifestaron que era mejor que volviera a Rusia, ella no quiso seguir su consejo. Trotsky también apoyaba a los médicos, pues decía que una estancia en un balneario ruso le podía resultar beneficiosa, mientras que uno alemán podía serle «letal». Envió un mensaje a Alexandra Bronstein explicándole la situación. Trotsky declaraba que no podía hacerse cargo de ayudar como correspondía a Zina a menos que siguiera el consejo médico, y le pidió a Liev que advirtiera a su hermana que su desafío a las recomendaciones perjudicaba la salud de sus familiares. Añadía que si ella insistía en no avenirse a seguir sus consejos eso tendría los efectos de una «ruptura completa y final» con ella[43]. Cuesta imaginar una manera más inapropiada de tratar a un esquizofrénico. No sabemos si Liev hizo o no lo que su padre le pedía. No

parece probable, puesto que era una persona sensata y afectuosa. Las condiciones mentales de Zina siguieron empeorando. El 5 de enero de 1933 no pudo soportarlo más y se suicidó abriendo la espita del gas. La noticia del suicidio llegó a Büyükada al día siguiente. Trotsky se enfrentó a la tragedia culpando de todo a Stalin y a cómo la había tratado[44].

Esta acusación, que se repite a menudo en las explicaciones de Trotsky, está mal dirigida. Zina había pasado todo el tiempo que había querido en Sujumi. Quien la había llamado al extranjero era Trotsky, y no se trataba de que Stalin la hubiera deportado. Con Trotsky, por añadidura, era con quien quería vivir Zina. El intento de politizar su muerte no puede considerarse en absoluto afortunado.

Fuera como fuese, Trotsky quedó muy afectado. Pasaron dos días antes de que se sintiera capaz de escribir a Alexandra Bronstein y decirle: «Zinushka no vive ya». Añadía: «Me he quedado de piedra». Seguía un engañoso recuento de las andanzas de Zina en el extranjero. Decía que él y Natalia habían supuesto en principio que su principal problema era la tuberculosis. Cuando se había trasladado a Berlín los neuropatólogos habían sacado la conclusión de que necesitaba sobre todo «marido, familia, trabajo, obligaciones». Omitía mencionar el dolor que le había ocasionado a Zina la atormentada relación que mantenía con él. Concluía tiernamente, expresándose como un bardo homérico: «Abrazo fuerte, muy fuerte, tu cabeza gris y mezclo mis lágrimas con las tuyas.»[45] Alexandra se esforzó poco en no herir los sentimientos de su exesposo cuando le contestó en una carta fechada el 31 de agosto. Quería saber toda la historia. ¿Por qué no le había comunicado nada de sus preocupaciones sobre la condición mental de Zina? Ella ya sabía, sin que Trotsky se lo dijera, que algún conflicto con él había angustiado a su hija. Zina le había escrito: «Es triste que no pueda volver más con papá: ya sabes cuánto lo he "adorado" desde el día en que nací. Pero ahora nuestras relaciones se han roto definitivamente. Por eso he caído enferma». Alexandra había intentado animarla, pero Trotsky había prestado atención solamente a las dificultades físicas de su hija; había ignorado el hecho de que era una «personalidad adulta y desarrollada», que necesitaba relacionarse con él. Había fallado a su hija Zina de mala manera[46].

Era una acusación devastadora y certera. Alexandra la suavizó un tanto al confesarle que compartía su dificultad en abrirse a los demás, y se disculpaba por su «ferocidad» hacia él. Pero no retiró el veredicto[47]. Aunque no llegó al extremo de decirlo, seguramente le habría pasado por la cabeza que él las había

abandonado, a ella y a sus dos hijas pequeñitas, en Siberia en aquel año de 1902. En cualquier caso, una de ellas, Zina, se había provocado la muerte cuando una mínima dosis de consideración paterna quizás hubiera bastado. Ciertamente, Trotsky estaba ocupado. Pero sabía que Zina estaba desesperada, de modo que no había cumplido con una obligación humana elemental.

2

En busca de revoluciones

Para Trotsky, los problemas familiares siempre habían quedado en un segundo plano frente a la situación política de la URSS. Quería estar siempre preparado para sacarle jugo a cualquier desliz en la conducción del Kremlin, y para él era crucial tener bien clara la estrategia revolucionaria. En el viaje de Kazajstán a Turquía se había concentrado en las dificultades prácticas a las que se enfrentaban él y sus camaradas de la Oposición. Al llegar a Büyükada necesitaba informarse rápidamente de todos los cambios importantes que se habían producido en Moscú. La NEP había sido abandonada. En el interior del Politburó, la insistencia de Stalin en limitar cualquier concesión a los campesinos inicialmente resultó problemática, pues la mayoría opinaba que su campaña en los Urales y en Siberia había agravado la intransigencia rural. La dirección central del partido envió productos industriales al campo como prueba de su buena voluntad. Esto se hizo a expensas de los planes para la inversión de capital industrial, de modo que las reservas de moneda extranjera se agotaron en cuanto aumentaron las importaciones de bienes destinados al campesinado. Bujarin influyó en el alejamiento gradual del Politburó del «método Urales-Siberia». Los resultados no fueron muy prometedores. Por los pueblos de toda la URSS habían circulado rumores sobre las violentas expropiaciones de Stalin. Los campesinos no tenían confianza, ni se sentían seguros. La solución al problema del suministro de alimentos a las ciudades no parecía hallarse cerca.

Bujarin mantuvo la mayoría en el Politburó solamente durante unas cuantas semanas. A medida que los campesinos incrementaron su resistencia, la dirección del partido volvió a apoyar las expropiaciones forzosas. La posición de Stalin fue haciéndose cada vez más fuerte a pesar de las duras críticas de Bujarin. El Politburó se convirtió en un campo de batalla entre Bujarin y Stalin, y éste ganaba en cada enfrentamiento. Para Trotsky y la Oposición, decir que Stalin era un vil «centrista», un «oportunista» sin compromiso real con su nueva política, se convirtió en artículo de fe. Aun así, Trotsky siguió perdiendo apoyos

entre los dirigentes. Preobrajenski, Piatakov, Radek y Smilga se contaban entre ellos. Curiosamente, Trotsky interpretó esas rendiciones como un signo de que Bujarin y la «cola derechista» llevaba a cabo una ofensiva contra Stalin y los centristas, y que los llamados «capituladores» intentaban prevenir un triunfo de la derecha[1]. Era una lectura muy equivocada de la situación política soviética: Trotsky no podía reconocer que Stalin tenía a Bujarin a su merced y que la campaña para la industrialización y la colectivización ultrarrápidas continuaría. Los que se retractaban habían quedado impresionados por la transformación económica y social impulsada por Stalin y el Politburó. Anhelaban reintegrarse en un movimiento político que en su opinión encarnaba el progreso humano.

Los datos que revelaban la transformación económica y cultural de la URSS les parecían convincentes. Ignoraban las terribles penalidades por las que tuvo que pasar el campesinado durante la instauración de las granjas colectivas, hasta qué punto bajó el nivel de vida en las ciudades y cómo se expandía la red de campos de trabajos forzados, el Gulag. Parecía que Stalin estuviera haciendo muchas de las cosas que ellos siempre habían deseado que se hicieran. Las tasas de crecimiento en la industria y la minería eran estupendas. El producto bruto de la economía creció con firmeza durante el primer plan quinquenal. Todo el sector industrial, enteramente en manos del Estado y propulsado por un incremento de las inversiones, había doblado sus resultados a finales de 1932, y los objetivos del plan se cumplieron no ya en cinco años, sino en cuatro. La producción de carbón, hierro y acero se incrementaba considerablemente. Las factorías metalúrgicas se renovaron cuando la dirección del partido apremió a la Gosplan para que priorizara los bienes de equipo. Se traía tecnología avanzada del extranjero, especialmente de Estados Unidos y de Alemania, para que la economía soviética pudiera beneficiarse de los equipamientos más modernos. Se contrataba a expertos extranjeros. El crecimiento económico implicó la construcción de nuevas ciudades como Magnitogorsk. Se crearon miles de escuelas. Se emprendió una campaña de alfabetización masiva y se aseguró el acceso de trabajadores de formación reciente a puestos gerenciales. Los portavoces oficiales proclamaron que la era de la construcción de los «nuevos hombres y mujeres soviéticos» había llegado.

Por mucho que censurara la estrechez de miras de aquellos de sus partidarios que desertaban, tampoco se podía decir de Trotsky que fuera el intelectual explorador y receptivo que aparentaba ser. Se aventuraba a ir más allá, pero con

la aguja del compás fija en la perspectiva del comunismo revolucionario. Su análisis de la política europea se veía lastrado por ciertos apriorismos. Las herramientas de su interpretación seguían siendo las mismas incluso cuando las evidencias deberían haberlo conducido al escepticismo.

En los inicios de la década de 1930 continuó afirmando que Stalin no se comprometía con la política de izquierdas que estaba poniendo en práctica. Consideraba al secretario general como un oportunista, un aventurero sin principios, un político cuyo único propósito era maximizar su poder de dirigente supremo y servir a los intereses de la «burocracia». Como mucho era un manipulador que sabía cómo sacar partido del enfrentamiento entre fracciones. Suponía que para Stalin las ideas no significaban nada, a menos que le permitieran conciliar sus intereses personales. El rápido crecimiento industrial auspiciado a partir de 1928, según Trotsky, no podía durar. Tan pronto como Stalin derrotara a Bujarin y a los derechistas, volvería al bolchevismo corriente que encontraba apoyos entre el *apparatchiki*. Las caóticas condiciones económicas ya harían que esto sucediera más pronto o más tarde. Pero la posición de Stalin seguiría siendo inestable. En consecuencia, los oposicionistas tenían que permanecer fieles a sus principios y esperar su momento. Eran los únicos que sustentaban los valores de la Revolución de Octubre y del leninismo. Trotsky confiaba en que él y sus seguidores acabarían por encontrar la manera y la oportunidad para restablecer las políticas del partido que su historia merecía.

Hacía ya mucho tiempo que la Oposición había perdido su influencia oficial en la Komintern. Zinoviev había sido destituido como presidente del Comité Ejecutivo en octubre de 1926 y a Bujarin lo habían relevado de la dirección de la Komintern en abril de 1929. En principio, el plan de Trotsky había sido buscar apoyos entre adherentes reales y potenciales a través de la persistente propaganda de sus artículos. El hecho de residir en el extranjero le permitía no tener que preocuparse de la censura de Moscú. Políticamente seguía siendo un partidario del régimen de los sóviets. No había que abandonar la Komintern, sino que había que reconquistarla. A Trotsky no le preocupaba cómo se conseguiría tal cosa. Si el apoyo había que buscarlo entre las filas de los partidos de la Komintern, allí se buscaba. Si era necesario establecer grupos en el exterior de esos partidos, eso también estaba bien. Ambos métodos ayudarían a diseminar las ideas oposicionistas entre los comunistas y sus simpatizantes en Europa y alrededor del mundo.

Trotsky tuvo que explicarse en 1928-1929, cuando Stalin viró hacia la

izquierda la política de la Komintern y Moscú dio órdenes a los partidos comunistas a fin de que se prepararan para la toma revolucionaria del poder que se acercaba. El grupo de Stalin en el Politburó encontró a veteranos extranjeros deseosos de asumir la nueva línea radical. Se les indicó que aislaran a los demás partidos de la izquierda política —los partidos laboristas, socialistas y socialdemócratas— y que los trataran como contrarrevolucionarios o, según la expresión de Stalin, como «socialfascistas». Stalin afirmaba que solamente el comunismo ofrecía un baluarte contra la derecha política, y sugirió que Alemania estaba «madura» para la revolución y que había que hacer a un lado a los socialdemócratas en la disputa por las simpatías activas de la clase obrera. Trotsky contestó que él llevaba tiempo insistiendo en que una «revolución socialista europea» era realizable. Acusó a Stalin de cambiar su política en el campo de las relaciones internacionales solamente como pretexto para purgar a los bujarinistas de la Komintern. Planteó sus dudas sobre las competencias prácticas de los protegidos de Stalin en los partidos comunistas extranjeros. Ridiculizó el eslogan «socialismo en un solo país». Y, finalmente, afirmó que Stalin no iba a tomar ninguna iniciativa que hiciera peligrar la seguridad del Estado soviético.

Con estas consideraciones en mente intensificó los esfuerzos para atraer partidarios en Europa. Algunos de ellos le reclamaban la formación de una nueva Internacional que suplantara a la Komintern. Él no suscribiría esa iniciativa. Había que hacer todo lo posible a través de los partidos comunistas existentes pensando en construir una fuerza oposicionista y en llevar a cabo una «unificación internacional»[2]. Él no podía viajar desde Turquía y evaluar los resultados sobre la marcha: dependía de los informes que le enviaban entusiastas extranjeros. Las informaciones que recibía no eran siempre fiables, por mucho que los informadores no fueran infiltrados de la OGPU. Pero conservaba la fe en que sobreviviría y prosperaría. La historia, creía, estaba de su lado.

Una de las dificultades con las que se encontraría fue evidente después de que hiciera un comunicado a los miembros del Leninbund. Se trataba de compañeros oposicionistas pertenecientes al Partido Comunista Alemán. El problema residía en que eran más trotskistas que el propio Trotsky. Al ampliar el análisis que él hacía, declararon que el proceso de la «reacción termidoriana» ya se había completado en la URSS. De manera que el sistema soviético era completamente burgués. Esto era demasiado para Trotsky. Negó que fuera

necesaria una revolución contra el gobierno soviético y el partido comunista[3]. Reprochó a la dirección de sus simpatizantes alemanes excesivos titubeos y el cambio de una obsesión por otra. Dijo que habían entremezclado las ideas en lugar de formar un programa coherente, y que las habían impuesto a los miembros del Leninbund sin que mediara un debate amplio:

> Con su aspecto actual, el Leninbund no podría guiar al proletariado alemán, ni siquiera a la vanguardia de la vanguardia. El Leninbund tiene que reaprovisionar su bagaje ideológico, y en consecuencia tiene que reconocer a las bases del partido. Para hacerlo, el primer requisito es la claridad de la línea a seguir[4].

Era la manera que tenía Trotsky de atraerse adeptos en Europa y en Norteamérica. Tenía que ser el único líder. Él marcaba la línea, y se suponía que los demás seguirían detrás sin rechistar.

Trotsky criticaba al Leninbund por pedir «libertad de organización» en la tierra de la Revolución de Octubre:

> Esa consigna […] nunca fue y nunca tiene que ser algo aislado. La permisividad de organización sin libertad de reunión, de prensa, etc., y también sin instituciones parlamentarias y luchas de partido. ¿Cuál es su posición sobre el asunto? A pesar de todos mis esfuerzos, no logro discernirlo[5].

Las objeciones de Trotsky muestran hasta qué punto era hostil a las ideas e instituciones de la democracia liberal. Era un político soviético más convencional de lo que podían imaginarse muchos extranjeros. Hacía un repaso de los términos de asociación con el Leninbund: tenían que aceptar sus doctrinas si no querían merecer un trato despreciativo por su parte. Como había hecho antes, se consolaba con el pensamiento inverosímil de que si los «trabajadores» se sumaban al debate político estarían de su lado y ejercerían presión sobre la conducción oposicionista equivocada.

No se trataba sólo de eso. Después de salir de la URSS, Trotsky necesitaba parecer más leninista que Stalin. La sumisión a las doctrinas y políticas de Lenin era obligatoria. Los cuadernos de notas de Trotsky en la década de 1930 parecen

evidenciar un afecto y un respeto genuinos por el fundador del partido, pero no debería olvidarse que al escribir su diario normalmente incorporaba comentarios que esperaba desarrollar en una posterior publicación. No podemos suponer automáticamente que lo que escribía fuera un reflejo de su pensamiento sincero. Pero los sentimientos que expresaba sobre Lenin, en general, parecen creíbles. En un asunto importante sí se hacía valer ante Lenin, puesto que permitió la reimpresión de sus antiguos escritos en los que abogaba por la «revolución permanente»[6]. Eso implicaba cierto riesgo. La dirección oficial del partido en Moscú podía citar palabra por palabra todo el rechazo que esas ideas habían suscitado en Lenin antes de 1917. Trotsky dejó de mostrarse tan cauto. Quizá se sintiera respaldado por el consejo de Ioffe en su carta suicida[7]. También pudo tener el deseo de sentar un hito en el terreno en torno al cual sus seguidores pudieran congregarse. De cualquier modo, ofrecía la «revolución permanente» como una base para el análisis y no como un lema sagrado. Ésta era, según pensaba, la manera de dar sentido a las tareas que el «proletariado internacional» tenía que desempeñar[8].

Trotsky admitía en privado que el progreso era lento e intermitente. Quienes le preocupaban no eran solamente los rusos y los alemanes, sino también los franceses. En el país galo varios grupos simpatizaban con su causa. Estaban en perpetuo conflicto entre ellos, y cada grupo se dividía a su vez por rivalidades internas. Trotsky rechazaba implicarse con la organización de Boris Souvarine. (Éste era demasiado crítico con él). Albert Treint le inspiraba más confianza, y pensaba que podría destacar como dirigente de una combinación de partidarios de la Oposición. Por otro lado, quizá las cosas mejoraran en Bélgica. (Aunque sobre este extremo Trotsky no albergaba demasiadas esperanzas, y luego se demostró que tenía razón). Entre los camaradas de Checoslovaquia también reinaba el caos[9]. Pero él seguía mostrándose optimista en una carta que envió a sus partidarios en la URSS. Grupos muy «activos» existían en Bélgica y en Estados Unidos, pero prácticamente todos los grupos extranjeros le disgustaban por su política sobre China, y la comunicación transatlántica solamente empezaba a organizarse[10].

Donde más seguidores tenía la Oposición era en Alemania y Francia. Por otra parte, desde los tiempos de Lenin, el movimiento comunista internacional consideraba a Alemania como el futuro epicentro de la revolución mundial. Los seguidores de Trotsky en Francia se mostraron en un principio complacientes.

Pero el autoritarismo del Viejo empezó a crisparlos. Pierre Naville, Josef Frey y Kurt Landau se quejaron de sus «métodos organizativos»; y Landau sacó a relucir las críticas que Lenin había vertido hacia Trotsky en su testamento[11]. Esto lo hirió, pero no consiguió hacerle cambiar de comportamiento. Él siempre tenía la última palabra. Su manera de tratar a los oposicionistas alemanes tuvo consecuencias funestas. Trotsky mostró su favoritismo hacia los hermanos Sobolevicius, Abraham y Ruvim. Eran individuos muy trabajadores, con el tiempo y los medios independientes para dedicarse al trabajo político después de emigrar de Lituania. Las finanzas del trotskismo internacional eran escasas, de modo que se daba preferencia a quienes pudieran trabajar gratuitamente[12]. Los hermanos sabían cómo congraciarse políticamente. Ruvim explicó a Trotsky que el panorama entre los camaradas berlineses era espantoso[13]. Él y Abraham lograron que Trotsky se pusiera de su lado siempre que se producían disputas en la Oposición alemana. Trotsky ignoró los informes en que se le avisaba de que los hermanos causaban conflictos y desórdenes, y los acogió en Büyükada. Natalia no podía soportarlos, pues le parecían ansiosos e ignorantes, pero nadie pudo tomar ninguna medida contra ellos hasta que Trotsky se enteró de que Abraham había declarado que el plan quinquenal soviético se había cumplido satisfactoriamente y de que Ruvim había defendido repetidamente a trotskistas que se habían peleado con Trotsky[14].

Pronto salió a la luz que los hermanos Sobolevicius eran agentes de la OGPU con la misión de infiltrarse y de perturbar el trotskismo alemán. Cuando se hizo evidente la verdad, Trotsky no creyó necesario disculparse por haberlos protegido. Simplemente los denunció y esperó de todos que siguieran acatando sus órdenes. Su hijo Liev comprobó que esto generaba resentimiento entre los camaradas europeos[15]. Llevó las quejas ante su padre y le recriminó su irritabilidad y su pedantería, indicándole que actuara con más tacto. Todo lo que obtuvo por respuesta fue la orden de mostrarse más aplicado[16].

En la creencia de que el objetivo de la «revolución europea» estaba próximo, Trotsky incitó a la Oposición del continente a ignorar cualquier distracción que pudiera apartarla del objetivo supremo. Resumió sus opiniones en una carta abierta al Partido Comunista Soviético en marzo de 1930. Insistía en que el Politburó había emprendido el camino estratégico equivocado por la dependencia predominante de la fuerza en la sociedad soviética. El resultado era el caos administrativo que reinaba en toda la URSS[17]. Lo que hacía las cosas

aún peores era la permanencia de la «vieja teoría del socialismo en un solo país». En la práctica, Stalin no daba ninguna prioridad a promover el cambio revolucionario en el extranjero. Después de cometer errores estúpidos y de mostrar a menudo una tendencia a vacilar bajo la NEP, el Politburó se dedicaba a la tarea de la industrialización soviética y a presionar a la Komintern para que tratara al resto del movimiento socialista en Europa, más que a los propios fascistas, como el enemigo principal[18]. La Oposición tenía que activarse. Sus problemas de luchas internas, desarreglos organizativos e inferioridad numérica debían ser considerados sólo como temporales. Trotsky veía la solución en términos de clase. Sus adherentes europeos estaban fracasando a la hora de influir más allá de la intelectualidad. Ese enfoque «aristocrático» dejaba a los trabajadores en la soledad[19]. Las revoluciones proletarias no podían llevarse a cabo sin la implicación activa del proletariado. La propaganda y el reclutamiento entre la clase obrera eran requerimientos urgentes.

Trotsky pasaba los días pensando en las posibilidades. El caos catastrófico de la economía global después del crash de Wall Street de octubre de 1929 no le preocupó: al contrario, daba alas a su convicción de que el orden socialista acabaría por imponerse. El trastorno político y económico en la Unión Soviética tampoco le importaba demasiado. Stalin, esa mediocridad triunfante, seguramente iba a ser incapaz de afianzar su régimen. La nota del diario de Trotsky continuaba así: «Por lo tanto no puedo hablar de la indispensabilidad de mi trabajo ni siquiera en relación con el período 1917-1921. Pero ahora mi trabajo es “indispensable” en todo el sentido de la palabra.»[20] Al escribir para sí mismo dejaba a un lado la modestia de su discurso público. ¿Creía en verdad lo que se decía? Pudiera ser que de esta forma intentara autoconvencerse. Trotsky tenía alguna responsabilidad personal en su caída del pináculo del poder en la URSS. No habría sido humano si no hubiera pensado que había cometido algunos terribles errores. El pasado era inalterable. Pero podían sacarse lecciones de él para hacer brillante el futuro.

Los dirigentes de los partidos comunistas oficiales eran una causa perdida según las estimaciones de Trotsky. Ernst Thälmann en Alemania y Maurice Thorez en Francia eran la encarnación de la ineptitud[21]. A pesar de adoptar una política internacional radical, la Komintern no tenía la más mínima pista de cómo hacerse con el poder en parte alguna. Trotsky sugirió que el cínico Stalin quizá favoreciera el establecimiento de un régimen nazi en Berlín precisamente

porque Hitler aplastaría a los comunistas y dispensaría a la URSS de la obligación de intervenir en apoyo de una revolución fraternal[22]. Si Stalin hizo semejante cálculo, no se lo dijo a nadie. Como era habitual, Trotsky caricaturizaba las intenciones presumibles de Stalin. Franz Neumann, miembro de la dirección del Partido Comunista Alemán, explicaba una historia diferente sobre la política exterior soviética. Neumann estaba preocupado por la posibilidad de que los nazis llegaran al poder y aprovechó la oportunidad para expresar sus temores a Stalin. La respuesta lo sorprendió. Stalin dijo que incluso si Hitler se convertía en el dirigente de Alemania no había motivos para ser pesimista. Un régimen nazi rompería el tratado de Versalles y Europa se sumiría en el caos. Los comunistas alemanes serían capaces de aprovechar tal situación para sus objetivos revolucionarios[23].

Es posible que Trotsky no interpretara bien los pensamientos de Stalin, pero sí tenía razón al señalar su terrible infravaloración de los peligros que el nazismo entrañaba para toda la izquierda política. Bujarin era de la misma opinión, pero ya no tenía libertad para expresarla. Tanto Trotsky como Bujarin entendieron que el nazismo en el poder iba a causar estragos en la izquierda política. Una de las primeras medidas de Hitler en el poder sería con seguridad la ilegalización y supresión del partido comunista. El *Byulleten Oppozitsii* advirtió repetidamente de la estupidez de concentrar los esfuerzos de la Komintern en la guerra contra los «social-fascistas». Los tiempos reclamaban algún tipo de pacto entre comunistas y socialdemócratas en Alemania contra la amenaza nazi. En 1932 planteó sus conclusiones en el opúsculo *Cuestiones vitales para el proletariado alemán*. La amenaza del fascismo era la más grande de cuantas se cernían sobre la Komintern. El partido soviético oficial en la situación que atravesaba en esos tiempos no tenía capacidad para el liderazgo mundial. En lugar de eso tenía que darse un «control internacional sobre la burocracia soviética». Era necesaria una campaña que introdujera la «democracia de partido» en todos los partidos comunistas. El crash de Wall Street había llevado a una depresión económica profunda y duradera en todo el mundo. La extrema derecha política se había convertido en un contrincante serio en la lucha por el poder en la Europa central. Había que luchar contra Hitler. Había que derrocar a Stalin.

De hecho, Stalin y Trotsky coincidían en que Hitler era una marioneta al que manejaba el «capital financiero» alemán. Su disputa giraba en torno a las posibles consecuencias de la supremacía política nazi. Los temores de Trotsky se

vieron confirmados. Los nazis se convirtieron en el partido más votado en las elecciones al Reichstag en julio de 1932. Al invierno siguiente provocaron disturbios. La depresión económica iba ahondándose y el presidente Von Hindenburg nombró a Hitler como canciller en enero de 1933. Se inició una oleada de oscuros manejos legales y constitucionales. La violencia callejera de los nazis no se castigaba. Hitler se presentó como portador del orden. Culpaba a la izquierda política de cualquier disturbio, de modo que suprimió el Partido Comunista Alemán. Los dirigentes que no pudieron abandonar el país fueron asesinados o internados en campos de concentración. Stalin vio confirmada su predicción de que Hitler rompería el tratado de Versalles y reafirmaría el poder de Alemania en Europa central. Su creencia de que el comunismo alemán emergería como principal beneficiario, en cambio, resultó ser una equivocación catastrófica.

Las oficinas editoriales del *Byulleten Oppozitsii* en Berlín tuvieron que ser trasladadas rápidamente a París, en donde el secretariado internacional se había radicado tras el desenmascaramiento de los hermanos Sobolevicius. La Oposición en Europa y Norteamérica había intentado reunir sus fuerzas en una «conferencia internacional preliminar» en la capital francesa a principios de febrero. Estaban representados once países, y cada uno podía explicar un drama. Los ingleses disponían solamente de veintisiete miembros. Los franceses y belgas no habían ido mucho más allá y habían reclutado solamente un centenar cada uno. Los desacuerdos políticos dificultaban los intentos de expansión más allá de los grupos trotskistas. Los alemanes habían visto interrumpida su actuación por las maquinaciones de los Sobolevicius y por las continuas escisiones, pero se mantuvieron activos hasta el acceso al poder de Hitler, y contaban con setecientos militantes. Los italianos, al igual que los rusos, eran sobre todo refugiados: la policía de Mussolini hacía imposible cualquier progreso en Roma. La organización de los griegos resultaba ser la más fuerte, con quinientos miembros, aunque una quinta parte de ellos estaba en la cárcel. Los españoles contaban con 1500 miembros, pero su líder Andreu Nin había planteado problemas al secretariado internacional al no conformarse con la elección de Trotsky sobre qué grupos apoyar en Francia. El catalán Nin no estaba dispuesto a que Trotsky le indicara lo que tenía que hacer[24].

Liev Sedov (él y su hermano habían cambiado de apellido, al igual que había hecho su padre) ya había dispuesto un plan de emergencia para trasladar las

operaciones a París, y así se lo había comunicado a Trotsky. Sedov tenía menos fe que su padre en la utilidad de los socialdemócratas como aliados frente al avance nazi[25]. Sí estaban de acuerdo respecto a la falta de espíritu de lucha en la dirección comunista oficial. Tras el incendio del Reichstag en febrero de 1933 y la represalia de Hitler contra la izquierda política, Sedov anunció que él partiría a Francia incluso si Trotsky no estaba de acuerdo. Se sentía harto de esperar sus cartas, que no llegaban. El archivo estaba empaquetado. Jeanne Martin des Pallières escondió documentos importantes entre sus ropas. Escaparon temiendo por sus vidas, cruzaron la frontera y llegaron a la capital francesa el 5 de marzo[26]. Trotsky dio rienda suelta a su enfado con Liev, y llegó a sugerir que había fallado a la hora de prevenir los problemas con los hermanos Sobolevicius y que había actuado como un aficionado. Las frustraciones de Liev se desbordaban cuando recibía semejantes cartas, y tendía a contestar no a Trotsky, sino a Natalia para explicarle lo muy injustamente que se le trataba y que era consciente de que su padre tendía a importunar más a los colaboradores más hábiles y diligentes —como él mismo—, a quienes menos merecían los reproches. Era su manera de indicar que ya había tenido bastante.

Trotsky no se disculpó nunca. Como mucho, durante un tiempo, evitó ser ofensivo. Tanto él como su hijo sentían que Liev estaba demasiado implicado como para dejarlo en la estacada. Ambos sabían que la situación política en Europa se encontraba en una encrucijada y que las tornas podían cambiar a su favor. La bancarrota de la política exterior de Stalin había quedado en evidencia para todo el mundo, y había llegado el momento de que Trotsky reivindicara su ambición de liderar el movimiento comunista mundial. Reconocía la grandeza de Lenin y atesoraba su memoria. Pero Lenin había muerto. Correspondía a Trotsky restaurar el leninismo en Rusia y en el mundo. Y él se aferraba a esa esperanza. Sus artículos desbordaban de extrapolaciones esquemáticas, razonamientos tambaleantes y consignas poco consistentes. Trotsky era un hombre inteligente: ni siquiera sus peores enemigos lo negaban. La verdad era que la única alternativa a la esperanza era la desesperación.

3

El escritor

En una actividad Trotsky superaba a casi todos los políticos contemporáneos: en su habilidad literaria. En realidad, sólo Churchill le igualaba. Entre los rusos no tenía competidor. Pável Miliukov, el dirigente kadete, y sus colegas liberales produjeron memorias y estudios históricos impresionantes, pero ninguno tenía el arte de Trotsky. En la izquierda política los rivales escaseaban todavía más. El líder de los socialistas revolucionarios Víktor Chernov publicó su autobiografía en Occidente, pero no se consideró que mereciera la pena traducirla. La mayoría de mencheviques corrieron la misma suerte. El único exiliado de Rusia que obtuvo éxito con sus escritos fue Nikolái Berdiáyev, en un tiempo marxista y más tarde filósofo existencialista cristiano. El recuento de su vida atrajo la atención de muchos críticos, pero de ningún modo llegó a las cotas de Trotsky en cuanto al número de lectores o a los elogios unánimes.

Escritores importantes de Europa y Estados Unidos establecieron contacto con Trotsky. Uno de los pocos que fue hasta Büyükada fue Georges Simenon, ya por aquel entonces famoso en todo el mundo por sus libros de Maigret, quien lo entrevistó para un diario parisino en junio de 1933. Aunque Simenon era uno de los autores preferidos de Trotsky, éste temía que no se reflejaran bien sus respuestas, así que negoció para contestar tan sólo a tres preguntas y por escrito. Dictó sus respuestas en ruso y las hizo traducir al francés[1]. Como era de esperar en aquellas condiciones, el resultado no fue demasiado apasionante. El sexólogo alemán Wilhelm Reich también expresó el deseo de hablar con él[2], pero el encuentro no se produjo nunca. En ese mismo año, durante su estancia en Saint-Palais, Trotsky recibió la visita de André Malraux, cuyo libro *La condición humana* recomendó para su traducción al inglés. Él y Malraux se enfrentarían a continuación por cuestiones relacionadas en un principio con la política francesa, y más tarde con la Guerra Civil española. Ambos intercambiaron insultos. Es difícil saber cuál de los dos observaba una conducta más reprobable, pero es evidente que la irritabilidad de Trotsky se expresaba de un modo que, en la

compañía de artistas y pensadores de la Viena de entreguerras, resultaba chocante. Su experiencia de la vida desde 1917 había endurecido y limitado su personalidad.

Cuando un periodista le pidió cuál era su escritor soviético preferido, Trotsky eligió a Isaak Babel. *Caballería roja*, una brillante secuencia de narraciones cortas, había aparecido demasiado tarde como para incluirla en el libro *Literatura y revolución* de Trotsky. Babel había luchado con la caballería en la campaña de Polonia de 1920 y sus virulentas narraciones situadas en este contexto estaban entre las mejores del género en la literatura mundial del siglo XX. Trotsky mostró su buen ojo para la excelencia al elegir estos cuentos como merecedores del «más alto interés»[3].

Los trotskistas franceses animaron a Trotsky a tomar contacto con André Gide, quien publicó una crónica devastadora de su viaje a la Unión Soviética en 1936. Gide explicaba que le había enviado un telegrama halagador a Stalin desde Tbilisi. Pero según los que debían encargarse del escritor no era lo suficientemente halagador, y le pidieron que a «destino» le añadiera «glorioso» en el saludo que se hacía al futuro de la URSS. Se negaban a enviar mensajes de ninguna clase si no estaban redactados en un lenguaje laudatorio. Trotsky, que se había sentado en la veranda para leer la narración de Gide, se echó a reír a carcajadas. Tan sonoras, que Natalia salió a ver qué era para ir a conocer ese jaleo[4]. De todos modos, Trotsky no se preocupó por desplazarse a Gide: esperaba que la montaña fuera a Mahoma[5]. Y no es que evitara la compañía de las personas que pasaban sus días con la pluma o la paleta. Se mostró encantado cuando el muralista mexicano Diego Rivera le escribió inesperadamente. Trotsky recordaba el libro de reproducciones de Rivera que había curioseado en Alma Atá, y en ese momento lo invitó a visitarlo en Turquía[6]. Trotsky estableció también una relación con el escritor surrealista André Breton. Pero, en general, estaba dedicado sobre todo a su campaña política. No escribía absolutamente nada que dejara de contribuir a esa causa.

Los derechos de autor de sus libros financiaban su política, y los recuerdos de su carrera pasada eran su baza comercial más importante en la búsqueda de ingresos. Lenin y Trotsky habían dirigido a los bolcheviques en la Revolución de Octubre y en la guerra civil. Trotsky era el único superviviente, y su historia era de lo más vendible. Ya había publicado muchas narraciones de varios episodios de su vida, pero todavía tenía que intentar una narración continuada, lo que

también constituiría una buena baza. Su plan se desarrollaba en dos vertientes: escribiría una autobiografía completa desde el nacimiento hasta el presente, seguida por una historia de la Revolución Rusa desde febrero hasta octubre de 1917. Inicialmente publicó una serie de artículos con el subtítulo *Seis artículos para la prensa mundial burguesa*[7]. Trotsky no tardó en entrar en razón y reconoció que un título tan condescendiente no atraería nunca a lectores que no fueran marxistas… Y si no obtenía el número de lectores deseable se quedaría sin dinero. La autobiografía y la historia se convirtieron en una preocupación diaria. Gran parte de la investigación solamente requería la consulta de su propia memoria. Los baúles que había traído de la URSS también demostraron lo que valían. (Las autoridades soviéticas aprendieron de su error: en la siguiente década no se permitiría a ningún ciudadano que abandonaba el país que se llevara documentos comprometedores). Su hijo Liev envió material adicional de Berlín y París. Trotsky funcionaba como una máquina de escribir en beneficio de la causa de la Oposición[8].

A lo largo de los años había hecho muchos esbozos de su vida. Era un autoplagiador con muchos recursos, y aprovechaba imágenes, frases o incluso párrafos enteros para los proyectos que tenía en curso[9]. Era el equivalente literario de maestros del collage visual como Braque o Picasso. También tenía una idea exacta sobre el resultado que buscaba. Los editores con los que trabajaba lo presionaban para que introdujera revelaciones sensacionales; asimismo le indicaban que procurara no pensar en ediciones con múltiples volúmenes[10]. Trotsky no hacía demasiado caso: escribía lo que le apetecía y tan extensamente como quería. Su manera de redactar era laboriosa. En principio completaba borradores de su propia mano, pero a veces simplemente dictaba a las secretarias, y esperaba de ellas que tomaran nota o que incluso copiaran sus palabras directamente a máquina. Los métodos eran de lo más peculiares. Tan pronto como disponía de un capítulo entero de *Historia de la Revolución Rusa* mecanografiado, se llevaba las páginas a su despacho y las pegaba a un rollo de papel[11]. Nunca explicó por qué motivo trabajaba así. El motivo más probable es que buscara un equilibrio apropiado entre los párrafos. La presentación estética era algo que siempre tenía muy en cuenta. Como los poetas que se preocupan por el tamaño de sus cantos, a él no le gustaba que sus lectores se percibieran en su prosa una mala disposición.

Trotsky obtenía el tono que deseaba ya a partir de los primeros borradores.

Cuando las secretarias no podían seguirle, les decía que omitieran unas cuantas líneas para retomar el hilo. Le disgustaba contenerse cuando las ideas fluían. Sara Weber lo recordaba así:

> Cuando L. D. dictaba no se sentaba nunca, sino que dictaba andando de aquí para allá, a veces casi dándome la espalda… L. D. hablaba sin utilizar ninguna nota, y a una gran velocidad, las frases se iban sucediendo, suavemente. La campana que sonaba para la comida o la cena interrumpía el trabajo. Al oír la campana L. D. dejaba de dictar, a veces a media frase, para no hacer esperar al resto de la casa, y entonces bajábamos al comedor. Tras la comida y un breve descanso, a menudo volvía a dictarme. L. D. me preguntaba en qué palabra nos habíamos quedado y recomenzaba a partir de allí, suave, ininterrumpidamente[12].

Podía dictar en ruso, alemán o francés. (Intentó hacerlo también en inglés, pero con poca fortuna). A pesar de lo estricto y exigente que era con el trabajo, rara era la ocasión en que hablaba con enfado: prefería salir de la estancia y calmarse[13].

Mi vida, que apareció en 1930, fue el primer producto de estas labores; su *Historia de la Revolución Rusa* se publicó en tres volúmenes en 1932-1933. Sufría remordimientos de conciencia al escribir sobre sí mismo. El foco del marxismo está puesto en las clases sociales, no en los líderes individuales, y Trotsky se adhería al principio de que los «grandes hombres» no hacen la historia, sino que son las herramientas para el cambio histórico. Era típico de comunistas, sin embargo, pensar que llamar la atención sobre sí mismo por medio de la escritura era algo penoso. Trotsky comunicaba su propia incomodidad con la tentativa de subtítulo que escogió para la autobiografía: *Un intento de autobiografía*. Escribía marcando distancias, como si estuviera hablando de un extraño. Tras sus recursos retóricos, sin embargo, se palpaba un esfuerzo constante para proclamar el acierto de sus decisiones y acciones a lo largo de los años. Y, sin embargo, los borradores iniciales demuestran que su ansiedad era un sentimiento auténtico. Lo mismo que Julio César en *La guerra de las Galias*, Trotsky mantenía una distancia formal entre el autor y su yo histórico. Se refería a sí mismo en tercera persona e incluso adoptaba el nombre de Grisha para los capítulos sobre su infancia[14]. (Solamente abandonaba este

artilugio cuando citaba a su madre hablando: hubiera sido una tontería hacer que ella lo reprendiera como si fuera el inexistente Grisha.)[15]

Se trata de una técnica retórica conocida como alienación o extrañamiento. Desde César hasta Trotsky se trata de un recurso dramático usado para proporcionar un aura de modestia a la imagen política. Aunque en el texto final Trotsky recuperó su nombre real (o más bien sus nombres reales y sus seudónimos reales), continuaba evitando en gran medida el «yo». Esto funcionaba maravillosamente en la descripción de Yanovka. Trotsky utiliza los recursos de Tolstói en *Infancia* y describe escenas como si las viera a través de los ojos del niño que había sido:

> Me habían asegurado que los telegramas iban por un alambre, pero yo veía por mis propios ojos que el despacho lo traía de Bobrinets un mandadero a caballo, a quien le daban por el servicio dos rublos y cincuenta cópecs. Los telegramas eran papeles como una carta y con unas cuantas palabras escritas a lápiz. ¿Cómo iba a pasar aquello por un alambre? ¿Lo empujaba el viento? Me dijeron que venía por electricidad. Pero eso lo ponía todavía más oscuro. Mi tío Abram se esforzó un día por aclararme el misterio.
>
> —Mira, por el alambre pasa una corriente y marca signos en una cinta de papel. ¡A ver, repítelo!
>
> —Por el alambre pasa una corriente —volví a decir yo— y marca signos en una cinta de papel.
>
> —¿Lo entiendes?
>
> Sí, lo había entendido[16]…

El mal humor de Abram disipaba la curiosidad del niño. Pero no por mucho tiempo. Trotsky extrajo de sus recuerdos lo que ocurrió luego:

> —Pero entonces, ¿de dónde sale la carta? —le pregunté, con el pensamiento puesto en el papelito azul del telegrama.
>
> —La carta viene aparte —me contestó el tío.
>
> Yo no me explicaba para qué la corriente, si la «carta» viajaba a lomos de un caballo. Mi tío empezó a enfadarse.
>
> —¡Déjate estar de cartas, chiquillo! —me gritó—. ¡Estoy explicándote el

telegrama, y tú dale que dale con la dichosa carta!

Y el misterio se quedó sin aclarar[17].

El autor era un maestro de la prosa concisa y elegante.

Mantenía una apariencia de sencillez y franqueza al ir avanzando en su carrera revolucionaria, y el relato adquiría las cualidades mordaces de alguien que saldaba viejas cuentas. Las anécdotas de sus conversaciones con Lenin eran incisivas. La exposición de la estrategia y de las intrigas en la guerra civil arrastraba al lector con espléndida fuerza evocativa. No es fácil encontrar mejores evocaciones de la emergencia que culminó en la decisión de introducir la NEP. El patetismo de los últimos días de Trotsky en Moscú en 1928, del exilio en Alma Atá y de la deportación a Turquía también se transmitía con emoción. Pero tanta argucia deriva en un efecto fatigoso a menos que uno ya esté de su lado políticamente. El problema no radicaba en el estilo, sino en el contenido. Esto también era cierto en *Historia de la Revolución Rusa*. Ambos trabajos se escribieron como si 1917 solamente hubiese podido dar lugar a un gran resultado. Al volver a trabajar las ideas que reflejaban sus escritos de 1905, el Trotsky de la *Historia* proclamaba «la ley del desarrollo combinado». Según argüía, los países «atrasados» podían tomar un camino hacia la modernidad diferente al que seguían sus competidores «avanzados». Rusia había sido capaz de aprender a partir de los últimos logros políticos, culturales y tecnológicos de otros países, para así acelerar su propio desarrollo. De este modo había saltado por encima de etapas de cambio experimentadas en Europa occidental y en Norteamérica[18].

Al tiempo que presentaba esta «ley» suya como una contribución original al pensamiento marxista, Trotsky no pretendía que el «desarrollo combinado» condujera siempre a un resultado «moderno». Las condiciones de retraso, recalcaba, a menudo facultaban a las viejas clases dirigentes a retener del poder, y eso era lo que Nicolás II, la aristocracia terrateniente y la burguesía habían intentado conseguir en el Imperio ruso antes de 1917. Las posibilidades efectivas de los políticos reaccionarios eran muchas y diversas. Frente a esto, a los revolucionarios sólo les cabía responder manteniendo un compromiso radical auténtico y volcándose en una actividad inflexible. Indicaba que los bolcheviques habían probado su valor tras la caída de los Románov. Pero en este punto, tras mostrar una vívida perspectiva del pasado imperial, Trotsky hacía un

análisis rutinario y cantaba los mantras habituales sobre Lenin, el partido y las masas como una verdad inmutable. Vilipendiaba a los oponentes socialistas al bolchevismo. Desaprobaba cualquier argumento que contemplara que la democracia, la sociedad civil o la tolerancia ideológica pudieran tener algo positivo que ofrecer al pueblo ruso. En muchos aspectos esenciales reproducía los dictados de los informes soviéticos oficiales de Nikolái Popov y Emelian Yaroslavski en la década de 1920.

Era brillante cuando explicaba sus logros y los logros de Lenin. Reproducía lo que, según aseguraba, habían sido los términos exactos de conversaciones íntimas. Es difícil decir cuánto hay de verdad en esos fragmentos, especialmente si nadie había oído la conversación. Pero lo cierto es que no se le ha criticado por inexacto. Eso sí, pasando por alto el descaro con que recurría a evasivas y criterios selectivos. Evitaba describir incidentes que pudieran afectar a su credibilidad como amigo de los pobres y de los oprimidos. De este modo trató la conspiración de Tambov y el amotinamiento de Kronstadt a principios de 1921, omitiéndolos de su narración. *Mi vida* es un llamamiento de apoyo a la causa comunista. También es una obra maestra de los rodeos políticos enmascarados por los artificios de un alquimista literario.

Trotsky corregía sistemáticamente sus borradores. Desde el principio había disimulado la fortuna de su padre y la condición judía de la familia, y las versiones posteriores insistieron en esta orientación[19]. También anuló uno o dos relatos deliciosos sobre su niñera, Masha. Probablemente no quería que pareciera que había sido un niño demasiado mimado. Algunos de los vibrantes diálogos entre él y el mecánico de su padre, Iván Greben, se eliminaron: sin duda Trotsky quería evitar que se le considerara como perteneciente a la clase de los amos. Borró los nombres de algunos conocidos. En años posteriores lo hubiera hecho para protegerlos de la policía de seguridad estalinista. Pero en los años de Turquía no era una consideración a tener en cuenta. Es más probable que quisiera ocultar la intensidad de su intercambio con compañeros judíos en las primeras etapas de su vida[20]. Igualmente importante era el deseo de minimizar los desacuerdos pasados con Lenin. En este caso sabía lo que se traía entre manos incluso en los primeros borradores. Como buen trotskista, siempre necesitaba demostrar sus credenciales leninistas. Corría un tupido velo sobre sus enfrentamientos más enconados con Lenin antes de 1917. Incluso anuló las referencias a sus críticas sobre los defectos de los organizadores de *Iskrá* en

Rusia[21]. Suprimió también la reivindicación de que la teoría de la «revolución permanente» había sido plenamente confirmada por la historia. Parecía indeciso a la hora de volver a publicar sus artículos anteriores a 1917 referidos a este asunto[22].

La mezcla de demagogia y evasivas aparecía también en *Historia de la Revolución*. Y a veces caía en la ridiculez. Nicolás II recibía el trato de «mortecino, sereno y distinguido», y se le atribuía el único mérito de no ser personalmente cruel. Kerenski aparecía como un reaccionario con un «pañuelito rojo de seda». A Stalin se lo despreciaba por rutina, pero sobre todo había muy pocas referencia a su persona. (Aparecía con más frecuencia en *Mi vida*, en donde Trotsky, conteniéndose a la hora de caracterizarlo personalmente, ensartaba al secretario general reproduciendo los comentarios que sobre él habían hecho Lenin y otros). Siempre que aparecían los mencheviques o los socialistas-revolucionarios entre febrero y octubre de 1917, se cuestionaban sus motivos. Trotsky se burlaba de ellos sin piedad. En su opinión eran falsos, estúpidos, indecisos y también peligrosos promotores de una contrarrevolución. En cuanto a Kámenev, Zinoviev y Stalin, su actuación no había sido mucho mejor, y los apodaba los «conciliadores», para herirlos diestramente con puyas antes que con un mazo[23]. De esta manera emergían los héroes de la narración: Lenin y Trotsky. Los líderes de la Oposición, en tanto y en cuanto hubieran permanecido fieles a Trotsky, también merecían sus alabanzas. Los demás sufrían bofetones verbales. Trotsky revestía su comentario con una ágil exposición de su análisis. Rusia, seguía argumentando, resultaba demasiado atrasada para el socialismo sin el apoyo de una revolución socialista europea. Pero de algún modo los bolcheviques habían obrado bien al hacerse con el poder. Los logros de la primera administración soviética eran en su conjunto laudables; y si los «epígonos» de Lenin no hubiesen derrotado a la Oposición la herencia leninista no se habría disipado[24].

Trotsky se dejaba llevar por su afición a las referencias clásicas. Los «epígonos», en la antigua Grecia, eran los pertenecientes a una generación más joven que seguía a otra de héroes; a veces, pero no siempre, podía inferirse que los más jóvenes eran inferiores. Los hijos de los Siete contra Tebas, por ejemplo, triunfaron allí donde sus padres habían fracasado[25]. Trotsky se equivocaba al utilizar el término como si toda la generación joven careciera de talento, fuerza o propósito encomiable. Pero le gustaba cómo sonaba la palabra: el estilo triunfaba

en su mente por encima del contenido. No importaba lo que escribiera si pensaba que iba a salvaguardar la grandeza de la Revolución de Octubre.

Se había acusado repetidamente a los bolcheviques de haber organizado una conspiración. Lo que resultaba poco habitual era que Trotsky no lo negara. Toda revolución, decía, necesita una insurrección que a su vez requiere del secreto y de «una preparación concienzuda»[26]. (La línea oficial soviética, en cambio, insistía en que la colaboración entre la dirección, el partido y las masas se había producido abiertamente). Al mismo tiempo, parecía que para Trotsky la Revolución de Octubre reflejara la opinión de «las masas». En lo que concierne al II Congreso de los Sóviets, reclamaba que 390 de los 650 delegados con voto «apoyaron la causa de los bolcheviques»[27]. De este modo, tal como Trotsky dejaba claro, no todos los asistentes al congreso que votaron por los bolcheviques eran a su vez bolcheviques[28]. Podía haber ido más allá y admitir que los bolcheviques habían tomado el poder sin el apoyo de una mayoría de la sociedad. Pero esto habría resultado contraproducente para la impresión que deseaba provocar. Para él, la toma del poder era el producto de presiones imparables ejercidas por los trabajadores, soldados y campesinos:

> La revolución se produce cuando no queda ya otro camino. La insurrección, elevándose por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, no puede ser provocada artificialmente, lo mismo que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden antes de decidirse a dar el último asalto[29].

Por lo menos a este respecto Trotsky y Stalin coincidieron en su versión de la historia de 1917.

El libro de Trotsky, de todos modos, tenía un tono propio, y nadie podía acusarle de falta de sentido del humor. Escribió sobre el batallón de ciclistas que figuraba entre los partidarios del gobierno provisional en aquellos últimos días. «Basta con dejar a un hombre distinguirse de los demás sobre dos ruedas con una cadena —al menos en un país pobre como Rusia— y su vanidad empieza a hincharse tanto como los neumáticos. En Estados Unidos para conseguir un efecto parecido hace falta un automóvil.»[30] Sobre otros asuntos era absolutamente serio. Como ya no estaba bajo la presión del Politburó, se sentía libre de rechazar la historia oficial según la cual el partido bolchevique había

dirigido la Revolución de Octubre[31]. Insistía también en que el criterio de Lenin quedaba lejos de ser infalible. Así, Lenin había insistido una y otra vez para que la toma del poder se produjera ya en agosto y septiembre[32]. Según el veredicto de Trotsky, los bolcheviques habrían sido borrados del mapa si el Comité Central no hubiera rechazado las demandas de Lenin. También reincidió en su primer análisis sobre la importancia de los soldados en el derrocamiento del gobierno provisional. Éste era su juicio: «La Revolución de Octubre era la lucha del proletariado contra la burguesía por el poder. Pero fue el *mujik* (el campesino) quien, a fin de cuentas, decidió el desenlace de la lucha». Insistía en que el impulso fundamental para la toma del poder lo había dado la guarnición de campesinos sin uniforme de Petrogrado[33].

Su control sobre la versión impresa en ruso de *Mi vida* y de *Historia de la Revolución Rusa* fue total. Pero no era de ahí de donde procedían los derechos de autor en su mayor parte, y las traducciones a lenguas europeas le produjeron serios quebraderos de cabeza. Los editores londinenses Thornton Butterworth sustituyeron por su cuenta el subtítulo *Un intento de autobiografía* por otro de su propia cosecha: *The Rise and Fall of a Dictator* («Ascensión y caída de un dictador»[34]). En Rieder, sus editores en París, las cosas no fueron mucho mejor. Maurice Parijanine, un admirador de Trotsky, consintió en llevar a cabo el trabajo de traducción con la condición de poder añadir sus propias notas explicativas a pie de página. Trotsky se subió por las paredes al ver el resultado y le mandó a Gérard Rosenthal, abogado y trotskista, una lista de inexactitudes y malentendidos: «Me sube la temperatura (¡y no exagero!), en cuanto ojeo este libro. ¿Podrás añadir estas muestras a las demás mientras pongo orden? Los insultos hay que eliminarlos. (Son para el consuelo de mi alma.)[35]» Cuando amenazó con enviar una carta abierta de queja a los diarios, Rieder cedió terreno y le ofreció la posibilidad de adjuntar una declaración en la que se explicara que no tenía nada que ver con las notas de Parijanine. Pero Trotsky se mostraba implacable y le pidió a Rosenthal que siguiera «aterrorizando» a Rieder[36]. Parijanine, que estaba reconsiderando su estima hacia Trotsky, escribió que ningún traductor decente podía convertirse en «esclavo del autor»[37]. Cuando el caso llegó a los tribunales era demasiado tarde: Rieder ya había puesto el libro a la venta.

Trotsky se las arreglaba razonablemente bien desde el puto de vista financiero y Liev informaba que sus libros se vendían bastante en Berlín a

principios de la década de 1930[38]. Más tarde, Trotsky atribuiría este éxito a los agentes de la seguridad soviética, que compraban los ejemplares disponibles solamente para destruirlos[39]. En Alemania ganaba sus derechos de autor sin alcanzar el número de lectores que deseaba. Sin embargo, por lo general era poco hábil en la gestión de sus negocios. Firmó un cincuenta por ciento de los derechos americanos para su *Historia de la Revolución Rusa* a Charles y Albert Boni, de Nueva York. A pesar de su desprecio hacia el capitalismo y los capitalistas, pensaba ingenuamente que se podría volver a redactar el contrato apelando a la conciencia de los editores[40]. No es fácil dejarse embaucar tanto.

Max Eastman apareció en Büyükada en 1932 para que pudieran trabajar juntos en la *Historia de la Revolución Rusa*[41]. Trotsky aprobaba la traducción de Eastman. (Evidentemente, su fluidez en inglés no era suficiente como para darse cuenta de la cantidad de argot que utilizaba). Aun así, tuvo sus altos y sus bajos en su relación con Eastman[42]. Trotsky lo empleaba como agente literario gratuito en sus contactos con Estados Unidos. A Eastman no le resultaba una carga demasiado pesada hasta que Trotsky lo ignoró en los tratos con un editor americano que quería traducir sus artículos para la prensa, lo que resultaba especialmente mortificante, ya que Eastman a menudo se quedaba sin fondos como recompensa a sus esfuerzos, y dado que además Trotsky, gracias a la mediación del americano, había recibido 45 000 dólares por los derechos de serialización de su *Historia* solamente en el *Saturday Evening Post*[43]. Pero Trotsky no quiso ceder, y a Eastman le faltó muy poco para explotar, como recordaría más tarde:

> Por una vez en la vida pude pensar en lo que podía decir de forma más adecuada en ese momento. «Lev Davídovich, solamente puedo responderle con las palabras de Lenin». Y cité en perfecto ruso la frase del famoso testamento: «El camarada Trotsky corre el riesgo de verse demasiado atraído por la faceta puramente administrativa de los asuntos». Cuando lo oyó, Trotsky se relajó y se recostó en la silla, lanzando una gran carcajada, como si dijera: *touché!*[44]

La relación se truncó. Eastman partió de Turquía unos días después, y dejó que el Viejo encontrara a otro para que le hiciera los recados.

Tras la publicación de estos dos libros, Trotsky tenía prisa por encontrar un

tema de similar interés. Sus análisis de la URSS y otros asuntos políticos no vendían mal. *La revolución traicionada*, publicada en 1937, se vendió bien en diversas lenguas, y el benévolo Eastman volvió para traducirlo al inglés. Pero con libros de esa clase no resultaba fácil conseguir que los editores acudieran para ofrecer sustanciosos contratos.

Pero aún no había acabado de explotar su potencial como autor comercial. Un par de temas adicionales que podrían proporcionarle adelantos razonables sobre los derechos de autor se perfilaron en el horizonte. Trotsky había conocido a Lenin y Stalin. Ninguno de los dos disponía de una biografía adecuada. Una vez más, Trotsky podía ofrecer el atractivo de la historia prohibida. Harper and Brothers, de Nueva York, pagó un anticipo para una edición en inglés de *Stalin*. El problema era que un proyecto así requería una gran cantidad de investigación. Aunque podía escribir rápidamente, ni se planteaba la posibilidad de entregar un original que no coincidiera con sus altas exigencias. El objetivo de su lucha era que el estandarte de la Oposición siguiera ondeando al viento y que se propagara su visión sobre el futuro de la humanidad. Solamente había una manera de financiarlo: hurgando en la historia del bolchevismo. Y Trotsky, que para aquel entonces se encontraba en México, tenía que recurrir a montones de documentos, por lo que dependía de sus seguidores en Nueva York para que le enviaran libros y le copiaran extractos. Era un trabajo agotador para alguien que al mismo tiempo mantenía correspondencia, se reunía con simpatizantes, ideaba políticas y dictaba artículos. Pero tenía sus compensaciones. Mientras revolvía entre el material de investigación pudo encontrar lo que quería: la prueba de que Stalin había sido un peligroso misántropo desde el día de su nacimiento.

Su material sobre Lenin se hizo tan voluminoso que decidió dividirlo en varios volúmenes y sus antiguos colaboradores Eastman y Parijanine consintieron en ponerse a traducir el primero. La edición francesa se publicó en 1936, y se vendió a los lectores poco avisados como *La vida de Lenin*[45]. El manuscrito inglés de Eastman permaneció por publicar: sí se editó, y más honestamente, con el título de *El joven Lenin*, en 1972[46]. A medio camino de su investigación sobre Lenin, Trotsky cambió abruptamente de personaje y se concentró en Stalin, con la esperanza de escribir un grueso volumen a toda velocidad. El traductor americano para esa biografía era el escritor Charles Malamuth. Pero las relaciones entre ellos se estropearon casi de inmediato. Malamuth, según le explicó Trotsky a su seguidor, también norteamericano, Joe

Hansen, era un ignorante y un pretencioso, y además no sabía nada de ruso ni de inglés. El malhumorado ciclo de enmiendas y discusiones volvió a empezar. Era un trabajo agotador. En la interpretación no había nada nuevo, y a veces Trotsky no ocultaba su disgusto por tener que dedicarle tanta atención a Stalin. De todos modos, se guardó de declararle su odio al dictador del Kremlin. Consiguió mantener su propio equilibrio emocional. Su manera de atacar preferida era la crítica comedida y la ironía abundante. Cuando Trotsky murió no le faltaba mucho para completar la biografía. Pero Stalin acabó con Trotsky antes de que Trotsky pudiera acabar *Stalin*.

4

Conexiones rusas

El tratamiento que la prensa soviética daba a Trotsky era contradictorio. Tan pronto era el más peligroso enemigo de la URSS como el primer político cuya existencia se negaba. Se eliminó la información sobre sus actividades y su nombre desapareció de los libros de texto históricos, salvo para mencionarlo como conspirador junto con las fuerzas extranjeras contra la Rusia soviética. El anuncio de su deportación apareció en la prensa con la nota más sucinta. El discurso público se tiñó de un toque de xenofobia con la transcripción de su propio nombre: «Lev Davídovich» sustituyó a «Lev Davídovich», lo que enfatizaba implícitamente que provenía de una familia judía[1]. En 1932, por otra parte, un artículo no publicado de Lenin, «Sobre el color de la vergüenza de Yudushka-Trotsky», salió a la luz[2]. Yudushka era uno de los miembros inútiles de la poco atractiva familia protagonista de la novela del siglo XIX *La familia Golovliov*, de Mijaíl Saltikov-Schedrín; era un hipócrita que decía tonterías empalagosas y poco sentidas en cuanto surgía algún conflicto entre sus familiares. En 1911 Lenin lo había comparado a Trotsky, quien se esforzaba en vano por aportar armonía al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Es presumible que Lenin o su equipo editorial se lo hubieran pensado mejor a la hora de publicar el artículo, porque Yudushka, o pequeño Judas, tenía una posible connotación antisemítica. Stalin no tenía esa clase de inhibiciones, y una vez mediada la década de 1930 fue común que a Trotsky se le llamara, sin más rodeos, el Judas de la Revolución de Octubre.

El problema para Stalin era que Trotsky seguía teniendo seguidores políticos en la URSS. La OGPU se empleó a fondo para arrestar a los miembros activos de la Oposición mientras dejaba intactos a los obreros industriales. Stalin había reflexionado a conciencia sobre sus planes. Su primer objetivo era cortar cualquier contacto entre los trotskistas y la clase obrera soviética[3].

Los portavoces del partido insistían en que Trotsky extendía sin cesar su red conspiradora. El 8 de marzo de 1929 se lo denunció como si se hubiera

conchabado con Churchill y hubiera recibido «decenas de miles de dólares» por sus servicios[4]. Las acusaciones mutaban en función de los vaivenes de las relaciones internacionales. A mediados de 1931 quien preocupaba al Politburó era Piłsudski, y entonces se acusó a Trotsky de estar relacionado con los intentos polacos por acabar con el sistema soviético[5]. A pesar de esto, el consulado general de Estambul siguió renovándole el pasaporte bajo el nombre de Lev Davídovich Sedov. Esta situación duró tres años. Y de pronto, en febrero de 1932, las autoridades de Moscú le quitaron ciudadanía y convirtieron a Trotsky en un apátrida dependiente de la clemencia de Mustafá Kemal[6].

El dirigente soviético deportado lo mismo podía haber apuntado los disparos de sus polémicas hacia el suelo de Büyükada. Los líderes residuales de la Oposición languidecían en lugares remotos e inhóspitos del exilio. Aquellos que habían reconocido sus «errores». —Zinóveiev, Kámenev, Preobrajenski, Piatakov y Radek— se ahorraron ese castigo y se les permitió volver a Moscú siempre que se mostraran dispuestos a proclamar su arrepentimiento. Como poco se les requeriría que denunciaran a la Oposición en público. Trotsky era uno de los acusados. De hecho, en el destierro su resistencia había demostrado ser más fuerte de lo que algunos habían calculado. A pesar del éxito de la OGPU a la hora de minimizar su contacto con la URSS, sus ideas seguían siendo un peligro para el Politburó. Los líderes bolcheviques tenían buena memoria, y sabían que Trotsky había sido un defensor precoz de una estrategia radical que Stalin había incorporado en parte a sus políticas. La aplicación de éstas había causado en general un grado de penuria mucho mayor de lo que nadie había esperado. El culto oficial a su grandeza tenía el efecto indeseado de identificarlo como la fuente de los problemas del pueblo. Stalin, con mucha prudencia, prohibió cualquier discusión ponderada sobre Trotsky y sus ideas. Cuando figuras oficiales del partido criticaban la insensatez de las políticas económicas oficiales lo corriente era acusarles de simpatizar con el exmiembro del Politburó deportado en Büyükada[7].

Trotsky trabajaba en el intercambio de cartas con sus seguidores en la URSS y les enviaba copias del *Byulleten Oppozitsii*. Según su punto de vista, la política soviética se tambaleaba. En 1929 seguía sin estar seguro de que la victoria de Stalin sobre Bujarin fuera irreversible. Nadie podía dar por sentado que las políticas de industrialización fueran a mantenerse. Por una parte Trotsky creía que lo invitarían a unirse a la cúpula del Kremlin, pero no pensaba en ninguna

reconciliación con Stalin. Especulaba, eso sí, con que tal vez un grupo de partidarios de Stalin pudiera intentar un acercamiento. Esto explica la curiosa estrategia de Trotsky. Éste es un punto que pasaron por alto casi todos los trotskistas de las siguientes generaciones. No se les puede culpar con demasiada severidad, puesto que las intenciones de Trotsky solamente quedaron expuestas en la correspondencia que mantuvo con Liev. En octubre de 1932 escribía: «Tenemos que demostrar que *estamos dispuestos* a trabajar con los estalinistas para la preservación de la URSS.»[8] De este modo reconocía que no iba a recuperar el poder sustituyendo a la cúpula estalinista con la vieja élite de la Oposición. Los estalinistas estaban atrincherados en todas las instituciones. Eran poderosos. Había que ganarlos para la causa trotskista.

Trotsky pensaba que en la política soviética del momento había mucho que elogiar. Apoyaba la rápida expansión industrial. Lo que le disgustaba era la crudeza de las medidas específicas aplicadas por Stalin. De forma similar, desaprobaba la campaña de colectivización no tanto como principio, sino porque se llevaba a cabo con una incompetencia y violencia flagrantes. La principal de las objeciones al Politburó, sin embargo, residía en la política exterior que Stalin marcaba. Sostenía que los dirigentes soviéticos subestimaban la amenaza que representaba el nazismo en Alemania.

No estaba a favor de utilizar métodos violentos para derrocar a Stalin. Lo que tenía en mente era un apartamiento político como el que Lenin había defendido en su testamento[9]. En ningún momento hablaba de sanciones penales. Así lo explicaba en otra carta a Liev a finales del mismo mes:

> En especial tenemos que prestar atención a lo que se dice entre los burócratas de nivel medio en el sentido de que cuando Trotsky llegue se tomará una cruel venganza. En estos momentos es un arma muy importante para los estalinistas. Nuestra plataforma se basa enteramente en las masas. Nuestro próximo paso táctico debe tener en cuenta el muro que nos separa de las masas[10].

De este modo intentaba convencerse a sí mismo, sin ninguna evidencia, de que los funcionarios que habían suplantado a sus partidarios podrían aceptar su vuelta a la dirección. Quizás inconscientemente lo entendiera, puesto que al mismo tiempo ponía el énfasis en una llamada a las «masas». Una vez más, se

mostraba optimista en grado sumo. No era en absoluto probable que los trabajadores empobrecidos y los campesinos hambrientos se unieran a la causa de un político que esencialmente no hacía otra cosa que prometer el estalinismo económico a un paso más lento.

La naturaleza dura de su comunismo quedaba demostrada por su respuesta a las operaciones represivas soviéticas posteriores a su deportación. Cuando oyó hablar de los juicios espectáculo de los exmencheviques, los exsocialistas-revolucionarios y los exkadetes no puso ninguna objeción. Escribió poco sobre la persecución a los kulaks, los sacerdotes y los nacionalistas. Pensaba que todos ellos eran enemigos del bolchevismo guiados por el único propósito de perpetrar los estrafalarios crímenes de los que los tribunales los acusaban. Él mismo había ayudado a diseñar el escenario político para el juicio espectáculo de los socialistas revolucionarios en 1922. Había sido testigo de los trucos de la policía y de los acusadores, pero renunciaba a utilizar su experiencia en la evaluación de la propaganda del Kremlin sobre las conspiraciones antisoviéticas.

Su hijo lo sabía muy bien: «El juicio de los mencheviques es una completa farsa». Pero Trotsky no cambiaría de opinión. La acusación se basaba en que los líderes mencheviques habían establecido una red clandestina subversiva con vínculos en el extranjero. Trotsky daba por sentado que realmente había sido así. Los mencheviques, en su opinión, «habían cumplido a conciencia las instrucciones del alto mando capitalista»[11]. En realidad culpaba a Stalin por haber protegido a expertos en economía mencheviques durante la aplicación de la NEP. Se negaba a creer que figuras reconocidas como Nikolái Sujanov o Vasili Groman se hubieran autoinculpado con falsedades. Hasta mucho más tarde, a mediados de 1936, no publicó una admisión formal de que «la redacción del *Byulleten*» había infravalorado «la desvergüenza de la policía estalinista»[12]. Viniendo de Trotsky, esto era lo más cercano a una disculpa personal. El hecho es que esos grupos eran tan poco amistosos con él como con Stalin. Él mismo había estado contento al ver a los amotinados de Kronstadt y a los dirigentes de los socialistas-revolucionarios procesados bajo acusaciones falsas en 1921-1922. Él también se había mostrado crédulo sobre conspiraciones internacionales que nunca existieron, y consideraba despreciables a mencheviques y kulaks.

Dada su manera de pensar, las preguntas a las que tenía que responder sobre la Revolución eran todavía más importantes. Siempre había rechazado las llamadas a la compasión humana como mero sentimentalismo. Pero no podía

dejar de pensar en la penosa situación de los bolcheviques oposicionistas que no se habían retractado. Sin ellos no podría volver nunca a la esfera del poder. Llenaba el *Byulleten* con detalles del deterioro de las condiciones de vida que afectaba a sus acólitos exiliados o encarcelados. El castigo para la actividad política se había endurecido. Los mensajes de un corresponsal no identificado que firmaba como «Tenzov» no dejaban lugar a dudas[13], y Trotsky escribía sobre los casos de malos tratos de los que tenía noticia. Pero como moralista hubiera sido más persuasivo si hubiera mostrado alguna preocupación por la suerte de esos millones de personas no pertenecientes a la Oposición que sufrían pavorosamente en esos mismos años. ¿Habría evitado Trotsky los métodos de Stalin si hubiese ganado la lucha por el poder supremo? Se hace difícil creer que no fuera a reaccionar con dureza a la resistencia a sus medidas. La violencia, objetivamente, era intrínseca a los requerimientos de su política.

Para romper el bloqueo esperaba hacer uso de Yákov Blumkin, que le escribió en abril de 1929 sobre la suerte de la Oposición[14]. Blumkin era el individuo que, como socialista-revolucionario de izquierda, había intentado hacer añicos el tratado de Brest-Litovsk en julio de 1918 asesinando al embajador alemán, el conde Von Mirbach. Después se había arrepentido, y Dzerzhinski y Trotsky lo ayudaron a cambiar de opinión y a conseguir destinos para él[15]. Blumkin se había unido a los bolcheviques y luego se sintió atraído por la Oposición dirigida por Trotsky en la década de 1920. Mientras trabajaba en Turquía en una misión oficial de la OGPU en verano de 1929, tras su primera carta mantuvo un encuentro con Liev Sedov en una calle de Estambul. Eso le condujo a una cita con Trotsky en Büyükada[16]. Blumkin llevó una carta de Trotsky a los restos de la Oposición en la URSS[17]. Trotsky sugería que pronto iba a publicar una denuncia de «Radek y Cía.» como renegados. Se acercaban tiempos críticos para la Oposición y había que poner en evidencia a los capituladores por haber fallado en la prueba de lealtad a la causa. Trotsky mantenía su moral. La apostasía de dirigentes oposicionistas lo liberaba de cualquier presión para mostrarse amistoso o colaborador con ellos. (Por mucho que no hubiera encontrado difícil soportar ese tipo de presiones.)[18]

La prioridad, tal y como Trotsky lo veía, era establecer vínculos más firmes con la URSS. Sus partidarios tenían que suministrarle de algún modo «una o dos personas para el trabajo organizativo en Berlín y París». Lo mejor de todo, pensaba, hubiera sido la fuga de algunos de los que habían enviado al exilio

siberiano. Pero no explicaba cómo podría hacerse tal cosa.

La suerte de Blumkin, un gran bebedor que hablaba con indiscreción cuando estaba borracho[19], muestra el nivel de ingenuidad de Trotsky. Tendría que haber sabido que para Stalin cualquier simpatizante conocido de la Oposición era sospechoso; no permitía que ninguno de aquellos elementos fuera al extranjero sin que eso implicara someterlos a las comprobaciones pertinentes. Blumkin no fue una excepción: a su llegada a Moscú fue interrogado y el Politburó ordenó su ejecución. La lección era clara: quienes contactaran con Trotsky iban a recibir el trato de traidores. Tampoco es descartable que Blumkin fuera un agente de Stalin que hacía el doble juego, pero aun así éste hizo que lo mataran. De uno u otro modo, la represión había cruzado un umbral más. Blumkin fue el primer ejecutado en tiempo de paz estando en posesión de un documento que acreditaba su pertenencia al partido bolchevique. Con el secretario general no se jugaba: a partir de aquel momento llevaría a cabo asesinatos extrajudiciales siempre que su primacía se viera amenazada. Trotsky había recibido el aviso de que iba a tener que poner más cuidado al interferir en la política soviética. Pero no parece que lo comprendiera; de hecho, seguía pensando del mismo modo que él y otros *émigrés* pensaban antes de 1917. Es más, estaba encantado de haber recibido una carta clandestina desde Siberia de su veterano partidario Víktor Yeltsin. Iba plena de novedades políticas y para Trotsky fue el anuncio del inicio de una correspondencia regular con los oposicionistas soviéticos confinados u ocultos[20].

Uno de sus contactos era Eleazar Solnstev, que trabajaba en Nueva York para Amtorg, la organización comercial de la URSS, y que había estado pasando material de la Oposición desde 1928. Max Eastman había utilizado estos documentos para confeccionar *The Real Situation in Russia* [«La situación real en Rusia»]. Era evidente que quien había escrito el libro había sido Trotsky, pero sin el trabajo editorial de Eastman nunca hubiera aparecido. Solnstev volvió a la URSS, y allí fue arrestado y enviado a Siberia[21]. Otro ciudadano soviético que se relacionaba con Trotsky era Gavril Miasnikov, que incluso acudió a visitarlo en Büyükada. Para Trotsky fue una sorpresa, pues Miasnikov, un veterano bolchevique y extrabajador, había sufrido a manos de la dirección central del partido en el período en que Trotsky había sido uno de sus líderes. Miasnikov había estado a punto de militar en la Oposición Obrera, aunque finalmente no lo había hecho simplemente porque creía que sus demandas eran demasiado

limitadas. En 1923 había estado encarcelado brevemente, hasta que lo habían convencido de que tenía que volver a trabajar para el partido. Pero no su libertad de criterio mientras llevaba a cabo sus obligaciones como representante del comercio exterior soviético. Con este título había llegado a Estambul. Trotsky le aconsejó que no volviera a la URSS[22]. Miasnikov aceptó el consejo. Si lo hubiera ignorado, seguramente habría corrido la misma suerte que Solntsev.

Incluso en estas circunstancias, las medidas de seguridad que tomaba Trotsky seguían siendo ridículas. Solamente él y Liev conocían sus contactos en Rusia[23], pero esto no era una solución si hablaban sobre los planes generales del momento y no lograban detectar a los agentes de Stalin en su entorno. Trotsky y Liev desparramaron montones de información confidencial y las malas experiencias no les sirvieron para mejorar sus procedimientos.

Poco después de llegar a Büyükada, Trotsky había recibido una carta de un cierto S. Jarin, un agente oficial soviético de comercio que trabajaba en París y que, según decía, era un simpatizante secreto y conocía a Liev Sedov. Jarin afirmaba que probablemente pasaría sus vacaciones de verano en la URSS. Por tanto, tendría la capacidad de instalar una red de comunicaciones[24]. Trotsky se tragó el anzuelo. Durante varios meses se estuvieron escribiendo para concretar los detalles. Trotsky solicitó la ayuda de Jarin en asuntos concernientes a sus publicaciones[25]; en aquellas cartas revelaba toda la estrategia básica y toda la planificación práctica[26]. Jarin escribía lo correcto sobre política, y esto era suficiente para el Viejo. Durante meses y meses, Trotsky no tuvo ni la más mínima sospecha, aunque en la organización se vivía una situación de caos que era inexplicable a menos que procediera de la actividad de Jarin. Al final, hasta el propio Trotsky sacó la conclusión de que Jarin era un agente de la OGPU; envió mensajes para alertar con toda la naturalidad y sin confesar ninguna responsabilidad de su parte[27]. Como era usual, una vez que había dado por perdido a alguien, actuaba como si esa persona no hubiera existido nunca.

Cualquier persona en contacto con Trotsky podía preguntarse con razón si él era consciente de los riesgos que hacía correr a sus colaboradores. Unas cuantas cartas le continuaron llegando. En una de carácter anónimo se hablaba de la situación política en enero de 1930[28]. Era una prueba reconfortante de que la ejecución de Blumkin no había detenido el flujo de información. Otros mensajes siguieron. Una carta la firmaba «Svoi[29]», en marzo de 1932; otras en el mismo año las enviaba «Gromovoi[30]». Ambos reafirmaban la suposición de Trotsky de

que se reducía el apoyo a Stalin en la URSS y de que el aparato del partido se volvía contra él[31]. «Tenzov», que había escrito a Liev desde Londres en 1930, informó con todo lujo de detalles sobre las dificultades en la producción industrial y en los suministros alimenticios en febrero de 1933; añadió que los no rusos se revolvían contra las autoridades. Los *apparatchiki*, insistía, se sentían deprimidos por la situación general[32].

Tras el asunto de Jarin, naturalmente, Trotsky podía saber que la dirección comunista moscovita intentaría infiltrarse en su organización en el extranjero y boicotearla. Él y su entorno frecuentemente lo discutían. Pero él no permitía nunca que las palabras los llevaran a establecer una acción preventiva seria. Trotsky no prestaba atención a esas precauciones. Por otro lado, quería que todos los miembros de su hogar disfrutaran de un entorno apacible para el trabajo y el tiempo libre, y se aplicaba en mantener un ambiente de optimismo. Necesitaba atraer nuevas caras para que asumieran cuantas más tareas mejor. Opinaba que incluso si el Kremlin le enviaba a un agente joven, él siempre podría ganárselo o ganársela para la causa[33]. Tanta complacencia hacía que sus operaciones fueran vulnerables a las penetraciones de espías y saboteadores, y la OGPU tomó toda la ventaja. Su única excusa era que no disponía de medios para saber por adelantado quién era fiable y a quién había que rechazar. Había llegado al extranjero en circunstancias diferentes a las que habían existido antes de 1917, cuando siempre estaba relacionado con un grupo amplio de marxistas. No podía pedir consejo, y los individuos que se le acercaban a menudo lo engañaban. Entre éstos se incluían los hermanos Ruvin y Abraham Sobolevicius[34]. Otro era Jacob Franck. En este caso lo había recomendado Raisa Adler, la mujer de Alfred, por su facilidad con los idiomas[35]. Como resultado, la OGPU se había enterado de los planes de Trotsky durante toda su estancia en Turquía y más allá[36].

El pequeño círculo de Liev sufrió una infiltración todavía más dañina. En 1933 lo abordó en París alguien a quien conocía como Étienne y que quería trabajar como voluntario para él. Se trataba del agente soviético Mark Zborovski. Según su historia, era un trotskista comprometido de Ucrania que había viajado a Francia en 1933 para ofrecer sus servicios. Contaba con la confianza total de Liev, a pesar de las reservas expresadas por algunos camaradas franceses. Étienne aspiraba a convertirse en indispensable para Liev, y lo consiguió. Frío y aplicado, lo liberaba de muchos trabajos. No engatusó a

todo el mundo. No estaba nada claro de dónde sacaba el dinero, ni siquiera cómo se las arreglaba para vivir. La secretaria de Liev, Lola Estrina, le inventaba trabajos para hacer y le pagaba cada vez que ejecutaba uno. Se estableció un horario: Étienne trabajaba junto con Liev por las mañanas y Lola lo relevaba por la tarde[37]. Equipado por sus superiores con una cámara, Étienne pudo fotografiar muchos artículos en los archivos de la organización[38]. El mismo Liev vivía lejos de cualquier lujo. Su padre le enviaba dinero, pero con la esperanza de que ahorrara. Jeanne Martin, la pareja de Liev, disponía de un pequeño salario que complementaba sus ingresos[39]. La creciente influencia de Étienne en esta situación dio pie a sospechas entre los trotskistas franceses. Pierre Naville mencionó sus preocupaciones a Trotsky, pero solamente recibió un adusto reproche como respuesta: «Quieres arrebatarme a mis colaboradores.»[40] Casi ningún secreto del trotskismo internacional permaneció oculto para Étienne.

Las cartas desde la URSS se hicieron menos frecuentes. «Svoi» escribía el 25 de marzo de 1932 que Rakovski y Sosnovski no habían muerto, y que Muralov había hecho una visita a Moscú antes de que lo devolvieran a Siberia. Las investigaciones de la policía continuaban. Parecería que en la capital no se hablaba de otra cosa: Stalin era el «enemigo de la Revolución de Octubre». Se contaban bromas sobre la conveniencia de llamar a Trotsky a fin de que enviara sus instrucciones para orientar al Kremlin[41]. Todo esto dio ánimos a Trotsky. Pero no podía contar con nadie para enviar a Moscú (mientras que los mencheviques, que habían estado publicando su bien informado *Sotsialisticheski Vestnik* desde principios de la década de 1920, disponían de docenas de correos potenciales). La difusa organización de Trotsky crecía sobre todo por el reclutamiento de seguidores americanos y europeos. Él se desesperaba y buscaba maneras de superar la dificultad de proporcionar al *Byulleten* reportajes y ensayos sobre Rusia. A veces lo hacía leyendo el *Sotsialisticheski Vestnik*, que era una fuente habitual de informaciones. También leía los artículos de *Pravda* y de otros diarios oficiales soviéticos. Leyendo entre líneas era capaz de adivinar gran parte de lo que estaba ocurriendo[42].

Ya no podía seguir pensando que su ausencia había dejado un vacío insostenible entre la clase política soviética. Tenía que inventar nuevas maneras de actuar. En 1932 sentía que no podía descartar algún tipo de reconciliación con aquellos que habían «capitulado» ante Stalin y el Politburó. Se inclinaba hacia

una solución que previamente había repudiado. Su intención era formar un «bloque» de oposicionistas integrado por todas las antiguas fracciones del partido. Incluso consideraba la reconciliación con los partidarios de Bujarin. También se podría inspeccionar el terreno para contactar con Kámenev y Zinoviev. Tal bloque no implicaría el abandono de las críticas mutuas y Trotsky rechazaba considerar la fusión organizativa. La primera etapa consistiría solamente en el intercambio de información. Era evidente que Trotsky no veía posibilidades de ganar un punto de apoyo de ninguna otra manera. Dejó saber que su *Buylleten Oppozitsii* publicaría documentos de otras fracciones a condición de que él pudiera comentarlos[43]. El plan estaba muerto antes de haber nacido. Los líderes de las que antes habían sido fracciones temían demasiado por sus vidas para tener algo que ver en eso, de manera que su iniciativa solamente le reportó unas gotas de información. La palabra «bloque» le viene demasiado grande al resultado que obtuvo en realidad.

Por lo tanto, Stalin se preocupaba injustificadamente por las operaciones de los trotskistas en esos días. Las mismas cartas de Trotsky al agente Jarin eran la prueba del desorden de la organización en el extranjero; la actividad de la Oposición en la URSS, por otra parte, era insignificante, por mucho que Trotsky se resistiera a admitirlo.

Un corresponsal anónimo en Leningrado lo explicaba así en mayo de 1933: «Toda la oposición ha sido borrada». Mencionaba el descontento en las fábricas y daba noticia de racionamientos de comida en el sur, pero no mencionaba en ningún caso que la camarilla de Stalin estuviera en peligro[44]. Los atisbos de optimismo se habían desvanecido. Algún tiempo después, en 1934, Liev se encontró con un simpatizante en París que le informó de que los rumores sobre una resistencia organizada a Stalin eran exagerados. Los grupúsculos políticos desaparecían tan pronto como surgían, sin continuidad, y la vieja Oposición había perdido toda capacidad de funcionamiento[45]. Trotsky intentaba consolarse con la idea de que seguía intranquilizando a Stalin. Así escribió en su diario:

> No ha podido satisfacer en absoluto sus deseos de venganza sobre mí: por decirlo de algún modo, hemos acusado golpes físicos, pero moralmente no ha conseguido nada. Ni renunciamos a trabajar, ni experimentamos «arrepentimiento» ninguno, ni estamos aislados; al

> contrario, hemos alcanzado un nuevo momento histórico que es completamente imposible detener. Éste es el origen de los peores temores para Stalin: ese salvaje teme a las ideas, porque conoce su poder explosivo y sabe de su propia debilidad frente a ellas. Al mismo tiempo es lo bastante inteligente para comprender que ni siquiera hoy podría intercambiar mi lugar por el suyo[46].

No hay casi ninguna duda de que para aquel entonces Stalin ya lo quería muerto. Que le preocuparan los sentimientos de superioridad de Trotsky es posible y hasta probable. En cambio, que Trotsky y sus seguidores hubieran llegado a un «nuevo momento histórico» es inverosímil.

Al mismo tiempo podría dudarse de que Trotsky realmente se hubiera reconciliado con su propia ausencia del Kremlin. Su diario era un intento de levantar la moral. No podía seguir en la vida o en la política sin pensar que cabía la posibilidad de alcanzar la victoria final. Si las evidencias se alzaban en contra, había que hacerlas a un lado. La lucha tenía que continuar. Necesitaba seguir culpando a la camarilla de Stalin de todos los males acaecidos en los años que habían transcurrido desde 1917 para justificar su imparable actividad de *émigré*. Todos los otros caminos conducían a la locura.

5

Al sur y al norte de Europa

En un día tranquilo de 1935 Trotsky pensaba en la vida del arcipreste Avvakum, el clérigo que había rechazado las reformas en la Iglesia ortodoxa rusa introducidas por el patriarca Nikon en el siglo XVII. El castigo para Avvakum fue el exilio en Siberia. Él y su mujer recibieron la orden de desplazarse hasta allí a pie. En un punto del viaje, mientras avanzaban penosamente por la nieve, ella cayó en un ventisquero. «¿Hasta cuándo va a durar este sufrimiento?», se lamentó. Avvakum gimió que duraría hasta la muerte. Su mujer no se arredró por eso: «Que así sea, Petrovich. Sigamos nuestro camino». Trotsky habló de esto con Natalia antes de hacer esta confidencia a su diario: «Puedo decir una cosa: Natalia nunca me lo ha reprochado, nunca, ni siquiera en las horas más difíciles; ni me lo reprocha ahora, en los días más onerosos de nuestras vidas, cuando todo conspira contra nosotros.»[1] Su autocompasión era más comprensible que sus pretensiones de superioridad moral. Avvakum sufrió la persecución a pesar de que no hubiera matado una mosca, mientras que Trotsky había perseguido a gente inofensiva y hasta el momento no había sufrido nada que pudiera compararse al dolor que había infligido a los demás. Lo mismo que Avvakum, había permanecido fiel a sus convicciones. Admitía en su fuero interno que el avance hacia la revolución mundial podía no producirse mientras él estaba en la tierra, pero entonces se animaba con el pensamiento: «Aun así pasaré a la no-existencia con una indestructible confianza en la victoria de la causa a la que he consagrado toda mi vida.»[2]

El final de su reclusión en aquella islita del mar de Mármara no parecía probable hasta los últimos meses de 1932. De pronto recibió una invitación para hablar en un encuentro de estudiantes en Copenhague. Él aceptó encantado. Los socialdemócratas habían accedido al poder en Dinamarca y sus ministros le habían proporcionado todas las facilidades para desplazarse hasta este país. Pasaron por alto el desprecio que Trotsky expresaba tanto hacia su socialismo como hacia su democracia: los mencheviques y los socialistas-revolucionarios

podrían haberles explicado un par de cosas sobre su actuación en Rusia, pero nadie les había pedido la opinión. Los socialdemócratas daneses sentían admiración por un hombre al que veían como la víctima heroica de la Revolución de Octubre. Ignoraron las objeciones planteadas por el príncipe Aage, primo del rey de Dinamarca, quien objetaba que Trotsky había pertenecido al régimen soviético que a su vez había asesinado a los descendientes de la princesa danesa, la madre de Nicolás II[3]. Trotsky se preparó con entusiasmo para el viaje y la conferencia. No había conexión marítima directa entre Estambul y Escandinavia y tuvo que pedir permiso para desembarcar en Francia. El Ministerio del Interior sito en París lo sorprendió al darle el consentimiento y el permiso para viajar en tren desde el Mediterráneo, al sur, hasta Dunkerque, en donde podría tomar un barco hacia Dinamarca[4].

Dejó Estambul el 14 de noviembre con Natalia y su entorno para iniciar un viaje tranquilo hacia Nápoles vía Atenas en el vapor *Praga*. La breve escala en el puerto del sur de Italia ofreció a los pasajeros la posibilidad de visitar los lugares de interés en Pompeya y Sorrento. Desde Nápoles navegaron hasta Marsella. La comida había sido pobre, a pesar de que la compañía naviera era italiana. El pequeño grupo pisó aliviado el suelo francés. Los camaradas de la Liga Comunista francesa los agasajaron. La figura de Trotsky era venerada por las gentes que lo consideraban la personificación de los mejores propósitos de la Revolución de Octubre.

La Liga Comunista se hizo responsable de su seguridad. Miembros de la dirección escoltaron al ídolo en el tren hacia el norte. Estaba en muy buena forma, y parecía dominar desde lo alto al resto, aunque de hecho su estatura era la corriente entre los franceses[5]. A su alrededor, aparte de Raymond Molinier y Jean Van Heijenoort, había varios jóvenes trotskistas franceses. La presencia de Liev Sedov también era constante, pero hablaba sobre todo con su madre y en ruso. Natalia se inquietaba porque veía a su marido cada vez más cansado. Intervenía siempre para decirle que le convenía descansar un poco, pero Trotsky en raras ocasiones seguía su consejo. El Viejo hablaba sin cesar, pues le encantaba tener público. La única desilusión —realmente pequeña— que sus admiradores tuvieron que encajar fue su rechazo a adoptar un trato de camaradería familiar. Entre ellos se tuteaban, pero Trotsky insistía en que se le tratara de usted. Solamente uno de ellos, Jean Lastérade de Chavigny, ignoró las expectativas de trato formal de Trotsky. Quizá fuera significativo que Chavigny

fuera de clase alta. Trotsky optó por pasar por alto lo que de otro modo hubiera considerado una impertinencia[6].

El *ferry* de Dunkerque llevó a Trotsky y su familia a Copenhague, donde debía dar su conferencia el 27 de noviembre de 1932. Era la primera vez que hablaba en un escenario del extranjero desde 1917. Trotsky recurrió a todo su encanto, excusándose por hablar en alemán. Mencionó a la diosa escandinava de la sabiduría, Snotra. Tomaba citas de las obras de Ibsen (de quien había hecho críticas poco favorables durante su exilio en Siberia). Como no quería comprometer a sus anfitriones, se mantuvo fuera de la política internacional en Europa[7]. Se quejó de que sus palabras y hechos en 1917 hubieran sido designados. La Revolución de Octubre no había sido ningún accidente. Toda la situación social y económica había hecho posible que los bolcheviques llegaran al poder. No había sido un golpe de Estado de un pequeño grupo de extremistas. Trotsky afirmó que su teoría de la «revolución permanente» había quedado demostrada. Recordó su insistencia en 1905 de que solamente el proletariado de Rusia podía hacer la revolución contra la monarquía de los Románov y de que esa revolución permanecería insegura excepto como «la primera etapa de la revolución socialista mundial». Repitió su opinión de la década de 1920 según la cual el proyecto de Stalin de «socialismo en un solo país» era una «utopía pequeñoburguesa»[8].

Trotsky señaló a Aristóteles, Shakespeare, Darwin, Beethoven, Goethe, Marx, Edison y Lenin como «gigantes en pensamiento y obra»; observó que todos ellos habían pertenecido a clases altas y medias. De entre los escritores contemporáneos eligió al burgués Sigmund Freud y su «mano inspirada»:

> ¿Y qué ha quedado revelado? Nuestro pensamiento consciente es solamente una pequeña parte del trabajo de fuerzas psíquicas oscuras. Los buzos experimentados descienden hasta el fondo del océano y allí toman fotografías de peces misteriosos. El pensamiento humano, al descender hasta el fondo de sus recursos psíquicos, tiene que arrojar luz sobre las misteriosas fuerzas que rigen el alma para hacer que éstas se atengan a la razón y a la voluntad[9].

Si pretendía demostrar que no era ningún dogmático corto de miras, lo consiguió. Dejaba a un lado la noción convencional entre marxistas de su

generación que señalaba al trabajo de grandes fuerzas sociales como único generador de la política. Trotsky se refirió a que había que tomarse en serio las ideas de Freud sobre el inconsciente. Acabó con un apunte político declarando que había llegado el momento de liberar «las chispas de genio de las profundidades reprimidas del pueblo». La grandeza intelectual futura provendría de gentes de la clase obrera[10].

El viaje a Copenhague llevó a adelantar el retorno de los viajeros a Turquía[11]. Trotsky estaba disgustado por el hecho de no haber obtenido un visado danés prolongado. La proximidad geográfica hacía que Dinamarca se mostrara sensible a la presión diplomática proveniente de la URSS. Si los grandes enemigos personales de Stalin hubieran obtenido asilo político, las consecuencias inmediatas habrían sido la ruptura de relaciones entre los dos países.

Unos meses después tuvo noticias mejores que provenían no de Copenhague, sino de París. Las constantes peticiones a las autoridades francesas hechas por Maurice Parijanine y otros habían conseguido que se reconsiderara su petición de un permiso de residencia. La situación política había cambiado a principios de 1934 tras la formación de una coalición de gobierno encabezada por Édouard Daladier y los radicales. Camille Chautemps, el ministro de Interior, había sido amigo de Khristian Rakovski durante sus tiempos de plenipotenciario soviético en Francia. Esas conexiones todavía contaban[12]. Chautemps no era ningún admirador del bolchevismo, pero deseaba proporcionarle una *visa de séjour* a Trotsky. Eso implicaba ciertas condiciones. Trotsky tendría que permanecer alejado de las grandes ciudades; tenía que notificar a la Sûreté de cualquier movimiento fuera del área en la que eligiera vivir. En ningún caso iba a implicarse en la política francesa. Tras anunciar que aceptaba la oferta, Trotsky se embarcó en el vapor *Bulgaria* el 17 de julio de 1933. Lo acompañaban Natalia, su entorno y su seguidor americano Max Shachtman (que había estado residiendo con él en Büyükada). Su destino era Marsella con escala en El Pireo[13].

Poco antes de su llegada las autoridades francesas insistieron en que desembarcara en la cercana Ciotat. Temían que los emigrantes blancos rusos pudieran atentar contra su vida. También se temían altercados en el orden público si el Partido Comunista Francés organizaba una manifestación en su contra[14]. El barco soltó el ancla cerca de Marsella el 24 de julio. Los camaradas

franceses le habían encontrado un lugar en el que pasar la noche, a ocho o diez kilómetros del lugar de atraque. A la mañana siguiente, recorrieron la costa después de alquilar una desvencijada barca motora a *monsieur* Panchetti, en Cassis. Los trotskistas franceses reunieron los documentos necesarios para solicitar la revocación de la orden ministerial de deportación de Trotsky dictada en 1916. Fue en este punto cuando Trotsky se dio cuenta de que no había traído consigo los papeles apropiados: «¡Oh, menudo estúpido! Los olvidé… en casa [en Turquía].» Panchetti contribuyó a que las cosas se arreglaran, aunque trataba a sus clientes con cierta circunspección, aparentemente porque sospechaba que podían ser una banda internacional de asesinos[15].

Al fin, encontraron maneras de sortear las dificultades y se trazó un plan para que los Trotsky fijaran su residencia en un principio en Saint-Palais, una pequeña ciudad cerca de Royan, en la orilla norte del Gironda. Después de esa mudanza, Trotsky y Natalia se comportaron con discreción en el recibimiento de los simpatizantes y en la edición del *Byulleten*. Su docilidad fue recompensada en noviembre de 1933 cuando el Ministerio del Interior flexibilizó sus condiciones de residencia. Se les dio permiso para desplazase a Barbizon, a unos cincuenta kilómetros al sudeste de París y cerca de la carretera principal que llevaba de la capital al sur del país. Alquilaron una casa junto al lindero de un bosque y contactaron con Liev y otros militantes que podrían irles a visitar con mayor libertad que antes. Su presencia en el país era un hecho ampliamente conocido y el Partido Comunista Francés, lo mismo que la extrema derecha política, denunciaron que el gobierno lo permitiera. Mientras su paradero fue secreto, no hubo grandes problemas. Pero la prensa descubrió la dirección de los Trotsky en abril de 1934, y Trotsky y Natalia se desplazaron provisionalmente a Domène, junto a Grenoble, en la Francia meridional. Adoptaron nuevos alias. La comunicación con Liev en París se hizo más difícil.

Trotsky había llegado a Francia en un momento de inestabilidad política y económica. Según su punto de vista, aquellos problemas eran el umbral que había que pasar para llegar a la gran revolución europea con la que siempre había soñado. Los efectos de la Gran Depresión eran profundos y duraderos. Los obreros iban a la huelga para conseguir mejores salarios en un período de inflación financiera galopante. La vida pública se polarizaba cada vez más y aumentaba el miedo a la pujanza de la extrema derecha. En el mismo Partido Comunista Francés crecían las presiones para que dejara de considerarse al

Partido Socialista como el principal enemigo, existiendo como existían las organizaciones fascistas. El precedente alemán estaba en la mente de todos. Si no se actuaba con celeridad, el fascismo podría llegar al poder en París. El país vivía una extraordinaria tensión política. Para Trotsky, las «contradicciones» podrían resolverse solamente si los comunistas «genuinos», como sus camaradas franceses, tomaban el poder en París del mismo modo que él y los bolcheviques habían hecho en la Revolución de Octubre.

Sin embargo, él y Natalia no se encontraban tan bien como podría pensarse. La vida de fugitivos era fatigosa, y la salud de Trotsky se resintió en la primera mitad de 1935. A menudo pasaba el día en cama. Una señal de su bajo estado de forma mental y física fue que empezó a escribir habitualmente en su diario[16]. Leía un montón de novelas populares francesas que después parece que despreciaba sistemáticamente. Escuchaba mucha música en la radio[17]. Natalia resistió durante bastante tiempo, hasta que también cayó enferma en mayo y empezó a tener fiebre. Los dos permanecían bajo las mantas día y noche. A Trotsky le impresionaba la fortaleza de su mujer:

> «Si solamente te pusieras bien… —me ha dicho hoy, estando en cama—. No necesito nada más». Raramente admite este género de cosas. Y lo decía con tanta llaneza, con tanta tranquilidad, en voz tan baja… Y al mismo tiempo desde tal profundidad que toda mi alma se volvió del revés[18].

Las palabras de Natalia expresaban amor y devoción, pero también, en alguna medida, desconcierto por la falta de voluntad férrea de su marido para luchar contra eso que lo afligía, fuera lo que fuese. Aquel período de postración fue el más largo de los que había sufrido desde mediados de la década de 1920. Tenía 55 años.

A diferencia de Trotsky, Stalin dudaba de que la extrema izquierda francesa tuviera más posibilidades que el Partido Comunista Alemán de llevar a cabo una revolución. La seguridad colectiva se convirtió en su consigna en Europa en 1934, y al año siguiente daba órdenes al Partido Comunista Francés para que se vinculara con los socialistas y los liberales, contra los fascistas y sus aliados, en un «frente popular». Era una pirueta en la política de la Komintern, una consecuencia de la política de la dirección comunista en Moscú, que se

concentraba en la formación de una alianza política antifascista. La URSS corría el riesgo de sufrir un ataque militar por parte del Tercer Reich más pronto o más tarde. Cuando el socialista Léon Blum condujo al Frente Popular a la victoria electoral en la Francia de 1936, el Partido Comunista Francés apoyó a la coalición gobernante. En opinión de Trotsky esto constituía una prueba más de la traición de Stalin a los principios comunistas. Blum, según pensaba, no sería nunca lo bastante fuerte como para resistir al fascismo. El único resultado del gobierno del Frente Popular sería apartar a la clase obrera del camino de la revolución comunista. Trotsky en principio no había desdeñado el contacto con otros partidos socialistas: precisamente había criticado a Stalin por rechazar cualquier colaboración entre los comunistas y los socialdemócratas alemanes contra los nazis. Pero los frentes populares, en opinión de Trotsky, iban en la dirección contraria. En esencia eran un invento de Stalin para prevenir cualquier disturbio mayor en Europa mientras llevaba a cabo la industrialización soviética.

Según Trotsky, la relación diplomática entre Blum y Stalin se estrechaba justo en el momento en que las perspectivas revolucionarias eran fuertes y se hacían todavía más fuertes en Francia. Esperaba ser capaz de contribuir decisivamente, del mismo modo que lo había hecho en Rusia en la lucha contra el gobierno provisional. Registró sus pensamientos en el diario:

> Con el propósito de ser claro lo expresaré así: Si yo no hubiera estado en Petersburgo en 1917, la Revolución de Octubre habría tenido lugar *a condición de que existiera la presencia y el liderazgo de Lenin*. Si ni Lenin ni yo hubiésemos estado en Petersburgo, no se habría producido Revolución de Octubre alguna: la dirección del partido bolchevique hubiera evitado que se produjera, ¡no me cabe duda! Si Lenin no hubiese estado en Petersburgo, me habría resultado muy difícil atajar la resistencia de los líderes del partido. La lucha contra el «trotskismo» (es decir, contra la revolución proletaria) se habría iniciado en mayo de 1917 y se habría abierto un interrogante sobre el resultado de la revolución[19].

Era honesto y preciso. Y no significa que Trotsky sintiera que fuera a desempeñar un papel secundario junto a un líder más importante que él en la Francia de 1935.

Sin embargo, sí le parecía que a sus seguidores franceses les podía faltar el

tino para saber cuándo y cómo intentar el asalto al poder. Su falta de flexibilidad táctica le irritaba. Le dijo a Pierre Naville que tendrían que haberle pegado un tiro por afirmar que los comunistas tenían que oponerse a las demandas alsacianas de independencia[20]. Para Trotsky era evidente que había que dar por bueno todo lo que pudiera romper la Europa burguesa. Escribió esas líneas al Comité Central del Parti Ouvrier Internationaliste el 21 de junio de 1936. Sus consideraciones se retrotraían hasta los días de julio en la Rusia de 1917 y pedía a sus seguidores franceses que releyeran su *Historia de la Revolución Rusa* para orientarse[21]. Creía que corrían el riesgo de sufrir el retroceso que experimentaron los bolcheviques en Petrogrado cuando organizaron prematuramente una manifestación política armada contra el gobierno provisional. Se hacía necesaria la flexibilidad en la organización y en la política. El gobierno de Blum luchaba por suprimir a la extrema derecha, y los trotskistas podían encontrarse así luchando en el mismo lado que el Frente Popular. Trotsky insistía en que la táctica de la huelga general necesariamente no les reportaría beneficios[22]. Conocido como era por sus llamadas proféticas para una ofensiva quirúrgica contra el nazismo antes de 1933, Trotsky accedió cada vez a una mayor audiencia. El trotskismo en Francia experimentó un crecimiento de popularidad, al tiempo que producía buenos resultados una campaña para el reclutamiento entre los más jóvenes. Aun así, los trotskistas franceses seguían contándose sólo por centenas[23].

Su hijo Liev estaba entre los que se irritaban por los llamamientos a la prudencia de Trotsky. En 1934 había desobedecido órdenes para participar en una manifestación callejera en París. Un gendarme estuvo a punto de detenerlo, pero pudo huir corriendo. Si lo hubieran arrestado su permiso de residencia habría corrido peligro. Sus bravuconadas podían llevarlo por mal camino[24]. Como militante joven, Trotsky había sido como Liev, pero en esos momentos insistía en la necesidad de una planificación política cuidadosa. «No debemos dejar que se nos aparte del camino. Al contrario, debemos poner énfasis en las grandiosas tareas y dificultades de la empresa. La condición previa para el éxito de una nueva huelga general son los comités de fábrica y los sóviets.»[25] Entendía que el Parti Ouvrier Internationaliste todavía no estaba en condiciones para plantear un desafío definitivo al gobierno francés[26]. Sentía la necesidad de echar agua fría sobre el optimismo de sus camaradas. El problema era que durante años había estado proclamando que Francia estaba madura para la

revolución. Parecía justificado que preguntasen: ¿si no es ahora, cuándo será?

La mejora de relaciones entre los gobiernos soviético y francés resultó desastrosa para Trotsky. Este último le comunicó que ya no era *persona grata*. Trotsky temía que le deportaran a una de las colonias africanas, en donde habría perdido toda posibilidad de preparar su organización política internacional. Por esta razón se sintió aliviado cuando en mayo de 1935 supo que el gobierno laborista noruego veía con buenos ojos su solicitud de un permiso de residencia. Aunque no sabía noruego y aunque en el país solamente podía contar con un puñado de partidarios activos, allí podría permanecer en contacto con el resto del mundo por correo, tal y como había estado haciendo en Francia. Pensaba que podría soportarlo. No pensaba que la democracia fuera a resistir en Noruega, pero como medida provisional el traslado tenía sentido. Heijenoort fue a verlo el 9 de junio con la noticia de que Oslo le había concedido el visado[27]. Trotsky y Natalia estaban acostumbrados a esperar lo mejor de Escandinavia. La sirvienta que les ayudaba a tiempo parcial no se encontraba allí en esos días, de manera que Natalia además del trabajo de la casa, se las arregló con el equipaje y los paquetes. Heijenoort la ayudó unos cuantos días más tarde. Trotsky, aparte de cuidar de sus papeles políticos, se concentró en el aspecto que iba a tener a su llegada a Noruega: corrió a Grenoble para que le arreglaran el pelo y le hicieran la barba y el bigote[28].

Una vez más se despidieron de sus amigos y el 10 de junio de 1936 cruzaron Francia para plantarse en París. Los acompañaban Jean Van Heijenoort y Jan Frankel. Seva, el hijo de Zina Bronstein, vivía en la capital con Liev Sedov. No le habían visto en tres años y descubrieron que había perdido la facilidad de hablar en ruso[29]. La reunión familiar fue breve. Se hicieron planes para permanecer en contacto todos con todos: había que asegurarle a Trotsky que el *Byulleten Oppozitsii* y sus publicaciones marcharían bien. Se vertieron lágrimas, y luego siguieron en tren hasta Amberes y en *ferry* hasta Oslo, donde el barco amarró el 18 de junio. Era pleno verano en la latitud 59° norte, que la capital noruega compartía con San Petersburgo. En ese sentido, Trotsky y Natalia se sentían casi como en casa. La última vez que habían experimentado esa luz y ese clima estaban en Rusia y era el verano de 1917. En todos los demás aspectos se sentían fuera de lugar y sumamente vulnerables. El gobierno noruego pensó que ya había cumplido con su obligación con la concesión de los visados, y habían pasado aquellos días en que el consulado soviético se ofrecía como refugio

temporal a los Trotsky. El escritor y socialista Konrad Knudsen acudió al rescate y les ofreció una casa en el campo, a unos sesenta kilómetros de Oslo. No quería ningún dinero a cambio.

Habían llegado allí cuando se hacían los preparativos para el primero de los tres juicios espectáculo en Moscú, en los que estaban implicados dieciséis acusados. Kámenev y Zinoviev se encontraban entre ellos, lo mismo que antiguos seguidores de Trotsky, como Serguéi Mrachkovski. Trotsky no tenía modo de conocer las torturas que les habían aplicado a quienes eran juzgados en los procesos mayores. Comentaba lo absurdo de las acusaciones a la luz de los hechos conocidos. Lamentaba la desviación de la rectitud revolucionaria que habían experimentado algunos de sus antiguos camaradas, al tiempo que aceptaba que incluso Zinoviev y Kámenev también habían tenido sus méritos. Todos los acusados fueron declarados culpables después de que ellos mismos hubieran reconocido dicha culpabilidad. Trotsky, por su parte, estaba oficialmente implicado como cabecilla de una conspiración terrorista internacional. El 24 de agosto de 1936 fue condenado a muerte *in absentia*. El gobierno noruego se vio presionado para marcar distancias con él. A pesar de que Trotsky proclamaba su inocencia, los ministros noruegos tenían que considerar el futuro de las relaciones diplomáticas con la URSS. Los nervios les fallaron y el 2 de septiembre el gobierno puso a Trotsky bajo arresto domiciliario hasta que se tomara una decisión definitiva. Se le confinó en Hurum, a medio camino entre Skoger y Oslo.

Natalia dijo que ese nuevo lugar le recordaba los días de su estancia forzosa en Halifax, Nueva Escocia, en 1917. Knudsen hizo todo lo que pudo. Les ofreció una radio para que pudieran escuchar las emisoras extranjeras y estar al tanto de las noticias del mundo; también dejó algunas flores magníficas en el recibidor. Sin embargo, el aislamiento resultaba aplastante para la pareja. Trotsky ya no disponía de un acceso fácil al trabajo de investigación. Las fechas de entrega de los editores le resultaban opresivas. Volvió el insomnio[30]. Natalia pensaba que trabajaba demasiado. Él no se dio cuenta hasta que sus viejas enfermedades volvieron a postrarlo[31]. Natalia, deprimida, descargó su frustración en Liev por ser demasiado lento a la hora de desempeñar sus muchos trabajos. Como era habitual, enseguida se disculpó. Lo último que deseaba era atormentar a su hijo mayor[32]. Tenía la intuición de que su marido se precipitaba a uno de sus prolongados períodos de mala salud. Eso podría representar meses de inactividad

justo cuando necesitaba defenderse de las difamaciones del Kremlin. Algunos días incluso le faltaban fuerzas para salir y recostarse en su *chaise longue*[33]. Leer era su único refugio, y se le encargó a Liev el envío de ejemplares de Malraux, Céline, Simenon y Freud[34]. Su lectura era más ligera que los informes sobre los juicios espectáculo.

Trotsky y Natalia pensaban que estaban más seguros en Noruega que en Francia. Su comportamiento iba en concordancia y dejaban la puerta del jardín abierta día y noche. Un periodista lo aprovechó para deslizarse a lo largo del muro y sacar una fotografía. Heijenoort le hizo volver al pueblo. En otra ocasión se presentó una pareja de borrachos inofensivos[35]. Un visitante mejor recibido fue un médico checoslovaco que hizo algunas pruebas médicas. No encontró nada definitivo antes de su partida. El descanso parecía ser la mejor medicina al alcance y la condición física de Trotsky fue mejorando gradualmente. Dejó de escribir su diario, lo que forzosamente tenía que ser una buena señal[36].

El resultado fue una avalancha de respuestas contra las acusaciones que se habían vertido en Moscú. Trotsky volvía a estar en forma para luchar. Llenó el *Byulleten* con exposiciones de las extrañas mentiras que se habían urdido sobre él y sobre Liev. Trabajó frenéticamente para defender su reputación. Los términos de su confinamiento le permitían comunicarse con Liev y con su abogado francés Gérard Rosenthal, pero aparte de esto se le había restringido la correspondencia, y la censura era obstaculizante. Le resultaba esencial lavar su nombre si quería evitar una deportación más. Decidió apelar a la Liga de Naciones. La URSS había iniciado la organización de un tribunal internacional para juzgar a terroristas. Trotsky esperaba utilizar esto como un recurso para refutar las alegaciones del Kremlin, y el 22 de octubre dio instrucciones a su abogado noruego Michael Puntervold para que escribiera a la sección jurídica de la Liga. No obtuvo ningún resultado positivo[37]. Ninguna de sus estrategias resultaba, y Trotsky tenía que depender de las acciones de otros en su defensa. Sin que lo supiera, estaba ocurriendo algo positivo al otro lado del Atlántico. Diego Rivera, su pintor mexicano favorito, le pedía al presidente Lázaro Cárdenas y al Partido Revolucionario Institucional que le ofrecieran asilo a Trotsky.

El gobierno mexicano tenía la política de abrir las puertas del país a los refugiados de izquierda; cuando la Guerra Civil española acabara con la victoria de Franco y los fascistas, Cárdenas ofrecería permisos de residencia a los

republicanos derrotados[38]. El gobierno estaba llevando a cabo la reforma agraria y se esforzaba por permanecer independiente del capitalismo estadounidense, por lo que reunía apoyo político y cultural en su país dispensando la bienvenida a eminentes extranjeros anticapitalistas. Gérard Rosenthal estableció las negociaciones con el consejero del consulado mexicano en París. Los progresos eran lentos, pero se llegó a un acuerdo[39]. Trotsky tenía que prometer mantenerse fuera de la política mexicana. No todos los trotskistas aprobaban el plan mexicano. Max Shachtman escribió que allí la vida de Trotsky «no valdría un céntimo»[40]. Las preferencias del propio Trotsky se hubieran inclinado por Estados Unidos, pero Washington no quería ni oír hablar de tal posibilidad. Tenía que aceptar lo que estaba a su alcance, y ya encontraría la manera de salir adelante. El servicio telegráfico transatlántico facilitaría las comunicaciones de emergencia entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y las entregas postales tampoco eran de una lentitud intolerable. El plan era dejar a Liev en Francia para supervisar el *Byulleten* y mantenerse al tanto de las actividades de los trotskistas europeos. Las cosas podrían ser aún peores. Y así serían en el curso de los años siguientes.

6

En México

El petrolero *Ruth*, con los Trotsky a bordo, tardó veinte días en hacer su camino a través del Atlántico. Había sido escogido por su discreción, porque tanto las autoridades noruegas como el entorno de Trotsky pensaban que era demasiado arriesgado para él tomar cualquiera de los cruceros habituales. Él y Natalia eran los únicos pasajeros. Zarparon el 20 de diciembre de 1936, y Trotsky, como tenía por norma cuando se veía sin las oportunidades de una actividad práctica, empezó un diario. El capitán y la tripulación se mostraban amigables hacia la pareja de refugiados. Trotsky leía sobre México y cayó en sus manos una biografía de *sir* Basil Zaharoff, el traficante de armas y financiero radicado en Estambul y griego de nacimiento: era justo el tipo de lectura histórica que necesitaba para confirmar que el capitalismo internacional estaba podrido hasta la médula[1]. También empezó a esbozar un libro que pensaba titular *Los crímenes de Stalin*[2]. Tendría que esperar a encontrarse a las puertas de la muerte para escribir algo relacionado con el marxismo que le era contemporáneo.

El barco echó anclas el 9 de enero de 1937 en la costa de Tampico, la gran ciudad petrolera en el golfo de México, a 260 kilómetros al noreste de la capital. Los Trotsky temían que un asesino los esperara a su llegada al muelle. El capitán del barco, siguiendo las órdenes del gobierno noruego, les había negado el contacto por radio con sus amigos mexicanos. La pareja no pudo ni siquiera conocer los términos del visado que les concedía el gobierno de Cárdenas[3]. Trotsky, enojado, habló con el capitán y le solicitó que enviara un telegrama al cónsul noruego en el país. Se establecieron acuerdos para que un funcionario mexicano se hiciera con una barca y la llevara hasta el petrolero para recoger a los dos refugiados. A bordo llevaría a diversos amigos y periodistas. Diego Rivera estaba ausente por enfermedad, pero su esposa, la pintora Frida Kahlo, sí estaba presente. La acompañaban los trotskistas estadounidenses Max Shachtman y George Novack[4]. Los Trotsky se tranquilizaron de algún modo,

pero el paisaje no les gustó, pues les recordaba al feo y contaminado Bakú, en Azerbaiján. Se alegraron al ver que el general Francisco Mújica, ministro de Comunicaciones y Obras Públicas, les había reservado un confortable vagón de tren. El comité de recepción se encaminó hacia la Ciudad de México y después a Coyoacán, en su límite occidental, en donde Frida Kahlo les ofreció la libertad de su hogar, la Casa Azul de la Avenida Londres[5].

Los Trotsky no habían vivido con un confort semejante desde principios de la década de 1920. El jardín estaba lleno de flores de colorido intenso. Los loros graznaban entre el follaje de los árboles. La decoración interior de la casa combinaba el estilo tradicional mexicano con las tendencias más vanguardistas del momento. Las habitaciones eran espaciosas y aireadas. El servicio estaba muy a mano y dispuesto a atender a las necesidades de los residentes. La comida era abundante y Trotsky, cuyos problemas médicos le habían hecho muy quisquilloso con la dieta, comprobó que se adaptaba bien a la especiada cocina mexicana. A Frida y Diego no les preocupaba cuántos trotskistas venían de visita; Trotsky los animaba a formar parte del entorno permanente si se veían con fuerza y ganas.

Para hacer frente a los gastos tenía que seguir publicando libros atractivos para el gran público. Pero ni aun así era suficiente. Por tanto, empezó a ofrecer seminarios pagados sobre asuntos del momento para estudiantes estadounidenses en sus viajes a México. También cobraba por las entrevistas que concedía a los diarios. Cuando el *Baltimore Sun* envió a un hombre para que hablara con él, Trotsky pidió mil dólares, lo que para la época era una fortuna. Según el periodista, todavía no había comprendido que ya no era un hombre en el poder, sino únicamente un «antiguo comisario de todas las Rusias»[6]. De todos modos, Trotsky estaba harto de las entrevistas, pues en su opinión sucedía demasiado a menudo que los editores mutilaban sus mensajes por muy concienzudo que resultara el trabajo del periodista[7]. Los libros, naturalmente, requerían de mucho tiempo para escribirse, y se estaba quedando sin proyectos comerciales tras su autobiografía y su *Historia de la Revolución Rusa*. Ni siquiera sus contratos para las biografías de Lenin y Stalin iban a representar una solución completa a sus problemas financieros. Al mismo tiempo, tampoco podía emprender proyectos comerciales nuevos en tanto no se extinguieran sus obligaciones contractuales vigentes. Por este motivo, decidió conseguir dinero rápido —1000 dólares estadounidenses— mediante la venta de su

correspondencia política de los años 1918-1922 al Instituto de Historia Social de Amsterdam[8].

La policía mexicana le proporcionaba protección permanente y enviaba informes regulares sobre él al gobierno. No eran los únicos en vigilarlo. El Partido Comunista Mexicano estaba obligado a mantenerlo vigilado y a informar a Moscú. Incluso las autoridades estadounidenses, las mismas que le habían impedido residir en su país, se mantenían al corriente de sus actividades[9].

Trotsky se instaló rápidamente en la Casa Azul. Sus huéspedes se identificaban abiertamente con Trotsky en su lucha contra Stalin y el movimiento comunista «oficial» en el mundo, además de elogiar y defender a Trotsky en toda ocasión. Se atendía a sus necesidades. Los sirvientes estaban acostumbrados a que Diego y Frida estuvieran pintando todo el día, de manera que a nadie le pareció extraño que él pasara su tiempo leyendo y escribiendo. Disfrutaba de una paz total para llevar a cabo su trabajo[10]. Su biblioteca, que había disminuido al dejar Turquía, volvía a crecer. Siempre tenía entre manos un libro o un artículo. Permanecía en contacto con sus seguidores por correo; recibía visitas por la tarde, pero solamente si la concertaban antes. Trotsky solía dar una buena acogida a los ciudadanos estadounidenses, con la esperanza de que fueran ricos e hicieran una donación para la causa. Así, la gente entraba y salía sin parar de la Casa Azul, pero los Trotsky tenían que pensárselo dos veces antes de aventurarse a salir. Era demasiado arriesgado visitar los muchos lugares de interés cultural de la capital. Ni siquiera podían ir a admirar los magníficos murales de Diego Rivera, su anfitrión. Había llegado al acuerdo de permanecer al margen de la vida pública mexicana, y Trotsky así lo hizo. Estudiaba un poco de español, pero no leía nada en esta lengua: sus deberes de escritura y de organización no le dejaban tiempo para eso.

La necesidad que él y Natalia tenían de alguna salida ociosa pudieron satisfacerla con viajes al campo, a kilómetros de distancia de la capital. Antes de efectuarlos consultaban a la policía. Se proveían de uno o dos automóviles, incluido un camión Dodge. Hacían el equipaje y llenaban cestas de comida. Y finalmente salía el grupo armado. A Trotsky le gustó el viaje a Cuernavaca, una ciudad que había encantado al novelista D. H. Lawrence. Otro sitio favorito era la ciudad de Taxco, montañosa y con sus minas de plata, que atraía a centenares de turistas estadounidenses anualmente. Estos viajes representaban varias horas de carretera en ambos sentidos; los Trotsky podían sentirse libres de sus

preocupaciones. Al Viejo le gustaba caminar en busca de cactus raros del mismo modo que en otros momentos de su vida había cazado aves, ciervos y osos. Sin tener ningún conocimiento o experiencia sobre el asunto, podía discutir con Joe Hansen sobre la mejor manera de preparar perritos calientes. El ambiente era relajado, excepto en una ocasión, cuando Harold Robins, un trotskista estadounidense que residió durante un tiempo con los Trotsky, opinó que los mecánicos mexicanos no tenían ni idea de reparar los frenos averiados. Trotsky lo reprendió por tener prejuicios nacionalistas. Él mismo se dedicaba a buscar plantas poco comunes para llevarlas al jardín de Coyoacán. Hijo de un granjero, descargaba las tensiones cavando la tierra, y luego volvía con las plantas al vehículo. Rechazaba los ofrecimientos de los hombres más jóvenes para ayudarlo[11].

Esas salidas aliviaron las tribulaciones de la familia solamente de forma temporal. Liev permanecía en Francia para encargarse del *Byulleten Oppozitsii* y para cuidar del pequeño Seva con la ayuda de Jeanne. No había esperanzas de verlos en el futuro próximo. La estancia de Trotsky en la Casa Azul coincidió con una intensificación del terror político en la URSS. La familia y sus allegados sufrieron las consecuencias. Arrestaron a Sergéi Sedov; desde Moscú lo enviaron a Siberia el 3 de agosto de 1935. Por aquel entonces la historia de amor con su esposa Olga había concluido; seguía viviendo con ella, pero había establecido relaciones con Genrietta Rubinshtein, quien ignoró los ruegos de sus padres y lo siguió a Krasnoyarsk. Desde su celda en la prisión de tránsito él le gritó que volviera a Moscú, que tenía que hacerlo por su propia seguridad. Pronto lo liberaron y pudo trabajar legalmente en la ciudad, donde su destreza técnica hizo que accediera a un empleo en la industria de las minas de oro[12]. Genrietta, que dio a luz a la hija de ambos, Yulia, en la capital soviética en 1936, fue arrestada un año después. Yulia fue educada por sus abuelos Rubinshtein y nunca conoció a su padre[13].

Los Trotsky estaban desesperados por la situación de Serguéi. Se daban cuenta de que Stalin buscaba una venganza atroz mediante la persecución de los familiares inocentes de Trotsky. Éste recordó que los bolcheviques, en julio de 1918, no se habían contentado con ejecutar a Nicolás II, sino que habían liquidado a todos los Románov a los que habían podido capturar. Trotsky no había tenido conocimiento de la decisión de aplicarles la pena de muerte. En realidad hubiera querido procesar públicamente al emperador y utilizar el juicio

para exponer las iniquidades del orden imperial. Aun así, apoyó lo que habían ordenado Lenin y Sverdlov en su ausencia, como hizo constar en su diario el 9 de abril de 1935. En la entrada del día siguiente se incluía este comentario: «Sin noticias de Serëzha, y quizá no tengamos ninguna durante mucho tiempo.»[14] Resulta difícil creer que Trotsky, en algún momento, no trazara un paralelismo entre las dos situaciones. Entendía que en la guerra civil se había sentado un precedente para que los familiares de los «enemigos del pueblo» fueran exterminados. La dignidad de Trotsky se diluye en este punto y añade con altanería que Serguéi podría habérselas arreglado mejor si hubiera tenido un mayor interés por la política[15].

La primera mujer de Trotsky, Alexandra Bronstein, sufrió por el pasado: en 1935 la arrestaron y la enviaron a un poblado siberiano de la provincia de Omsk. Las agencias de seguridad buscaron en sus archivos y localizaron a casi todas las personas relacionadas con Trotsky por vínculos de sangre o de matrimonio. Se trataba de la represión por genealogía así como por orientación política. Durante un tiempo Alexandra escribió a Trotsky, y él le contestaba y le enviaba giros postales. Poco a poco cesaron de escribirse cuando las autoridades soviéticas dejaron de entregar el correo. Trotsky sabía que la falta de noticias equivalía a malas noticias. De hecho Alexandra sobrevivió hasta 1938. Sus problemas habían empezado con un matrimonio de corta duración contraído para que ella y Trotsky siguieran unidos en Siberia… Y fue en Siberia donde ella finalmente expiró.

En el hogar mexicano de los Trotsky la preocupación se concentraba en los familiares atrapados en la URSS. Liev no merecía tanta atención. Era comprensible, puesto que estaba registrado como residente en Francia y no tenía problemas con la policía. Sin embargo, la situación para los trotskistas en Europa empeoraba y ocurrieron una serie de asesinatos. Erwin Wolf, un judío de Checoslovaquia que había trabajado como asistente personal de Trotsky en Noruega, fue liquidado en misteriosas circunstancias tras ser capturado en España en julio de 1937. Rudolf Klement, un seguidor alemán que había trabajado directamente para Trotsky en Turquía y Francia, murió en París en 1938; fue un asesinato truculento, y durante días fueron encontrando partes de su cuerpo descuartizado en el Sena. Trotsky suponía que Liev sabía cómo cuidar de sí mismo. Ninguno de ellos tenía excusa para la complacencia: efectivamente, en la primavera de 1937 Ignacy Reiss, un funcionario de la seguridad soviética de

nacionalidad polaca, había advertido a los dirigentes trotskistas de que el Kremlin había decidido eliminarlos a todos[16]. Ésta iba a ser una prioridad para el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), que en 1934 había asumido las funciones de la OGPU. Si la advertencia era seria, el peligro para Trotsky y para Liev era de muerte. El mismo Reiss fue asesinado poco después. Luego llegó a manos de Trotsky una carta anónima en la que se aseguraba que un agente soviético con el alias de «Mark» había accedido a un puesto de responsabilidad en su aparato político global. Lola Estrina, la secretaria de Liev, estaba de visita en México en esos días y Trotsky le enseñó lo que había recibido. Al volver a Francia, ella se lo explicó a Étienne, es decir, al agente del NKVD Mark Zborovski. Ni Trotsky ni Estrina eran los conspiradores más hábiles del mundo; Liev tampoco era mucho mejor[17].

La correspondencia entre padre e hijo seguía el ritmo habitual. Liev le informaba de los acontecimientos políticos franceses. Escribía sobre los trotskistas locales y también daba detalles sobre el devenir del *Byulleten*. Según decía, Seva estaba bien. En pocas ocasiones mencionaba lo exhausto que se sentía, y por enfermo que estuviera, a diferencia de Trotsky, le quitaba importancia a sus problemas. Liev era un mártir viviente de la causa de la Oposición Internacional. Jeanne nunca había sido la pareja más acomodadiza y desde verano de 1936 Liev había encontrado un refugio secreto en los brazos de Hélène Savanier en viajes ocasionales a Antibes. Él y Jeanne habían residido con los Savanier cuando habían llegado a París desde Alemania como refugiados[18].

Liev cada vez era menos capaz de asimilar las acusaciones de su padre, especialmente cuando lo recriminaba por tratar mal a los camaradas franceses[19]. Cuando Natalia se puso del lado de Trotsky en abril de 1936, Liev no pudo soportarlo más: «Me parece que los defectos de papá empeoran con la edad: su intolerancia, su mal carácter, sus burlas, su crudeza incluso, lo mismo que su deseo de ofender, de menospreciar y de aniquilar.»[20] ¿Por qué las frecuentes rupturas de relaciones con los camaradas? ¿Por qué esas palabras tan duras con Liev? Trotsky tenía que empezar a aceptar que «una organización estaba formada por personas vivientes». Tenía que entender que la reacción de la gente solía ser no escribirle sobre asuntos que tocaran puntos sensibles: «Cuando papá se equivoca nunca lo reconoce. Por eso no soporta las críticas. Cuando se le dice o se le escribe algo con lo que no está de acuerdo, él o bien lo ignora por completo o bien responde con una salida airada.»[21] Liev admitía que el

Secretariado Internacional no funcionaba demasiado bien. Nunca había pretendido otra cosa. Pero también le parecía que maldecir a sus miembros no iba a mejorar nada en absoluto[22].

Liev tampoco podía admitir la condescendencia de su padre y no le parecía bien que lo tratara públicamente como un estudiante. Liev le hacía la observación a su madre de que ya era mayor que el mismo Trotsky cuando había dirigido el Sóviet de San Petersburgo en 1905. Esto recordaba al hijo de la novela de Nikolái Gógol *Tarás Bulba*, en donde la madre del héroe se refiere constantemente a cualquier hijo adulto como «chiquillo[23]». Se lo tenía dicho a Lola Estrina: «Si alguien me llama "el hijo" en su presencia, por favor, interrúmpale y dígale: "Si se refiere a Lev Lvovich Sedov, tiene su propio nombre."[24]» Quizás empezara a mostrarse imprudente en sus comentarios a la gente. Según Zborowski, bebía demasiado y le gustaba jugar a la ruleta rusa[25]. Se decía que consideraba un error el rechazo de Trotsky a considerar la posibilidad de asesinar a Stalin[26]. Zborowski afirmaba que Sedov quería que él viajara a Moscú, presumiblemente en una misión para llevar a cabo el asesinato[27]. Si todo esto era cierto, no tenía nada de extraño que las fuerzas de seguridad soviéticas intensificaran sus esfuerzos para eliminarlo. Incluso si Zborowski se lo hubiera inventado todo, a fin de corroborar la imagen oficial de los trotskistas como terroristas, el impacto en las mentes del Kremlin habría sido el mismo.

En noviembre de 1936 robaron ochenta kilos de material de archivo de Trotsky en el Instituto Internacional de Historia Social, en el número 7 de la rue Michelet. El director del instituto era Boris Nikolaevski. A pesar de ser un menchevique, se había ganado la confianza de Liev mediante préstamos, tanto para él como para su padre, de libros difíciles de conseguir. Era un coleccionista devoto de todo tipo de material que pudiera arrojar alguna luz sobre la historia revolucionaria rusa, y Liev había decidido que los archivos de su padre estarían más seguros a su cuidado. Los ladrones no dejaron señales de roturas al entrar. La policía estaba perpleja. Sedov les informó de que solamente Nikolaevski, Estrina, Zborowski y Heijenoort conocían la existencia del depósito, y él respondía de la buena fe de todos ellos[28]. Todo el mundo sospechaba del NKVD, pero nadie sabía cómo podía haberse planeado y llevado a cabo el robo.

En el invierno de 1937-1938, cuando la frenética actividad de Sedov alcanzaba límites intolerables, tuvo que buscar tratamiento para sus dolores de

estómago. Después de consultarlo con unos pocos colaboradores, entre ellos Étienne, el 9 de febrero de 1938 fue a la clínica Mirabeau. Antes de ir hacia allí ya estaba lo bastante preocupado como para escribir sus voluntades y el testamento en ese mismo día, dejándoselo todo a Jeanne Martin[29]. La clínica Mirabeau, al este del Bois de Boulogne, era pequeña, con personal ruso y dirigida por un tal doctor Girmonski. La cuñada de Lola Estrina, una médica, había aventurado un diagnóstico de apendicitis y recomendó como cirujano al doctor Simkov. Después de hacerse pasar por un ingeniero francés, Liev cambió al ruso tras entrar en las instalaciones. El doctor Simkov, junto con el doctor Thalheimer, que trabajaban para diversos hospitales parisinos, pensaron que sufría una oclusión intestinal. Lo operaron a las 11 de la noche. El primer resultado parecía positivo y Liev recibió las visitas de Lola y Étienne. El 13 de febrero, sin embargo, el estado del paciente empeoró. En plena noche abandonó la cama y en el delirio de la fiebre vagó desnudo, tambaleándose por los pasillos. Jeanne Martin, corriendo hacia la sala, se quedó horrorizada al ver que tenía una gran herida amoratada. El doctor Thalheimer llegó a pensar que tal vez se había querido quitar la vida. Se tomó la decisión de hacerle una transfusión de sangre. El 15 de febrero se le administraron inyecciones. No respondía a ningún tratamiento y los médicos actuaban más por intuiciones que por convicción científica. Los intestinos de Liev estaban paralizados. Perdió la conciencia y entró en coma[30].

A pesar de recibir una transfusión de sangre adicional, Liev murió a las once de esa misma mañana. Sus allegados, pese a no disponer de nada que lo probara, sospecharon de algún juego sucio en el tratamiento médico. Vigilaron el cadáver hasta que se pudo realizar una autopsia. Étienne mencionó que la salud de Liev había empeorado desde los juicios espectáculo de Moscú y que había tenido fiebre a menudo[31]. Rosenthal recordaría estos comentarios algo más tarde. ¿No sería que Étienne intentaba desviar la atención de su persona?

Trotsky y Natalia recibieron un telegrama. Las noticias los destrozaron y se encerraron en la habitación durante días, sin hablar con nadie. Cuando salieron, Trotsky echó la culpa de la muerte de Liev a Stalin y a las agencias de seguridad soviéticas. Obtener pruebas iba a ser difícil. Las autoridades parisinas apenas se esforzaron, a pesar del aluvión de demandas procedente de Coyoacán, por establecer la verdad. Trotsky sospechaba que el gobierno francés estaba más deseoso de mantener las buenas relaciones con la URSS que de hacer justicia

con la muerte de un trotskista. Es muy posible que tuviera razón. En aquellos días Francia y la Unión Soviética concertaban esfuerzos para fomentar la «seguridad colectiva» en Europa contra el expansionismo alemán. Fuera como fuese, Trotsky acusó a la clínica y a los médicos de ser instrumentos en manos de las fuerzas de seguridad estalinistas[32]. Tenía todos los motivos para sospechar que se había cometido un asesinato. El NKVD disponía en París de una red de informadores mayor que en ninguna otra ciudad extranjera tras la Guerra Civil española. Étienne quizá no fuera el principal brazo ejecutor, ya que otros muchos agentes podían haber organizado el asesinato. Y Stalin no había guardado en secreto su deseo de exterminar a todo el grupo que rodeaba a Trotsky.

Sin embargo, todavía quedan dudas de que para el NKVD tuviera sentido ordenar la liquidación de Lev Sedov. Estando vivo constituía una fuente de información íntima sobre los planes de su padre, puesto que Étienne incluso tenía permiso para abrir la correspondencia dirigida al domicilio de Liev[33]. Esta posibilidad había quedado destruida por su muerte. Por otra parte, cuando varias décadas después los agentes del NKVD tuvieron la oportunidad de comentar sus operaciones europeas, no alardearon de haber liquidado a Sedov[34]. Más aún: los médicos habituales del hospital no fueron los únicos responsables del cuidado de Liev. Después de diagnosticarle oclusión intestinal, llamaron a expertos de otros centros al comprobar que no respondía al tratamiento. Al recordar cómo había vagado en delirio por la sala, parte del equipo médico se inclinaba por pensar que quizá se hubiera administrado una dosis de alguna sustancia desconocida para suicidarse. La evolución de aquel caso tenía a todo el mundo perplejo. Así, Gérard Rosenthal estuvo lo bastante preocupado como para convencer a su padre, un médico especialista, de que fuera a visitar a Liev para dar su opinión. Esto hubiera puesto las cosas difíciles para cualquiera que deliberadamente intentara una acción quirúrgica letal. Por otra parte, los amigos de Liev se aseguraron de que se llevara a cabo un análisis toxicológico antes de la cremación[35].

Rosenthal hijo consignó que no se habían podido esclarecer las causas de la muerte, a pesar de sus sospechas sobre Étienne, pero no negó que la muerte pudo haber sobrevenido por envenenamiento. Jeanne Sedov, que había estado a la cabecera del enfermo, no había visto nada sospechoso, y quedó conforme con los resultados de la autopsia (ella misma la había solicitado)[36]. Esa muerte

conserva su misterio hasta el día de hoy[37]. Lo que sí puede decirse con certeza es que, si hubiera sobrevivido al tratamiento en la clínica Mirabeau, los intentos de asesinato le habrían aguardado en el futuro. Para él las posibilidades de envejecer siempre habían sido escasas.

Trotsky escribió un emocionante libro sobre Liev. En él se percibían destellos de culpabilidad surgidos de la relación que a veces había mantenido con él. Condenaba al régimen de Stalin como ejecutor del crimen. Trotsky y Natalia escribieron a Jeanne Martin para hacerse cargo de la custodia de su nieto Seva. Querían que el niño atravesara el Atlántico para reunirse con ellos en México. Jeanne se resistía. Atormentada por la pérdida de Liev, se aferraba instintivamente a Seva. Trotsky le escribió una tierna carta a Seva en la que le explicaba que se estaban haciendo gestiones para trasladarlo a Coyoacán, pero Jeanne rechazó cooperar y se marchó de París con Seva. El *shock* por la muerte de Liev la llevó a la desintegración mental. Su carácter se volvió imprevisible. Empezó a mostrar violencia física en sus discusiones con los camaradas[38]. Trotsky escribió a Étienne y Estrina comunicándoles que había perdido totalmente la confianza en ella (la llamaba por su apellido de casada, Molinier)[39]. Gérard Rosenthal actuaba como intermediario y abogado de Trotsky en Francia. Él le indicó a Jeanne que el padre de Seva podía aparecer cualquier día desde su destierro en Siberia para reclamar a su hijo. Esto la llevó a confrontar la realidad de que no tenía derecho a seguir ejerciendo el papel de tutora legal. Su oposición se derrumbó. Alfred y Marguerite Rosmer, que habían conocido a Trotsky desde antes de 1917 y se contaban entre sus más ardientes defensores franceses, se encargaron de la custodia de Seva en nombre de Trotsky y se lo llevaron a México en agosto de 1939. Trotsky y Natalia se hicieron formalmente responsables de él[40].

7

La Cuarta Internacional

Trotsky había perdido a un hijo devoto y brillante. Él y Natalia se encerraron en sus aposentos para pasar el duelo. Pero, terco como siempre, una semana después del telegrama de París ya les preguntaba a Étienne Zborowski y a Lola Estrina por «la suerte del boletín»[1]. Una carta anónima le advertía en diciembre de 1938 de que Étienne era un agente de la inteligencia soviética[2]. (El escritor de esa carta era Alexandr Orlov, quien decía que un familiar suyo pertenecía a los servicios de seguridad soviéticos, pero en realidad él había sido un agente de la OGPU con anterioridad y había desertado). A Natalia le llevó más tiempo recuperarse, si es que se recuperó en algún momento mientras Trotsky siguió con vida, y durante muchos meses rompía a llorar inesperadamente. La casa de Coyoacán le parecía una prisión, puesto que mientras los seguidores jóvenes y los guardias sabían que estaban allí temporalmente, los Trotsky eran residentes involuntarios permanentes[3]. Natalia creía que los camaradas franceses no hacían lo suficiente para averiguar lo que había ocurrido en París. Sus esperanzas eran vanas. Trotsky reaccionó calificando los hechos de asesinato y haciendo de Stalin el único instigador. Aunque empezó a trabajar de nuevo, no se mostraba tan comunicativo con su entorno como antes, cuando se preciaba de ser rápido y puntilloso. Sus colaboradores repararon en que dejaba correspondencia sin contestar sobre la mesa y con discreción disculparon su conducta[4].

Pasaron meses antes de que volviera a recuperar el ritmo vertiginoso de trabajo. Uno de sus objetivos era coordinar a la Oposición mediante la convocatoria de una nueva Internacional —la Cuarta Internacional— con el objetivo de suplantar a la Komintern en el liderazgo del comunismo en todo el mundo. Nunca había sido realista por su parte pensar que iba a poder ganarse a los numerosos partidos de la Komintern. Stalin controlaba el aparato central del organismo, sito en Moscú. Las personas sospechosas de compartir sus simpatías con Trotsky habían sido sustituidas sistemáticamente, del mismo modo que la

disputa entre Stalin y Bujarin en 1928-1929 había llevado a la eliminación de todos los bujarinistas conocidos. Trotsky había mantenido sus ilusiones hasta la ascensión al poder de los nazis en Alemania. El fracaso del Partido Comunista Alemán a la hora de evitar que Hitler se convirtiera en canciller en enero de 1933 le había llevado a la dolorosa conclusión de que iba a tener que volver a empezar de cero.

Desafortunadamente para Trotsky, en la mayoría de países la Oposición disponía solamente de un pequeño número de apoyos. En el caso de Alemania, donde Trotsky había concentrado gran parte de las esperanzas y de la propaganda, los nazis habían acabado rápidamente con los grupos comunistas. La llamada de Trotsky para una Cuarta Internacional no dejó de provocar controversias. En la misma naturaleza del proyecto estaba la necesidad del consentimiento de las agrupaciones antiestalinistas de todo el mundo. No todas se mostraron inmediatamente de acuerdo en que fuera necesario romper con los demás partidos de la Komintern. Los seguidores españoles Arlen y Marino Vela escribieron a Trotsky para plantearle objeciones a la formación de un nuevo partido comunista en Alemania[5]. Pero eran poco representativos entre la mayoría de trotskistas en Europa y en Norteamérica. Trotsky pronto tuvo el camino libre para empezar a diseñar una estrategia racional y una base organizativa para su planteamiento.

La Cuarta Internacional estuvo gestándose durante otros cinco años, a medida que la estructura de organización y reclutamientos se componía alrededor del mundo. Había que convencer a los nuevos partidos de que miraran hacia el exterior. Trotsky insistía en que había que evitar la división interna. Las comunicaciones entre él y las direcciones nacionales necesitaban ser tan fluidas y rápidas como podían permitirlo el telégrafo, los servicios postales y los barcos. La vigilancia sobre su correo que se había aplicado en Noruega a finales de 1936 había sido tan flagrante que él incluía peticiones a los censores en sus cartas a Liev[6]. Trotsky y Liev buscaban signos de infiltración de parte de la inteligencia soviética. Con frecuencia especulaban con la posibilidad de que en Moscú conocieran sus planes, especialmente cuando sufrían a consecuencia de acciones que implicaban un conocimiento interno[7].

Todos los grupos trotskistas sentían una inquietud similar ante la posibilidad de sufrir infiltraciones. Era habitual que se cruzaran acusaciones. A menudo se basaban solamente en coincidencias circunstanciales. Raymond Molinier tenía la

fama de ser un agente soviético. Gérard Rosenthal acabó por desconfiar de la pareja de Liev, Jeanne, y Liev rompió su relación con él por este asunto[8]. La situación se complicaba porque el secretariado internacional de la Oposición estaba radicado en Francia. Trotsky escribiría más tarde que tal secretariado no era más que una ficción y que en realidad solamente dirigía la actividad en Francia. Reprendía a los camaradas franceses por sus peleas y disensiones[9]. Molinier no gozó durante demasiado tiempo de su favor. A principios de 1934 Trotsky había propuesto que la Liga Comunista tendría que incrementar su influencia haciendo que sus miembros se infiltraran y radicalizaran el Partido Socialista Francés. Cuando Molinier rechazó la idea, él y Trotsky se enfrentaron[10]. Jeanne Martin incrementó la tensión expresando su preferencia por la política de Molinier[11]. Esto implicaba que Liev y Jeanne estaban en desacuerdo. Las disputas eran tanto personales como políticas. Al final Trotsky se salió con la suya y el grueso de los trotskistas franceses aceptó su línea de acción.

La extrema izquierda estadounidense también era un permanente motivo de interés, porque él creía que sus seguidores no se esforzaban en salir de sus confines sectarios. En enero de 1934 escribía a su seguidor Max Shachtman, de la Liga Comunista de América, proponiéndole la idea de una fusión con Albert Weisbord y su Liga Comunista de Lucha. Weisbord, un desconocido para Trotsky, era notorio por su egolatría y sectarismo. Por una vez, Trotsky planteó su sugerencia con cierto tacto[12]. Y luego, cuando la Liga Comunista de América rechazó la propuesta por unanimidad, Trotsky respondió: «Soy consciente de que únicamente la Liga puede decidir en este asunto. Y si todos ustedes están en contra, ya no me queda nada más que decir.»[13]

La primera reunión destinada a preparar el terreno para la Cuarta Internacional se celebró en Bruselas, después de que los problemas con las autoridades hicieran imposible un encuentro en los Países Bajos, el 28 de febrero de 1934. Fue una conferencia de organizaciones juveniles de extrema izquierda. Fueron solamente catorce delegados, con la única representación de Alemania, Noruega, Holanda y Estados Unidos. Las tendencias cismáticas abundaban. Los trotskistas confesos no eran los únicos participantes y la idea de formar una Cuarta Internacional no complacía a todo el mundo, por mucho que sí coincidieran en que la Segunda y Tercera se encontraban en bancarrota política. Los trotskistas avanzaron por su camino recurriendo a puntos mínimos de

acuerdo en los temas conflictivos. Era lo mejor que podían hacer[14]. Pero lo mejor para ellos no era lo bastante para Trotsky, que odiaba la vaguedad de las decisiones. Escribió a sus simpatizantes quejándose de que habían hecho demasiadas concesiones a los no trotskistas. Las circunstancias le recordaban los compromisos a que se había llegado en el interior del movimiento Zimmerwald en el transcurso de la Gran Guerra. El Secretariado Internacional tenía una visión más realista de las circunstancias y decidió ignorarlo. La paradoja de estas comunicaciones no se le escapó a Albert Glotzer. Reparó en que Trotsky había presionado exactamente para que se llevara a cabo esa política conciliadora en la Liga Comunista de América. Y en esos momentos lo que Trotsky quería era una nítida separación de los no trotskistas a escala mundial[15].

La negativa por parte de Trotsky a reconocer semejantes contradicciones desconcertaba a sus seguidores. En su mayoría todavía no sabían lo autoritario que era. La distancia incrementaba su mal humor. De hecho, sentía que la historia le había enseñado que la indulgencia hacia los oponentes era contraproducente. En Zimmerwald había sido Lenin, no Trotsky, el que había trabajado incansablemente por la división; en aquellos días, Trotsky había acabado concluyendo que Lenin tenía razón.

Lev Sedov se rebelaba contra los juicios categóricos de su padre sobre los camaradas europeos. Trotsky tomó partido por Raymond Molinier y rechazó cualquier consejo de prudencia por parte de Liev. Molinier era una fuerza de la naturaleza, obstinado y tenaz[16]. Liev se mantuvo en su postura, pero en su contestación de enero de 1936 Trotsky acusaría a su hijo de tozudez burocrática[17]. Quizá también sospechara que Liev no podía ser imparcial, puesto que le había quitado la mujer, Jeanne, a Molinier. Sin embargo, entre los trotskistas franceses la opinión que preponderaba coincidía con la de Liev. Molinier era imperioso y franco sobre el asunto: «Tenemos a Trotsky para nuestra doctrina y a Stalin para nuestros métodos.»[18] Intelectualmente no destacaba en absoluto y existían dudas sobre su gestión financiera, quizá no del todo honorable. Ésta era por lo menos la opinión de Gérard Rosenthal y del veterano Alfred Rosmer[19]. Aunque Trotsky empezó a retirarle el apoyo a Molinier a mediados de 1935, hasta julio de 1936 el buró internacional no acertó a expulsarlo de sus organizaciones. Dicho buró era el cuerpo coordinador con base en París para los grupos trotskistas; antes de proceder contra Molinier, se consultó a Liev y a Trotsky. Éste empezó entonces a describirlo como un

aventurero, sin que nunca llegara a admitir el error que había supuesto apoyarlo tan incondicionalmente[20].

La coordinación de los camaradas franceses era una tarea demasiado ardua incluso para Trotsky, tal como él mismo reconocía ante Pierre Naville: «Nunca había visto luchas fraccionales como las que sostienen ustedes. Nosotros teníamos muchas peleas, ¡muchas! No siempre era fácil, ¡claro que no! Pero nunca había visto discusiones tan fuertes como las que tienen ustedes. ¡Es realmente extraordinario! ¿Cómo es posible? Esto debe corregirse.»[21]

En teoría, Trotsky admitía que no podía ofrecer una guía específica sobre asuntos que concernían a grupos particulares de trotskistas de todo el mundo, y a veces rechazaba ofrecer directivas, pero éste no era su estilo habitual. Lo que solía hacer era llenar sus cartas de indicaciones sobre asuntos importantes y sobre asuntos nimios. Se inmiscuía incluso cuando no disponía de elementos de conocimiento sobre las situaciones locales. También tenía favoritismos personales, especialmente entre sus partidarios de Alemania y Francia; las elecciones que hacía en este sentido no siempre eran acertadas. Su baza en todas las discusiones era su experiencia en la Revolución de Octubre y en la guerra civil. Cuando un camarada español defendía una política que no le complacía a mediados de la década de 1930, él preguntó: «¿Cuántos camaradas de tu grupo han muerto en combate?». La respuesta fue: «Bueno, afortunadamente hasta ahora ninguno.»[22] Para Trotsky era la manera de colocar al camarada en un plano de desventaja psicológica. Tanta seguridad en sí mismo a menudo le había hecho cometer desatinos. Cuando casi todos los trotskistas europeos habían llegado a la conclusión de que los hermanos Sobolevicius eran agentes de Stalin, él seguía considerándolos unos simpatizantes que simplemente habían errado el camino y lo habían «traicionado». No podía admitir que lo habían engañado desde el inicio de su aparente apoyo a la causa[23]. Incluso cuando no lo engañaban los agentes del régimen soviético no era inmune a las equivocaciones a la hora de juzgar a quién apoyar y a quién ignorar entre sus seguidores europeos.

La naciente Cuarta Internacional, por consiguiente, seguía siendo una entidad voluminosa y poco manejable en términos logísticos. Su líder residía en México, su redactor jefe, hasta su muerte en 1938, vivía en Francia, y el grupo que más rápidamente crecía en afiliaciones era el de Estados Unidos. Los telegramas hacían que esta situación fuera únicamente un poco más fácil de

manejar de lo que había sido en el siglo anterior. El fallecimiento de Liev privó de una fuerza de mediación entre Trotsky y los grupos europeos. El hijo incluso había iniciado la correspondencia con otras personas residentes en Coyoacán, como Bertram Wolfe, en busca de una mayor cooperación[24]. Los intercambios de opiniones ponderados se hicieron menos frecuentes. Trotsky estaba impaciente. Siempre esperaba que las cosas se movieran más deprisa y por el camino que él prefería. Su ímpetu procedía de una intensa preocupación: pensaba que los trotskistas, especialmente los europeos, podían no ser aptos para lo que él consideraba una «situación revolucionaria». Su pequeño aparato en México, como él sabía muy bien, tenía severas limitaciones. Más preocupante para él eran las señales de que los trotskistas franceses estuvieran fallando a la hora de aprovechar sus oportunidades. Sus camaradas conspiraban entre ellos. Soltaban bravuconadas. Se denunciaban unos a otros y se dividían en grupúsculos. Eran una presencia caótica en la extrema izquierda política francesa. Sacaban de quicio a Trotsky.

Stalin tenía en mejor concepto al trotskismo internacional: en la reunión del Comité Central del partido del 3 de marzo de 1937 denunció a Trotsky y sus asociados por organizar una conspiración mundial contra la URSS. No eran una «tendencia política en la clase obrera, sino una pandilla destructiva sin escrúpulos, malversadores, espías, asesinos, enemigos jurados de la clase obrera, que actuaban a sueldo de los servicios de inteligencia de estados extranjeros». Tenía la seguridad de que estaban coordinados para llevar a cabo estas actividades. Citó a Trotsky y la Cuarta Internacional, añadiendo que el grupo de Souvarine los apoyaba en Francia, lo mismo que «el notable sinvergüenza Eastman» en Estados Unidos[25]. El hecho de que Eastman rompiera con el comunismo a mediados de la década de 1930 no disuadió a Stalin: Eastman fue denunciado en 1938 por el *Daily Worker* del Partido Comunista de Estados Unidos como agente británico. El *Daily Worker* se basaba en un falso testimonio obtenido mediante la tortura a Khristian Rakovski, viejo amigo de Eastman[26].

El trotskismo global era mucho menos sustancial de lo que Stalin imaginaba. Esto quedó demostrado cuando España se precipitó en la Guerra Civil tras un levantamiento militar en julio de 1936. El líder de la rebelión era el general Francisco Franco, que tenía la determinación de liberar al país de comunistas y socialistas, y de restaurar la autoridad de la Iglesia católica y el orden político. El gobierno de la República, bajo la dirección de Largo Caballero, se convirtió en

una coalición de centroizquierda. El gobierno del «frente popular» francés, influido por la administración conservadora británica, siguió una política de no-intervención. Hitler y Mussolini no sintieron estas inhibiciones y proporcionaron fondos, munición y fuerza aérea a las tropas de Franco. Los republicanos solamente pudieron contar con algún apoyo de la URSS y de México; el Partido Comunista de España recibió la orden por parte de la Komintern de apoyar al gobierno del Estado. El precio que Stalin pidió a cambio de su ayuda a los republicanos era la facultad de tratar al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), dirigido por Andreu Nin, como una organización traidora. Por aquel entonces, Nin ya había caído completamente en desgracia frente a Trotsky por el apoyo que había ofrecido a las políticas frentepopulistas europeas. Eso no evitó que el Partido Comunista de España tratara a Nin y al POUM como trotskistas. Nin fue arrestado en mayo de 1937 y asesinado por agentes soviéticos poco después[27].

La Guerra Civil española puso a Trotsky en un dilema. Por un lado veía que el POUM era un decidido adversario de la Komintern, pero no tenía esperanzas de «convertir a Nin en un revolucionario». Aprobaba los intentos de volver a ganarlo para la causa, pero puso la condición de que debía «desplegar la bandera de la Cuarta Internacional en España»[28]. El POUM, según Trotsky, seguía una política de «adaptación, expectación, vacilación, es decir, la política más peligrosa durante una guerra civil, que es inflexible»[29]. Trotsky continuó criticando a Nin mientras Stalin seguía reforzando la influencia del Partido Comunista en España. Ninguno de los dos se cubrió de gloria. El ejército de Franco tomó el territorio vasco en 1937; una larguísima batalla tuvo lugar en el río Ebro entre republicanos y franquistas entre julio y noviembre de 1938. La derrota de los republicanos determinó el resultado de la Guerra Civil española. Franco ocupó Barcelona en enero de 1939. Cataluña fue sometida mediante una intensa campaña represiva. El POUM fue exterminado.

Trotsky ya había reconocido en privado la debilidad numérica de sus seguidores alrededor del mundo. Escribió a su colaborador James Cannon sobre los trotskistas estadounidenses el 10 de octubre de 1937 y así analizó las dificultades:

> El partido dispone solamente de una minoría de auténticos trabajadores industriales. Es un inicio insoslayable para cualquier partido obrero

> revolucionario en cualquier punto del mundo, y especialmente en Estados Unidos. Los elementos no-proletarios representan una levadura muy necesaria, y creo que podemos estar orgullosos de su buena calidad. Pero el peligro es que en la siguiente etapa podemos recibir demasiada «levadura» dadas las necesidades del partido. La desintegración del Partido Comunista probablemente *se inicie* no entre los trabajadores, sino entre los intelectuales, que son más sensibles a las ideas y menos patrióticos con la organización[30].

Según la predicción de Trotsky, los intelectuales pronto se dispersarían y quedarían separados de los obreros. Del mismo modo que no quería acelerar el proceso, tampoco le preocupaba, puesto que pensaba que la clase obrera era la clave del triunfo final. Se daba cuenta de que quienes habían tenido una educación judía constituían una parte remarcable de sus seguidores; pero todo el peso de la acción del partido quería que se dirigiera a las «masas judías». Insistía: «La regla principal tendría que ser: no dirigir a los obreros, sino solamente ayudarles, hacerles sugerencias, armarles con los hechos, las ideas, los documentos de la fábrica, etcétera.»[31]

Extraño consejo viniendo de un hombre que en 1920 había invocado la sumisión total del movimiento obrero al Estado soviético. Pero Trotsky hablaba completamente en serio, tal como explicaba en su tosco inglés: «Muchos intelectuales y semiintelectuales aterrorizan a los obreros con algunas generalidades abstractas y paralizan la voluntad de actuar. Un miembro de un partido revolucionario debería tener en primer lugar un buen oído, y solamente en segundo lugar una buena lengua.»[32] El mejor de los oradores de la Revolución de Octubre insistía en que los revolucionarios tenían que escuchar a su público. Volvía a las ideas que había suministrado antes de 1917, cuando dijo a las fracciones enfrentadas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que tenían que dejarse de peleas para dar prioridad a averiguar qué deseaban los obreros de Rusia y para capacitarlos en su lucha por conseguirlo[33].

A los trotskistas no les gustaba publicar las estadísticas de militancia: los números eran demasiado desalentadores. Cuando las diversas «secciones» nacionales se reunieron para celebrar una conferencia en París en julio de 1936 cada una informó en secreto de sus efectivos. Los holandeses afirmaban que disponían de 2500 miembros, los estadounidenses 1000 y los alemanes eran muy

pocos, 150. (Antes de la llegada de Hitler al poder solamente se contaban unos 750). Los británicos seguían desesperadamente divididos en tres grupitos. Los franceses, que en un tiempo habían sido la sección más fuerte, se hallaban en un terrible caos, tras diversas escisiones y expulsiones, y la proporción de gente que abandonaba era siempre mayor que la de nuevos militantes. Los delegados holandeses incluso cuestionaron que en una conferencia como ésa pudiera acometerse la fundación de una nueva Internacional[34].

La conferencia fundacional tuvo lugar en Périgny, en los alrededores de París, en septiembre de 1938. Trotsky tuvo que esperar a que le enviaran informes a México. Les había facilitado los documentos básicos como guía para los procedimientos y Max Shachtman ocupaba la presidencia. Acudieron veintiún delegados de once países. Entre ellos estaba Étienne, todavía por desenmascarar, como representante de la «sección rusa». Pierre Naville cambió el lugar de celebración en el último momento y se desplazaron a la casa de Alfred Rosmer en Périgny en prevención de alguna iniciativa del NKVD. Étienne seguía gozando de la confianza de Trotsky y salió elegido para el Secretariado Internacional[35]. Otra persona, ésta completamente leal a Trotsky, era una muchacha llamada Sylvia Ageloff, quien de forma involuntaria iba a tener un papel clave en el asesinato de Trotsky[36]. A estas alturas no todo el mundo estaba de acuerdo en que tuviera sentido práctico seguir adelante para proclamar la creación de una nueva Internacional. Los dos delegados polacos, apelando a su experiencia directa en el movimiento obrero de su país, negaron que los trabajadores de izquierdas hubieran dejado de albergar afecto por la Komintern. No sirvió de nada. Las ideas de Trotsky triunfaron. El Comité Ejecutivo de la Cuarta Internacional quedó elegido, con Trotsky como miembro secreto y honorario. Étienne insistió en que se le incorporara como procedente de la «sección rusa»: Stalin iba a estar bien informado sobre los planes de la Internacional[37]. En todo caso, las advertencias de los polacos no fueron lo bastante enérgicas. Trotsky se salía con la suya a costa del realismo político y de la infiltración policial.

Veía con sus propios ojos que había mucho que hacer antes de que la Cuarta Internacional pudiera rivalizar con la autoridad de la Komintern, pero quería pensar en positivo. Había quien prefería hacerlo de otra manera. Para 1939 Victor Serge estaba ya tan harto de las intrigas entre los trotskistas europeos que dimitió de su cargo en la Cuarta Internacional. Serge era un antiguo anarquista

de padres rusos emigrados. Se había desplazado a Rusia en 1918, se había unido a los bolcheviques y había trabajado en la Komintern antes de anunciar su apoyo a la Oposición de Izquierda de Trotsky. Detenido en 1933, fue liberado y se le permitió salir de la URSS en 1936. Él y Trotsky empezaron a escribirse, pero Serge era un espíritu independiente. Entre otras cosas continuaba pensando que Trotsky había actuado mal en el contencioso de Kronstadt en 1921[38]. En su alejamiento de la Cuarta Internacional quiso hacer partícipe a Trotsky de sus pensamientos. Tenía que entender, decía, que el ambiente conspirador había «jugado su parte en la muerte de Lev Lvovich [Sedov]». Serge apremiaba a Trotsky para que asumiera dos realidades. La primera era que no podía dirigir la Cuarta Internacional desde tan lejos; la segunda, que la Internacional, hasta aquel momento, no contaba entre sus miembros con ningún partido que funcionara como era debido[39]. Serge tenía razón en ambos casos, pero Trotsky lo trató de militante poco fiable en la lucha contra el estalinismo. En Coyoacán el engaño suplantaba al análisis frío. La esperanza básica de Trotsky era que los sucesos en Europa y Norteamérica estaban a punto de volverse a su favor para atraer a las clases trabajadoras a su bando. Nadie había ofrecido el poder a los bolcheviques en 1916, pero un año más tarde habían hecho la Revolución de Octubre. Trotsky se persuadía a sí mismo de que volvería a suceder lo mismo en beneficio de la Cuarta Internacional.

8

Trotsky y sus mujeres

Natalia era el áncora de Trotsky en una vida de tempestuosa incertidumbre y procuraba defenderlo incluso cuando tenía dudas sobre sus juicios. Tal como le dijo a una de sus secretarias: «Éste es su trabajo; ésta es su vida. La mía es ayudarle a hacerlo, crear las condiciones necesarias para que no tenga la menor dificultad en su empeño, y vivir, vivirlo, y complacerme en su trabajo, en sus ideas.»[1] No se puede decir que estos sentimientos estén muy de acuerdo con los criterios del último pensamiento feminista. Natalia veía las cosas de otro modo. Se veía a sí misma como una mujer moderna y afortunada por tener una relación cercana y subordinada con un personaje extraordinario. Ella sabía que no disponía del talento excepcional de su marido. Asumía el papel de seguidora dejando a un lado las exigencias del ego.

Esa actitud no era excepcional en el bando comunista. Las mujeres bolcheviques que rechazaban relegarse a la sombra de un hombre tendían a evitar una relación estable. Alexandra Kollontai había dedicado panfletos enteros a proclamar que el matrimonio era una trampa burguesa que los auténticos revolucionarios tenían que evitar. Primero se la escuchó, pero luego se la ignoró. Sus argumentos hubieran ganado fuerza de no haber sido tan extravagantemente promiscua. Lenin veía con malos ojos sus saltos de cama en cama. Los años no arredraron a Kollontai. Con mediana edad atrajo a su lado a un hombre que tenía la mitad de sus años y que convenientemente se apellidaba Body («Cuerpo»). No era que los veteranos bolcheviques se mostraran puritanos respecto a las relaciones extramaritales. El matrimonio, de hecho, muy a menudo era solamente una exigencia legal. Trotsky había pasado por una boda con Alexandra Sokolovskaya puramente porque deseaban que les permitieran permanecer juntos durante el exilio siberiano. Esa presión no se dio sobre él y Natalia, de modo que nunca se casaron. Natalia asumió las funciones de otras «mujeres» de dirigentes comunistas soviéticos. Mantenía unida a la familia y supervisaba las necesidades del hogar; cualquier cargo oficial que desempeñara

era secundario respecto a estas funciones. El hombre era el planeta y la mujer su satélite. Para ambos, la causa revolucionaria era el sol.

Las circunstancias de Trotsky fuera de la URSS incrementaron su dependencia de Natalia para asegurar un entorno doméstico ordenado. El dinero, la comida y el trabajo en la casa tenían que ser regulados. La existencia peripatética desde Turquía hasta México fue una prueba muy dura para su resistencia y adaptabilidad. Ella la superó con creces. Trotsky necesitaba asimismo una caja de resonancia para sus iniciativas políticas. No es que requiriera ninguna discusión, puesto que nunca había consultado a la gente antes de anunciar sus grandes decisiones. Sin embargo, le gustaba hablar de ellas con Natalia. Ella expresaba sus objeciones con tacto y luego, si él las rechazaba, guardaba silencio. Para ella era más importante que su marido conservara la estabilidad y se sintiera satisfecho que el hecho de que estuviera o no equivocado. En cualquier circunstancia era su admiradora. A sus ojos, los días que había pasado con él desde 1917 habían vindicado la trayectoria de Trotsky.

A pesar de todos los sobresaltos sufridos durante el exilio en países extraños, en aquellos momentos lo tenía más a su disposición que antes. Quienes los acompañaban eran de una generación más joven. Natalia era la compañera del alma para Trotsky. Hablaban de cómo sentían el paso de los años. Trotsky sufría por el decaimiento de su fortaleza física. A pesar de sus frecuentes achaques, estaba orgulloso de su aspecto viril. Sin embargo, exageraba en lo que se refería a su declive. A pesar de que había ganado algo de peso y éste se había depositado alrededor de su cintura, a pesar de que el pelo se le había puesto gris, seguía lleno de energía en cuanto se desplazaban al campo mexicano. Natalia, esbelta y menuda, continuaba moviéndose con una gracia excepcional: ésta había sido desde siempre una de sus características principales. En apariencia eran una pareja que se tenía veneración mutua. De la hipotética aventura de Trotsky con Clare Sheridan nadie sabía nada en Coyoacán. Trotsky no se distinguía por considerar los sentimientos de los demás, pero con su mujer hizo una excepción, y los que vivían en la casa mexicana pudieron comprobar que él siempre atendía a sus necesidades y deseos inmediatos, tanto cuando estaban sentados a la mesa como en cualquier otro lugar[2].

El diario que mantenía en 1935 confirma la fortaleza de este vínculo:

El carácter humano, sus profundidades y su fuerza, se define por sus

> reservas *morales*. La gente se revela a sí misma cuando sale de sus condiciones habituales, puesto que es exactamente entonces cuando tiene que recurrir a sus reservas. N[atalia] y yo hemos estado juntos durante 33 años (¡un tercio de siglo!), y en los momentos trágicos siempre me han desconcertado las reservas de su naturaleza… Ya sea porque nuestra fuerza está en declive o por alguna otra razón quería fijar esta imagen de N., aunque sólo sea parcialmente, sobre un papel[3].

A veces, cuando escribía su diario, tenía un ojo puesto en su eventual publicación. Lo había hecho, por ejemplo, en España, en 1916[4]. Algunos detalles de las anotaciones tomadas en Francia y Noruega permiten suponer que habría deseado volver a hacerlo. Sea como sea, la nota sobre Natalia es una emocionante profesión de gratitud y amor.

Hasta 1937 ella no tuvo razones serias para dudar de su fidelidad. En el entorno de los Trotsky habían vivido mujeres jóvenes y atractivas durante varios años y él se había portado correctamente con ellas. Ninguna se habría atrevido, por otra parte, a flirtear con él, sobrecogidas como estaban ante su ídolo revolucionario. Frida Kahlo era diferente. No se esforzaba demasiado por ocultar sus devaneos extramaritales, al menos cuando su igualmente infiel marido, Diego Rivera, estaba fuera de la vista. Por primera vez desde que Clare Sheridan había esculpido su busto y desde que Larissa Reissner le había hecho proposiciones, Trotsky se vio expuesto a fuertes tentaciones. Esta vez no resistió[5]. Frida tenía poco más de treinta años. Un accidente en la calle la había dejado coja, pero su comportamiento desinhibido y las vestiduras de vivos colores llamaban la atención de los hombres a quienes quería seducir. Aunque sus pinturas *faux-naïf* eran impactantes expresiones de su sufrimiento interior, limitaba al arte la exhibición de sus problemas. Era un huracán de ideas impulsivas y originales. Era en verdad muy diferente a cualquier otra mujer que Trotsky hubiera conocido: quedó prendado de ella. La relación sexual se inició algo después de mediados de abril de 1937[6]. Trotsky se convirtió en un transgresor entrado en años que, ignorando todos los riesgos, se arrojó a una aventura en la Casa Azul.

Trotsky y Frida planeaban sus citas a base de susurros o de notas deslizadas entre las páginas de los libros que él le daba a leer. Por suerte para Trotsky, Diego permanecía fuera de escena. Se trataba de un hombre de pasiones

incontroladas y era famoso por amedrentar a la gente con su pistola. Hasta ese punto defendía a los suyos. El caso era que Frida podía despedirse al salir de la estancia diciéndole a Trotsky: «*All my love* (“Todo mi amor”).»[7] Ella a menudo reducía su conversación al inglés, pues sabía que Natalia no lo había aprendido nunca. Frida coqueteaba sin cesar con Trotsky. Pero en eso eran célebres tanto ella como Diego, de manera que durante un tiempo nadie, ni siquiera el escrutador Heijenoort, sospechó nada[8]. Trotsky se comportaba con una temeridad absurda. En última instancia, lo más importante en su vida era la política revolucionaria, pero era exactamente esto lo que estaba poniendo en peligro. Nunca podría arreglárselas sin Natalia a su lado. Ella administraba la casa y el entorno de Trotsky con una precisión tranquila y dedicándose en cuerpo y alma a la causa. Frida era un torbellino emocional cuyo interés en la política radical quedaba muy por debajo de la devoción con que se dedicaba a la pintura.

Pronto se supo en toda la casa lo que estaba ocurriendo. Jan Frankel, el más valiente de los valientes, habló seriamente con Trotsky sobre las consecuencias políticas potenciales del asunto. Moscú podría aprovechar la ocasión para desacreditar a toda la Cuarta Internacional. Frankel añadió que Trotsky incluso ponía en peligro su derecho a residir en México[9]. Diego Rivera había dirigido la campaña en primera instancia para persuadir al presidente Cárdenas de la conveniencia de ofrecerle asilo. La franqueza de Frankel se vio correspondida por una reacción virulenta. Cuando regresó a sus aposentos en la ciudad, ya nunca pudo restablecer su armonía personal con Trotsky, que actuaba como si las nociones del decoro existieran solamente para los demás. No moderaba su sarcasmo durante el desayuno, por ejemplo, si por casualidad descubría que Heijenoort había ido a una sala de baile local la noche anterior. Les había hablado sin cesar de la necesidad que tenían los revolucionarios de dedicarse enteramente a la causa. Les había aleccionado, como si él fuera el parangón de las virtudes. Ellos habían querido confiar en él. Él era su inspiración. Habían dedicado su primera edad adulta a Coyoacán, y hasta ese irritante episodio habían creído que su completa fe en él merecía la pena.

Era solamente una cuestión de tiempo: Natalia acabaría sabiéndolo. Cuando esto ocurrió evitó una disputa abierta, pero dejó claro que la situación era inaceptable. Trotsky estaba muy arrepentido. La aventura con Frida acabó abruptamente, y él y Natalia acordaron que lo mejor para su relación sería que él se fuera a residir en una hacienda cerca de San Miguel Regla, a unos ciento

cincuenta kilómetros al norte de la capital[10]: no quería tenerlo cerca de ella durante un tiempo. Por lo que parece, fue Frida quien decidió romper el romance. Estuvo diciéndole a la gente que se había cansado del Viejo; ya no se trataba de un apelativo respetuoso o de afecto, sino que subrayaba la importancia de la diferencia de edad entre los dos. Trotsky le escribió una larga y apasionada carta explicándole sus sentimientos. Por desgracia no ha sobrevivido. Frida le dio la carta a su amiga Ella Wolfe y le hizo prometer que la quemaría antes de dejarla caer en manos de cualquier otra persona. Ella, en contra de su hábito de guardarlo todo, cumplió con los deseos de Frida[11].

Si Trotsky seguía suspirando por Frida, ese sentimiento pasó: el futuro, comprendió, estaba en reconstruir su relación con Natalia. Una vez en la hacienda, tuvo tiempo de reflexionar y de arrepentirse. Justo antes de la comida, el 19 de julio de 1937, estaba recostado en la *chaise longue* mientras escribía a Natalia. Los pensamientos se agolpaban en el papel a medida que le venían a la cabeza. Era la primera vez en su vida que se disculpaba profundamente ante alguien. Entraba en un terreno pedregoso. Como le era tan propio, escogió explorarlo por medio de la escritura: siempre se sentía más seguro con una pluma en las manos. El estilo era grave y de sentido desprecio por sí mismo. Había también un rastro de soltura, como cuando alardeaba de haber pescado él mismo el pescado que iba a comerse. Mientras divagaba sobre sus asuntos del día emergía un toque de autocompasión. Le decía que sus ojos se cansaban ante aquel sol cegador. Necesitaba unas gafas oscuras, pero estaba lejos de todo y no podía comprarlas[12]. Al mismo tiempo intentaba agradar a su mujer diciéndole que la familia Lander —a la que habían conocido al llegar a México— los había invitado a desayunar. Si Natalia iba antes del domingo, tenía que asegurarse de llevar un vestido. Trotsky hacía la broma de que mientras él podía aparecer con el atuendo de un «famoso bandido», la mujer de un bandido tenía que vestir bien[13].

Tan pronto como había informado de que se sentía bien tanto física como moralmente, se dio cuenta de que estaba faltando a las maneras en su situación. Admitió que había adoptado el tono de un *Junker*, de un aristócrata prusiano, escribiendo solamente sobre sí mismo. Naturalmente, Natalia ya estaba acostumbrada, pero por una vez él sentía que necesitaba ser más solícito que lo habitual. Siguió escribiendo la carta después de la comida para mencionar que al día siguiente iba a Pachuca, que desde allí le telefonearía. Se interesaba por

cómo se encontraba y por si estaba resfriada; declaraba que deseaba para ella «fortaleza, tranquilidad y un poco de alegría»[14].

Luego adjuntaba un pasaje que durante años permaneció bajo vigilancia en un archivo:

> Desde que llegué aquí mi pobre polla no se ha puesto dura ni una sola vez. Es como si no existiera. También se está tomando un descanso tras la tensión de estos últimos días. Pero yo —todo mi ser, además de eso— pienso con ternura en tu dulce y viejo coño. Quiero manosearlo, quiero empujar la lengua en sus profundidades. Natalochka, dulzura mía, te voy a follar fuerte con la lengua y la polla[15].

¿Qué estaba intentando hacer por él, qué intentaba con ella? ¿Hasta qué punto era consciente del posible impacto de sus palabras? ¿Cuál había sido la reacción de Natalia? Trotsky, a su confusa manera, intentaba ir más allá de la expresión del remordimiento por el daño que le había hecho. Quería hacerle saber que ella volvía a ser el único objeto de su deseo. Trotsky quería a Natalia no solamente como camarada y ama de casa, sino como mujer fascinadora. Si utilizaba un lenguaje tan directo era para transmitírselo. Hay algo que sí queda claro: ninguno de los dos había perdido su entusiasmo por las relaciones sexuales. De otro modo, las palabras de Trotsky hubieran resultado simplemente ofensivas.

Y, sin embargo, todavía no había aprendido la lección. Apenas había conseguido recomponer la paz con Natalia cuando se sintió atraído por otra persona. La joven mexicana en cuestión vivía unas cuantas calles más abajo. Él empezó a visitarla. La tapadera para esos encuentros concertados era ingeniosa. Trotsky y su entorno habían empezado a sospechar que un grupo estalinista se había instalado en el edificio vecino a la Casa Azul, desde donde sería posible organizar un asalto. Trotsky diseñó un plan de huida que incluía la instalación de una escalera en la esquina más alejada del jardín. La idea era que a la hipotética irrupción de unos hombres armados en la Casa Azul pudiera responderse con el salto de Trotsky al otro lado de la tapia. Entretanto le hizo cuatro o cinco proposiciones apremiantes a su enamorada que no tenían nada que ver con la seguridad, pero ella ignoró sus avances. Él, persistente, le dijo a Heijenoort que quería llevar a cabo un ensayo vespertino del plan de huida. A Heijenoort no le

divertía el asunto, de modo que le contestó que la Cuarta Internacional podía prescindir de un escándalo como ése. Trotsky cedió. Sería una de las pocas ocasiones en que un ayudante pudo obligarlo a comportarse contraviniendo sus deseos[16].

Heijenoort perdía el control de sus propias emociones. Era un hombre excepcionalmente atractivo para las mujeres, de cierto parecido con la estrella del cine francés Jean Marais[17]. El joven tenía que divertirse un poco. Pero la idea que tenía Heijenoort de unas cuantas horas de relajación no era la misma que había atraído a Trotsky cuando tenía su edad. Al joven Trotsky le habría gustado pasar el día visitando un museo de arte o yendo a la ópera con Natalia. El Viejo no estaba conforme con la inclinación de Heijenoort por las salas de baile de México: «A Trotsky no le gustaba que saliera de la casa por la noche. Le volvía loco, y yo lo veía. Por mucho que yo no tuviera nada que hacer allí, él quería que me quedara. Pero yo me iba de todos modos. Necesitaba liberarme de la tensión de algún modo.»[18] Trotsky se hubiera enfadado todavía mucho más si hubiese sabido que se estaba viendo nada más y nada menos que con Frida Kahlo. Después de haber agotado su pasión por el Viejo, ella se dedicaba a su guapo acólito. Heijenoort estaba libre como el viento tras la partida de su mujer y de su hijo hacia Estados Unidos. Aceptó encantado la invitación de Frida para encontrarse con ella y su hermana Cristina una tarde en El Salón o en Tenampa[19].

Frida y Heijenoort pronto empezaron a mantener relaciones. El joven tenía miedo de que el Viejo descubriera lo que estaba pasando: si Trotsky ya ponía objeciones a que saliera a bailar, ¿cómo reaccionaría si averiguaba la identidad del último amante de Frida? Por suerte para Heijenoort, nadie le contó nada a Trotsky, y la aventura se apagó pronto. Las dificultades para Trotsky no venían de Frida, sino de su marido Diego y no tenían nada que ver con asuntos sexuales. El contacto diario con Trotsky indujo en Rivera un deseo de tomar parte en la actividad comunista y de luchar por la causa trotskista. Esto causó alarma entre los trotskistas mexicanos, a quienes no les gustaba el pronunciadísimo ego del pintor y evaluaban como minúsculo su talento político. Sus cambios de humor eran permanentes y su juicio imprevisible. Cuando le atacaban los compañeros trotskistas quería hacer valer sus privilegios y le pedía a su huésped Trotsky que los expulsara de la organización. Rivera rechazaba la explicación de Trotsky de que no tenía autoridad para hacer tal cosa: «¡Pero si usted es el líder!». El pintor

sospechaba que había tejemanejes, hasta tal punto que llegó a acusar a Trotsky de poner a sus seguidores en contra suya. Nadie iba a hacer cambiar de idea a Rivera. Convencido de que él ya sabía cómo aplicar el trotskismo en su país, se puso a formar su propio grupo. A Trotsky le gustaba el arte de Rivera, pero sus pretensiones políticas lo desconcertaban. Rivera hubiera hecho mejor, en su opinión, prosiguiendo su trabajo cultural y dejando a otros que se ocuparan de la política.

Las tensiones generadas por su marido se hicieron evidentes para Frida, que escribió a su amiga Ella Wolfe insistiendo en que Diego permanecía leal a la Cuarta Internacional y en que estaba «encantado de que Trotsky estuviera aquí»[20]. Nadie quería que el asunto se descontrolara, pero Diego hacía difícil que hubiera paz. La distancia que los separaba se vio agravada por el rechazo de Trotsky a respaldar a Rivera sobre los méritos de un artículo corto que quería publicar. El pintor se lo tomó mal y acusó a Trotsky de utilizar métodos estalinistas para censurarlo, llamándole arrogante e intolerante. (Hay que decir que Trotsky habría reaccionado como Rivera si alguien hubiera osado rechazar sus propios artículos).

Durante un tiempo Trotsky intentó aplacar los sentimientos de Rivera. Escribió a Frida Kahlo para que hiciera de intermediaria. Diego creía que Trotsky le estaba negando un puesto administrativo en la Cuarta Internacional. «Y ahora le pregunto —escribió él dirigiéndose al Viejo— ¿por qué Diego tiene que ser [solamente un] “secretario”?». Esto exasperó a Trotsky, que realmente creía que no se adecuaba «al trabajo revolucionario rutinario» y rechazaba todas las acusaciones de Rivera. Escribió a Frida para explicarle que tanto él como Natalia —evidentemente, Trotsky dejaba claro que no pretendía renovar sus flirteos— habían hablado del asunto y habían hecho una agradable visita a Diego. Pero cuando Trotsky en la siguiente ocasión fue solo estalló una furiosa disputa y Diego dimitió de la Cuarta Internacional. Trotsky imploró a Frida como «nuestra buena y gran amiga» para que intercediera[21]. Recurrió también a varios seguidores para ver qué podían hacer para ayudar; hizo que Heijenoort le pidiera a André Breton que colaborase[22]. Pero todo fue en vano. El recurso de Trotsky a Frida enfureció todavía más a Rivera[23]. Exasperado, Trotsky le pidió a Charles Curtiss, un joven estadounidense que visitaba los grupos de trotskistas por todo México, que mantuviera un aparte con Rivera y que lo calmara. Rivera explicó que en realidad no tenía nada que objetar a los métodos

de Trotsky; lo único que deseaba era retirarse de la política y dedicarse por entero a la pintura[24].

El genio de Rivera como artista estaba fuera de toda duda; había pasado años formándose junto a los más grandes pintores contemporáneos antes de la Gran Guerra. Amedeo Modigliani era su amigo y admirador. Rivera había escogido deliberadamente utilizar líneas nítidas y colores brillantes para plasmar su mensaje sobre la historia mexicana. Trotsky ignoraba el contenido intelectual. Los murales de Rivera mostraban los males que había ocasionado al país la conquista española al mando de Hernán Cortés en 1519-1521. Los pueblos indígenas aparecían a menudo como las víctimas; de hecho, se celebraba la elevada civilización y la armonía social del imperio azteca. Los españoles eran los torturadores y usurpadores, los indios eran los herederos de una cultura completamente diferente, de modesto esplendor. Desde un punto de vista marxista esto podía calificarse de nacionalismo peligroso y de distorsión histórica. Trotsky había abandonado de joven en Nikoláiev el aprecio de los narodniks por la vida campesina; en México alababa a Rivera como genio pictórico y olvidaba su observación habitual según la cual las tradiciones campesinas eran desfavorables para el progreso. Si en algún momento pensó que estaba siendo contradictorio no lo dijo. La conjunción de juicio político y artístico le falló en Coyoacán. Había necesitado a Rivera por razones prácticas y probablemente de manera inconsciente se había tapado su ojo escéptico.

Trotsky tomó la iniciativa de escribir en colaboración con Diego Rivera y el escritor surrealista André Breton un «Manifiesto por un arte independiente revolucionario». Con fondos del gobierno francés, Breton viajó a México en febrero de 1938 y se entrevistó con Trotsky, quien quizá con poco tacto le expresó su opinión sobre la grandeza de los novelistas realistas como Émile Zola. Podía avecinarse un enfrentamiento sobre los méritos del realismo y del surrealismo. Pero Breton era un simpatizante comunista que manifestaba su solidaridad con la lucha de la clase obrera. Por otra parte, era un admirador incondicional de Trotsky[25]. El Manifiesto lamentaba la «profunda penumbra hostil a toda clase de valores espirituales» en la URSS. Clamaba contra la devastación cultural en el Tercer Reich. Los compiladores rechazaban las excusas sobre la «indiferencia política» del arte, pero evitaban especificar cómo un Estado revolucionario tenía que tratar con un arte que se aliara con ideas políticamente inconvenientes. En este sentido no suponía ningún avance respecto

a *Literatura y revolución*, el libro escrito por Trotsky en 1923. El Manifiesto simplemente invocaba la completa libertad de creación como requisito previo para el gran arte. Tenía dos lemas:

La independencia del arte: ¡por la revolución!
La revolución: ¡por la completa liberación del arte!

El Manifiesto solamente lo firmaron Rivera y Breton, presumiblemente para hacerlo aparecer como un producto de artistas destinado a los artistas[26].

Luego resultó que Rivera, lejos de retirarse de la actividad política, respaldó al general Francisco Mújica en las siguientes elecciones. La ruptura pública entre Trotsky y Rivera se hizo inevitable. El exasperado Trotsky dejó en manos de Heijenoort la recuperación «del pintor». La respuesta de Rivera fue hacer extrañas acusaciones contra Trotsky en una carta dirigida a André Breton. Se permitió que una copia de ésta cayera en manos de Natalia. Trotsky escribió al grandilocuentemente denominado Comité Panamericano de la Cuarta Internacional en Nueva York para solicitar que hiciera una declaración de apoyo. Reflexionando sobre el asunto reconocía que semejante afirmación no iba a marcar ninguna diferencia. Optó por interpretar el comportamiento de Rivera como un signo de los tiempos. Lo que ocurría, según Trotsky, era una «retirada de los intelectuales». Rivera y otros habían sucumbido a la tentación de «buscar un refugio en la opinión pública burguesa de su tierra natal»[27]. Trotsky, en los primeros días de su amistad, había fomentado la idea de que el pintor era un militante político serio. Diego, en su vanidad, así lo había creído. Y en esos momentos Trotsky tenía que lidiar con las consecuencias de su propio encanto social. Empezaba a reconocer los peligros a los que se enfrentaba. Diego era un hombre que había ejercido una influencia decisiva a la hora de garantizarle asilo en México y le había proporcionado refugio. Trotsky también había tenido una aventura con su esposa. Diego podía hacer mucho daño poniéndose del lado de Stalin contra la Cuarta Internacional y haciendo campaña en México en su contra.

Frida, que exponía sus pinturas en Nueva York, estaba más allá de las intrigas políticas. Su propia relación con Rivera se encontraba en una situación caótica y se divorciaron en enero de 1939. Aunque volvieron a casarse un año después, Diego nunca volvió a la causa trotskista y Frida revisó sus creencias

políticas para alinearse con los estalinistas mexicanos. La última tela que pintó antes de su muerte en 1954 fue un retrato al óleo de Iósif Stalin[28]. Por todo eso, Trotsky no podía seguir residiendo en una casa facilitada por Diego y comunicó su partida inminente. Se intercambiaron tortuosos mensajes. Diego criticaba el intento de Trotsky de utilizar a Frida como intermediaria y no quería calmarse[29]. Pero también dejaba expresamente claro que Trotsky podía quedarse a pesar de sus continuos desacuerdos. Trotsky aceptaría esta oferta siempre que pagara un alquiler razonable: ofreció 200 pesos al mes. Rivera rechazó la propuesta. En un principio lo hizo en su propio nombre. Luego declaró que la Casa Azul era propiedad de Frida, no suya. Trotsky lo vio como una manera de presionarlo moralmente para que abandonara la residencia[30]. Instalado en su dignidad, se aseguró disponer de una villa cercana, en la Avenida Viena de Coyoacán, y abandonó con los suyos la Casa Azul.

9

«La cuestión rusa».

Los trotskistas de todo el mundo no estaban al corriente de los problemas domésticos en Coyoacán. Una cuestión acaparaba sus pensamientos allá donde vivieran. Se trataba de la naturaleza de la URSS. A mediados de la década de 1930, en la URSS no quedaban ya seguidores activos de Trotsky. La discusión sobre este tema en el interior del trotskismo se daba solamente en el extranjero y de manera predominante entre personas que nunca habían estado en Moscú. El drama de la Revolución de Octubre los cautivaba desde muy lejos. Querían imitar los logros revolucionarios de Lenin y Trotsky en sus propios países. Se habían convertido en trotskistas porque como comunistas no daban crédito a la versión que del comunismo tenía el Kremlin. Querían libertad para pensar por ellos mismos, pero al rechazar a Stalin caían en la admiración incondicional a Trotsky y obedecían su orientación intelectual.

En la URSS se estaban produciendo cambios enormes. El segundo plan quinquenal, introducido en 1933, ponía el énfasis en conseguir que las fábricas y minas recién construidas se incorporaran a una producción regular. Los ritmos del crecimiento económico se habían debilitado en cierto modo, pero seguían siendo impresionantes. El Estado se convirtió en un productor en constante crecimiento de tanques, aeroplanos, camiones y tractores. Stalin presionó constantemente al Politburó para que no se apartase ni un ápice de las líneas generales de la política económica. Reagrupó la dirección e incorporó a nuevas personalidades, como Nikolái Yezov y Nikita Jruschov, allá donde le parecía que flaqueaba el compromiso pleno entre los viejos camaradas. En 1935 el minero Alexéi Stajánov rompía récords de extracción de carbón en un solo turno. Sus hazañas se celebraban en *Pravda*, mientras que se ordenaba a las empresas de todos los sectores de la industria, del transporte e incluso de la agricultura que encontrasen hombres y mujeres, los llamados estajanovistas, para que lo emularan. Se eliminaron todos los obstáculos para el avance de las líneas políticas, económicas y culturales de Stalin. El Ejército Rojo se modernizó en

cuanto a formación y equipamiento. Se construyeron cines y emisoras de radio. Se diseñaron «parques de cultura» para el ocio popular. Tras este escenario, en 1937-1938 se perpetraba una sangrienta purga de «elementos antisoviéticos» que dio en conocerse como el Gran Terror. El Gulag se convirtió en parte integral de la transformación económica y convictos hambrientos talaban árboles o cavaban en busca de oro en Siberia. Era ostensible que los reclusos eran objeto de progresivas políticas de rehabilitación. Se saludaba a Stalin como arquitecto de una transformación revolucionaria sin precedentes.

La principal obra sobre la Rusia contemporánea escrita por Trotsky fue *La revolución traicionada*, publicada en 1937. Su trabajo no podía brotar ya de su propia experiencia vivida, ni de las narraciones de sus simpatizantes. Tenía que obtener todo lo que podía de la prensa oficial soviética, cuyos escritores eran graduados en la «escuela estalinista de la falsificación». Su razonamiento era el siguiente: la Unión Soviética, a pesar de sus defectos, seguía siendo un «Estado de los trabajadores», puesto que Stalin y sus amigos habían fracasado en su intento de llevar a cabo una contrarrevolución total. Los recursos naturales y los sectores económicos principales eran propiedad del Estado. La ideología básica era el marxismo. Las viejas clases capitalistas habían sido aplastadas y se había dado preferencia a elevar el nivel cultural de las «masas». El partido comunista reclutaba gran parte de sus efectivos entre la clase obrera. Los estalinistas, en la medida en que habían conseguido consolidar su poder, debían su éxito al «retraso» de Rusia. El proletariado soviético, que era una pequeña minoría social en 1917, había estado falto de la educación, la formación y la experiencia necesarias para una «transición al socialismo» completa. Al mismo tiempo, los capitalistas habían sido demasiado débiles para contrarrestar «las victorias de Octubre» y los campesinos eran incapaces de ofrecer una resistencia continuada. El resultado era un equilibrio inestable que permitía que el «estrato burocrático» cuidara de sus intereses colectivos. Stalin había llegado a la supremacía política poniéndose a la cabeza de los burócratas. Era una administración «bonapartista» que dependía de métodos violentos para su supervivencia.

Según la visión del Trotsky de principios de la década de 1930, lo que se requería para mejorar este decorado era que la Oposición ganara adeptos entre los elementos «saludables» de la élite comunista soviética. El *Byulleten Oppozitsii* había intentado atraer a los funcionarios estalinistas hacia su manera de pensar. En *La revolución traicionada* Trotsky tiraba esta política por la borda, después de decidir que no iba a ser suficiente nada que estuviera por debajo de

una revolución política contra la «burocracia».

La prensa en la URSS lo acusaba de conspirar para el asesinato de la dirección del Kremlin. Nada podía estar más lejos de la realidad, dado que Trotsky había descartado cualquier operación para asesinar a Stalin:

> Los actos terroristas no tienen por ellos mismos, ni mucho menos, la capacidad de derrocar a una oligarquía bonapartista. Por mucho temor que un revólver inspire a un burócrata aislado, la burocracia en su conjunto es capaz de sacar partido del acto terrorista, pues justifica sus propias actividades violentas y además le conviene a la hora de implicar a los enemigos políticos en asesinatos… El terror individual es un arma para individuos impacientes o desesperados que en la mayor parte de las ocasiones pertenecen a la generación más joven de la burocracia[1].

Razones adicionales redundaban en la conveniencia de permanecer fieles a la doctrina marxista clásica. Trotsky no podía creer que el asesinato de semejantes «mediocridades» pudiera marcar diferencia alguna en la política soviética. En algún nivel inconsciente parecía necesitar la confirmación de haber sido derrotado por grandes fuerzas históricas, no por un adversario individual de talento comparable al suyo. Todo el movimiento trotskista, con la posible excepción de Lev Sedov, aceptaba este veredicto en ese momento: tenían que pasar unos años antes de que Jean Van Heijenoort concluyera que hubiera sido mejor intentar matar a Stalin. En cualquier caso, a nadie se le ocurrió que semejante objetivo pudiera alcanzarse[2].

Trotsky esperaba que la indignación obrera se convirtiese en rebelión. Hasta entonces los campesinos habían hecho más que los obreros para «salir a la senda del enfrentamiento abierto». El proletariado urbano, según Trotsky, se contenía por la creencia de que una revolución adicional iba a despojarlos de los logros de la Revolución de Octubre. Pero la revolución seguía siendo inevitable: «No existe una salida pacífica para esta crisis. Ningún diablo hasta ahora se ha cortado voluntariamente las garras. La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin luchar. El desarrollo conduce obviamente a la senda de la revolución.»[3] El «nuevo castillo de opresores y parásitos» quedaría derrocado por un levantamiento popular. Un nuevo partido comunista perteneciente a la Cuarta Internacional reemplazaría al partido castrado de Stalin.

Según Trotsky había que rechazar la propaganda oficial de la URSS. Tenía razón cuando negaba, aunque lo hiciera sin pruebas documentales, que las cifras de producción del movimiento estajanovista fueran creíbles. Enseguida vio que eran demasiado fantásticas[4]. Las políticas económicas soviéticas eran torpes y brutales tanto en su concepción como en su imposición. Trotsky reconocía que se había creado una gran base industrial y se había avanzado muchísimo en la campaña de alfabetización de las masas. Pero el caos y el despilfarro eran endémicos. La élite estalinista era conservadora por naturaleza, le faltaba el impulso necesario para una transformación revolucionaria total. La agricultura estaba en ruinas. La literatura y las otras artes se habían convertido en una parodia de los cambios culturales que merecía una sociedad socialista. La Oposición representaba la alternativa; había llegado el momento de que se propagaran sus ideas. Trotsky se ofrecía y ofrecía a sus seguidores para ocupar el lugar de los dirigentes estalinistas. Aunque no prometía la democracia, contemplaba por lo menos la posibilidad de restaurar «la libertad de los partidos soviéticos». Presumiblemente tenía a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios en mente, aunque no le gustaba mencionarlos expresamente. En cualquier caso descartaba la legalización de los kadetes. Cuando se acercaba al final de su vida, Trotsky no confiaba en otorgar derechos ilimitados a la gente para formar cuantos partidos quisieran y para votarlos[5].

Al mismo tiempo, seguía siendo un patriota soviético. Si el Tercer Reich atacara, los camaradas tendrían que tomar parte activa en la defensa de la URSS. En opinión de Trotsky esto sería más fácil de llevar a cabo si se hubiera derrocado a Stalin y su camarilla, y si se hubiera establecido una nueva política exterior. Los choques militares internacionales aumentaban. La URSS no podría permanecer al margen. Trotsky avisaba de que la doctrina del «socialismo en un solo país» de Stalin estaba llevando al desastre: entre otras cosas hacía que a ojos de los trabajadores de otros países disminuyera el atractivo de la Unión Soviética. Había que volver a reorientar los objetivos hacia la revolución mundial[6].

Aunque no dejara de proclamar la constante degeneración de la URSS, Trotsky nunca abandonaba la esperanza de que se redimiera. Es necesario entenderlo como un hombre de su tiempo. Creía en «la decadencia del capitalismo, su crisis incurable, su descomposición». La Gran Depresión era la última validación de la prognosis marxista. Reconocía «el progreso constante en

la técnica y los remarcables resultados de ciertas ramas industriales». Pero a sus ojos el capitalismo constituía inevitablemente un freno en «el desarrollo de las fuerzas productivas». Éste era su resumen:

> La época capitalista se caracteriza, con la excepción de la Unión Soviética, en el estancamiento y el declive del producto nacional, por una crisis agraria crónica y por un desempleo orgánico. Estos fenómenos internos son inherentes a la fase actual del capitalismo, igual que la gota o la esclerosis lo son a cierta edad de las personas. […] La [Gran Guerra] no hizo más que empeorar los signos de descomposición, cuyo agravamiento subsiguiente hace que se prepare una nueva guerra[7].

Todo Trotsky está aquí. La Unión Soviética, insistía, era el único país capaz de evitar la tormenta económica que se abatía en esos días sobre el mundo.

Él había ofrecido su juventud y su primera madurez a la lucha revolucionaria en Rusia. Él y su camarada Lenin habían ayudado a dirigir la Revolución de Octubre y a asegurarla durante la guerra civil. Había sido un cofundador de la Komintern. Junto con Lenin había sido la encarnación de la causa comunista en todo el mundo. Para Trotsky, sugerir que la toma del poder por parte de los bolcheviques en 1917 había sido una pérdida de tiempo —o algo incluso peor— hubiera sido lo mismo que arrancarse el brazo. Como ninguna transformación revolucionaria es perfecta, Trotsky no veía la necesidad de que en Rusia se iniciara otra de nuevo. La Revolución de Octubre no tenía que ser descartada: había que rescatarla, había que reforzarla.

Nunca explicó cómo pensaba que esto pudiera conseguirse. Incluso en 1917 había omitido verter su estrategia al papel: su talento había consistido en la improvisación alrededor de unos cuantos supuestos básicos sobre la situación en esos días, lo que le había permitido una flexibilidad práctica de la que Lenin había carecido. A finales de la década de 1930 tenía todavía más motivos para mostrarse reticente. Antes de la Revolución de Octubre su silencio había dejado pensativos a los enemigos del partido. Pero en esos momentos lo que lo retraía era la impotencia política. Su contacto con la URSS había desaparecido, pero él continuaba poniendo toda su esperanza en un levantamiento dirigido por «la sección soviética de la Cuarta Internacional». Se trataba de un autoengaño a gran escala. Trotsky incluso lo insinuaba cuando reconocía que la llamada «sección

soviética» todavía era «débil y funcionaba en la clandestinidad». Pero incluso esta admisión carecía de sentido: dicha sección no era más que un producto de su imaginación. La Oposición entera estaba presa en los campos de trabajo o había sido ejecutada. La retórica de Trotsky había sido más fuerte que él: como afirmaba, «la existencia ilegal de un partido es su no existencia»[8].

Más adelante, declaraba:

> No se trata ya de una cuestión de sustituir a una camarilla por otra, sino de cambiar los propios métodos para administrar la economía y guiar la cultura del país. La autocracia burocrática tiene que dejar sitio a la democracia soviética. Una restauración del derecho a la crítica y una libertad genuina de elecciones son condiciones necesarias para el desarrollo adicional del país. Esto incluiría una recuperación de la libertad para los partidos soviéticos, empezando por el partido de los bolcheviques, y una resurrección de los sindicatos. Llevar la democracia a la industria implica una revisión radical de planes en interés de los trabajadores[9].

No iba más allá en sus explicaciones. Objetivos como libertad electoral, lucha contra el burocratismo o democracia soviética no eran invenciones suyas: las compartía con cualquier otro teórico comunista, incluyendo aun a Stalin. Trotsky, en consecuencia, no podía explicar cómo iba a hacer que esos objetivos comunes se cumplieran.

Mantuvo este análisis general de la URSS durante los últimos años de la década de 1930 y no vio necesidad de modificarlo a la luz de lo que escribían los demás. En su inmovilismo intelectual solamente se dio una excepción importante. En abril de 1939 abandonó su compromiso con la unidad territorial de la URSS. En su lugar propuso una nueva denominación para una «Ucrania soviética obrera y campesina, unificada e independiente»[10]. Respondía así a los cambios recientes en las relaciones internacionales tras la conquista y anexión de Checoslovaquia por parte del Tercer Reich. Entre las innovaciones nazis estaba el establecimiento de una administración autónoma rutena en tierras checas. Los rutenos son un pueblo muy emparentado con los ucranianos. Trotsky vio una oportunidad para las organizaciones marxistas de ocasionar problemas a los alemanes resucitando la campaña política para la expansión de Ucrania. Más

todavía: expresaba la esperanza de una revolución política en la Ucrania soviética llevada a cabo por comunistas afines. Sabía que los ucranianos detestaban el régimen estalinista que se había impuesto en su país. Si la Ucrania soviética iba a convertirse en un baluarte contra el nazismo en Europa oriental necesitaría mostrar su independencia del control del Kremlin.

Cualquier revolución política en Ucrania habría debilitado inevitablemente la capacidad defensiva de la URSS. La secesión de Ucrania, por otra parte, habría causado un trastorno terrible en Moscú. Trotsky argüía que este trastorno no era nada comparado con las circunstancias del momento:

> El debilitamiento de la URSS, contestamos nosotros, es algo motivado por las tendencias centrífugas cada vez mayores que engendra la dictadura bonapartista. En la contingencia de la guerra, el odio de las masas hacia la camarilla dirigente puede llevar al derrumbamiento de las conquistas sociales de Octubre. […] Cuanto antes se perjudique a la casta bonapartista actual, cuanto antes se la desgarre, se la haga a un lado y se la aplaste, más profundamente podrá arraigar la defensa de la URSS y su futuro socialista se hará más seguro[11].

Trotsky no tenía confianza en el Ejército Rojo en las circunstancias del momento. Se requería una revolución para proporcionar la protección adecuada a la Unión Soviética.

La agudeza de este punto de vista no tuvo ningún impacto fuera de los círculos trotskistas, en un momento en que los debates sobre la URSS llenaban los periódicos y revistas de las democracias occidentales. Muchos escritores prominentes de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos mostraban su entusiasmo por el fenómeno soviético. El escritor francés Henri Barbusse publicó una biografía de Stalin tan laudatoria que en Moscú se imprimió una tirada enorme de la traducción. Sidney y Beatrice Webb, directores de la Fabian Society del Reino Unido, eran fervientes admiradores que rechazaban creer nada malo sobre la administración soviética. En 1935 publicaron *Soviet Communism: A New Civilization?* («Comunismo soviético: ¿una nueva civilización?»). Para la segunda edición quitaron el signo de interrogación del título[12]. El antiguo diplomático Bernard Pares, que había representado al Reino Unido en Rusia durante la Gran Guerra, aseguraba a todo el mundo que Stalin albergaba una

inquieta preocupación por la justicia. En Estados Unidos los defensores de la URSS eran multitud, entre ellos Henry A. Wallace, futuro vicepresidente de F. D. Roosevelt. En la izquierda política la tendencia era otorgarle el beneficio de la duda a Stalin y a la URSS en un momento en que la economía mundial sufría por la Gran Depresión, el capitalismo estaba de capa caída y la expansión territorial de Alemania, Japón e Italia arruinaba las perspectivas de la paz global.

El relato que hacía André Gide de su viaje a la Unión Soviética en 1936 había hecho reír a Trotsky[13]. Pero Gide no era trotskista, y ninguna figura destacada de la literatura europea o estadounidense, o de la filosofía, o de las ciencias sociales, tenía intención de anunciar su adhesión a la causa de Trotsky, salvo personalidades como André Breton. Los pintores eran harina de otro costal: Frida Kahlo y Diego Rivera fueron admiradores abiertos y ávidos en esa misma década, por mucho que nunca llegaran a entender demasiado la esencia de la disputa de Trotsky con Stalin.

De cualquier modo, los críticos con la URSS de aquellos tiempos se situaban en la derecha política y no tenían tiempo para Trotsky. Las narraciones sobre los horrores del terror de Estado a menudo retrocedían hasta los primeros años soviéticos, de manera que ni Lenin ni Trotsky salían bien parados. El Right Book Club del Reino Unido criticaba severamente el pasado y presente del Politburó. Esto pasó a ser una controversia internacional cuando el motín de la guarnición naval de Kronstadt volvió a someterse a discusión. La participación directa de Trotsky volvió a quedar en evidencia. Para él se trataba de un asunto delicado. A pesar de lo mucho que había participado en las deliberaciones de la dirección comunista sobre la manera de acabar con la rebelión, su actividad se había mantenido lejos de la atención pública. Después de su deportación de la URSS, cuando buscaba la simpatía de la izquierda europea y americana, este episodio de su carrera se convirtió en un estorbo. La Guerra Civil española agravó las dificultades. Trotsky denunció a Stalin y al NKVD por dar más importancia al exterminio de las organizaciones rivales de extrema izquierda en España que a la formación de una amplia coalición militar y política para derrotar al general Franco y sus fascistas. El arresto y asesinato de Andreu Nin figuró entre las infamias detalladas en el *Byulleten Oppozitsii*. Que Nin no hubiera sido nunca un trotskista declarado permitía a Trotsky pretender el título de conciencia de toda la resistencia comunista anti-Komintern.

Victor Serge, que fue liberado de su confinamiento en la URSS y pudo

volver a Francia en 1936, tenía un recuerdo fresco del apoyo prestado por Trotsky al desarrollo del Estado de terror unipartidista soviético. Admiraba a Trotsky por sus muchos logros y quería mantener relaciones políticas amistosas con él; aun así, no había olvidado cómo se había portado con los marineros de Kronstadt, lo mismo que con los anarquistas y los socialistas radicales en 1921. Esto preocupaba a Trotsky. Hasta la llegada de Serge se había podido permitir explicaciones evasivas en su biografía. Y de pronto tenía que responder a la pregunta de cómo era posible aceptarlo como defensor de un sistema socialista pluralista si había perseguido a simples marineros que habían planteado esta misma exigencia en 1921.

Los amotinados de Kronstadt, replicó Trotsky, no eran los mismos marineros que habían apoyado a los bolcheviques en 1917, sino sustitutos cobardes y poco leales, aliados con los enemigos de la Revolución de Octubre. Era un argumento de sofistería jesuítica. ¿Qué más daba que los marineros fueran o no los mismos? (Y en verdad eran los mismos, como Trotsky seguramente sabía muy bien.)[14] Los trotskistas leales insistían e insistían para que él se defendiera con mayor detalle. Trotsky respondió de manera poco convincente que en Coyoacán no disponía de los materiales necesarios; mencionó también que le había pedido a su hijo que publicara algo sobre el asunto[15]. Liev, con valentía, había aceptado asumir esa carga tan poco grata. Se puso a trabajar con la meticulosidad de su padre: escribió a la antiestalinista francesa Simone Weil solicitándole trabajos de autores anarquistas. En ellos se encontraban algunas de las críticas más severas a las acciones soviéticas contra los amotinados de Kronstadt[16]. Liev siguió la línea de interpretación de su padre. Así, declaraba que la dirección central de los bolcheviques había tenido todas las razones para creer que una conspiración internacional se instigaba contra ellos. Los socialistas-revolucionarios que se encontraban fuera del país, según decía, habían ayudado a los gobiernos extranjeros a intentar acciones que pudieran conducir al derrocamiento de los comunistas. Liev insistía en que Trotsky no había tenido nada que ver en la represión de los marinos de Kronstadt.

Liev no vivió lo suficiente para completar el cuadro y la controversia se fue apagando lentamente. Trotsky no quiso volver al tema y se desentendió olímpicamente de los puntos suscitados por los artículos de Serge. Sus seguidores no pusieron objeciones. En lo que a ellos concernía, todo se había debido a la voluntad de Serge de enturbiar la reputación de Trotsky.

Pero volvía a haber señales de que algunos de estos simpatizantes no se sentían inclinados a aceptar sin más todos los dogmas de sus análisis sobre la URSS. El trotskismo americano había atraído a pensadores jóvenes que se revolvían contra cualquier limitación intelectual que se les impusiera. Incluso la postura básica de Trotsky sobre la «cuestión rusa» entró en la línea de fuego, igual que había ocurrido anteriormente en el Leninbund[17]. A juicio de los críticos, Trotsky menospreciaba la profundidad de la transformación y la consolidación del sistema soviético bajo Stalin. En contra de su visión del estalinismo como fenómeno inestable, ellos sugerían que una nueva clase se había instalado en el poder. La terminología variaba según el autor, pero el razonamiento en esencia era común. La burocracia comunista en el partido, el gobierno y la política había conseguido un control inalienable de los beneficios de la economía del país. La violencia represiva se utilizaba sin piedad para mantener el nuevo *statu quo*. Los burócratas —el *apparatchiki*— no necesitaban escrituras para establecer sus propiedades en tierras, bienes inmobiliarios y equipamientos. Disfrutaban de privilegios sin límite y podían hacer que los heredaran sus descendientes. La Revolución de Octubre, que según Trotsky podía resucitarse mediante una revolución política, ya había muerto. Los fundamentos sociales y económicos tenían que volver a cavarse para levantar un edificio completamente nuevo.

Trotsky a veces avanzaba hacia la revisión de su propio análisis. Incluso en *La revolución traicionada* admitía la utilidad de un adjetivo que había omitido sistemáticamente: totalitario[18]. No era una categoría de análisis marxista, pues implicaba una manera de pensar de las sociedades modernas que no tenía en cuenta nociones como la clase social. La URSS de Stalin y el Tercer Reich de Hitler se asemejaban en su voluntad de anular todos los obstáculos que se opusieran a la autoridad central del Estado. En ambos casos se eliminaban también las disposiciones democráticas para la división de los poderes. Se aplastaban las asociaciones cívicas independientes siempre que era posible. Se instituía el terror policial. Se establecían campos de concentración y se arrestaba o ejecutaba a los adversarios en una escala masiva. Se imponía el monopolio político sobre los medios de comunicación. Se exaltaba su ideología y se pretendía que sus líderes eran genios integrales. Tanto Stalin como Hitler tenían la ambición de rehacer a los ciudadanos a imagen de sus ideologías e intentaban la penetración completa de la sociedad por el Estado.

Esta teoría de un nuevo tipo de Estado no hacía más que empezar a formularse. Trotsky jugueteó con ella, aunque básicamente lo hizo como floreo estilístico. Por lo demás, permanecía fiel a las categorías clásicas del marxismo. Naturalmente, se trataba del marxismo de su preferencia. Los largos años de deportación y asilo le permitieron escribir exactamente lo que pensaba, y nunca dejó de creer que el mundo no tenía sentido a menos que reconociera que solamente el proletariado podía salvarlo del desastre.

Básicamente insistía en lo que ya había recalcado desde que había pasado a la oposición a principios de la década de 1920. Las posibilidades de éxito de una revolución comunista en Rusia, afirmaba, siempre habían sido escasas si no se producían revoluciones en otros lugares de Europa. Reforzó este determinismo en sus escritos de la década de 1930. Muchos pensaron que esto también invalidaba la defensa de la toma de poder bolchevique en otoño de 1917. Millones de personas habían muerto o habían padecido por la hambruna, la enfermedad y la falta de libertad en la URSS. ¿Acaso Trotsky no percibía que era ilógico mostrarse orgulloso de la Revolución de Octubre al tiempo que en perspectiva se afirmaba que había sido en vano? Tenía a punto la respuesta de que el capitalismo mundial había entrado en una fase crítica desde la Gran Guerra. Trotsky ponía toda su fe en la revolución internacional. Proponía que el comunismo podía rescatarse en Rusia si surgían gobiernos revolucionarios en los países cercanos de capitalismo avanzado. Esperaba con fervor que Alemania o Francia se alinearan con la URSS. Entonces las dificultades para imponer el comunismo en la Rusia soviética podrían superarse: se demostraría así que la Revolución de Octubre había inaugurado una nueva era para la humanidad.

10

Frente a los filósofos

Los grandes procesos de Moscú supusieron una prueba incluso para el optimismo de Trotsky. Fueron una parodia de proceso judicial. Se sometió a torturas y a maltrato psicológico a los acusados antes de que prestaran testimonio. A cualquier prisionero que se resistiera se le impedía aparecer y era ejecutado sumariamente. Los juicios consiguieron lo que Stalin pretendía en su país y en el extranjero. Como cada grupo acusado —desde Kámenev y Zinoviev en agosto de 1936 hasta Bujarin en marzo de 1938— se declaró culpable de traición, muchos comentaristas occidentales influyentes se inclinaban a creer en el sistema judicial soviético. Entre los cargos presentados estaba la connivencia con los servicios secretos extranjeros y la conspiración para asesinar a Stalin y restaurar el capitalismo en Rusia. En los procesos se incriminó a Trotsky como elemento activo. El NKVD se dedicó a pronunciar las acusaciones más salvajes contra él. Stalin solamente desautorizó a su director Nikolái Yezov cuando éste afirmó que había probado que Trotsky era un agente de la Ojrank[1]. Trotsky reaccionó con contundencia ante las acusaciones y ofreció todo lujo de detalles para poner en evidencia las inverosímiles falsedades en las que se basaban los tribunales moscovitas. Los artículos que escribió en el *Byulleten* son incontables. Su hijo Liev hizo lo mismo. Resultaba fácil encontrar errores sobre los momentos, los lugares y los individuos en las causas que los acusadores soviéticos seguían contra ellos. Trotsky no tenía por qué sentir cariño hacia Zinoviev o Bujarin, ni siquiera hacia su cuñado Kámenev, pero se dedicó a lavar sus nombres tratándolos de revolucionarios honorables.

Solamente obtuvo un éxito limitado a la hora de contrarrestar la campaña de «falsificación estalinista». En la izquierda política de Europa y Norteamérica había mucha simpatía por la URSS en tanto que principal fuerza mundial contra el fascismo. Había una amplia admiración por Stalin en tanto que había logrado el desarrollo industrial y la alfabetización masiva de su pueblo. Los antifascistas en su mayoría no dudaban de la justicia ni del fundamento de las sentencias, y

aceptaban que Trotsky era culpable de las acusaciones que se habían vertido contra él. Pero las antipatías hacia Trotsky no se encontraban solamente en la izquierda. Winston Churchill, en 1938, le dijo al embajador soviético Iván Maiski: «¡Odio a Trotsky! Durante un tiempo seguí sus actividades. Es el genio del mal ruso, de modo que me alegro de que Stalin quiera arreglarle las cuentas.»[2]

Aun así, para muchos lectores de todo el mundo sin simpatía alguna por el comunismo, entre los que se encontraban personajes públicos, seguía siendo una personalidad atractiva y exótica. Un gran número de socialistas, liberales e incluso algunos conservadores pasaban por alto su defensa de la subversión revolucionaria, de la dictadura y del terror. El humorista estadounidense H. L. Mencken escribió ofreciéndose a regalarle toda su biblioteca y enviarle cuantos libros necesitara. Trotsky no aceptó porque no quería estar en deuda con un hombre al que consideraba un reaccionario político. Tampoco aceptó la vicepresidencia de la Mark Twain Society. Ésta fue una decisión fácil de tomar después de que averiguara que Benito Mussolini y el general John J. Pershing eran los vicepresidentes adjuntos[3]. Rechazó, por otra parte, la invitación a ser rector de la Universidad de Edimburgo, en Escocia[4]. Entretanto se firmaban peticiones a su favor. H. G. Wells había inducido a John Maynard Keynes, Harold Laski e incluso a la idólatra de Stalin Beatrice Webb para que apoyaran la petición de ofrecerle asilo en el Reino Unido. (El arzobispo de York rechazó la solicitud de Wells, pero el obispo de Birmingham firmó una petición escrita por George Bernard Shaw, quien también promovió la defensa de Trotsky a pesar de ser otro adorador ante el altar de Iósif Stalin.)[5]

El entusiasmo de tantos personajes influyentes para darle a Trotsky un trato correcto dice mucho a favor de la tolerancia cívica en los países en los que éstos vivían. También es un reflejo de su ingenuidad. No eran capaces de ver el desprecio que Trotsky sentía por sus valores. Pasaban por alto el daño que quería ocasionar a sus sociedades en cuanto tuviera oportunidad. Como los espectadores de un zoológico, sentían lástima por una fiera herida. A muchos les parecía un alma gemela que merecía la protección que ellos mismos hubieran esperado en circunstancias similares. Trotskystas, socialistas y liberales se unieron para formar el Comité Americano para la Defensa de Liev Trotsky. Entre sus miembros estaba el lógico y pedagogo estadounidense John Dewey, los novelistas John Dos Passos y Mary McCarthy, los críticos literarios Lionel

Trilling y Edmund Wilson. El periodista Edward Allsworth Ross, que había entrevistado a Trotsky en diciembre de 1917, se unió a ellos. También lo hicieron jóvenes autores que en un tiempo habían sido trotskistas pero luego habían albergado dudas sobre su política: Max Eastman, Sidney Hook y James Burnham[6].

Trotsky tenía la intención de aprovechar esta corriente de simpatía para ofrecerse a pasar un examen llevado a cabo por un tribunal casi judicial, que se llevaría a cabo en Coyoacán. John Dewey sería su opción como presidente. Entre los partidarios de Trotsky los hubo muy principales que pensaban que esta iniciativa fallaba por la base. Dewey tenía casi ochenta años y no era simpatizante de la extrema izquierda, aunque había sido profesor tanto de Max Eastman como de Sidney Hook[7]. Trotsky insistió en hacerle la proposición al gran hombre. Dewey, para sorpresa de mucha gente, incluida su propia familia, aceptó la invitación y arregló sus asuntos para una estancia de varias semanas en Coyoacán. Su trabajo consistiría en atestiguar la veracidad de las acusaciones divulgadas desde Moscú. Trotsky facilitaría sus archivos para su uso sin restricciones. Se presentaría ante el tribunal y permitiría que se le interrogase sin poner ninguna limitación a las preguntas. Según sus previsiones, sería el juicio más importante del siglo XX. Entre sus íntimos comparó el proyecto a los casos puestos en escena por Voltaire para Jean Calas en 1762 o por Émile Zola para Alfred Dreyfus en 1898. Quería limpiar su nombre de las calumnias de Stalin a toda costa[8].

Confiaba en Dewey como liberal imparcial. Ambos acordaron evitar el examen de las cuestiones más amplias del registro moral y político de Trotsky. Las sesiones tuvieron lugar en la Casa Azul. Los componentes de la comisión se pactaron por adelantado. Esto se hizo sin muchos problemas, aunque uno de los miembros, Ferdinand Lundberg, dimitió antes de la primera sesión. Lundberg, justificadamente, había llegado a la conclusión de que Trotsky era uno de los principales artífices de la supresión en la URSS de los mismos derechos civiles que en esos momentos, como víctima, reclamaba[9]. La comisión empezó a trabajar el 10 de abril de 1937. El acusado y sus interrogadores americanos vestían trajes con chaleco. Durante todo el procedimiento se observaron las formalidades y se transcribieron las declaraciones. Las sesiones se prolongaron durante una semana, hasta que Dewey consideró que podía pronunciar sentencia. Nadie había albergado dudas sobre cuál sería. Trotsky fue exculpado. Se había

contactado con medios de comunicación mundiales. Dewey y el resto de la comisión volvieron a sus ocupaciones y rápidamente se editó y publicó un libro sobre el proceso. La reputación de Trotsky fue, hasta cierto punto, restablecida.

La visita de Dewey volvió a encender el interés de Trotsky por la filosofía. No era la primera vez que Dewey despertaba tal curiosidad. Max Eastman había sido uno de sus pupilos. Lo mismo que Trotsky, Eastman era un erudito. Como tal, pensaba que le llevaba ventaja a Trotsky en lo que concernía a la epistemología de Marx, Engels y Lenin. Trotsky se lo tomó como una impertinencia. En una jornada de 1932, durante la estancia de Eastman en Büyükada, los dos se enzarzaron en una disputa. «La garganta de Trotsky palpitaba y se le había enrojecido el rostro. Estaba rabioso. Era evidente que su mujer estaba preocupada. Cuando nos levantamos de la mesa para ir al despacho seguíamos discutiendo. Ella vino tras nosotros y se quedó allí, en pie detrás de mí, como una estatua, silenciosa y austera.»[10] La estimación de aquel hombre más joven hacia Trotsky decayó cuando vio que sustituía la argumentación racional por el sarcasmo y las bravatas, tal como Eastman escribió en su diario:

> Me siento «herido» por su total indiferencia interior hacia mis opiniones e intereses, hacia mi propia existencia como individuo. No ha habido encuentro ni entre nuestras almas ni entre nuestros sentidos. En ningún momento me ha preguntado nada. Ha contestado a todas mis preguntas, como las respondería un libro, sin intercambio, sin asumir la posibilidad de un crecimiento mutuo[11].

A Eastman le había llevado unos cuantos años entender que su héroe tenía defectos de personalidad.

Se reconocía a Trotsky como uno de los principales intelectuales del mundo. Sus escritos políticos e históricos gozaban de gran reconocimiento. Había publicado obras sobre relaciones internacionales, sobre el pasado ruso, sobre el terror y el desarrollo soviético. En cuanto un tema le llamaba la atención, como ocurría con las artes o con los problemas de la vida diaria en la década de 1920, era capaz de producir ingeniosos escritos sobre el asunto. Esto ya era más que suficiente para convertirlo en unos de los escritores marxistas destacados.

Pero eso no lo convertía en un genio universal, cosa que en el fondo lo fastidiaba. Si el lógico matemático Bertrand Russell podía hablar de política y el

novelista H. G. Wells de ideología, el campo más indicado para que un político revolucionario expresara su opinión parecía ser la filosofía. Otra causa de preocupación para él era la tendencia del comunismo oficial soviético a sistematizar el marxismo-leninismo: todo, desde las ciencias sociales a la epistemología, se estaba incorporando en una visión mundial unificadora contenida en la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, conocida como *Curso breve*, escrita por Stalin de 1938. Trotsky intentaba ponerse al día con las modas intelectuales. Sigmund Freud y sus teorías sobre el inconsciente lo habían fascinado desde hacía mucho tiempo[12]. Trotsky sentía que la versión extrema del materialismo filosófico favorecida por Moscú fracasaba en su intento de abrazar la totalidad de los asuntos humanos. Aunque admiraba al fisiólogo Iván Pávlov, pensaba que en la vida tenía que haber algo más que los reflejos condicionados externamente. Al mismo tiempo, no podía soportar el culto a lo irracional que se extendía en Europa. Despreciaba la teoría de Hitler y su promoción de los factores raciales como determinantes principales en la explicación científica. Los nazis habían retomado arbitrariamente unos fragmentos de Darwin al tiempo que ignoraban otros. En opinión de Trotsky había sido Marx, antes que un teórico alemán racista cualquiera, quien había hecho el mejor uso del darwinismo al aplicar su perspectiva al análisis del desarrollo económico global.

Un estímulo indirecto al estudio filosófico provino de las filas internas del trotskismo organizado. Entre los militantes estadounidenses se contaban algunos de los jóvenes intelectuales más brillantes de aquel tiempo. Sidney Hook, James Burnham y Max Shachtman eran algunos de ellos. Al tiempo que admiraban el trabajo de Trotsky como líder político y escritor, esperaban desarrollar un punto de vista convincente en filosofía que fuera apropiado para la política de la extrema izquierda. Esto implicaba empezar de cero. La Oposición de la URSS, en la década de 1920, nunca se había preocupado por cuestiones semejantes. Hook y sus contemporáneos eran espíritus libres. Querían ir con audacia allá donde les condujeran sus especulaciones y esperaban que Trotsky apreciara su esfuerzo.

Lo habían juzgado mal, porque él observaba el fenómeno con recelo. «Dialectics and Nature». («Dialéctica y naturaleza»), el artículo de Hook, apareció en *Marxist Quarterly* en abril de 1937 y confirmó sus temores sobre los intelectuales trotskistas estadounidenses. A diferencia de Trotsky, Hook tenía

una sólida formación filosófica. También tenía talento y confianza; no iba a inclinarse ante ningún dogma, ni siquiera ante Marx y Engels. En su artículo exponía la incompetencia de los escritos de Engels sobre el pensamiento dialéctico, sin que le preocupara ofender a los marxistas, tan acostumbrados a reverenciar a los padres fundadores. Para él tenía una mayor importancia descubrir un fundamento filosófico profundo para el marxismo, de modo que se hiciera invulnerable y no pudieran ridiculizarlo los epistemólogos, ni los lógicos, ni los ontólogos. Si el pensamiento marxista era auténticamente científico, argüía, tenía que ser capaz de repeler la crítica de los especialistas. Trotsky estaba horrorizado. Semejante revisionismo, según sus creencias, era un asalto apenas disimulado al marxismo, prescindiendo de cuáles fueran los propósitos subjetivos de Hook. Temía la influencia que tales creencias pudieran tener en otros trotskistas[13]. Joe Hansen, en un informe elaborado en Nueva York, confirmaba que realmente crecía la tendencia entre los principales trotskistas de expresar su escepticismo sobre la dialéctica marxista; por otra parte, llegaban a considerar a Lenin y al mismo Trotsky como casos perdidos desde el punto de vista filosófico[14].

Sin hacer ruido, Burnham y especialmente Hook estaban volviendo loco de ira a Trotsky[15]. Su solución consistió en intentar preparar una respuesta por escrito; con este fin tramitó a Nueva York un pedido de libros de filosofía que tenían que enviar a Coyoacán. En una de las listas constaba el *Principia Mathematica* de Bertrand Russell. Los seguidores estadounidenses de Trotsky estaban impresionados de que el Viejo se viera con fuerzas de enfrentarse a textos de tanta dificultad. En este caso se confundían. Heijenoort había escrito una carta en nombre de Trotsky con el fin de obtener un ejemplar para él, no para Trotsky (cuyo estudio de la filosofía rara vez le llevaba a leer obras de los grandes filósofos). Todavía en la veintena, Heijenoort tanteaba con discreción el terreno de lo que se convertiría en su oficio como lógico profesional. De este modo, aprovechaba su puesto como secretario de Trotsky para conseguir el material que necesitaba[16]. Sentía un creciente escepticismo sobre las pretensiones intelectuales del Viejo. Trotsky le dijo un día que Albert Einstein no era un físico, sino un matemático[17]. Era un completo sinsentido, pero el francés mantuvo la calma. En verano de 1939, de todos modos, se hartó del aislamiento en Coyoacán y le dijo a Trotsky que quería aprovechar la vida para hacer otras cosas y en otros lugares. Seguía siendo un trotskista y no tenía intención de

abandonar la actividad política. Pero quería mudarse a Nueva York. Trotsky y él convinieron en que partiría tan pronto como obtuviera el visado[18].

Entretanto, Trotsky tomaba notas, como hacía siempre antes de iniciar cualquier proyecto de envergadura. Garabateó lo siguiente:

> Sin embargo, precisamente porque el hombre se inclina a tomar su propia conciencia como factor primordial —tanto en relación a su subconsciente personal como en relación a su entorno externo, especialmente el social — convierte la relación real en su cabeza en áreas diversas de la ciencia[19].

Era una reafirmación del tipo de cosas que habían dicho mucho antes Marx y Engels. A diferencia de Lenin en su *Materialismo y empiriocriticismo*, Trotsky negaba que la mente humana, en un trabajo similar al de una cámara sobre el entorno exterior, recibiera automáticamente una fiel imagen de la realidad. El proceso de percepción es más complejo y a la vez más brutal[20]. Como Trotsky comentaba, una película es simplemente una concatenación en movimiento de imágenes fotográficas; de alguna manera el ojo que mira omite reparar en las separaciones del celuloide entre una y otra imagen. Hábilmente resumía el proceso: «Nuestro intelecto actúa exactamente como un ojo. A partir de un incontable número de condiciones en el proceso de desarrollo es capaz de capturar y fijar solamente un número limitado de estas condiciones. Ahí reside tanto su fuerza como su debilidad.»[21] Esto era lo máximo que podía plantear Trotsky. No era un pensamiento original. Pero demostraba que podía intentarlo y que así podía liberarse del marxismo convencional de su época.

Tales momentos eran escasos y separados por grandes intervalos. Lo habitual era que utilizara las notas para consideraciones políticas. Después de conseguir el libro de Hook *Towards the Understanding of Karl Marx* («Hacia la comprensión de Karl Marx»), escribía comentarios acerados en los márgenes mientras lo iba leyendo. Sospechaba que Hook y sus simpatizantes estaban inyectando un tono subjetivo en el marxismo. Para Trotsky no podían existir dubitaciones: el proletariado tenía un interés objetivo en «buscar una salida al caos capitalista», eso era una verdad incuestionable. Para Hook, en cambio, por definición, los axiomas no existían[22].

Trotsky tenía suficiente sentido como para aceptar que le faltaba

competencia para asediar a los revisionistas trotskistas en asuntos epistemológicos y ontológicos. Su falta de confianza no era tanta si se trataba de discutir cuestiones de moralidad política. En 1938 estaba dispuesto a hacerlo con un libro titulado *Su moralidad y la nuestra: los moralistas y sicofantes contra el marxismo*. Tras una breve exposición de su manera de entender la dialéctica, se adentraba en terrenos más confortables. Igual que había hecho en *Terrorismo y comunismo*, rechazaba conceptos morales universales. Tomaba como ejemplo a los primeros protestantes: «Ni siquiera las enseñanzas del Cristo "purificado" por ellos privó al burgués urbano que era Lutero de exigir la ejecución de los campesinos sublevados como "perros locos".»[23] Según Trotsky, los intereses económicos y la lucha de clases influyeron en la manera de entender el Nuevo Testamento por parte de los cristianos. No tuvieron dificultad en dejar a un lado sus principios eternos y otorgados por Dios de no violencia cuando su bienestar financiero se vio amenazado, recurriendo a las masacres de sus enemigos si hacía falta. Los marxistas obraban de manera muy semejante al adoptar severas medidas para proteger los intereses de la revolución. Sí, se enzarzaban en guerras civiles. Sí, tomaban rehenes y los ejecutaban para vencer a la contrarrevolución. Subordinaban los asuntos morales a los requerimientos prácticos del momento[24].

En un apéndice, Trotsky tocaba uno de sus puntos preferidos al comentar que muchos excomunistas acababan creyendo en verdades morales eternas cuando dejaban de apoyar el sistema estalinista. Entre éstos incluía a Eugène Lyons, Walter Krivitski y Charles Rappoport. Por otra parte, diversos críticos del estalinismo que seguían siendo comunistas también mostraban la tendencia a hacer lo mismo. Encabezaban la lista antiguos simpatizantes de Trotsky como Victor Serge («vendedor de indulgencias») y Boris Souvarine (burgués «sicofante»). Básicamente, según Trotsky, olvidaban que «dos clases deciden el destino de la sociedad moderna: la burguesía imperialista y el proletariado». En una exaltación del radicalismo marxista Trotsky proclamaba:

> La revolución socialista es la única que puede salvar la civilización. Para llegar a dar este vuelco, el proletariado necesita de toda su fuerza, de toda su resolución, de toda su audacia, pasión y crueldad. Por encima de todo tiene que liberarse completamente de las ficciones de la religión, la «democracia» y la moralidad trascendental, que no son más que las

> cadenas espirituales forjadas por el enemigo para domesticarlo y esclavizarlo. Solamente es moral lo que prepara el derrocamiento completo y final de la bestialidad imperialista, nada más. El bienestar de la revolución: ¡ésta es la ley suprema[25]!

En estas cinco frases se encuentra toda la fuerza, la dureza y la superficialidad del intelecto de Trotsky.

James Burnham lo explicaba por las claras en una carta abierta dirigida a él y fechada el 1 de febrero de 1940, donde demostraba de qué manera Trotsky usaba la pirotecnia verbal para distraer la atención de las limitaciones de su conocimiento filosófico. Empleaba todas las florituras retóricas, ya fuese una brillante metáfora o un destello de ingenio sardónico[26]. Burnham afirmaba que los propósitos de Trotsky a menudo eran polémicos más que fundamentalmente intelectuales. En su intención de aplastar las formulaciones de los trotskistas opuestos a sus propósitos políticos, el Viejo las atacaba como desviaciones de los preceptos fundamentales del marxismo. La disputa sobre la «dialéctica» no era más que una pista falsa. Burnham repudiaba la afirmación de Trotsky según la cual la filosofía errónea estaba directamente relacionada con prácticas políticas equivocadas. Trotsky, apuntaba, aprobaba a diversos dirigentes marxistas que no compartían su concepción del análisis dialéctico. Entre ellos estaba Karl Liebknecht. Más aún: había otros que habían compartido la concepción de Trotsky y, sin embargo, se habían opuesto a su política. Aquí Burnham mencionaba a Gueorgi Plejánov y diversos mencheviques[27].

Luego volvía a considerar la proposición de Trotsky de que la «verdad de clase» estaba con los revolucionarios proletarios que aplicaban métodos y objetivos filosóficos diferentes a todos los demás.

> Aquí entra en un terreno pantanoso, camarada Trotsky. La doctrina de la «verdad de clase» está en el camino de los reyes filósofos de Platón, de los profetas y papas y de los Stalin. También para todos ellos un hombre tiene que pertenecer al orden de los ungidos para conocer la verdad. Esto conduce a una dirección diametralmente opuesta a la del socialismo, a la de una sociedad en verdad *humana*. Usted emite muchas advertencias sobre los jóvenes camaradas de nuestro movimiento. Yo añado una advertencia ominosa a la lista: ¡cuidado, cuidado, camaradas, con

> cualquier hombre, con cualquier doctrina que os diga que cualquier hombre, o grupo de hombres, detenta el monopolio de la verdad, o de las maneras de obtener la verdad[28]!

Trotsky, como para confirmar la valoración de Burnham, no le dio importancia. Simplemente comentó, con una contención que le era muy propia: «El escepticismo hacia todas las teorías no es nada más que una preparación para la deserción personal.»[29] Se había encerrado a cal y canto en la cueva de sus creencias fundamentales. No permitía que nadie las cuestionara. Intimidaba a los seguidores que se atrevían a objetarlas. Prefería que abandonaran la Cuarta Internacional antes que tener que preocuparse por ellos.

Al final se salió con la suya: Hook, Burnham y Shachtman abandonaron a Trotsky y la Cuarta Internacional. Cada uno lo hizo a su manera. Hook se fue convirtiendo en un inflexible anticomunista, tal y como Trotsky había predicho; en su renombrada carrera señaló las pretensiones del marxismo pasado y presente, y defendió la superioridad de los valores liberales y democráticos. Burnham se interesó por la aplicación de las categorías de análisis marxistas a las tendencias de las sociedades contemporáneas con capacidad industrial avanzada en todo el mundo. Retomaba el pensamiento iniciado por el socialista polaco Jan Machajski (al que Trotsky había conocido en el exilio siberiano) y profundizado por el sociólogo italiano Bruno Rizzi en la década de 1930. Machajski, Burnham y Rizzi sugerían que, al igual que en el capitalismo, el desarrollo de la economía hacía aumentar la autoridad del estrato directivo. Estaban impresionados por el incremento de las prácticas burocráticas. Observaban cómo los estados se implicaban cada vez más en las decisiones concernientes a la economía. Rizzi y Burnham sugerían que los gerentes ejercían un control cada vez mayor en la Unión Soviética a expensas del partido comunista. Ambos acabaron rechazando el marxismo como herramienta para la ciencia social. El caso de Shachtman era diferente, ya que durante el resto de su vida quiso permanecer dentro de los límites de la doctrina marxista tal y como él la entendía. Pero Shachtman no reconocía como maestro a ningún marxista vivo y nunca se disculpó por la afrenta que le había hecho a Trotsky.

Trotsky escribió *Su moralidad y la nuestra* para atacar a todos sus críticos jóvenes: en lugar de confrontar sus argumentos desplegaba el armamento del sarcasmo y la ridiculización. La vanidad del Viejo se hacía notar. Esperaba que

sus adeptos publicaran sus obras tan pronto como acababa de escribirlas. Algunos ponían objeciones. Una guerra mundial rugía, de modo que no consideraron apropiado dar prioridad editorial y financiera a una diatriba filosófica en una revista que estaban por publicar en Nueva York. Bertram Wolfe asumió la oposición a la petición de Trotsky y fue enviado a aclarar las cosas con él. Ella Wolfe contó lo que ocurrió a continuación:

> De manera que la secretaria de Trotsky le explicó lo que mi marido decía. Teníamos una cita el miércoles por la mañana a las diez en su casa. Y cuando llegamos a la puerta […] y llamamos al timbre, acudió el sirviente y nos dijo que Trotsky se encontraba demasiado enfermo como para recibirnos. Así era la vanidad de aquel hombre. No pensaba que nadie pudiera decirle que su artículo no tenía preferencia, ¿entiendes[30]?

Normalmente no tenía más que expresar su descontento para que sus acólitos le dejaran paso libre. No estaba acostumbrado a que se le resistieran. Reaccionó enfurruñándose.

11

La Segunda Guerra Mundial

El control de Trotsky sobre la lealtad de sus seguidores estaba debilitado por las discusiones en la Cuarta Internacional sobre la situación geopolítica en Europa. Durante la mayor parte de la década de 1930 éstos habían quedado admirados ante la capacidad de análisis de su líder. Trotsky veía el triunfo de la extrema derecha europea como el producto de la crisis global en el capitalismo. Creía que los líderes fascistas eran juguetes en manos de los intereses de las grandes industrias en sus respectivos países, del mismo modo que Stalin era un títere de la burocracia soviética. Si bien examinaba todas y cada una de las palabras y pensamientos de Stalin, no sentía ninguna necesidad de estudiar a Hitler, Mussolini o Franco. No comentó gran cosa con ocasión de las agresiones alemanas e italianas. Incluso escribió sobre la Guerra Civil española casi exclusivamente desde el punto de vista de la política exterior de Stalin y de las maquinaciones de la Komintern. Los admiradores posteriores lo han considerado de manera injustificada como un intérprete global de todos los grandes acontecimientos en la política europea desde la década de 1930.

Bien es cierto que siempre había advertido de los peligros del Tercer Reich, despreció las estrategias de contención, como el establecimiento de frentes populares. A lo largo de toda la década dijo que solamente una revolución comunista salvaría a Europa de la barbarie fascista. Mantenía que ninguna zona del mundo quedaba a salvo del establecimiento del militarismo autoritario. En este caso no solamente pensaba en Japón, sino también en Estados Unidos. De hecho, hacía ya tiempo que no pensaba en la URSS de Stalin como baluarte antifascista. El Politburó, declaró, se preocupaba de los intereses soviéticos internos. Stalin haría todo lo que estuviera en su mano para mantenerse apartado de enredos en el extranjero, de modo que su compromiso de llevar la revolución hacia Occidente era un engaño. En realidad, según Trotsky, Stalin estaría dispuesto a pactar incluso con Hitler si eso le parecía que iba a garantizar la seguridad de la URSS y su supervivencia en el poder. La política exterior del

Kremlin encaraba otro rumbo impulsada por vientos procedentes de la Europa central y oriental. En las primeras horas del 24 de agosto de 1939, Stalin estuvo presente en la firma de un tratado de no-agresión con el Tercer Reich por parte de Mólotov y Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores alemán. Los documentos públicos del pacto implicaban un acuerdo que los comprometía a no atacarse. Los dos países también establecían colaboración en las relaciones económicas. Protocolos secretos dividían Polonia en esferas de influencia para la Unión Soviética y Alemania. Una bomba diplomática había explotado en el corazón de Europa.

Los líderes soviéticos esperaban que el tratado desviara la atención de los nazis sobre los planes que abrigaban contra la URSS en un futuro inmediato. Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939 y rechazó el ultimátum conjunto de británicos y franceses para que retirara sus tropas. La Segunda Guerra Mundial había empezado. Los alemanes completaron la ocupación del territorio polaco con la seguridad de que la URSS no intervendría en su contra. Mientras el resto del mundo se estremecía ante la sorpresa del pacto nazi-soviético, Trotsky señalaba que este resultado demostraba que sus profecías eran ciertas[1].

Stalin se contuvo a la hora de invadir la Polonia oriental solamente porque no podía ignorar la amenaza militar permanente que se alzaba contra él en el Lejano Oriente. La URSS y Japón habían estado librando una guerra fronteriza en Manchuria desde julio de 1938. El alto mando del Ejército Rojo, dirigido por Gueorgi Zhúkov, utilizaba por primera vez en una guerra unidades de carros de combate. Era una situación geopolítica delicada. Si Zhúkov fallaba, los japoneses podrían intentar un ataque a través de Siberia. En el curso de los días siguientes Stalin barajó estas posibilidades. Sus pensamientos se aclararon en cuanto los japoneses optaron por una expansión no hacia el oeste, hacia los Urales, sino hacia el sur, hacia China. Tokio acordó los términos de la paz el 15 de septiembre. Esto facultaba a la dirección soviética para desplazar a sus tropas a los territorios orientales de Polonia. En aquellos momentos el país se había borrado del mapa de Europa. A medida que el Ejército Rojo ocupaba se iba implantando la sovietización del territorio. Los líderes políticos, militares y económicos polacos eran arrestados y ejecutados o enviados a Siberia. Los diarios de Moscú se mostraban exultantes y loaban al agresor Stalin como pacificador continental, como garante de la seguridad de la URSS.

Los partidos comunistas de todo el mundo apenas habían tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa del pacto de no-agresión cuando se les pedía que se alegraran de la colaboración nazi-soviética en el desmembramiento de Polonia. El aparato central de la Komintern obedeció el requerimiento, pero no todos los comunistas de Europa y Norteamérica acataron la línea oficial. Después de una década en campaña contra el Tercer Reich, muchos de ellos prefirieron abandonar sus partidos antes que obedecer las instrucciones de Moscú. La URSS se había convertido en una aliada activa de los nazis en todo salvo en el nombre.

Trotsky tenía dificultades para seguir el curso de los acontecimientos desde el otro lado del Atlántico. Ni Alemania ni la Unión Soviética sobre la realidad de los acontecimientos de Polonia, y la prensa estadounidense —su principal fuente de información— no disponía de cobertura fuera de Varsovia. Las crisis se sucedían unas a otras a la velocidad de la luz. Solamente se publicaron tres números de *Byulleten Oppozitsii* en los doce meses que siguieron a la invasión alemana de Polonia. Aun así, Trotsky podía haberlo hecho mejor. No podía ya hacer gala de aquel acopio de inspiración y flexibilidad que había mostrado en los primeros meses de la Primera Guerra Mundial[2]. Hasta el 25 de septiembre de 1939, más de tres semanas después del Blitzkrieg de Polonia, no se dignó confeccionar un artículo sobre los términos del tratado de no-agresión de agosto. No se sentía en la obligación de tomar el pulso a los últimos acontecimientos políticos y militares. En su artículo repetía adustamente los rudimentos del pensamiento trotskista sobre «el carácter de la URSS». Tras admitir que los trotskistas nunca tenían que dejar de preguntarse si sus apreciaciones eran las correctas, declaraba: «Del mismo modo que un ama de casa esmerada no permite que se acumulen las telarañas ni la suciedad, un revolucionario no puede tolerar la falta de claridad, la confusión, el error… ¡Tenemos que mantener limpia nuestra casa!»[3] La retórica era pobre. La idea central del artículo todavía lo era más: el pacto nazi-soviético y el estallido de la Segunda Guerra Mundial no tenían por qué afectar el análisis trotskista de la URSS[4].

Las referencias a la terrible suerte de los polacos sometidos al yugo militar combinado eran escasas. Ni una palabra sobre los arrestos y las ejecuciones. En realidad Trotsky aprobaba los resultados previsibles de la operación soviética:

> Nuestra concepción general del Kremlin y la Komintern no debe, sin embargo, afectar a nuestra idea de que la modificación de las relaciones

> de propiedad en los territorios ocupados es una medida progresiva. Debemos reconocerlo abiertamente. Cuando Hitler vuelva sus ejércitos hacia el este para defender «la ley y el orden» en la Polonia oriental, los trabajadores deberán defender contra Hitler las nuevas formas de propiedad impuestas por la burocracia bonapartista soviética[5].

La alambicada terminología procede del intento de decir algo que, en cierto modo, hasta él mismo encontraba desagradable. Pero eso no le impedía decirlo. Fiel a su interpretación esquemática de la guerra, no le quedaba sitio para la empatía hacia las víctimas humanas.

Para Trotsky lo importante era que la guerra iba a echar por tierra la estabilidad política en Europa y produciría una «revolución proletaria». Lo que había tenido lugar en Rusia durante la Primera Guerra Mundial volvería a ocurrir por todas partes en esa nueva contienda. La diferencia era que el orden soviético ya existía. Trotsky llamaba a sus seguidores a apoyar la defensa de la URSS en la medida de sus posibilidades. No se trataba de una invocación a colaborar con los partidos comunistas de la Tercera Internacional. Estipulaba que los trotskistas tenían que luchar por la URSS solamente en la medida en que pudiera representar una ayuda a la preparación de la revolución mundial[6]. Nunca explicó cómo podía llevarse a cabo semejante política. Simplemente recordaba que él y Lenin habían trabajado pensando siempre que los gobiernos revolucionarios podían implantarse por toda Europa en 1918-1920. Alemania, Italia, Hungría y Checoslovaquia habían registrado sus muestras de descontento en aquellos días. Luego el poder capitalista se había reafirmado. Trotsky no podía descartar que el proyecto comunista volviera a toparse con la misma frustración tras la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué ocurriría si las clases obreras defraudaban estas expectativas? Trotsky se enfrentaba a esta posibilidad con una franqueza sin precedentes. Si la URSS sobrevivía a esa guerra mundial bajo el liderazgo de Stalin, aceptaba que «sería necesario establecer en retrospectiva que en sus rasgos principales la presente URSS era la precursora de un nuevo régimen de explotación a escala internacional».

Esta conclusión era muy preocupante. La burocracia soviética se habría consolidado tanto a sí misma que habría adquirido las características de una clase social[7]. Trotsky trataba este tema discursivamente. Observaba que el teórico político Bruno Rizzi había tildado la Alemania nazi y la URSS como

ejemplos del mismo fenómeno: el totalitarismo. Trotsky no repudiaba la idea completamente, pero afirmaba que el totalitarismo era una «condición de una crisis aguda y no un régimen estable»[8].

Intentaba encontrar elementos para el optimismo y seguía remarcando la prioridad de preservar el orden soviético básico. Solamente hacía una salvedad importante:

> La defensa de la URSS coincide, para nosotros, con la preparación de la revolución mundial. Sólo podemos permitirnos métodos que no estén en conflicto con la revolución. La defensa de la URSS se relaciona con la revolución socialista mundial como una táctica con una estrategia. La táctica debe subordinarse siempre al fin estratégico y en ningún caso pueden llegar ambos a ser contradictorios en el futuro[9].

Rechazaba especular con vicisitudes futuras. Como no estaba en el poder, podía ser tan opaco como quisiera:

> Esta clase de «defensa de la URSS» es diferente, tan diferente como el cielo de la tierra, de la defensa oficial, que se está haciendo bajo el lema: «¡Por la Patria! ¡Por Stalin!». Nuestra defensa de la URSS se lleva a cabo bajo el lema: «¡Por el socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!»[10]

Por parte del Viejo se trataba de señales de humo más que de instrucciones prácticas que pudieran ser útiles en la Cuarta Internacional.

En el mismo número de *Byulleten Oppozitsii* volvía a la ridiculización habitual de Stalin. Describía a Hitler como el amo agresivo y a Stalin como su siervo obediente. Casi al final de sus días seguía infravalorando a su enemigo en el Kremlin. Descartaba la posibilidad de que Stalin actuara con autonomía en las relaciones internacionales del momento. En realidad, hasta la caída de Francia en mayo de 1940, los acuerdos con Hitler proporcionaron a la Unión Soviética tantos beneficios económicos y militares como los que consiguió por su parte el Tercer Reich[11].

Para aquel entonces Trotsky ya se había sumergido en otra controversia. Stalin, después de haber engullido a Polonia oriental, centró su atención en

Estonia, Letonia y Lituania. Según los términos del pacto de no-agresión nazi-soviético, tal y como fue modificado el 28 de septiembre de 1939, esos tres países caían dentro de la esfera de influencia de la URSS. El Kremlin amenazó a sus gobiernos. Los ministros bálticos fueron convocados a Moscú, donde la intimidación fue directa y brutal: se les dijo que no iban a salir vivos de allí si no firmaban una petición para formar parte de la Unión Soviética. Aterrorizados, los gobiernos cedieron. En junio de 1940 el Ejército Rojo y el NKVD se desplazaron a estos territorios para llevar a cabo una completa «sovietización». Stalin esperaba una obediencia similar en Finlandia, pero dio con una resistencia decidida e imprevista. El Ejército Rojo había recibido la orden de desatar la ofensiva el 30 de noviembre de 1939. Las fuerzas finlandesas se le opusieron. Stalin se enfureció al enterarse del inesperado retroceso. Se había anunciado un gobierno finlandés-soviético, encabezado por el oficial de la Kominterm Otto Kuusinen. Las operaciones militares de la «Guerra de Invierno» estuvieron en punto muerto hasta marzo de 1940, cuando los finlandeses acordaron firmar la paz. Obtuvieron el resultado de desplazar la frontera rusa, que hasta entonces había estado a menos de una hora en tren desde Leningrado, a centenares de kilómetros más al norte.

Al tiempo que menospreciaba la competencia del Kremlin, Trotsky había aprobado por entero la campaña militar soviética. Afirmaba que la «sovietización» hubiera representado un beneficio valioso para Finlandia. La minoría del Partido Socialista de los Trabajadores en Nueva York —la mayor organización trotskista superviviente del mundo— puso objeciones a esto, porque detestaban lo que ellos denominaban «estalino-imperialismo» y porque rechazaban el análisis de Trotsky de que el Ejército Rojo había desatado una guerra civil en Finlandia[12]. Lo que había tenido lugar había sido la resistencia nacional finlandesa a la invasión. Incluso la mayoría, cuyos miembros habían permanecido con Trotsky, cuestionaban la información y el análisis consecuente[13]. Trotsky no quiso ceder. En una carta a Joe Hansen apuntaba que incluso los mencheviques habían admitido que la guerra soviética-polaca de 1920 había ocasionado la guerra civil en Polonia. Insistía en que lo mismo había ocurrido en Finlandia. Trotsky siguió con la esperanza de una victoria del Ejército Rojo y de una insurrección comunista finlandesa hasta que se impuso la paz entre Moscú y Helsinki[14].

Al mismo tiempo, arremetió contra los camaradas que se inclinaban por uno

u otro lado en la guerra europea. Su rigidez intelectual se incrementaba. Estaba petrificado por sus recuerdos de la Gran Guerra, cuando tanto él como el resto de la izquierda de Zimmerwald echaban pestes de todos los poderes beligerantes. La Alemania imperial y la Austria imperial habían sido igual de deleznables que la Gran Bretaña imperial, la Francia imperial y la Rusia imperial. Invocaba acontecimientos de la primera historia comunista y como era habitual la versión que ofrecía era tendenciosa. Trotsky recordaba la disputa de Brest-Litovsk entre bolcheviques en 1918, cuando Bujarin se había pronunciado a favor de la guerra revolucionaria a pesar de la debilidad militar de la administración soviética. (Omitía mencionar que su postura había sido más cercana a Bujarin que a Lenin.)[15] Lenin había apoyado una paz separada con las potencias centrales como medio para salvar la Revolución de Octubre; también había estipulado que si la revolución socialista fuera a proclamarse en Alemania, se enviaría al Ejército Rojo para ayudar a los revolucionarios aun a costa de sacrificar el «poder soviético» en Rusia. Trotsky quería aplicar la estrategia de Lenin en la Segunda Guerra Mundial. Si los obreros alemanes se levantaran contra Hitler, escribió en una carta para Shachtman, «entonces diremos: “Vamos a subordinar los intereses de la defensa de la Unión Soviética a los intereses de la revolución mundial”»[16].

Insistía en que no estaba llamando «incondicionalmente al apoyo del Kremlin»[17]. Era una afirmación justificable en un nivel formal. Pero en 1939-1940 era un argumento engañoso, porque no había ninguna posibilidad de levantamiento del proletariado alemán. El control nazi sobre la sociedad nunca había sido más implacable. En realidad Trotsky estaba expresando subrepticiamente su compromiso absoluto con la defensa de la URSS. Estaba abierto a un debate abierto sobre la materia y apremió a que no se aplicaran sanciones contra la minoría en el Partido Socialista de los Trabajadores. No iban a prohibirse las fracciones; la minoría podría incluso publicar un boletín interno de partido. Trotsky le dijo a Hansen: «Pero nosotros no somos burócratas, en absoluto. No tenemos reglas inmutables. Somos dialécticos también en el campo organizativo.»[18] En la discusión resultante no convenció a Shachtman, quien siguió con sus críticas a las posiciones de Trotsky sobre Ucrania, el tratado nazi-soviético y Finlandia. Trotsky escribió a su «querido amigo» en diciembre de 1939, diciéndole que esperaba poder acudir a Nueva York durante dos o tres días para persuadirle cara a cara. Si eso no era posible, ¿podría él desplazarse a

Coyoacán, quizá? Trotsky acribilló a Shachtman a base de elogios y ruegos. Pero al final no pudo evitar ser provocador. Le dijo que estaba «en el lado equivocado de las barricadas» y que insuflaba «fuerzas a todos los elementos pequeñoburgueses y antimarxistas para que peleen contra nuestra doctrina»[19]. Trotsky había sido proclive a vituperar y a ridiculizar desde su juventud revolucionaria en Nikoláiev. Seguía actuando igual.

Sus seguidores se habían convertido en trotskistas porque pensaban que era el más grande de los antifascistas del mundo. Y, sin embargo, ahí estaba, diciendo que el Tercer Reich era igual de malo que la Francia republicana. Las tensiones en el Partido Socialista de los Trabajadores se intensificaban. Trotsky cada vez tenía más miedo de perderlos para la Cuarta Internacional. Le pidió a Joe Hansen, su cómplice más leal en Nueva York, que se esforzara en evitar una escisión en la organización[20]. A este respecto, al menos, actuaba más como él mismo que como Lenin en la Primera Guerra Mundial. Trotsky añadía: «Por mi parte creo que la prolongación de la discusión, si se canaliza mediante la buena voluntad de ambos bandos, solamente puede ser útil para la educación del partido.»[21] Pero Shachtman ya no le daba importancia y abandonó la fracción pro Trotsky del trotskismo americano para no volver nunca. Trotsky había sido el gran unificador de la socialdemocracia rusa antes de 1914. En esos momentos, en cambio, se buscaba enemigos sin necesidad: se había convertido en el Lenin de su propia Internacional de tiempos de guerra. La diferencia era que a Trotsky la Segunda Guerra Mundial no le proporcionaba la posibilidad de explotar una situación revolucionaria como la que habían tenido él y Lenin en 1917.

Francia cayó ante el Blitzkrieg alemán en mayo de 1940. La ocupación militar vino a continuación y los trotskistas franceses, que ya tenían que operar secretamente a causa de su política antibélica, tuvieron que arreglárselas para sobrevivir. El trotskismo como movimiento mundial salía muy perjudicado. Los camaradas alemanes habían sido eliminados en 1933; en esos momentos los franceses se veían dispersados; los británicos, holandeses y belgas nunca habían contado demasiado en la Cuarta Internacional. Esto hacía de los estadounidenses el único grupo trotskista dinámico que trabajaba en libertad, aunque les afectaban las siempre crecientes divisiones internas. Pero la mayor obsesión de Trotsky era, como siempre, la URSS. Culpaba de la capitulación francesa no al gobierno francés, ni a sus fuerzas armadas, sino a Stalin. La debacle, mantenía, era el resultado directo de la política del Kremlin en favor de los frentes

populares. Así, se suponía que la Unión Soviética había «desorientado y desmoralizado» a las «masas» de Europa con el abandono de la estrategia revolucionaria. En 1939 Stalin se había convertido en un «agente provocador al servicio de Hitler». Trotsky previó con exactitud que la siguiente fase en la guerra europea sería la lucha entre la URSS y el Tercer Reich. La falta de efectividad del Ejército Rojo en el conflicto con Finlandia había envalentonado a Hitler. La defensa de la URSS no estaba segura en manos de Stalin. Trotsky repitió su llamada para que «la camarilla totalitaria moscovita» fuera apartada del poder[22].

Solamente cambió su posición en un único gran tema. Hasta la Segunda Guerra Mundial se había opuesto resueltamente a las llamadas para el establecimiento de un estado judío en Palestina. En una carta a Albert Glotzer en febrero de 1939 lo describía como una «trampa refinada» para los judíos. Pero reconocía que los peligros para el pueblo judío crecían en todo el mundo y le dijo a Glotzer, que residía en Nueva York: «Con el declive del capitalismo americano, el antisemitismo se volverá cada vez más terrible en Estados Unidos. En cualquier caso, será más importante aún que en Alemania.»[23] Habrá que recordar esta profecía fallida cuando se hable de los brillantes pode-res predictivos de Trotsky. En cuestión de un año había cambiado de opinión sobre Palestina. Al tiempo que reafirmaba que la revolución socialista proletaria sería la única capaz de solucionar la cuestión judía, sugería también que una administración revolucionaria podría consentir la garantía de un Estado independiente para los judíos[24]. La barbarie alemana contra los judíos de Europa erosionó la hostilidad que Trotsky había manifestado durante toda su vida a la idea de una patria para los judíos en Oriente Próximo. No reconoció que se había equivocado en el pasado; tampoco precisó dónde podría situarse ese hipotético Estado. Pero era un cambio de opinión importante.

Su pensamiento se volvía claramente errático. En el Partido Socialista de los Trabajadores se habían acostumbrado a leer sus declaraciones de condena absolutas de los partidos de la Komintern. Trotsky escribía el 12 de octubre de 1939 a J. B. Matthews, jefe de la investigación llevada a cabo en nombre del Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso estadounidense (que investigaba la subversión extranjera de la Constitución), para ofrecerle su presentación como testigo contra la dirección del Partido Comunista de Estados Unidos. Su única condición era que se le enviaran las preguntas por

adelantado[25]. Al mismo tiempo expresaba su satisfacción porque los partidos de la Komintern, siguiendo las instrucciones de Stalin, permanecían neutrales ante las partes en conflicto en la guerra europea. Inopinadamente, en junio de 1940, Trotsky manifestó la necesidad de tender puentes hacia la Komintern. Reprendió a los dirigentes trotskistas de Nueva York por continuar con sus ataques incondicionales al Partido Comunista de Estados Unidos; destacó que «los estalinistas son una parte legítima del movimiento obrero» y que «tienen un gran coraje». Por tanto la Cuarta Internacional tenía que separar a las «bases» de la dirección oficial comunista[26]. Trotsky insistía en que no había perdido su compás político e intelectual y convocaba a sus seguidores a considerarse «militaristas revolucionarios proletarios», puesto que en un día cercano podrían tener que tomar las armas contra los invasores de la URSS[27]. Habría que perdonar a los trotskistas de Nueva York por pensar que se estaba convirtiendo en un guía poco fiable para la política de la extrema izquierda.

Trotsky escribió a Albert Goldman el 9 de julio de 1940 proponiéndole que el Partido Socialista de los Trabajadores propagara sus lemas en demanda de «un referéndum del pueblo sobre la guerra». Tenía que ver con su deseo de contener el apoyo del movimiento obrero al Reino Unido contra Alemania. Siguió reclamando que la Cuarta Internacional, lo mismo que la Komintern, se opusiera a la entrada de Estados Unidos en el bando británico. Su esperanza era que la campaña de un referéndum le proporcionaría al partido la oportunidad de explicar a los trabajadores americanos «la futilidad de su democracia»[28].

Entretanto Trotsky seguía convencido de que la URSS no entraría activamente en la guerra mundial del lado del Tercer Reich[29]. Ni siquiera él podía imaginar que Stalin cayera tan bajo. Trotsky no explicó nunca por qué: simplemente le daba voz a un sentimiento intuitivo. El amor a la URSS, a pesar de sus defectos, permanecía en lo más hondo del corazón de Trotsky. La última vez que escribió sobre asuntos soviéticos fue para enviar en la primavera de 1940 un mensaje abierto, impreso en el papel más fino, a «los trabajadores, koljozniks (trabajadores de granjas colectivas), soldados del Ejército Rojo y marineros de la Armada Roja desde el lejano México». Incluía una ferviente declaración de sus deseos de ayudar en la defensa de la URSS. Era el intento desesperado de un hombre que hubiera tenido que saber que ninguna carta suya llegaría a las personas a las que se destinaba. O quizás en aquel momento ya estuviera apartado de la realidad. De cualquier modo había previsto que la

prensa de Stalin declararía que los agentes imperialistas habían sido los portadores de su mensaje[30]. No podía equivocarse más. Los medios de comunicación soviéticos no dieron noticia alguna sobre el asunto. Probablemente ese mensaje no llegó nunca a su destino.

12

Asesinato

Stalin no había olvidado a Trotsky, por mucho que habían pasado años desde que *Pravda* se había ocupado por última vez de sus actividades. El Gran Terror había acabado con el último mes de 1938 y en la política soviética no había sobrevivido ni un solo enemigo político de Stalin. El único que seguía operativo era Trotsky; aunque la Cuarta Internacional era débil y sufría divisiones, Stalin estaba decidido a eliminarlo. Realmente su figura lo obsesionaba. Los medios de comunicación calificaban a Trotsky como el más malvado «enemigo del pueblo» residente en el extranjero. Él reconocía los peligros de su situación, pero rechazaba preocuparse por su seguridad personal. Ignorando el consejo de sus ayudantes, siguió recibiendo a extraños a solas en su estudio[1]. Tenía confianza en que nadie podía soslayar las precauciones que se tomaban para protegerlo. Nadie, decía, iba a arriesgarse a morir al intentar asesinarlo[2].

La casa de la Avenida Viena se había convertido en un cruce entre villa y fortaleza. Una torre de vigilancia se levantaba sobre la entrada y junto al muro norte se disponían habitaciones para los guardianes. Los Trotsky, por su parte, ocupaban estancias situadas en el interior del patio, para así tener mayor protección. Allí se encontraban los dormitorios de Seva, Liev y Natalia, y el estudio de Trotsky. La biblioteca de Trotsky, el comedor común, la cocina y el baño se situaban junto al muro orientado al este[3]. En el patio se criaban conejos y gallinas para complementar la dieta de los que allí vivían. En el jardín crecían diversos árboles; en el centro había un eucalipto y también profusión de flores. La casa era de ladrillo y mortero, una construcción típicamente mexicana, lo bastante fuerte como para repeler el fuego de ametralladora cuando no para aguantar la explosión de una bomba. Se había instalado un sistema de alarma electrónico. En el exterior de la villa se habían habilitado garitas para los policías. Trotsky sabía que era imposible conseguir que la villa fuera inexpugnable, pero había dejado de preocuparse. El filósofo de voluntad revolucionaria estaba sucumbiendo al fatalismo. Ya no le importaba dejar que

fueran los demás quienes edificaran a partir de los fundamentos políticos que él había dejado.

En algunos momentos había perdido su compostura. En febrero de 1938, cuando todavía residía en la Casa Azul, vio que llegaban unos sacos de fertilizante para Rivera y dedujo que aquel producto químico estaba destinado a utilizarse como explosivo. El hombre del reparto adujo que los había enviado el ministro de Comunicaciones, el general Mújica. Cuando se comprobó que este extremo no era cierto, Trotsky se ausentó durante varios días[4]. También actuaba con cierta precaución cuando escribía a dirigentes trotskistas de otros lugares: le preocupaba justificadamente que los agentes del Kremlin pudieran interceptar y leer su correspondencia, de manera que cuando escribía cartas utilizaba seudónimos. De todos modos, no se mostraba demasiado imaginativo: a menudo firmaba como «el Viejo», un apodo que utilizaba a veces, desde los días de Turquía. En ocasiones se ponía el apodo de «tío Leon», un alias de lo más transparente[5]. En otras firmaba como «Crux», «Onken», «Vidal» y «Lund». Trotsky tenía que habérselas contra los agentes de Stalin que intentaban infiltrarse en su entorno. También permanecía bajo la observación de la policía mexicana y de la embajada de Estados Unidos. Entre todos los que le vigilaban solamente Stalin le quería muerto, y Trotsky empezó a reconocer que el NKVD quizá triunfara en su intento de cumplir los deseos del amo. Se cernía sobre él un oscuro abatimiento. En alguna ocasión se había referido a sus condiciones de vida en Francia como una «situación de prisión»: odiaba la limitación de movimientos que le imponía la Sûreté[6]. En México eran sus propios seguidores quienes insistían en confinarlo; si se resistía, corría riegos demasiado evidentes.

Sin embargo, creía que su mala salud, antes que la bala de un asesino, podía acabar con él. Escribió a mano su «testamento» el 27 de febrero de 1940, cuatro meses antes de su sexagésimo cumpleaños. Fue justo después de que el doctor Zollinger, su médico de familia en México, le hiciera uno de sus chequeos médicos habituales. Natalia culpaba al doctor de la depresión mental de su marido. Zollinger negó que le hubiera ofrecido un diagnóstico pesimista, y los comentarios de Trotsky así parecen confirmarlo. Natalia concertó nuevas citas para revisiones adicionales, con la idea de animarlo[7]. Aunque su humor mejoró un tanto, siguió escribiendo sus voluntades. Incluía pocos detalles, estableciendo solamente que todas sus propiedades y futuros ingresos tenían que revertir en Natalia. (No decía nada, en cambio, de lo que ocurriría si ella muriese antes que

él). En una nota añadía: «Mi presión alta —y cada vez más alta— hace que quienes me rodean se engañen sobre mi salud. Estoy activo y soy capaz de trabajar, pero el clímax se acerca, es evidente». Pensaba que iba a morir de una embolia. Esto no era más que una suposición, pues no quería saber nada de libros de medicina y sospechaba que los médicos no se mostraban francos con él. Antes que convertirse en un enfermo inválido prefería suicidarse: había acordado algo al respecto con Natalia.

Trotsky admitía que había cometido errores políticos, pero no decía cuáles. En su honestidad revolucionaria no había ni una sola mancha. Y añadía: «Moriré como una revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y en consecuencia como un ateo convencido. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente e incluso es hoy más firme que en los días de mi juventud». Pensaba que esto le daba más «energías para resistir» que las proporcionadas por la religión. Daba las gracias a sus amigos por su lealtad y rendía tributo a Natalia: «Durante casi cuarenta años de nuestra vida en común ha seguido siendo una inagotable fuente de amor, magnanimidad y ternura. Ha pasado por grandes sufrimientos, especialmente en el último período de nuestras vidas. Pero encuentro algo de consuelo en que también ha conocido días de felicidad.»[8] Trotsky dejaba atrás sus preocupaciones de salud.

Su moral se recuperó con su trabajo sobre la biografía de Stalin, con los artículos para el *Byulleten Oppozitsii* y con las disputas entre él y los críticos del Partido Socialista de los Trabajadores. Las comidas en común le permitían hablar sobre los grandes asuntos del día. Caminaba por el jardín de su villa para comprobar cómo hacían su trabajo los obreros contratados para remodelarla[9]. El mismo Trotsky era quien se encargaba de alimentar a los conejos. También mantenía una correspondencia de lo más activa, de modo que su entorno dejó de preocuparse por su estado anímico. Nuevos fichajes llegaron a México y se les pidió que llevaran a cabo tareas apropiadas a sus capacidades. Dos de ellos adquirirían cierta fama en 1940. Robert Sheldon Harte era un joven estadounidense que ofreció sus servicios como guardián. Ese muchacho de veintidós años, a quien todo el mundo llamaba Bob, era un tipo popular. Sin ínfulas de intelectual, asumía sin rechistar los trabajos que se le encargaban. Hablaba amigablemente en las comidas. Otra recién llegada era Sylvia Ageloff. Tenía la nacionalidad estadounidense y era una secretaria competente que desempeñaba trabajos técnicos para Trotsky. A diferencia de Harte, vivía fuera

de la villa. Silvia era una mujer poco agraciada, de unos treinta años, que no había tenido mucho éxito con los hombres. Le preocupaba mucho la política y, a pesar de pertenecer al entorno de Trotsky, tomó partido por la minoría en la disputa generada entre los trotskistas americanos.

En el invierno de 1939-1940 el trotskista estadounidense Alexander Buchman, fotógrafo, bajó a México para ayudar. Tenía los recursos técnicos suficientes como para cambiar la instalación eléctrica de la casa; también dispuso un sistema de alarma de manera que sus habitantes pudieran prever una incursión y se pusieran rápidamente en contacto con la comisaría más próxima A mediados de abril de 1940 dejó sus trabajos y lo reemplazó Harte[10]. Ese cambio de personal fue fatídico. Harte no era en absoluto quien parecía ser. En realidad se trataba de un agente soviético que pertenecía al Partido Comunista de Estados Unidos. Su misión era hacer de enlace con un grupo mexicano formado para el asesinato y reunido por el pintor David Alfaro Siqueiros, un partidario destacado de la Komintern. Siqueiros, lo mismo que Rivera, era un muralista. Como veterano de la Guerra Civil española también tenía experiencia en el manejo de armas y ansiaba llevar a cabo un ataque contra el peor enemigo de Stalin.

El fuego se inició antes del amanecer del 24 de mayo, cuando Siqueiros y unos veinte hombres armados irrumpieron por la entrada exterior de Avenida Viena[11]. Esto no hubiera sido posible si Harte, que estaba de guardia, no los hubiera dejado entrar. Los policías del exterior de la villa no intervinieron, dejándolo todo en manos de Harte. El grupo de Siqueiros iba vestido con uniformes militares. La policía diría con posterioridad que esto también les había hecho pensar que no había necesidad de intervenir[12]. Una vez dentro del patio se dirigieron al área abierta cercana al lugar en donde Trotsky trabajaba y dormía. Durante varios minutos dispararon en esa dirección sin parar. Trotsky y Natalia se escondieron bajo la cama. Las balas les pasaban cerca; Natalia se echó sobre su marido para protegerlo. El plan de ataque del grupo había consistido en hacer una descarga cerrada de fusilería contra el edificio y salir rápidamente al amparo de la noche. Corrieron a sus dos grandes coches sin saber si habían conseguido su propósito. Trotsky y Natalia corrieron a abrir la puerta de al lado, la del dormitorio de Seva. Habían oído llorar al niño, pero comprobaron con alivio que solamente tenía un rasguño en el pie. Todo el entorno se concentró en el patio preguntándose cómo podían haber fallado todas sus precauciones. Pero

el misterio no acababa aquí: ¿por qué habían raptado a Robert Sheldon Harte?

La policía mexicana quería llevar a cabo una investigación metódica. Las identidades de los hombres armados eran desconocidas, aunque Siqueiros era el primer sospechoso. Incluso Rivera estaba en la lista por su amistad enturbiada con Trotsky. Dos pintores importantes parecían especialmente involucrados. Siqueiros y algunos de sus cómplices se habían desplazado a toda velocidad a las montañas cercanas a Tacuba, en el extremo noroccidental de la ciudad de México. El atentado parecía hasta tal punto obra de aficionados que casi era cómico. Habían tenido que escuchar la radio para saber si habían conseguido o no matar a Trotsky.

El coronel Leandro A. Sánchez Salazar, un profesional impecable, llevaba la investigación policial. El gobierno de Cárdenas había estado intentando por todos los medios que no se produjera un incidente como el que acababa de ocurrir; Salazar era quien estaba a cargo de la protección de Trotsky. Lo habían sacado de la cama minutos después del tiroteo y al llegar a la casa aún no había amanecido. Encontró la puerta cerrada: los residentes estaban nerviosos pensando en que podía estarse preparando otro ataque y se habían concentrado en el jardín con las armas cargadas. Salazar negoció el permiso para entrar. El joven Seva, con el pie vendado, jugaba al aire libre. La luz empezaba a asomar por el horizonte y se respiraba un ambiente de misteriosa calma. Trotsky, vestido con batín y pijama, salió con Natalia a recibir a Salazar. La pareja parecía tan poco afectada que el coronel pensó en la posibilidad de que se tratara de un montaje[13]. Si hubiera leído sus libros habría sabido que Trotsky había pasado por situaciones mucho más peligrosas que ésa durante la guerra civil en la Rusia soviética.

Salazar y sus colegas formularon dos hipótesis en su interrogatorio a los residentes. La descripción del grupo encajaba con Siqueiros. Además, el pintor había desaparecido misteriosamente. Era una figura que por lo general llamaba la atención en los restaurantes y bares de la ciudad. Comenzó su búsqueda. El entorno estaba dispuesto a aceptar las deducciones de la policía sobre Siqueiros. La segunda hipótesis ya no les gustaba tanto: la posible complicidad de Harte con Siqueiros. La policía no entendía cómo Siqueiros podía haber efectuado el ataque sin contar un colaborador interno, puesto que no había señales de lucha[14]. Los residentes acogieron esas suposiciones con condescendencia. Se habían hecho amigos de Bob y éste había mostrado una total lealtad a la causa.

Se negaban a aceptar que alguien que hubiera recitado los lemas de Trotsky pudiera ser un Judas. Su participación en la camaradería de la villa no podía formar parte de un montaje. Las implicaciones eran demasiado espantosas como para reconocerlo. Si Bob Harte era un traidor, ¿quién más podía estar acechando en el entorno con las mismas intenciones? El rechazo a enfrentarse a las posibilidades de una infiltración iba tener consecuencias letales.

No todos los trotskistas eran ingenuos. Bob Harte no había conectado el sistema de seguridad electrónico durante la noche en cuestión, e incluso Natalia, que creía en su inocencia, recordaba la despreocupación con que se hacía cargo de la seguridad[15]. Herbert Solow escribió detallándole a Trotsky sus sospechas el 14 de junio. También mencionaba que se había detectado en Tacuba a un grupo de estalinistas, que vivían a tan sólo seis kilómetros del centro de la capital. Era muy extraño que unos tipos como aquéllos vivieran en un lugar así. Solow pedía a Trotsky que presionara a la policía para que comprobara estos extremos. Entretanto, encarecía a los residentes en Avenida Viena a guardar silencio sobre el desaparecido Harte[16].

La suerte de Harte se descubrió cuando unos vecinos encontraron un cadáver en una casa de adobe en las afueras de Tacuba. En las colinas cercanas también se había visto a Siqueiros y su limusina, pero hasta aquel momento la policía no le había podido echar las manos encima. La investigación enseguida ofreció elementos interesantes: Siqueiros y sus amigos habían pagado cuarenta y cinco pesos por disponer de aquella casa durante tres meses. Estaba claro que ésa era la base de operaciones de los conspiradores, aunque todavía faltaba mucho por descubrir. Un Packard negro con matrícula de Nueva York había estado merodeando por allí en las semanas anteriores. A Siqueiros lo habían visto por la ciudad con un coche de esa misma marca[17]. Las autoridades se acercaron a la casa con cuidado, previendo la existencia de trampas bomba. Iban armados. Pero cuando llegaron, todos habían huido y Siqueiros declaraba públicamente su inocencia respecto a su participación en el atentado contra Trotsky. Se inspeccionó la casa de adobe y sus alrededores. Refuerzos de policía recorrieron la zona. El cadáver, groseramente cubierto de cal, fue identificado: era Robert Sheldon Harte.

El coronel Salazar vio confirmada la validez de su segunda hipótesis. Siqueiros se había llevado a Harte como cómplice y por alguna razón había decidido asesinarlo. Quizá fueran ésas las órdenes que había recibido de Moscú.

Otra explicación era que Siqueiros se hubiera dejado llevar por el pánico por tener que cuidar de Harte mientras la policía los buscaba a ambos. Cuando volvió a aparecer por la ciudad fue detenido y lo interrogaron. La policía no tenía pruebas de que hubiera asesinado a Harte. Siqueiros seguía negando la evidencia y no reconocía su participación en el asalto a la villa. Su fama como artista le puso las cosas más fáciles pero no escapó enteramente del castigo. Cuando fue juzgado en 1941 Trotsky ya había muerto y el gobierno mexicano estaba preocupado porque uno de los principales pintores del país pudiera ser condenado a pasar varios años en la cárcel. Se tomó la decisión de sacarlo del país y llevarlo a Chile, donde pasó dos años antes de volver discretamente en 1943 para reemprender su tempestuosa carrera pública[18].

Trotsky quedó aturdido por lo sucedido y deambulaba sin dejar de repetir «estoy cansado, estoy cansado»[19]. A finales de julio sufrió una recaída en su «vieja y misteriosa enfermedad». Le dolía la espalda y tenía algo de fiebre. Para el 11 de agosto ya estaba algo más animado y pasaba menos tiempo en cama[20]. Volvía a dictar *Stalin* y a intercambiar una intensa correspondencia con simpatizantes políticos y demás. En ocasiones apenas podía contener la rabia y la frustración; su manera de descargarlas era enviarle alguna carta furibunda a su traductor en Nueva York, Charles Malamuth. Las visitas de los admiradores, normalmente procedentes de Estados Unidos, lo animaban. En contadas ocasiones desperdiciaba la oportunidad de exponer sus tesis sobre la Cuarta Internacional y contra el estalinismo. No pasaba un día sin que pasara un rato aislado leyendo algo sobre historia o asuntos candentes. El informe de Alexandr Yegorov sobre el sector meridional del frente contra Polonia en la guerra de 1920 estaba sobre su escritorio: habían pasado exactamente veinte años desde aquella desgraciada campaña de verano. Tuvo la sorpresa de recibir un regalo por correo de un admirador: un diccionario inglés de argot. Trotsky intentó aprender unas cuantas expresiones no demasiado elegantes. El 20 de agosto escribía a su seguidor Hank Schultz expresándole su admiración por esa obra[21]. También estaba preparando el borrador de un artículo: «Bonapartismo, fascismo, guerra.»[22] Estaba en buena forma y se lo pasaba en grande.

El entorno había trabajado seriamente para mejorar las condiciones de seguridad después del ataque de Siqueiros. Joe Hansen las describió en una carta al compañero trotskista Farrell Dobbs. El equipo había comprado revólveres de segunda mano. Se habían encargado puertas a prueba de bala para el dormitorio

de Trotsky. Tapiaron algunas ventanas y otras las barraron; aceleraron la construcción de una torre de vigilancia adicional en la esquina noroccidental del muro de la Avenida Viena. Construyeron más habitaciones para los guardianes. Volvieron a renovar el sistema de iluminación e instalaron cuatro garitas exteriores para la policía[23]. Los defensores querían que la villa-fortaleza fuera inexpugnable.

La carta de Trotsky a Schultz iba a ser la última que dictara. En cuanto al artículo sobre bonapartismo, fascismo y guerra tuvieron que corregirlo y acabarlo otras personas[24]. Tras la atareada mañana del 20 de agosto se echó la siesta acostumbrada. Ese día solamente le quedaba pendiente un asunto más. Había convenido reunirse por la tarde con un hombre al que conocía como Jacson. Era el novio de Sylvia Ageloff, la secretaria ocasional de Trotsky. Jacson a menudo la acompañaba hasta allí; a veces, cuando salía de viaje de negocios, dejaba su coche a disposición de los colaboradores. En una ocasión había aparecido para entregarle una caja de bombones a Sylvia. Otras veces había llegado cuando Trotsky hacía la siesta. Variaba las horas de sus visitas, sin duda para comprobar la secuencia de las rutinas domésticas[25]. En un intento de demostrar su seriedad política, había acompañado a Sylvia a una reunión con Trotsky en la que ella había defendido las tesis de la minoría en las discusiones que mantenían los trotskistas estadounidenses. Jacson había hecho unas cuantas observaciones y se había reído. Trotsky había puesto punto y final a la reunión al cabo de un cuarto de hora, diciendo que tenía que dar de comer a sus animales. Antes de salir con Sylvia, Jacson le había pedido a Trotsky que lo aconsejara sobre el esquema de un artículo que quería escribir. Trotsky se mostró de acuerdo. Unas estadísticas económicas de Francia eran el tema. Trotsky no tenía una opinión demasiado favorable de ese esquema, pues lo encontraba primitivo y poco convincente. Pero había dado su palabra de comentar los contenidos con Jacson.

No todos los colaboradores de Trotsky, ni mucho menos, tenían confianza en Jacson. (Trotsky, como de costumbre, se mostraba como un ingenuo y no albergaba sospechas). Natalia se preguntaba por qué Jacson nunca daba el nombre del rico y deshonesto hombre de negocios para el que supuestamente trabajaba. Alfred y Marguerite Rosmer se sentían intranquilos con él. Habían preguntado repetidamente por qué nunca revelaba en qué sector comercial trabajaba; habían reparado en que hablaba de casi todo, pero siempre de manera

esquiva[26].

Al llegar a la villa, se le dejó entrar, pues era un camarada de confianza. Natalia le preguntó por qué llevaba puesta una gabardina en aquella tarde soleada. Agosto, en la zona de los alrededores de la capital de México, puede resultar un mes tormentoso, especialmente a partir de media tarde. Jacson le respondió que se preveía algún chubasco[27]. Lo que nadie sabía es que llevaba un piolet de montañista y un largo puñal en el bolsillo[28]. Había serrado el mango del piolet para que no destacara. Su objetivo era cumplir su tarea sin ruido en el despacho de Trotsky y huir antes de que nadie se diera cuenta. Si hubiese usado un arma de fuego, el ruido se habría oído y le habrían capturado: uno de los guardianes incluso podría haberle disparado. Una vez a solas con Trotsky, aprovecharía la primera ocasión que se le presentara. Estaba en forma y era un hombre fuerte[29]. Lo habían entrenado bien y sabía mantener la cabeza fría. Estaba comprometido con la causa de la Komintern[30]. Y había estado en contacto con funcionarios de las agencias de seguridad soviéticas bajo el mando de Natan Eitingon en suelo mexicano. El momento de asestar el golpe definitivo había llegado.

Jacson se encontró con Trotsky en el despacho. Trotsky ordenaba sus pensamientos mientras volvía a repasar las páginas. Esto permitió a Jacson dejar su silla y acercarse a Trotsky por detrás. Llevaba la gabardina recogida en el antebrazo para tener a mano un arma. El piolet era la mejor opción para usarla por detrás de Trotsky. Con un movimiento hábil lo hundió en lo alto del cráneo. El golpe fue fuerte, pero no inmediatamente mortal, probablemente porque el impacto se dio con el extremo ancho. Evidentemente Jacson se había dejado llevar por los nervios en el último momento.

Jacson describió lo que ocurrió a continuación en el interrogatorio policial:

> Le pegué una sola vez y él lanzó un grito lastimero, desgarrador, cuando pasó, al mismo tiempo que se arrojaba contra mí para morderme la mano izquierda, como pueden ver en estas tres marcas de dientes. Después dio tres pasos lentamente hacia atrás desde ese punto. Tan pronto como oyeron el grito empezaron a llegar personas. Con lo que había pasado casi perdí la conciencia y no intenté escapar. Harold [¿Robins?] llegó primero y empezó a pegarme con su pistola. Luego vinieron [Joe] Hansen y Charles [¿Curtiss?].[31]

La policía llegó desde sus garitas, detuvo a Jacson y se lo llevaron herido a la comisaría. Al cabo de un rato una ambulancia recogió a Trotsky herido[32]. No había casi ninguna esperanza de un resultado positivo, a pesar de la presencia de cinco de los más experimentados cirujanos de la capital, dirigidos por Gustavo Baz. Hicieron una trepanación del cráneo. Pero la herida era demasiado profunda. Aunque Jacson había fallado de algún modo su acto de violencia, el piolet había penetrado casi ocho centímetros. Había salido sangre y masa encefálica en abundancia. El hueso parietal derecho estaba roto. Trotsky soportó todo esto con una fortaleza ejemplar, pero el portavoz del hospital indicó que el diagnóstico era «muy grave». Los médicos sabían que estaban ocupándose de un hombre en los últimos momentos de su vida.

13

Los guardianes y la llama

El *New York Times* lo anunciaba en su primera página del miércoles 21 de agosto de 1940: «Trotsky herido por un amigo en su casa. Su estado es gravísimo». Esa misma tarde las emisoras de radio americanas confirmaban que había expirado[1]. Había sido el asesinato más espectacular desde la muerte del archiduque Francisco Fernando en 1914. La prensa mundial envió a sus periodistas a México. La casa de Coyoacán, de acuerdo con las autoridades de la capital, se anticipó a ellos con la organización de un funeral al día siguiente de la muerte. Fue casi un acontecimiento oficial. El Ministerio del Interior tomó medidas en previsión de que los partidarios locales de Stalin pudieran intentar un nuevo ultraje. El cadáver de Trotsky se mostró en un ataúd abierto y el coche fúnebre avanzó lentamente por las calles centrales de la capital. Aunque el fallecido había sido un ateo militante, 200 000 personas, en su mayoría católicos, asistieron al recorrido, para presentarle sus respetos o llevados por la curiosidad.

El editorial del *Times* londinense del 23 de agosto presentaba una versión menos positiva: «El asesinato de Liev Trotsky en México aliviará al Kremlin de no pocas inquietudes y no hará verter demasiadas lágrimas a la mayoría de la humanidad.»[2] Mientras los columnistas escribían sus reflexiones sobre una vida extraordinaria, periodistas de todos los países del mundo corrieron a México para informar del asesinato y de sus consecuencias. Las opiniones, inevitablemente, entraban en conflicto. Sin embargo, pocos de sus detractores, por lo menos entre los situados fuera del área de los partidos de la Komintern, negaban que quien había muerto fuera una estrella de gran magnitud en los asuntos contemporáneos. En los obituarios se explicaban sus éxitos en la Revolución de Octubre y en la guerra civil. Se describían sus dotes como orador y como líder. Se recordaba su camaradería con Lenin. Se analizaba su declive desde las más altas esferas del poder y el reconocimiento oficial en la URSS. Se enumeraban las etapas de su exilio. La atención que se dedicó a Trotsky podía haber sido mayor si Europa y el Lejano Oriente no hubieran sido escenarios de

guerra en aquellos momentos. Los ejércitos marchaban. Alemania y Japón proseguían sus guerras de expansión territorial. El mapa político del mundo volvía a dibujarse casi a diario. El asesinato de Trotsky, en cualquier caso, no iba a captar la atención de la gente por mucho tiempo.

El Kremlin estaba exultante: *Pravda* anunciaba la desaparición de «un espía internacional» y citaba a la prensa americana para informar de que el asesino, «una de las personas más allegadas al círculo y a los seguidores de Trotsky», era un tal Jacques Mortan Vandendresch. (Las invenciones del Kremlin fallaban en este punto: el nombre más cercano a ése de los utilizados por Jacson en México fue el de Jacques Mornard Vandendresch[3], aunque nadie reparó en el error). Según se afirmaba, las clases dirigentes de los países capitalistas habían perdido a su sirviente más fiel. Los motivos que habían llevado a Lenin a llamarlo «el pequeño Judas» estaban bien claros. Trotsky había sido un menchevique y un contrarrevolucionario. Había luchado por los intereses del zar, de los terratenientes y de los capitalistas. Tras infiltrarse en el partido bolchevique había conspirado para asesinar a Lenin, a Stalin y a Sverdlov. Había traicionado y saboteado al Ejército Rojo. Había trabajado como agente de las agencias de inteligencia extranjeras desde 1921. Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón se habían beneficiado de sus servicios. Había tenido el final que le correspondía. El mismo Stalin corrigió el texto[4]. Los partidos comunistas oficiales siguieron la línea establecida por Moscú y extrajeron sentimientos y expresiones del pozo central soviético.

Los trotskistas hablaban del fallecido como si hubiese sido el hombre más grande de su tiempo. Declararon que no había habido nadie como él desde Lenin. Intentaron ampliar la publicidad para su causa solicitando el traslado de su cuerpo a Estados Unidos. El Departamento de Estado americano rechazó la propuesta: las autoridades no iban a propiciar ningún cortejo fúnebre en la propagación de ningún tipo de comunismo[5]. De todos modos, no está claro que Natalia hubiese permitido ese transporte. Probablemente su estado de ánimo no fuera el más indicado para acompañar un ataúd en un viaje de más de tres mil kilómetros.

El asesino seguía afirmando que se llamaba Jacson. En el bolsillo llevaba una carta escrita a lápiz en la que se decía que era un trotskista belga que había aparecido por México. Supuestamente Trotsky había creado disensiones permanentemente entre sus seguidores. Y eso no era todo. El asesino escribió

que Trotsky lo había convencido para que consintiera ir a la URSS y llevar a cabo unos asesinatos. Jacson acusaba a Trotsky de haber engañado al gobierno mexicano. Esto era hasta cierto punto verdad, pues Trotsky tenía las esperanzas puestas en una revolución en el país. También era creíble la observación de que Trotsky temía que los estalinistas lo mataran. Pero a partir de ahí lo que Jacson decía entraba en la fantasía. Aducía que a Trotsky le daba miedo que los de la minoría del Partido Socialista de los Trabajadores lo mataran. Era un degenerado político de la peor clase imaginable. Al saber que Trotsky dependía del apoyo de «cierto comité parlamentario extranjero», Jacson había decidido asumir la responsabilidad de eliminarlo[6]. La policía mexicana no creía una palabra de lo que decía su prisionero, excepto cuando admitía su culpa en el asesinato. Pero ¿quién era en realidad? ¿De dónde venía, y por qué había llevado a cabo aquel asesinato? Tras varios días de interrogatorio la policía no podía sacar ninguna conclusión, pues Jacson seguía manteniendo la misma versión de su historia.

El 30 de agosto el juez se hizo cargo del caso e invocó su derecho a empezar el proceso con una visita al lugar del crimen en la villa de la Avenida Viena. Natalia se mantuvo apartada, demasiado afectada todavía como para participar. Los ayudantes de Trotsky no habían tocado nada del despacho. En la mesa estaba el original que Jacson le había entregado. También había un artículo de Trotsky sobre el ataque de Siqueiros. Encontraron las gafas, rotas y con uno de los cristales desprendido. La escena adquirió un toque macabro cuando trajeron a Jacson desde su celda para volver a representar el asesinato ante el juez. Cumplió sin quejarse. Las autoridades se aseguraron de que todos los aspectos técnicos del crimen se investigaran. No querían que se repitieran las acusaciones de incompetencia posteriores al ataque de Siqueiros.

El abogado estadounidense de Trotsky, Albert Goldman, se presentó en las diligencias. Había formulado preguntas favorables a Trotsky en la comisión Dewey y en esa ocasión estuvo cerca de tres horas ante su asesino. Las circunstancias no podían ser más diferentes. Jacson afirmaba que alguien que pertenecía a la dirección de la Cuarta Internacional lo había enviado a México. Goldman, sarcástico, le preguntó por qué, si ésa había sido su misión, había derrochado meses antes de contactar con Trotsky. Jacson fingía que tenía mala memoria. Goldman insistió. ¿Cómo era posible que Jacson no recordara quién lo había enviado? ¿Y por qué no había hablado con Trotsky o sus ayudantes sobre la naturaleza de su pretendida misión? El juez apreciaba los recursos forenses de

Goldman y le dejó libertad para que insistiera. Goldman atacó a Jacson con una última pregunta: ¿no estaba de acuerdo en que su historia sería más creíble si las instrucciones que había recibido provinieran de los servicios de seguridad soviéticos, no de la Cuarta Internacional[7]?

Jacson, a pesar de que podía prever que le iban a sentenciar a un largo encarcelamiento, se negó a pedir clemencia ni a divulgar información alguna. Permaneció impasible cuando el juez lo sentenció a veinte años de prisión. Se convirtió en un prisionero modelo. Pero no le dijo a nadie quién era, ni de quién procedían las órdenes que había obedecido, aunque salió a la luz que su nombre real era Ramón Mercader. Sus condiciones de confinamiento no eran severas. Se le permitía disponer de su propia radio, de alfombra y de un enchufe eléctrico. Su celda permanecía abierta. Un misterioso benefactor le entregaba mensualmente un centenar de dólares. A los prisioneros se les permitía ganar dinero con su trabajo y Jacson estableció su propio taller de reparación de radios y empleó a alguno de sus compañeros de presidio[8]. Liberado al completar su condena en 1960, desapareció de la vista pública. Hasta unos años después no se supo que había sido llevado a Moscú, donde, en secreto, se le había dispensado un recibimiento propio de un héroe y había merecido el rango de general del KGB. A Mercader le resultó difícil establecerse allí, pues la URSS no le gustaba, y consiguió que se aceptara su petición de trasladarse a Cuba, donde permaneció hasta su muerte en 1978.

La muerte de Trotsky fue un terremoto para la Cuarta Internacional e hizo añicos los diferentes partidos y grupos que la componían en el mundo. Natalia lo observaba con inquietud e impotencia. El gobierno de Cárdenas compró la villa y le permitió vivir en ella sin pagar ningún alquiler. Se mantuvo casi exactamente como estaba cuando Trotsky vivía y se convirtió en museo en su memoria en mayo de 1946[9]. Joe Hansen, leal como siempre, escribió a Natalia en octubre de 1941 diciendo que la sección americana de la Cuarta Internacional deseaba tratar sus escritos —por escasos que fueran— como declaraciones programáticas. Esto equivalía a decir que los trotskistas eran incapaces de seguir su curso sin un miembro de la familia Trotsky al timón[10]. Quizás Hansen se refiriera en realidad a que su imprimátur simbólico sería una contribución a la unidad de la Cuarta Internacional. Natalia no respondió a estos requerimientos. Había quedado viuda y necesitaba atender a las necesidades domésticas. El patrimonio de Trotsky conllevaba muchas dificultades. El resultado se hizo

rápidamente evidente. El *Byulleten Oppozitsii* dejó de publicarse después de agosto de 1941. Trotsky había sido su motor y el núcleo de Coyoacán no era capaz de reemplazarlo[11]. En julio de 1941 el NKVD llegó a la conclusión de que los trotskistas en México ya no constituían ningún peligro. El archivo moscovita sobre la vida en la Avenida Viena se cerró[12].

Una vez recuperada la serenidad, Natalia no tuvo miedo de expresar sus opiniones[13]. Los años de vida a la sombra de su marido habían acabado. Censuraba a los trotskistas que no respondían con presteza a sus cartas; comparaba esta actitud con la meticulosidad de su marido y de su hijo mayor. Intervino por su cuenta en el debate político. Siempre le había sido difícil aceptar la creencia de Trotsky según la cual la URSS seguía siendo un «Estado obrero». Durante un tiempo después de su muerte no se le pudo dar demasiada importancia a tal afirmación. El 22 de junio de 1941 el Tercer Reich invadió la Unión Soviética; unos meses más tarde, el 7 de diciembre, la fuerza aérea japonesa bombardeó Pearl Harbor e inició la guerra con Estados Unidos. La URSS, el Reino Unido y Estados Unidos se convirtieron en aliados. La Cuarta Internacional jugó un papel ínfimo en la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los trotskistas, incluso los que habían criticado el ataque soviético a Finlandia en noviembre de 1939, estaban deseosos de luchar contra el militarismo y el fascismo. Dicha actividad en tiempo de guerra no hizo más que retrasar el reconocimiento político, y en 1951 Natalia dijo descarnadamente al Comité Ejecutivo de la Cuarta Internacional que ni la URSS ni los nuevos estados «comunistas» de Europa del Este aportaban ninguna ventaja a la clase obrera. Solamente tenía una impresión favorable de Yugoslavia, por lo que pidió al Comité Ejecutivo que evitara ser demasiado duro con Tito[14]. No se mostró tan suave con el experimento comunista cubano llevado a cabo por Fidel Castro.

Para aquel entonces su influencia era ya de hecho inapreciable, pero de todos modos la Cuarta Internacional había declinado hasta la impotencia en todo el mundo. Una fracción dominante bajo la dirección de un militante de origen griego, Michel Pablo, polemizaba con todo aquel que se le opusiera. Los fraccionalistas no disponían del megáfono de publicidad que Trotsky había empuñado. Aun así, sus debates internos eran de una importancia vital para ellos y encontraban muchísimo de que discutir.

Natalia se convirtió en una anciana mientras criaba a su nieto Seva con tanta normalidad como pudo. Después de ser sacado de la URSS de pequeño, éste

había tenido que pasar por una serie de situaciones traumáticas en Europa y México. Adoptó el nombre español de Esteban y, como no sentía inclinación hacia la actividad política, se dedicó a la pintura[15]. Lo mismo que su tío Sergéi Sedov, respetaba la reputación de Trotsky sin declararse trotskista: se describía como un «socialista no practicante»[16]. Natalia apreciaba el contacto con la gente que había conocido y ayudado a su marido. Sufría constantemente por la ausencia de noticias sobre sus familiares en la URSS. El «discurso secreto» del líder comunista Nikita Jruschov, en febrero de 1956, en el que denunció a Stalin como asesino de masas, le dio esperanzas de saber la verdad. No pudo ser. El Kremlin mantuvo el veredicto del primer juicio espectáculo que declaraba traidor a Trotsky. Natalia hizo peticiones a Moscú, pero fue en vano. Un muro de silencio oficial le impidió incluso descubrir que casi la totalidad de la familia había sido exterminada. Unos pocos habían sobrevivido, pero ninguno de ellos había conocido a Natalia durante los años en que vivió en la URSS. Murió en 1960, llorada por toda su red de amigos estadounidenses, mexicanos y franceses.

Ella fue testigo del resurgimiento de la reputación de Trotsky en Occidente gracias al trabajo de su seguidor polaco Isaac Deutscher, que publicó una trilogía biográfica. No compartía la opinión de Trotsky en diversos asuntos. La principal de ellas era la creencia de Deutscher de que podía darse una evolución pacífica hacia una forma de comunismo más civilizada en la URSS. Con el cambio generacional en la dirección soviética, pensaba, se llegaría a lo que le había sido imposible conseguir a la Oposición. El retrato que Deutscher hizo de Trotsky, con todas sus imperfecciones, era básicamente positivo. Albert Glotzer escribió a Natalia diciéndole que no debería criticarse demasiado duramente, a pesar de su análisis «estalinoidal[17]».

La izquierda política occidental volvió a considerar la idea de que la tragedia en la historia soviética se debía al fracaso de Trotsky en la lucha por la sucesión de Lenin. Obras de Trotsky como *Mi vida* y *La revolución traicionada* alcanzaron ventas masivas en diversas lenguas. Su renovada popularidad era una consecuencia de su lucha contra Stalin y de su trágica muerte. Convencía a aquellos que deseaban creer. En 1968, cuando estudiantes de toda Europa y Norteamérica tomaban las calles contra la guerra del Vietnam, Trotsky se puso de moda, a menudo entre personas que no tenían interés en leer lo que había escrito o lo que había hecho. Los trotskistas sacaron su información de veteranos supervivientes defensores del trotskismo o simplemente soñaron con un Trotsky

a su medida. Ese brote de popularidad no fue demasiado duradero y los trotskistas o bien lo abandonaron o bien volvieron a caer en las discusiones sectarias que les habían caracterizado desde antes del asesinato del Viejo. Se escogieron nombres grandilocuentes para organizaciones que apenas eran poco más que grupúsculos. Raramente incluían a Trotsky en el nombre de sus partidos, pero era la fuente de su inspiración. En ningún caso estuvieron cerca de obtener el poder en sitio alguno. Trotsky se había convertido en un envoltorio para revolucionarios a los que no importaba no estar haciendo la revolución.

El comportamiento siempre fraccionalista de los trotskistas les llevaba a pasar más tiempo discutiendo entre sí que con los partidos comunistas sometidos al liderazgo de Moscú. No fue la Cuarta Internacional, sino el dirigente político soviético Mijaíl Gorbachov quien restauró la reputación de Trotsky en Moscú. Se admitió que la pena de muerte de 1936 había sido inmerecida. Trotsky fue exonerado como honorable bolchevique víctima del monstruoso Stalin. Unos cuantos historiadores soviéticos profesionales empezaron publicar estudios favorables a su trayectoria. Pero el gusto por Trotsky en la URSS se diluyó tan pronto como empezó. Todo el sistema soviético se desplomó en 1991. Para los rusos contemporáneos el trotskismo no era más atractivo que la religión teñida de sangre de los aztecas. Se convirtió en una curiosidad de anticuario, algo de lo que hablar junto con los huevos Fabergé, Iván el Terrible o los bordados de las campesinas.

Una de las razones por las que Trotsky merece que se le rescate de este olvido cada vez mayor es que él nunca fue exactamente lo que decía ser, ni lo que los demás decían que era. Estaba cerca de Stalin tanto en intenciones como en prácticas. No estaba más interesado que él en la creación de una sociedad de socialismo humanitario, por mucho que así lo asegurara y asumiera. Trotsky fracasó a la hora de pensar en el pasaje de la dictadura de partido a la libertad universal. Se deleitaba con el terror. La seguridad que demostró en sus ataques a Stalin en la década de 1920 y en la de 1930 distrajo la atención de la inverosimilitud de su propia estrategia alternativa. Cuando se lo elogiaba, sus seguidores confundían la enumeración de objetivos generales con las prácticas personales. Trotsky hablaba de discusión sin límites, de organización y de elección; predicaba las virtudes de la autoliberación proletaria. Pero su comportamiento había sido muy diferente en su período de gloria, de 1917 a 1922. Entonces había aplastado a la oposición de partidos y sindicatos. Había pisoteado la resistencia institucional siempre que había requerido de una acción

y una obediencia rápidas. Tenía una mayor propensión hacia las órdenes que hacia las discusiones. Era arrogante e imperioso. Los trotskistas inventaron a un hombre y un líder que se parecía sólo erráticamente a Lev Davídovich Trotsky.

Era natural que lamentaran las derrotas del líder en las luchas fraccionales de la década de 1920. La mayoría aceptó la apología de Trotsky con lo que implicaba: que nunca había tenido realmente una oportunidad. No lo habían entendido. Sin embargo, las políticas de Trotsky formaban parte de la estructura del comunismo autoritario y en verdad tuvieron la posibilidad de triunfar. Incluso su origen judío era un obstáculo superable. Por desgracia para él, sus instintos tácticos no estaban muy desarrollados. Como aglutinador de adeptos era un desastre. Sin ninguna necesidad se distanciaba de mucha gente en todos los niveles del partido. Se podría decir que él mismo era su peor enemigo.

Los trotskistas pasaban por alto los defectos de la personalidad de su héroe y recalcaban sus cualidades para la dirección comunista. Su ímpetu ideológico interior era una constante. Su capacidad y su combatividad eran extraordinarias. Su intelecto era de gran calibre. Ni siquiera su egoísmo era una barrera para la consecución del ascenso político. Trotsky carecía de la capacidad de concentrar sus esfuerzos. Era un revolucionario perpetuo, pero no un político de dedicación absoluta. La preocupación por su obra escrita iba en perjuicio de su capacidad para enfrentarse a un hombre como Stalin, que dedicaba todas las horas de su vida al avance de su carrera y de su política. Ni Trotsky ni Stalin disfrutaron de muy buena salud. Trotsky, sin embargo, se imponía a menudo meses de reposo y rehabilitación por su cuenta. Quería ser un líder como Lenin, cuyas ideas guiaron al Estado soviético. Pero la noción de liderazgo de Trotsky era inflexible. Sobrevaloraba la oratoria y el estilo literario como atributos de superioridad. Desdeñaba la pelea sucia por mucho que estuviera lejos de ser la más limpia de las figuras políticas. En la carrera por la sucesión de Lenin, el obstáculo más insuperable había sido para él la ausencia de una voluntad inequívoca de convertirse en líder. Se sentía mejor como contendiente maltratado que como un luchador consumido por la ambición de ser el campeón. No anhelaba la máxima autoridad con la máxima pasión.

De todos modos, tras la Segunda Guerra Mundial la URSS no siguió los derroteros previstos por Trotsky. Logró sobrevivir y prosperar como Estado. Derrotó al Tercer Reich y demostró una vitalidad que tomó a todo el mundo por sorpresa en el conflicto militar de 1941-1945. Las fuerzas armadas soviéticas y la industria pesada hicieron de ella una superpotencia.

Lejos de caer en declive, durante décadas prosperó como potencia mundial… sin revolución política alguna. Stalin murió en 1953. Sus sucesores, encabezados por Nikita Jruschov y Leonid Bréznev, no se enfrentaban a ninguna amenaza seria respecto a su supremacía. En todo el mundo, los trotskistas regresaron a la teoría marxista para producir contradictorios análisis macroeconómicos. Siempre asumieron que el capitalismo estaba en declive y que un comunismo renovado, despojado de sus características estalinistas, lo suplantaría. La desaparición de los imperios europeos tras la Segunda Guerra Mundial parecía confirmar este análisis. A pesar de que Estados Unidos dominaba el mercado global de la economía, su hegemonía no podía durar. Tampoco iba a durar la URSS en aquellas condiciones. Los trotskistas no se pusieron de acuerdo en la definición del sistema soviético. Algunos permanecieron fieles al diagnóstico de Trotsky: se trataba de un estado obrero degenerado, puesto que por otra parte odiaban revisar las ideas del Viejo. Otros argüían que los fenómenos nuevos requieren de lecturas nuevas. Para ellos era evidente que había surgido una nueva clase en la URSS y que se había creado un sistema peculiar al que llamaban capitalismo de Estado. Los principales seguidores del trotskismo mostraban, cuando menos, capacidad para el análisis marxista sofisticado y una técnica no tan refinada de abuso de la polémica.

Y, sin embargo, las ideas de Trotsky, incluso las referidas a la historia de Rusia, tuvieron un impacto duradero. Su relato de la ascensión al poder de Stalin siempre fue muy influyente. Convenció a mucha gente ajena a los círculos marxistas de que las raíces de la «degeneración» de la Revolución de Octubre estaban en el «retraso» económico y social del país. También tuvo influencia su concepción sobre la «burocratización» del orden soviético. No todo el mundo aceptaba que él no hubiera jugado un papel principal en su propio fracaso para suceder a Lenin. Y, sin embargo, esta narración interesada de Stalin y del estalinismo influyó profundamente en el discurso de escritores tanto de la derecha como de la izquierda.

Sus contradicciones eran profundas. Si las condiciones en Rusia eran tan inapropiadas como pretendería más tarde, los argumentos para un «gobierno de los trabajadores» en 1917 quedaban invalidados. La Revolución de Octubre no empezó a degenerar solamente a partir de mediados de la década de 1920. Estaba viciada desde su concepción, cuando los bolcheviques utilizaron la fuerza contra la protesta de los trabajadores y cancelaron todos los sóviets sin mayoría bolchevique. Antes de 1917 Trotsky había hecho campaña para que el

«proletariado» se liberara a sí mismo e hiciera su propia revolución. Tan pronto como tuvo el poder, suprimió las aspiraciones populares por medio de la violencia. Era un centralista despiadado y un amigo del ejército y de la policía. Sus ideas tampoco eran tan originales como pretendían sus admiradores. La idea del gobierno proletario la había acuñado Alexandr Helphand-Parvus. El análisis de las peculiaridades del desarrollo histórico ruso antes de 1917 provenía del escritor liberal Boris Chicherin. Incluso la interpretación de Trotsky de la URSS en la década de 1920 le debía mucho a los mencheviques. Cuando en la última década de su vida insistía en que el «poder soviético» no se había desacreditado completamente a sí mismo, ofendía justificadamente a muchos de sus seguidores más inteligentes.

Trotsky era un ser humano extraordinario y complejo. Sus fuerzas quedaron demostradas en la Revolución de Octubre y en la guerra civil. Inspiró a una generación de partidarios en Rusia y en el extranjero. Era un organizador y un orador brillante. Su alcance intelectual era remarcablemente amplio en cuanto a su obra escrita y todavía lo era más en sus intereses privados. Como escritor era un estilista excepcional. Cuando así lo deseaba, podía ser claro sobre la estrategia revolucionaria. Una vez en el despacho gubernamental, supo qué quería hacer y cómo conseguirlo. Como propagandista para la causa bolchevique no tenía rival. Nadie como él hubiera podido inducir al Ejército Rojo a la aceptación de la necesidad del orden. Era como Lenin en su concepción amplia de las relaciones internacionales. Fue consistente en su anhelo para colocar la revolución en Europa a la cabeza de los objetivos de la Revolución. La otra cara de la moneda era que frecuentemente se mostraba esquemático y rígido en su pensamiento y extremadamente violento en su práctica. A menudo colocaba súbitos entusiasmos por encima de los requerimientos lógicos para la supervivencia de la Revolución. Era valiente, impetuoso e impredecible. Trotsky poseía un talento excepcional.

Pagó el máximo precio por su lucha política contra Stalin, pero eso no ocurrió antes de que él mismo, en el desempeño de una función de gran responsabilidad, condujera campañas de represión sangrienta. La mayoría de sus familiares inmediatos encontró la muerte por su causa. Hubo alguna excepción. Su hija Nina murió por la tuberculosis; su hija Zina se suicidó; y no es completamente descartable que a Liev no lo mataran, sino que muriera por sus problemas de salud. Pero la mayoría de maridos, esposas y compañeros de estos fallecidos murieron en la década de 1930 a consecuencia de la represión política.

La primera mujer de Trotsky, Alexandra, también murió de esta manera. Para muchos ciudadanos soviéticos fue suficiente que llevaran el apellido Bronstein para que el NKVD los detuviera.

Muy pocos sobrevivieron. Entre ellos, algunos personajes de los que han figurado en esta narración de la vida de Trotsky. Genrietta Rubinshtein fue liberada del campo de concentración en 1947. Había sufrido tal castigo por el simple hecho de ser la compañera de Lev Sedov. El alivio fue solamente temporal. Las detenciones volvieron a producirse en 1951 y afectaron a Genrietta. Sus padres, Moisei y Reiza, que le habían implorado a su hija que no siguiera a Sedov hasta Krasnoyarsk, cayeron víctimas de esa misma campaña. Junto con su nieta Yulia fueron condenados a un reasentamiento forzado en Siberia[18]. Yulia viajó entonces más lejos, para vivir con su madre Genrietta, 600 kilómetros más al norte de Magadán. Tras la muerte de Stalin se permitió el desplazamiento de la familia a la Rusia central, pero se les prohibió residir a menos de 65 kilómetros de Moscú[19]. Genrietta acabó en Tallin. Aunque se había formado como química, Yulia llevó una vida caótica. Después de tres matrimonios aprovechó los acuerdos soviético-estadounidenses que permitían la emigración de algunos judíos a la URSS, y se fue a Nueva York con su hijo Vadim en 1979[20]. Vadim —el bisnieto de Trotsky— se convirtió a la fe judía, uniéndose a los devotos del hasidismo. En busca de su identidad personal, emigró a Israel. Allí cambió su nombre por el de David y, en contra de los deseos de su madre, escogió un nombre hebreo para su primer hijo, en lugar de llamarlo Serguéi, como su abuelo materno. Rechazó la compensación ofrecida por el Estado soviético por la injusticia hecha al bisabuelo que nunca conoció[21].

Trotsky era particularmente sensible a las ironías de la historia. Seguramente le habría llamado la atención que los comunistas hubieran ascendido al poder con la determinación de extirpar la fe religiosa y que tres generaciones después uno de sus propios descendientes buscara consuelo en la kipá y la menorá. Un resultado como ése le hubiera parecido imposible en 1917. Los bolcheviques eran militantes universales. Querían volver el mundo del revés y construir una sociedad, una cultura, una economía y una política revolucionarias. A su manera también eran fervorosos creyentes, sobre todo si eran como Trotsky. Tal como él dijo en una ocasión, querían construir el paraíso en la tierra[22]. Los años triunfales de Trotsky fueron breves, por mucho que su fama resultara duradera. La muerte le sobrevino pronto porque luchaba por una causa que era más

destructiva de lo que nunca hubiera imaginado.

Bibliografía seleccionada

Las obras relacionadas con la actividad política de Trotsky llenan habitaciones enteras de docenas de archivos en todo el mundo. Los libros escritos sobre él se cuentan por cientos y han sido catalogados por L. Sinclair en *Trotsky: A Bibliography* (Scolar Press, Aldershot, 1989). Los títulos citados a continuación se limitan a los archivos, libros y artículos consultados durante la redacción de esta biografía.

Archivos

Gosudarstvennyi Arkhiv Rossiiskoi Federatsii (Moscú). [GARF].
Hoover Institution Archives, Universidad de Stanford, Stanford [HIA].
Archivos de Yulia Akselrod.
Arkhiv Parizhskoi Okhrany [APO].
Herman Axelbank Film Collection.
Archivos de Alexander Buchman.
Archivos de Charles Curtiss.
Dnevnik Al. Bloka (con un mensaje codificado de Trotsky).
Archivos de Charles Wesley.
Archivos de Albert Glotzer.
Archivos de Joseph Hansen.
Archivos de George A. Hill.
Archivos de N. A. Ioffe.
Archivos de Néstor Lakoba.
Colección de Boris Nicolaevsky.
Prefectura de Policía, Seine (Dept).
Rusia: Posol’stvo.
Archivos de Serguéi Sedov.
Archivos de Augustin Souchy.
Archivos de Arne Swabeck.

Colección Trotsky.
Archivos Volkogonov.
Colección Bertram D. Wolfe.
Houghton Library (Universidad de Harvard, Cambridge, MA). [HL].

Archivos de Trotsky

National Archives (Londres). [NA].
Partiinyi arkhiv Turkmenskogo filiala Instituta Marksizma-Leninizma (Ashgabat). [PA TurFIL].
Rossiiskii arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii (Moscú). [RGASPI].
Especialmente:
legajo 17 (Comité Central y Politburó).
Legajo 46 (X Congreso del Partido).
Legajo 52 (XIII Congreso del Partido).
Legajo 325 (L. D. Trotsky).
Rossiiskii Gosudarstvennyi Voennyi Arkhiv (Moscú). [RGVA].
Examinado en los Archivos Volkogonov.
Tsentral'nyi Arkhiv Federal'noi Sluzhby Bezopasnosti Rossii (Moscú). [TsAFSB]. Examinado en los Archivos Volkogonov.

Trabajos publicados de Trotsky

1905 God, 4.ª ed. (Gosizdat, Moscú, 1922) [*1905*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2005].
«Avtobiograficheskaya zametka», *Proletarskaya revolyutsiya*, n.º 3 (1921).
Chapters from My Diary (The Revolutionary Age, Boston, MA, 1918?).
Chto i kak proizoshlo? Shest' statei dlya mirovoi burzhuaznoi pechati (H. Vilain, París, 1929).
Delo bylo v Ispanii (po zapisnoi knizhke), con ilustraciones de K. Rotov

(Krug, Moscú, 1926). [*Mis peripecias en España*, Endymion, Madrid, 2007].

Desyatyi s'ezd RKP(b). Mart 1921 g. Stenograficheskii otchët (Gosizdat, Moscú, 1963).

Dnevniki i pis'ma, ed. Yu. Fel'shtinskii (Ermitazh, Tenafly, NJ, 1986).

From October to Brest-Litovsk (n. p.: Aegypan Press, s. f.).

History of the Russian Revolution, vols 1-3 (Sphere, Londres, 1967). [*Historia de la Revolución rusa*, Veintisiete Letras, Madrid, 2007].

In Defence of Marxism, ed. M. Shachtman (New Park Publications, Londres, 1971). [*En defensa del marxismo*, Akal, Madrid, 1978].

In Defence of the October Revolution (Union Books, Londres, 2002). [*Defensa de la Revolución*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009].

In Defence of Marxism (Against the Petty-Bourgeois Opposition). (Pioneer Publishers, Nueva York, 1942).

I Stake My Life! Trotsky's Address to the New York Hippodrome Meeting, con una introducción de M. Shachtman (Pioneer Publishers, Nueva York, 1937).

Itogi suda nad Sovetom Rabochikh Deputatov (Tip. V. Ivanova, Kazán, 1907).

Iz istorii odnogo goda (Novyi mir, San Petersburgo, 1905).

K istorii Oktyabr'skoi Revolyutsii (Izd. Russkoi Sotsialisticheskoi Federatsii, Nueva York, 1918).

K sotsializmu ili kapitalizmu? (Moscú-Leningrado, 1925).

K sotsializmu ili kapitalizmu? (Moscú-Leningrado, 1926).

Lessons of October, traducción de J. G. Wright (Pioneer, Nueva York, 1937).

Lettres aux abonnés de la Vie Ouvrière, 3.ª parte: *L'expulsion de Léon Trotzky* (Quai de Jemappes 96, París, 1916).

Literatura i revolyutsiya (Krasnaya nov', Moscú, 1923). [*Literatura y revolución*, Akal, Madrid, 1979].

Moya zhizn: opyt avtobiografii, vols. 1 y 2 (Granit, Berlín, 1930).

My Life: An Attempt at an Autobiography (Charles Scribner's Sons: Nueva York, 1930). [*Mi vida*, Akal, Madrid, 1979].

My Life: The Rise and Fall of a Dictator (Thornton Butterworth: Londres, 1930).

Na bor'bu s *golodom. Rech'; proiznesënnaya* 9 *iyunya* 1918 *g. na narodnom sobranii v Sokolnikakh* (Kommunist, Moscú-Petrogrado, 1918).

Na putyakh k evropeiskoi revolyutsii. (Rech v Tiflise 11 aprelya 1924).

(Krasnaya nov’, Moscú, 1924).
Nasha revolyutsiya (N. Glagolev, San Petersburgo, 1907).
Nasha revolyutsiya (N. Glagolev, San Petersburgo, 1909).
Nashi politicheskie zadachi. (Takticheskie i organizatsionnye voprosy). (Partiya, Ginebra, 1904).
Nemetskaya revolyutsiya i stalinskaya byurokratiya. (Zhizhennye voprosy nemetskogo proletariata). (A. Grylewicz, Berlín, 1932).
Novyi Kurs (Krasnaya nov’, Moscú, 1924).
Ocherki gruzinskoi zhirondy (Gosizdat, Moscú, 1925).
Oktyabrskaya Revolyutsiya (Kommunist, Moscú-Petrogrado, 1918). [*La revolución de octubre*, Fontamara, Barcelona, 1977].
O Lenine: materialy dlya biografa (Gosizdat, Moscú, 1924).
Permanentnaya revolyutsiya (Granit, Berlín, 1930). [*La revolución permanente*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2001].
Perspektivy russkoi revolyutsii, 2.ª ed. (Cooperativa I. P. Ladyzhnikov, Berlín, 1917).
Petlya vmesto khleba (Penza Gubkbom del RKP, Penza, 1921).
Politicheskie siluety, ed. V. I. Miller (Novosti, Moscú, 1990).
Portrety revolyutsionerov, ed. Yu. G. Fel’shtinskii (Moskovskii rabochii, Moscú, 1991).
Prestupleniya Stalina, ed. Yu. G. Fel’shtinskii (Izd. gumanitarnoi literatury, Moscú, 1994).
The Real Situation in Russia (Harcourt, Brace, Nueva York, 1928).
Rech’t. Trotskogo na massovom mitinge v gor. Gomele, 10 maya 1920 g. (Gomel, 1920).
The Revolution Betrayed: What Is the Soviet Union and Where Is It Going? (Doubleday, Doran, Nueva York, 1937). [*La revolución traicionada: qué es y adónde va la URSS*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2001].
The Revolution Betrayed (Dover, Nueva York, 2004).
Russland in der Revolution (Kaden, Dresde, 1910).
Sochineniya, vols. 2-21 (Gosizdat, Moscú, 1924-1927).
«Sovet i prokuratura. (Pyat’desyat’ dnei)», en *Istoriya Soveta Rabochikh Deputatov g. S.-Petersburga* (N. Glagolev, San Petersburgo, 1906?).
«Sovet i revolyutsiya. (Pyat’desyat’ dnei)», en *Istoriya Soveta Rabochikh*

Deputatov g. S.-Petersburga (N. Glagolev, San Petersburgo, 1906?).
The Spanish Revolution (1931-1939). (Pathfinder: Nueva York, 1973). [*La revolución española (1930-1939)*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2006].
Stalinskaya shkola fal'sifikatsii (Granit, Berlín, 1932).
Terrorizm i kommunizm (Gosizdat, Petersburg [*sic*], 1920). [*Terrorismo y comunismo*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2005].
Their Morals and Ours: The Moralists and Sycophants Against Marxism (New Park, Londres, 1968). [*Su moral y la nuestra*, Fontamara, Barcelona, 1978].
Towards Socialism or Capitalism?, traducción de Townsend y Z. Vengerova, con un prefacio especialmente escrito por el autor para la edición inglesa (Methuen, Londres, 1926).
The Trotsky Papers, 1917-1922, vols. 1 y 2, ed. J. M. Meijer (Mouton, The Hague, 1964-1971).
Trotsky's Diary in Exile: 1935, traducción de Elena Zarudnaya (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1969).
Trotsky's Notebooks, 1933-1935: Writings on Lenin, Dialectics, and Evolutionism, traducción, notas e introducción de P. Pomper; texto en ruso anotado por Yu. Felshtinsky (Columbia University Press, Nueva York, 1986).
Trotsky's Writings: Supplement II, 1934-1940, ed. G. Breitman (Pathfinder Press, Nueva York, 1979).
Tuda i obratno (Shipovnik, San Petersburgo, 1907).
Uroki Oktyabrya (Berlinskoye Knigoizdatelstvo, Leningrado, 1924).
V zashchitu partii (Glagolev, San Petersburgo, 1907).
Vie de Lenine, traducción de Maurice Parijanine, revisada y aprobada por el autor (Rieder, París, 1936).
Vingt lettres de Léon Trotzky, con una introducción de A. Rosmer (La Vie Ouvrière, París, 1919).
Voina i revolyutsiya, vols. 1 y 2 (Gosizdat, Moscú-Leningrado, 1924).
Voina s Pol'shei (Literaturno-izdatel'skii otdel PU RV5R, Moscú, 1920).
Voprosy byta: epokha «kult'turnichestva» i eë zadachi, 3.ª ed. (Gosizdat, Moscú, 1923).
V zashchitu partii (Delo, San Petersburgo, 1907).

V zashchitu partii (N. Glagolev, San Petersburgo, 1907).
The Young Lenin, editado y anotado por M. Friedberg, traducción de M. Eastman (Doubleday, Nueva York, 1972).

Prefacios o capítulos de Trotsky y libros escritos con otros autores

L. Trotsky y G. Zinoviev, *Boi za Peterburg. Dve rechi* (Gosizdat, Petersburg [*sic*], 1920).
Ya. Shafir, *Ocherki gruzinskoi zhirondy*, con una introducción de L. Trotsky (Gosizdat, Moscú, 1925).
L. Trotsky y Kh. Kabakchiev, *Ocherki politicheskoi Bolgarii* (Gosizdat, Moscú-Petrogrado, 1923).
K. Marks, *Parizhskaya Kommuna* (Levenshtein, San Petersburg, 1906) [con Domov] *Yubilei pozora nashego (1613-1913).* (Pravda, Viena, 1912).

Periódicos

Bor'ba (Viena).
Byulleten' oppozitsii (Berlín, luego París).
Iskrá (Múnich y otras).
Izvestiya (Petrogrado, luego Moscú).
El Mundo (Madrid).
Novyi Mir (Nueva York).
Pravda (Petrogrado, luego Moscú).
Pravda (San Petersburgo).
Pravda (Viena).
Proletarskaya Revolyutsiya (Moscú).
Punch (Londres).
San Francisco Examiner (San Francisco).

Sotsial-demokrat (París y otras).
Vorwärts (Nueva York).
Vostochnoe Obozrenie (Irkutsk).
Vperëd (París).

Otras publicaciones

M. Agursky, *The Third Rome: National Bolshevism in the USSR* (Westview Press, Boulder, CO, 1987).

M. A. Aldanov, *Sovremenniki* (Slovo, Berlín, 1928).

A. Allfrey, *Man of Arms: The Life and Legend of Sir Basil Zaharoff* (Weidenfeld & Nicolson, Londres 1989).

Yu. Aksel [Akselrod], «Istoriya moego odinochestva», *Iskusstvo kino*, n.º 4 (1990).

A. Ascher, *Pavel Axelrod and the Development of Menshevism* (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1972).

A. Ascher, *The Revolution of 1905: Russia in Disarray* (Stanford University Press, Stanford, CA, 1988).

K. Baedeker, *Russia with Teheran, Port Arthur, and Peking: Handbook for Travellers* (T. Fisher Unwin, Londres, 1914).

A. Balabanov, *Impressions of Lenin*, traducción de Isotta Cesari (University of Michigan Press, Ann Arbor, 1964).

A. Balabanov, *My Life as a Rebel* (Hamish Hamilton, Londres, 1938). [*Mi vida de rebelde*, Martínez Roca, Madrid, 1976].

B. Beatty, *The Red Heart of Russia* (The Century Co., Nueva York, 1918).

D. Bedni, *Sobranie sochinenii*, vols. 1-8 (Khudozhestvennaya literatura, Moscú, 1963-1965).

F. Benvenuti, *The Bolsheviks and the Red Army, 1918-1922*, traducción de Christopher Woodall (Cambridge University Press, Cambridge, 1988).

F. Benvenuti, «II dibattito sui sindicati», en F. Gori (ed.), *Pensiero e azione di Lev Trockij. Atti del convegno internazionale per il quarantesimo anniversario della morte di Lev Trockij*, vol. 1 (Olschki, Florencia, 1983).

A. di Biagio, *Le origini dell' isolazionismo sovietica: l'Unione Sovietica e l'Europa dal 1918 al 1928* (FrancoAngeli, Milán, 1990).
A. I. Boyarchikov, *Vospominaniya*, con una introducción de V. V. Solovëv (AST, Moscú, 2003).
E. Broido, *Memoirs of a Revolutionary*, traducción de V. Broido (Oxford University Press, Londres, 1967).
T. Brotherstone y P. Dukes (eds.), *The Trotsky Reappraisal* (Edinburgh University Press, Edimburgo, 1992).
P. Broué, *Léon Sedov, fils de Trotsky, victime de Staline* (Éditions Ouvrières, París, 1993).
P. Broué, *La Revolution en Allemagne* (Minuit, París, 1971). [*Revolución en Alemania*, A. Redondo, Barcelona, 1973].
P. Broué, *La Revolution Espagnole (1931-1939).* (Flammarion, París, 1973). [*La revolución española (1931-1939),* Edicions 62, Barcelona, 1977].
P. Broué, *Trotsky* (Fayard, París, 1988).
L. Bryant, *Mirrors of Moscow* (Th. Setzer, Nueva York, 1923).
L. Bryant, *Six Months in Red Russia: An Observer's Account of Russia Before and After the Proletarian Dictatorship* (George H. Doran, Nueva York 1918).
M. Buber-Neumann, *Von Potsdam nach Moskau. Stationem eines Irrweges* (Stuttgart, 1957).
N. Bujarin, *K voprosu o trotskizme* (Gosizdat, Moscú, 1925).
A. Burdman Feferman, *Politics, Logic, and Love: The Life of Jean Van Heijenoort* (A. K. Peters, Wellesley, MA, 1993).
J. Carmichael, *Trotsky: An Appreciation of His Life* (Hodder & Stoughton, Londres, 1975).
E. H. Carr, *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, vol. 2 (Macmillan, Londres, 1971).
«*The Case of Leon Trotsky: Report of Hearing on the Charges Made against Him*» en *the Moscow Trials* (Harper, Nueva York, 1937).
L. Chamberlain, *The Philosophy Steamer: Lenin and the Exile of the Intelligentsia* (Atlantic Books, Londres, 2006).
J. Channon, «Trotsky, the Peasants and Economic Policy: A Comment», *Economy and Society*, n.º 4 (1985).
«Chekisms»: Tales of the Cheka. A KGB Anthology, ed. V. Mitrokhin (Yurasov, Londres, 2008).

A. O. Chubaryan y G. Gorodetsky (eds.), *Voina i politika, 1939-1941* (Nauka, Moscú, 1999).
F. Chuev (ed.), *Molotov: Poluvlastitel'nyi Vlastitelin* (Olma-Press, Moscú, 1999).
R. W. Clark, *The Life of Bertrand Russell* (Knopf, Nueva York, 1976).
The Communist International in Lenin's Time: Workers of the World and Oppressed Peoples Unite! Proceedings and Documents of the Second Congress, 1920, ed. J. Riddell (Pathfinder, Londres, 1991).
Ö. S. Coçar, *Troçki Istanbul'da* (Kitas, Estambul, 1969).
Y. Craipeau, *Mémoires d'un dinosaure trotskyste: secrétaire de Trotsky en 1933* (L'Harmattan, París, 1999).
R. V. Daniels, *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia* (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1960).
N. Davies, *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-20* (MacDonald, Londres, 1972).
R. W. Davies, *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev* (Cambridge University Press, Cambridge, 1998).
R. W. Davies, «Trockij and the debate on industrialisation in the USSR», en F. Gori (ed.), *Pensiero e azione di Lev Trockij. Atti del convegno internazionale per il quarantesimo anniversario della morte di Lev Trockij*, vol. 1 (Olschki, Florencia, 1983).
R. B. Day, *Leon Trotsky and the Politics of Economic Isolation* (Cambridge University Press, Cambridge, 1973).
Desyatyi sezd RKP(b). Mart 1921 g. Stenograficheskii otchët (Moscú, 1963).
I. Deutscher, *Trotsky: The Prophet Armed, 1879-1921* (Oxford University Press, Londres, 1954).
I. Deutscher, *Trotsky: The Prophet Unarmed, 1921-1929* (Oxford University Press, Londres, 1959).
I. Deutscher, *Trotsky: The Prophet Outcast, 1929-1940* (Oxford University Press, Londres, 1963).
Devyataya konferentsiya RKP(b) Sentyabr' 1920 goda. Protokoly (Gosizdat, Moscú, 1972).
Devyatyi sezd RKP(b). Mart-aprel 1920 goda: protokoly (Gosizdat, Moscú, 1960).
Dvenadtsatyi s ezd RKP (b). 17-25 aprelya 1923g. Stenograficheskii otchët (Gosizdat, Moscú, 1968).

M. Eastman, *Great Companions: Critical Memoirs of Some Famous Friends* (Museum Press, Londres, 1959).
M. Eastman, *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth* (Greenberg, Nueva York, 1925).
M. Eastman, *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth* (Faber & Gwyer, Londres, 1926).
M. Eastman, *Love and Revolution: My Journey through an Epoch* (Random House, Nueva York, 1964).
M. Eastman, *Marxism, Is It a Science* (W. W. Norton, Nueva York, 1940).
M. Eastman, *Since Lenin Died* (Boni & Liveright, Nueva York, 1925).
A. Etkind, *Tolkovanie puteshest VII* (Novoe literaturnoe obozrenie, Moscú, 2001).
Evrei Odessy i Yuga Ukrainy: istoriya v dokumentakh, vol. 1 (Mosty kul'tury, Odessa, 2002).
L. Eyre, *Russia Analysed* (New York World, Nueva York, 1920).
Fëdor Il'ich Dan: Pis'ma (1899-1946), ed. B. Sapir (Stichting International Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam, 1985).
Founding the Communist International: Proceedings and Documents of the First Congress, March 1919, ed. J. Riddell (Pathfinder, Londres, 1987).
P. Frank, *La Quatrième Internationale: contribution à l'histoire du movement trotskyste* (Maspero, París, 1969).
J. F. Fraser, *The Real Siberia. With an Account of a Dash through Manchuria* (Cassell: Londres, 1902).
Z. Galili, *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political Strategies* (Princeton University Press: Princeton, NJ, 1989).
J. R. Garmabella, *Operación Trotsky* (Editorial Diana, Ciudad de México, 1972).
I. Getzler, «The Communist Leaders' Role in the Kronstadt Tragedy of 1921 in the Light of Recently Published Archival Documents», *Revolutionary Russia*, n.º 1 (Junio de 2002).
I. Getzler, *Kronstadt, 1917-192: The Fate of a Soviet Democracy* (Cambridge University Press, Cambridge, 1983).
I. Getzler, *Martov: A Political Biography of a Russian Social-Democrat* (Oxford University Press, Oxford, 1967).
I. Getzler, *Nikolai Sukhanov: Chronicler of the Russian Revolution* (Palgrave,

Londres, 2002).
G. Gill, *Peasants and Government in the Russian Revolution* (Macmillan, Londres, 1979).
A. Glotzer, *Trotsky: Memoir and Critique* (Prometheus Books, Nueva York, 1989).
E. Goldman, *Living My Life*, vols. 1 y 2 (Pluto: Londres, 1987). [*Viviendo mi vida: autobiografía de Emma Goldman*, Fundación de Estudios Literarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 1995].
Gori (ed.), *Pensiero e azione di Lev Trockij. Atti del convegno internazionale per il quarantesimo anniversario della morte di Lev Trockij*, vols. 1 y 2 (Olschki, Florencia, 1983).
J. Gorkin, *El asesinato de Trotsky* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1970).
Yu. V. Got'e, *Moi zametki*, eds. T. Emmons y S. Utekhin (Terra, Moscú, 1997).
R. B. Gul', *Ya unes Rossiyu: apologiya emigratsii*, vols. 1-3 (Most, Nueva York, 1984-1989).
W. Hard, *Raymond Robins' Own Story* (Harper & Brothers, Nueva York, 1920).
F. Harris, *Contemporary Portraits: Fourth Series* (Brentano's, Nueva York, s. f. [c. 1923]).
J. Van Heijenoort, *With Trotsky in Exile: From Prinkipo to Coyoacán* (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1978).
S. Hook, *Out of Step: An Unquiet Life in the Twentieth Century* (HarperCollins, Nueva York, 1987).
M. Hoschiller, *Le Mirage du soviétisme* (Payot, París, 1921).
I. Howe, *Trotsky* (Fontana Books, Londres, 1978).
A. A. Ioffe, 1883-1927: diplomat revolyutsii: sbornik rabot (Iskra Research, Cambridge, MA, 1998).
N. Ioffe, *Moi otets Adolf Abramovich Ioffe: vospominaniya, dokumenty i materialy* (Vozvrashchenie, Moscú, 1997).
N. Ioffe, *Vremya nazad. Moya zhizn', moya sud'ba, moya epokha* (Biologicheskie nauki, Moscú, 1992).
Istoriya Soveta Rabochikh Deputatov g. S.-Peterburga (N. Glagolev, San Petersburgo, s. f. [1906?]).
Kak lomali NEP. Stenogrammy plenumov TsK VKP(b), 1928-1929, vols. 1-5, eds. V. P. Danilov, O. V. Khlevnyuk y A. Yu. Vatlin (Fondo

Mezhdunarodnyi «Demokratiya», Moscú, 2000).
A. Kalpaschikoff, *A Prisoner of Trotsky's*, con un prefacio de D. R. Francis (Doubleday, Page, Nueva York, 1920).
B. Knei-Paz, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky* (Oxford University Press, Oxford, 1978).
L. Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, vol. 2: *The Golden Age* (Ox-ford University Press, Oxford, 1978). [*Las principales corrientes del marxismo*, Alianza, Madrid, 1982].
I. I. Kostyushko, *Pol'skoe byuro TsK RKP(b), 1920-1921 gg.* (Institut slavyanovedeniya RAN, Moscú, 2005).
V. Krasnov y V. Daynes (eds.), *Neizvestnyi Trotskyi. Krasnyi Bonapart: Dokumenty, mneniya, razmyshleniya* (Olma-Press, Moscú, 2000).
Kronshtadtskaya tragediya 1921 goda: dokumenty v dvukh knigakh, eds. V. P. Kozlov e I. I. Kudryavtsev, vols. 1 y 2 (ROSSPEN, Moscú, 1999).
V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, vols. 1-55 (Gosizdat, Moscú, 1958-1965). [*Obras completas*, Akal, Madrid, 1977-1978].
Leninskii sbornik, vols. 1-50 (Gosizdat, Moscú, 1922-1985).
R. Lévy, *Trotsky* (Librairie du Parti Socialiste et de l'Humanité, París, 1920).
S. Liberman, *Building Lenin's Russia* (Hyperion, Westport, CT, 1978).
R. H. Bruce Lockhart, «Bolshevik Aims and Bolshevik Purposes, 1918-1919» (sin mención de editorial, s. f, n. d.).
R. H. Bruce Lockhart, *Friends, Foes, and Foreigners* (Putnam, Londres, 1957).
R. H. Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (Londres, 1932).
D. W. Lovell, *Trotsky's Analysis of Soviet Bureaucratization* (Croom Helm, Londres, 1985).
Lubyanka: Stalin i NKVD-NKGB-GUKR «Smersh», 1939-mart 1946, eds. V. N. Khaustov, V. P. Naumov y N. S. Plotnikova (Materik, Moscú, 2006).
A. Lunacharski, *Lunacharskii, Revolyutsionnye siluety* (Tip. 9-e Yanvarya, Moscú, 1923).
R. Luxemburg, «Letters on Bolshevism and the Russian Revolution», *Revolutionary History*, n.º 2/3 (1996). [*La revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975].
K. McDermott y J. Agnew, *The Comintern: A History of International Communism*, 1919-1943 (Macmillan, Londres, 1993).
R. H. McNeal, *Bride of the Revolution: Krupskaya and Lenin* (University of

Michigan Press, Ann Arbor, 1972).
Yu. O. Martov i A. N. Potresov. Pis'ma. 1898-1913, ed. I. Kh. Urilov (Sobranie, Moscú, 2007).
E. Mawdsley, *The Russian Civil War* (Allen & Unwin, Londres, 1987).
L. Mercader, «Mi hermano Ramón no era un vulgar asesino, sino una persona que creía en la causa del comunismo», *El Mundo*, Madrid, julio de 1990.
«Milaya moya Resnichka!» Sergéi Sedov. Pis'ma iz ssylki, eds. Ye. V. Rusakova, S. A. Lar'kov y I. A. Flige (Nauchno-Informatsionnyi tsentr «Memorial», San Petersburgo; Hoover Institution Archives [Universidad de Stanford], 2006).
A. Morizet, *Chez Lénine et Trotsky. Moscou 1921* (La Renaissance du Livre, París, 1922).
M. Nadeau (ed.), *Hommage à Natalia Sedova-Trotsky, 1882-1962* (Les Lettres Nouvelles, París, 1962).
N. Naimark y P. Gregory (eds.), *The Lost Politburo Transcripts: From Collective Rule to Stalin's Dictatorship* (Yale University Press/Hoover Institution, New Haven, CT, 2008).
P. Naville (ed.), *Pierre Naville, Denise Naville and Jean Van Heijenoort, Léon Trotsky: Correspondence 1929-1939* (L'Harmattan, París, 1989).
P. Naville, *Trotsky vivant* (Julliard, París, 1962).
J. Nedava, *Trotsky and the Jews* (Jewish Publication Society of America, Filadelfia, 1971).
V. Netrebskii, *Trotskyi v Odesse* (Inga, Odessa, 2003).
V. N. Nikitin, *Evrei zemledel'tsy: istoricheskoe, zakonodatel'noe, administrativnoe i bytovoe polozhenie kolonii so vremën ikh vozniknoveniya do nashikh dnei. 1807-1887* (Novosti, San Petersburgo, 1887).
A. Nove, *Studies in Economics and Russia* (Macmillan, Londres, 1990).
M. A. Novomeysky, *My Siberian Life*, traducido por A. Brown (Max Parrish, Londres, 1903).
A. Pantsov, *The Bolsheviks and the Chinese Revolution, 1919-1927* (Curzon, Richmond, Surrey, 2000).
Parvus, *Bez tsarya, a pravitel'stvo - rabochee* (Partiya, Ginebra, 1905).
Parvus, *V chëm. my raskhodimsya? Otvet Leninu na ego stat'i v «Proletarii»*. (Partiya, Ginebra, 1905).
B. Pearce, *How Haig Saved Lenin* (Macmillan, Londres, 1987).

Peterburgskii komitet RSDRP(b) v 1917 godu. Protokoly i materialy zasedanii, eds. T. A. Abrosimova, T. P. Bondarevskaya y A. Rabinowitch (Bel'veder, San Petersburgo, 2003).

Pis'ma P. B. Aksel'roda i Yu. O. Martova, 1901-1916 (Russkii revolyutsionnyi arkhiv, Berlín, 1924).

Pis'ma vo vlast' 1917-1927. zayavleniya, zhaloby, donosy, pis'ma v gosudarstvennye struktury i sovetskim vozhdyam, eds. A. Ya. Livshin e I. B. Orlov (ROSSPEN, Moscú, 1998).

E. Pizzi de Porras, *Cinco días en México* (Álvarez Pita, La Habana, 1939).

The Platform of the Left Opposition (1927). (New Park, Londres, 1963).

M. Polishchuk, *Evrei Odessy i Novorossii: sotsial' no-politicheskaya istoriya evreev Odessy i drugikh gorodov Novorossii, 1881-1904* (Mosty kul'tury, Moscú, 2002).

Protokoly Tsentral'nogo Komiteta RSDRP(b): avgust 1917 g.-mart 1918 g. (Gosizdat, Moscú, 1958).

Protokoly zasedanii Soveta Narodnykh Komissarov RSFSR: noyabr' 1917-mart 1918 gg. (ROSSPEN, Moscú, 2006).

Pyatyi (londonskii) s'ezd RSDRP. Protokoly. Aprel' -mai 1907 goda (Gosizdat, Moscú, 1963).

A. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd* (W. W. Norton, Nueva York, 1976).

A. Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd* (Indiana University Press, Bloomington, IN, 2007).

A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (Indiana University Press, Bloomington, IN, 1968).

K. Radek, *Pampflety i portrety* (Gosizdat, Moscú, 1927).

A. Ransome, *Russia in 1919* (B. W. Huebsch, Nueva York, 1919).

R. R. Reese, *The Soviet Military Experience: A History of the Soviet Army, 1917-1991* (Routledge, Londres, 2000).

W. Reswick, *I Dreamt Revolution* (Henry Regnery, Chicago, 1952).

W. G. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921* (Princeton University Press, Princeton, NJ, 1974).

G. Rosenthal, *Avocat de Trotsky* (Laffont, París, 1975).

A. Rosmer, «Durant la Guerre Impérialiste», en M. Nadeau (ed.), *Hommage a Natalia Sedova-Trotsky, 1882-1962* (París, 1962).

A. Rosmer, *Moscou sous Lénine: les origines du communisme* (P. Horay, París, 1953).
B. Russell, *The Autobiography of Bertrand Russell, 1914-1944* (Little, Brown: Nueva York, 1951). [*Autobiografía de Bertrand Russell*, Edhasa, Barcelona, 1991].
B. Russell, *The Theory and Practice of Bolshevism* (Allen & Unwin: Londres, 1920). [*Teoría y práctica del bolchevismo*, Ariel, Barcelona, 1969].
J. Sadoul, *Notes sur la revolution bolchevique (Octobre 1917-Janvier 1919).* (Éditions de la Sirène, París, 1919).
L. A. Sánchez Salazar (con Julián Gorkin), *Así asesinaron a Trotsky* (Populibro, México, 1955).
A. Schopenhauer, *The Art of Controversy* (University of the Pacific Press, Honolulu, HI, 2004).
S. Schwarz, *The Russian Revolution of 1905* (University of Chicago Press, Chicago, 1967).
Sed'maya (aprel'skaya) vserossiiskaya konferentsiya RSDRP (bol'shevikov). Petrogradskaya konferentsiya RSDRP (bolshevikov). Aprel' 1917 goda. Protokoly (Gosizdat, Moscú, 1958).
V. Serge y N. Sedova Trotsky, *The Life and Death of Leon Trotsky*, traducción de A. J. Pomerans (Basic Books, Nueva York, 1975).
The Serge-Trotsky Papers, edición e introducción de D. Cotterill (Pluto Press, Londres, 1994).
R. Service, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change* (Macmillan, Londres, 1979).
R. Service, «Bolshevism's Europe», en S. Pons y A. Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars, 1914-1945* (Feltrinelli, Milán, 2000).
R. Service, *Comrades: Communism: A World History* (Macmillan, Londres, 2007). [*Camaradas: breve historia del comunismo*, Ediciones B, Barcelona, 2009].
R. Service, «From Polyarchy to Hegemony: The Party's Role in the Construction of the Central Institutions of the Soviet State, 1917-1919», *Sbornik*, n.º 10 (1984).
R. Service, *Lenin: A Biography* (Macmillan, Londres, 2000). [*Lenin: una biografía*, siglo XXI, Madrid, 2001].

R. Service, *Lenin: A Political Life*, 3 vols. (Macmillan, Londres, 1985, 1991, 1995).

R. Service, *Stalin: A Biography* (Macmillan, Londres, 2004). [*Stalin: una biografía*, siglo XXI, Madrid, 2006].

R. Service, «The Way They Talked Then: The Discourse of Politics in the Soviet Party Politburo in the Late 1920s'», en P. R. Gregory y N. Naimark (eds.), *The Lost Politburo Transcripts: From Collective Rule to Stalin's Dictatorship* (Yale University Press/Hoover Institution, New Haven, CT, 2008).

Ya. Shafir, *Ocherki gruzinskoi zhirondy* (Gosizdat, Moscú, 1925).

C. Sheridan, *From Mayfair to Moscow* (Boni & Liveright, Nueva York, 1921).

Shestoi s'ezd RSDRP (bol'shevikov). Avgust 1917 goda. Protokoly (Gosizdat, Moscú, 1958).

R. M. Slusser, *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution* (Johns Hopkins University Press, Londres, 1987).

J. D. Smele y A. Heywood, *The Russian Revolution of 1905: Centenary Perspectives* (Routledge, Londres, 2005).

R. B. Spence, «Hidden Agendas: Spies, Lies and Intrigue Surrounding Trotsky's American Visit of January-April 1917», en *Revolutionary Russia*, n.º 1 (2008).

R. B. Spence, «Interrupted Journey: British Intelligence and the Arrest of Leon Trotsky, April 1917», *Revolutionary Russia*, n.º 1 (2000).

I. V. Stalin, *Sochineniya*, vols. 1-12 (Gosizdat, Moscú, 1946-1951). [*Obra completa*, vols. 1-12, Vosa, Madrid, 1984].

P. Stein, *Siqueiros: His Life and Works* (International Publishers, Nueva York, 1994).

I. N. Steinberg, *In the Workshop of the Revolution* (Gollancz, Londres, 1955).

Stenogrammy zasedanii Politbyuro TsK RKP (b)-VKP (b), 1923-1938 gg., eds. K. M. Anderson, A. Yu. Vatlin, P. Gregory, A. K. Sorokin, R. Sousa y O. V. Khlevniuk, 3 vols. (ROSSPEN, Moscú, 2007).

H. P. von Strandmann, «Obostryayushchiesya paradoksy: Gitler, Stalin i germanosovetskie ekonomicheskie svyazi. 1939-1941», en A. O. Chubaryan y G. Gorodetsky (eds.), *Voina i politika, 1939-1941* (Nauka, Moscú, 1999).

P. Sudoplatov, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness - A Soviet*

Spymaster (Little, Brown, Londres, 1994). [*Operaciones especiales*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994].
N. Sukhanov, *Zapiski o revolyutsii*, 3 vols. (Politizdat, Moscú, 1991).
D. F. Sverchkov, *Na zare revolyutsii*, 3.ª ed. (Komissiya po Istorii Oktyabr'skoi revolyutsii i Rossiiskoi Kommunisticheskoi Partii, Leningrado, 1925).
G. Swain, «The Disillusioning of the Revolution's Praetorian Guard: The Latvian Riflemen, Summer-Autumn 1918», en *Europe-Asia Studies*, n.º 4 (1999).
G. Swain, *The Origins of the Russian Civil War* (Longman, Londres, 1996).
G. Swain, *Russian Social-Democracy and the Legal Labour Movement, 1906-14* (Macmillan, Londres, 1983).
G. Swain, *Trotsky* (Longman, Londres, 2006).
N. S. Tarkhova, «Trotsky's Train: An Unknown Page in the History of the Civil War», en T. Brotherstone y P. Dukes (eds.), *The Trotsky Reappraisal* (Edinburgh University Press, Edimburgo, 1992).
Terrorism and Communism: A Reply to Karl Kautsky, con un prefacio de M. Shachtman (University of Michigan Press, Ann Arbor, MI, 1961).
I. D. Thatcher, «Borba: A Workers' Journal in St Petersburg on the Eve of World War One», *English Historical Journal*, n.º 450 (1998).
I. D. Thatcher, *Late Imperial Russia: Problems and Perspectives* (Manchester University Press, Manchester, 2005).
I. D. Thatcher, «Leon Trotsky and 1905», en J. D. Smele y A. Heywood, *The Russian Revolution of 1905: Centenary Perspectives* (Routledge, Londres, 2005).
I. D. Thatcher, *Leon Trotsky and World War One: August 1914 to February 1917* (Macmillan, Londres, 2000).
I. D. Thatcher, *Reinterpreting Revolutionary Russia: Essays in Honour of James D. White* (Palgrave: London, 2006).
I. D. Thatcher, «The St Petersburg/Petrograd Mezhraionka, 1913-1917: The Rise and Fall of a Russian Social-Democratic Workers' Party Unity Faction», *Slavonic and East European Review*, n.º 2 (2009).
I. D. Thatcher, *Trotsky* (Routledge, Londres, 2003).
I. D. Thatcher, «Trotsky and the Duma: A Research Essay», en I. D. Thatcher (ed.), *Regime and Society in Twentieth Century Russia* (Macmillan, Londres, 1999).

I. D. Thatcher, «Uneven and Combined Development», en *Revolutionary Russia*, n.º 2 (1991).
Trinadtsataya konferentsiya RKP(b): byulleten (Gosizdat, Moscú, 1924).
Trinadtsatyi sezd RKP(b). Mai 1924 goda. Stenograficheskii otchët (Gosizdat, Moscú, 1963).
R. C. Tucker, *Stalin as Revolutionary, 1879-1929* (W. W. Norton, Nueva York, 1973).
N. Tumarkin, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia* (Harvard University Press, Cambridge, MA, 1983).
N. Ustryalov, *Hic Rohdus* [sic], *Hic Saltus* (sin mención de editor, Harbin, 1929).
A. Vasetskii, *Trotskyi: opyt politicheskoi biografii* (Respublika, Moscú, 1992).
A. Vatlin, «The Testing-Ground of World Revolution Germany in the 1920s», en T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943* (Manchester University Press, Manchester, 1998).
D. Volkogonov, *Trotskyi: politicheskii portret*, vols. 1 y 2 (Novosti, Moscú, 1992).
Vserossiiskaya konferentsiya R. K. P. (bol'shevikov). 4-7 avgusta 1922 g. Byulleten (Gosizdat, Moscú, 1922), boletín n.º 3.
Vserossiiskaya Konferentsiya Ros. Sots.-Dem. Rab. Partii 1912 *goda*, ed. R. C. Elwodd (Kraus International, Londres, 1982).
A. Walicki, *A History of Russian Thought from the Enlightenment to Marxism* (Oxford University Press, Oxford, 1980).
S. y B. Webb, *Soviet Communism: A New Civilization?* (Longmans, Green, Londres, 1935).
S. y B. Webb, *Soviet Communism: A New Civilization* (V. Gollancz, Londres, 1937).
H. G. Wells, *Russia in the Shadows* (Hodder & Stoughton, Londres, 1920). [*Rusia en tinieblas*, Crisis, Buenos Aires, 1973].
J. D. White, «Early Soviet Historical Interpretations of the Russian Revolutions, 1918-1924», en *Soviet Studies*, n.º 3 (1985).
J. D. White, «Lenin, Trotskyi and the Arts of Insurrection: The Congress of Soviets of the Northern Region, 11-13 October 1917», en *Slavonic and East European Review*, n.º 1 (1999).
B. D. Wolfe, *Strange Communists I Have Known* (Stein & Day, Nueva

York, 1965).
E. Wolfenstein, *The Revolutionary Personality: Lenin, Trotsky, Gandhi* (Princeton University Press, Princeton, NJ, 1967).
W. Woytinsky, *Stormy Passage: A Personal History through Two Russian Revolutions to Democracy: 1905-1960* (Vanguard Press, Nueva York, 1961).
Ye. M. Yaroslavskii (ed.), *L. D. Trotskyi o partii v 1904 g.: broshyura N. Trotskogo «Nashi politicheskie zadachi»*. (Gosizdat, Moscú, 1928).
Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution: The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus) 1867-1924* (Oxford University Press, Oxford, 1965).
Die Zimmerwalder Bewegung. Protokole und Korrespondenz, ed. H. Lademacher, 2 vols. (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, La Haya, 1967).
G. Zinoviev, *Vladimir Il'ich Lenin* (Petrogrado, 1918).
G. A. Ziv, *Trotskyi: kharakteristika. (Po lichnym vospominaniyam)*. (Narodopravstvo, Nueva York, 1921).
G. I. Zlokazov y G. Z. Ioffe (eds.), *Iz istorii bor'by za vlast v 1917 godu: sbornik dokumentov* (Institut Rossiiskoi Istorii RAN, Moscú, 2002).

Fotos